

Cherry Chic



Mi
canción
más
Bonita

REDVELVET

Mi canción
más
bonita

Cherry Chic

Copyright

Primera edición: octubre, 2016

© 2016, Cherry Chic

© De la cubierta: Red lips

© De la fotografía de la cubierta: Adobe Stock

© Red Velvet Colección

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son productos de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

Copyright

1. El principio del fin... ¿O no?
2. Cuando yo digo que no, es que no... casi siempre
3. Planes, advertencias y decisiones
4. La primavera me pone eacheonda tontorróna
5. Ibiza... ¿Trabajo o placer?
6. A bocazas no me gana nadie
7. Señor, dame paciencia
8. Preparativos sí, pero no de boda
9. Lo que pasa cuando mezclas alcohol, sol y despecho
10. Recuerdos, confesiones y propósitos
11. La curiosidad mató al gato
12. Las musas también lloran
13. La resaca, mi nueva mejor amiga
14. ¿Y ahora qué?
15. La vida te da sorpresas
16. Pasado, presente... ¿futuro?
17. Ojalá fuera hija única
18. Después de la tempestad viene la calma... casi siempre
19. De oca a oca, ¿y a mí cuándo me toca?
20. Y cuando pensaba que ya lo sabía todo...
21. Una de las mejores noches de mi vida
22. Cumpleaños casi feliz
23. Verdades y admisiones
24. De perdidos al río
25. La hora de la verdad
26. Regalos
27. Decisiones, metas y...
28. Grabado a tinta en mi piel
29. Todo lo bueno acaba
30. Dulces momentos, amarga realidad
31. Bienvenidos los cambios si son para bien

32. Adaptación y descubrimientos

33. ¿Amigos?

34. Calor y amor

35. La primera cita

36. Mi amiga, la inseguridad, vuelve a casa

37. Pedir perdón es de valientes

38. Enamorada de un artista

39. Desatando la tormenta

40. Batallas libradas

41. Mi precioso milagro

42. Un viaje inesperado

43. Reencuentro

44. Un fantasma en nuestra vida

45. Tres desconocidas, una caravana fea y una promesa extraña

46. Vengo a decirte...

47. Prefiero los principios

CONTENIDO EXTRA

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi hija,
Tú eres mi canción más bonita.

1. El principio del fin... ¿O no?

Bajo la enorme, enorme, enorme escalera de mármol agarrada a la barandilla, también de mármol y ostentosa al máximo. Me gustaría decir que voy inmersa en una marea de pensamientos enrevesados acerca de mi futuro, o mejor todavía; acerca del futuro del mundo entero. Pero la realidad es que voy pensando que ojalá mis zapatos de tacón no hagan una marca en estos escalones. Y si la hacen, que al menos no me pille nadie, porque ya bastante tengo con el día que llevo y lo último que necesito es una bronca. Mira que estoy a nada, pero a nada, de liarla a base de bien, y yo cuando digo de ponerme a liarla, me pongo en un plan que ya quisiera más de una reina del drama. Aviso.

El hilo musical sigue animando el ambiente y alegrando corazones a cuenta de Mozart... Esto es un fiestón ya desde primera hora, como podrás imaginar.

¿Se ha notado la ironía? Ay, perdón. Que no es que diga yo que Mozart sea una mierda, ¿eh? No, nada de eso. Yo entiendo el valor que tiene, y la historia, y todo eso. Lo que pasa es que, puestas a elegir, yo la música la prefiero con letra, o con otro ritmo, o con algo que no me haga desear un copazo de ron con coca cola. Llámame inculta si quieres, pero es la verdad. Tampoco es como si quisiera poner a Pitbull con el «Ya tu sabe», pero los puntos intermedios existen, aunque yo rara vez me preocupe por ellos están ahí, esperando que alguien sensato llegue y haga algo al respecto.

¿Por qué ese alguien no llega y pone algo decente?

Pues muy sencillo: porque son todos de un estirado que ni las Preysler. Y cuando hablo de estiramientos y los comparo con esta señora me refiero al estilo de vida, a la actitud y a la piel en sí.

El salón está impoluto, tanto que dan ganas de comer en el suelo. En eso no puedo poner quejas. Las setenta y dos mesas de diez asientos cada una están ya dispuestas, formando círculos espaciados por medidas estudiadas a propósito para que los invitados no estén tan juntos que se agobien, pero no tengan que hablar a gritos si quieren decir algo a los de la mesa contigua.

Abro las puertas principales de par en par y miro la furgoneta del catering aparcar y empezar a sacar los menesteres con total eficacia. Bien, al menos eso saldrá del derecho hoy. Saludo a la encargada principal y la guio hasta el jardín trasero para explicarle los cambios de última hora y la disposición que deben tener.

—No cabemos debajo de ese techado —me dice ella.

—Lo sé, he logrado disponer de la habitación contigua a la cocina para que la ocupéis, pero con el tiempo amenazando con llover de un momento a otro necesito la carpa entera solo para invitados.

—Tú mandas.

Suspiro y hago una mueca. Sí, claro, yo mando...

Yo no mando una mierda, puede parecerlo, pero no, que va. Yo solo soy una

marioneta, que puteo a los que están a mi cargo porque yo ya vengo puteada de vuelta y... Bueno, ya iré hablando de eso poco a poco, porque si empiezo ahora soy capaz de enervarme y para qué queremos más.

Vuelvo al salón buscando a Blanca desesperada. Blanca, la gran amiga que me ayudó a conseguir un puesto de trabajo hace tres años en Madrid a mí: una pobre ignorante del sur de España. Bueno, ignorante no era, las cosas como son. Tenía mis estudios, no muchos, o sea, no era la carrera del siglo, pero había ido estudiando administración y contabilidad por mi cuenta hasta llegar a ese punto en el que hice las maletas y le dije a mi madre eso de: «Mamá, quiero ser artista». En verdad le dije eso porque me pareció súper gracioso en su momento, pero yo lo que quería era vivir en Madrid a lo loco. Claro, con veintiún años no te paras a pensar que, para vivir en Madrid, hay que tener dinero, porque tienes que alquilarte algo, y además comer es importante, a poder ser, tres veces al día.

Así que pobre sí que era. Yo llegué a Madrid con una manita delante y otra detrás y un año después, cuando Blanca me encontró, seguía casi igual, gracias a los contratos basura y mi habilidad para cagarla de mil maneras distintas. Sin embargo, hace ya un año que he conseguido vivir yo solita y dejar el piso que compartía con tres chicas. En este momento tengo alquilado un apartamento que cabe sin problemas en una caja de zapatos, pero eh, es una cucada y todo para mí.

Aunque de eso tampoco vamos a hablar ahora en profundidad. Estamos hablando de Blanca, la que siempre lleva zapatos de tacón de marca –cara–, no como yo, que voy con los de H&M o similar a todas partes. Hoy sin ir más lejos, ella luce unos Manolo que a saber lo que han costado; yo, unos tacones de aguja altos que compré en Primark por veinte euros; ella lleva un traje de pantalón y chaqueta que con toda seguridad se ha hecho a medida, porque le queda como si se lo hubiesen colocado un coro de pájaros cantores, como a Blacanieves la capa; yo llevo una falda entubada de talle alto y negra que encontré en H&M en rebajas, una blusa blanca metida por dentro con escote y el pelo recogido en una coleta que, si bien no está mal, no es el moño estiloso y perfecto de Blanca.

Además, ella es rubia; yo morena. Ella es alta; yo paso del metro sesenta casi rozando. Ella es delgada y yo tengo curvas, por no decir que tengo culo y tetas. Ella tiene los ojos azules, fríos e inteligentes; yo tengo más ojos que cara, marrones normales, sin más. Es como juntar a la Barbie con una fofucha de esas que tanto se llevan ahora. Que serán muy simpáticas, pero no hay color.

Esa es mi amiga Blanca, la que sabe tan bien cómo funciona todo que me hace pensar que ha pagado un pastón indecente por implantarse algún tipo de chip cerebral que le hace recordar citas, recados, detalles, horarios, reuniones, llamadas y un largo etcétera que no se agota nunca.

Bueno, chip no tiene, claro, pero tiene un móvil última generación en el que guarda una agenda que, de ser física, sería una de estas negras y gordísimas... Vale, esto último ha sonado mal, aunque yo a menudo le digo que necesita algo negro, grande y gordo que no es una agenda y que le puede hacer olvidar hasta el nombre

que tiene desde que nació. Ella solo me mira con una pequeña sonrisa como pensando: «Pobrecita, no tiene culpa de ser así». Luego me contesta alguna cosa fina y sofisticada. Algunas veces yo pienso que le falta palmearme la cabecita así, en plan perro domesticado y decirme algo como: «Ale, ale, vete a jugar otra vez y no armes mucho escándalo».

Bueno, vale, eso igual es un poquito exagerado y además no debería ser tan dura con ella, teniendo en cuenta que es mi única amiga dentro del trabajo. Sí, porque el resto son una panda de zorras frías mal folladas que viven para llevar la vida de los demás.

Ala, ya me he enervado con el tema. Sí, ya sé que nadie me ha dicho nada, pero es que tampoco me hace falta, porque no sabes el suplicio que es verlas a diario. Estoy harta.

Lo digo así, como declaración para todo el mundo: HARTA.

Hartísima de que se pasen el día intentando pisarse los tacones unas a otras con cosas como: «Mis toallas son de Portugal», «Uy, las mías de Zara home que, pese a todo, han demostrado ser muy buenas». Y ahí es cuando a mí me dan ganas de decirles que las mías son de mercadillo. Unos gitanos me las regalaron cuando les ayudé en la carretera, porque habían pinchado la rueda de la furgoneta de camino al trabajo. No lo digo, claro, porque sé que me mirarían como si me hubiese escapado de alguna nave nodriza y estuviese a punto de mostrarles mis dos cabezas.

Eso me lo callo, pero el resto...

Yo es que tengo un problema muy grande. Y es que, si me molesta algo, por lo general respondo o suelto una bordería y después recuerdo que no debería hablar sin pensar. Si ya me lo tiene dicho mi madre, y mi padre, y mis hermanos, pero yo soy de ideas fijas.

Total, aquí estoy, buscando a Blanca para que me confirme que la fotografía ya está al llegar, porque si no a la novia va a darle un síncope, a mí otro, y a mi jefe cuando sepa la imagen que estamos dando otro, pero definitivo, de esos de: «Ahora sí que te has pasado, bonita». Y a la puta calle. Ay sí, ya lo sé, que estoy montando un drama, pero es que yo no soy de esas personas que se paran y piensan en frío las cosas para buscar una solución. No, yo soy mucho más sentida que eso. A mí me va lo de flagelarme primero y preguntar después.

Joder, anda que me estoy vendiendo...

Lo importante es que encuentro a Blanca hablando por su pinganillo, ese que yo me he quitado hace rato para no escuchar a mi jefe llamándome cada dos segundos y ladrando por cualquier cosa. Es que joder, ¿no eres el jefe y tienes un despacho en mitad de Madrid todo moderno, bonito y caro? Pues quédate ahí y no toques las narices, coño.

Eso tampoco se lo digo, conste. Como ves, digo muchas barbaridades, pero ni la mitad de las que pienso.

—La fotógrafa. —Gesticulo con la boca y las manos mientras ella mira al techo y me ignora—. ¿Dónde está la fotógrafa?

Ella se pone el dedo índice sobre los labios en señal de que me calle y yo pongo los ojos en blanco. Espero, espero y desespero, y cuando por fin cuelga estoy a nada de tener el segundo infarto del día.

—He hablado con ella hace un par de minutos. Ha tenido un problema personal y no viene. —Empiezo a abrir los ojos de forma desmesurada y ella, que sabe que va a darme algo, intenta calmarme—. Pero a cambio vienen dos de sus mejores trabajadores que tienen que estar al llegar.

No ha terminado de decirlo cuando llaman a la puerta. Uno de los chicos del servicio abre y entran dos jovencitos que podrían haber sido tranquilamente dos modelos, en vez de fotógrafos.

—¿Estos? ¿Qué experiencia pueden tener estos, por Dios?

Blanca se encoge de hombros y se va a corregir a una de las chicas la forma de colgar las rosas blancas en la baranda de las escaleras.

Yo voy hasta los fotógrafos y los miro mal ya de primeras, por tardones y porque joder, no se les ve perdiendo el culo por empezar a trabajar. Los guio hasta la planta superior y cuando entramos me encuentro con que la maquilladora no sabe cómo calmar a la novia, que llora histérica porque ha descubierto que, de pronto, no le gusta el tono melocotón como sombra de ojos para los parpados. Cuento diez, como siempre que tengo que enfrentarme a ellas y me paso un rato convenciéndola de que es la novia más maravillosa del mundo y de que a su futuro marido se le van a caer hasta las pestañas cuando la vea aparecer en el altar.

Ya habrás averiguado a qué me dedico, ¿no? Soy *wedding planner*. O lo que viene siendo una organizadora de bodas y eventos de toda la vida. Y antes de que me lo digas, no, no me parezco a Jennifer López en aquella película, ni todo es tan guay como parece en la tele.

A mí en realidad esto ni siquiera me gusta. O no, no es el trabajo lo que no me gusta: lo que a mí no me gustan son las bodas. Así de simple.

ODIO LAS BODAS.

Espera, eso igual no es tan así. En realidad, lo que odio es la parafernalia que rodea a las bodas en sí. Para que te hagas una idea, cuando las niñas de mi cole de pequeñas jugaban a pensar en sus futuras bodas, con sus futuros vestidos y sus futuras celebraciones, yo me iba a jugar con los niños a los *power ranger*, o me dejaba la piel de las rodillas en el suelo intentando parar un balón.

Aparte de eso es que crecí jurando y perjurando que, si algún día me casaba, antes me tiraba por un balcón que montar todo ese espectáculo. No, yo me iría a Las Vegas y me casaría en un rato, disfrazada de algo hortera, y luego mi marido y yo cogríamos un pedo y follaríamos como conejos en el ascensor del hotel.

Esta parte a mi madre no se la he contado nunca, porque la pobre bastante tiene

con que su hija le suelte que se quiere casar en Las Vegas sin invitados.

Claro, imagínate la conmoción familiar cuando llamé por teléfono diciendo que había encontrado trabajo de *wedding planner*. Primero tuve que explicar lo que era eso, y luego me tocó aguantar las opiniones del tipo: «Pero, ¿qué has hecho insensata? Lo que tienes que hacer es venirte ya y dejarte de tanto vivir la vida, que ya no eres una niña». Y si esto me lo decían cuando yo tenía veintitrés, imagina ahora que tengo veinticinco –casi veintiséis–. Pero a mí no me importa, yo les dije en su día que sí, era organizadora de bodas y que no, no me gustaba, pero pagaban bien y con suerte en un par de años podría independizarme y dejar de vivir etiquetando mi comida para que mis compañeras no se «confundieran» y se la comieran, las mamonas.

Bueno, de mis dos años compartiendo piso con esas tres podría escribir un libro, porque tengo historias para aburrir. Como la vez que decidí echar agua oxigenada en el champú de una de ellas, porque estaba harta de que se fundiera mi desodorante, mi colonia, y mi comida. Mi idea era verla aparecer de buenas a primeras con los pelos amarillo pollo y descojonarme de la risa. No funcionó, y menos mal, porque luego pensé que, si eso hubiera pasado, me habría ido a la calle por unanimidad, y entonces, a ver qué coño hacía. ¿Ves? A cosas así me refiero con lo de no pensar las consecuencias de mis actos. Claro que en ese momento yo tenía solo veintitrés años. Ahora con veinticinco no haría algo así. Ejem... Sigamos.

Estaba contando que a mí lo de ser organizadora de bodas no me va por varias razones que paso a enumerar ahora mismo:

–No me gustan las novias que lloran por todo, como si el mundo fuese a acabarse porque a última hora han decidido que igual el pescado que un mes atrás eligieron en el menú del catering no va a estar rico y la gente va a odiarlas de por vida. Y sí, juro que es verdad que muchas piensan cosas así.

–No me gusta tener que aguantar a las madres de los novios tirándose dardos cuando menos, y bombas atómicas cuando más, porque las dos saben de toda la vida lo que hay que hacer para que una boda salga bonita y redonda. Lo que pasa es que las dos piensan que tienen la verdad absoluta, pero resulta que les gustan cosas opuestas. ¿Y a quién le toca el marrón de intentar que no se maten y que además no decoren las mesas con servilletas de ganchillo? Exacto. Servidora.

–No me gustan los amigos de los novios, que por lo general están tan exaltados como los protagonistas, pero con la diferencia de que la mayoría piensa que a base de calmantes o alcohol pueden ayudar a sus amigos a pasar el trance del matrimonio.

–No me gustan los niños de los anillos, correteando por ahí, sin tener consideración ni respeto por nada que no sean ellos mismos, mientras sus madres pasan de todo.

–No me gustan los llantos exagerados. Joder, que algunas veces más que una boda el asunto parece un velatorio.

–No me gusta la música la mitad de las veces, y la otra mitad es que ni siquiera la entiendo o me parece repulsiva y para vomitar arcoíris.

—No me gusta saber que una gran mayoría de todas esas personas que pasan por el altar jurándose amor eterno y lealtad por el resto de sus vidas de la manera más ostentosa posible, estarán divorciados o faltando a sus palabras en menos de dos años.

—No me gustan mis compañeras, pensándose que tienen el trabajo más guay del mundo cuando la mayor parte del tiempo estamos puteadas, si no por los novios, por los familiares, y si no por los amigos, o por cualquiera que se crea con derecho a mandarnos algo. Y cuando no es de ese lado de donde presionan, es del lado del jefe.

Y aquí es donde me toca hablar del jefe. Alto, rubio, de ojos azules como el cielo primaveral, con una boquita de piñón, un montón de trajes a cada cual más caro, buena familia y una clase que rivaliza y dista mucho de la mía. No porque yo sea una verdulera, que no lo soy, pero desde luego que tampoco soy de ir los domingos a tomar el *brunch*.

En realidad, los dueños de la empresa son los padres, californianos y ahora jubilados, gracias a Dios porque son unos cínicos de cuidado. Crearon la empresa en Los Ángeles, donde aún tienen oficinas operativas. Claro, allí con tanto superficial las bodas se celebran a millones por días.

Ellos cuentan que la crearon porque querían darle a la gente un día tan maravilloso como el que disfrutaron el día que se casaron, para darles suerte y que tengan una vida tan idílica como la suya, pero la verdad es que la señora es una bruja, fría como el hielo y despiadada, que disfruta jodiendo a la gente porque sí, porque puede. Y de él no digo nada, porque no es más que el pelele que doña Claire eligió para tener al lado mientras controla el mundo a su manera.

Te podrás imaginar lo que podía salir de ahí...

Exacto.

De ahí salió el que en la actualidad es mi jefe: Jake Gilford Jr. Ese mismo que ahora me llama por teléfono por quinta vez seguida. Y lo peor es que no sé si lo hace para echarme la bronca por algo laboral, para recriminarme el no lamerle el culo como el resto de sus trabajadoras, o para dejarme claro que plantarlo anoche y dejarlo esperando en el *parking* por mí —aun cuando le había dicho que se lo podía ahorrar— lo ha cabreado muchísimo y ahora quiere un polvo de reconciliación, por ejemplo, porque no le entra en la cabeza que yo no voy a volver a caer en esa relación enfermiza. Claro, lo mismo no le entra porque al final yo siempre caigo como una auténtica imbécil.

Como ves, los tres años en la empresa me han cundido una barbaridad...

2. Cuando yo digo que no, es que no... casi siempre

Corto la llamada de Jake, no tengo yo muchas ganas de enfrentarme con él, lo que pasa es que, para mi desgracia, sabe escribir whatsapp, y aunque me he jurado y perjurado que no leería lo que tuviera que decir, al final termino buscando un hueco detrás de la escalera para abrirlo, porque si lo hago en público y conociendo a Jake, lo mismo se me nota mucho que estoy alucinando.

Jake, ese hombre capaz de decirte en un mismo mensaje que no puedes olvidar llamar a los proveedores de crema pastelera y que está deseando follarte hasta partirte en dos. Y mientras él se queda tan pancho soltando cosas así, mis bragas huyen despavoridas hacia otra parte y mi corazón se aprieta en un puño tan fuerte que siento que lo odio casi tanto como lo quiero.

Me dejo de pensar tonterías y abro el mensaje. Nada más ver el principio sé que no está de buen humor, pero vaya, tampoco me coge de sorpresa.

Jake: ¿Te das cuenta de que soy tu jefe y puedo ponerte de patitas en la calle como sigas ignorando mis llamadas? Deja de lado tu inmadurez, si es que puedes, porque esta vez te llamaba para avisarte de que a las siete tenemos una reunión laboral. Y te lo advierto, Acosta, no me servirá ninguna excusa, así que ahórrate el jurar y perjurar que alguna de tus amigas está en el hospital por algo gravísimo que no puedes dejar de lado, que nos conocemos.

¡No joder! Yo no quiero reunirme con él ni a las siete, ni a ninguna otra hora. Y, además, soltarme lo de mis amigas solo porque un par de veces las he utilizado como excusa para no verle el careto no ha sido de recibo. Una reunión laboral para hablar... ¿de qué? No me irá a echar, ¿no? Mierda, como me eche por haberle dejado, juro por Dios que la monto, pero bien.

Respiro hondo, porque faltan escasos veinte minutos para empezar a acomodar a los invitados y, lo último que necesitan, es que la *wedding planner* se ponga atacada de los nervios. Busco a Blanca —otra vez, sí. Se ve que me paso la vida buscándola— y la encuentro en el jardín, mirando hacia el cielo y consultando su súper teléfono con cara de concentración.

—¿Has hablado con Jake? —pregunto sin cajas destempladas.

Ella me saca el dedito índice para pedirme un minuto, y yo me enervo, porque estoy hasta la punta del ciruelo de su dedito índice. Espero, espero y desespero, otra vez. Al final, me sonrío con elegancia, como siempre.

—Parece que no va a llover después de todo. —Pongo los ojos en blanco, como si a mí me importara que llueva. Sí, ya sé que debería por mi trabajo y eso, pero la verdad es que me da lo mismo—. Y sí, Jake me ha llamado hace dos minutos diciéndome que tengo que quedarme hasta el final del baile, porque tú tienes que estar en el centro a las siete para una reunión.

—Maldito cabrón...

—Dime que no vas a caer otra vez, Dani.

La miro con horror y abro los ojos con sentida indignación.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? No, después de la última pelea no voy a volver a caer Blanca, joder.

—Daniela, que te conozco, que cuando Jake te dice ven, tú lo dejas todo.

—No esta vez. Si por mí fuera ni siquiera iría a la reunión, pero eso es ponerme definitivamente en las puertas del Inem.

—No vas a perder el trabajo. Jake será lo que sea, pero es muy profesional.

—Ya bueno... Si yo no digo que no, pero no me apetece nada verle la cara. Sobre todo, porque sé que en el fondo no quiere hablar de trabajo.

Ella frunce los labios, porque sabe que yo tengo razón y esa es su forma de decirme que me entiende. Los abrazos no funcionan con Blanca. Es muy buena amiga, pero muchísimo más práctica que sentimental.

Así pues, el resto del día encima de aguantar a la novia, la madre de la novia, la hermana de la novia, la suegra de la novia y la madre que los parió a todos, me toca pensar qué coño querrá Jake esta vez. Lo peor de todo es el recriminarme a mí misma que, si hubiera cogido el teléfono de primeras, a lo mejor él no se hubiese empeñado en que ya no le vale una discusión en la distancia y ahora la quiere en persona.

¿El problema? Que nuestras discusiones a menudo terminan con mis bragas rotas y él empujando entre mis piernas, con cara de enfado y poniéndome todavía más cachonda por eso.

Si es que soy una putilla calentorra, ya lo dice Tina, mi mejor amiga, que no se corta a la hora de informarme sobre lo que piensa acerca de esta relación insana, enfermiza y que no va a ninguna parte. ¿Ves? Si yo la teoría me la sé muy bien, lo que pasa es que luego lo miro a esos ojos azules que tiene y lo único que siento son los tirones de mis bragas, intentando bajarse por mis piernas y meterse ellas solitas en el bolsillo de su traje caro de turno.

Cuando estoy en la puerta del edificio de Perfect Wedding –originalidad al poder con el nombre– me siento más que tentada de dar media vuelta, irme a casa, quitarme los taconazos, ponerme el pijama basado en un pantalón corto de chándal rojo cereza y una camiseta de tirantas amarillo pollo del Decathlon, que me costó tres euros. Me tumbaría en el sofá a la bartola, pondría algo de música y me cargaría un copazo de vino, o de ron, o de ginebra, qué coño, viniéndome arriba, que para algo es sábado.

Bueno pues no, no hay pijama barato, ni copazo de nada, porque tengo una pelea a la que enfrentarme, y una gorda teniendo en cuenta que anoche don estirado me estuvo esperando en el *parking* privado en el que me citó como media hora antes, a juzgar por sus continuas llamadas. No aparecí, porque esta vez voy en serio con lo de «Se acabó, porque yo me lo propuse...». Me siento muy María Jiménez en esta etapa de mi vida y no me avergüenza en absoluto reconocer que cuando lo dejé, hace dos días, llegué a casa, puse la canción y me emborraché cantando a todo trapo hasta que tropecé con la mesita del salón-cocina-espacio vital de la casa, me di en el meñique del pie y me puse a berrear como si me hubiesen amputado la pierna a la altura del muslo.

Todo eso duró hasta que mi vecina amenazó con llamar a la policía si no me relajaba un poquito, teniendo en cuenta que era jueves.

Como ves, cada vez me vendo mejor...

Subo en el ascensor repitiéndome una y otra vez la lista interminable de motivos por los que no debo volver con Jake, ni acostarme con Jake, ni siquiera pensar en las manos de Jake sobre mi cuerpo. Para cuando llego a la planta de los jefazos me siento mucho mejor de ánimo y, además, tengo una seguridad en mí misma impresionante.

Saludo a la secretaria de Jake y entro sin llamar, pese a la insistencia de esta de que antes debe avisarlo. Si claro, no me he esperado yo nunca para hablar con él y ahora que encima me obliga a estar aquí, me voy a poner en plan rebajada a esperar como una fracasada que quiera recibirme solo porque quiere darse aires de importante. No, que no sueñe con eso.

Jake Gilford Jr. está hablando por teléfono, retrepado en la silla y acariciándose la barba cuando yo irrumpo en su despacho llamando su atención. Mala suerte es que justo hoy haya decidido ponerse el traje negro con la camisa azul claro, del mismo color que sus ojos, y una corbata de seda que imagino alrededor de mis muñecas y...

Ya está, a tomar por culo la seguridad, y la lista de motivos interminables. Mi guarrilla interior ya está pisoteando a la madura y yo lucho por mantenerme firme, pese a que su mirada me está recorriendo de los pies a la cabeza.

Bien, vale, una cosa es cómo me siento y otra que él tenga que darse cuenta, así que tomo asiento en uno de los sillones y me permito poner cara de mortal aburrimiento mientras él acaba de hablar por teléfono.

—Sí, claro mamá, de acuerdo, hasta luego.

Ay Señor, encima está hablando con la loca del coño de su madre. Y perdón por la expresión, pero es que lo es. Es una loca del coño mala, fría y clasista a la que no aguanto desde nunca. Y casi lo mismo pasa al revés.

—¿Hablas con tu mami y no le mandas un besito de mi parte? —Chasqueo la lengua contra el paladar—. Muy mal, hombre.

—Déjate de ironías, Acosta, que tenemos que hablar de trabajo.

—Por supuesto, señor Gilford. Usted dirá.

Él entrecierra los ojos. Ay, si ya sé yo que lo de llamarlo señor Gilford le ha sentado como una patada. A él eso solo le gusta cuando me tiene abierta de piernas y jugamos a los jefes y las empleadas. Que, por otro lado, no es un juego porque es la realidad, pero eso es otra historia.

—He hablado con la sucursal de Los Ángeles. Resulta que tienen a unos clientes allí que quieren casarse en España en mayo.

—¿Son de Los Ángeles y se quieren casar en Madrid? La gente no está normal de la cabeza...

—La gente se casa donde le da la gana, Daniela.

—Además de verdad, yo cuando me case también lo haré donde me dé la gana.

Jake alza las cejas primero, y me taladra con la mirada después.

—Tú no vas a casarte.

—Yo haré lo que me dé la gana y con quien me dé la gana —intenta quejarse y lo corto—. ¿No estamos aquí para hablar de trabajo?

Jake está muy tentado de seguir discutiendo, puedo ver y oler su excitación, porque sí, a nosotros discutir nos pone mucho, es como un fetiche común. De hecho, las dos cosas que mejor hemos hecho en casi dos años de relación han sido follar y discutir. Somos los mejores, lástima que solo sirvamos para eso. Estoy segura de que, si me asomo por encima de su mesa, podré ver una erección descomunal bajo su pantalón. Y si no la tiene, la tendrá, porque vamos a liarla como sigamos por el camino de lo privado. No me preguntes cómo lo sé, pero estoy segura; lo veo en su postura rígida y fría, y en mis ganas de darle con el tacón en la boca.

—En fin... —Exhala aire con lentitud, como si estuviera contando a diez, o veinte, quizá porque así es—. No quieren casarse en Madrid. Lo harán en Ibiza el once de mayo.

—No.

Soy muy consciente de que me sale como un susurro temeroso.

—Sí. Escucha Dani...

—¡No! ¿Qué tengo que escuchar? No voy a escuchar una mierda, Jake. Ni de coña vas a hacerme trabajar el once de mayo, porque es mi cumpleaños y solicité las vacaciones para esa misma semana el dos de enero por escrito.

—Esto no es de discusión, Daniela. Han visto el trabajo que hiciste con la familia Duero y te quieren a ti.

—Pues diles que no fui yo quien lo hizo.

—¿De verdad crees que voy a mentir a unos clientes solo por un capricho tuyo?

—¡No es un capricho! Son mis vacaciones y las tenía pedidas para viajar.

—¡Lo sé! ¿Ya se te ha olvidado que yo iba a ir contigo?

No, no se me ha olvidado. ¿Cómo se me va a olvidar si él no deja de reprocharme que haya anulado el viaje pendiente a Italia?

Parece mentira, pero hace una semana este hombre que ahora me mira con odio y yo, teníamos planeado un viaje maravilloso y romántico a Venecia en el que nos pasaríamos una semana entera paseando sin temor de que nadie nos viera, besándonos y sí, seamos sinceras, follando sin piedad. Iba a celebrar mi cumpleaños en la gran suite de un hotel de lujo con vistas a los canales venecianos, y ahora... ahora no, eso está claro.

—Jake, no puedes hacer esto solo porque me odies por...

—Esto no tiene nada que ver con lo personal. Lo creas o no es algo profesional,

Acosta.

—Tenía planes.

—No, no los tenías, anulaste el viaje el sábado pasado.

—¡Pero pensaba irme de crucero con las chicas!

Mentira, no tengo ni un triste plan, pero oye, tengo que ponerme digna y darle donde le duele, demostrándole que no me importa no ir con él de viaje, porque ya tengo otro plan mejor.

—¡Acabáramos! Esa panda de locas y tú pensabais ir a follar como descosidas a un barco. ¿Es eso?

—No llames locas a mis amigas. —Como verás no niego lo de follar como descosidas.

—Tus amigas están como regaderas todas. No os libráis ni una.

—¿Me incluyes?

—Tú eres la peor. Solo se libra Ana y total, casi no la ves... —Se pinza el puente de la nariz y vuelve a contar en silencio para no ladrarme más. Ya lo conozco—. Dejemos el tema privado a un lado, joder.

—Vale.

Esto no va a durar ni dos minutos, como si no lo conociera...

—Escucha Daniela, sé razonable, es una boda por todo lo alto con un montón de invitados. Estoy hablando de gente de dinero.

—Por mí como si es una boda real.

—Están dispuestos a pagar una barbaridad.

—¿Y si tienen tanta clase cómo es que me quieren a mí?

Ah, sí, eso le duele... El motivo de nuestra ruptura ha sido el hecho de que Jake no puede aceptar que yo no sea de su clase. Ya está, así de simple. Él pretende que de buenas a primeras yo quiera hacer un montón de cosas de estirados sin pedir nada a cambio, y más que eso, le parece mal mi forma de hablar cuando estamos a solas. Me regaña por la forma de sentarme y hasta por la de tumbarme en el sofá. ¡Joder en mi casa me despatarro como quiero! En resumidas cuentas, yo no soy una señorita, o eso dice él. Claro, ni qué decir tiene que su familia no sabe que nosotros estábamos juntos, porque entonces se podría armar un jaleo que ni la segunda guerra mundial.

Además de eso está el hecho de que nuestra relación estuvo basada en el sexo y las discusiones, como ya he dicho antes. No es como si no nos quisiéramos, lo hicimos, pero de una forma del todo irracional. Por puro instinto. En serio, cuando el sexo acababa la relación era agotadora.

Jake, con sus treinta años, está acostumbrado a dominarlo todo, y cuando hablo de todo, es todo. Él es un hombre de buena cuna, con millones a cascoporro, hijo único y mimado por su madre a más no poder. Yo algunas veces le decía que era mi

Borja Thyssen. No te quiero ni contar cómo le caía...

Es un hombre serio, ordenado en exceso, que no comparte mis opiniones, ni mis bromas, ni siquiera mis gustos en lectura, arte, cine, música o... o cualquier cosa, en realidad. Él quiere doblegarme y yo no se lo permito, porque una cosa es jugar en la cama y otra muy distinta que fuera de ella quiera yo ser su sumisa. Y, además, está el hecho de que adora a su madre. Sí, esa a la que yo odio... pero bueno, tampoco voy a contarte toda nuestra historia en el segundo capítulo.

Y aquí estoy, esperando una respuesta que no tarda en llegar. Jake tira sobre la mesa una carpeta llena de documentación antes de hablar.

—Ahí están los números, *emails* y direcciones de los novios y sus padres. Llama a la novia y dile que vas a encargarte personalmente de cada detalle de su boda — intento quejarme y me corta—. Le prometerás organizar la mejor boda del mundo. Serás poco más que su esclava, ¿me oyes? No vas a hacerme perder ni un euro solo porque tienes ganas de irte de fiesta. Es esto, o el despido por incumplimiento.

Me trago la bilis que me sube por la garganta y asiento. No tengo otra opción.

—Esta misma noche le mandaré un correo y esperaré la respuesta para empezar con las videollamadas cuanto antes. ¿Tendré que viajar a Los Ángeles?

—No, ella vendrá aquí con su pareja un par de veces antes de la boda, y luego os veréis en Ibiza en mayo. Llegarás el lunes de la semana de la boda y te quedarás hasta el domingo. Por supuesto, tu alojamiento y dieta corren a cargo de la empresa.

Y justo aquí, en este momento, es donde, dentro del caos, encuentro un rayito de luz. Jake ha intentado joderme a base de bien, me ha mandado una semana a trabajar coincidiendo además con mi cumpleaños, pero es que me ha mandado a Ibiza. ¿Y quién soy yo para negarme a disfrutar de una semana a gastos pagados en la isla de la diversión, el sexo y...? Mmmmm, si es que al final, no hay mal que por bien no venga, ¿verdad?

—Pues muy bien. Ale, me voy que tengo un millón de cosas por hacer.

El desconcierto en su cara es visible durante apenas unos segundos, pero ahí está. Nada de gritos, ni pataleos, ni amenazas con quemarle el coche. No, nada, todo muy maduro e impropio de mí, lo reconozco. Intenta decirme algo y hasta se pone de pie, pero yo me largo sin darle opción a nada más.

3. Planes, advertencias y decisiones

Llego a casa y doy dos puntapiés a los zapatos, porque llevo con ellos puestos desde las seis de la mañana y tengo ganas de amputarme los pies con el cuchillo de untar mantequilla. Con eso lo digo todo.

Observo mi pisito llenándome de más orgullo y satisfacción que el rey en el discurso de navidad. La verdad es que hice una muy buena elección al decidir alquilarlo, dijera Jake lo que dijera. Claro, hay que tener en cuenta que mi apartamento mide treinta metros cuadrados, que es lo que mide su habitación principal, más o menos. Yo por esa parte lo entiendo, pero no por eso puede criticar mi piso y menos sabiendo que para mí poder pagarlo a final de mes no es tan fácil como para él.

No es gran cosa, como ya he dicho: en la entrada tengo un armario de tres puertas con espejos para dar sensación de amplitud. Consta de un salón-cocina que tiene un sofá de esquinera blanco; enfrente hay una mesita y justo al lado la cocina, blanca y beige, con una pequeña barra cortando ambos espacios. Además, hay un pequeño mueble modular con la tele.

Desde un extremo del sofá, si te estiras, puedes llegar a tocar la barrita de la cocina, con eso te haces una idea de lo pequeño que es. Pero bueno, el blanco lo hace todo más luminoso y además tiene dos ventanas grandes por las que entra bastante luz y desde las que puedo ver las fachadas de los edificios de enfrente, porque esto es Madrid, no mi pueblo. Aquí vistas bonitas no hay a no ser que seas millonario.

El baño es pequeño, con un plato de ducha, un lavabo, el inodoro, un armarito para hacer el apañó y la lavadora y secadora en una esquina.

El dormitorio también es bastante enano, tanto que es lo que más me deprimía del piso hasta que hace unos días después de cortar con Jake —otra vez, pero esta es la definitiva, lo juro—, me fui de tiendas y no paré hasta dar con lo que yo quería. Así pues, compré un soporte para la cama de un metro y medio de alto. Es como una litera, la cama queda en alto, con una escalera para subir monísima, pero debajo, en vez de otra cama he montado un escritorio con mi ordenador y mis cosas del trabajo. Así que ahora tengo un salón-cocina, un dormitorio-despacho y un baño. Y eso es todo, pero a mí me encanta.

Me ducho, me pongo el pijama y me lleno una copa de vino que más que copa es un cubo. Me acomodo en el sofá y me dedico a llamar a todas y cada una de mis amigas.

La primera es Ana, que es con quien no he hablado en todo el día al final. Vive en Granada, es algunos años mayor que yo, lo que le confiere el poder del consejo, y tiene una galería de arte que le va bastante bien. Nos conocimos hace un par de años y es una de las personas en las que más confío. A pesar de que no nos vemos tanto como nos gustaría, sí mantenemos contacto diario vía correo o teléfono. Lo coge al segundo timbrazo.

—Dime.

—¿Te pillo muy liada?

—No, acabo de llegar del gimnasio.

Ah, sí, además de todo, ella sí va al gimnasio, que es algo que yo no hago porque prefiero entrenar por mi cuenta haciendo cosas como *sofin*, *coping*, o... Bueno, eso no es del todo así. Sí que entreno en casa, pero hay días, como este, en que no me apetece moverme más y me justifico a mí misma diciéndome que correr de un lado a otro como diez horas subida en unos tacones de aguja cuenta como hacer ejercicio.

—Vente conmigo a Ibiza la semana de mi cumpleaños.

Silencio al otro lado durante unos instantes. Cuando responde, lo hace en ese tono cauto que indica que sospecha que me he metido dos rayas y se me ha ido la pinza del todo.

—Ibiza.

—Sí, Ibiza, la isla de la diversión, el sexo y el *Rock and Roll*.

—Daniela, ¿qué pasa?

Resoplo y le cuento mi historia acerca del trabajo y la putada que me ha hecho Jake en su rencor por haber cortado con él.

—¿Vendrás?

—No puedo.

—Lo sabía —contesto de mal humor.

—No puedo dejar la galería de un día para otro, y, además, ¿qué hago con la niña? El donante no va a querer quedársela una semana en plenos exámenes. No, imposible.

—Joder —me quejo mientras suspiro, porque estoy frustrada, pero entiendo que tiene razón. Es una locura teniendo en cuenta que faltan un par de meses nada más y que su hija adolescente no puede quedarse sin vigilancia—. Bueno, se lo diré a Tina, porque Blanca estará aquí, en Madrid, trabajando.

—No llames a Tina, Daniela, no te busques más follones joder.

—Tina te cae muy bien.

—Sí, pero cuando estamos todas. No es una buena opción para llevar a Ibiza, las dos solas, y lo sabes.

Sonrío. Ay, yo entiendo que a Tina y a mí nos han pasado muchas, muchas cosas por hacer caso de nuestros impulsos. Y cuando digo muchas, hablo de tener prohibida la entrada en dos discotecas importantes de Madrid de por vida, por ejemplo.

Pero bueno, no quiero hablar de eso...

—Pues nos reiríamos un montón, y no es mala.

—Yo no digo que sea mala, digo que tiene el conocimiento de una piedra y tú te

dejas llevar por ella.

—¡Eso no es verdad! —exclamo indignadísima.

—Por supuesto que lo es. Te lo digo en serio, Daniela: no.

—Estoy pasándolo fatal, Ana. Mal de verdad, joder, no quiero ir sola y verme allí una semana trabajando y el sábado de mi cumpleaños organizando una boda ajena, mientras todo el mundo disfruta.

—Pues celébralo antes de irte en Madrid. Yo podría organizarlo para ir un fin de semana.

—Si puedes organizar un fin de semana en Madrid, puedes organizarlo en Ibiza. —Silencio al otro lado. Me muerdo el labio y decido insistir—. ¿Y si lo consiguiéramos todas? No podréis venir toda la semana, pero podéis reuniros conmigo allí el viernes y volver el domingo todas juntas.

—Joder Dani...

—¡Sería tan genial! Blanca, Tina, tú y yo en Ibiza un finde enterito. Piénsalo, ¿sabes la de guiris que hay en la isla?

Sonrí maliciosa, porque sé de sobra que mi amiga no está muy por la labor de tener relaciones serias y esto es un punto a favor.

—Está bien, déjame ver qué puedo hacer. ¿Para el finde de tu cumple?

—¡Sí! Ay Dios, será genial.

—No te emociones y recuerda que tú en realidad solo tienes libres las noches, porque el sábado tienes la boda.

—Bueno, pero en cuanto salga de trabajar vuelo con vosotras. Va a ser brutal.

—Eso espero, si todas podemos, será la primera vez que pasemos un fin de semana juntas y solteras.

Ahí el bajón vuelve con más fuerza que nunca. Me callo unos segundos y, cuando hablo, el cambio en mi tono de voz es palpable.

—Es verdad que estoy soltera... Joder, lo peor es que no puedo creer que Jake me haga esto, no le creía capaz de tanto solo porque tiene el orgullo herido.

Y sí, pongo una vocecita lastimosa de cuidado. Ella suspira y cuando habla no hay mucha paciencia en su voz, la verdad.

—¿Hasta cuándo, Daniela? ¿Hasta cuándo vas a caer en eso una y otra vez?

—Tú no lo entiendes...

—Lo entiendo, y por eso te digo que lo que Jake y tú lleváis gestionando todo este tiempo no es sano.

—Lo sé.

—No caigas otra vez.

—No lo haré.

—No te creo.

—Eso también lo sé. —Me río y le doy un trago al vino—. Total... Vete mirando ropa blanca y ajustada para ligar en Ibiza. —Ella resopla—. Cuéntame qué tal el día.

Ana pasa a relatarme un montón de historias raras de clientes más raros mientras yo le cuento cómo me ha ido en la boda de las narices.

Para cuando cuelgo el vino es historia y decido que mejor no me lleno otro, porque no quiero terminar a cargo de mis emociones, que las muy putas me tienen mucha tirria y yo soy capaz de acabar cantando por la Pantoja en pro del desamor.

Además, me queda hablar con Blanca antes de nada para que se encargue de tener libre ese finde, así que la llamo sin esperar más.

—¿Sí?

—¿A que no adivinas qué quería ese capullo?

—Mmmm.

—Me manda a Ibiza una semana.

—Vaya, que disgusto.

Pongo los ojos en blanco y le explico que no me manda de vacaciones, sino a trabajar. Cuando acabo con mi historia lacrimógena al máximo me quedo esperando una respuesta.

—¿Y bien? —pregunto, en vista de que sigue callada.

—No sé si Jake va a darme libre ese sábado.

—Lo hará, tú solo dile que lo coges de asuntos propios o algo así.

—No puedo mentirle.

—Entonces pide un jodido día de vacaciones y que te lo descuente. La empresa no va a caerse porque no estés.

—Supongo que no, y siempre pueden pedírselo a otra.

—También podrías pedir trabajar conmigo en esta boda y entonces...

—No, no, yo para ese mes ya tengo dos bodas previstas. A mí no me metas.

—Está bien. —Suspiro con cansancio—. ¿Entonces?

—Sí, veré lo que puedo hacer.

Salto en el sofá de alegría, me despido de ella y decido que eso sí que se merece otra copa de vino, así que voy a la cocina —tres pasos hacia adelante— y la lleno hasta arriba.

Vuelvo al sofá y llamo a Tina, que no lo coge, pero me devuelve la llamada un minuto después.

—Dime Marichocho.

Esa es mi Tina, la mujer que conocí de casualidad una mañana de tantas en las que quise empezar el domingo corriendo. A los veinte minutos decidí que ya tenía el culo duro y me fui a un *Starbucks* a por un *frappuccino* y un *cheesecake* de frambuesa, como premio por lo bien que lo había hecho. Entré y agradecí mi suerte al ver que era el último trozo de pastel que quedaba en aquel momento; lo pedí y cuando me giré para sentarme Tina me interceptó y me confesó que llevaba una mañana de mierda y que me invitaba al café si le daba un poquito de pastel, porque también era su favorito. Ella no venía de correr, sino de fiesta, y aunque otra se habría negado sin más, a mí me pareció tan guay que se atreviera a compartir comida con una desconocida que no quise ser menos y acepté. Así que nos sentamos en una mesa con dos cafés y el *cheesecake* en medio, y una hora después allí seguíamos, riéndonos como pocas veces y sabiendo que acababa de nacer una amistad que duraría hasta el infinito.

—¿Te vienes a Ibiza? —pregunto así, a bocajarro.

—Claro. ¿Cuándo? ¿Ahora?

Me río, porque lo más probable es que si le digo que sí, ella se ponga a hacer la maleta de verdad y reserve el primer vuelo a Ibiza para esta misma noche.

—No, en mayo. El finde de mi cumple.

Vuelvo a contar la historia, por tercera vez, de Jake y la boda jodecumple, y cuando acabo Tina reacciona justo como yo esperaba.

—¿Cómo se puede estar tan bueno y ser tan cabrón? Mira nena hazme caso, nosotras en Ibiza nos liamos con el primero que nos diga algo y esté decente. Cuando volvamos y vea la cara que se te ha quedado de bienfollada, no va a saber ni dónde meterse. Ya se arrepentirá entonces de haber sido tan imbécil.

—Yo lo quiero, Tina.

—¡Tú que vas a querer! Lo que tú tienes es un síndrome de abstinencia. Te lo he dicho medio millón de veces: Eres una yonqui de la polla de Jake.

—Que no, que es amor.

—No es amor, no puede serlo si os hacéis tanto daño todo el tiempo. Os folláis tan bien y tanto que os parece amor, pero no lo es.

—Oye a mí no me digas lo que tengo que sentir.

—Dios me libre. ¿Quieres seguir follándotelo? Pues nada, sigue, y cuando no quede de ti más que mierda por recoger ya veremos qué hacemos.

—Que dramática eres hija, por Dios.

—¿Dramática yo? ¿Tengo que recordarte la vez que os peleasteis y amenazaste con quemarle la casa? Si eso no es dramatismo...

—Era una broma.

—Le rayaste el coche.

—Sí, pero con él dentro, para que se jodiera.

Recuerdo la vez que le rayé el flamante bmw con las llaves de casa y sonrío, porque no me siento mal en absoluto. ¿Qué esperabas? ¿Encontrar a una pobre protagonista lloriqueando y muriéndose de amor todo el tiempo? No, ya te digo yo que no vas a encontrarte nada de eso en esta historia. Vas a toparte con muchas cosas que lo mismo no te gustan, pero es la verdad y yo no voy a maquillarla. Cosas como que una mujer con veinticuatro años que tenía en aquel entonces, se baje de un coche en plena discusión, saque las llaves del bolso y rodee la carrocería arañándolo ante la mirada perpleja de su novio. Creo que es la vez que más cerca ha estado Jake de un infarto, de verdad, porque a veces pienso que el verdadero amor de su vida, es el bmw.

Tina deja de reírse a carcajadas, porque, aunque ella ha sacado el tema para recordarme que a veces no hago cosas muy normales, la verdad es que le hace mucha gracia la historia. Hasta Blanca se rio en su día, aunque luego me regañó y me hizo prometer que controlaría esos impulsos. Yo asentí y lo prometí, pero todo el mundo sabía que no, no podría.

—Que se joda, con la de dinero que tiene, pintar el coche para él debe ser como tomarse un café de un euro. Seguro que llevaba suelto en la cartera.

—Es posible —murmuro—. De todas formas, no quiero hablar más de él. ¿Qué tal el día hoy en el trabajo?

—Esos pequeños cabrones me la tienen jurada.

Tina, ahí donde la ves, es profesora de parvulario. A mí a veces me cuesta creer que una mujer que está como una puta cabra en su vida personal pueda impartir educación a los más pequeños. Seamos sinceros, para estar con veinte niños en una clase se necesita paciencia, dulzura y vocación, y yo a Tina no le veo ninguna de las tres cosas. Imagino que la vocación la tiene, claro, pero no se vislumbra así, a un primer vistazo. Ni a un segundo, ni a un tercero...

De hecho, la primera vez que le pregunté por qué se había hecho profesora me contó que en su día le pareció súper gracioso imaginarse haciendo dibujos inquietantes y mostrándoselos a los padres asegurando que tenían un pequeño psicópata en casa. Cosas de Tina.

—Creo que el cariño es mutuo.

—Si no fuera porque el padre de Joel está como un tren, mis días no tendrían sentido de lunes a viernes.

—El padre de Joel está felizmente casado, ¿no?

—¿Y? ¿No puede una alegrarse la vista? Además, que igual están en crisis.

—Igual sí, pero teniendo en cuenta que su pareja es otro hombre, no sé yo las posibilidades que puedas tener.

—Cuando te pones en plan obvia y sensata das mucho asquito.

Me río, porque en el fondo sé que todo es pura fachada y es un amor y una persona muy dulce. Bueno, vale, mentira: es un amor, pero de dulce tiene lo mismo que la pimienta. En realidad, por lo general es más basta que unas bragas de esparto, y a mí me encanta. Ella, no las bragas de esparto, que no las he usado nunca, ni sé si existen.

—¿Entonces es definitivo? ¿Te vienes a Ibiza?

—Será definitivo cuando hablemos de los condones que vamos a comprar. Podemos hacer un bote y tener un variado, ya sabes: con estrías, extrafinos, normales, XL... Hay ahora unos que hasta brillan en la oscuridad. En plan sable de *Star Wars*. —Deja salir una carcajada—. Voy a buscar en San Google ahora mismo.

Pongo los ojos en blanco, pero me río. Hablo con ella un poco más y la dejo porque sé que está ansiosa por meterse en internet de verdad y buscar todo tipo de condones para comprar.

Estoy a punto de prepararme algo de cenar cuando alguien pega en la puerta con los nudillos. La copa se me congela en la mano, los labios se me entreabren y el corazón se me acelera, porque de más conozco esa forma de llamar.

Jake está aquí y tengo tres opciones:

1. Abrir y mandarlo a la mierda.

2. Abrir y hablar con él, fingiendo ser una persona civilizada. —No, imposible, tacha esta—.

3. No abrir y hacer como que no estoy.

La tercera me parece la más acertada dado que si abro para mandarlo a la mierda acabaré dejándolo entrar, y no hablo solo del piso. Me siento con cuidado en el sofá y contengo la respiración. Muy maduro todo.

Por supuesto, no he recordado que él tiene llaves de mi piso, que no utiliza más que cuando sabe que yo no estaré en casa y me espera dentro, como en este jodido momento. Cuando entra en el salón se apoya en el mueble alto de la tele y deja caer las llaves en él después de hacerlas tintinear.

—¿De verdad pensabas que podías esconderte de mí?

—¿Qué quieres Jake? Y habla rápido porque iba a hacerme la cena y no me apetece tener compañía.

—Quiero que hablemos como personas adultas. Te has ido tan deprisa que...

—¿Por deprisa te refieres a que me he ido antes de mandarte a la mierda porque es lo que te mereces?

—No estás mirando las cosas con objetividad.

—Fuera.

—¿Qué?

—Que te vayas de mi casa, Jake, que dejes las llaves donde están y te largues

porque no voy a discutir contigo, olvídalo.

Toma ya. ¿Has visto que bien hablo? Lástima que por dentro no tenga ni la mitad de seguridad que por fuera y esté temblando solo por la forma en que me mira. Él se acerca, claro, se veía venir. Yo me cruzo de piernas y brazos en el sofá y lo miro mal.

—Vamos cariño...

—Yo ya no soy tu cariño. Nunca lo fui, en realidad.

—¿Como que no? ¿Qué ha pasado con todo el tiempo que llevamos juntos?

—Si por estar juntos te refieres a follarnos a escondidas en cada ocasión posible, pues ha pasado que se ha terminado.

—Te encantaba cómo te follaba.

—Sí, era lo único que me encantaba de ti.

—De eso nada, también te gustaba que discutiéramos, aún te gusta.

Él se sigue acercando, insinuando una pequeña sonrisa triunfadora y yo lo fulmino con la mirada.

—Jake, no podemos seguir así. Me haces daño.

—¿Y qué crees que me haces tú a mí, Daniela? Me matas cada vez que me dejas en uno de esos arrebatos tan infantiles.

—¿Arrebato infantil? ¿Arrebato infantil?

—Sí, cielo, infantil.

—Te fuiste a cenar con tu familia y esa puta con la que quieren casarte. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Lo hice para que no sospecharan de nosotros y podamos estar tranquilos.

—¿Y qué pasará cuando tu mami te pida que te cases con ella de una vez? ¿Lo harás para que no se metan en lo nuestro y podamos seguir follando a escondidas como hasta ahora?

Silencio. Ay, eso sí que duele como un jodido puñal.

—Dani, tú lo eres todo para mí. ¿No lo entiendes? Yo te quiero.

—Si me quisieras me respetarías.

—No puedes pretender de verdad que me ponga en contra de mi familia por un berrinche de los tuyos.

—¿Que no es un puto berrinche, joder!

—De acuerdo, no lo es. —Se agacha delante de mí y acaricia mis rodillas con suavidad—. Te quiero. ¿Es que no lo ves? No puedo vivir sin ti, Daniela. Sin ti no soy más que un fracasado y un amargado.

Cierro los ojos porque no quiero ceder a esas palabras. ¿Pero a quién quiero engañar? Yo lo quiero, y a nivel físico lo necesito tanto que ya ha empezado a dolerme

otra vez y... y joder, está tan cerca, y huele tan bien...

—No...

Reconozco que mi negación suena falsa a más no poder, por eso no tiene problemas en tumbarme en el sofá y dejarse caer sobre mí con cuidado.

—Sí... Nos queremos, todo está bien princesa, todo está perfecto. Estoy aquí para ti. Soy tuyo...

Me besa, y yo cierro los ojos y me abandono al sexo de nuevo. Te dije que no buscaras en esta historia a una mujer inteligente. Esto de inteligente no tiene nada, y de masoquismo todo. Cuando quiero darme cuenta hemos follado en el sofá, y contra la encimera de la cocina. Jake me coge en brazos e intenta llevarme al dormitorio.

—Estoy muerta de sueño.

—Te meteré en la cama y mañana dormiremos hasta bien tarde —susurra en mi pelo.

—Me gusta el plan.

Aunque te parezca una gilipollez, aunque sea insano y yo lo sepa, en este momento me siento bien. No feliz, no, eso nunca pasará con Jake. La felicidad completa no existe a su lado porque su personalidad está ahí, imponiéndose como siempre. Pero sí me siento bien y contenta de que esté aquí.

Al llegar al dormitorio Jake se para en seco y yo, aturdida como estoy, tardo un poco en darme cuenta de por qué lo ha hecho.

—¿Qué cojones le has hecho al dormitorio? —Me baja con cuidado, eso sí, y me mira muy serio—. ¿Por qué has subido la cama de altura?

—Ya te dije que me gustaba la idea. Ahora tengo un escritorio.

—Daniela, esto es otro capricho. Te has gastado un dinero que no tienes en algo que no necesitas.

—Es mi casa, Jake, puedo hacer lo que me plazca.

—¿Pero no ves que ha sido una tontería?

—¡No! No lo veo, y ahora además quiero que te vayas.

—¿Qué?

—Que quiero que te vayas y dejes de criticar mi puta casa porque no has hecho otra cosa desde que te traje la primera vez, Jake. Largo.

—¿Me estás echando porque no me gusta tu nueva genialidad?

—No, te estoy diciendo que gracias por los dos polvos, pero que esto se acaba aquí.

—Oh joder, otra vez.

—Sí, otra vez, y esta es la última. Fuera.

Jake se pasa las manos por la barba y chasquea la lengua con frustración.

—¿Por qué no puedes ser normal, Dani? ¿Por qué tienes que estar haciendo cosas como esta que dejan ver lo niña que puedes llegar a ser? Dios, cielo, te quiero, pero tienes que cambiar porque...

—No voy a cambiar porque ya no estamos juntos, así que fuera. Largo. ¡Ya!

—¿Es en serio?

—No he hablado más en serio en mi vida.

Él me mira muy serio durante unos segundos, luego asiente una sola vez y sale del dormitorio. Tardo menos de un minuto en oír la puerta cerrarse. Sí, así es Jake Gilford Jr.: Orgullosa y frío como nadie en este mundo. Ya ha follado, me ha dejado a mí como la inmadura por una tontería como lo de la cama y se ha ido dándose los aires de grandeza que no perderá nunca.

Estoy tentada de beber más vino, pero recuerdo a tiempo que eso no lleva a nada bueno así que me meto en la cama y lloro hasta quedarme dormida.

4. La primavera me pone eachonda tontorróna

Estamos a finales de abril, es sábado y el día en Madrid amanece soleado. Me asomo a la ventana y pienso de pasada que, si dejas el trabajo y racionas bien mis ahorros, puedo vivir sin penurias... un mes. Sí, ¿qué quieres? Yo es que no entiendo eso de ahorrar, para mí es un mito. Hoy día nadie ahorra y si alguien lo hace será un nudista, porque a mí en ropa y mierdas –aquí entra un catálogo amplio de cosas– se me va la mitad del sueldo, si no más.

Decido dejar el coche en el garaje y coger el metro porque de más sé que será imposible encontrar aparcamiento cerca del edificio de Perfect wedding y tengo que estar allí en cuarenta minutos como máximo. Subo al vagón y sujeto los auriculares que llevo enganchados al iPhone. Consigo apoyarme en una de las ventanas, algo milagroso teniendo en cuenta cómo va esto en hora punta. Pulso el *play* y escucho, por millonésima vez «One more Night», de Maroon five, la canción que oigo cada vez que tengo que enfrentarme a Jake.

La voz de Adam Levine consigue que me evada de todo y todos y me concentre solo en el pensamiento de que no puedo caer ante él. Desde la última vez que nos vimos en mi apartamento, hace un mes, hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Se presentó en casa una vez más, pero como ya no tenía llaves se largó después de que me negara a abrirle la puerta, poniéndole la música a todo trapo para darle a entender que sí que estaba en casa y no me daba la gana verlo. No apareció más.

Claro, eso para Jake fue una bofetada a su orgullo y ahora vive esperando que yo me arrastre hasta él por mi necesidad de tener su cuerpo pegado al mío. Si ya lo dice la canción: «And now i'm feeling stupid, feeling stupid crawling back to you». No existe en el mundo una letra de otra canción que me defina mejor que esta.

Llego al edificio y tiemblo un poco, como siempre, pero me armo de valor y decido que mi vestido rojo de vuelo con cinturón negro es monísimo y no merece que yo tenga la cara larga. No, ni hablar. Me subo al ascensor con gracia dados los taconazos que llevo puestos –Stiletos rojos también, altísimos: una cucada–. Incomodos como su p... madre, pero toca dar el cante. Compruebo mi maquillaje y mi moño alto; estoy guapa. Está feo que lo diga yo, pero es que estoy muy guapa esta mañana. El señor bajito y de bigote tipo felpudo de mi lado también lo nota porque no deja de mirarme en lo que dura la subida.

Entro en la planta de los jefazos mucho más animada porque la mujer que diga que se siente mal cuando la miran es una mentirosa, o se quiere muy poco. A mí que me miren me gusta y no me da vergüenza decirlo. Es una señal de que para los hombres de este país todavía estoy pasable –potable que diría Tina–.

Fijaos si me he puesto las pilas y estoy dispuesta a ser una mujer letal y fría, que incluso espero que la secretaria de Jake lo avise de que ya estoy aquí. Nada de irrumpir en su oficina como si fuera mi casa, nada de llamar la atención, nada de hablar de nuestra vida privada por más que él me mande de vez en cuando algún whatsapp diciéndome que me echa de menos. No pienso alterarme. Es verdad que al principio los recibía y me iba a por la botella de ginebra, daba un trago y luego

borraba lo que me escribía, pero después de todo este tiempo he conseguido llegar a eliminarlos con una mirada fría. O bueno, no tanto, pero sí me siento lo bastante fuerte como para borrarlos sin llorar ni montar un drama digno de María de la O.

Entro en el despacho después de que su secretaria me dé permiso y procuro no ponerle cara de «Para lo bien que cobras hay que ver lo siesa que eres». Pobrecita, bastante tiene con ser secretaria de Jake.

Jake... ahí está otra vez, el puñetazo en el estómago que me deja sin aire. Esos ojos fríos como témpanos mirándome como si yo no fuera más que una desconocida, cuando los dos sabemos que es probable que conozca mi cuerpo mejor que yo misma. Camino hasta las sillas que hay frente a su escritorio y me siento en una cruzando las piernas y dejando la carpetita azul sobre mis rodillas.

—Estás preciosa... —Eso es suficiente para que la boca se me seque—. ¿Quieres un café?

—Por favor.

Él presiona el interfono que lo comunica con su secretaria, pero no deja de mirarme.

—Celia, tráenos un café solo sin azúcar para mí, y uno con leche y doble de azúcar para la señorita Acosta. —Suelta el interfono para hablarme—. ¿Has desayunado? —Niego con la cabeza y vuelve a presionar el botón—. ¿Celia?

—Sí, señor.

—Tráenos también tostadas, fruta fresca y un croissant de chocolate con almendras.

—Sí, señor. Enseguida.

Pero mira que es imbécil.

Para ti todo esto será un signo de lo bien que me conoce Jake, ¿no? Pero lo del croissant con chocolate con almendras es mucho más que eso. Es como decirme: «Sé lo que te gusta y puedo dártelo en cualquier momento». Sí, es así, digas lo que digas y pienses lo que pienses. Está provocándome, el cabrón lleva desde que nos conocimos pidiendo que me mida en mis acciones y reacciones y ahora que por fin lo hago me tienta para ver hasta dónde soy capaz de callarme.

—¿Todo bien? —pregunta en un tono inocente que no me trago en absoluto.

—Perfecto. ¿Podemos empezar? Me gustaría repasarlo todo antes de que llegue Wendy.

—De acuerdo, déjame ver.

Respiro tranquilizándome cuando noto que de verdad vamos a tratar temas laborales, porque el Señor sabe que a más chula y enterada que me ponga, a mí me falta mucho para superar lo de Jake.

No quiero ni acordarme de la bronca comunitaria que me cayó por parte de Blanca, Ana y Tina en una conversación a cuatro bandas en el grupo de whatsapp en

la que lo más suave que me dijeron fue «enferma obsesiva». Imagínate tú después de semejante sermón las ganas que me quedaron de volver con Jake. No, ningunas, y cada vez que siento la tentación de mandarle un whatsapp reproduzco la conversación con ellas una y otra vez, y me repito a mí misma hasta el cansancio que este hombre no me conviene, que no es bueno. Que ya lo decía la Jurado: «Agua que no has de beber, déjala correr». Pero yo no, yo me empacho de agua cada vez que puedo, y claro, así me va...

—¿Daniela?

—Sí, perdón. Estaba pensando en las recogidas en el aeropuerto de la semana que viene.

—Wendy llamó ayer de nuevo para decir que está feliz con las dos reuniones que habéis tenido, además de todas las videollamadas. Está deseando que tengamos este último encuentro antes del gran día.

Asiento, por el momento no puedo decir mucho más.

Conocí a Wendy unos días después de enterarme de que tendría que organizar su boda y la verdad es que es una mujer que, para tener el dinero que tiene, no es una niña mimada e insoportable. Especial, sí, claro. ¿Quién no, con tanto dinero? Pero no insoportable. Pide cosas que dentro de un margen son razonables, y si quiere algo más especial incluso se disculpa por darnos más faena. Eso en mi trabajo se encuentra poquíssimas veces.

Al principio las videollamadas eran más frías, pero pronto descubrí que Wendy es una cachonda californiana, que es dulce sin resultar empalagosa y que se casa en Ibiza porque en el fondo es una enamorada de la isla, el paisaje y el estilo de vida de allí. Yo me río y teniendo en cuenta que no me gustan las bodas ni todo lo que conllevan, admitiré que lo paso bien en nuestras conversaciones. Tiene veintinueve años y se casa porque, según ella, ha encontrado al único hombre capaz de soportarla sin quejarse demasiado y eso merece firmar un contrato carcelario de por vida. Bueno, vale, esta última frase la he añadido yo. Ella en realidad está más que encantada de firmar sus votos.

En resumen, es alegre, un poco mimada y habla hasta por los codos, lo que no me molesta, así que el mes se nos ha ido charlando casi a diario, e intentando conocerla para proponerle ideas que puedan ir con su personalidad. Es mi trabajo después de todo. Nos hemos visto en persona en dos ocasiones y en ambas se ha abrazado a mí como si yo fuese su mejor amiga o algún familiar cercano. Yo la dejo y le sigo el rollo, porque para mí en el fondo no es más que una guiri deseando tener una fiesta que acabará en una borrachera épica.

Las dos veces que ha viajado a España lo ha hecho con sus padres. Los de él no asistirán siquiera a la boda y yo no he preguntado los motivos porque sería una indiscreción como la copa de un pino. Y vuelvo a decir que para todo el dinero que tienen, resultan bastante amables y educados. Te sorprendería la de ricos —y no tan ricos— que hay por el mundo exigiendo barbaridades para sus bodas.

El motivo por el que Jake está aquí es porque debe firmar la penúltima parte del acuerdo, puesto que la última será después de la boda. Él repasará con nosotras cada detalle, desde las guirnaldas de flores del decorado hasta el tamaño del pastel nupcial, y terminará pidiendo a los novios y familiares una valoración de mi trabajo. Te podrás imaginar que un poquito nerviosa sí que estoy y eso que por lo general se encarga de dejarnos bien a todos, aunque sea por mantener esa imagen de «Soy el mejor y mis trabajadores también lo son».

La puerta se abre después de que Celia pida permiso para entrar y cuando deja el desayuno encima de la mesa me falta babear. Joder, tengo hambre, tengo tanta hambre que me comería el croissant de chocolate relleno de otro croissant de chocolate, relleno de otro... Bueno, ya me entiendes.

—¿Sobre qué hora llegan? —pregunto cogiendo uno y dando un sorbo al café.

—Según el chófer que he mandado a recogerlos al aeropuerto, el vuelo no viene con retraso. Supongo que irán antes al hotel a dejar las maletas, aunque solo vayan a quedarse hasta mañana.

—Sí, Wendy está emocionada con eso de venir. Creo que está aún más emocionada porque Brian no ha podido volar con ella.

Jake sonrío con sinceridad, y cuando Jake hace eso, las bragas del universo caen todas al mismo tiempo.

—Pero viene con sus padres, ¿no?

—Sí, pero no sé, supongo que aprovechará para desconectar un poco del novio y relajarse en el hotel toda la tarde.

—No tengo dudas de que te contará de inmediato lo que sea que haya planeado.

—Puede ser.

—Te ha cogido muchísimo cariño, ayer me dijo que te habías convertido en una amiga para ella.

—Yo no diría tanto.

—Creo que sí te considera como tal, y no me extraña. Sé bien el poder que tienes sobre la gente. Atrapas a las personas, Daniela.

Lo miro con escepticismo, porque Jake no es dado a decir ese tipo de cosas. Que va, don pragmático pocas veces me dedicaba palabras dulces a no ser que estuviéramos en pleno acto sexual.

—Jake...

—Te echo de menos.

—No, no podemos. No debemos...

—Te quiero cariño. Te quiero tanto.

—No digas eso, no es verdad.

—No quieres tener nada que ver conmigo, vale, lo entiendo, pero puedo decirte

que te echo de menos. ¿Sabes cómo me siento? Te veo y me muero.

—No exageres.

—No lo hago. Contigo no estoy bien, no soy feliz porque me desajustas cada maldito plan. ¿Por qué no puedes ser adulta, Dani? ¿Por qué no puedes crecer y madurar? ¿Adaptarte a nuestra felicidad? Te necesito tanto...

—Soy así, Jake, no es una cuestión de madurez y no voy a dejar que me moldees como si yo fuera de barro.

—Solo quiero que seas mejor.

Eso ha dolido, claro, pero lo más triste es que él ni siquiera se da cuenta.

—No podemos estar juntos. Cuando estás conmigo...

—Cuando estoy contigo soy un imbécil, un gilipollas y un egocéntrico, lo sé, pero es que sin ti me siento miserable como nunca en mi vida. ¿Qué es peor?

Cojo aire, mierda, no tiene derecho a hacerme esto. Cuando se levanta de su sillón para venir hacia mí juro que quiero salir corriendo porque sé que, si me toca, todo se irá al garete de nuevo y no puedo permitirlo.

—Siéntate Jake, estamos hablando de trabajo. —Dejo el croissant, porque al final voy a atragantarme con él.

No se sienta, claro. ¿Desde cuándo hace él algo que yo quiera? Sigue avanzando y cuando el interfono suena sobresaltándonos me siento aliviada, y aunque una pequeña parte de mí está decepcionada, la verdad es que agradezco mucho la interrupción de Celia. Al final voy a tener que hacerme amiga suya.

—Señor, la familia Lendbeck está aquí y pregunta por usted y la señorita Acosta.

—Joder, ¿qué hace aquí ya? —masculla Jake—. Que pasen, por favor, y llévate los restos del desayuno.

—Sí señor.

Alzo las cejas, porque es raro que don «lo tengo todo bajo control» no haya previsto que igual Wendy no querría ir al hotel. Estará demasiado emocionada y alterada como para hacer una parada y dejar las maletas.

Wendy entra en el despacho como un huracán arrasando con todo a su paso. Yo me río y dejo que me abrace, feliz porque estoy segura de que Jake terminará agotado de la vitalidad de nuestra clienta. Yo no, pero porque en el fondo tenemos el mismo espíritu inquieto.

—Por Dios, no puedo creerme que ya esté llegando la fecha —dice mientras suspira con aire soñador—. ¡Mírate Dani! ¡Estás preciosa nena! Preciosa de verdad. ¿A que sí?

Sus padres, los señores Lendbeck, entran detrás de ella y miran a su hija con una mezcla de diversión y cansancio. Al final es Ronald, el padre, el que habla primero.

—Por supuesto que está preciosa. Señorita Acosta, un placer volver a verla.

Sonríó porque de verdad me gusta esta familia. El padre es rubio, aunque de pelo cano casi al completo, alto y delgado. Viste bastante bien, con traje caro también, pero él no tiene el aura de frialdad que rodea a Jake, por ejemplo. Es cercano y de conversación agradable. El pobre se tiene el cielo ganado solo con tragarse todos los viajes porque su hija lo adora y quiere que no falte a ninguna reunión por nimia que sea en lo referente a su boda. Además, es el que paga, lo que ya lo hace bastante importante.

—Gracias, señor Lendbeck, también es un placer para mí volver a verlos.

—Yo también me alegro de verte, querida, aunque no lo demuestre con tanta euforia como nuestra hija.

Esa es la madre, Elizabeth, una mujer de cabello dorado y unos ojos grandes y verdes bastante bonitos. En realidad, toda ella es bastante bonita, aunque tenga ya una edad.

—Bueno, si no está eufórica pocos días antes de la boda, ¿cuándo lo estará? Es normal. —Sonríó con comprensión—. ¿Qué tal fue el vuelo?

—Largo, cansado y caluroso —contesta Wendy en un español fluido, aunque con acento—. O será que yo estaba tan ansiosa por llegar que todo me parecía mal.

Ha sido otra de las grandes sorpresas de la familia. A pesar de ser californianos y haber vivido siempre en Los Ángeles, todos hablan español. Bueno, todos menos el futuro novio, que no entiende ni papa. Me sorprendió mucho que conocieran el idioma tan bien, hasta que me explicaron que veranean en Ibiza desde que Wendy y su hermano eran críos, y que viajan varias veces al año a la isla. De hecho, Ronald impuso clases de español a sus hijos durante la infancia de estos, así que lo hablan con fluidez, igual que el francés.

Pasados los minutos de rigor para adaptarnos, comenzamos con la reunión y compruebo, una vez más, que Wendy está encantada con todo lo que concierne a la boda. Desde la elección de las flores hasta la decoración en el jardín de una casa inmensa con acantilado y acceso directo a una playa privada que ella misma eligió y alquiló. Se casarán en una mansión de estilo moderno, en el jardín más bien, aunque ellos se quedarán a dormir en la casa toda la semana. Supongo que los dueños serán amigos o familia, así que me toca intentar no molestar mucho cuando tenga que organizar y decorar la casa al completo.

La reunión acaba cerca de las seis de la tarde, Wendy y sus padres se despiden de mí, pues mañana salen para Ibiza, y ya nos veremos dentro de una semana, cuando yo aterrice también en la isla. Todo ha ido a la perfección, así que por esa parte estoy contenta.

Lo único que me preocupa es que tengo un montón de trabajo por delante y lo que menos debería estar pensando, es que Jake me ha mirado de reojo cada vez que Wendy y sus padres se entretenían estudiando alguna documentación. Me repito como un mantra que tengo que olvidar todo esto y centrarme en el trabajo y el finde de chicas que tendremos en Ibiza. Una vez que Wendy esté casada y la fiesta alcance todo

su apogeo en la barra libre, yo quedaré absuelta por fin y podré ir a emborracharme y, con un poco de suerte, olvidar que Jake Gilford Jr. existe.

5. Ibiza... ¿Trabajo o placer?

Mayo llega con calor y anoche no pude dormir mucho. Esta mañana me he levantado a las cinco pensando que no habrá café que me ayude a pasar el día, pero el vuelo sale a las ocho y no quiero llegar tarde. Tampoco es como si fuera el primer avión que pierdo, claro, pero no quiero verme en la tesitura de tener que llamar a Jake y decirle que tiene que reservarme otro vuelo porque a este ya no llego.

Repaso las maletas que he ido haciendo durante toda la semana, sobre todo para asegurarme de que no me dejo los atuendos más importantes:

–Vestido para la boda. Blanco, por encima de las rodillas y con unas semitransparencias en la espalda. Es una boda típica ibicenca –típica, pero de ricachones– así que el blanco dominará el evento.

–Trajes formales pero cómodos para toda la semana de trabajo, sobre todo vestidos, teniendo en cuenta el calor que ya hace.

–Un par de chaquetas por si acaso.

–Los zapatos de tacón negros, las sandalias altas rojas, y algún que otro par más.

–Sandalias planas para los ratos libres, las converse rojas, las negras y hasta las vans, para pasear por ahí si es que tengo tiempo.

–*Shorts*, vaqueros deshilachados y rotos, camisas y camisetas de diferentes tamaños, colores y estampados... El tipo de ropa que me encantaría ponerme a diario.

–Tres biquinis: uno en rojo putón, otro negro y otro turquesa.

–Toalla de la playa de la selección española con los nombres de los jugadores que me regalaron en una gasolinera con no sé qué de unos puntos cuando lo del mundial. ¿Qué pasa? No pretenderás que me gaste un pastón en una toalla de playa, ¿no? Además, cuando me tumbo el nombre de Sergio Ramos me llega a los pechos y el de Piqué al... y a mí me hace gracia la tontería.

En fin, creo que lo básico lo llevo. Cierro a culazos las dos maletas, pienso un par de veces que la cremallera estallará y mis bragas saldrán por los aires en pleno pase de seguridad en el aeropuerto, pero como soy una mujer valiente me arriesgo porque, además, las bragafajas las he metido en el bolsillo interior con cremallera así que, si estalla, solo se verán las bonitas.

Pido un taxi y me planto en el aeropuerto una hora y media antes de la salida del vuelo. En momentos como este estoy tan orgullosa de mí misma que me daría un besazo en los morros. Una pena que sea imposible.

Voy al mostrador de facturación, peso las maletas y cuando doy mi DNI a la azafata, me informa de que me han asignado otro asiento.

—Pero yo tengo este número de referencia y...

—Sí, pero ha sido cambiado y figura usted entre los pasajeros VIP. Si me da dos minutos imprimiré su nuevo billete.

Alzo las cejas un momento, sorprendida, hasta que caigo en que esto será cosa de Jake. Pero, ¿por qué coño querría él ponerme en primera clase?

Oh joder.

No, no, no, no. Dios no puede tener un sentido del humor tan negro, ¿verdad? Recojo mi billete, paso la zona de seguridad –sin que mis bragas salten ni nada– y espero con impaciencia para embarcar.

El tiempo pasa, claro, lo bueno que tiene es que pasa, aunque a veces sea lento. Cuando estoy sentada en mi gran sillón negro de primera clase no tardo en oír la voz que moja mis bragas y se cuele en mis sueños todavía.

—Buenos días, Acosta. ¿Lista para viajar?

Me giro con lentitud hacia el pasillo y veo a Jake con una gran sonrisa de chico bueno que le queda bien, pero porque a Jake le quedaría bien un kimono rosa de flores, a ver si me entiendes. Da igual lo que se ponga.

—Dime, por favor, que no vas a Ibiza.

—Que yo sepa este avión no hace paradas como el metro. ¿Te importa?

Señala mis piernas para poder pasar. Yo resoplo y las encojo, porque soy patiocorta, pero había decidido estirarlas a todo lo que dan de sí por eso de recrearme en la plaza de primera clase.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir, Jake?

—Porque ya no tengo que darte explicaciones de nada, Acosta.

—Como si antes las hubieras dado —murmuro.

—¿Cómo?

—Nada, que mira tú que bien. Juntitos a Ibiza.

—Bueno, no es Venecia, eso seguro, pero supongo que también está bien.

—¿Era este tu plan? ¿Mandarme aquí para que tenga que pasar esta semana contigo sí o sí? —pregunto incrédula aún por su actitud.

—Mi plan era mandarte a Ibiza a trabajar porque los Lendbeck te pidieron a ti en exclusiva. No tengas el ego tan grande, estoy aquí para trabajar también.

—Eres un capullo.

—Eso antes no parecía molestarte.

—Eso antes no lo veía con tanta claridad.

Él guarda silencio unos segundos, tantos como para que las azafatas tengan tiempo de dar su discurso antes de despegar. Creo que me contestará, pero no, sigue callado y despegamos sin que diga ni una palabra.

El vuelo es tranquilo y cuando llegamos un coche nos espera para ir al hotel en el que, por supuesto, tenemos las habitaciones juntas.

—Sabes que las chicas van a venir el viernes, ¿verdad?

—¿Y?

—Y vamos a salir de fiesta. Volveremos a altísimas horas de la madrugada, así que esto de haber cogido nuestras habitaciones juntas te va a servir de poco.

—Las he cogido juntas porque es más práctico para trabajar, nada más —intento quejarme, pero me corta—. ¿Quieres desayunar?

—No.

—¿Segura? —Se acerca más a mí y me coge por la cintura sobresaltándome—. ¿Tú estás segura de que no quieres entrar y desayunar fruta de mi cuerpo como aquel fin de semana en París? —Su boca pasa por debajo de mi oído y la punta de su nariz acaricia mi mandíbula—. ¿Recuerdas cómo te follé contra el cabecero? Por un momento pensamos que estábamos partiéndolo de verdad. Te encantaba agarrarte a mi culo mientras empujaba en ti con toda mi fuerza.

Muerde mi lóbulo y mi respiración se agita al punto máximo. De las bragas ni hablo, porque en este momento ya están fundidas del todo.

—Jake...

—Te echo de menos. Echo de menos tus gemidos, tus jadeos y tus palabras sucias. Echo de menos atarte, o taparte los ojos y disfrutar de tu cuerpo durante horas, y echo de menos follarte. Tanto que a veces creo que me volveré loco.

Y eso, que por un lado me pone como una moto, por el otro me hace darme cuenta de que estoy cayendo otra vez en lo mismo. Jake no echa de menos nuestra relación, echa de menos el sexo de nuestra relación. Porque sí, ¿a quién quiero engañar? El sexo con él ha sido algo fuera de toda descripción. No hay palabras para explicar su ingenio y resolución a la hora de volver loca a una mujer. Ya he dicho en algún momento que las dos únicas cosas para las que servimos Jake y yo juntos son follar y discutir.

Sus manos quemán en mi piel y aunque una parte de mí quiere ceder, la otra se opone y, por primera vez, la Daniela racional gana a la impulsiva e inmadura. Lo aparto de mí mirándolo a los ojos, casi cegados por el deseo.

—No. Tú no me quieres, Jake.

—No digas eso.

—Lo digo porque es verdad. Dime una cosa, y te juro que si me contestas con sinceridad verás aquí mismo que tengo razón.

—Dime.

—¿Has visto a Bárbara desde que te dejé?

Silencio.

Bárbara es la puta que su madre quiere para él. Una niña de buena familia, rica como él; rubia, alta y guapa. Es una Barbie, pero no como Blanca, que lo es para bien.

No, esta es una Barbie mala y manipuladora que está deseando cazarlo. Súmale a eso que sus padres la adoran, y luego añade que Jake es incapaz de llevarle la contraria a su mami. Tanto como para haber salido a cenar con ellos y la zorra en plan parejas felices, hablando del futuro y todo eso mientras aún estaba conmigo. Y cuando me enteré y se lo eché en cara lo único que obtuve a cambio fue un chasqueo de lengua y el sermón de que no estaba siendo racional, ni viendo las cosas con objetividad.

¡Tócate el caqui! ¿Qué yo estaba siendo irracional? ¿Cómo podía decirme eso después de cenar con esa puta cuando yo era su novia? Ah sí, claro, su novia secreta, eso sí.

—No empieces otra vez con eso, Daniela...

—¿La has visto o no? Es muy fácil.

—Sí.

Sus ojos no muestran arrepentimiento y eso es lo que más me duele. Él de verdad piensa que no tiene importancia. Da el gusto a su madre y ella a cambio lo deja tranquilo, con eso se conforma.

—¿Te has acostado con ella?

—No.

—¿La has besado?

Silencio.

Cierro los ojos, cojo un poco de aire y me giro para ir mi habitación. Lo noto seguirme y ahí sí que hablo, pero sin mirarlo.

—No me toques, Jake. Ahora mismo podría patearte y bien sabe Dios que en una pelea yo tendría las de ganar, porque tengo cinco hermanos que me enseñaron bien dónde pegar a un hombre para hacerlo sufrir.

Él se queda quieto, claro, esta parte de mí nunca le ha gustado.

¿Qué puedo esperar de alguien que no ha querido conocer a mis padres ni hermanos? Al principio me decía que prefería mantener lo nuestro en secreto, luego lo achacó a que lo mejor era no meter a las familias en medio, pero de últimas yo entendí que el problema era que, si yo le presentaba a mi familia, él tendría que admitir ante la suya que yo era su novia y no estaba dispuesto a pasar ese trago. Así que, como ves, estar con él ha sido un error de los grandes.

Entro en mi habitación y decido llorar, porque sí, porque estoy harta, agobiada, estresada, triste y cabreada, todo al mismo tiempo. Me dan ganas de dimitir y dejarlo con la boda a medio montar, pero Wendy no se merece eso, ni su familia tampoco. Además, si dimito: ¿Con qué dinero me compro la ropa, los zapatos y la ginebra? No, esa no es una opción así que tengo que recomponerme.

Entro en el baño y me doy una ducha en un intento por rebajar tensión. Cuando salgo llamo a Wendy y quedo con ella a las once en la casa donde se aloja y se celebrará la boda. Ella está tan emocionada que suelta un gritito que a punto está de

perforarme el tímpano, así que me visto con unos vaqueros ceñidos, unas sandalias de tacón alto y una blusa turquesa y escotada bastante mona, pero que sigue sin ser mi estilo. En fin, el trabajo, trabajo es.

Me recojo el pelo en una cola de caballo y salgo de la habitación. Toco en la de Jake para avisarle de que me voy. Él sale al poco tiempo con el teléfono pegado a la oreja y una sonrisa de idiota que me hace saber que habla con una chica y si no me equivoco, esa chica es Bárbara.

—¿Sí?

—Me voy con Wendy. ¿Vienes?

—No, ve tú, allí estarán los trabajadores que contratamos de aquí de la isla, además de alguno de la sede de California que ha venido para ayudar a la familia. En un rato iré yo. Tengo que ir al aeropuerto a recoger a una amiga.

—¿Qué amiga?

—Una que no eres tú. ¿No es eso lo que querías? ¿Que lo nuestro acabara? Bien, cariño, pues se ha acabado. Yo voy a estar una semana en Ibiza y no pienso pasar las noches solo.

—¿Y acabas de montar a una de tus furcias en un avión para que venga?

—No, cielo, ella ya sabía que había la posibilidad de que la llamara y tenía el billete preparado. Hasta luego, Acosta.

Cierra la puerta sin más, dejándome con la boca abierta. O sea, ¿qué el señor tenía ya dispuesto el plan B por si lo rechazaba? ¿Pero cómo se puede ser tan cabrón? Joder, ahora sí que tengo ganas de llorar, o de partir cráneos. Mucho más saludable lo primero, lo sé.

Cojo un taxi y durante todo el trayecto estoy pensando en Jake y lo que me ha hecho, mal que me pese. ¿Cómo se puede ser tan mamón? Esto es pasarse. Me parece incluso un intento de humillación pública. Claro que teniendo en cuenta que nadie sabe nuestra historia, no hay nada público, pero de todas formas es una humillación.

Entro en la casa con el ánimo por los suelos y muchas ganas de discutir, lo que no es bueno para enfrentarme a una novia nerviosa, o eso pienso yo, porque cuando llego Wendy está con el mejor de los ánimos y me recibe con una sonrisa radiante y un abrazo.

Irónico que justo ella me dé el abrazo que necesito.

—Cariño, has debido tener un vuelo horrible porque tienes mala cara. Ven, sentémonos.

—¿Y tus padres? ¿Y Brian?

—La familia entera está en el pueblo con Brian porque se ha empeñado en buscar un vino excelente de no sé qué... —Hace un gesto con la mano, desechando seguir hablando de eso—. Mejor cuéntame qué ha sido de ti estos días. Eché de menos nuestras videollamadas. Te sentía más cerca que con los correos a secas.

Sonríó mirándola. Ay, por Dios, si es que es muy mona. Me dan ganas de achucharla y eso que soy casi cuatro años menor.

Le cuento cosas banales, porque sé que le gustan, como por ejemplo que me he comprado unas babuchas del gato Isidoro para cuando llegue el invierno en Primark. Ella hasta me pide una foto cuando pueda, y yo pienso que no sé qué ve en mí, pero su interés es sincero y se nota.

Después de un rato, por fin pasamos al tema de la boda y me enseña la casa mientras el servicio se pone al día con la limpieza a fondo y fuera, en los jardines, más trabajadores van de aquí para allá cogiendo medidas, cortando setos, limpiando piscina y... en fin, preparándolo todo para una boda que será grande, lujosa y perfecta para mucha gente. Para mí no, pero ya hemos quedado en que los bodorrios no son lo mío.

Cuando los padres y el novio vuelven, todo se torna mucho más caótico. A Elizabeth sí se le nota que está atacada de los nervios y aunque su marido no hace más que pedirle que se tranquilice, la mujer se pasa el rato emocionándose porque lo más mínimo le recuerda a un momento de la infancia de Wendy, o a una reunión familiar, o a una navidad, o a... Pues a cualquier cosa que la haga llorar. Tanto es así, que al final contagia a Wendy y para cuando quiero darme cuenta las dos lloran desconsoladas por un tal señor Zanahoria, que es un peluche, me parece entender, porque claro, ya con las emociones desbordadas se han puesto a hablar rápido en inglés y, aunque yo entiendo el idioma, no lo hago con fluidez, así que me pierdo un poco, bastante.

¡Cómo echo de menos a Blanca! Ella sabe manejar estas cosas con mano diplomática, con frialdad, pero sin resultar descortés o mala persona. Yo en cambio me implico tanto en las emociones de los demás que, si veo a alguien llorar, tarde o temprano acabo devastada ya sea por las ganas de llorar sin motivos o porque me cabrea no poder hacer nada para cortar las lágrimas ajenas.

Sí, ya ves, soy como un tío: veo a alguien llorar y me tensó tanto que pienso que voy a hacerme añicos al más leve movimiento. Así que agradezco en el alma que Ronald me aconseje salir a tomar el aire mientras él se ocupa de sus mujeres y Brian las mira con cara de circunstancias.

Rodeo la casa, busco el jardín trasero y me siento detrás de una palmera, resguardada de todo el mundo y agradeciendo al menos tener estos vaqueros y no un vestido. Cojo aire y deseo con todas mis fuerzas tener un cigarrillo a mano. Yo no fumo, o al menos no lo hago de continuo. Lo dejé hace ya tiempo, y decidí no comprar tabaco nunca más, así no vuelvo a caer. Tina suele decirme que, en realidad, solo me he quitado de comprar, porque siempre acabo cogiéndole a ella a escondidas. Y lo más triste es que tiene razón.

En esas estoy cuando un cigarrillo aparece frente a mí de forma milagrosa. ¡Dios me quiere, después de todo! Me lleva un momento comprender que pegado al cigarro hay una mano; grande, de dedos largos y bonitos. Recorro con la mirada su brazo desnudo, pero como si no, porque los tatuajes lo cubren por completo.

El dueño del cigarro, la mano y el brazo me observa desde las alturas. Viste pantalones vaqueros desgastados y rotos; muy rotos, y una camiseta blanca de manga corta; simple pero sexi, o bueno, sexi solo le queda a él porque muchos hombres las llevan aquí para trabajar y a ninguno le sienta así.

Es moreno, alto y aunque no es muy musculoso ni ancho, se le nota ejercitado. Se peina metiendo los dedos en el enchufe porque no tiene ni un pelo en su sitio de tan revuelto como lo lleva. Sus ojos quedan ocultos tras unas Ray Ban.

—Creo que lo necesitas...

Miro de vuelta a su mano y asiento antes de coger un cigarro y llevármelo a los labios. Él saca un encendedor y me da fuego sin que yo lo pida, luego se sienta a mi lado izquierdo y puedo ver que su brazo derecho también está tatuado y que, lejos de lo que pueda parecer, eso le sienta bien.

—Gracias —digo por fin—. Por lo general no fumo mucho, pero...

—Tranquila, yo tampoco, pero estos días doblo la dosis. He visto que te tenían un poco estresada.

Lo miro, sonriendo un poco por su acento americano. Se nota que es de la plantilla de Los Ángeles. Me encojo un poco de hombros antes de dar una calada. La verdad es que hablar con otro trabajador me vendrá bien. Él entenderá un poco mi agobio.

—No entiendo esa obsesión y esas ganas de llorar por todo, joder.

—Creo que son los nervios.

—Pues estoy a nada de empezar a sugerir la tila intravenosa.

Él ríe, y me sorprende que su risa sea tan varonil, ronca y distendida, como su voz.

—Yo te apoyaré si lo haces.

—Ya bueno, no creo que sirva de mucho. Nuestra opinión en realidad no vale una mierda. —Suspiro con pesar—. Debería ir a convencer a la novia y a su madre de que estos espectáculos no van bien para sus nervios, ni para las ojeras, ni para las rojeces, ni para mi estado mental, así que... —Le paso el cigarro a la mitad—. Gracias.

Él lo coge, da una calada y suelta el aire con parsimonia antes de contestarme.

—De nada. Si necesitas otro cigarro de urgencia, búscame.

—Claro. ¿En qué parte de la casa trabajas?

—Pues... en todas, supongo.

—¿Cómo te llamas?

—¿Importa? —Me mira sonriendo con aire de niño malo y pienso que joder, está muy bueno.

Me encojo de hombros y me río, porque a pesar de la respuesta, no ha sonado

borde, sino simpático y algo misterioso.

—No, supongo que no.

Alzo la mano para despedirme y salgo del jardín sacudiéndome los vaqueros. Vuelvo a la casa, y no te creas que el panorama ha mejorado mucho, no, que va. Wendy berrea a toda caña y así se pasa por lo menos diez minutos más. Nada de lo que le digo la calma ni anima y empiezo a agobiarme de verdad.

—Creo que es un ataque de ansiedad, quizá deberíamos darle un calmante —digo a sus padres, porque Elizabeth ya se ha relajado, viendo que su hija está pasando un mal rato.

—No, no, estoy bien, de verdad —dice Wendy—. ¿Sabéis qué? Creo que necesito una cerveza y algo de sol, eso es todo.

—Yo puedo ayudar con eso.

La sangre huye de mi cuerpo en cuestión de segundos al oír esa voz. Me giro y me encuentro a mi nuevo amigo, el de los tatuajes, apoyado en el marco de la puerta con una media sonrisa y sosteniendo varios botellines de cerveza.

—¡Oli! —gimotea Wendy—. Eres mi salvación.

—Como siempre, hermanita.

Pasa por mi lado, se alza las gafas, me guiña un ojo, y yo quiero morirme aquí, en el acto.

6. A bocazas no me gana nadie

¿Se puede empeorar más una situación? ¡Por Dios bendito! ¿En qué demonios estaba pensando? Le he soltado al hermano de la novia que estaba deseando meterle tila intravenosa a su hermana y a su madre y que, además, alguien debería decirles que esos *shows* son del todo insanos.

Así que dime: ¿Puedes superar eso? ¡Lo dudo!

¿Por qué siempre termino metiendo la pata a base de bien?

Dios, me quiero morir. Quiero abrir un agujero en el suelo y meter no solo la cabeza, sino el resto del cuerpo. Me quedaré ahí hasta que la humanidad se extinga. Ese es mi mayor deseo ahora mismo pero claro, no se me cumple. Que sorpresa, ¿eh?

Lo peor es que, no solo no puedo huir, sino que es probable que este sea el Oli del que Wendy habla sin parar. En serio, es bestial lo que esta mujer siente por su hermano mayor. Según me ha contado a lo largo de los casi dos meses que llevamos hablando, Oliver es Dios. Yo sonrío y lo dejo estar porque claro, no estoy acostumbrada a ese tipo de relación fraternal.

A ver, que no es que yo me lleve mal con mis hermanos, no. Yo que sé, tenemos la relación normal. Ellos son cinco chicos que me enseñaron a hacer cosas de chicos, porque no trataba con muchas niñas la mayor parte del tiempo. Y lo agradezco, pero son cinco hombres hasta arriba de testosterona, así que por lo general cuando hablan yo no los escucho y viceversa la cosa funciona igual. Vienen a Madrid a verme a menudo, eso sí, o esa es la excusa que ponen para poder disfrutar de la noche madrileña a la que muchas veces ni siquiera me llevan así que imagínate. Wendy dice que su hermano es Dios mejorado, y yo a los míos lo más bonito que les he dicho en los últimos tiempos es «mequetrefes».

No, no es lo mismo.

—Lo siento, me estoy portando como una niña. —Wendy hipa entre sollozos.

«Pues sí» pienso yo. Pero Oliver se sienta a su lado en el sofá y se la acerca tanto que por poco se funden.

—No pasa nada, princesa, es normal estar nerviosa —dice bajando el tono y pasando una mano por su espalda—. Dime qué necesitas y haré que alguno de los lameculos que tenemos en la casa corra como el viento para ti.

Vale, si un hombre me dice eso a mí, me lo tiro en público sin misericordia hasta desollarlo. Claro, lo mismo por eso no me pasan estas cosas. Ella ríe y niega con la cabeza abrazándolo todavía más. Se ve que aún no están al borde de la asfixia.

—Con cerveza fresca y algo de sol me pondré mejor.

—Puedo disponer las hamacas de inmediato para que lo tomes junto a la piscina.

Hablo sin pensar, queriendo ayudar de verdad porque en realidad este trabajo no me corresponde del todo a mí, pero después de la cagada con Oliver soy capaz de ir yo misma y poner las hamacas.

—Ay Dios. —Wendy me mira y se limpia las mejillas—. Siento muchísimo el espectáculo que he dado. Debo estar horrible.

—Tranquila, estoy acostumbrada. —Oliver se quita las gafas de sol mostrando unos ojos entre color miel y verdosos muy, muy bonitos. Alza una ceja y yo me pongo nerviosa—. No porque seas como las otras novias, que no lo eres, gracias a Dios porque tenías que ver las escenitas que he tenido que aguantar. Lo digo por mí misma, que soy muy *drama queen* cuando me da el berrinche. —Anda que lo estoy arreglando. Me ataco más, y claro, yo tengo un problema, y es que a más me ataco, más meto la pata—. En serio Wendy, no te preocupes, no sabes lo que es impresión ni un espectáculo hasta que me ves a mí llorar y moquear con la cara llena de rímel corrido, hipando y bebiendo a morro de una botella de ginebra, absenta, orujo, aguardiente, gasolina o lo primero que tenga a mano.

«¡¡Por los clavos de Cristo cierra el puto pico!!»

Esa es Ramona, mi conciencia —sí, mi conciencia tiene nombre, ¿qué pasa?— que gracias al cielo ha decidido intervenir porque vaya tela la que estoy liando. Alzo la vista, porque no me he dado cuenta de que la he bajado conforme la cagaba y me encuentro a Wendy sonriendo un poco y a Oliver aguantándose la risa, así, directamente.

Hasta Ronald y Elizabeth sonríen, y yo me siento morir porque de pronto me entra la paranoia de «¿Se ríen conmigo o de mí?» y claro, tal como tengo la autoestima después de todo lo de Jake esta misma mañana, decido que se ríen de mí, así que adopto una postura profesional, que me cuesta lo mío, y decido hablar de lo que de verdad importa.

—Voy a preparar las hamacas.

Salgo de la habitación tan rápido que todavía no sé cómo no me he matado bajando el escalón del salón a doble altura. Ni siquiera miro atrás para ver si alguien se ríe de mí. Cojo aire, voy al jardín y me encamino hacia la zona de la piscina. Por lo menos ya han terminado de limpiarla por hoy así que pido a uno de los trabajadores que abra el vestuario que hay en el mismo jardín y entro después de decirle a otro que prepare cinco hamacas cerca del agua, por si al final la familia entera se decide a tomar el sol y beber cerveza como buenos guiris que son.

Entro en el vestuario, cojo un par de toallas y voy saliendo ya cuando la puerta queda bloqueada por Oliver. Ay, mierda, este viene a echarme la bronca por haber hablado de vías intravenosas refiriéndome a su hermana y a su madre, y con toda la razón, además. Total, con la mierda de día que llevo, una mala referencia a Jake y mi consiguiente despido solo conforman la guinda del pastel. Estoy por ser yo misma quien lo mande todo a la mierda... y, aun así, me dispongo a pedir perdón.

—Señor Lendbeck, siento muchísimo haber dicho eso antes, pero pensaba que era usted un trabajador y...

—¿A qué te refieres?

Lo miro a conciencia para ver si es que se está quedando conmigo. Yo estoy aquí,

con mis sandalias haciendo equilibrio, cinco toallas de playa para ellos en los brazos, y él me mira apoyado en el quicio de la puerta, ocupando la salida, con las manos en los bolsillos y tan relajado que dan ganas de darle un guantazo, no sé por qué.

—Me refiero a lo que he dicho detrás de la casa mientras fumábamos.

—Yo no he oído nada aparte de que estabas un pelín agobiada porque la novia estaba montando el *show* del siglo y la madre en vez de calmarla, se había puesto a hacerle los coros.

—Yo no he dicho eso.

—No, eso lo digo yo. —Sonríe—. Vaya circo a tres pistas, ¿eh? ¿Siempre es así?

—No, su familia es normal.

Él ríe entre dientes, y yo vuelvo a pensar que es sexi. Se ve que desde este momento será un pensamiento recurrente. Me sonrojo más, porque igual no debería haber dicho eso.

—Eres sincera, ¿no?

—Demasiado a veces.

—Nunca se es demasiado sincero. ¿Cómo aguantas este trabajo?

—Es bonito.

Bonito no es una mierda, pero claro, no voy a decirle encima de todo que lo odio porque eso ya sí que sería mi carta blanca de despido.

—¿Te parece bonito correr detrás de una persona que está al borde de un ataque de nervios? —pregunta antes de silbar—. Te admiro, de verdad. Yo estoy deseando terminar con esta semana de una vez. Menos mal que solo tengo una hermana, porque no sé si podría aguantar esto de nuevo.

—¿Y si se divorcia y se casa otra vez? —pregunto sin pensar.

Él suspira y frunce el ceño, rumiando una respuesta.

—Joder, no lo había pensado... Bueno, imagino que para la segunda boda no querría armar todo este jaleo de nuevo, ¿no?

—Algunas montan más jaleo en la segunda que en la primera.

—Mierda.

Me río y sigo caminando, esperando que se quite para poder salir.

—Sí, mierda... ¿Puedo? Quiero poner las toallas en las hamacas para que su familia pueda tomar el sol.

—Por supuesto. —Se hace a un lado y me sonrío con cara de ángel recién caído del cielo.

Paso intentando no rozarlo, teniendo en cuenta que no se ha quitado del todo y sonrío pagada de mí misma cuando lo consigo. Camino a paso ligero, aliviada de quitármelo de encima, pero eso me dura hasta que me doy cuenta de que me sigue.

Oliver es distinto incluso a la hora de caminar. No, no estoy loca, en serio. Quizá sí tengo un poco de fijación por la forma de moverse de las personas, sobre todo si esas personas tienen pene. Puedo prometer y prometo que no hay nada más sexi en el mundo que un hombre que anda y se mueve con seguridad. Miro al que va a mi lado con las manos en los bolsillos y haciendo sonar la cadena que lleva enganchada a su cinturón. Es un chico malo, un macarra, y a la hora de caminar me recuerda a Clint Eastwood, que es el hombre que mejor camina del mundo. Esa dejadez, esa calma, esa manera de arrastrar sus Martens, como si fuese gritándole en silencio al mundo: «Que os jodan». Así, justo así camina Oliver Lendbeck. Por eso me sorprende que, al hablar, haya tanta relajación y normalidad en sus palabras. Sí, ya sé que puede parecer raro, pero en alguien con una familia tan adinerada la normalidad es algo que no abunda. Que me lo digan a mí, que me he pasado casi dos años con Jake y sé de sobra que detrás de cada frase hay una intención.

Él no es así. Al menos no lo parece. Oliver habla con naturalidad, arrastrando de vez en cuando las palabras, y mira todo esto como si de verdad fuese un circo, como si no disfrutara en absoluto de los preparativos, quizá porque así es. Y sin embargo cuando nos encontramos con su hermana, sus padres y su cuñado en la piscina, él es atento y delicado con ella.

—Por cierto, se me ha pasado presentaros como tal —dice Wendy cuando dejo las toallas en una de las hamacas.

—No hace falta, Sweetie. —Oliver me mira y yo sonrío por el apelativo utilizado con su hermana—. Ya nos conocimos antes.

—¿Ah sí? —pregunta Ronald—. Apuesto a que mi hijo no se presentó como es debido.

—Pues...

—Conociéndolo como lo conozco, te habrá abordado en cualquier pasillo para preguntarte por dónde puede huir sin ser visto. ¿Me equivoco? —pregunta Elizabeth sonriendo.

Yo me río y niego con la cabeza.

«*Creo que en realidad estaba evitando que yo huyera*». Eso no lo digo, claro, pero lo pienso.

—Oliver llegó ayer también, aunque él vive a caballo entre Los Ángeles e Ibiza. —sigue diciendo Wendy, poniendo los ojos en blanco, pero sonriendo—. Se ha estado escaqueando de mala manera hasta ahora porque no es muy de celebraciones a lo grande y eso.

—Cierto —agrega el propio Oliver—. Pero no iba a perderme la oportunidad de estar contigo tus últimos días de soltera.

Brian carraspea, incómodo, y yo lo miro deseando decirle que mejor se calle, porque por lo que a mí respecta si Oliver no llega a estar aquí el señor no mueve ni un dedo para calmar a la que va a ser su mujer.

No me gusta ese novio. Ya está, ya lo he dicho. No me gusta porque parece un hombre de negocios frío y calculador. Es un Jake en todo su apogeo, pero además este ni siquiera se digna a hablar más que lo imprescindible. Y llámame loca, pero creo que a Oliver tampoco le gusta su cuñado, teniendo en cuenta que en el tiempo que llevamos aquí charlando sobre la boda y calmando del todo a Wendy, no lo ha mirado a la cara.

Cuando ellos ya están del todo acomodados en las hamacas y yo me he quedado de pie, incluso después de que Ronald me haya ofrecido sentarme, me disculpo para ir a solucionar algunos asuntos de la decoración y los dejo charlando bastante animados.

No voy a mentir, porque yo soy muchas cosas, pero mentirosa no, y cuando entro en la casa miro por la ventana y un poquito a escondidas en dirección a Oliver. Ahí está, medio tumbado en la hamaca, con las piernas colgando por un lado y un brazo pasado por detrás de su cabeza. La postura es relajada y mira al sol, imagino que con los ojos cerrados tras sus gafas, mientras su otra mano hace girar el botellín de cerveza una y otra vez.

«Está para comérselo entero, vomitarlo, y volver a empezar».

—Qué razón tienes, Ramona —susurro.

Me doy cuenta de que vuelvo a hablar sola, me envaró, cerciorándome de que no hay nadie por aquí, y me pongo a trabajar pensando que cuando una organiza una boda lo menos que merece es que algún invitado esté bueno y pueda alegrar la vista al personal —o sea, a mí—, así que en mi fuero interno me siento agradecida porque al menos la visión de Oliver deleitará mi semana.

El resto de la mañana no es como yo hubiese querido, teniendo en cuenta que se rompen dos jarrones de un valor más que considerable y la dueña de la floristería ha llamado diciendo que los tulipanes de colores con los que Wendy quería decorar los alrededores de la piscina no están aguantando en la cámara frigorífica todo lo bien que deberían, así que harán un encargo nuevo. Eso no parece tan grave, pero es que los puñeteros tulipanes vienen de la mismísima Holanda y es un encargo bastante grande así que a mí se me ponen los vellos como escarpías, qué quieres que te diga.

Cuando pienso que ya no puede pasar nada más, oigo una voz que me hace cerrar los ojos con fuerza. Esto me pasa mucho últimamente. ¿Por qué siempre aparece quien menos quiero?

—Danii. Tía, tía, tía, que al final me han traído aquí para ayudarte con la boda. ¿A que es súper genial?

Giro ciento ochenta grados sobre mis talones y miro a Adela, que es, con toda probabilidad, la chica que más facilidad tiene para ponerme de los nervios en todo el planeta entero. Tiene veinte años y es una niña pija, pija, pija. De las que tienen un perro-rata y todo, ¿eh? Trabaja en la empresa porque sus padres son amigos de los Gilford y claro... Si la nena quiere entretenerse organizando bodas pues no hay más que hablar. Lo peor es que por alguna razón le gusta estar conmigo, aunque a mí me

chirria cada palabra que dice. Miro a Jake, que detrás de ella me dedica una sonrisa de triunfo que no me gusta nada.

—¿Qué tal, Adela?

—Ay tía, no me puedo creer que esté en Ibiza. Jolín que subidón, ¿eh? —Hace una pompa con el chicle, mece al perro-rata y mira a Jake—. El jefe me ha llamado esta mañana, porque no era seguro que pudiera venir por no sé qué de unos contratos, así que me sacó el billete, pero no estaba confirmado. Qué fuerte tía, yo estaba en casa mordiéndome las uñas y rezando para que me llamara y cuando el teléfono ha sonado te lo juro de verdad que he estado a puntito de hacerme pipí de la emoción.

¿Me entiendes ahora lo que te digo? Por Dios bendito, quiero morirme.

—Qué bien —digo sin entusiasmo—. Oye, ¿por qué no vas a la cocina a ver si pueden dar algo de comer a...?

—Piti.

Miro al perro y estoy tentada de meterme los dedos en la boca y hacer ese gesto de «Ay, que echo la papilla», pero me contengo y sonrío con falsedad.

—Ve a la cocina a ver si dan de comer a Piti, que tiene cara de hambre. —Y de gremlin, pero eso no lo digo.

Ella da un saltito, intenta dar palmas hasta que se acuerda de que tiene al chuchó encima y sale disparada hacia la cocina. Yo miro a Jake y pongo cara de odio reconcentrado.

—Habría preferido que te trajeras a una puta y te la follaras a placer.

—¿De verdad pensaste que yo podría acostarme con otra teniéndote al lado? —Sonríe un poco y se encoge de hombros—. Además, esto te jode más.

—Cabrón.

—A ti te pone.

—Jake, escucha...

—Voy a saludar a los Lendbeck. Vigila a Adela y por favor, dale algo para que se entretenga y no arme mucho ruido. —Lo que me faltaba, ¡ser canguro de la Paris Hilton española! Suspiro y pongo cara de pena, pero no sirve de nada—. Ahora podrías estar bien follada y disfrutando de nuestras vacaciones con una sonrisa de oreja a oreja, Acosta, no me mires así: esto es cosa tuya.

Se gira y se va mientras yo me digo una vez más que Jake es un capullo y de los grandes. Ya ni siquiera puede conseguir que sus acciones me duelan hasta desgarrarme. Estoy llegando al punto de ser inmune a sus ataques, lo que es triste de narices.

—Ayyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy Dani, tía, ven corriendo que Piti se ha hecho pipí y me da asco limpiarlo.

Va a ser una semana jodidamente larga...

7. Señor, dame paciencia

Cuando el día acaba estoy tan agotada a nivel físico y mental, que me voy a la habitación del hotel sin hacer caso de Jake, que insiste en que deberíamos cenar juntos. ¡Que cene él con Adela o con su puta madre! Y así se lo digo. Podrás imaginar que después de eso ya no tiene tantas ganas de estar conmigo y me dejar irme sin decir ni una palabra más.

¿La parte buena? Caigo en la cama como una bendita a las once y cuando amanece a las siete estoy como nueva. Llamo al servicio de habitaciones y pido mi desayuno: tostadas con mantequilla, mermelada de albaricoque y zumo natural, para variar un poquito y empezar a limpiar mi cuerpo a base de bien, porque pienso ensuciarlo a base de mal desde que acabe la boda el sábado hasta el domingo, cuando coja el avión.

Desayuno con calma, me ducho sin prisas y me peino, aunque al final dejo mi melena suelta. Me maquillo un poco y abro el armario. Debería ponerme un vestido, porque ayer ya me enfundé unos vaqueros, pero decido pasar del tema. No voy a ir como a mí me gustaría, claro, pero sí algo más cómoda así que elijo un vaquero de pitillo y tobillero, me calzo los tacones con plataforma beige y en la parte superior me pongo una camiseta lisa y de mangas cortas, beige también, con un pañuelo estampado porque la mañana se ha levantado fresca. Cojo una chaqueta por si acaso, el bolso, y vuelvo a la casa que de momento ocupan los Lendbeck.

Llego a las ocho y media y me encuentro con que la mayor parte del equipo ya trabaja con gran eficacia, aunque hoy hay menos gente, pero es comprensible puesto que la carpa ya está montada y eso ha precisado de varios hombres que hoy ya no son necesarios.

Entro en la cocina y me encuentro con la señora que hace la comida para todos, aunque los trabajadores comemos separados de la familia.

—Buenos días, ¿quiere un café?

—Sí por favor. Con leche y doble de azúcar.

—Enseguida.

Me siento frente a la isla, abro mi agenda y me pongo a mirar todo lo planeado para hoy. La cocinera me sirve el café y yo bebo sin alzar la vista porque estoy ocupada subrayando algunas cosas.

—¿Puedo acompañarte?

No me caigo del taburete del sobresalto de milagro. ¿Cómo ha llegado a estar pegado a mí sin que me dé cuenta? Me llevo la mano al pecho y miro a Oliver, que lleva un pantalón de pijama azul con listas en un tono más oscuro y una camiseta blanca y básica de mangas cortas. Va descalzo y está para comérselo no, lo siguiente. Aunque tenga los ojos un poco hinchados aún.

—¡Joder! ¡Ponte un cascabel o algo! —exclamo antes de pararme a pensar.

—Uy, no eres de buen despertar, ¿no? —Ríe entre dientes apoyándose a medias

en la isla.

Creo que me pongo de todos los colores, porque mi diarrea verbal ha vuelto y yo ya no sé cómo hacer las cosas bien con este hombre.

—Lo siento, señor Lendbeck, no volverá a suceder.

Agacho la cabeza y lo oigo resoplar, o reírse, no sabría decir.

—Tranquila mujer, si tienes razón. Te he asustado y es normal. ¿Te importa si tomo café contigo?

—Adelante.

—Gracias.

Se sienta a mi lado y en menos de dos segundos tiene un café como el mío delante, pero con dos veces más de azúcar. Y no puedo aguantarme, claro.

—¿Eso no es mucha azúcar?

Él remueve el café, saca la cucharilla y da un sorbo mirando al frente.

—Me gustan las cosas dulces. —Sonríe a su taza y yo me relamo los labios.

¿Eso ha sido algún tipo de indirecta? No, ¿verdad? Ay, joder, no, yo lo último que necesito es ponerme a averiguar si las cosas que Oliver Lendbeck dice son indirectas o no.

—Tampoco es como si fuera de mi incumbencia, así que lo siento, señor Lendbeck.

—Tutéame, por Dios, te está costando la vida hablarme de usted —dice riendo.

—No es que me cueste, señor, es que...

—Es que mis pintas te hacen llamarme de tú por inercia. Así que, ¿por qué no lo haces? No va a sentarme mal. De hecho, lo prefiero, ya tengo a bastantes tocapelotas llamándome señor y esas cosas. Además, a Wendy la tuteas así que a mí también.

—De acuerdo. ¿Lo de tocapelotas es por mí también?

—No. —Sonríe—. Es por casi todos los que se pasan el día corriendo de un sitio a otro intentando lamernos el culo a mi familia y a mí, pero no por ti.

—Eso es un halago, supongo.

—Supones bien. ¿Y? ¿Qué hay para hoy en la agenda? Además de huir de la chica rubia y gritona.

Abro la boca, la cierro, vuelvo a abrirla y la cierro otra vez pensando qué decir porque sí, la chica rubia y gritona es Adela.

—No huyo de ella —musito.

—Y tanto que sí, te pasaste la mayor parte del día intentando quitártela de encima, y no te culpo porque joder, es bastante insoportable. —Ríe y vuelve a dar un sorbo a su café—. Aunque conozco a mucha gente así.

—Gracias a Dios, yo no conozco a tanta.

Sonreímos y él pone un terrón más de azúcar en el café mirándome con expresión traviesa.

—Me caes bien, Daniela. Me gustas.

—¿Qué te...? —No puedo ni terminar la pregunta.

—Sí. Te cuesta la vida mantener la boca cerrada cuando te pones nerviosa y no sé por qué, pero he descubierto que es muy divertido provocarte para que saltes con alguna de esas diatribas tuyas.

—No es gracioso, este es mi trabajo.

—Tranquila nena, solo lo haré cuando estemos a solas.

—Procura no llamarme nena.

—¿Por qué?

«*Porque te pone tonta*» me dice Ramona, con toda la razón del mundo.

—Porque no soy tu nena, soy Daniela Acosta, la *wedding planner* de tu hermana, y ya tengo bastantes cosas por las que preocuparme como para sumarte a mi lista.

—No voy a ser un problema.

—¿Ah no?

—No, voy a ser tu salvador.

—¿Y eso cómo es?

Oliver se encoge de hombros como si fuese a decir la obviedad más grande del mundo.

—Puedo soplarte en todo momento dónde anda la rubia, y cuando no puedas más, podrás buscarme diciendo cualquier tontería con respecto a la boda y te llevaré a un escondite secreto unos minutos para que te relajes.

—No hay escondites secretos en esta casa. —Resoplo con aires de entendida—. Todo está lleno de gente.

—No señorita, hay uno y yo lo conozco. Así que, como ves, yo no soy tu problema, sino tu solución. Y ahora te dejo porque tengo que subir a quitarme el pijama y vestirme con algo que haga a mi madre poner los ojos en blanco.

Me río y lo miro subir las escaleras de la cocina.

—¡Solo acepto si en el escondite hay tabaco!

Lo grito un poco, muy alto, y él vuelve a bajar lo justo para que yo pueda verlo; me guiña un ojo como respuesta, se gira y yo pienso que me encanta tener por fin a alguien que me cae bien en esta locura de casa. Y la vista de su trasero... Ese culo me encanta también.

No vuelvo a verlo en un buen rato, puesto que termino mi café y voy a ver a

Wendy, que me ha mandado a llamar con uno de los empleados. Subo las escaleras principales y llego a su habitación para encontrarla tumbada sobre la cama con la cabeza colgando y las piernas rebotando en el colchón a modo de entretenimiento. Lleva uno *short* deshilachado que deseo a muerte en el acto porque joder, yo estoy muy incómoda y harta de tacones ya. En la parte superior lleva el biquini.

—¡Hola nena!

Y dale con el «nena». Qué manía en la familia oye.

—¿Todavía estás así? —le pregunto con dulzura, pero porque me sale así. Con ella no finjo nada.

—Siéntate por favor. ¿Quieres tomar algo?

—Agua, pero ya me sirvo yo.

Camino hasta la nevera que hay al fondo de la habitación y saco un botellín. Lo abro y doy varios tragos antes de sentarme a su lado, o más bien junto a sus hombros.

—Ay, Daniela...

—Pon la cabeza derecha, que se te va a ir la sangre a la cabeza y te vas a marear. —Ella sonríe, pero obedece y se sienta en el centro del colchón con las piernas cruzadas a lo indio mientras yo apoyo la espalda en uno de los postes de la cama con dosel—. ¿Dónde está Brian?

—Se levantó temprano y dijo que tenía que hacer un montón de llamadas, así que imagino que estará en la biblioteca de la casa trabajando como los locos.

Una vez más, me recuerda a Jake, pero en versión empeorada porque Jake al menos sabe ser agradable, elocuente, conversador... y todo eso son cualidades de las que Brian carece por completo.

—Entiendo.

—¿Tú te has enamorado alguna vez, Dani?

Me quedo mirándola unos instantes, pensando en la respuesta. Podría inventarme algo y quedar bien sin dar demasiada información, pero esta mujer confía en mí. No desde este momento, no; lo ha hecho casi desde que nos conocimos hace dos meses por un correo. Me considera su amiga de verdad, y Wendy no es alguien que considere a cualquiera amigo suyo. He visto su comportamiento con el resto y dista bastante de la forma en que es conmigo. No lo sé, a veces pienso que nosotras encajamos desde el primer momento. Cuando la miro veo muchas cosas de las que veo en mí cada día, y otras que no tienen nada que ver, así que es lógico que la entienda bien casi siempre, aunque a veces no esté de acuerdo con lo que dice. El caso es que se merece una respuesta sincera porque quiera yo o no, también empiezo a considerarla una amiga y, de hecho, ya he pensado alguna vez en lo que pasará desde el domingo, porque yo no quiero perder el contacto con ella.

—Pensé que sí, pero la verdad es que no estoy segura.

—¿Cómo puedes no estar segura?

Junta las piernas y saluda con la mano de una forma tan ridícula que tengo ganas de taparme la cara.

—Buenos días, Adela. ¿Cómo estás?

—Bien, bueno, con la mano un poquito dolorida todavía.

—Adela no fue nada, por Dios. —Me levanto, porque no quiero que moleste a Wendy con sus tonterías—. Vamos anda, a ver qué podemos encontrar para que hagas.

—En realidad. —Wendy nos para—. Daniela, necesito que te quedes conmigo un momento. Adela, puedes ir a la cocina o al jardín principal. Seguro que encuentras algo en lo que ayudar.

—¿Tú crees? —pregunta pestañeando varias veces.

«*Menudo guantazo tiene la muchacha, por Dios*»

Estoy de acuerdo con Ramona, pero no le contesto, porque ella sabe que cuando estoy en compañía yo no le hablo en voz alta.

Dios, parezco una loca...

—Claro, y si no pregúntale a alguno de los trabajadores y ellos te dirán qué hacer. —Wendy sonríe con dulzura mientras se deshace de ella.

—Vale. ¡Vamos Piti!

Se gira, pero el perro no va tras ella hasta que no le damos un poco de las tostadas con mermelada de Wendy.

—No sé cuál de los dos me provoca más risa —dice esta cuando se marchan.

—Ninguno, si tuvieras que aguantarlos todo el día como yo —contesto de forma pragmática, comiéndome el trozo de tostada que ha quedado en el plato—. Ay, lo siento —digo cuando me doy cuenta de lo que hago—. Era tuya y...

—Tranquila, no quería más y me alegra que por fin tengas la suficiente confianza conmigo como para comerte algo en mi presencia.

—¿Perdón?

—Que todo eso de la profesionalidad está muy bien, Dani, pero a cuatro días de mi boda no quiero que estés comiendo en el hotel o en la cocina mientras yo estoy en el comedor. Te quiero a mi lado todo el tiempo posible. —Se estira un poco en la silla, pareciendo aún más esbelta—. Tendrás descansos, claro, pero necesito que dirijas todo esto a mi lado.

—Pero Wendy, cielo, te molestaré haciendo mil llamadas, o cada vez que los trabajadores vengan a buscarme.

—No me importa. ¿Crees que no me molestan de todas formas? No paran de revolotear de aquí para allá —dice con determinación—. Daniela, esta es mi boda y yo mando, ¿no?

—Por supuesto.

—¿No te gusta estar conmigo?

—¡Claro que me gusta!

—¿Entonces dónde está el problema?

Lo pienso un momento, aunque no me lleva mucho contestarle.

—Por lo general no trabajamos así, y, además, el señor Gilford...

—Bah, por Jake no te preocupes. Sabe muy bien que tiene que joderse y acatar lo que yo decida.

Sonríó sin poder remediarlo. «Ay, Jake, esto no te lo esperabas, ¿eh?»

—Eres un caso, Wendy Lendbeck.

—A ti te gusto. —Y no es una pregunta.

—Sí.

—¿Por qué? Estás viendo la parte más complicada de mí y, aun así, te gusto. Lo sé, lo noto.

—Me recuerdas a mí. O bueno, teniendo en cuenta que yo soy casi cuatro años más pequeña que tú, me recuerdo a ti. Algo así. —Río encogiéndome de hombros.

—¿En serio? —Apoya los codos en la mesa y me mira con los ojos entrecerrados—. Me confundes mucho. A toda la familia le pasa. A veces eres tan... normal. —Me tenso y ella sonrío—. Normal para bien. Quiero decir que a veces hablas y no te das cuenta de lo llana, natural y fascinante que eres. Pero entonces es como si te percataras y te obligaras a reconducir tu personalidad hacia la Daniela eficaz y estrictamente profesional.

La miro en silencio. ¿Qué le contesto a eso? Porque a mí lo primero que se me viene soltar es «¡premio para la señorita!», o mejor, claro, podría decirle: «Mi ex novio me minó tanto la confianza que ahora pienso de verdad que soy un puto desastre».

Bueno, en esto no vamos a echarle todas las culpas a Jake porque yo he hecho y sigo haciendo cosas cuando se me va la pinza de las que no estoy demasiado orgullosa.

Pienso en Brian y en los gestos que le he visto hacer hacia Wendy. ¿Y si yo le cuento lo mío con Jake? No tengo ni siquiera que dar su nombre, solo describirlo tal como es. A ver, no es que quiera cargarme la boda, pero es que Brian... En fin, aquí estamos, a cuatro días de la boda y ella en vez de querer pasar los días previos con su prometido, quiere pasarlos conmigo. Eso tiene que significar algo, ¿no?

Pienso e imagino las opiniones que tendrían mis tres amigas:

—Blanca me diría que no se me ocurra meterme en eso, que organice la boda y me limite a casarlos. Fin de la historia.

—Ana me diría que, sin apenas información, no debería meterme en esos jardines, pero que puedo intentar tantear el asunto y ver cuánto lo quiere ella y en base a eso

decidir.

—Tina me aconsejaría contarle con pelos y señales mi historia con Jake, incluyendo los detalles sórdidos y sexuales para que se haga una idea de qué es lo único que me ha mantenido a su lado tanto tiempo.

Joder, es que tengo tres amigas tan diferentes que así no hay quien se aclare.

También es verdad que puedo hablar con ella, contarle mi historia y luego decirle que lo hago porque ahora confío en ella —que es verdad—, y porque todavía no estoy bien del todo, ¿no? Si la cosa sale bien, ganamos las dos porque yo encuentro a alguien ajeno a mi historia con Jake a quien contárselo todo y de paso pedirle consejo, y ella puede ver desde fuera que los hombres como mi ex, y como Brian, rara vez cambian.

Al final mis dudas se resuelven de sopetón porque Brian llega y con toda la poca vergüenza del mundo, anuncia que tiene que hacer un viaje a otra isla para reunirse con un cliente y que estará allí hasta mañana. A Wendy no le gusta, claro, pero él insiste en que ya que está aquí es lo mejor. Eso ya vuelca la balanza a mi favor en un noventa por ciento. Y entonces, por la puerta trasera salen Ronald y Elizabeth, bien vestidos, elegantes y con una sonrisa. Oliver viene detrás con unos vaqueros que tienen un agujero del tamaño de la capa de ozono en la rodilla, una cadena colgando de la parte posterior del cinturón frontal, cayendo de forma sexi sobre su muslo y una camiseta negra de mangas cortas en la que se lee en letras enormes «Deeds make the man».

Vale, bien, si tenía algún tipo de duda acaba de salir por la ventana. Oliver tampoco aguanta a Brian y de pronto lo sé, así sin más, lo tengo tan claro como el agua y además siento ese nudo en la boca del estómago, subiendo por mi pecho e instalándose en mi garganta, obligándome a hacer algo.

Y por si te lo preguntas, sí, es el mismo tipo de nudo que sentí cuando rayé el coche de Jake, así que no sé yo lo que puede salir de aquí pero antes de darme cuenta mi diarrea verbal ha vuelto y yo estoy más decidida que nunca.

—¿Sabes qué, Wen? —digo sonriendo—. Eso nos deja a nosotras con un día solo de chicas. —Miro a Elizabeth y con toda la parsimonia del mundo, y sabiendo que Jake me matará por tomarme estas confianzas, sigo—. ¿Qué me dice señora Lendbeck? Cervezas, sol y un montón de cotilleos para pasar el día a lo grande.

La madre de Wendy y Oliver me mira un tanto sorprendida por mi confianza repentina, y yo por un momento me veo en la puta calle con lo puesto, pero tras unos segundos sonrío y da una palmada al aire.

—Me parece una idea maravillosa. ¿Por qué no vamos a la terraza de la suite? La tenemos reservada para la noche de bodas. —Mira a Brian y veo la molestia en sus ojos—. Pero me imagino que podemos usar ahora el jacuzzi y las hamacas. ¿Para qué queremos a toda esta gente limpiando si no?

Wendy y yo sonreímos. Bueno, a decir verdad, Oliver y Ronald también sonrían. Al único que todo esto parece no hacerle gracia es a Brian.

Lo que yo te diga, otro Jake en potencia...

8. Preparativos sí, pero no de boda

Al final Brian tiene que aceptar que vamos a montar una pequeña reunión de mujeres en la suite de la casa y se marcha después de dar un casto beso a Wendy. Joder, esa increíble mujer se merece que un hombre la morree con todo su ser antes de irse a cualquier parte. O no, mejor, se merece que no se vaya a ninguna parte a cuatro puñeteros días de su propia boda.

Nos quedamos aquí mismo, en el porche que da al césped y cuando voy a llamar a alguno de los trabajadores para que nos atiendan, Elizabeth se me adelanta y llama a un chico que justo pasa por delante.

—¿Puedes ordenar que nos suban a la habitación cerveza? —Nos mira, o más bien me mira, y sonrío con amabilidad—. Daniela, querida, tú eres quien ha tenido la idea. ¿Qué más vamos a necesitar?

—Pues...

—Lo que sea —dice Wendy, ansiosa—. Ay, me hace tanta ilusión esta mini reunión.

Y claro, a mí me dicen eso y yo me animo, me vengo arriba y termino programando un fiestón en mi cabeza que para qué te voy a contar. Con todo, procuro cortarme un poco porque no se trata tampoco de desfasar en exceso, así que miro al chico, arranco una hoja de mi libreta y se la tiendo junto al bolígrafo.

—Pues si lo vamos a hacer, lo hacemos bien. Apunta. —Él asiente y se apoya en la mesa—. Ron blanco, ron miel, limones, seven up, hielo picado, azúcar moreno y hierbabuena.

—¿Menta?

—No, menta no, hierbabuena. Sé que hay porque la he visto sembrada en el jardín principal junto al portón de entrada.

—Sí señorita.

—Además de eso, y de las cervezas, vamos a querer agua, refrescos con azúcar y algo de picotear, ya sabes: patatas, aceitunas o lo que pilles por ahí.

—Vale. ¿Quieren algunas patatas en concreto?

—Mientras tengan un montón de calorías y grasas nos servirán. —Miro a Wendy y Elizabeth, que sonrían encantadas, aunque dudo que sepan bien para qué quiero todo eso—. ¿Hay nevera arriba?

—Sí, hay un pequeño salón con una nevera, aunque solo tiene una puerta.

Sonrío y me dan ganas de decirle que lo de «solo tiene una puerta» en realidad es una nevera de toda la vida. Pero claro, esta gente de dinero ya se sabe que tienen frigoríficos que parecen trailers.

—Está bien, con eso servirá. —Vuelvo a mirar al chico—. Trae una fuente grande, la más grande que encuentres. Me da lo mismo que sea cristal, barro o cerámica, pero que sea profunda.

Él asiente y yo lo despacho. Por el momento con eso me vale.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Wendy.

—Vamos a beber mojito casero, y veréis cómo entra eso en un día como hoy.

—Yo quiero apuntarme —dice Ronald sonriendo—. Vaya fiesta, chicas.

—Y tanto. —Oliver me sonrío y se mete las manos en los bolsillos. Está adorable, de verdad—. Sabes bien cómo montar una fiesta, ¿no?

—Soy organizadora por algo.

Todos me ríen la gracia y yo me siento como la chica guay de clase por primera vez en mi vida.

Sí, porque en todas las clases hay una chica guay, una empollona, una fea —pobre— y una payasa, como mínimo. Yo era de las últimas. Vamos, que aprobaba ajustadita pero no me importaba porque era la alborotadora y la chuentachistes oficial y a mí con eso ya me iba bien, aunque más tarde descubriera que los chicos guays se van con las chicas guays, no con las payasas. Pero eso es otro capítulo de mi vida que ahora no viene al caso.

Nos levantamos para irnos a la habitación, pero antes de nada me disculpo con Wendy y Elizabeth porque de verdad tengo que asegurarme de que las personas que van después de mí en la torre de mando lo tienen todo controlado.

Voy a la cocina, donde siempre está cociéndose el meollo y pregunto a un par de asistentes si necesitan ayuda. Cuando me lo niegan en repetidas ocasiones los aviso de que estaré algo desconectada el resto de la mañana y puede que parte de la tarde. Estoy a punto de marcharme cuando Oliver entra y me enseña un paquete de tabaco de manera fugaz antes de metérselo en el bolsillo y salir.

Esa es mi señal para seguirlo, no soy tonta, así que voy tras él y me recaliento conforme vamos caminando y me doy cuenta de que él no se para a esperarme, ni mira atrás para asegurarse de que lo sigo, claro que mis tacones resuenan en el empedrado que da gusto. Cuando llegamos a las escaleras del acantilado que bajan a playa me paro en seco y ahí sí que se gira.

—Vamos.

—No voy a bajar hasta la playa —digo frunciendo el ceño.

—No está en la playa. Ven.

Agarra mi mano y yo miro atrás, al jardín en el que reina el caos absoluto por culpa de tantísima gente trabajando. Cojo aire y lo suelto antes de dejarme llevar y bajar con él dos tramos de escalones cortos, altos y con una barandilla de la que yo no me fio una mierda, la verdad.

Al llegar al segundo rellano, Oliver se mete en un hueco de un metro y medio más o menos, y yo me siento claustrofóbica, y mira que yo no soy muy de asustarme con nada, pero joder ese agujero estará sucio, y... y nada, porque antes de darme cuenta su mano ha asomado por el hueco y tira de mí hacia el interior. Resoplo y

entro con cuidado de no dejarme los tacones o los dientes en la entrada.

—Joder, la que estamos armando para fumarnos un cigarro.

—Te dije que era un escondite. Vamos, ya hemos llegado.

Me endezco, dándome cuenta de que dentro la amplitud es enorme y él me hace mirar al fondo, donde hay una cueva lo bastante amplia como para que estemos los dos y sobre sitio. No da sensación de ahogo porque pese a todo, el techo es muy alto. Camino los cinco o seis pasos que hay adentrándome y me siento en el saliente de una roca plana.

—Vaya... estamos debajo del jardín principal, ¿verdad?

—Ajá, vengo aquí cuando mi hermana y mi madre me ponen la cabeza como un bombo a base de hablarme de los tonos de las servilletas en el convite.

Me río y rechazo el cigarrillo que me ofrece.

—En realidad no lo necesito entero, me conformo con que lo compartas.

—¿Estabas más estresada de la cuenta ayer, entonces? —pregunta encendiéndose el cigarro.

—Sí, intento no fumar, y si lo hago es porque estoy muy agobiada o tengo muchas ganas de romper algo. He descubierto que, si no estoy en mi casa, lo mejor es fumar. A la gente no le gusta que rompa sus cosas, ¿sabes?

Él ríe expulsando el humo de una forma que me hace tilín. Y tolón. Hasta el momento a mí los fumadores ni fu ni fa. No me gusta el olor que el tabaco deja en la ropa o las manos, y ni hablar del aliento, pero en Oliver queda bien. En Oliver todo lo que sea macarra queda bien.

—Yo lo he dejado un montón de veces, pero me pasa como a ti, cuando estoy muy de los nervios necesito uno.

—¿Y cuántos te has fumado desde que llegaste?

—He perdido la cuenta —contesta riendo—. Joder, esta boda terminará conmigo.

—Bueno, mientras puedas controlarlo una vez que todo esto acabe y no pasarte mucho...

—Sí, soy muy estricto con eso. —Da otra calada y me lo pasa—. ¿Y bien? ¿Qué te parece el escondite?

—Muy mono. A esto le das una manita de pintura, le pones un sofalito biplaza del Ikea y una mesita de esas de cuatro euros y te queda como nuevo.

Reímos y cruzo las piernas mientras lo miro dando una calada y se lo devuelvo. Él se pone algo más serio y se concentra en la ceniza que cae del cigarro.

—Oye... Gracias por lo que has hecho por Wen antes.

—¿Qué he hecho?

—Organizar el tema de la reunión de chicas y eso. Ha sido un detalle porque yo

ya me veía intentando consolarla después de que Brian se fuera.

—No ha sido nada. Pensé que nos vendría bien a las tres.

Decido guardarme mi opinión acerca de Brian por el momento, porque tampoco se trata de crear una guerra y Oliver es, después de todo, el hermano de la novia.

—No tiene muchas amigas, ¿sabes? Conocidas sí, un montón, entre las que están las damas de honor que bueno... ya las conocerás cuando lleguen. —Mueve su cuerpo como si la simple idea le diera escalofríos y me río—. No, en serio, no tiene a mucha gente en la que confiar.

—Pues no lo entiendo. Es una mujer increíble.

—Lo es, pero en el mundo que se mueve... Bueno, no todo el mundo va de frente. Muchos solo la quieren por su imagen y apellido.

—Sí, eso debe ser duro. Lo bueno de ser pobre es que sé que los que están a mi lado, lo están porque me quieren de verdad.

—Imagino que sí. —Sonríe y me pasa el cigarro para que le dé una nueva calada—. Tú no la quieres por el dinero. Le has cogido cariño.

—Es difícil no hacerlo. —Expulso el humo y se lo devuelvo.

Él se sienta a mi lado y se queda en silencio, fumándose con calma el resto del cigarro. Yo lo miro un momento, pero luego me concentro en el silencio y la quietud que hay aquí. Parece mentira que justo encima de nuestras cabezas exista un caos de organización y carreras.

No hablamos mucho más, pero el silencio tampoco es incómodo. Cada uno piensa en sus cosas y cuando él acaba y apaga el cigarrillo contra el suelo palmea un momento mi muslo, se levanta y me tiende la mano de nuevo.

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Y bien?

—¿Querrás venir más veces a mi escondite? —Enlaza sus dedos con los míos y los aprieta sonriendo de medio lado.

—Claro, y como te descuides te lo quito y me lo agencio —digo bromeando.

—No serías capaz. —Acaricia mis dedos con su pulgar y siento un pequeño estremecimiento, propio de la estimulación y nada preocupante.

—Uy, y tanto que sí. —Río y pongo cara de presumida—. Yo siempre consigo lo que quiero.

—Ya tenemos algo en común...

Su susurro me remueve algo en... algún sitio. Joder, es que con esa voz tan... tan... ¡Es que es normal que me remueva algo! Soy una mujer con hormonas útiles. Simple química, nada más.

—Deberíamos salir, porque tengo una fuente de mojitos que preparar —susurro con una sonrisa tontorróna.

—Si os aburrís de ser solo chicas podéis llamarnos a mi padre o a mí, ¿eh? —Engancha nuestros dedos meñiques balanceándolos y lo miro de soslayo. Su boca vuelve a torcerse en esa sonrisa decadente que empiezo a reconocer—. O solo a mí.

Me río para ocultar que me he puesto un poco nerviosa y salimos juntos sin que le conteste. Subimos los escalones y en cuanto pisamos el jardín nos soltamos las manos.

Entramos en casa por la cocina, pues yo rara vez lo hago por la puerta principal, y estoy a punto de subir las escaleras cuando Oliver me para.

—Si en algún momento necesitas el escondite, siéntete libre de usarlo, aunque no sea conmigo.

—¿Me estás entregando las llaves de tu refugio? Guau. —Me llevo la mano al pecho con gesto teatral—. ¿Sabes, cielo? creo que esto va demasiado deprisa, no sé si estoy preparada para que compartamos espacio de una forma tan íntima.

Él ríe entre dientes y chasquea la lengua.

—Eres tontita.

—A ti te caigo bien.

—Sí, me caes mejor que bien. —Me guiña un ojo y se muerde el labio de forma tentativa—. Nos vemos, Daniela.

—Nos vemos, Oliver —logro decir.

Subo las escaleras a toda prisa y me dirijo a la suite principal sin querer pensar de más en la forma en que Oliver me ha hablado y... No, no lo pensaré siquiera. Toco con los nudillos en la puerta y cuando recibo respuesta para que entre me encuentro con que dos chicas organizan mi pedido sobre la mesa del saloncito con una rapidez que casi me da vértigo.

—¿Dónde estabas? —pregunta Wen.

—Ultimando unos detalles para poder estar algo más tranquila.

No menciono a Oliver porque no sé qué puedo contar sin que parezca algo raro. «Tu hermano y yo compartimos un escondite secreto y coqueteamos un poco» suena cuanto menos, raro, no me digas que no. Además, no hemos coqueteado... Han sido solo unas bromas. Nada más.

«Y has dicho que no ibas a pensarlo más, lerda».

Punto para Ramona. La jodía está cogiendo por costumbre tener razón.

—Ven, mamá está llenando el jacuzzi y se ha hecho un lío tremendo con los mandos de las burbujas.

La sigo a la terraza y ahí está Elizabeth, con su precioso y caro vestido lleno de agua, intentando en vano parar las burbujas del jacuzzi mientras el agua se desborda. Me río y voy hasta ella apartándola y controlando el tema con rapidez. No por nada, sino porque he organizado miles de baños para novias histéricas y ya sé cómo

funcionan estos chismes.

—Ay, te has empapado —lamenta Elizabeth mirando mi pañuelo que sí, está chorreando.

—Bah, no te preocupes. Total, ya hace calor.

—Eso es verdad. De hecho, voy a ponerme el biquini, si no os importa.

—Por supuesto —digo sonriendo un poco.

—Yo como ya lo tengo puesto, eso que me ahorro.

Wendy se quita el *short* deshilachado y muestra la parte baja del biquini. Sigue descalza y de hecho tiene las plantas de los pies sucias por haber correteado por la casa sin calzarse.

La envidio a muerte, en serio.

—¿Y tu biquini? —pregunta Elizabeth al salir.

Tardo un poco en contestar, porque estoy flipando muy mucho con el cuerpo de la buena señora. ¿Qué edad tendrá? Por lo menos cincuenta y algo, joder, y está estupendísima. De pronto me siento como el patito feo aquí. Gracias a Dios no tengo biquini.

—Lo dejé en el hotel, pero no os preocupéis, yo prefiero quedarme así por si hace falta que salga a solucionar algo del trabajo.

—No, no, no, no. —Wendy niega con la cabeza con determinación—. Tú vas a quedarte todo el día a mi lado porque ya he llamado a Jake y lo he informado.

—¿Ah sí? —pregunto con curiosidad

En realidad, lo que quiero saber es cómo se lo ha tomado, pero eso sí que no sé cómo preguntarlo. Gracias a Dios, Wen se parece a mí y no tarda en soltarlo todo.

—Sí. Se ha puesto un poco serio, pero le he recordado que yo te pedí para trabajar conmigo mano a mano y eso es lo que haremos hoy, así que tranquila porque eres libre el resto del día. Aunque hablaremos de la boda, claro.

—Claro, por supuesto.

—¿Y bien? —pregunta Elizabeth— ¿Te quitas la ropa ya?

—Pues es que...

—Ay venga, ni siquiera vamos a asustarnos si te has puesto una de esas bragas tan poco femeninas que todas tenemos.

Me río, porque esa no es la razón, aunque recuerdo que en mi maleta aguardan varias bragas de corazoncitos y hasta lunares. Sí, lunares, ¿qué pasa? A mí me molan.

Me lo pienso un poco más, porque aquí donde me ves a veces hasta tengo pudor, pero cuando las veo a ellas meterse en el jacuzzi mientras yo soporto este calor... y los zapatos de tacón, Dios, estoy odiando los zapatos de tacón con todas mis fuerzas, así que eso es lo que me da el empujón definitivo.

Me quito el vaquero y la camiseta y me quedo con el sujetador y las braguitas de color coral, con algo de encaje en los bordes y un lacito bajo cada cadera en blanco. Menos mal que me he puesto ropa interior decente y a juego, porque lo mismo me pilla con esto que me podía haber pillado con las bragas de lunares, o las de leopardo, o las de la selección española. Lo sé, lo sé, pero es que el mundial dio para mucho.

—Dios mío, Dani, eres tan exótica...

Miro a Wendy y alzo las cejas con una sonrisa incrédula y muchas ganas de decirle «menos risas, guapa», pero me callo, porque tampoco parece haberlo dicho a malas.

—Es verdad que tienes un cuerpazo —sigue Elizabeth, dedicándome una sonrisa sincera.

—Pero, ¿qué decís? —Me río con zozobra—. Cuerpazo vosotras, por Dios, que debéis tener las medidas perfectas. Yo estoy muy lejos de eso.

—Eso de las medidas perfectas es un bulo. Yo en pecho no llego —dice Wen—. Soy como una tabla.

—No digas eso cielo, estás muy bien —contesta su madre.

Y sí, es verdad que Wendy tiene poco pecho, pero es preciosa así. Está muy delgada y tener más le quedaría raro.

—Antes de nada, voy a preparar los mojitos, si no os importa.

—Tráelo aquí fuera y así nos quedamos con la receta —dice Elizabeth—. Y por favor, Daniela, a partir de ahora tutéame y llámame Liz.

Eso me deja un poco cortada, pero tampoco voy a cuestionarme que me haya dado esa libertad porque la verdad es que me siento más cómoda así.

Saco todo lo necesario a la terraza y lo coloco en la mesa. Lo preparo bajo la atenta mirada y los comentarios de ambas, que tienen unas ganas locas de probarlo. Ay, por Dios, espero que me salga bueno, pero... No, qué coño. ¿A quién pretendo engañar? Me va a salir bueno porque a mí otra cosa no, pero los cocteles se me dan de muerte.

Media hora después las tres estamos en el jacuzzi, sin hablar de nada importante, pero disfrutando del primer mojito de la mañana. No, si al final resulta que no va a ser tan mala idea lo de haber venido a Ibiza...

—Oye, Dani, tienes que contarme lo de esta mañana. No es justo que al final me haya quedado sin saber la historia.

—¿Qué historia? —pregunta Liz.

—La de Daniela y su ex novio. ¿Sabes que lo dejaron el día que nos conocimos nosotras por correo?

—¡No me digas! Ay cariño, ¿y cómo estás? ¿Lo llevas bien?

—Sí. No. —Me río y me encojo de hombros—. A ratos, la verdad.

—¿Quieres contárnoslo?

Asiento. Sí, he estado esperando este momento toda la mañana porque quiero que Wendy vea hasta dónde puede llegar una relación que ya de primeras va mal y se basa en cosas que, si bien son importantes, no lo son todo.

Saco una mano del jacuzzi, alcanzo la fuente de mojitos con el cazo y lleno nuestros vasos antes de hablar.

—Vale, chicas. ¿Queréis la versión cruda o la maquillada?

—Eso ni se pregunta —dice Liz recolocándose y sujetando bien su vaso.

—La cruda, nena, la cruda. A las cosas por su nombre —agrega Wendy con cara de determinación.

Me encojo de hombros, doy un enorme trago a mi mojito y sonrío con sarcasmo.

—Pues agarraos, que vienen curvas.

9. Lo que pasa cuando mezclas alcohol, sol y despecho

Doy un trago considerable a mi segundo mojito. Tanto como para que la hierbabuena se me meta en la boca y entre los dientes al intentar escupirla. Mastico el hielo picado mientras pienso cómo empezar y cuando lo tengo más o menos claro me lanzo.

Les cuento que conocí a Jake hace tres años, más o menos. Yo por aquel entonces tenía solo veintidós añitos y él contaba ya con veintisiete. No hubiese sido tan reseñable la diferencia de edad si en cuanto a comportamiento y madurez estuviésemos parejos, que no es el caso. Elizabeth me pregunta si es que Jake es un niñato, y por más que me avergüence admitirlo le contesto que no, que en realidad la niñata soy yo. Él por su lado, suele comportarse como un hombre de cincuenta o sesenta años

—No parecéis muy sorprendidas —comento haciendo una pausa.

—Bueno cariño, es que yo creo que lo que tú llamas «ser niñata», es en realidad una personalidad fuerte y algo original —contesta Liz sonriendo con amabilidad—. En esta familia de originalidad sabemos mucho.

No quiero mentir, así que le digo lo que de verdad pienso. Puede que en este momento mi personalidad sea original, pero no puedo dejar de reconocer que he sido una niñata sin mucho sentido a menudo. En un arranque de honestidad les confieso incluso que al principio, cuando vivía con tres compañeras más en un piso pequeño a las afueras, era raro el fin de semana que el baño no terminaba oliendo a vómitos y alcohol de alguna de nosotras. Ellas se ríen, como si fuera gracioso, pero no lo es... No cuando toca limpiarlo todo al día siguiente y con resaca.

Están tan interesadas en mi historia que acabo incluso contando que soy del sur de España, no de Madrid, y que llegué a la gran ciudad con veintiún años. La verdad es que todavía recuerdo lo mucho que me impresionó... No era una cateta, claro, pero mi pueblo en comparación es minúsculo. ¡Había pasado de vivir en el culo del mundo a una de las ciudades más grandes y concurridas de España! Me permití la licencia de flipar y volverme un poco loca. Cuando Wendy intenta animarme asegurándome que es lógico que quisiera buscar oportunidades en un lugar con más posibilidades profesionales para mi futuro me da la risa floja. Me bebo lo que me queda de mojito y sirvo de nuevo para las tres.

Me fui a Madrid porque quería vivir la vida, y no hablo del aspecto profesional, no. Yo cogí lo que tenía, que era casi nada, y le solté a mi familia que necesitaba sentirme plena. Con veintiún años sentirme plena venía a ser, más o menos, poder salir cada fin de semana a una discoteca distinta, vivir sola y hacer, en definitiva, lo que me saliera del mismísimo moño sin tener que darle explicaciones a nadie porque total, nadie me conocía. Era algo así como una estudiante de intercambio, pero en mi propio país y sin estudios de por medio. Me pasé un año trabajando en cualquier cosa que saliera: de camarera, de dependienta, de limpiadora... Tenía que agradecer que mi familia tuviera un camping, porque para muchos de esos trabajos ya contaba con experiencia. Cualquier cosa que me diera dinero para subsistir y seguir viviendo allí me servía. En una de las fiestas a las que asistí conocí a Blanca. Ella era responsable,

quizá demasiado; guapa, exitosa y pronto descubrí que también era muy buena amiga. Me consiguió un trabajo en Perfect Wedding y aunque a mí todo eso de las bodas no me gusta, acepté.

—Espera, espera —dice Wendy sonriendo y sacándome de mi relato—. ¿No te gustan las bodas?

—No, me dan grima, en serio, me desesperan mucho. —Doy otro sorbito al mojito, y brindo en silencio por mí y por lo bien que lo estoy haciendo—. Pero ese no es el tema.

—Sí, claro que lo es —me interrumpe Liz riendo de buena gana con evidente sorpresa—. ¿Por qué trabajas en algo que no te gusta?

—Porque me pagan bien, y después de un tiempo en la empresa pude dejar el piso compartido e irme a vivir a un apartamento alquilado, muy pequeño, pero todo mío, entre otras cosas. No es el trabajo de mi vida, eso es verdad, pero me permite vivir en Madrid y mantenerme medio bien así que aquí sigo. Bueno, y por él...

—¿Él? —pregunta Liz.

—Sí, mi ex trabaja conmigo. —Las dos abren los ojos a la par y yo sonrío y me encojo de hombros—. Cuando lo conocí me pareció un estirado, sigue siéndolo, no creáis, pero, ¿la verdad? me ponía como una moto. Lo nuestro era pura atracción física. Estuvimos mucho tiempo mareando la perdiz, insinuándonos y decidiendo quién daba el primer paso.

—¿Y cómo fue?

—En la cena de navidad terminamos todos en una discoteca con reservado. Yo llevaba una borrachera importante y él también. Nos encontramos en la cola del baño, me puse detrás de él y le toqué el culo así, sin más. Para cuando llegó su turno de entrar al lavabo lo hicimos juntos y echamos nuestro primer polvo.

—Ay Dios. —Liz suelta una risita y se acaba el tercer mojito—. Más.

Yo me encojo de hombros, me bebo el mío mientras Wendy hace lo propio y vuelvo a llenar para todas. El mareo empieza a hacer acto de presencia, pero oye, estamos pasando un día la mar de entretenido.

Les cuento que no, que nosotros no tuvimos primera cita, ni romanticismo, ni rodeos. Él me empotró contra la puerta de un baño en la que algún poeta iluminado había escrito «Por favor, caga dentro», y a mí no me importó. De hecho, hasta me parecía original que hubiésemos empezado nuestra historia de una forma tan distinta a lo que en teoría se debe hacer. Al día siguiente de ese polvo no fuimos a trabajar y tampoco nos llamamos. El lunes cuando llegué me encontré con un correo suyo subido de tono, me inventé una excusa para ir a su despacho y...

—Espera, espera un momento. —Wendy alza la mano en señal de «Stop» y me mira de hito en hito—. ¿Despacho? ¿No era un compañero?

La miro con fijeza, luego a Liz, y cuando ellas gesticulan con los labios un pequeño «oh» entiendo que ya saben de quién hablo.

—¿Tu ex es tu jefe? —pregunta la mayor con suavidad.

—Pues sí. —Sonríó sin alegría y me encojo de hombros—. Era y es mi jefe.

—Oh Dios, nena. —Wendy se pone a mi lado salpicando agua fuera y pasa el brazo por mis hombros—. Lo siento mucho. Debe ser horrible para ti verlo a diario.

—Lo es... —Bebo más mojito y suspiro—. ¿Salimos del agua? Nos vamos a quedar como pasas.

Están de acuerdo y salimos para tumbarnos en las hamacas. Me bajo las tirantas del sujetador y me recojo el pelo en un moño alto para que el sol se me pegue un poco. Wendy saca un altavoz portátil y acopla su teléfono móvil. En pocos segundos comienza a sonar «Payphone», de Maroon five, y me río sarcástica, porque empiezo a pensar que el jodido Adam Levine ha observado mi relación con Jake con lupa para luego escribir canciones que me van al dedillo. Esta, en concreto, habla de ponerse enfermo si oye una puta canción más de amor... ¡Y cómo lo entiendo oye!

—Bueno —dice Liz sacándome de mis cavilaciones—. Dime al menos que intentó resarcirse comprándote flores o algo bonito después de follarte de esa forma.

—¡Mamá!

—Ay hija, a las cosas por su nombre.

Yo me río y niego con la cabeza.

—No, no se disculpó, pero es que yo tampoco pensé que hubiese nada por lo que pedir perdón. Quiero decir que sí, vale, nos follamos en un baño de mala manera, pero, ¿cuántas parejas hay que lo hacen todo de la forma correcta y acaban cortando también? —Me encojo de hombros y acaricio mi vaso—. No sé, pensaba que el amor surge así, a lo loco en cualquier parte. Al principio todo fue bien. Yo era feliz porque estaba loca de amor por él, llevaba así meses, o eso pensaba. Y él... —Sonríó con melancolía—. Él me follaba en cada oportunidad. Ya fuera en su despacho, en la habitación de algún hotel o en mi apartamento. Rara vez en su casa, pero bueno, tampoco me molestaba porque sabía que lo hacía para no levantar sospechas primero, y para que no quisiera quedarme a pasar la noche, segundo.

—¿No se quedaba a pasar la noche contigo?

Niego con la cabeza. Ese no era el estilo de Jake. Nosotros no éramos novios, éramos algo así como follamigos. O no, ni eso, porque él no era mi amigo. Era mi jefe y mi amante, pero no mi amigo. Quiero decir... durante todo ese tiempo estuvimos practicando sexo, pero apenas conocíamos nada el uno del otro más allá de lo laboral o lo que se veía a simple vista. En realidad, aquello ya debió darme una pista de lo mal que estábamos gestionando nuestra relación. ¿Cómo podía yo jurar amor por él si no lo conocía de verdad? Parecía imposible... pero lo hacía. Sentía amor, pero un tipo de amor enfermizo. Reconozco que Tina tiene razón cuando me llama «yonqui de la polla de Jake» y por triste que resulte, durante un tiempo fue así. Durante todo el tiempo en realidad.

—Confundiste amor con lujuria —comenta Liz, sacándome de mi relato.

—Aquello no era ni siquiera lujuria. —Resoplo con una risa seca—. Aquello era obsesión por el sexo casi salvaje. Y sin el casi en muchas ocasiones. Jake me hacía cosas que... no sé. —Me río sofocada por los recuerdos—. Me ataba a la cama, me vendaba los ojos y joder, hasta me susurraba lo mucho que le gustaría verme con otro hombre.

Eso hace que Liz espurree el sorbo de mojito que acaba de dar.

—¿Te acostaste con otro hombre estando con él?

Pienso en mentir, en negarlo y seguir contando la historia, pero total, de perdidos...

—Sí. Me acosté con los dos en realidad. Aunque yo tenía los ojos vendados y nunca supe quién era él.

—No me jodas —murmura Wendy— ¿Y cómo te sentiste?

Sonrío y pienso en ello. ¿Cómo me sentí...? No lo sé. Como experiencia sexual fue impresionante, por descontado. En cuanto a mis sentimientos, cuando acabamos, la puerta se cerró y la venda cayó, de manera literal, sentí algo en mi interior romperse. Sabía que era excitante para mucha gente, incluso para mí lo había sido, joder, no hay nada como dos hombres queriendo darte placer a la vez. En serio, Jake es increíble en la cama, todo lo hace a lo grande, y el chico que buscó era más de lo mismo así que en ese plano estaba cien por cien satisfecha. Pero una parte de mí me gritaba que Jake no me valoraba lo suficiente. Ya no por el trío en sí, sino porque cuando todo acabó no obtuve de él más que unas cuantas caricias, una ducha, y vuelta a mi casa, a dormir sola. Esa fue la primera vez que cortamos, si es que había una relación que cortar. Al día siguiente le dije que no quería seguir así, que llevaba casi un año disfrutando de un sexo increíble pero que necesitaba más y él no estaba dispuesto a dármelo.

—¿Qué dijo? —pregunta Liz interrumpiéndome de nuevo.

—Me pidió que fuera su novia. Me juró que me quería, que estaba loco por mí y me rogó que no lo dejara. Desde ahí y, para resumir, yo lo perdoné y él empezó a pasar las noches en mi casa. Se quedaba a dormir, me regalaba mimos y nos reíamos juntos contando anécdotas del trabajo y demás.

—Pero seguíais sin ser amigos —dice Wendy.

Niego con la cabeza. Jake y yo jamás fuimos amigos y así se lo hago saber a las dos. Llegó un punto en que pensé que si quería amigos ya los tenía. Lo que quería era un novio y él lo era. Además, desde el principio insistió mucho en que mi forma de ser era demasiado... demasiado. Tenía que tranquilizarme, madurar e intentar acoplarme a su mundo. Recuerdo el montón de discusiones que tuvimos porque no le gustaba que saliera con mis amigas. Y sí, vale, es verdad que Tina por ejemplo está un poco loca, y también es cierto que nos prohibieron la entrada en dos discotecas de Madrid de por vida, pero es que joder, una noche loca la tiene cualquiera, ¿no?

Elizabeth y Wendy ríen de buena gana y me preguntan el motivo de que nos prohibieran la entrada, pero eso sí que no voy a contarlo. Me limito a aconsejarles que

no mezclen jamás ginebra, tequila y red bull. Si sumas a Tina a esa ecuación los problemas llegan solos, que es lo que pasó. Pero bueno, lo importante es contarles que a Jake no le gustaba aquello, que era comprensible, pero tampoco le gustaba que quedara con alguien para ir al cine, o ir de compras. Hasta verme tomar café con una amiga era motivo para montar en cólera... ¿Pero hice algo para cambiar aquello? No, nada en absoluto. Me limité a pedirle sexo y pensé, de la manera más ingenua, que nuestros problemas se arreglarían de una forma u otra.

Hago una mueca y procuro tragarme las lágrimas. No voy a llorar, joder. No más. ¿Qué más da que todavía me sienta como si Jake hubiese pasado una apisonadora por mi cuerpo una y otra vez hasta no dejar nada? Tengo que superarlo, pero recuerdo la forma en que cada vez me sentía menos yo, y más como la clase de mujer que él quería a su lado. Daba igual lo que hiciera, todo estaba mal y él me repetía una y otra vez que intentara ser una mujer con clase, y no una callejera o una cualquiera. Cuando replicaba se enfadaba por mi supuesto infantilismo, y bueno... un largo etcétera. La parte buena es que a medida que lo cuento, comprendo poco a poco que lo que me duele no es tanto el desamor: lo que me está matando es el orgullo herido y la humillación sufrida.

—¿Hiciste caso? —pregunta Wendy sacándome de mi reflexión—. ¿Intentaste ser como te pedía?

La miro a los ojos, y a pesar de tener sospechas hasta el momento de que algo no va bien, me impacta ver el mismo sentimiento que yo arrastro reflejado en su mirada.

—No se trata de dejar de hacerlo, Wen, porque nadie puede dejar de ser como es. Puedes camuflarte y adoptar una personalidad que no es la tuya, pero tu esencia seguirá ahí. —Suspiro y doy un nuevo sorbo al mojito, pensando en mis siguientes palabras—. Si eres como yo, a más encierres esa esencia, más ganas tendrá de salir, y cuando lo haga solo lo empeorarás todo. Yo me reprimía todo el tiempo, en el trabajo procuraba no ser como yo era porque joder, no entendía que se me fuera tanto la pinza. Cuanto más me prohibía ser yo, peor era el estallido, y por supuesto la discusión con Jake después.

—¿Qué cosas hacías que le molestaban tanto? —pregunta ella queriendo saber más.

—No era tanto las cosas que hacía como la actitud. Yo tengo una forma de ser que no casa con él, que es un niño de buena familia y con clase.

—La clase no va con el dinero, cariño —rebate Liz.

—Puede que no, pero él era y es un clasista de cuidado. Quería que yo hiciera cosas como tomar el *brunch*, o asistir todo el tiempo a conversaciones diplomáticas sobre economía, política y cosas así que a mí me aburren lo indecible. Quería una mujer florero, y por desgracia yo no sirvo para eso, ni aunque lo intente. Si encima sumabas que soy de familia humilde...

—Te entiendo —susurra Wendy—. Te sentías fuera de lugar con las mujeres de otros hombres.

Entrecierro los ojos, porque yo no he hablado de eso, pero comprendo que Wendy está comparando nuestras situaciones.

—Y tanto —contesto con sinceridad—. Y más teniendo en cuenta que él me presentaba como una amiga, no como una novia. Todas eran unas estiradas. Unas chicas o mujeres que entendían de todos los temas que se hablaban en esas reuniones y vestían ropas caras. Por cierto, la ropa era otra cosa que le molestaba mucho de mí. Sobre todo, el hecho de que no vistiera de firma.

—¿La ropa? Pero si siempre estás divina. —Se asombra Liz.

—No. —Río moviendo el índice en un gesto negativo—. Esa es la Daniela del trabajo. La Daniela de andar por casa prefiere ir a todas partes con zapatillas, vaqueros rotos y camisetas; gafas de sol de colores o... yo que sé. Desde luego nunca fui una mujer que prefiriera una conferencia a un paseo por el retiro subida en una bici.

—Te lo dije —dice Wendy a su madre con una amplia sonrisa—. Te dije que escondía mucho.

Liz sonrío y me mira con cariño, sin juzgarme, lo que me parece raro, pero bueno, lo mismo son los mojitos y que mi verborrea cada vez es más fluida, o, mejor dicho, desinhibida.

—Con todo, la cosa fue bien los primeros ocho o nueve meses, quitando todo eso, claro. Luego la zorra de su madre se sumó a la ecuación.

—Uy, las suegras —susurra Wendy.

—Sí, las suegras —afirmo asintiendo de forma exagerada con la cabeza—. Esa puta es como el mismísimo lucifer, lo juro. Es mala, fría, clasista... Lo tiene todo, la mala perra.

—¿Qué hizo cuando supo de lo vuestro?

Me río y acabo con mi bebida. Empiezo a no llevar la cuenta de los mojitos que he tomado, la verdad.

Les cuento que la madre de Jake nunca supo de mí, no de manera oficial. Sospechaba, claro, por eso sacó a Bárbara a la palestra. Esta era la versión pro de la bruja, clavada a ella, pero con veintiocho años y una carrera de empresariales. Empezó a organizar cenas a las que asistían ellas dos, el padre de Jake y este. Cuando le recriminé que se fuera a cenar con otra mujer le dio la vuelta a la tortilla e intentó convencerme de que en realidad Bárbara nos convenía, porque así su madre nos dejaba en paz. Tardé un tiempo en asimilarlo, pero a más días pasaban, más se formaba en mi mente y cuerpo la sensación de ser la puta de Jake. Hubo un momento en nuestra relación en que se iba a cenar con ella, la dejaba en su casa, quizá con un beso y luego venía a follarme a mí. Si eso no era convertirse en su amante y puta personal...

—Joder nena, lo siento. —Wendy contrae la cara—. Es horrible.

—Lo es, lo fue. Una semana antes de conocerte, lo dejé de una vez por todas, porque por más que él dijera que me amaba, yo no le creía, y no le creo. Él me desea

con una fuerza animal y cree que es amor, pero no lo es.

—¿Y tú? ¿Lo amas?

—¿Después de todo lo que ha pasado? Hasta hace unos días pensaba que sí. El día que te escribí el primer correo acababa de echarlo de casa. Volvió después de que pasaran dos días de nuestra ruptura. Él ya había tomado por costumbre eso de que yo lo dejara y luego a base de arrumacos se me pasara el berrinche. —Resoplo y me río sin alegría—. Cedí, porque soy gilipollas y porque sentía una necesidad de su cuerpo que me quemaba. Pero cuando comentó algo de la decoración de mi casa... no sé. Fue una tontería, pero fue la tontería que me hizo ver que nunca, jamás, me aceptará tal como yo soy. Me miraba al espejo y me daba asco ver la persona en la que me estaba convirtiendo. Yo no quería ser seria, yo no quería ser una jodida mujer florero y desde luego, no prefería los tacones de aguja a las converse por más que él se empeñara en hacérmelos llevar dentro y fuera del trabajo. Y además de todo, entendí que yo no quería ser maltratada psicológicamente. No lo merecía y no debía permitirlo más.

Suelto el aire de forma abrupta mirando al vacío. ¿De dónde han salido esas palabras? ¿He sido maltratada psicológicamente por Jake? Son acusaciones muy graves, lo sé, pero una vez que consigo decirlo en voz alta, no siento que sea incorrecto, y eso me demuestra lo perdida que he estado a su lado, una vez más.

—¿Y desde entonces...? —pregunta Wen trayéndome de vuelta.

—Nada. He conseguido mantenerme firme y aunque al principio fue como intentar desengancharse de una droga, ahora empiezo a ver las cosas como en realidad son. Yo juraba amarlo, en serio, juraba que me moriría por él, pero creo que solo era... necesidad. Obsesión por el sexo que me daba. Porque es guapo a rabiar y hacía que mi cuerpo reaccionara a cosas que no había sentido hasta ese momento.

—Lo describes como algo muy intenso. —dice Liz.

—Demasiado. Era tortuoso. Teníamos una relación, pero todo era superficial y basado en el sexo y las discusiones. Si nos quitabas eso, no teníamos nada. Y eso es muy triste.

—Debe de serlo, sí.

—Me sentí humillada un millón de veces, pero al final siempre volvía a él. —Decido poner un ejemplo de tantos que tengo, para que vean hasta dónde llegaba con sus actos—. Una vez su madre llegó a su casa de improvisto y él me escondió en el vestidor.

—¿Qué? —pregunta Liz incrédula—. ¿Cómo demonios fue capaz de hacerte algo tan horrible?

Me río con sequedad, queriendo decirles que Jake es capaz de hacer eso y mucho más.

10. Recuerdos, confesiones y propósitos

Wendy y Elizabeth siguen indignadas, mirándome, y yo me lanzo a contarles la historia completa.

Recuerdo la forma en que estuve allí encerrada, en ropa interior y sin atreverme a salir ni siquiera al dormitorio más de una hora mientras él tomaba té y pastas con sus padres. Cuando se fueron y volvió al dormitorio me encontró llorando, pero lo más que hizo fue enfadarse porque según él, esa era otra de mis explosiones de los sentimientos que no sabía controlar como haría una mujer de verdad. No era objetiva ni práctica.

—¿Qué objetividad puede haber en eso, por Dios? —pregunta Wendy enfadada, interrumpiendo mi relato.

—Hay que tener en cuenta que yo permití eso mucho tiempo. La culpa es de los dos. No fue la primera vez que me escondió de mala manera de su familia o amigos. En fin... anécdotas hay para parar un tren, pero con eso ya os hacéis una idea de lo que ha sido mi relación. De hecho, estoy en Ibiza cuando esta era mi semana de vacaciones.

—¿Cómo? —pregunta Liz que parece indignada de nuevo.

—En enero de este año solicité vacaciones por escrito para esta semana y me las concedieron. Él me las concedió porque teníamos pensado ir a Venecia. Luego yo lo dejé, anulé el viaje y él me dijo que tendría que hacer este trabajo sí o sí, porque vosotras me queríais a mí.

Wendy y Liz fruncen el ceño, y es la mayor la que habla con suavidad.

—Es verdad que te queríamos, pero le dejamos muy claro a Jake que, si no era posible, podríamos tratar con Blanca, puesto que también nos gustaba su trabajo por lo que habíamos visto.

Las miro unos segundos sin saber qué decir. Ahí está el remate final que necesito para que las lágrimas se escapen de mis ojos. Me río, no sé si por los nervios, por el asco que me da todo esto, o porque estoy borracha. Bonita imagen estoy regalando.

—Me dijo que solo me queríais a mí. Me dijo que... —Me trago un par de lágrimas y procuro no hiperventilar, pero un nuevo sollozo escapa de mi garganta—. Yo solo quería estar en Madrid y celebrar mi cumpleaños con tranquilidad, jurándome a mí misma no volver a caer en sus brazos.

—¿Tu cumpleaños? —pregunta Wen todavía más incrédula, si es posible.

—Es el sábado. —Me sorbo los mocos y me restriego las manos por la cara sabiendo que ya la tendré negra por el rímel—. Unas amigas vendrán el viernes para estar conmigo el sábado por la noche después de la boda. No me quejo, al menos ahora lo celebraré en Ibiza.

—Pero no es lo que tú querías, y no es justo. —Liz parece enfadada.

—No, no lo es, pero con Jake la justicia está fuera de consideración. De hecho,

hasta ayer no supe que él vendría. ¿Y Adela? Está aquí porque ayer no quise acostarme con él. Entonces cogió el teléfono y me dijo que yo solita me había buscado lo que me pasara. Pensé que se traería a una puta para darme celos, pero no, él sabe de más que soy muy pasota cuando quiero así que me ha traído a Adela porque sabe que su presencia me vuelve loca.

—Es un hijo de la gran puta —sisea Liz.

Por un momento pienso que Wendy le regañará por hablar de una forma tan cruda, como ha hecho antes, pero ella me mira, niega con la cabeza y para mi sorpresa, se limpia un par de lágrimas mientras me abraza.

—Sí que lo es, y no te merece, que lo sepas.

Y aquí ya sí que lloro en condiciones, porque estoy muy borracha, ellas también, pero vaya, que además de todo es que me alivia mucho que alguien me entienda.

—No llores más, cielo. —Liz aprieta mis hombros pero yo ya no encuentro consuelo—. Ese hombre no te merece, él no te quiere para bien. Y si te quiere, lo hace de una forma que a ti no te hace feliz, te humilla y por lo tanto no sirve.

—Pero es que entonces, ¿qué me espera? O peor, ¿qué tengo que esperar de la vida? —pregunto, con la desesperación que solo da mezclar los problemas con alcohol—. Están los hombres que no me quieren, y los que me quieren mal, como Jake. ¿Qué me queda? ¿Mi padre y mis hermanos? Joder, eso es muy triste.

—Te mereces a un hombre que no quiera cambiarte —repite ella—. Uno que te respete.

—Solo quería que me quisiera, ¿sabéis? Lo peor es que cuando me abraza como ayer y me susurra nuestro pasado con esa voz aterciopelada mi cuerpo responde. Mi mente me grita que no, mi corazón está tan destrozado que ni siquiera puede opinar y mi cuerpo sigue gritando que sí. Es agotador luchar contra mí misma cada jodido día.

—¿Y qué pasa si dejas de luchar? —pregunta Wendy emocionada todavía, lo que me sigue sorprendiendo—. ¿Qué pasa si te dejas llevar?

La miro intentando dilucidar de quién habla. Los mojitos no ayudan ni me afinan los sentidos, las cosas como son. Aun así, me las arreglo para contestar.

—Pasa que un día sales a comer con tus amigas sin decirle nada, como si fuera un pecado. Llegas al restaurante y te lo encuentras sentado en una mesa del fondo con sus padres y su novia oficial, mientras hace manitas con ella. Pasa, que, aunque tú te has intentado convencer de que en el fondo él está obligado a hacer esas cosas, lo ves sonreír y besar a otra mujer con cara de enamorado. Lo ves reír de buena gana y aprovechar cada ocasión para acariciarla mientras a ti no te lleva ni siquiera a comer al centro, por si se encuentra con alguien conocido. —Me limpio las lágrimas, pero es inútil porque vienen muchas más—. Pasa que te das cuenta de que nunca, ni queriendo, podrás ser igual que ella porque ha nacido, crecido y vivido para ser la mujer de un hombre como Jake; para ser una sumisa, y yo ni puedo, ni quiero ser así.

—¿No le dijiste nada? —pregunta Elizabeth con expresión tensa.

Me río con sarcasmo y lloro, otra vez. ¿Qué iba a decirle? Él me había dicho que saldría a comer con sus padres. Yo supuse que Bárbara estaría como otras muchas veces, pero de ahí a verlo con mis propios ojos había un trecho.

En el momento no le dije nada. Me fui a casa, lloré, me emborraché con Tina y urdimos un montón de planes para hacérselo pagar, pero el más fuerte consistía en obligarle a comerse un sándwich de crema de cacahuete porque le da alergia, o pintar a rayas su sofá de cuero negro. No somos muy buenas trazando planes malignos. Somos más de improvisar sobre la marcha.

—¿Qué hiciste después? Porque algo harías —pregunta Wendy, y se le nota mucho que está deseando venganza.

—Sí, algo sí que hice. —Me muerdo el labio pensando si debería seguir o no, pero teniendo en cuenta el montón de mojitos que me he bebido me lleva poco decidirme—. Quedé con él al día siguiente y no llegamos a salir del aparcamiento. Tuvimos una de nuestras discusiones, ya sabéis, una de esas que solían acabar en sexo salvaje y desenfrenado. Lo que pasa es que esta vez yo salí del coche, abrí mi bolso, saqué las llaves y lo arañé rodeándolo mientras él me miraba con los ojos fuera de las orbitas y sin poder creerse que de verdad estuviera redecorando de aquella forma su precioso bmw.

Elizabeth y Wendy ríen de buena gana, chocan sus vasos con el mío, derramando gran parte del contenido, y se beben lo que queda antes de llenar otra vez.

—¿Qué dijo después de eso? —quiere saber Liz.

Me río y recuerdo que, en realidad, no dijo mucho. Jake no es de estallar, ni dar gritos, ni nada de eso. Bajó la ventanilla y me dijo: «Cuando dejes de ser una salvaje, avísame». Después se largó dejándome a mí como la mala, malísima. Así que volví a casa, llamé a Ana y me desahugué. Más tarde hice lo propio con Blanca y Tina, que vinieron al piso y nos emborrachamos a la salud del bmw y de Jake.

—¿Nunca se ha enfadado de verdad? ¿Nunca ha perdido los nervios?

Tuerzo la boca y pienso en la pregunta. Una sonrisa se abre paso en mi cara y les cuento una de las mayores satisfacciones que he tenido estando con él.

—La primera vez que vi una marca de lápiz labial en el cuello de su camisa me volví loca, en serio. Él negó hasta el cansancio que fuera de Bárbara, claro, su excusa era que quizá al saludar a alguna compañera del trabajo con dos besos lo había marcado. Lo dejé estar después de una pelea de las grandes. Nos follamos vivos y cuando estaba dormido le pinté un pene enorme en la frente con rotulador indeleble. A ver, sé que igual no fue buena idea, pero estaba enfadada y no sabía cómo demostrarlo. Cuando se levantó y se miró en el espejo me preguntó muy serio, pero sin alzar la voz, por qué cojones había hecho eso. Le dije que era algo para mí, porque así cada vez que lo viera recordaría que piensa y actúa con la polla. —Suspiro con aire dramático—. No le sentó muy bien.

Me imaginaba que la anécdota les haría gracia, la verdad, pero no tanta. Ahí están

las dos riéndose a carcajadas mientras brindan por mis ovarios y se amorrnan al mojito. Wendy vuelca la fuente, vacía ya, y suelta un montón de tacos demostrando que no está nada feliz con eso. Por un momento es la típica guiri en busca del agua de los floreros para tener algo que beber.

Menos mal que tenemos cerveza y otras bebidas y no hace falta llegar a los extremos... que yo estoy borracha pero todavía algo controló. Me bebo lo que me queda y acepto el botellín que me tiende mientras se acerca a mí tambaleante. Está muy graciosa, la verdad. Se sienta de nuevo junto a su madre que estirada en su hamaca suelta risitas algo ridículas y balancea las piernas.

—Yo no me atrevería a hacerle eso nunca a Brian —declara Wendy mirando al cielo.

Me quedo un poco cortada, porque si lo ha dicho, es que en realidad también lo ha pensado. O como mínimo, ha deseado hacer algo parecido.

—Claro que te atreverías —digo—. A ver, yo al principio tragué mucho, mucho, pero llegó un punto en que ya decidí que total, hiciera lo que hiciera le iba a sentar mal, así que por lo menos podría ser yo misma. Él me maltrató psicológicamente, pero yo no le tuve miedo en ningún momento. Era algo tan caótico y raro que no sé ni explicarlo.

—Lo entiendo muy bien —contesta en un arrebató—. Brian es un poco como Jake. Él impone su voluntad, si la acatas bien, y si no te aparta para que el estallido no llegue a oídos de nadie.

Miro a Elizabeth que se ha quedado en silencio, pero yo no pienso decir nada y se debe dar cuenta porque al final acaricia el brazo de su hija con suavidad y habla.

—No sé qué decirte, cielo, solo que bueno... Cada uno decide lo que quiere en la vida.

—¿Mi padre nunca ha sido así? —pregunta ella.

—¿Tocapelotas? Mucho. ¿Mandón? Lo justo. ¿Machista? No, en absoluto. Él siempre me ha respetado, siempre ha antepuesto mis necesidades a las suyas en todos los planos. Él... es un hombre maravilloso: el amor de mi vida.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunto sorprendida porque joder, deben llevar juntos muchos años y aquí sigue ella, enamorada hasta las trancas.

—Cuando pasas la vida entera al lado de alguien hay tiempo para todo. Quiero decir, hay épocas en que la cosa se torna más difícil y la pareja pasa por crisis, y yo no he sido menos. Pero nunca, jamás, nos hemos faltado el respeto. Habremos gritado, nos habremos hecho llorar, incluso hemos pasado a no hablarnos, pero nunca hemos llevado a cabo un solo acto para dañar al otro a conciencia. —Estira las piernas y suspira—. Nuestro matrimonio se ha basado en eso y creo que lo hemos hecho muy bien, porque tengo dos hijos maravillosos y la vida que siempre deseé.

—Eso es genial —digo admirándola—. Es el tipo de amor que quiero. Mis padres también se quieren un montón. Se pelean mucho, eso sí, pero se quieren y se les nota.

Basta fijarse en cómo se miran aún. A veces incluso es incómodo.

—¿Por qué? —pregunta mi madre.

—Nadie quiere imaginarse a sus padres en actitud sexi o morbosa. Claro que yo con los míos he visto muchas veces el espectáculo. Son muy pasionales ellos.

—Tienes a quien salir, entonces —dice Wendy sonriente.

Me río y asiento, recordando a mi familia y sintiendo el impulso de hablar de ellos.

—Un día llegué del colegio con mis hermanos. Estaba súper cansada porque me había pasado el camino pegándome con ellos mientras me tiraban de las trenzas y claro, son muchos. Mi familia tiene un camping en un pueblo del sur, así que vivíamos en la casa principal del establecimiento. Es enorme, con muchas habitaciones y ventanas, y siempre está abierta, por eso nos extrañó encontrarla cerrada. —Me río, recordando aquello—. Tocamos en la puerta, pero como no abrían, mi hermano Samuel me metió por el hueco de la ventana para que yo abriera desde dentro. Me tuvo que coger en hombros mientras mi hermano Fran nos sujetaba a los dos por la espalda y el resto se tumbaba en el suelo para amortizar el golpe si caía. Me colaron en casa y lo primero que vi fue a mi madre en la alfombra a cuatro patas. Yo tenía ocho años y juro por Dios que me eché a llorar como una condenada cuando mi padre le dio un azote mientras... —Suspiro con dramatismo y tuerzo los labios—. Fue mi primer trauma de los gordos.

—Ay por Dios —gime Wendy.

Las dos estallan en carcajadas y no me extraña, joder, con la familia que tengo lo raro es que yo sea medio normal. Recuerdo la cara que se les quedó a los pobres. Mi padre tardó dos segundos en taparse con la funda del sofá, pero cuando se acercó a mí lloré tan fuerte porque pensaba que estaba pegando a mi madre que mis hermanos entraron en trombón por la ventana. Imagina a cinco críos de entre ocho y diecisiete años entrando a empujones y viendo el panorama del salón. Martín, mi hermano mellizo, se quedó lívido, puede que pensando algo similar a lo que ya había creído yo. Los mayores no supieron dónde meterse y mi padre nos explicó como pudo que no estaba pegando a mi madre y nos mandó salir a todos del salón un momento mientras se vestían.

—¿Tienes cinco hermanos? —pregunta Wendy sorprendida.

—Sí, mis padres siempre quisieron una familia numerosa. Y vaya si la consiguieron.

—¿Eres la pequeña?

—Sí. Diego, mi hermano mayor, tiene treinta y cuatro años, y Martín y yo que somos los pequeños, veinticinco.

—Seis hijos en ocho años. —Elizabeth silba asombrada—. Admiro a tus padres.

—Imagino que te tienen muy mimada y sobreprotegida por ser la niña —sonríe Wendy.

Resoplo y me río pensando en mis hermanos. ¿Sobreprotegida? No, no de continuo por lo menos. Mis hermanos pasan de mí bastante, siempre que no tenga novio. En eso sí suelen ponerse cromañones y por eso no les informo de nada. Si supieran lo de Jake lo matarían, y aunque la idea me tienta, no quiero que acaben en la cárcel.

De hecho, cuando corté con él solo llamé a Diego, el mayor. En realidad, no sabía qué decirle porque no quería hablar de él, pero me sentía fatal y me pasé como una hora llorando y balbuceando incoherencias por teléfono. Ya sabes, cosas del tipo: «Quiero volver a casa», «Ven a por mí» o «¿Por qué me dejasteis venir, joder?». Eso lo repetí mucho...

Dios mío, los echo tanto de menos... Son unos mequetrefes, pero son mis mequetrefes y necesito un achuchón en grupo por más que me guste dármelas de chula y asegurar que estoy en la gloria desde que no los veo a diario.

Incluso echo de menos la tradición de verme obligada a que unos me hagan cosquillas y otros me busquen piojos cuando me ven después de un tiempo. No preguntes acerca de lo último. O ya te lo cuento yo: desde pequeña lo han hecho y el juego consiste en revolverme el pelo por mechones hasta dejarlo hecho nudos del tamaño de un puño, no digo más.

—Estamos muy lejos para que puedan sobreprotegerme —contesto sonriendo—. Aunque discutimos y nos adoramos a partes iguales.

Pero negaré haber dicho esto hasta la muerte.

—Yo no discuto con Oliver casi nunca. —Wendy balbucea un poco y ríe de una forma muy tonta y graciosa.

—¿Ni siquiera cuando eráis niños?

—No —contesta Elizabeth por ella—. Cuando eran niños se peleaban, claro, pero ten en cuenta que tú con tus hermanos te llevas poco y sois muchos. Oliver y Wen se llevan casi seis años así que cuando ella empezó a florecer, él ya era un hombrecito y me ayudaba bastante con ella.

—Apuesto a que era un hermano mayor de película.

—Siempre ha sido mi héroe. Lo sigue siendo todavía y lo será mi vida entera.

—Normal, está buenísimo.

Elizabeth se atraganta con la cerveza y Wendy suelta una sonora carcajada.

—¿Crees que es guapo? —pregunta la primera.

Yo pongo los ojos en blanco y bebo de mi botellín. Joder, el alcohol le afecta mucho, porque vaya pregunta más tonta.

—Tengo ojos operativos. ¡Claro que creo que es guapo! ¿Por qué te extraña?

—Bueno, Oliver no se parece en nada a Jake —dice Wen con suavidad—. Ya no hablo como persona, que está claro que son polos opuestos, sino a nivel físico. Jake es tan...

—¿Estirado? ¿Clasista? ¿Egocéntrico? ¿Frío? —sugiero yo misma.

—Entre otras cosas, sí —contesta Elizabeth—, pero me refería al exterior. Jake siempre va de punta en blanco, y Oliver...

—Oliver va perfecto así tal cual —resuelvo frunciendo el ceño—. No dudo que estará guapo con cualquier cosa, pero su estilo es muy personal y a mí me gusta.

—Fíjate —dice Wendy—. Parece que habéis hecho buenas migas.

Me río y me encojo de hombros, haciendo ver que no es para tanto, porque no voy a contarles que me he metido en una cueva con él al rato de conocerlo. Quedaría feo, ¿no?

—Yo no diría tanto, apenas hablamos un rato ayer y otro hoy, pero me cae muy bien y no da la impresión de que se parezca en nada a Jake. Eso es bueno, ¿no? Necesito rodearme de gente que no me lo recuerde. Como vosotras, él o mis amigas.

—Oliver es increíble —declara Elizabeth muy orgullosa, y muy borracha—. No porque sea mi hijo, pero lo es. Lo sería más si se vistiera con algo que no estuviera roto, pero bueno...

—Creo que me encantarían tus amigas —señala Wendy de pronto, cambiando el tema.

—Pues claro que te encantarían —contesto riéndome—. Son las tres mejores amigas del mundo. Solo tienes que venirte el viernes por la noche. Te diría que te vengas el sábado porque me encantaría tenerte en mi cumpleaños, pero tú para ese entonces ya serás una mujer casada.

—Mmmm sí, supongo que sí.

—¿Supones? —pregunto elevando una ceja.

Contengo el aliento ante su respuesta, aunque imagino que no va a decir algo como: «Quiero fugarme». Ojalá, pero lo dudo.

—O sea, que sí, que voy a ser una mujer casada. —¿Veis? No todo iba a ser tan bueno esta tarde—. Será una pena no poder estar el sábado contigo Dani, me habría gustado que te quedaras hasta el final de la fiesta.

—Ya bueno... A ver, que me gustará formar parte de tu día, y ya no hablo solo por lo profesional que, de hecho, es la parte que menos disfrutaré. Me encantará acompañarte en un día tan especial para ti. Ojalá seas muy, muy feliz Wendy. Te lo mereces.

—Ya...

Suspira tan hondo que Elizabeth sale un poco de su nubilosa provocada por el alcohol para preocuparse por su hija.

—¿Va todo bien, cariño?

—Claro mamá, es solo que el alcohol se me ha subido de mala manera y creo que deberíamos comer algo.

—Esa es una idea magnífica —contesto, no queriendo meterme más en esta conversación.

De más sé yo que tomar decisiones estando borracha no es la mejor idea del mundo, así que volvemos dentro, pongo la música a toda caña y las obligo a bailar porque vaya pedo llevan las dos. Yo no estoy mejor pero claro, mi experiencia en borracheras es mayor, así que me nombro la líder de la manada.

¿Quién me iba a decir a mí que al final el día iba a dar tanto de sí? Me río cuando Wendy trastabilla con la alfombra y me tiro en el sofá dándome palmaditas en la espalda por haber organizado esta fiesta.

11. La curiosidad mató al gato

Oliver

Daniela Acosta. Daniela Acosta. Daniela Acosta. Ese es el nombre que me martillea en la cabeza desde hace meses.

Podría decir que me fijé en ella ayer, cuando la conocí en persona, pero sería mentir. La verdad es que la vi hace casi dos meses en la pantalla del ordenador de mi hermana mientras mantenían una conversación por Skype. Ella no podía verme a mí y hablaba con Wendy con una sonrisa natural y sincera. Tenía dos hoyuelos en las mejillas que se intensificaban cuando sonreía, y pensé muchas veces que cualquier hombre que saliera con ella se pasaría las horas intentando hacerla sonreír para deleitarse con aquellas facciones tan bonitas.

Ahora que además la conozco en persona he descubierto que es divertida, espontánea y algo bocazas, lo que para mí no supone un problema, pero para ella sí, porque está claro que quiere ser profesional. Lo del escondite es algo que me saqué de la manga ayer pensando que podría servirme en algún momento, pero cuando ha accedido hoy mismo a venir conmigo no he desperdiciado la oportunidad. Solo he pensado en poder hablar con ella y conocerla un poco más. La conversación sin embargo no ha sido excesiva, aunque eso tampoco me incomoda. Por mi trabajo estoy acostumbrado a que la gente guarde silencio a mi alrededor muchas veces. Yo mismo tiendo a abstraerme a menudo y es desesperante e irritante estar con una persona que necesita llenar los silencios con palabras absurdas.

En este sentido Daniela me sorprende. A veces parece ser incapaz de callarse, cuando está nerviosa por lo que he visto, pero cuando estábamos en la cueva ha demostrado que no le importaba estar en silencio. Se ha metido en sus propios pensamientos y cuando hemos acabado de fumar la he agarrado de la mano, más que para ayudarla a salir, para sentir sus finos dedos entre los míos. Al llegar al jardín nos hemos separado y en cuanto ha subido con las chicas mi padre se ha acercado a mí.

—Parece que cada vez se unen más.

—Es buena para Wen, ¿sabes? Creo que puede abrirle los ojos.

—Hijo... ya lo hemos hablado. Tu hermana es adulta y es ella la que debe decidir con quién se casa y con quién no.

—Brian es un bastardo, papá. Es un gilipollas y no se la merece. Solo quiero que Wen sea capaz de ver algo de eso antes de dar el paso definitivo.

—Bueno, tú eres muy alérgico a este tipo de matrimonios y...

—Yo soy alérgico a todo lo que sea la ostentación y el querer demostrar que ese amor, por ejemplo, es mejor que otro solo porque la boda se celebrará por todo lo alto. —Hago una mueca y chasqueo la lengua—. Para mí todo esto más que emotivo es repugnante, y eso no cambiará.

—Pues imagínate si tuvieras que pagarlo tú.

Lo miro y me río, porque mi padre es un cachondo en potencia y se toma con

buen humor esta absurda boda, pero sé que Brian le gusta tan poco como a mí.

—¿Qué crees que hablarán en esa fiesta de chicas? Han dicho que iba a ser un día de alcohol, sol y cotilleos.

—Pues hablarán sobre la boda, la boda y la boda.

Resoplo y me meto las manos en los bolsillos.

—Tiene que haber algo más interesante que ese tema.

—Como por ejemplo la historia de Daniela, ¿no?

Lo miro de reojo y me encojo de hombros.

—Por ejemplo.

—Es guapa.

—Lo es —admito—. Preciosa.

—Y lista, simpática, original y...

—Sí, papá, me he ido fijando en sus virtudes. ¿Recuerdas que hace casi dos meses que en tu casa no se habla de nada que no empiece por «Daniela dice que...»?

Mi padre ríe entre dientes y suspira, pasando su brazo por mis hombros y caminando a mi lado por el jardín.

—Es verdad, pero ten en cuenta que es quien se ha encargado de cumplir todos los deseos de tu hermana desde la distancia. Además, no te quejes, has pasado parte del tiempo aquí.

Sí, eso es verdad, como trabajo tanto en Los Ángeles como en Ibiza, vivo a caballo y sin decidirme entre las dos.

Me viene a la mente de manera fugaz que es una lástima que Daniela no pueda cumplir también mis deseos, porque entonces no habría boda, Brian se iría a la mierda y con suerte, la organizadora aceptaría tener un par de citas conmigo.

¿Qué? No digo que esté enamorado de ella, pero me gusta mucho, joder, me he pasado un montón de tiempo oyendo hablar de ella, viéndola en pantalla y procurando que ella no me viera a mí; pidiéndole a Wendy que no le dijera que estaba acompañada. Al principio mi hermana se extrañó y pensó que yo no quería saber nada de la boda, pero al final creo que todos sabían que en realidad solo quería ser un espectador en sus videollamadas para poder mirarla en silencio cuando ella pensaba que solo Wendy la veía.

Admitir que he diseñado varios tatuajes que me recuerdan a ella no me avergüenza. Para mí, los tatuajes son historias que hablan de una persona, un lugar o un suceso importante. Y los que yo imagino para ella son alegres, frescos, misteriosos y... bueno, son como las canciones que se van formando en mi mente. Aunque al principio no fue así, la verdad. Solo la veía, la escuchaba y me deleitaba, porque una belleza así entretiene a cualquiera.

Pero luego... luego algo cambió. Mi hermana hablaba con ella tres o cuatro veces

por semana y yo me descubrí buscando excusas para pasar más tiempo en Los Ángeles, y en concreto en la casa de mis padres, que en la mía. Averigüé de forma sutil los horarios a los que se conectaban por Skype para estar presente cuando mi trabajo me lo permitía. Los días que la veía la ansiedad me recorría, pero era el tipo de ansiedad que me llevaba a dibujar hasta altas horas de la madrugada, o jugar con las teclas de mi piano y volver a unir notas. Y esto último es sorprendente teniendo en cuenta que hacía ya bastante tiempo que la música me había abandonado.

En su día creé un par de éxitos de bandas sonoras, pero ni siquiera me gusta hablar de ello. Ser músico en mi tiempo libre fue una afición y otra de las pasiones de mi vida hasta que... Hasta que los acordes dejaron de sonar en mi cabeza. No quería ni intentarlo. ¿Para qué? Ya no merecía la pena. No después de... de tanto pasado. Pero un día llegó ella y de alguna ridícula y sencilla manera se fue convirtiendo en mi inspiración.

Mi musa.

¿Qué si no, es una musa? Para mí, una mujer, como no, desde el inicio de los tiempos muchos artistas, de todo tipo, han logrado explotar su talento gracias a una mujer. Ya al principio las musas eran diosas inspiradoras y siendo como soy yo, ¿por qué me extraña haberla encontrado en la *wedding planner* de mi hermana? ¿Hay algo más ilógico? Es probable que no, pero tampoco me paro a pensar en ello demasiado.

Pasado el primer mes empecé a vivir deseando que llegara mayo, pues sabía que la conocería en persona y tenía miedo a que el mito se me cayera. Sí, en serio, estaba aterrado porque me había pasado casi dos meses esbozando tatuajes de manera incontrolada en distintos blocs y tocando el piano como si fuese a perder la oportunidad de crear música para siempre. Mi familia me miraba en silencio, sorprendida y emocionada de que esa parte de mí hubiera resucitado.

Los días fueron lentos, lentísimos. Eran demasiado largos, y las noches no parecían acabar nunca. El mundo se había puesto de acuerdo para detener el tiempo e incrementar mi impaciencia, o esa sensación tenía. Cuando por fin llegó la hora de que mi familia se fuera a España a finales de abril me maldije una vez más, porque podría estar en Ibiza sin problemas de no ser porque me había comprometido con dos clientes importantes en el estudio de LA y me era imposible pasar el cargo a uno de mis trabajadores. Ese era el motivo por el que no llegaría a España hasta unos días después y no podría ver a Daniela antes.

Cuando ayer por fin llegó el momento de conocerla me puse nervioso. ¿Y si en persona Daniela perdía todo su encanto? ¿Y si la inspiración se desvanecía y me quedaba frente a una mujer que no era la que yo había idealizado? No me avergüenza admitir que ayer amanecí con el alba y estuve pululando por la casa contando los segundos que me faltaban para conocerla, y al mismo tiempo temiendo que el momento llegara.

La vi a lo lejos, hablando con mi hermana y mis padres mientras entraban en casa. Wen me dedicó una mirada discreta que me pedía que me acercara, pero yo reaccioné con un estúpido miedo escénico. Todo volvió a mi cabeza y me sentí

inseguro porque no quería romper mi imagen de ella. Al final cuando escuché a mi hermana llorar y entrar en un ataque de pánico pensé que no era buen momento para molestar, pero poco después Daniela salió de allí y se dirigió a una parte trasera de la casa, visiblemente alterada. Estaba sola, era mi oportunidad, así que no lo pensé y fui tras ella. No te creas que no me sentí un poco como si fuera un acosador, pero intentaba no verlo de esa forma. No lo era, joder, yo solo... solo quería hablar con ella sin parecer imbécil.

Le ofrecí un cigarrillo sin hablar, más que nada porque no sabía qué decir. Sí, ya ves, tatuador de éxito, compositor en mis mejores tiempos, y estaba sin palabras... Ella miró primero mi mano y fue deslizándose la vista por mi brazo hasta llegar a mi cara. Sonreí y le ofrecí fuego.

Y entonces me habló por primera vez. A mí. No a una pantalla, ni a Wendy. Me habló a mí y yo sentí que los miedos se desvanecían porque era natural, fresca, espontánea y dicharachera. Cuando estaba nerviosa su incontinencia verbal era fascinante, de verdad.

Ver su cara cuando descubrió que yo era el hermano de la novia fue divertido, no voy a negarlo. Cuando salió a por toallas para las hamacas la seguí con la intención de decir algo que la ayudara a relajarse, pero estaba tensa y no quise molestarla así que lo dejé pasar. Mejor que se fuera acostumbrando a mi presencia.

Esta misma mañana bajé temprano a desayunar y la encontré tomando café, así que no pude resistirme a sentarme a su lado y ofrecerle un escondite. Un refugio. Ella aceptó y como estaba nerviosa, soltó uno de esos discursos que tanta gracia me hacen. Más tarde propuso la reunión de chicas y yo sentí y supe que era una pequeña revelación contra Brian, y claro, me terminó de ganar.

Ahora, mientras paseo con mi padre después de que se haya ido con las chicas no dejo de pensar que quiero conocer su historia. Quiero verla y oírla en su salsa con mi madre y mi hermana, pero no sé cómo hacerlo hasta que mi padre habla y me ofrece la solución, como suele pasar a menudo.

—¿Quieres una cerveza? Me apetece tomar un poco el sol en silencio en la terraza de mi habitación.

Sonríó y asiento, no hace falta decir más.

La terraza de su habitación linda con la de la suite, así que con suerte podré escuchar a las chicas hablar y divertirse. Ya, pensarás que es de mala educación, y un poco cínico, pero necesito conocerla más y tengo la certeza de que no lo lograré del todo si no soy consciente de cómo se comporta cuando no hay hombres alrededor. En especial hombres tatuados y con mis pintas.

Ella ha conocido a mi padre, que es doctor y socio de una importante clínica en Los Ángeles. A mi madre, que es una mujer comprometida con un montón de causas, y a mi hermana, que a pesar de estar especializada en economía no ejerce porque no le gusta, así que trabaja asesorando a algunos amigos de la familia, pero sigue buscando su pasión en la vida. Y ahora me conoce a mí, el tipo de los pantalones rotos y las

camisetas desteñidas. El de los tatuajes y el que le pasa tabaco a escondidas. Es que no hay color, joder.

Y conste que no me avergüenzo de mí, ni de mi aspecto, no, nada de eso. Me gusta ser así, pero reconozco que es imposible que ella me hubiese asociado a la familia de primeras.

Escucho la historia de Daniela en silencio y me entero de que es del sur de España, de los motivos para irse a Madrid, de que tiene prohibida la entrada en dos grandes discotecas –Dios, tengo que conocer esas historias– y, por último, de su historia con Jake Gilford Jr.

Es esto último lo que me hace agarrarme al reposabrazos del sillón con todas mis fuerzas y apretar la mandíbula. ¿Cómo puede un hombre tratar así a nadie bajo ninguna circunstancia, joder? Observo a mi padre, pero solo encuentro la mirada de un hombre que está igual de indignado que yo. Por desgracia, comprendo que en el mundo hay mucha, muchísima gente así.

¿A cuántos como Jake he conocido yo por mi trabajo? Niños ricos que piensan que porque no vistes un traje con corbata a diario estás un escalón por debajo. O peor, pijos rematados que aparecen en mi local para tatuarse alguna gilipollez, borrachos perdidos y pensando que están haciendo algo único y especial en Ibiza, cuando en realidad todos son iguales. Tan patéticos que dan ganas de vomitar. De las pijas y niñas mimadas no hablo, pero tengo para varios libros.

Recuerdo las palabras que Kay, uno de mis mejores amigos, repite desde hace ya bastante tiempo, y cada vez más a menudo: «Ahora cualquier niño se hace un tatuaje, dejándonos mal a los duros de verdad. ¡A los que nacimos para ser macarras!». Esa diatriba suya siempre me hace reír.

Kayden es tatuador en mi estudio de Ibiza y odia el hecho de que, de pronto, todo el mundo se haya subido al carro de los tatuajes. A mí no me molesta, la verdad, a más gente se haga adicta a la tinta, mejor para mí y mis negocios.

Soy tatuador, como habrás podido deducir ya. Nunca me imaginé siendo otra cosa, la verdad. Desde niño adoré dibujar, y para cuando llegué a la pubertad sabía que quería impregnar mi arte en la piel de la gente. Aparte de mi trabajo tengo la música, o bueno, la tuve, en pasado. Componer, cantar o pasar mi tiempo libre sentado frente al piano que mis padres tenían en el salón fue fácil siempre; enamorarme de las melodías que yo mismo creaba costó un poco más, pero al final lo conseguí. Luego todo se fue en un estallido que se llevó todo lo que era y que... Bueno, eso no importa ahora.

Lo que importa es que la música desapareció de mi vida, al menos la que yo creaba.

Dejaron de existir las musas. Ya no había historias que contar... Todo se esfumó, hasta que vi su cara. Ahora, cada melodía que truena en mi cabeza y alma lo hace bajo la imagen de ese rostro. Si las canciones son de desamor, es ella quien llora; si son de amor, es ella quien más ama; si son alegres su sonrisa llena el espacio y si son tristes

sus enormes ojos del color del caramelo líquido me miran con tanta pena que acabo emocionado y...

Vale, sí, estoy loco, mejor dejo de explicar esto por ahora y me centro en el momento de la terraza, ¿no? Sobre todo, porque la conversación está tornándose interesante. Mi padre se levanta, va a por otra cerveza y al volver me la entrega en silencio, mientras escuchamos a las chicas. La tarde da para mucho: reímos, nos ofendemos y volvemos a reír, porque se nota que están emborrachándose bastante. En algún momento dejan la terraza y se deben meter dentro porque a pesar de los gritos y la música sus voces suenan lejanas.

—Hemos sacado varias cosas en claro —susurra mi padre—. Por ejemplo, que Daniela es apasionante. ¿No te parece? Dan ganas de saber mucho más.

—Dan ganas de saberlo todo —reconozco.

Él asiente y no dice nada al respecto, aunque es más que evidente que para mí ella no es solo la organizadora de la boda de mi hermana. Joder, yo creo que tanto mis padres como Wen tienen que saber lo que siento. Al menos la parte en que la he convertido en mi musa debe estar clara por los casi dos meses que me he pasado dejándome caer por casa cada vez que podía y justo a la hora de hacer las videollamadas.

—Otra cosa que hemos aprendido es que tu madre me quiere. Que no es que no lo supiera, pero siempre gusta oírlo de sus labios.

Recuerdo la forma en que mi madre ha hablado de su relación con él y sonrío.

—Cierto. ¿Otra?

—Tu hermana no está segura de casarse con Brian.

—Joder, pensé que no lo dirías nunca —susurro.

—¿Qué vamos a hacer?

—No se me ocurre nada ahora mismo, papá. Lo más que podemos hacer es quedarnos por aquí cerca y controlar que las chicas lo pasen bien pero no corran ningún peligro con tanto alcohol. Aún quedan unos días y yo no pierdo la esperanza de que Wen abra los ojos.

Él se estira y golpea con suavidad la boca del botellín de cerveza contra su barbilla.

—Creo que Daniela va a venirle muy bien en ese sentido, a no ser que vuelva con Jake.

Vale. Ahora sí que se me ha revuelto el estómago.

—¿Y por qué iba a volver con él? Es un capullo y le ha hecho daño. —Mi padre me alza una sola ceja y yo no necesito más para entenderlo—. Sí, ya sé. Es adicta al sexo que le da... —Chasqueo la lengua—. ¿Sabes qué es una mierda? Que hombres como Jake se queden con las mejores siempre. Como si las merecieran, como si tuvieran todo el derecho del mundo para tocarlas y amarlas, porque ellas les conceden

ese privilegio, aunque no lo merezcan.

—¿Tú lo merecerías?

—¿Me estás preguntando a las claras si quiero algo con Daniela? Porque la respuesta es más que evidente.

—Dime una cosa, hijo. ¿Qué pasaría si ahora consiguieras tener algo con ella? El domingo nosotros volveremos a Los Ángeles y ella a Madrid. ¿Crees de verdad que ella merece tener otro quebradero de cabeza para cuando eso ocurra? —Lo miro entrecerrando los ojos y él sonríe un poco—. Sé bien que serías un buen hombre con ella, pero aun así... está muy minada, Oliver. ¿Por qué no le das un tiempo?

—No tengo tiempo, papá. Todo lo que tengo es de aquí al domingo. ¿Y luego? Además, no vivo solo en Los Ángeles, paso mucho tiempo en Ibiza también.

—Sigue estando lejos de ella. No tienes solo de aquí al domingo, Oliver. ¿De verdad piensas que tu hermana o tu madre perderán el contacto con ella? No hombre, y menos después de lo de hoy. Piensa en ello, Daniela necesita desintoxicarse y si tú entras en su vida desde primera hora como un pretendiente perderás en la balanza. No porque seas peor, sino porque ella está muy enganchada aún.

—Sí, sé que tienes razón. Además, me gustaría conocerla a fondo y bueno... asegurarme.

—¿De qué?

No contesto, los dos sabemos la respuesta a eso, aunque yo aún no estoy ni siquiera cerca de estar listo para admitirlo de viva voz.

Nos levantamos, pero no vamos a dar un paseo. Jugamos un par de manos al póker mientras yo intento aclararme la mente con respecto a un millón de cosas. Seguimos en la habitación de mis padres, pues la música al otro lado cada vez va a más y las risotadas dejan de manifiesto que las tres están muy tocadas. No es que no nos fiemos de ellas, es que...

Bueno, sí, es eso. No nos fiemos mucho —o nada— de lo que puedan llegar a hacer en ese estado.

A las nueve y media de la noche el volumen de la música baja y podemos oírlas de nuevo.

—¡Un bañito y como nueva Liz!

La que habla es Daniela, mientras mi hermana ríe a carcajadas.

—Mami, si vas a vomitar hazlo fuera por favor. Toma el cubito.

—Jesús. ¿Eso es...? —pregunta mi padre.

—Eso es el ruido que hace alguien cuando se tira en bomba en un jacuzzi — contesto—. Hora de parar la fiesta.

Salimos de la habitación y entramos en la suite sin llamar porque total, sabemos que están en la terraza y nos ignorarán por completo. Esperaba encontrarlas a las tres

en biquini, borrachas pero decentes, joder. No estoy listo para ver a Daniela de pie, al lado del jacuzzi en bragas y sujetador.

Vale, bien. ¿Y ahora? ¿Cuál es el plan?

12. Las musas también lloran

Oliver

Decido que la mejor manera de actuar en referencia a esto es obviar el hecho de que Daniela está medio desnuda y atender la necesidad que tienen las tres de una ducha en condiciones y una limpieza interior, porque la borrachera es importante.

Entro con mi padre en la terraza y, mientras él saca a mi madre del jacuzzi ante las protestas de mi hermana, yo me acerco a Daniela y me percató de que su sentido del equilibrio es pésimo.

—¿Qué tal la fiesta? —pregunto mordiéndome el labio inferior para no sonreír.

—Muy bien. ¿Qué tal mis tetas? Porque no les quitas ojo.

—Las llevas casi al descubierto y se intuyen perfectas, nena, no puedes culparme de ser un hombre con instintos operativos.

Ella ríe y se encoge de hombros con indiferencia.

—Estoy demasiado borracha para que me importe.

Tarda un buen ratito en decir la frase completa, así que la creo.

—Bien, entonces aprovecho y miro ahora, porque mañana igual sí que te importa, ¿no?

Daniela se ríe con ganas, con tantas que de hecho pierde el equilibrio y tengo que sujetarla de las manos.

—Estoy un poco perjudicada, sí.

—¿Un poco? —Sonrío y tiro de su mano hacia el interior—. ¿Pero te encuentras bien?

—Un pelín revuelta. ¿Habéis venido a cortar la fiesta? Espero que no. —Se gira y mira a la terraza, donde mi padre todavía lucha con mi madre y mi hermana—. ¡Eh señor Lendbeck! —Mi padre la mira y ella pone cara de niña buena—. No se enfade con ellas, yo las he obligado a beber.

Mi padre ríe y niega con la cabeza mientras mi madre por fin cede y entra en la habitación también.

—No estoy enfadado cielo, me alegra que lo pasarais bien.

—Eso es bueno. —Me mira, y creo que ella piensa que habla en susurros, pero no, todos la oímos a la perfección—. Es muy bueno que no esté enfadado porque la boda la paga él, así que es mi jefazo.

Mi padre ríe, encantado con ella y su naturalidad. Yo sonrío y la siento en el sofá del salón.

—¿Dónde está tu ropa? —pregunto.

—Pssssssssssss cualquiera sabe. ¿Qué hora es? Tengo hambre.

—Ay sí, yo también —secunda mi hermana—. ¡Quiero pizza!

—No sé yo cómo será la pizza de efectiva con el estómago a tope de alcohol —dice mi padre.

—No, desde luego —contesto yo, estando de acuerdo—. ¿No preferís algo ligero? Vamos a ver qué tal admitís la comida sana y...

—Queremos pizza, Oliver —replica mi madre—. Tú has llegado a casa un montón de veces a lo largo de tu vida borracho y harto de pizzas y hamburguesas.

—Sí, es verdad —admito—, pero ahora cuando me emborracho y me harto de pizza o hamburguesas estoy en mi propia casa.

Tan entretenido estoy mirando a mi madre que no lo veo venir, de verdad. Cuando quiero darme cuenta un golpe ha resonado en la habitación y un «Ay» lastimero me hace girarme por completo.

Daniela se ha caído del sofá, no sé cómo cojones lo ha hecho para hacerlo hacia delante y darse en la frente con la mesita de cristal. Me asusto de inmediato, porque se tapa la cara por completo y no sé si se ha hecho algo. Ella además tiembla, como si estuviera llorando.

—Eh, eh Dani, nena, déjame verte...

Me sabe mal verla así, de verdad, pero entonces ella se quita las manos de la cara y me doy cuenta de que en realidad está riéndose tanto que ni siquiera le sale el sonido.

—¡¡Vaya hostia joder!! Esto me va a doler mañana.

—Déjame ver —dice mi padre sonriendo y agachándose a su lado después de soltar a mi hermana y mi madre en el sofá. Palpa su frente un poco y me mira—. Nada que no arregle algo frío para que no le salga hinchazón.

—Voy a por hielo.

Cojo un poco del congelador y vuelvo al sofá, donde Daniela se mece como si estuviera en un barco.

—En realidad hijo... —Mi padre sonrío un poco y señala a mi madre y a mi hermana—. Yo tengo un montón de trabajo con estas, pero creo que voy a ser capaz de acostarlas juntas en la cama. ¿Por qué no llevas a Daniela a otra habitación para que duerma hasta mañana?

—La llevaré a la mía.

—Oliver...

—No pasará nada papá, no en su estado. No voy a dejarla toda la noche sola, igual necesita ayuda para algo.

La levanto en brazos, ella abre los ojos con sorpresa y me mira con una sonrisa canalla.

—Para la constitución que tienes estás fuerte, ¿eh?

—¿Acabas de decirme que pensabas que era un endeble?

—Nooooooooooooooooooooo. Flaquito, pero muy mono.

Estalla en carcajadas y apoya la cabeza en el hueco de mi hombro. Miro a mi padre, que eleva las cejas, sonrío y me hace una señal con la mano para que nos vayamos.

—Su ropa —digo antes de salir.

Él la recoge de la terraza y la pone sobre el estómago de Daniela, después cuelga las asas de su bolso por mi cabeza y además le echa una sábana encima a ella, porque no es plan de pasearla por ahí en ropa interior.

—Ten cuidado con ella, ¿eh? —dice mi hermana—. Y pase lo que pase, no se la des a Jake.

—¿Y por qué iba a dársela? —pregunto.

—Porque la lleva buscando toda la tarde. —Mi madre ríe y mira a mi padre—. Llamándola e intentando subir a esta planta a buscarla, pero le hemos dicho a varios del servicio que no lo dejen.

—¿Y eso, querida?

Vaya cabrón mi padre también. No quiero reírme porque su actuación está siendo de primera, aunque terminará confesando que las hemos escuchado, seguro.

—Ya te lo contaré. —Me mira con determinación—. No se la des, Oliver, él no puede quedársela. No se la merece.

Sonrío por respuesta y pienso en ello a fondo. ¿Voy a dársela? No en el sentido real de la palabra, y no en este momento porque ella tampoco parece dispuesta a verlo. Mañana será otra historia, pero en el aspecto romántico, por decirlo de alguna forma, tampoco pienso dársela. No voy a dejar que se la quede porque es cierto que no la merece. Yo tampoco, porque he sido muy cabrón en la vida y seguro que un regalo como ella no está destinado a mí, pero al menos puedo ser su amigo y estar lo más cerca posible de ella. Aconsejarla y ayudarla en su desintoxicación de Jake Gilford Jr.

Y de esa guisa salimos de la suite mientras ella dice incoherencias y se ríe sola por cosas que yo no entiendo muy bien. Estoy a punto de llegar a mi habitación cuando escucho la voz que menos me apetece del mundo.

Yo no soy un buenazo, no me lo he considerado nunca pese a lo que te haya podido parecer, y en este momento enfrentarme a Jake no es buena idea porque la rabia me está abrasando y no sé hasta qué punto voy a ser capaz de controlarme.

—¿Qué le pasa, por Dios?

A su favor diré que la cara se le descompone cuando la ve en mis brazos, pero claro, ella va cubierta con una sábana y adormilada en el hueco de mi hombro, así que es normal que se asuste. Si no lo hubiese hecho sí que le habría dado una paliza.

—No le pasa nada.

—¡Sí pasa! —dice ella—. Estoy borracha. Hola, Jake.

—¿Qué estás...?

Y es justo en este momento cuando su cara de preocupación torna a una fría como el hielo, impassible y que no deja ver ningún tipo de emoción. Ah, pues sí que tenía razón Daniela, sí. Es un experto en camuflar sentimientos.

—Sí Jake, borracha: castaña, pedo, ciega perdida vaya. Como la novia y la madre de la novia. Vaya día de mojitos por Dios.

Echa la cabeza hacia atrás y ríe a carcajadas, mientras él la mira sin decir ni una palabra.

Al final alza sus ojos y me mira a mí. Es entonces cuando me doy cuenta de lo falso que puede llegar a ser, porque esboza una sonrisa profesional, aunque sé que por dentro está montando en cólera. Joder, yo nunca sería capaz de hacer algo así, y a veces me da envidia porque me dejo llevar por mis sentimientos más de lo que me gustaría.

Claro, por eso él ha triunfado siendo frío y un hombre de negocios, y yo lo he hecho tatuando e impregnando mi propia piel y la de mis clientes con tinta y sentimientos. Si es que al final, las profesiones dicen mucho de las personas.

—Siento muchísimo todo esto, señor Lendbeck. Si me permite cogerla en brazos le aseguro que la llevaré al hotel y mañana mismo tendré aquí a la mejor *wedding planner* de la empresa para subsanar los posibles errores que haya podido cometer la señorita Acosta.

Joder, tanta palabrería me aburre una barbaridad. Yo solo reacciono cuando intenta cogerla de mis brazos y la pego a mí todavía más. No, no voy a dejar que se la lleve.

—No te preocupes, Jake. —Y sí, lo tuteo para dejarle claro que aquí mando yo, pero algo soy el que paga. Bueno, ese es mi padre, pero vamos, se aplica a mí también—. En realidad, esto ha sido cosa mía.

—Oliver...

Daniela intenta intervenir, pero la corto con rapidez.

—Se me antojó hacerle una pequeña fiesta a mi hermana en la suite. Tenía ganas de celebrar una vez más lo feliz que está y fue ella misma la que invitó a Daniela a unirse. Al principio se negó, pero si te soy sincero, terminé por decirle que si no nos acompañaba tendría que hablar contigo.

—Oh.

—Sí. Ella intentó beber lo mínimo, pero es que soy muy bestia y con la excusa de los brindis continuos la hice beber a mi ritmo. —Sonríó con falsa humildad, como si de verdad estuviera arrepentido—. Claro, la pobre se ha mareado un poco y ahora la llevaba a tomar algo de aire.

—Bueno, señor Lendbeck, puedo llevarla yo y hacerme cargo de su estado. Soy su responsable y usted no tiene por qué cargar con ella.

—No es ninguna molestia, Jake.

—No he dicho que lo sea, pero si me permite...

—No, en realidad no te lo permito porque tenía pensado invitarla a cenar algo. Me siento muy responsable de su estado y no estaré tranquilo hasta que yo mismo pueda ver cómo mejora.

—No es necesario, señor, yo puedo llevarla al hotel y...

Cabrón. Yo sé que quiere llevársela no porque sea su trabajadora, sino porque quiere ser él quien esté a su lado cuando Dani por fin esté sobria, para hacerla sentir mal, y no pienso permitirlo.

Además de todo está el hecho de que se nota que yo no soy santo de la devoción de Jake. Esa parte sí que la entiendo, porque para gente como él los que tienen mis pintas son vulgares tengan dinero o no. No les entra en la cabeza que los tatuajes no tienen nada que ver con la clase ni con la educación. Él lleva un traje carísimo de firma y yo voy en camiseta y pantalones vaqueros, pero igual debería decirle que mi ropa por lo general también es cara de cojones, no porque me interese eso, a mí me da igual y la compro de esas marcas porque me queda bien y me gusta, nada más. Claro, lo mismo le da algo al señorito al ver que no solo sus camisas cuestan un ojo de la cara. O igual me toma por loco si se entera de que pago lo que pago por unos vaqueros rotos o unas zapatillas. Como sea, tampoco pienso tener mucho contacto con él así que no, no voy a enseñarle nada, ni siquiera voy a molestarme en darle más explicaciones.

—Jake, te agradezco de verdad tu interés y preocupación por mí, pero es que no voy a sentirme bien si tengo que dejarla ir contigo. Yo soy el responsable de que esté así y yo me haré cargo. Si me disculpas. —Señalo a Daniela con la cabeza—. Se ha dormido sin comer y eso no es sano, debería hacerla vomitar y no quiero que tengas que encargarte de algo tan desagradable.

Él asiente, porque no le gusta una mierda dejarla conmigo, pero eso de hacerla vomitar le ha dado asco solo de imaginarlo y se le ha notado.

—Si en cualquier momento necesita algo no dude en llamarme o...

—Lo haré. —Estoy a punto de irme, pero me giro una última vez—. ¿Jake?

—¿Sí?

—Mañana quiero que montes en el primer vuelo de vuelta a esa chica, la del perro.

—¿Adela?

—El chucho me pone la cabeza como un bombo. —Me callo que nosotros en casa de mis padres tenemos un golden retriever y un labrador—. Los perros no son lo mío y ella es tan... irritante. Pone a mi hermana más nerviosa y eso no es bueno.

—Es una buena trabajadora y...

—No lo dudo, pero no quiero que esté alrededor de mi familia. No es que nos

caiga mal, es que nos pone atacados y no queremos eso. Espero que lo entiendas.

—Claro.

—Bien, hasta luego.

Jake asiente y se queda mirándonos mientras nosotros avanzamos por el pasillo y entro en la habitación. Cuando ya estoy dentro me hago una nota mental para decirle a mi padre lo de Adela y el chucho. Miro a Daniela, que está dormida o inconsciente, cualquiera sabe. Beso su frente con una pequeña sonrisa.

—Mmmmm.

—Te acabo de librar de una de tus peores pesadillas —susurro, aunque no me escuche—. Ya te lo cobraré en el futuro a base de besos.

Daniela abre los ojos y me mira mientras me asusto. Joder, ¿ha escuchado eso? Estoy a punto de disculparme, pero ella me confirma que, si lo ha oído, no me ha entendido cuando echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Creo que voy a potar.

Bien, vale, eso sí que puedo manejarlo.

La llevo con rapidez al baño y apenas puedo soltarla frente al wc cuando empieza a echar todo el alcohol que se ha bebido, y joder, ha sido mucho. Aparto la sábana de su cuerpo, me quito el bolso del cuello y me coloco tras su cuerpo mientras ella se abraza con fuerza al inodoro y las arcadas la estremecen una y otra vez. He estado en esa situación muchas veces y sé de sobra que está pasándolo mal.

Recojo su pelo en una coleta con la mano y miro su tez, que se vuelve blanca como el papel. Dos lágrimas negras caen de sus ojos, pues sus pestañas aún tienen restos de rímel.

—Tranquila, relaja la garganta nena.

Ella solloza y yo entiendo la sensación: el mareo, la inestabilidad, los temblores y el ardor de garganta mientras no se puede dejar de vomitar, porque cada vez que miras lo que haces, te da tanto asco que las arcadas vuelven. La pobre está pasando un mal rato importante y yo no sé cómo ayudarla además de seguir recogiendo su pelo y acariciar su nuca con la otra mano para intentar calmarla.

—Dios... joder, qué asco.

—Tranquila, espera. No te muevas, ¿de acuerdo?

Ella asiente de forma casi imperceptible. Yo suelto su pelo con cuidado de que caiga todo en su espalda, vuelvo a la habitación y rebusco una camiseta de manga larga. Regreso, cojo una toalla, la mojo con agua fría y me pongo de nuevo tras su cuerpo.

—Oliver... —se queja.

—Ya estoy aquí. No te muevas.

Retuerzo la camiseta hasta convertirla en algo así como una banda elástica. La

paso por debajo de su pelo, por la nuca, y la anudo en su cabeza lo más atrás que puedo a modo de turbante. No puedo asegurar que el vómito no llegue a sus mechones más largos cuando se incline otra vez, pero la finalidad es que no se le meta en la boca y eso sí que lo he logrado.

—Ay, Dios...

—Mírame.

Lo digo sin darle opción a replica porque no voy a ponerme a discutir con ella ahora que la mente parece habersele despejado un poco.

—Estoy horrible.

—Estás preciosa, siempre lo estás.

Limpio su cara lo mejor que puedo, al menos lo justo para que sus ojos cargados de lágrimas se despejen y sus labios dejen de estar amarillentos. Sus ojeras han mutado a un tono azul que me da una pista de lo mal que se siente.

—Oliver...

—Voy a bañarte, ¿de acuerdo?

—Me he bañado mucho en el jacuzzi y no baja.

—Ya bueno, el jacuzzi está programado con agua templada y me temo que yo no voy a ser tan delicado. ¿Quieres vomitar más?

Ella mira el wc, pensándoselo y como si de una orden se hubiese tratado vuelve a hacerlo, pero esta vez el líquido es amarillo y entiendo que ya no tiene nada en el estómago así que la levanto a pulso y, después de limpiar su boca de nuevo, la siento en el suelo del plato de ducha. Me quito las zapatillas y me saco la cartera y el móvil de los pantalones antes de entrar y colocarme a su lado en cuclillas. Le quito mi camiseta del pelo, cojo el mando del agua y apunto primero al suelo.

Daniela se agarra las rodillas y mete la cabeza entre ellas sin querer mirarme. Yo comienzo mojándome las manos y pasándolas por su espalda con suavidad, pero esto es un mal trago que tiene que pasar antes o después, así que enchufo el agua helada primero en su espalda. Ella lo recibe con un quejido y alza la cara.

—Apóyate en la pared mejor —le digo, y me sorprendo un poco cuando obedece sin más—. Eso es nena, verás como te sientes mejor después de esto.

—Lo siento —susurra llorando.

—No tienes que sentirlo, no pasa nada —contesto sonriendo—. Yo también lo siento.

—¿Por qué?

—Porque tengo que enchufarte el agua helada en la cara.

Ella resopla, apoya la coronilla en los azulejos y baja las piernas estirándolas y dejándome una visión de su cuerpo erizado y tembloroso que, pese a todo, me resulta fascinante y perfecto.

Le echo el agua fría y se queja, pero no con palabras, pues no podrá debido a la impresión. Tiembla de frío, pero no me paro. Tiene que despejarse un poco y cuando por fin esté limpia se sentirá mucho mejor. Le pido que coja el mando un segundo y vuelvo a salir. Joder, la improvisación está siendo lo mío esta noche. Cojo un bóxer de Calvin Klein negro y una camiseta de mangas cortas burdeos y básica y vuelvo al baño para poner las dos cosas sobre el lavabo.

—¿Queda mucho? Hace frío.

—Voy a enjabonarte un poco el cuerpo y la cabeza y estarás lista. Solo cinco minutos, prometido.

Ella asiente y yo vuelvo a la ducha. Mis vaqueros ya están empapados, igual que el suelo del baño y parte del dormitorio, pero eso no importa. Me echo el champú en las manos y me deleito en la sensación de tener su cabello entre mis dedos, pero tampoco me entretengo porque no quiero hacer de esto algo erótico, no con ella en ese estado. Repito la acción con el gel de baño, aunque es para hombres así que siento un poco impregnarla con mi olor, pero no hay otra cosa. Y por si lo estás pensando, no, no le doy en sus partes íntimas. La enjabono entera y luego le pongo algo de gel a ella en sus propias manos para que se dé solita mientras yo miro a otro lado con todo el esfuerzo del mundo. Cuando está lista la saco rodeándola con una toalla gigante y la apoyo contra el lavabo dando gracias en silencio porque al menos ya mantiene algo de equilibrio. Lo siguiente es peinarla y secarle el pelo y yo no es que esté muy ducho en estas cosas.

—¿Y ahora?

—Ahora toca cambiarte —digo—. Vamos a hacer el truco de la playa, ¿de acuerdo? Cojo esta toalla que es enorme, te rodeo con ella dejándote algo de espacio y tú solita te quitas la ropa interior y te pones eso.

Señalo lo que he traído y ella frunce el ceño.

—Es un bóxer.

—Sí, me dejé las braguitas en Los Ángeles, cielo, es lo que toca.

Ella resopla, pero sonrío y asiente. Le paso la toalla alrededor del cuerpo y miro a otro lado mientras me obedece. Y es, honestamente, un puto suplicio ser un caballero y mirar a otra parte porque quiero ver y conocer el tono de sus pechos, saber cómo son las aureolas de sus pezones o... En fin, soy hombre, no puedes culparme por eso. Lo importante es que consigo controlarme, a duras penas, pero lo hago.

—Ya está.

Daniela deja caer la toalla y me mira con el pelo ondulado y limpio enmarcando su preciosa cara. Bueno, preciosa, blanca y azul, pero aun así está bonita a más no poder.

Súmame a eso que con el frío sus pezones se marcan en mi camiseta y... joder, no hay un puto hombre encima de la tierra capaz de soportar una tortura así sin reaccionar. Yo al menos no soy capaz de controlar la erección que aprieta mis

pantalones, así que procuro por todos los medios que no se note y, como ella sigue borracha, es más o menos fácil.

La llevo en brazos a la cama pese a sus protestas, la meto entre mis sabanas y beso su frente.

—Descansa.

—¿Y tú?

—Estaré ahí. —Señalo el sofá que hay en la habitación—. No te dejaré sola.

Daniela asiente y cierra los ojos. Bien, vale, esto es todo lo que yo puedo hacer por ella. Esto, y estar pendiente durante la noche de que no quiera vomitar más. Ni siquiera me atrevo a darle de cenar, aun sabiendo que no ha comido ni merendado, porque sé que tal como entre saldrá al poco tiempo, así que decido que ya comerá mañana.

Me doy una ducha rápida y soluciono el problema de mi erección, ya podrás imaginar cómo. Luego recojo su ropa interior, los vaqueros y el blusón y los meto en el lavabo llenándolo de agua templada y lavándolos a mano. Joder, la pobre mañana va a oler a gel de baño de hombre todo el día entre la ducha y esto, pero es que es lo que tengo y la finalidad es que tanto ella como su ropa estén limpias y sin vómito, ¿no? Pues ya está. Saco las prendas a la terraza y lo cuelgo todo en sillas de modo que no se muevan si hace aire.

Al final, pasada la media noche me tumbo en el sofá, me tapo con una manta y me duermo cansado, pero contento de tenerla aquí.

13. La resaca, mi nueva mejor amiga

Lo primero de lo que soy consciente cuando abro los ojos, es del dolor que amenaza con romper mi cabeza en pedazos. Oh, mierda. ¿Por qué no me tomé un ibuprofeno anoche?

Lo segundo es el olor a café. Café. Necesito café y hay café porque lo huelo. Me siento en la cama y miro en derredor, dándome cuenta de que esta no es mi habitación. Joder, necesito recapitular. ¿Dónde estoy?

Ay mierda.

«Por favor, Dios, que no esté en casa de ningún chuloputas, y si lo estoy por lo menos que sea guapo».

El pensamiento me dura unos segundos solo, pero me asusto cosa mala. Miro a mi derecha y veo a Oliver colocando una bandeja con el desayuno en la cama.

—Buenos días. ¿Cómo estás? He mandado a pedir fruta, tostadas y algunos pasteles porque no sé qué te gusta comer recién levantada. Solo te he visto tomar café con leche así que... ten.

Acerca la bandeja a mí como quien da un filete a un perro rabioso para calmarlo. Parece temeroso de lo que yo pueda decir y la verdad es que estoy tan aturdida que no consigo siquiera poner en orden mis pensamientos. Mucho menos mis recuerdos.

Alzo la sabana y miro abajo, a mi cuerpo cubierto con una camiseta burdeos de hombre y un bóxer. Vale, ahora sí que me cuesta respirar. ¿Por qué tengo puesta ropa interior de hombre? Además, esta cama es la de Oliver, según parece, y él está poniéndome el desayuno delante y... y yo huelo a hombre. No, rectifico: huelo a Oliver Lendbeck. Y es un olor maravilloso, pero el significado de esto es malo, muy, muy malo.

—Ay joder...

—No nos hemos acostado —dice él sin vacilar—. Bebiste mucho, no quería dejarte sola y te traje aquí, pero ni siquiera he dormido contigo. Lo hice en el sofá y vestido. —Yo suelto un quejido y él se mete las manos en los vaqueros mordiéndose una pequeña sonrisa—. Te ayudé a ducharte, pero ni siquiera miré cuando te lavaste más a fondo, yo solo colaboré en las zonas neutras. Y sí, tienes ropa mía, pero es que... —Resopla y se pasa las manos por el pelo, revolviéndolo más—. Es raro de cojones explicarlo sin parecer un perverso, pero tienes que creerme.

—Te creo —contesto sin vacilar.

Y es verdad, le creo porque de algún modo sé que Oliver no se aprovecharía de mí. También porque pienso que hay que tener ganas de hembra para que se te ponga dura con la tajada que yo llevaba encima. Vamos, milagro sería que el hombre no haya tenido pesadillas con mi aspecto.

—Come algo —me pide. Pongo mala cara y él ríe—. Te vendrá bien, y luego podré darte esto. —Me enseña un sobrecito medicinal—. Me los daba mi padre cuando las cogía bien gordas. Ahora ya me los tomo yo solito. —Me dedica una

sonrisa traviesa—. Te aliviará un poco el dolor corporal, pero antes debes tener el estómago medio lleno.

Asiento, y parezco lela, pero es que no puedo hablar mucho. Estoy como en *shock* así que me dejo caer sobre el cabecero y cuando él me pone la bandeja sobre las piernas yo palmeo mi lado en la cama.

—Cuéntame por favor qué hice anoche sin saltarte detalles para que sepa por cuántas cosas debo disculparme.

Él ríe y se sienta a mi lado. Y aquí diré una cosa que me hará quedar fatal, pero cuando acaba casi me siento aliviada porque ha sido un pedo vergonzoso, sí, pero los he tenido mucho peores.

No es eso lo que me hace ponerme seria, sino la parte en que me cuenta que nos encontramos con Jake. Recuerdo algo, pero la verdad es que no mucho. Solo se me dibuja su cara seria mientras yo estaba en brazos de Oliver.

De puta madre, si de esta no me voy al paro, ya no me voy nunca. Y lo peor de todo es saber que si Oliver me hubiese dejado ir con él... Bueno, ¿cuántas cosas de las que hizo Oliver por mí habría hecho Jake? Ni una sola. Habría llamado a alguien que me ayudase, seguro. Pagaría para que no me ahogara en mi propio vómito y me dejaría con esa persona en mi habitación hasta que me acostara. Eso tirando por la parte positiva, ¿eh? Porque algo dentro de mí me dice que se limitaría a dejarme lidiar con mi irresponsabilidad y se plantaría en la puerta a las siete de la mañana para aprovechar mi resaca y duplicar mi tormento.

Oliver en cambio se ha dedicado a estar aquí para mí. A cuidarme, sujetarme el pelo mientras echaba hasta la bilis y más que eso: limpiar el vómito de mi cara, bañarme, dejarme su cama y dormir en un sofá para estar pendiente de mí toda la noche. Mierda, creo que es lo más bonito que han hecho por mí en mucho tiempo, por raro que parezca.

—Entonces, ¿no hicimos nada? —pregunto porque todavía soy capaz de emocionarme.

—No estabas tú para hacer nada que no fuera vomitar, llorar o dormir. Tuviste un buen bajón mientras te bañaba.

—¿Lloré y dije cosas como: «¿Por qué soy tan desgraciada, Señor?»

—No.

—¿Canté por alguna coplera tipo Jurado, Pantoja, María Jiménez...?

Él alza las cejas y ríe negando con la cabeza.

—No, nada de coplas.

—¿Y alguna otra canción?

—Mmmm no.

—¿Berreé al punto de que se me salieran las venas de la frente?

—No.

—Joder, pues me porté bastante bien.

Oliver suelta una carcajada y me quita una tostada llevándosela a la boca sin ponerle nada.

—Vomitaste un montón y eructaste un par de veces, por si te sirve de algo.

—Puaj, que asco.

—No fue bonito, pero me las he visto con cosas peores —dice sonriendo—. Me jodió más verte llorar.

—Por eso no te preocupes. Soy de montar un drama por nada, por eso me extraña que llorara a lo bonito.

—¿Llorar a lo bonito?

—Sí, ya sabes. Llorar echando lagrimitas ordenadas y sin poner la cara como si estuvieras comiendo limones.

Oliver ríe y yo, pese a la vergüenza que siento, también.

—Eres tontita.

—No, hablo en serio. Yo cuando lloro soy de llorar arrugando la cara y moqueando. Y la mayoría de las veces cuando estoy sola me limpio los mocos en la manga. —Él chasquea la lengua y susurra un «guarra», pero sin dejar de sonreír—. ¿No estás enfadado entonces?

—¿Por qué debería estarlo? —Alza una pierna doblando la rodilla y apoyando el antebrazo en esta mientras mastica la tostada. Cada postura que adopta lo hace parecer más sexi que la anterior—. Todos hemos pasado por algo así.

—¿Tenías tú a alguien que te bañara?

—Mi madre, mi padre, mi hermana y algún que otro amigo alguna vez. —Señala la bandeja—. Come. —Asiento y él sigue hablando—. El caso es... ¿Por qué tendría yo que enfadarme? Eres adulta y puedes hacer lo que quieras. Además, hasta que te dio el bajonazo lo pasaste bien, ¿verdad?

—Creo que sí, por lo menos las partes que recuerdo son divertidas.

—Pues ya está, es lo importante. A ver, no es como si te aconsejara volver a coger un pedo hoy, pero no se acaba el mundo por cogerla de vez en cuando.

—Es cierto que todo el mundo tiene derecho, incluso yo, pero te obligué a...

—Tú no me obligaste a nada, Daniela. Yo podía haber elegido dejarte con alguien del servicio y sabía que te cuidarían bien.

—¿Por qué no lo hiciste?

Él me mira un momento, parece pensarlo y al final se encoge de hombros.

—Porque quiero que seamos amigos, y los amigos se ayudan en las malas. Y porque no iba a permitir que nadie te viera de esa guisa. Te perderían el respeto.

—Vale, me ha quedado claro que daba pena.

—Mucha —dice riendo de buena gana—, pero hoy estás preciosa otra vez. —Lo miro sonriendo, y voy a contestar cuando mi teléfono suena—. Esa maldita cosa lleva sonando un rato —dice Oliver en tono cansino.

—Un respeto. Esa maldita cosa es un teléfono de última tecnología y he firmado un compromiso de permanencia de por vida para poder tenerlo. ¿Qué hora es, por cierto?

—Las diez y media.

Espurreo el sorbo de café que acabo de llevarme a la boca pringando las sabanas y lo miro con los ojos como platos.

—¿Las diez y media? Oh joder, joder, joder, joder. Me juego el culo a que es Jake el que me llama.

—No te lo juegues. Es Jake el que te llama.

—¿Y por qué no me has despertado antes? —pregunto exasperada.

—Porque tenías que descansar. Dile que estás conmigo y que he exigido que me ayudes con el traje de la boda o alguna mierda de esas y ya está.

Lo miro flipando un poco, la verdad, porque encima de todo que me ofrezca coartada para la mañana también es como para comérselo a besos.

—¿No te importa?

—No, de hecho, así puedes quedarte un rato más porque tu ropa no está seca del todo.

—Debería ir al hotel —murmuro. El teléfono vuelve a sonar y resoplo—. Va, va, joder con las prisas.

Salgo de la cama sin fijarme en la mirada que Oliver dedica a mis piernas y cojo el móvil, que está en la mesita. No tengo que mirar el identificador de llamadas para confirmar que es él.

—Dime, Jake.

—Vaya, por fin te dignas a contestar. ¿Has decidido ya volver a ser una mujer adulta o aún te quedan ganas de ser una irresponsable?

—Escucha...

—No, escucha tú. ¿Sabes la vergüenza que pasé anoche viéndote en brazos del hermano de nuestra clienta? ¿Tienes idea de lo que me asusté buscándote por todas partes?

—Ya bueno, tampoco sería tanto —susurro.

—¿Qué...? Te veo en el hotel en media hora.

—No, eso no será posible.

—No es una opción, Daniela.

—Lo siento, pero la familia Lendbeck me ha pedido que los ayude con algunas cosas y...

—Pues vienes, te cambias de ropa, te duchas y te maquillas para estar mínimamente presentable antes de regresar. Esto no es de discusión, Acosta, no vas a dar una imagen aún peor. Media hora.

Cuelga el teléfono y yo me quedo sin saber bien qué decir porque claro, Oliver no sabe toda mi historia con Jake, así que suspiro y presiono mis ojos con las yemas de los dedos.

—Esto... Oliver, ¿te importaría darme mi ropa aunque esté húmeda? Debo volver al hotel.

—¿Por qué no le has dicho que te necesito aquí?

—Porque tiene razón en que debo cambiarme de ropa al menos, luego podré volver y ponerme a trabajar, que ya es hora.

Él se levanta de la cama y abre la puerta que da a la terraza. Al poco vuelve con mi ropa, me la da y me sorprende que no mire apenas la lencería. Claro que ha tenido tiempo más que de sobra para aprenderse hasta el tipo de hilo que llevan las bragas. No tiene por qué hacerlo delante de mí.

—Deja que me ponga algo más presentable y te acompaño.

—¿Al hotel?

—Claro, tengo el coche así que no es problema. Tómate el sobre. —Señala un vaso y la medicina—. Ya vengo.

Asiento, demasiado aturdida para negarme. Si es que el pensar con resaca no es lo mío. Me tomo el contenido del sobre, me visto a toda prisa antes de que él vuelva y aspiró su aroma también en mi ropa. ¿La ha lavado a mano y con su gel? Joder, me encanta este gel de baño. No, me encanta el olor de Oliver.

Ya tengo tres cosas que me encantan de él: Su culo, sus manos, en las que me he fijado cada vez que lo veo fumar, y su olor.

Justo mientras lo pienso él sale del baño con el pelo aún revuelto. Da la sensación de estar recién levantado de la cama y ni siquiera se ha dignado a peinarse, y me gusta. Otra cosa más. Se ha puesto una camiseta morada de mangas cortas con la palabra «REGGAE» impresa en grande y celeste en el centro y unos pantalones negros y entallados...joder, tan entallados que creo que lo ha hecho a propósito para que le mire el culo. Ah, pues que no se queje si lo hago, ¿eh? La culpa es suya. Se ha calzado unas zapatillas celestes con palmeras y soles dibujados en la tela. Me río y alzo las cejas.

—¿Ya te has puesto algo presentable?

—¿No te gustan? Las pintó un amigo. —Ríe y mueve el pie haciendo círculos en el aire.

—Originales son, desde luego.

—Y bonitas.

—Y bonitas.

—Y te mueres de envidia porque quieres unas iguales.

—No te flipes. —Me río—. Yo no tengo envidia. Si quisiera unas las tendría.

Él alza una ceja, da un par de golpecitos en el suelo, como si comprobara que el material de la suela es excelente, y sonrío.

—Anda vamos, no queremos que el jefe termine echando la bilis esperándote.

Me río y lo sigo escaleras abajo mientras pienso que Oliver es genial. Parece algo serio y a veces se queda en silencio y concentrado en algo que solo parece ver él, pero aun así es un jodido encanto. Y además mientras baja los escalones con esos pantalones entallados vuelvo a pensar que tiene un culazo. Mmmm, sí, ya sé que lo he dicho muchas veces, pero créeme, ni la mitad de las que lo pienso.

El coche no es ostentoso, lo que me sorprende porque sé de más que la familia de Oliver tiene dinero. Eso me hace pensar en otra cuestión: ¿A qué se dedica él? La verdad es que no le he preguntado a nadie, ni siquiera a él, y me apetece mucho hacerlo. Tener una conversación en la que hable de sí mismo, porque tengo la impresión de que va a encantarme lo que descubra de él. No lo hago ahora mismo porque es algo que requiere tiempo, y además estoy nerviosa ante mi próximo encuentro con Jake.

El camino se hace corto y lo pasamos hablando de trivialidades. Cuando llegamos al hotel él aparca en la zona de clientes y baja conmigo.

—¿Dónde vas? —pregunto.

—Pues contigo.

—No, no, no. Oliver, prefiero que no estés cuando hable con él.

—Yo puedo explicarle las cosas mejor que tú, nena. Me echaré las culpas y...

—No tienes que culparte de nada. Y no me llames nena.

—¿Por qué?

Si la primera vez que me preguntó eso pensé: «Porque me pone tontorróna» ahora directamente pienso que me hace sentir especial. Y no, joder, no lo soy. Soy la *wedding planner* de su hermana, solo eso.

«Que no se te olvide, porque mira cómo estás gracias a tu última aventura».

Ramona es de un oportuno y sincero que a veces da mucho asco, la verdad.

—Porque es un apelativo cariñoso que se usa mucho para novias, y yo no soy nada tuyo —contesto al final.

Él pone los ojos en blanco y se encoge de hombros.

—Como quieras. ¿Te espero aquí, entonces?

—No, hace calor. Sube conmigo y espera en mi habitación. Yo me reuniré con

Jake en la suya.

Ni asiente ni niega. Se limita a encogerse de hombros otra vez de esa forma tan suya. Entramos en el hotel, subimos en el ascensor y rezo todo lo que me sé para que Jake no abra la puerta y nos vea entrar en mi habitación, porque no quiero meter a Oliver en esto más de la cuenta.

—Recuerda decirle que fui yo quien te incitó a beber con los brindis.

Asiento, sí, me ha contado la conversación con Jake y he flipado mucho cuando me ha dicho que se echó las culpas. Eso desde luego me da una balsa lo bastante segura. O no, segura no, pero al menos tengo donde agarrarme cuando Jake se ponga en plan jefazo frío y despiadado.

—Entretente con lo que puedas y no mires el cajón de las bragas.

Él sonrío y se tira en la cama pasándose los brazos por detrás de la cabeza.

—Vale, ¿cuál es? Solo por saber dónde tengo prohibido mirar. —Me río y le enseño el dedo corazón antes de abrir la puerta—. No te quejes si abriendo cajones doy con él. Si no me dices cuál debo evitar...

Cierro la puerta sin contestarle, y sin dejar de sonreír. Y así sigo hasta que toco en la puerta de al lado, la de Jake, y él abre con un pantalón color caqui muy bien planchado, una camisa blanca y su pelo tan bien peinado que da asco. Está para echarle un polvazo, si no fuera porque sus ojos denotan un enfado que me advierten que voy a pagar caro todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

—Pasa.

Entro y es justo entonces cuando mi cerebro retrasado me hace notar el detalle de que voy con la ropa de ayer aún y huelo a gel de baño de hombre de pies a cabeza.

—Jake, escucha...

Él me abraza primero, sorprendiéndome y haciéndome sufrir el ceño. ¿Pero qué se ha metido este en el cuerpo? Por lo menos un par de rayas. Es eso, o ha escondido un cuchillo en el bolsillo todo el rato y ahora va a clavármelo por la espalda.

—¿Estás bien?

—Claro que estoy bien.

—Yo... —Se separa de mí y se pasa las manos por la barba—. Me he pasado la noche pensando que estabas en su habitación, y que podía hacerte lo que quisiera porque estabas borracha y... joder, Daniela, ¿por qué haces esas cosas? ¿Sabes lo mucho que me asusté?

—¿Qué iba a hacerme?

—No lo sé, pero... ¿Has visto sus pintas? No me fío de él, Daniela. No es como yo y cuando me dijo que pasarías la noche en su cuarto me asusté. He estado enfadado y preocupado toda la noche.

A ti quizá te parecerá que esto es un gran gesto de Jake, ¿no? Ahí lo tienes, todo

preocupado y nervioso... Pues a mí no me parece bonito. A mí lo que me parece es que es un hijo de la gran puta.

—Estabas asustado, pero no te enfrentaste a él para traerme aquí. ¿Es eso?

—Cariño, él es el cliente. Él manda.

Me quedo mirándolo entre la ira y la más absoluta incredulidad.

—¿Y qué hubiese pasado si anoche me llega a violar, por ejemplo? —Hace amago de hablar y lo corto—. ¿De qué me vale a mí tu miedo si no eres capaz de echarle huevos? No sería tanta la preocupación por mí, ¿no?

—¿Qué podía hacer? Es el cliente y...

—Y eso está por encima de todo, incluso lo que pudiera haberme pasado. —Sonrío, cansada de toda esta mierda—. Tienes razón en una cosa: Oliver no es como tú.

—Claro que no.

Y te juro que hasta se estira, haciéndome pensar que de un momento a otro desplegará las plumas, cual pavo real.

—Es un millón de veces mejor que tú. —Río con bastante sarcasmo—. Joder, no le llegas ni a la suela de los zapatos.

Soy consciente de que he escupido las palabras dejándole ver mi desprecio. Comienzo a salir de la habitación, pero me para.

—No se te ocurra irte. Tenemos que hablar de lo que hiciste y del parte de falta que abriré contra ti.

—¿Cómo?

—Bueno cielo, es evidente que estás bien y me alegro, pero tu comportamiento no puede ser pasado por alto.

—Mira, abre lo que te salga de la punta de la polla. —Él hace una mueca—. Sí, Jake, he dicho polla. Por Dios bendito, por mí como si me despides.

—No te pongas impertinente, Daniela, sabes a la perfección que esta vez tengo razón.

—En lo laboral, sí. En lo personal me has vuelto a demostrar que como persona eres una mierda.

—¿Por preocuparme por ti?

—Uy sí, ya he visto la preocupación en tus ojeras... Ah no, espera, si no tienes. ¿Te has puesto maquillaje?

—No, a mí no me gusta pintorrearme como a tu nuevo amiguito.

—Si te refieres a sus tatuajes, a mí me gustan.

—Claro que te gustan, eso en los de tu clase es algo bonito.

Me muerdo el moflete por dentro, no porque tenga ganas de llorar, sino porque voy a terminar sacándole los ojos como siga por ese camino.

—Vete a la mierda.

—¿Te lo has follado?

Ahí sí que me pilla desprevenida.

—¿Cómo?

—Has dicho que no te violó, pero igual eso es porque no hizo falta. Igual es que te encontró mojada cuando se coló entre tus piernas de borracha.

Lo miro a los ojos, sorprendida. Esta no es la primera vez que Jake habla a conciencia para dar donde duele. No, no son cosas dichas sin pensar, son frases lanzadas con todo el veneno del mundo para hacer daño. Ha tocado a «los de mi clase», y ahora me tacha de puta porque así me deja claro que él me hace un favor queriendo estar conmigo.

—Apuesto a que te encantaría saber si me lo he tirado o no, ¿eh? Lástima que ya no sea de tu incumbencia.

—Lo es.

—Yo ya no soy nada tuyo.

—Eres mi trabajadora.

—No, ya no.

—¿Qué estás diciendo, Acosta?

Hiperventilo un poco, la verdad, pero no pienso echarme atrás. He sido humillada de distintas maneras, maltratada psicológicamente por este hombre en incontables ocasiones y ha vapuleado mis sentimientos hasta el agotamiento. No sé bien lo que estoy haciendo, pero por el aire limpio que empieza a filtrarse en mis pulmones tengo una idea bastante aproximada.

—Estoy diciendo que ya no soy tu trabajadora, Jake. Dimíto, renuncio: que te jodan. Eso estoy diciendo.

—No puedes. —Y ahora sí veo el arrepentimiento en sus ojos—. Vamos, nena, no puedes dejarme así...

—Y tanto que puedo. Y no se te ocurra volver a llamarme nena nunca más. Nunca lo has hecho, y no vas a empezar ahora.

«Solo Oliver me llama así».

Vale, bien, esto a los tres días de conocer a Oliver es raro, pero bueno, tampoco voy a pararme a pensarlo porque estoy en pleno subidón. Vamos, que la adrenalina me corre por toditas las venas y tengo más ganas de pelea que la Esteban en sus mejores días.

—Ya estás con tus bravuconerías. Pues muy bien, Acosta. ¡¡Si sales por esa puerta estás fuera del todo!! ¿Me oyes? Hablo de lo laboral y lo sentimental. Si de

verdad tienes ovarios para largarte prepárate para que yo haga como si nunca hubieras existido.

—¿Serías capaz de vivir sin hacerme la vida imposible? No lo creo, ¿eh?

—¡Eres tan orgullosa, testaruda e insuficiente que no sé por qué cojones te quiero! ¡¡No te mereces ni que te mire, Daniela!!

—¿Eso crees?

—¡Pues claro que lo creo! ¿Te crees que soy feliz queriéndote? ¿O necesitando tu cuerpo? Y una mierda, Daniela Acosta, no eres suficiente mujer para mí, pero por alguna puta razón que no comprendo mi cuerpo te reclama.

¿Jake gritando? Esto sí que es nuevo. Quizá es eso lo que me da valor. O la resaca, o el pensar que acabo de librarme de él y de este trabajo de mierda. No lo sé, la verdad, solo sé que cuando hablo sueno segura de mí misma como pocas veces y eso me gusta.

—Siento mucho que seas infeliz, pero tranquilo: desde hoy no lo serás más. Se acabó, Jake, y esta vez te juro por mi vida que es verdad.

—Ya se había acabado.

—No. Llevamos casi dos meses sin acostarnos, pero acabo de caer en que yo de verdad pensaba que cambiarías. ¿A quién quiero engañar? Tú solo me quieres para que sea tu puta mientras te casas con alguien que consideres digna de ti.

—Por lo menos yo aspiro a casarme y ser feliz.

—No Jake, tú aspiras a casarte y tener una mujer florero y unos hijos a los que vestirás como Borjamaris de la España profunda. Unos niños que dará pena y asco mirar. —Sonríó con maldad—. Y gracias a Dios, yo no seré la madre.

—Tampoco los habría tenido contigo. Mis hijos deberían tener una madre que tenga un mínimo de clase y nombre.

—Tienes razón. Llama a Bárbara y empieza a programar tu propia boda. Me apuesto el culo a que tu madre hasta querrá emitirlo en televisión. —Río con nerviosismo. Me estoy quedando en la gloria—. Hay que ser pringada para querer casarse con un controlador obsesivo compulsivo como tú. Solo vives para trabajar y follar, Jake. Que nuestra relación habrá durado un par de años entre una cosa y otra, pero es que ni siquiera sé qué cosas te gustan fuera de la cama. No más allá de lo básico. Eso no era una relación, era una puta enfermedad de la que me curo hoy mismo.

—Bien. ¡Vale! Pues vete, pero prepárate para enfrentarte al hecho de que, desde ahora, para mí no existes.

—Eso llevo sintiéndolo años. Ignorarme no será nada que tengas que aprender.

Abro la puerta y salgo como en una película de estas de drama del canal nova. Solo que esto no es una película y el drama se ha desencadenado del todo porque ahora sí que sí, estoy en paro, pero sin paro. Vamos, que de cobrar el subsidio puedo

olvidarme porque he renunciado yo solita.

Para cuando llego a la puerta de mi habitación, un minuto después, ya estoy arrepentida de haberlo dejado. Por Dios, ¿pero por qué coño hago estas cosas? Esto es a lo que se refieren Ana y Blanca cuando me dicen que me voy en el primer tren, que no mido y no pienso en las consecuencias. Solo Tina estaría de acuerdo conmigo en esto. ¿Y de qué me sirve eso a mí? Abro la puerta de mi habitación y miro a Oliver, que sentado en el borde de cama me devuelve una mirada cargada de... ¿Orgullo? Imposible, él ni siquiera sabe lo que ha ocurrido.

—No te vas a creer lo que he hecho... —susurro con la poca voz y valentía que me queda.

Oliver se levanta, camina hacia mí y me abraza con fuerza.

—No tengo que creerlo, lo he oído todo —murmura en mi pelo—. Estoy orgulloso de ti, nena.

14. ¿Y ahora qué?

Oliver me lleva hasta la cama y me hace sentar mientras me abraza por el costado.

—¿Orgullosa de mí? Ahora no tengo ni derecho a paro, desde que firme los papeles voy a ser una más en este país sin oficio ni beneficio. Que yo no sé hacer otra cosa como quien dice, joder. Y el apartamento hay que pagarlo, y...

Me empieza a dar un chungo importante, aunque él me para de inmediato.

—Escucha, eh, respira. Mírame Dani. —Lo hago—. Todo estará bien, ¿de acuerdo?

—Me voy a tener que ir al retiro a darle de comer a las palomas. O a vivir allí, dependiendo de cómo se dé la cosa.

Él se ríe y yo me molesto.

—Lo siento joder, es que me hace gracia tu dramatismo.

—Ya te dije que era una *drama queen*.

—¿Quieres llorar?

—No, quiero saber cómo coño voy a pagar el alquiler de este mes.

—Te ayudaré si es necesario.

Lo miro frunciendo el ceño.

—¿Por qué lo harías?

—Porque él ha insinuado que yo te haría daño, que yo te violaría y que mis pintas no son las mejores, y tú me has defendido.

—Es que no eres nada de lo que ha dicho, y poner la oreja detrás de la puerta es una cosa muy fea, Oliver.

—Lo sé. —Sonríe con arrepentimiento fingido—. Pero no mucha gente ha dado la cara por mí de una forma tan sincera y leal, y tú apenas me conoces.

—Me fío de ti. Yo sé que eres bueno, joder, me aguantaste una noche entera borracha. Eso es de ser muy bueno.

—No soy bueno, Daniela, hay cosas que he hecho de las que no estoy orgulloso, y mucha gente cree que...

—¿Qué? ¿Que eres un macarra y un chico malo porque estás lleno de tatuajes? A mí me gustan.

—¿Ah sí?

—¿A ti no?

—Sí, me encantan —dice, riendo entre dientes—. No me avergüenzo de lo que soy ni de lo que he hecho al tatuar mi cuerpo. De ser así no me dedicaría a ello.

—¿Eres tatuador?

—Sí.

—¿En Los Ángeles?

—Luego hablaremos de eso. Lo que quiero decir es que no me has juzgado, ni siquiera sabes qué soy, pero te has peleado con él por mí.

—Estábamos liados.

—Lo sé, ayer me pasé la tarde escuchándoos desde la terraza colindante.

Vale, ahí sí que me pilla desprevenida. Entrecierro los ojos y lo miro con atención para ver si miente. Cuando me doy cuenta de que es verdad le doy un guantazo en el brazo.

—¿Me espiaste? —Me levanto bastante enfadada, la verdad.

—¿Te he dicho que no soy bueno! —Vuelvo a acercarme e intento pegarle de nuevo, pero él suelta una carcajada y me tumba en la cama pasando una pierna por mi estómago e inmovilizándome—. Escucha fierecilla, es verdad que te espíe, pero no te juzgo.

—No tenías derecho Oliver.

—No, es verdad. No lo tenía y te pido disculpas en nombre de mi padre y mío.

—¿Tu padre también? —Recuerdo con alguna que otra laguna haber hablado de cómo Jake me follaba y me pongo roja como un tomate, estoy segura—. Dime que no piensa que sea una puta y...

—¿No! Claro que no joder. Lo más que pensamos fue que Jake es un imbécil por tratar así a una mujer como tú.

—Yo tampoco estoy muy centrada, Oliver.

—A mí me gustas así. —Lo miro, con los ojos como platos y él ríe olvidando esas palabras y haciéndome dudar de qué ha querido decir en realidad—. ¿Quieres un cigarrillo? Creo que lo necesitas.

—No. Sí. No, no quiero fumar más. —Me levanto de nuevo, porque soy un manojo de nervios—. Sí, venga, sí.

Salimos a la terraza de la habitación y dejo que encienda un cigarro que me pasa de inmediato. Estoy dando la primera calada cuando habla de nuevo.

—Mmmm, ah, ya sé. ¿Sabes qué?

—¿Qué? ¿Alguien ha decidido inventar por fin una máquina del tiempo para que pueda volver atrás y no hacer una gilipollez como dimitir?

—No. —Ríe de buena gana, como si acabara de decir algo súper gracioso—. Pero a ver qué te parece esto: podemos comprar vino o cerveza, lo que prefieras. Te invito a un picnic nocturno. Haré la cena e iremos a algún sitio, y puedes hartarte de beber y comer mientras hablas mal de Jake y yo te escucho dándote la razón en todo.

Sonrío, es imposible no hacerlo. Le doy el cigarro, lo veo apoyarse en la barandilla con los tobillos cruzados y la relajación que parece acompañarlo siempre, y me parece que está muy guapo. Caigo además en que yo sigo vestida con su ropa.

Estos están siendo días raros.

—No quiero vino, ni cerveza. Nada de alcohol por hoy.

—¿Chocolate de postre?

—¿Blanco?

—El mejor.

—Y helado—añado.

—Vale, y helado. ¿Algo más?

—Compartirás tus cigarrillos porque ahora soy pobre y no puedo comprar.

Oliver ríe y carraspea antes de incorporarse y apoyarse en un codo sobre la barandilla.

—Picnic sin alcohol, chocolate blanco de postre, helado y puedes cogermelo todo el tabaco que quieras.

Me río, me levanto y palmeo su mejilla.

—Eres un cielo. Pero ahora necesito una ducha, ponerme ropa limpia y pensar qué coño voy a hacer con mi vida.

—Aquí te espero.

Sonrío y vuelvo al dormitorio para entrar en el baño. Programo el temporizador de la ducha y no pasa mucho tiempo antes de que me percate de que el hotel lo paga la empresa y, por lo tanto, no tengo dónde quedarme. Bueno, eso o tendré que hablar con Jake y pedirle que pase la habitación a mi nombre, pero siendo sincera... tampoco tengo dinero para pagar el resto de la estancia. O sea, dinero sí tengo, pero estando en paro más me vale guardarlo.

Joder, ¿entonces qué hago? Todavía me cuesta asimilar el hecho de que ya no tengo que aguantar a más novias histéricas. Nada de preocuparme por las flores de las barandas de las escaleras, ni estar pendiente de si los tonos del mantel son los que pedimos, ni intentar hacer congeniar a dos consuegras cuando todo el mundo sabe que eso es imposible. Nada de ver a Jake con sus trajes caros y su postura estirada. Nada de acostarme más con él...

¿Por qué eso no me parte en dos? Vale que hace dos meses que hemos cortado, pero todavía me acuerdo de la que armé por aquel entonces y reconozco que ni siquiera estaba cerca de admitir que la ruptura era definitiva. Ahora sí que lo es, lo siento. Sé que no volveré a tener a Jake desnudo sobre mí nunca más. Extraño que sus manos me toquen, pero ya no me parte el dolor. Ya no siento que me desgarró solo con la idea de no poder tenerlo. ¿Es eso un indicio de que por fin estoy superándolo?

Me emociona la idea, la verdad. Solo lo enturbia el hecho de saber que estoy pendiendo de un hilo en todos los sentidos de mi vida. El sentimental ha quedado zanjado, pero están el laboral y hasta el geográfico, porque sin trabajo no hay piso y sin piso, no hay razón para seguir en Madrid.

Salgo de la ducha y para cuando me pongo y anudo el albornoz del hotel, he decidido que lo más urgente es reservar una habitación de hotel más barata, y eso que esta no es de las caras, pero no puedo gastar los pocos ahorros que tengo aquí. Pensarás que lo mejor que puedo hacer es irme a casa, hacer la maleta, cambiar el billete y volver, y tienes razón, mi situación no deja muchas opciones, pero me niego a dejar a Wendy tirada con la boda. La ayudaré y terminaré el trabajo, no por Jake, al que espero no tener que ver más que lo justo, sino por la familia Lendbeck, porque no merecen que yo los deje tirados.

Entro en el dormitorio y miro a mi cama, donde se encuentra un *short* vaquero oscuro, con alguna rotura y deshilachado, una camiseta blanca de tirantas que en realidad me hace un escote bastante bonito y que, además, suelo remeter por dentro de los pantalones por delante para que quede más vaporosa. Tiene impresas las letras LA en grande y están rellenas de imágenes de playas californianas. Para rematar el conjunto, mis vans Galaxy azules reposan sobre la alfombra.

—¡Eres una hipster! —exclama Oliver riendo, como si acabara de acertar los números de la primitiva.

—No lo soy, tengo ropa de más estilos.

—Casi todo es de ese. Eres una hipster. —Sigue riendo.

Enarco una ceja y me cruzo de brazos, sin saber qué pensar del hecho de que vaya husmeando en mis cosas.

—¿Y si lo soy qué? Además, no lo soy, joder—contesto de mal humor.

—Lo eres, y me encanta. —Señala la cama—. Te he sacado eso para que te lo pongas. Me flipan las vans, por cierto, bueno, y la camiseta de Los Ángeles, pero ¿qué voy a decir yo? Soy de allí. El cajón de las bragas no lo he mirado.

—Vaya, qué considerado.

—Pero si te pones las azules de encaje irás a juego con las zapas.

—¡Serás capullo!

Él suelta una carcajada y se tira en la cama en plancha pasándose los brazos por detrás de la cabeza. Está convirtiendo esto en costumbre, según parece.

—Estoy intentando imaginarte con ropa que me guste como esta, y no con esas cosas de mujer estirada.

—No voy de mujer estirada.

—Sí que vas, y además no te gusta.

—Me gustan los zapatos de tacón.

—Mentira. O quizá sí, pero no para todos los días. Y esa ropa tan seria, como la que llevabas cuando te conocí, no te va. Lo sé.

¿Qué puedo a decir a eso? Tiene razón. Aun así, una pequeña parte de mí quiere rebelarse y contradecirlo.

—Bueno, pero tengo otras cosas. No todo son zapatillas.

—¿Por qué te defiendes? A mí me gusta que seas así. También me gustas con tacones, claro. Solo digo que me ha sorprendido mucho descubrir que tu estilo era este.

—Sorprendido para bien, según veo.

—Claro, nena.

—Y dale con el nena.

Él chasquea la lengua y cruza los tobillos mirando al techo. Luego se echa a reír y murmura para sí.

—Una hipster...

—¡Oliver hablo en serio! ¡Me estás cabreando!

—Vaaaaaaale, también tienes un puntito de roquera.

—Capullo.

—¡Pero si me gusta! —exclama carcajeándose—. Y vas y te metes con mis zapatillas cuando tienes unas vans galaxy. Increíble.

—Las mías son compradas, no las ha pintado ningún amigucho.

Cojo la ropa y me meto en el baño con la puerta abierta para seguir escuchándolo mientras me visto. Y sí, cojo las bragas azules, pero las escondo para que no lo sepa.

—Te sorprendería saber quién las pintó —sigue él.

Me desenredo el pelo y salgo al marco de la puerta cuando estoy vestida. Me pongo las zapatillas de pie y sonrío con sorna.

—No creo, ¿eh?

—Etienne Delavois.

—Sí claro. —Estallo en carcajadas y me tiro a su lado en la cama—. Y yo de natural soy rubia.

Él coge un mechón de mi pelo y se lo lleva a la nariz, lo huele y sonrío.

—No eres rubia, pero me encanta cómo huele. ¿Es limón?

—Cítricos, sí. —Sonrío y beso su mejilla—. Gracias por hacerme sonreír.

—Un placer. ¿Lista?

—¿Me recojo el pelo o así estoy bien?

—Estás guapa con lo que sea.

—Bueno, me lo dejo suelto y me cojo un par de gomas, por si acaso.

Cojo también algunas pulseras y las gafas de sol de estilo aviador. Luego me siento en el borde de la cama y lo miro.

—¿Qué pasa?

—He estado pensando que lo primero que quiero hacer es decirle a tu hermana que voy a seguir organizando su boda, aunque ya no cobre ni trabaje para Jake. Cobré parte del trabajo antes de hacerlo, así que voy a quedarme hasta el domingo de todas formas.

—Te lo va a agradecer mucho. Yo lo hago, de verdad. —Coge mi mano y la besa—. Sé que no es fácil para ti.

—No, pero eso es lo de menos. Wendy se merece tener la boda que soñó, y si quiere mis consejos y mi ayuda la tendrá.

—Te pagaremos.

—No, es a Perfect Wedding a quien tenéis que pagar.

—No, no son ellos los que hacen el trabajo, Dani, eres tú. Te pagaremos, aunque tengamos que pagar también a Perfect Wedding por las molestias.

Me muerdo el labio para no echarme a llorar. Él tira de mí y me pega a su cuerpo abrazándome.

—Lo siento...

—No lo hagas, no sientas llorar. Es normal que estés así. ¿Qué más ronda esa cabecita tuya?

—Tengo que dejar esta habitación y coger una más barata. ¿Me esperas mientras hago los trámites?

—Por supuesto. Luego pararemos en el súper a comprar lo necesario para el picnic.

—Oliver no hace falta, era broma...

—De eso nada. Iremos a la playa, comeremos lo que prepare, y nos inflaremos a chocolate blanco y helado.

Suspiro y me río, encogiéndome de hombros.

—Como quieras.

—Ve a hacer los trámites, yo te iré haciendo la maleta. Por lo menos lo más gordo.

—¿En serio?

—Claro, es doblar ropa y meterla en la maleta, puedo hacerlo medio bien.

—Vale, pero deja en paz el cajón de las bragas, hablo en serio.

—Vale.

Salgo de la habitación pensando que no, no va a dejar en paz las bragas. Me río bajando las escaleras porque el capullo sabe cómo alegrar mis momentos oscuros, lo que es raro teniendo en cuenta que hace tres días que nos conocemos. Dios... ¡Solo tres días! ¿Por qué tengo la sensación de que hace mucho más? Es muy raro, pero en el fondo, me siento contenta con eso, porque soy consciente de que en cuanto me

quede sola pensaré a fondo en lo que he hecho y me dará un bajón importante.

No tengo problemas para cambiarme de habitación. Me dicen que me darán la nueva en cuanto entregue las llaves de la que tengo ahora y me parece bien. Voy de vuelta ya cuando mi teléfono suena. Por un momento me sobresalto pensando que podría ser Jake, pero es mi hermano mellizo, Martín, lo que viene siendo todavía peor, claro, porque no quiero que note nada malo, y a mí con mis hermanos me pasa una cosa que muchos dicen que les ocurre con sus padres, o más bien con sus madres.

Yo cuando tenía un problema en el cole, por ejemplo, y me daban ganas de llorar, me aguantaba hasta llegar a casa, o donde estuvieran mis hermanos, y en cuanto los veía el labio me empezaba temblar, los ojos se me llenaban de lágrimas y comenzaba a berrear echando por alto mi compostura hasta el momento. Era del todo inevitable. En cuanto los veía, o escuchaba, me inundaba la pena y deseaba más que nada en el mundo apoyarme en ellos, aunque no dejaran de hacerme la vida imposible.

Salgo a una de las terrazas del hotel y deseo tener otro cigarrillo a mano.

—¿Sí? —contesto.

—¡Hola piojo! ¿Cómo vas después de tres días en Ibiza? ¿Te has calzado a algún invitado de la boda ya? Hazme caso, Dani, tríncale a un guiri con dinero y sácanos de pobres. —Mi silencio debe alertarlo porque cuando vuelve a hablar suena mucho más serio—. ¿Qué pasa?

¿No digo yo que se me nota mucho y no puedo evitarlo? Aun así, lo intento y agradezco que por lo menos no me haya llamado uno de los mayores. Con esos sí que no podría aguantar ni medio segundo.

—Nada —susurro bajito, porque si subo el tono una nota, arranco, que me veo venir.

—A mí no me engañas. A ti te pasa algo.

Tardo como dos segundos en decidir si quiero hablar, y camino por los jardines de la terraza hasta meterme detrás de una palmera. Aquí, como si fuera María de la O, me arranco por soleares y entre hipidos, llantos y hasta tartamudeos le cuento que ya no tengo novio, ni trabajo, y que además me queda el dinero justo para terminar el mes de mayo pudiendo comer tres veces al día.

—Ya será menos.

—Bueno, ponle dos meses de comida, pero ya está.

—¿Pero tú cómo te lías con tu jefe y no nos dices nada, joder?

—Porque me ibais a decir insensata.

—Es que eres una insensata —recalca Martín—. Pero vaya, yo me enrollé con mi profesora de matemáticas a los diecisiete años. En esta familia hacer las cosas bien es como un imposible. —Me quedo callada, hipando e intentando mantener la compostura. Y fracasando, claro. En esas estoy cuando lo oigo hablar con alguien,

seguramente otro de mis hermanos—. La niña, que se ha ido a meter de putón con el jefe y ahora está en paro.

—¿Pero sigue en Ibiza? —pregunta mi hermano Fran.

—Sí, pero sin dinero casi, ni trabajo, ni novio, ni jefe, ni nada.

—Dame el teléfono. —Se escucha un ruido y luego la voz de mi hermano Fran truena, pero porque él es de hablar alto al teléfono. No sé, se pensará que así me llega más clara su voz—. ¿Qué te dije yo de no tirarse jefes ni compañeros? ¿Eh? A ti lo que se te dice es que te entra por uno y te sale por el otro.

—Ay Fran... —digo llorando.

—¿Pero no llores! ¿Por qué lloras?

—Porque no tengo trabajo.

—Ya aparecerá algo. Se cierra una puerta y se abre una ventana.

—Y no tengo dinero.

—¿Y para qué están tus hermanos?

—Ni novio.

—Eso que tenías por novio y nada, lo mismo es.

—¿Y porque tengo pena!

—¿Pena? Pena la mujer del pene, criatura. —Me río, pese a todo, aunque luego sigo a lo mío—. ¿Te vas a quedar en Ibiza, en Madrid o te vienes al pueblo?

—En Ibiza hasta el domingo, luego no sé.

—Bueno, pues déjate de llorar y límpiame la cara que, conociéndote, ya estarás llena de churres. Te llamo después, que estoy muy liado. Nada de llorar, ¿eh? Venga, mándame un beso.

—Un beso.

—Pero mándalo coño, que si no lo oigo es como si no hubiera nada. —Sonrío y beso el teléfono con exageración—. Ahora sí. Luego hablamos. Te queremos.

—Y yo a vosotros.

Cuelgo, lloro un poco más, por eso de revolcarme en mi propia mierda, y me limpio la cara agradeciendo no haberme puesto el rímel. Cojo aire y vuelvo a la habitación, donde Oliver ha recogido mis cosas, menos el cajón de las bragas, claro. Me pongo a doblarlas y meterlas en la maleta abierta, sin importarme ya que las vea. Él viene hacia mí, me abraza por detrás rodeándome la cintura y apoya su barbilla en mi cabeza.

—Cada vez que lloras se me encoge el estómago, Daniela.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Estás triste y es normal. ¿Puedo hacer algo más?

—Ya haces demasiado. Míranos, estamos aquí abrazados mientras yo doblo bragas y nos conocemos desde hace solo tres días.

—La amistad puede surgir en horas, solo es cuestión de encajar y encontrar a las personas que el destino pone en nuestro camino.

Intento sonreír mirando a la maleta. La forma de Oliver de decir las cosas a veces es tan dulce que no sé qué responder. Palmeo sus manos y me suelto para coger el resto de las bragas de la cómoda.

—Ayúdame anda. Total, seguro que ya las has visto todas y así saldremos antes de aquí.

—¿Acceso total a tus bragas? —pregunta silbando—. Soy un hombre afortunado.

Me río y termino de hacer la maleta mientras charlamos de temas triviales que alejan mis pensamientos de mi situación actual. Bajamos, cambiamos las llaves y subimos al nuevo dormitorio para dejar las cosas. De ahí nos vamos al coche para ir a la casa y explicar a Wendy lo ocurrido. Es en el aparcamiento de la entrada principal donde nos topamos con Jake. Yo salgo del coche y meto las manos en mi *short*, tirando hacia abajo, como queriendo cubrirme las piernas porque sé que está mirándome desencajado, pero Oliver coloca una de sus manos en mi espalda y es todo lo que necesito para ponerme recta y afrontar este encuentro de la mejor manera posible. Solo espero que me deje trabajar aquí, porque de verdad quiero ayudar a Wendy con el resto de preparativos. Aunque algo me dice, que no voy a tener tanta suerte.

15. La vidate da sorpresas

Oliver

Sujeto a Daniela por la espalda, no porque quiera infundirle ánimos. La verdad es que lo hago porque me da miedo que se vaya con él y creo que en algún momento tengo la certeza de que si se acerca demasiado yo tiraré de su camiseta hacia atrás para devolverla a mi lado.

Y es que esta mujer no deja de sorprenderme. Escucharla gritarle a Jake que no me llega ni a la altura de los zapatos ha sido asombroso y abrumador, porque no esperaba que ella confiara en mí hasta ese punto. Joder, después de todo no me conoce y con él tiene una historia. Más tarde, cuando volvió estaba mal y triste, pero me pareció entender que en su mayoría era por la incertidumbre y el no saber cómo iba a sobrevivir ahora que no tenía trabajo.

No quise decirle lo que mi cabeza había ideado a todo trapo, pero cuando me dijo que le gustaría seguir ayudando a Wendy le aseguré que le pagaríamos. Ella se negó, claro, pero yo ya tenía la idea metida en la cabeza y no iba a sacármela con facilidad.

En este momento, además, estamos frente a Jake y miro bastante molesto cómo la juzga, seguramente por su ropa. ¿Cómo puede hacer eso? ¡Está preciosa!

Esa ha sido otra sorpresa esta mañana. Abrir el armario y encontrar tantos vaqueros rotos, camisetas y blusones ha sido alucinante. Ya, sé que para otro igual no, pero para mí ha sido como la confirmación de que ella es la mujer perfecta para mí, aunque ni loco se lo diré, porque entonces saldría corriendo en la dirección opuesta.

Muy normales las afirmaciones mentales que yo hago tampoco son, para ser justos.

En vez de soltarle algo así intenté animarla, y funcionó, al menos en gran parte, pero ahora vuelve a estar tensa y yo solo quiero intentar impedir que Jake le haga más daño.

—Que bien que te encuentro, Jake, quería hablar contigo.

Él me mira mal, muy mal, pero tampoco es como si me importara una mierda teniendo en cuenta que, en tres minutos, más o menos, no tendremos nada que decirnos.

—Usted dirá, señor.

Sonríó pagado de mí mismo, porque todavía me debe el trato de respeto hacia el cliente y me encanta que eso le joda.

—He estado hablando con Daniela, y después de discutir un par de puntos y que me explicara que ya no trabaja para tu empresa, he decidido que debo elegir. No quería llegar a esta situación, pero entenderás que mi hermana quería que Daniela organizara su boda y, ni mis padres, ni yo, podemos negarle eso.

—Pero...

—Ha sido un placer trabajar con tu empresa, pero de ahora en adelante solo lo

haremos con Daniela. Por supuesto, pagaremos el precio acordado porque el trabajo importante se ha hecho estos meses atrás. Todo será igual, solo que ya puedes retirar a todos tus trabajadores de nuestra casa.

—Si va a pagarnos, insisto en terminar el trabajo.

—Lo hará Daniela, y le pagaremos a ella lo que corresponda. Hablaré con nuestro asesor y le diré que te envíe lo necesario para rescindir el contrato. —Estiro el brazo izquierdo, no por nada, sino porque es el más tatuado—. Un placer.

Él coge mi mano sin saber bien qué hacer o decir, la aprieta y luego mira a Daniela y se acerca un poco más.

—Tenemos que hablar.

—No Jake, ya no tengo nada que hablar contigo. Si me disculpas... Tengo mucho trabajo.

Entra en casa mientras los dos la miramos con atención. Sé que él hablará, veo que tiene ganas, pero tampoco es como si yo fuese gilipollas, así que no lo dejo y lo corto antes.

—Si te acercas a ella, si la llamas, si la incordias o le haces daño de nuevo de la forma que sea, hundo tu empresa. —Aparto la vista de la puerta de casa y lo miro a los ojos—. No subestimes lo que puedo hacer contigo, Gilford.

—Tu padre...

—No hablo de mi padre, hablo de mí. Yo solito puedo hundir tu imperio chasqueando los dedos. ¿De verdad quieres medirte con alguien como yo? Que no te engañen mis tatuajes, tengo contactos suficientes para acabar contigo. —Doy un paso atrás para tomar distancia—. Quiero a tu gente y a ti fuera de mi casa antes de tres horas.

—Esta casa fue alquilada para...

—Esta casa es mía —digo sonriendo con maldad—. ¿Sorprendido? —Me acerco a su oído y no puedo evitar disfrutar de la situación—. Algunos no necesitamos demostrar de continuo lo que tenemos. Que te vaya bien, pero que te vaya bien lejos de nosotros. Y eso por supuesto, la incluye a ella.

Entro en casa sin decir una sola palabra más y con una sonrisa que rivaliza con mi estado de ánimo. Ahora solo me falta conseguir que Dani se anime. Bueno, y si de paso mi hermana no se casa con el imbécil de Brian, mejor que mejor. A ver si las estrellas están por colaborar, hacer la gracia completa y limpian nuestras vidas de inútiles.

Busco a Daniela y la encuentro en la cocina mordisqueando unas fresas que Marisa, la cocinera, ha puesto frente a ella. Y sí, conjuro varias imágenes eróticas con ella y las fresas, pero no es el momento de pensar en esas cosas. Voy a su lado y pido a Marisa un café.

—Coge las fresas y vamos fuera, estaremos más tranquilos.

Ella asiente y las coge en silencio. Salimos y nos sentamos en el balancín del porche, donde permanecemos sin hablar un rato. No me viene mal porque necesito ordenar mis pensamientos, y ella, como viene siendo costumbre, no se queja y se deleita en comer y mirar el horizonte. En algún momento suspira, cruza las piernas al estilo indio y apoya su cabeza en mi hombro mientras yo muevo el balancín. Rodeo su cintura por inercia. Encaja tan bien en mi cuerpo...

—¿Quieres? —Me ofrece una fresa del plato y le doy un mordisco de su mano con una sonrisa.

—¿Estás mejor?

—Sí. ¿Qué habéis hablado Jake y tú?

—Le he dicho que quiero a su gente fuera de aquí en un plazo de tres horas. ¿Crees que te bastarás con nuestros trabajadores para ponerlo todo a punto para la boda?

—Seguro que sí, lo más gordo ya está hecho.

—Bien... ¿No estás enfadada porque lo haya despedido sin consultarte?

Ella se encoge de hombros.

—Tú eres el jefe después de todo. ¿Qué dirán tu hermana y tus padres? Eso sí me preocupa más.

—Ellos lo entenderán. —Se queda en silencio y acaricio su costado—. Vamos a hablar con ellos ahora mismo, verás como todo está bien.

Y así es. No solo lo entienden, sino que apoyan la causa al cien por cien, claro que no esperaba menos.

El resto del día no puedo estar con ella porque Wendy y mi madre la secuestran y yo tengo trabajo que hacer en el estudio. Conduzco hasta el local que poseo en el paseo marítimo y me pongo al día con mis chicos. La verdad es que me va bastante bien el negocio y puedo permitirme faltar unos días tanto en este local como en el de LA, pero tenemos clientes vips que exigen mi presencia. En este momento, sin ir más lejos, tengo a un futbolista reconocido esperando ser tatuado por mí, sin cita, claro, que para eso él lo vale. En fin...

Me pongo a trabajar en un ángel de la muerte sobre su espalda, más tarde hago un par de tatuajes pequeños a unas chicas que tenían cita, y cuando por fin acabo, entre una cosa y otra, han pasado casi cinco horas. Son las seis de la tarde, no he almorzado y además tengo varias llamadas perdidas en el móvil de mis padres y de Wen. Me voy a casa y en cuanto entro oigo sus voces en el salón. Entro y los saludo a todos, incluida Daniela.

—¿Dónde estabas? —me increpa esta caminando hacia mí.

Alzo las cejas, supuse que las llamadas serían para cualquier cosa de la boda, no porque ella me haya estado buscando, e intento no regodearme mucho en la sensación que me produce que me haya echado de menos, pero no me sale demasiado bien.

—Trabajando un poco.

—¿Has estado tatuando?

Frunce el ceño de una forma tan adorable, que tengo que morderme el labio para no besarla. Y es que esta mujer es una jodida ricura.

—Ajá, sí. ¿Por? ¿Todo bien?

—Daniela estaba preocupada porque no te encontraba.

Wendy confirma mis sospechas con una sonrisa que quiere decir más.

En realidad, la propia Daniela parece no percatarse de que mi familia la mira ilusionada, y no sé si eso es bueno. ¿Piensan que ella empieza a fijarse en mí como algo más que un amigo? Porque yo no lo creo. No con todo lo que tiene encima de Jake. Más bien se siente sola y sabe que yo procuro comprenderla siempre. Hemos encajado de una forma especial desde primera hora, eso sí está claro.

—Pues ya estoy aquí. ¿Me acompañas a la cocina? Necesito comer algo.

—Bueno...

—Ahora volvemos —digo a mi familia. Paso el brazo por los hombros de ella, o más bien alrededor de su cuello y la pego a mí obligándola a rodearme la cintura mientras caminamos—. ¿Has vuelto a llorar, nena?

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. —Sonrío y beso su cabeza—. ¿Soy un incordio por buscarte? No quiero molestar.

—Me encanta que me busques. No podía dejar de lado este trabajo y como estabas ocupada con Wen decidí irme y volver lo antes posible, pero se complicó el día.

—¿Has tatuado a muchos?

—A un cliente importante y tiquismiquis y a un par de chicas.

—Ay bribón, por eso no tuviste tiempo para avisarme. ¿Eran guapas?

Me río entre dientes y encojo los hombros un poco, haciendo ver que me da igual eso.

—No me fijé, desde que te vi ni siquiera me fijo en si otras están o no buenas.

—Ajá... Venga, cuéntame otro chiste.

—¿Qué quieres decir? —Entramos en la cocina, cojo unas rebanadas de pan para hacerme un sándwich y abro la nevera—. ¿Has comido?

—No, porque estaba esperándote, así que tengo hambre y tú encima de todo te pones a decirme esas tonterías.

—¿Sándwich y fruta? —Ella se encoge de hombros y yo empiezo a prepararlos

—. No entiendo por qué te pones arisca. Es verdad que no me he fijado en si estaban buenas o no.

—Los hombres siempre os fijáis en esas cosas. Y si no, a ver: ¿Qué parte de sus cuerpos has tatuado?

—La pelvis de una y la muñeca de otra.

—¿Pelvis tocando chichi?

Suelto una carcajada y me giro para mirarla, pero ella está muy seria.

—¿Cómo que pelvis tocando chichi? Pelvis es pelvis, Daniela.

—De eso nada. Están los tatus de pelvis a un ladito, y luego esos que son medio pelvis, medio chichi, medio «Te voy a volver loco».

—Era un tatuaje de pelvis, en la pelvis. Y aunque hubiera sido más al chichi, como tú dices, me hubiese dado igual. No me fiyo en esas cosas después de tantos tatuajes.

—Una chica guapa es una chica guapa. ¿O eres gay?

—¿Qué?

—Que igual eres gay, y por eso hemos encajado tan bien. Me llevo muy bien con los homosexuales.

—No soy gay, joder. —Me enfado—. Y no pasaría nada si lo fuera, pero es que no lo soy. Es solo que no me fiyo en otras tías desde que te vi.

—Uy... —Ríe con zozobra—. Me viste hace tres días... Además, Oli, nosotros solo somos amigos.

Elevo una ceja y me río resoplando. Quiero decirle que no, que yo la vi hace meses y desde entonces cada jodida canción que oigo, toco o tarareo la lleva a ella por protagonista. Quiero decirle que cuando tatúo me da lo mismo estar tocando una pelvis, que un culo, que una rodilla. Primero por la costumbre y segundo porque hoy sin ir más lejos, me he pasado las horas ansiando acabar para volver con ella. ¿Pero cómo se lo explico sin parecer un loco? No es el momento, menos aún con todo lo que ha pasado con Jake. Ella parece muy entera, pero yo no puedo arriesgarme a contarle de sopetón que la espiaba en las videollamadas con mi hermana. Haber confesado que la oí mientras contaba su historia en la fiesta de las chicas ya ha sido suficiente de momento.

Termino de preparar los sándwiches y rodeo la isla de la cocina poniendo también un poco de yogurt, frutas y un par de refrescos de lata. Coloco un plato frente a ella y me siento a su lado.

—¿No crees en los flechazos, Daniela?

Ella ríe primero, como si hubiese dicho la cosa más graciosa del mundo. Cuando se da cuenta de que hablo en serio alza las cejas con incredulidad y se hace evidente que está nerviosa.

—No lo sé. ¿Tú sí? No pareces de esos.

—¿De cuáles?

—De esos que creen en los flechazos, el misticismo y mierdas de esas.

Me río y doy un bocado a mi sándwich.

—¿Mierdas de esas? Tu romanticismo me deja anonadado.

—Ya bueno... Me has entendido.

—Ya hemos quedado en que las apariencias engañan, ¿no? Me gusta pensar que el destino juega a hacer acto de presencia cuando menos lo esperas.

—¿Tienes idea de lo triste que es ese pensamiento? ¿Crees que el destino maneja a las personas? ¿No merece la pena luchar por nada? Es como si tuvieras que sentarte y esperar a ver qué te depara la vida. Deprimente.

—Eso es porque piensas en ello de forma negativa.

—No hay forma positiva de hacerlo, Oliver.

—La hay. Piensa que en este mundo hay una persona perfecta para ti. Da igual lo que pases, lo que te alejes o lo que te muevas porque al final os encontraréis y encajaréis tan bien que te preguntarás cómo cojones has logrado sobrevivir toda tu vida sin él.

Daniela me dedica una sonrisa sardónica y da un toque amistoso en mi brazo.

—¿Te estás poniendo filosófico para no confesar que miras a las chicas guapas como todos?

Sonrío y lo dejo estar porque no vamos a llegar más lejos, al parecer no cree posible que yo me haya fijado en ella tan pronto, y como no voy a confesar la verdad todavía, no me quedan muchas alternativas.

—Miro a las chicas guapas —contesto mirándola a conciencia de arriba abajo—. Las miro mucho.

—Idiota. —Chasquea la lengua, pero se sonroja, haciendo que algo muy intenso me tire fuerte, muy fuerte desde el centro del estómago.

Joder, por si pensaba que ya no podía ser más bonita...

—¿Qué hicisteis esta tarde?

—Cosas aburridas de la boda. ¿Siempre quisiste ser tatuador?

Ya estoy acostumbrándome a sus cambios de tema, así que me lo tomo con naturalidad.

—De pequeño quería ser médico, como mi padre.

Para mi sorpresa, Daniela hace una mueca y frunce el ceño.

—No me gustan los médicos, solo tu padre.

—¿Y eso por qué?

—Huelen raro.

Estallo en carcajadas. Joder, me gusta tanto que si pudiera la besaría aquí mismo hasta que los dos perdiéramos el sentido.

—No es verdad.

—Lo es.

—¿No me querrías si fuera médico?

Ella tuerce la boquita y después de unos segundos se encoge de hombros.

—Sí, vale, supongo que tienes razón. Pero no lo eres, lo que es un alivio para mí. Y tu padre me gusta mucho.

—A mí también —murmuro con suavidad mientras coloco un mechón de pelo detrás de su oreja.

—Bueno... —Sonríe y carraspea mirando a otro lado y rascándose el brazo con fuerza—. ¿Vas a volver a salir?

—No. Voy a descansar un rato y más tarde prepararé la cena para que salgamos de picnic esta noche.

—No hace falta, Oli. Total... estoy cansada.

—Bueno, cenar tienes que cenar estés cansada o no.

—Sí, supongo. —Sonríe un poco—. Entonces debería ir al hotel a cambiarme.

—Estás preciosa así. Mejor quédate conmigo.

—Vale.

—¿Vale sin más? ¿No vas a quejarte?

Daniela ríe y se encoge de hombros, ladea la cabeza y me mira con curiosidad.

—Sí, así sin más. Me gusta estar contigo.

—A mí también, nena. Nos complementamos bien.

—Sí, somos el uno para el otro. —Bate sus pestañas y yo me río, aunque por dentro estoy pensando que sí, cada vez me parece más que somos el uno para el otro—. ¿Cuántos años llevas tatuando?

—Trece o catorce, por ahí anda la cosa.

—Guau, ¿cuántos nos llevamos?

—Pues yo hice treinta y cuatro en marzo.

—Y yo haré veintiséis el sábado.

—Ocho añitos.

Sonreímos unos segundos en silencio, y como sé que ella no propondrá nada, cojo su mano y la guio escaleras arriba, hacia mi dormitorio. Daniela se tensa un poco cuando abro la puerta y me tumbo en la cama, pero aun así, cuando palmeó el

colchón a mi lado se acomoda sin decir nada, aunque se queda sentada. Me giro, poniéndome de lado y pasando un brazo por sus piernas.

—¿Tienes que estar con Wendy lo que resta de día?

—No —susurra.

—Bien... Necesito dormir un poco. No te vayas.

—No me iré —Sonríe y acaricia mi mejilla un segundo.

Cierro los ojos mientras ella me mira. Mi brazo sigue sobre sus piernas y tengo la sensación de que todo es perfecto por primera vez en mucho tiempo. Ya no se trata de que Daniela sea preciosa, culta, simpática e inteligente, entre otras muchas virtudes. Se trata de la alegría que aporta a mi vida. Daniela Acosta me da risas, y bien sabe el cielo que las llevo necesitando mucho, mucho tiempo...

16. Pasado, presente... ¿futuro?

Aquí estamos los dos. Oliver con los ojos cerrados, intentando dormir, y yo mirando al frente sin saber qué hacer o pensar a estas alturas del partido. La sensación de haberme equivocado, una vez más, amenaza con enroscarse en mi cuello y privarme de respirar un ratito, a ver si así dejo de ser una imbécil.

El tiempo que he estado sin saber dónde estaba Oliver me ha hecho darme cuenta de que siento una atracción por él bestial. Ya no es que me carcajee y lo deje pasar, no, es que empiezo a preguntarme si no sería bueno aprovechar mis días en Ibiza para darle a mi cuerpo la liberación física que tanto ansío.

Llevo horas pensando que Oliver es un regalo del karma por lo bien que lo estoy haciendo con Jake. Me la he jugado por ser íntegra y mantener la dignidad, y a cambio tengo a un macarra para desquitarme con horas de sexo. ¡Tiene que ser así, joder! El problema es que el macarra dice cosas dulces y me mira como si fuera la única mujer sobre la faz de la tierra, ¡y a mí eso no me vale una mierda! ¿Cómo cojones juegas a tener una noche de lujuria con un tipo que a priori parece perfecto?

No, no, no son alucinaciones mías. Es así, tal cual. Oliver puede hacer pensar una cosa al principio, pero desde luego es otra. A más lo conozco, más me frustro, porque sé que la idea de echar un polvo y olvidarme no iría bien con él. Aparte de todo... ¿Qué haría un tipo como él con alguien como yo? Me siento insignificante, y ese es el detonante que me hace parar el ritmo de mis pensamientos. Yo no debería sentirme menos que nadie, ya he vivido dos años con esa sensación gracias a Jake. No necesito volver a esa mierda también con Oliver. Estoy confusa, tengo sentimientos encontrados y sé que debo pensar en todo lo que estoy sintiendo, sin salidas de tono, ni hablar más de la cuenta, ni empezar a hacer preguntas que me hagan más daño que otra cosa solo para convencerme de que soy inferior a él. No haré nada de eso, no, no lo haré... pero cuando quiero darme cuenta estoy haciendo preguntas sin saber siquiera si él está dormido o solo tiene los ojos cerrados.

—¿Has tenido muchas novias?

«*Joder, ya vas a empezar. Me aburres hija, me aburres con tanta tontería*».

Me muerdo el labio y tengo muchas ganas de contestarle a Ramona que se vaya un poquito a la mierda, pero si hablo en voz alta igual Oliver descubre que estoy loca. Él sigue tumbado de lado mirando hacia mí, abre los ojos un poco y me observa extrañado. Como si mi pregunta no viniera a cuento. ¡Y tiene razón! No viene a cuento, pero ya la he hecho y quiero una respuesta.

—He estado con muchas mujeres —dice con cautela—. Pero de manera formal solo con una.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi cuatro años.

—¿Por qué acabó?

—Cosas que pasan.

Entrecierro los ojos. Esa no es una respuesta clara, y yo no soy tonta, pero en vez de insistir acerca del motivo sigo preguntando como si no me hubiese percatado de su evasión.

—¿La querías?

—Sí, claro. —Se encoge de hombros—. No era el amor que soñé siempre, pero es que eso es difícil —dice mientras sonrío un poco.

—¿No has querido de esa forma a nadie? ¿De la forma que soñaste?

Oliver parece meditarlo unos instantes y vuelve a encogerse de hombros. Vive haciendo ese gesto, pero es que le queda tan bien... Sonríe torciendo los labios y niega con la cabeza.

—Eres peor que un *paparazzi*. ¿Por qué quieres hablar de mi ex?

—Porque sí. Tengo otra pregunta que también me interesa muchísimo.

Él ríe con suavidad, tira de mi muslo y me tumba en la cama de un tirón. Mete una de sus piernas entre las mías y procuro no pensar lo íntima que es esta postura.

—Si me vas a acribillar a preguntas por lo menos déjame estar cómodo. —Pasa su brazo por mi estómago y acaricia mi costado—. Dispara.

—¿Has tatuado a muchos famosos?

—Sí.

—¿A famosos del tipo de Adam Levine? Y si es así: ¿Sabes si le gustaría tener una aventura con una morena de ojos marrones de España que...?

—Ni lo sueñes. —Ríe a carcajadas—. No lo conozco, pero, aunque lo hiciera, no ibas a acercarte a él. Ya me encargaría yo de eso.

—Pues me parece fatal.

—Pues lo siento, pero es lo que hay —contesta riendo—. ¿Algo más?

Quiero decirle que sí, claro que hay algo más. ¿Por qué dice que no puedo acercarme a Levine? ¿Porque sabe que es imposible, o porque se pondría celoso? Decido dejarlo pasar por el momento.

—Claro que tengo más preguntas.

—Dime.

—Tus zapatillas las ha pintado Etienne Delavois de verdad, ¿a que sí?

—Sí. Lo tatué una vez y armó tanto escándalo que acabamos haciéndonos amigos.

—Joder, y yo riéndome de ti.

—No lo sabías, es comprensible.

—¡Estoy flipando tanto! Ay, cuando se lo cuente a Tina se va a correr en las bragas de la envidia.

—Cristo, Daniela.

Cierra los ojos y estalla en carcajadas mientras yo soy consciente de lo que he dicho. Me muerdo el labio y procuro sonar avergonzada.

—Lo siento, es que la emoción me puede a veces. No debería haber dicho eso.

—¿Por qué no?

—No es correcto.

Oliver frunce el ceño, y quiero decirle que Jake me criticaba por hacer comentarios como ese a menudo. Voy a hacerlo, pero él pone dos dedos bajo mi barbilla y me insta a mirarlo.

—Me gusta cuando eres incorrecta, chica hipster, así que no te reprimas por mí. Eres encantadora...

«Encantadora». ¿Quiero ser encantadora para él, o algo más? Oliver me abraza con fuerza y hablo casi sin pensar. Otra vez.

—Gracias por ser tan buen amigo en tan poco tiempo. No sé qué habría hecho sin ti estas últimas horas.

—¿Eso soy? ¿Un amigo?

Lo miro, con el corazón latiéndome más deprisa de lo recomendable. Esto es una señal, ¿no? ¿Quiere Oliver algo más que amistad...? Y si es así: ¿Quiero yo? Joder, sí, eso no tengo que pensarlo. Yo quiero desquitarme, esto es Ibiza y necesito disfrutar para desfogar y olvidar que el cabrón de mi ex acaba de salir de mi vida.

—No lo sé. ¿Eso eres?

Oliver sonrío, mira al techo un momento y se muerde el labio inferior poniendo una cara de pillo que... Menos mal que no está mirándome a mí, porque me habría fundido las bragas en el acto. Cuando sus ojos ruedan hacia mí, veo la respuesta en ellos antes de que hable.

—Voy a besarte.

—Ya tardabas.

Agarra mis manos y entrelaza nuestros dedos, llevándolos a sus labios y besando mis nudillos. El gesto consigue erizarme, y un nudo se aprieta en mi pecho al pensar, por un solo momento, que al decir que iba a besarme se refería a esto. Un ramalazo de pánico recorre mi espina dorsal y justo antes de decir algo que es probable que me deje en ridículo, Oliver exhala una sonrisa que hace que su aliento roce mi boca antes de que sus labios lleguen. Recibo su boca con una estúpida sonrisa ilusionada.

Sus labios son suaves. Muy, muy suaves, lo que contrasta con su barba y su aspecto de chico duro. Sus manos dejan las mías para rodear mi cuerpo, muerde mi labio inferior y se separa de mí lo justo para, sin despegar su frente de la mía, subirme sobre su cuerpo y hacer que me siente a horcajadas sobre sus caderas.

—Nena... joder.

El tono de contención en su voz me eriza el vello. Cuando sus manos ascienden por mis costados y siento su erección hacer presión sobre mí, entiendo que esto va a ocurrir de verdad. Voy a tener una aventura con Oliver, y espero que ninguno de los dos salga demasiado jodido

—Oli, ¿has visto a Danie...?

Ronald irrumpe en el dormitorio abriendo la puerta de un tirón y se queda ahí, sosteniéndola y mirándonos sin saber qué hacer, mientras nosotros intentamos soportar la vergüenza de que nos hayan pillado en esta situación. Oliver lo lleva bastante mejor que yo, todo hay que decirlo, porque el cabrón sonrío, pellizca mis costados y habla como si nada.

—La tengo justo aquí. —Como su padre no dice nada sigue a lo suyo—. ¿La buscan Wendy o mamá?

—Ajá.

—Genial, en cuanto nos calmemos vamos.

Yo me pongo de todos los colores, Ronald se limita a asentir con torpeza y desaparecer y Oliver ríe entre dientes. Se ve que encuentra todo esto muy divertido. Me levanto de su cuerpo y me dedico a recolocar mi atuendo, y eso que no está mal del todo.

—No tiene gracia —mascullo sin mirarlo—. ¿Cómo los voy a mirar ahora a la cara?

—Tal como lo has hecho hasta ahora. Venga, vamos.

—No, yo no voy.

—Claro que sí. Vienes, hablas con ellas y luego me acompañas a la cocina a verme hacer la cena para nuestro picnic.

—No sé si me apetece. Ha sido un día duro.

Miro de soslayo a su bragueta y me río como una tonta.

—Sí, en todos los aspectos —dice él adivinando mis pensamientos.

Remoloneo un poco más, intentando evitar el momento de encontrarme con su familia, pero sé que tengo que enfrentarlo. Después de todo yo sigo siendo la organizadora de la boda de Wendy y si me voy como una niñaata asustada, daré aún peor imagen. Además, Oliver acaba de levantarse y me ha rodeado los hombros con un brazo, de esa forma tan suya. Tampoco es que esté dándome muchas opciones, y en el fondo lo agradezco. Asiento de forma imperceptible para hacerle entender que estoy lista y caminamos hacia el salón.

En pro de Ronald, Elizabeth y Wendy he de decir que disimulan bastante bien el hecho de que saben de dónde venimos, y lo que hemos hecho. Nos sentamos en el sofá y es entonces cuando me percató de algo.

—¿Dónde está Brian? —pregunto a Wen.

—No va a llegar hoy. —Mira al vaso que sostiene mientras Oliver me sirve un refresco y una copa para sí y se sienta a mi lado—. Dice que se le ha complicado un asunto y que ya vendrá mañana.

—Mañana será jueves. ¿Tan difícil es para él estar aquí los días previos a su boda? —pregunta Oliver exasperado.

—Cálmate. —Le pido, o más bien ordeno.

Me mira muy serio y acto seguido centra su vista en el licor de su vaso apretando la mandíbula. ¿Cree que no lo entiendo? ¿Qué yo no estoy furibunda? Pero no le está haciendo ningún favor a su hermana poniéndose a despotricar contra él. Solo va a conseguir que Wendy tenga la imperiosa necesidad de defenderlo. Lo sé por experiencia propia. Pasados unos segundos muevo mi mano con disimulo y la dejo caer en el muslo de Oliver, que me mira con algo que quiero interpretar como agradecimiento.

Wendy se niega a hablar nada más de Brian, como yo esperaba, y además recalca que está bien, y que bien mirado, así tiene tiempo para relajarse a solas porque, cuando él llegue, seguro que no la deja ni respirar, convirtiéndose en una lapa. Yo lo dudo mucho, pero tampoco puedo decirlo así que me limito a sonreír un poco en respuesta.

El resto de la conversación transcurre con normalidad, si obviamos el hecho de que Oliver se empeña en acariciar mi muslo de vez en cuando hasta mi rodilla y vuelta hacia arriba, hasta el corte del *short*. Lo miro de reojo e intento pararlo, pero puedo notar cómo disfruta con esto, y a más tensa me ponga, más lo hará. Empiezo a conocerlo bien.

Mi teléfono comienza a sonar cuando estamos acabando y casi vamos hacia la cocina para hacer la cena. Miro la pantalla y veo que es mi hermano Fran, así que cuelgo. Tres veces más llaman seguidas y sin dejarme ni respirar. Al final tengo que disculparme con el resto.

—Es mi hermano, igual es importante y...

—Tranquila cielo —dice Ronald—. Cógelo, parece urgente.

Me levanto y me retiro un poco para hablar con algo más de privacidad.

—Dime Fran. ¿Todo bien?

—Todo maravilloso. ¿Dónde estás? ¿Trabajando?

—Sí, claro.

—¿En el hotel?

—No, no estoy en el hotel. Estoy cenando en casa de mi clienta y...

—Ah claro, de picos pardos. Mírala ella.

—No, Fran, no estoy de picos pardos.

—Ya, ya, bueno, a mí no me cuentes rollos. ¿Cuándo vuelves al hotel?

—¿Cómo que cuándo...? Estoy con mi clienta, joder —mascullo intentando no alzar la voz y mirando de soslayo para ver si me miran.

—Te pongo con Samuel, porque me estoy poniendo muy nervioso, Daniela.

—No, no, oye...

—Piojo.

—¿Samu? ¿Qué le pasa a tu hermano?

—Hombre, según he entendido que pasas de ir a tu hotel.

—Le he dicho que iré al hotel en unos minutos cuando acabe y...

—Venga, pues dinos la dirección y te esperamos allí.

—¿Allí dónde? —La luz se hace en mi cabeza con tanta claridad que maldigo—. No me jodas. ¿Estáis en Ibiza?

—Sí señora.

—No puedo creerme que os hayáis plantado aquí joder, no estáis bien de la chorla. ¿Quiénes habéis venido?

—¿Nosotros? ¡Dijiste que nos necesitabas! Estamos todos.

—No, no dije que os necesitaba. —Pienso un poco en ello y recapacito—. Bueno vale, lo dije, pero era en sentido figurado, no para que vinierais, joder.

—Pues mira...

—No digas nada más. Voy al hotel ahora mismo. Apunta la dirección.

Mi hermano cuelga en cuanto se la doy y yo me quedo aquí, frotándome las sienes un momento antes de girarme y enfrentar a la familia de Oliver.

—¿Todo bien? —pregunta Ronald.

—Mis hermanos se han plantado en Ibiza por lo que ha pasado con el trabajo y porque han pensado que yo necesitaría estar con ellos. Se ve que no se les ha ocurrido pensar que estoy trabajando y solo podré verlos por las noches.

—¿Por qué? —pregunta Wen—. A mí no me molesta que estén por aquí siempre que no se metan en las pruebas de mi vestido y esas cosas, pero para el resto pueden estar contigo. ¡Es muy bonito lo que han hecho!

Ignoro este último comentario, porque de bonito nada. Vienen a darme el coñazo, como si lo viera.

—¿Mis hermanos en los preparativos de una boda? Hazme caso, esa no es una buena idea.

Todos ríen y Ronald habla de nuevo, sonriendo de una forma adorable. Más cuando me ha visto hacer... ¡Mierda! ¿Qué voy a hacer con el tema de Oliver ahora?

—¿Van al hotel en el que te hospedas?

—Sí —contesto intentando centrarme—. Sí, los muy tontos ni siquiera se han

preocupado de preguntar si hay hueco. Que lo habrá, por supuesto, pero no se hacen las cosas tan a lo loco.

—Pues sí que vas a tener razón en que son como tú —dice Oliver con una sonrisa bailando en las comisuras de su boca. Dios mío, qué bueno está, y qué mal estoy yo para pensar eso con el marrón que tengo—. De todas formas, ¿por qué no los llamas y que vengan aquí a dormir? —Lo miro como si le hubieran salido dos cabezas—. Antes de negarte piensa que en la casa no sois ninguna molestia. Te pasas el día aquí de todas formas, así que pagar un hotel es una tontería cuando tenemos habitaciones de sobra.

—Pero habéis alquilado esta casa para...

—Esta casa es mía.

Se me cae el teléfono de las manos. Lo recojo de inmediato y miro a Oliver con los ojos de par en par.

—¿Tuya?

—Sí, mía. Jake entendió en principio que la habíamos alquilado y no lo sacamos de su error. —Se encoge de hombros, como si tener una puta casa, en un puto acantilado, de la puta Ibiza, fuera lo más normal del mundo—. No le veo sentido a que paguéis un hotel, nena.

—Estoy completamente de acuerdo —tercia Elizabeth—. Hay habitaciones para todos si las comparten. Es una tontería pagar un hotel cuando tenéis alternativas más baratas.

—No quiero molestar más y mis hermanos son muchos, y ruidosos.

Es Ronald quien habla esta vez.

—Eso lo dices porque no has pasado un día al lado de Oliver y un piano, o una guitarra, o una batería...

—Creo que ya lo ha pillado papá, gracias —dice el susodicho mirándome—. ¿Entonces qué? Te quedas, ¿no? Di que sí, chica hipster, y piensa que así será más fácil hacer picnics, dar paseos o estar en mi habitación comiendo guarrerías... —Se muerde el labio y sonrío—. Nos pondremos tan golosos como quieras.

Juro por Dios que lo voy a matar. Si no fuera porque es mono hasta cuando me hace pasar vergüenza, ya le habría estampado el móvil en la cabeza. No lo hago por eso, y porque tengo un compromiso de permanencia que dura esta vida y un par de reencarnaciones.

—Vale —digo para zanjar el tema, porque discutir es inútil, y porque así tendré a Oliver más a mano, literalmente—. Pero tengo que ir al hotel a darme de baja, pagar la noche de hoy, aunque ya no duerma allí y recoger mis cosas, otra vez. Dios, menos mal que no he deshecho la maleta.

Oliver sonrío y parece tan ilusionado que tengo que reprimir el impulso de poner los ojos en blanco. Llegamos al hotel a eso de las diez, recogemos las cosas, volvemos

al aparcamiento de clientes y cargamos las maletas. Pasan solo cinco minutos antes de que dos taxis paren y cinco hombres salgan de ellos. Imposible no conocerlos de lejos.

Diego es alto, aunque no una exageración; moreno, con barba y de ojos tan azules como el mar. Fran es moreno, con barba también, aunque menos poblada y mucho más moreno de piel, además de que tiene los ojos marrones. Lorenzo los tiene azules, igual que Diego y mi padre. Samuel anda a caballo entre Fran y yo, es moreno también, con los ojos parecidos a los míos y el único que no lleva barba. Martín, mi hermano mellizo es rubio, tiene el pelo muy rizado y unos ojos azules que no se parecen a los de ninguno de la familia. Tiene cara de travieso, y actitud de lo mismo. Todos miran en derredor y cuando doy un paso adelante sonrían tanto que pienso que sus mejillas se romperán a fuerza de estirarlas.

—¡Piojo! —grita Fran—. Ven que te demos un achuchón curativo.

—Anda que ya os vale, venir aquí para esto.

Me acerco intentando parecer indiferente, racional y una mujer hecha y derecha, pero en cuanto me tocan me echo a llorar como una niña pequeña mientras me rodean y aplastan entre sus cuerpos. Las ganas de estar con ellos se me van cuando empiezan a pellizcarme «cariñosamente» mejillas, costados, barriga y hasta el culo.

—Mírate —dice Samuel—. Si ya te vistes como una persona normal otra vez y todo.

—Ahora falta que hable normal también. —Mi hermano Martín se carcajea—. A ver criaturita, habla que te escuchemos.

—Sois tannnnnnnnnnnnnnnnn graciosos —digo rodando los ojos.

—Lo sabemos —contesta Lorenzo riendo—. Y no llores más por Dios, guárdate algo para el día que me muera.

—No digas eso.

—Si es que es muy novelera esta niña —sigue Fran.

Miro a Diego, el mayor, que es el único que aún no ha dicho nada. Él se limita a sonreír un poco y besar mi frente, arrancándome algunas lágrimas más. Me abrazo a su cuerpo y sonrío junto a ellos, hasta que se fijan en Oliver. Fran es el primero en verlo.

—Tú no serás el ex, ¿no? Porque tengo un guantazo calentito en la mano esperando dueño.

Abro los ojos como platos, pero Oliver ríe de buena gana.

—No, yo soy Oliver Lendbeck.

—Oliver es tatuador y el hermano de la novia —digo como si fuese un dato importantísimo a tener en cuenta, porque con mis hermanos toda información es poca—. ¡Y tatúa a famosos y todo!

El susodicho sonrío en mi dirección, dedicándome una mirada penetrante y

pienso que menos mal que mis bragas se han volatizado hace ya rato...

—¿Eres tatuador? —pregunta Martín—. ¿Y haces precio? Estoy interesado en un...

—Cierra el pico —lo interrumpe Diego, el mayor—. No vas a tatuarte. De hecho, no sé ni por qué hemos dejado que vengas.

—Porque no ibais a venir todos a la isla de la fiesta y me iba a quedar yo pringando en el camping.

—¿Qué ha pasado con el camping? —pregunto cayendo en la cuenta.

Mi familia entera lleva el recinto, y aunque tenemos muchos trabajadores, mis hermanos son los encargados en varios puestos. Diego, junto a mi padre, suele encargarse de la dirección y la clientela. Fran es chef y lleva el restaurante, mientras que Lorenzo se encarga de la administración y el papeleo. Samuel es psicólogo y tiene una consulta en el pueblo, pero también es monitor de submarinismo en el camping, y Martín... bueno, Martín trabaja de camarero, monitor, restaurando casas de madera del camping o de lo que lo ponga Diego, que es el mayor y el que manda le guste a él o no. Cierto es que mi hermano mellizo es muy dado a la fiesta y si le das una tarea fija acaba acoplado el horario a sus juergas, lo que tarde o temprano acaba haciéndolo fallar en el trabajo, así que hace ya tiempo que lo tienen rodando de un sitio a otro. Tampoco es que él se queje mucho, la verdad.

—Solo serán tres días —dice Samuel—. El domingo por la mañana nos vamos al pueblo. Y no es temporada alta así que entre papá, mamá y los empleados lo tienen controlado.

Me quedo más tranquila, la verdad, porque no quiero sumarme el remordimiento de haberlos hecho dejar sus responsabilidades por mí. ¿Ves? Al final maduro y todo...

Oliver pasa el brazo por mis hombros, dejando caer la mano cerca de mi pecho. Besa mi pelo y yo me abrazo a su cintura por inercia saliendo de mis pensamientos.

—Yo no entiendo mucho de tatuajes —dice Fran—, pero entiendo de roces innecesarios, y esa mano está teniendo un roce innecesario con la teta de mi hermana. Que la tela de la camiseta no es de hierro, ¿a qué no? —Oliver niega con la cabeza—. Pues por eso, la manita, para arriba.

Resoplo y Oliver quita la mano de inmediato. Lo miro y veo que no lo ha hecho por miedo, sino por respeto. Lo entiendo, pero echo de menos su contacto... Madre mía, esto es una pésima señal.

—En fin —digo—. Oli, ellos son mis hermanos: Diego, Fran, Lorenzo, Samuel y Martín. Chicos, tratadlo bien, es desde ya mi mejor amigo.

Él me mira un momento, supongo que por eso de llamarlo «mejor amigo», pero es que no pienso contar a mis hermanos que es el hombre que pienso follarme del derecho y del revés para deshacerme de la ansiedad y el estrés.

—Encantado —contesta él sin más—. Bueno, ¿vamos?

—¿Adónde? —pregunta Samuel.

Aclaro la situación explicando que Oliver tiene una casa inmensa y sobrada de habitaciones que ha ofrecido para que no tengamos que pagar hotel.

—¿Pero gratis... gratis? —pregunta Diego con evidente escepticismo.

—Yo estoy trabajando allí, lo descontaré de mi sueldo, ¿de acuerdo? —Sé que Oliver no me cobrará, pero conozco a mis hermanos y esto puede llevarnos a una discusión interminable.

—Mmmmmm vale. —Samu asiente—. Entonces vamos.

Fran y Martín se vienen con Oliver y conmigo, y el resto coge un taxi de nuevo. Nos pasamos el camino hablando, o más bien gritándonos unos a otros. Lo mismo me dicen lo mucho que me han echado de menos, que me reclaman el no llamar a mis padres tanto como debería. Son tan intensos que cuando bajo del coche tengo la cabeza como un bombo, y eso que solo son dos. Cuando estemos todos juntos...

Entramos y les presento a Wendy y sus padres, que siguen en el salón. Ronald les ofrece una copa, pero ellos admiten estar cansados así que el propio Oliver nos muestra dónde vamos a dormir hasta el domingo y nos deja un rato a solas. Diego y Fran dormirán en un cuarto, Lorenzo y Samuel en otro, y Martín lo hará conmigo en la habitación que hay justo frente a la de Oliver. Entramos y lo veo deshacer su macuto en silencio, mientras el resto de mis hermanos se nos unen poco después.

Me tumbo en la cama, agotada mientras dos de ellos me abrazan y el resto charla de lo que haremos estos días. Sé bien que ninguno abordará el tema de Jake esta misma noche, así que puedo estar tranquila un ratito, lo que es de agradecer porque he ido acumulando estrés gracias a todo lo de Jake, la boda, y lo ocurrido con Oliver.

Hablando de él... Me disculpo un momento con mis hermanos y lo busco en el salón, donde está con su familia.

—Al final no podemos ir al picnic —murmuro cuando nos apartamos un poco del resto.

—Tranquila... Ya lo haremos.

Asiento sin más. La verdad es que estoy muy, muy saturada y él debe verlo porque me acompaña escaleras arriba sin decir nada. Me dirige a mi habitación de nuevo y sonrío un poco, agradecida de que entienda que necesito descansar.

—Si necesitas cualquier cosa de mí, ya sabes dónde estoy.

Besa mi mejilla, entreteniéndose en acariciar mi oído con sus labios un poco, se separa de mí y desaparece en su dormitorio con una sonrisa traviesa.

Llámalo instinto, o presentimiento, pero algo me dice que los días que me quedan en Ibiza van a ser muy, muy movidos.

17. Ojalá fuera hija única

Me tumbo en la cama meditando de nuevo acerca de todo lo ocurrido hoy y, sobre todo, acerca de Oliver. La verdad es que por su aspecto se nota que es un macarra, y la profesión de tatuador le va al dedillo, pero cuando lo conoces puedes encontrar en él una ternura que... No, en serio, es muy tierno, al menos conmigo, claro. Martín ronca con suavidad a mi lado y lo miro sonriendo. He echado de menos a este mequetrefe, no sé si será cierto eso de los hermanos mellizos y el supuesto lazo invisible que los une, la verdad, pero yo lo adoro, aunque también adoro al resto.

Martín se gira dándome la espalda y yo miro al techo. Estoy en una cama hipermegacómoda, de esas de cuento de hadas, o de película porno romántica, ya cada uno que elija la opción que le apetezca. El caso es que aquí estoy yo, pensando en todo lo que ha pasado a lo largo del día e intentando encajar a Oliver en mi vida ahora que Jake está fuera para siempre. Súmale a eso mi desempleo y ya tienes todos los requisitos para otra noche sin dormir mucho.

Jake... Dios, su cara cuando me ha visto con el *short* y la camiseta ha sido de época. Y desde ahí todo ha sucedido tan rápido y de tantas maneras, que parece que en vez de un día hayan pasado años. La ruptura, la dimisión, enrollarme con Oliver como una niñata con incontinencia, que mis hermanos se presenten aquí... Es mucho para encajar en una mente tan machacada por la resaca como la mía.

A la una y algo de la madrugada y harta de dar vueltas decido que puedo probar suerte en la habitación de Oliver. Quizá esté despierto también y podamos charlar, o ver una peli, o comer chocolate y chuches... o follarnos hasta desgastarnos. Es esta última opción la que me convence del todo de levantarme.

Me bajo de la cama con el pijama que me he comprado para la ocasión, más que nada por no ir en chándal ni desconjuntada en Ibiza, sobre todo el fin de semana que estén las chicas aquí. Vaya, tampoco me he matado porque he cogido uno que consiste en un pantalón corto de tela y rayas de colorines y una camiseta de tirantas algo grande con la pantera rosa estampada en el centro. No es un camisón de La Perla, eso desde luego, pero tendrá que valer. Salgo del dormitorio intentando no hacer ruido, y apenas he cerrado la puerta cuando escucho una voz familiar

—Tsh, tsh. ¿Adónde vas?

Me giro y veo a mi hermano Fran, con un pantalón de pijama burdeos de seda... ¡Seda! Y el cabrón consigue que le quede bien. Además, va sin camiseta y con el pelo negro revuelto. Es, junto a Samuel, el que tiene los rasgos más parecidos a los míos.

—¿Eh?

—¿Que adónde vas? ¿De excursión nocturna?

—No, es que... me hacía pis.

¿Por qué miento? Puedo decirle con tranquilidad que voy al dormitorio de Oliver y él no tiene ningún derecho a decirme nada. ¡Acabáramos! Estaría bueno que él o cualquiera de los otros intenten controlarme la vida. No, de ninguna manera... pero

cuando voy a echarle valor, él habla de nuevo, interrumpiendo mi momento de gallardía.

—Pues si te hacías pis, lo haces en tu cuarto, ¿eh, bonita? Y si no, te buscamos un orinal mañana mismo. O te acompaño yo ahora mismo al cuarto de baño.

—No, es que...

—¿Qué? ¿El váter de él es más bonito? —Señala la puerta de Oliver y niego con la cabeza—. No, claro, porque los váteres del mundo tienen todos la misma función: hacer pipí, y popó. ¿Quieres hacer pipí fuera de tu cuarto? Muy bien, venga, vamos.

—No tienes que llevarme a mear, joder.

—Sí, tengo, porque te veo muy perdida, y no hablo del sentido geográfico nada más. —Se calla y parece pensar en algo antes de hablar—. Bueno, en ese también te veo perdida, pero de eso ya hablaremos mañana.

—¿Y qué hay que hablar?

—Hombre, tú tendrás que hacer algo ahora con tu vida, ¿no? ¿O te vas a convertir en una cani más de este país?

—Perdona, no me insultes.

—No te insulto. —Niega con la cabeza y hace ese ruidito con la lengua de «ths, ths, ths» que me saca de quicio—. No te insulto. Te digo que como te has ido a meter de putoncillo con el jefe y ahora estás en la calle, pues tendrás que pensar algo.

—Me estoy agobiando —digo, nerviosa.

—No te agobies, que eso no sirve de nada. Además, en el camping siempre habrá hueco para ti.

Frunzo el ceño. ¿Volver a trabajar en el camping? No, ni de coña. Yo quiero estar en Madrid, no irme al sur de nuevo. ¿No? ¿O sí? Uf, no lo sé ni yo.

—De momento, posponlo —contesto al final, muy diva yo.

—*Pos* ya está puesto —responde él partiéndose de risa—. ¿Lo pillas? —Lo miro, agilipollada porque lo de Fran no es ni medio normal—. ¿No? És que ya te estás volviendo una siesa de capital, pero hay que ver, yo no pierdo la gracia ni de madrugada, ¿eh? —pretendo quejarme, pero no me deja hablar, claro—. Bueno, ¿qué? ¿Vas a hacer pipí o se te han quitado las ganas con tanta charla?

—Voy a hacer pipí en mi cuarto, ya si eso.

—Muy bien que me parece.

—¿Y tú por qué estás aquí a estas horas? —pregunto.

—Porque estoy pensando, y yo para pensar, necesito un pasillo por el que pasearme.

—¿Y qué piensas?

—Que a mí no me gusta esto de estar aquí por la cara, piojo. Y me he dicho:

«Bueno Fran, pues si ellos te dan cama, tú les puedes hacer una paellita, o una comida así a base de pescadito frito». ¿Tú sabes dónde está la lonja aquí?

—Por Dios Fran. —Me llevo las manos a los ojos, porque es lo que me faltaba—. No, no vas a hacer ni paellita, ni pescadito frito, porque aquí ya hay cocineras.

—Lo que tendrá que ver. Esto es una cosa que yo hago de agradecimiento. Yo aquí de acoplado no me quedo, ¿eh? O les hago algo o me vuelvo al hotel.

Cierro los ojos y me preparo para otra discusión. ¿Por qué el Señor me ha dado hermanos tan cabezones y exasperantes?

—Vamos a ver, Francisco, que esto no funciona como en nuestra tierra y con nuestra gente. Que si estamos aquí es porque ellos tienen una casa como esta, en la que hay habitaciones a patadas y, dejarte una a ti, no les supone ningún esfuerzo, ni esperan nada a cambio.

—Pero que estas cosas no las hago yo para quedar bien, Daniela. Te veo muy señoritinga, ¿eh? Esto se hace para demostrarles que valoramos su hospitalidad. Además, hazme caso, ¿no ves que son guiris? A estos les hacemos una paella con su marisco, y sus pimientitos, y una sangría bien fresquita y ya nos los ganamos de por vida.

—Fran, que estamos organizando una boda en esta casa. No está la cosa para barbacoas tuyas.

—¿Y quién ha dicho nada de la boda? Yo estoy hablando de comer. Porque comer hay que comer te cases o no. ¿O no comen ahora los ricos? —pregunta con ironía—. Lo mismo es que no comen, y yo aquí pensando que solo nos alimentamos los simples mortales.

—No tiene gracia.

—No, desde luego que no la tiene, siesa. Vete pensando lo de venirte de verdad para abajo, porque vaya tela como te estás volviendo, hija mía.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

—Que tú antes estas cosas las apoyabas y hasta te ofrecías para ayudar, Daniela, y ahora parece que te avergüenzan tus raíces.

—¿Pero si la paella es famosa en Valencia y no en el sur, zoquete! A mí no me hagas chantaje emocional, ¿eh?

—Pero eso ellos no lo saben —dice enervado entre susurros—. Además, ¿qué pasa? ¿Son los valencianos ahora los únicos expertos?

—No, pero la receta típica es de allí. Y relájate, que te está saliendo la vena a lo Patiño.

Él ignora mi último comentario y sigue a lo suyo.

—Y el pescadito es más típico nuestro y no les prohíbo yo a los madrileños cocinarlo, ¿a qué no?

—¡Vale! ¿Qué quieres? ¿Comprar pescado y hacer una fritura? Pues nada, mañana vas y buscas dónde comprarlo, y yo les diré a estos que te encargas de la comida.

—Mmmmm. ¿Y sangría?

—Y sangría.

—Y un gazpachito —sonríe, me da un toque en el brazo y levanta tres dedos en señal de «ok»—. Fresquito de aperitivo, que no veas como entra.

Suspiro y asiento. ¿Qué puedo hacer? Conozco a mi hermano, joder, yo he heredado mi don para insistir de él. El resto también lo tiene y esto es una cosa que va con la edad. A mí me toca pringar con lo que ellos decidan, porque he tenido la desgracia de ser la pequeña. Hubo un tiempo en que le rogué a mi madre que tuviera otro hijo solo para mandar yo algo, pero aquello no se dio porque la señora decía que, si Martín y yo ya habíamos sido un escape, ni hablar de tener otro. Lo del escape lo decía por joder, igual que mis hermanos me decían que era adoptada y por eso no me parecía a Martín aun siendo mellizos. En mi familia somos unos payasos sin fronteras desde siempre.

Vuelvo a mi dormitorio e intento dormir. La última vez que miro el reloj son las tres pasadas y no dejo de dar vueltas a todo lo que ha ocurrido. Y por raro que resulte, Jake es en quien menos pienso en todo momento. Curioso, ¿no? Yo, que hace dos meses pensé que me moría sin él...

No es que no me acuerde de él. Lo hago y, de hecho, sus últimas palabras resuenan en bucle en mi mente. Me ha tachado de puta y eso no puedo consentirlo bajo ninguna excusa. ¿Me quiere? No lo sé, es probable que sí, a su manera. El problema es que la manera de querer de Jake duele demasiado. Y con ese pensamiento, me duermo.

No sé qué hora es, pero sí que varios cuerpos grandes y con acento del sur caen sobre mí, y que estoy muerta de sueño.

—Vamos piojo —dice Samuel—. Hora de levantarse.

—¿Qué hora es?

—Tempranito, para que no se nos vaya el día. —Oigo a Lorenzo, mientras Martín también se queja.

Miro el reloj. Joder, y tan tempranito, como que son las seis.

—¿Adónde vais?

—A por el pescadito —contesta Fran—. He mirado en internet dónde comprarlo y ya tengo dos taxis avisados.

—Pues muy bien, que vaya bien la compra.

Bostezo y me pongo boca abajo, pero unas manos me agarran de la cintura y me levantan pese a mis protestas. Miro atrás y maldigo. Jodido Samuel.

—Suéltame ahora mismo, loquero. Quiero dormir.

—No soy loquero, soy psicólogo porque con el comportamiento de esta familia era estar como una puta cabra o dedicarme a aprender cómo curaros. Elegí lo segundo.

—Como si tú estuvieras muy cuerdo.

Me mete en el plato de ducha y señala mi pijama.

—Yo que tú me lo quitaría, porque voy a enchufar el agua en diez segundos.

Los otros cuatro ríen tras él, incluso Martín, y eso que le ha jodido levantarse tanto como a mí. Alzo la barbilla y Samuel se cruza de brazos.

—Mírala, se pone chula, se creerá que es mentira.

—Ya te quedan cinco segundos —dice Diego con una pequeña sonrisa.

Samuel mientras tanto se ha hecho con el mango de la ducha y me mira con esa cara dulce que no me engañaba en absoluto.

—Tres, dos, uno...

Y por si tenías dudas, abre el agua fría y me apunta a la cara mientras yo grito y me cago en su puta casta.

—¡La misma que la tuya! —contesta él, muerto de risa.

—Mira, ¡parece una rata mojada! —Fran palmea su muslo con fuerza y todo, de la risa.

Las carcajadas del resto se deben oír en toda la casa. Son unos sádicos de cuidado.

—¿¿Me quieres dejar de enchufar a la puta boca?!

—Es que es como los juegos esos de la feria —dice Samuel—. Estoy esperando a ver si te inflas o algo.

—¡Déjame a mí un poco! —exclama Martín ilusionado.

—Iros a la mierda —contesto.

Más risas. Claro, si es que ya sabía yo que a más me quejara, peor...

—Bueno, ya que estás despejada y despierta —dice Diego apartando a Samuel—, te dejaremos terminar de ducharte, pero no tardes, ¿eh? Y nada de cerrar con seguro, que ya sabes que en casa están prohibidos.

—Porque sois unos controladores de mierda, sí.

—No señora —replica Fran—, porque puedes caerte en la placa ducha, abrirte una brecha en la cabeza y morirte como la Carmina Ordoñez mientras nosotros estamos fuera tan panchos.

—¡Fran si me cayera lo escucharías desde fuera y romperías la puta puerta porque un pestillo pequeño solo sirve para tener algo de intimidad, pero al mínimo empujón cede!

—Shhhhhhhh baja la voz —interviene Lorenzo—. Que no tiene por qué saber nadie en esta casa lo barriobajera que eres cuando quieres.

Yo aprieto la mandíbula, cojo aire y les hago un corte de mangas antes de que salgan del baño. Putos hermanos mayores. Estos son los que han venido a animarme, ¿no? Pero de momento me han puesto la cabeza como un bombo con sus ideas de hacer de comer a las maneras de la tierra, y ahora me sacan de la cama a las seis de la mañana y me enchufan agua helada en la cara. Coño, que eso me da un corte de digestión por el cambio de temperatura y me quedó aquí cual pajarito congelado. Qué muerte más triste...

Claro que es eso o, de seguir por este camino, terminar saliendo en el periódico por matar a mis hermanos a sangre fría. Luego entrevistarían a mis vecinos, que dirían que era un poco rarita y de vez en cuando la armaba con los llantos y las borracheras, pero no parecía mala persona. O que, cuando bajaba a tirar la basura, me paraba y saludaba, vamos, todo muy normal.

Sí, ya, ya. Vaya película en un momento...

Acabo de ducharme, me envuelvo en el albornoz y salgo del baño para vestirme frente a las miradas de mis hermanos que han terminado rápido, como siempre, colocándose zapatillas, vaqueros y camisetas. Mientras me coloco frente al armario pensando qué ponerme pienso que esa es otra de las ventajas de ser tío: te pones cualquier mierda y vas vestido.

Al final, elijo una camiseta de cuello abierto con bolsillo delantero en color salmón, un vaquero corto desgastado con cintura alta y con rotos, las converse blancas, el reloj y las pulseras con tonos salmón y dorados, y las gafas de aviador. Me recojo el pelo en una trenza con mechones sueltos que cae sobre mi hombro y cojo la pequeña mochila marrón de cuero, ignorando a mis hermanos, que maldicen todo lo posible y aseguran que están hasta los huevos de esperarme.

—No haberme despertado, ¿eh? Así que chitón, que podíais haberme dejado en paz e ir vosotros, joder.

—Hemos venido aquí a estar contigo —me reprocha Samuel.

No contesto, porque seguir discutiendo de tan buena mañana es tontería. Bajo las escaleras y espero en el porche con ellos que lleguen los puñeteros taxis. En esas estoy cuando aparece Marisa, la cocinera, con un vaso de cartón de esos de bebida para llevar.

—Señorita Daniela, la he visto antes bajar las escaleras y me he permitido hacerle un café con leche y doble de azúcar, como le gusta.

Alzo las cejas, sorprendida, y sonrío.

—Muchas gracias Marisa, eres un encanto. Y tutéame, por favor.

La mujer sonrío de vuelta y asiente.

—¿Oliver está despierto también? —me pregunta.

¿A él sí lo tutea? Un momento...

—Marisa. ¿Tú has sido contratada junto al resto del equipo?

—No señorita, yo soy la cocinera de los señores Lendbeck y viajo con ellos cada vez que lo hacen en familia.

—¿Y cómo es que no lo sabía? Y tutéame —advierito.

—Bueno. —Sonríe—. Nadie te lo dijo, así que es normal que con todo este lío pensaras que yo era una más.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para la familia?

—A ver, el niño Oliver tiene treinta y cuatro años. Pues treinta y dos, más o menos.

Abro la boca de par en par mientras ella ríe.

—¿Qué edad tienes?

—Shhhhhhhhhhhh niña, no le preguntes eso que es de mala educación.

Diego me da una colleja, Samuel chasquea la lengua y el resto suelta suspiros exasperados.

—Perdónela usted —dice el Fran—. Se ve que la gran ciudad le ha removido el cerebro y los modales.

—No pasa nada —dice ella sonriendo—. Tengo cincuenta y nueve años.

—Pues estás divina, Marisa —contesto, ignorando a mis hermanos.

—Ay, y tú eres un sol. ¿Vais a salir?

—Sí, aquí mis hermanos se han empeñado en libraros del trabajo del almuerzo para la familia hoy, porque quieren hacer pescado frito y eso.

—Para usted también habrá, Marisa —dice Fran—. Que una mujer que lleva tantos años en la cocina seguro que sabe reconocer algo bueno cuando lo prueba.

—Luego llamaré a la familia yo para decírselo —Intervengo.

—Por supuesto —contesta ella sonriendo, aparentemente encantada con lo dados a invitar a todo el mundo que son mis hermanos—. ¿Y qué le digo al niño Oliver cuando despierte y pregunte por ti?

Abro la boca y la cierro para pensarlo, porque no creo que pregunte por mí, aunque Marisa parece estar muy segura. Al final me encojo de hombros.

—Que me llame si quiere algo.

El taxi llega y yo me despido de ella con una sonrisa. Mis hermanos se despiden con un beso cada uno. Ay, Señor, lo que me queda por pasar...

La mañana se convierte en una odisea, porque ninguno de mis hermanos está seguro de que el pescado que quieren vendernos en la primera pescadería sea fresco, así que cambiamos buscando otra, y luego otra, y en la tercera por fin dan con lo que

quieren, pero entonces tienen que ir a la verdulería, y la frutería, y de últimas al súper a comprar bebidas, porque ellos no van a hacer una comilona para nadie con ingredientes prestados.

Me invitan a una coca cola, eso sí, pero vaya, que yo estoy hasta el moño ya, y el whatsapp que he recibido de Oliver a las once con una carita triste es lo único que me hace sonreír un poco.

Lo llamo y le explico lo que ha pasado –obviando que anoche hice amago de buscarlo en su dormitorio—. Él ríe y parece encantado con el plan, así que me anima a seguir de compras mientras aprovecha para ir a su estudio a trabajar un poco.

Para cuando llegamos a casa son casi las dos de la tarde y vamos tan cargados de cosas que necesitamos a dos trabajadores para ayudarnos a llevarlo todo de los taxis a la cocina.

—¿Os habéis vuelto locos? Por Dios —dice Marisa riendo cuando nos ve.

—Estos, que no saben controlarse.

—¿Me echaste de menos, chica hipster?

Esa voz en mi oído provoca una corriente eléctrica en mi cuerpo. Dios, es tan... Me giro de inmediato hacia un Oliver sonriente que se agarra a mi cintura con las dos manos.

—No te imaginas cuánto. —Lo abrazo sin pensarlo poniendo cara de pena y él ríe besando mi frente y rodeándome con fuerza.

—¡Pst! ¡Eh! —Miro a Fran por encima del hombro de Oli—. Menos tonterías y más mover el portacaca al jardín, que tenemos trabajo.

Cuento a diez, luego a veinte, y luego a treinta, mientras Oliver se parte de risa, aunque yo creo que no se entera mucho de lo que dicen mis hermanos. Yo por mi lado, pienso en las formas de matarlos y hacer que parezca un accidente.

18. Después de la tempestad viene la calma... casi siempre

Me salgo al jardín con ellos y mando a Oliver para que avise a Wendy de que estoy aquí, porque no olvido que el motivo principal de mi estancia en esta casa es la boda, aunque la propia novia parece pasar cada vez más de hablar del tema.

Me peleo con mis hermanos cuando ponen los espetos en la barbacoa y me toca ser la vigilante oficial.

—Pero vamos a ver: ¿Yo dije algo de comida? Fuisteis vosotros, que sois muy listos.

—Pero estamos muy liados haciendo otras cosas —dice Martín—. ¿O no lo ves?

Sí, otras cosas como hacer la sangría, bromear o beber tinto de verano comentando el último partido de fútbol. Y lo peor de todo es cuando Oliver sale con Wen poco después, lo secuestran y lo meten en todas las conversaciones, aunque el pobre a veces ponga cara de estar más perdido que Adán el día de la madre. Claro que mejor eso, a que le pregunten por millonésima vez, si al ser lo de Los Ángeles y tatuar a varios famosos conoce a alguno de los ángeles de Victoria's Secret.

—¡Joder ni que fuera el Levine! —grito desesperada—. ¡Dejadlo en paz!

—Está celosa —dice Samuel a Oliver, que sonrío y bebe de su botellín.

—No es verdad —respondo.

—Lo es. —Martín asiente—. Se la comen los celos —dice a Oliver antes de volver a centrarse en mí—, pero si tú estás muy bien mujer. A ver, una de esas no eres, seamos sinceros, pero vaya, para un apaño...

Cojo aire, me acuerdo de su puñetero padre, el mismo que el mío, y me vuelvo hacia los espetos.

—Son simpatiquísimos —dice Wendy sonriendo.

—Claro, como a ti no te han dicho que eres un apaño.

—No lo dicen como tal, creo. La verdad es que me confundo un poco cuando habláis los seis a esa velocidad.

Sonrío, porque la entiendo, así que le ofrezco otro botellín de cerveza y le pregunto por las flores del altar. Ella evade el tema y yo frunzo el ceño.

—¿Todo está bien?

—Aja, sí, es solo que estoy nerviosa y quiero ver a Brian. Dijo que vendría por la mañana y son casi las dos...

—Vendrá —susurro, poniendo una mano en su hombro.

—Mientras esté aquí el sábado... —Esboza una sonrisa triste que me jode en lo más profundo.

Porque sí, porque Brian no tiene ningún derecho a hacerle eso, joder. ¿Quién se cree que es? Me quema la sangre darme cuenta por días de lo especial que es Wendy y

lo imbécil que es Brian. Cambio el tema, porque conociéndome como me conozco, terminaré despotricando contra él y no quiero hacer eso a dos días de la boda.

Ronald y Liz salen junto con Marisa cuando todo está ya casi dispuesto. Nos sentamos en la mesa exterior y empezamos a picotear algo mientras esperamos a Brian. Cuando se digna a aparecer son casi las tres de la tarde y aunque respiramos tranquilos, la tensión entre él y Wen es palpable desde el primer momento.

Oliver se tensa a mi lado y yo cojo su mano por debajo de la mesa, apretándola para que se calle, porque enfrentarse a él no traería nada bueno, pero es difícil, porque ni siquiera saluda a Wendy como si se alegrara de verla. Un beso en los labios de pasada es todo lo que se dan. Nos ponemos a comer con mis hermanos acaparando la atención de Ronald y Elizabeth, que sonrían ante sus tonterías. Todos lo hacemos, pero yo no dejo de mirar a Wendy, que no prueba bocado hasta que, a la hora del postre, mira a Brian y susurra un «Tenemos que hablar» que me eriza la piel.

—Si nos disculpáis... —dice Brian.

—Disculpado quedas, hombre. —Fran enarca una ceja y cuando entran en la casa mira a los padres de Oli y habla con solemnidad—. ¿Por qué parece que le han metido un palo por el culo al andar?

Yo me atraganto con la sangría y lo miro como si se hubiera vuelto loco, pero el resto de mis hermanos, Oliver, y hasta Ronald y Liz estallan en carcajadas, encontrando su salida de tono de lo más ingeniosa.

—Francisco Acosta, cierra el pico —siseo.

—Daniela Acosta, no he dicho nada malo. Hay gente que anda recta, y luego está ese, que entre la cara de simpático y el palo de fregona metido en el culo, se le quitan a uno las ganas de vivir.

—¡Fran!

—¿Qué? —Mira a Ronald y Liz y sigue a lo suyo—. Me vais a perdonar, pero tenéis una hija guapa. Qué digo guapa, ¡preciosa! Y seguro que tiene medio millón de virtudes más importantes todavía que el hecho de ser perfecta físicamente. Y ese tío llega después de, ¿cuántos días sin verla? —pregunta a Oliver.

—Tres.

—Tres días sin verla, y a dos días de su boda, si yo soy él, llego y me la como de arriba abajo antes de mirar a nadie más.

Yo me resbalo en mi silla y me escondo detrás de mi vaso ancho de sangría deseando morirme, aunque Oliver haya metido la mano por debajo de mi pelo y acaricie mi nuca en un gesto distraído, intentando calmarme.

—Opino igual que tú —dice Ronald, dejándome a cuadros—. Es lo mínimo que merece mi hija, pero no soy yo quien decide con quién se casa...

—Ya, ese es el problema —interviene Samuel—. Yo espero que no me toquen niñas, porque si es con Daniela y ya se me hace un nudo en el estómago de pensar

que algún tipejo la trate mal... —Me mira y frunce el ceño—. ¡Siéntate derecha como las personas que estamos en la mesa! —Mira al resto y niega con la cabeza—. Es que no aprende, ¿eh? No aprende...

Pienso contestar como merece, pero el sonido de algo estrellándose nos llega desde la cocina y todos nos levantamos, como si fuese la señal de ataque. Podría ser que alguien del servicio haya tirado algo, pero es la hora de comer y no hay mucha gente por aquí. Entramos y nos encontramos con que, en efecto, Wendy ha tirado un jarrón al suelo, que descansa hecho pedazos justo al lado de Brian.

—Fuera de mi casa —dice en inglés con una frialdad que hasta a mí me hiela la sangre.

—Esta casa es de tu hermano, en primer lugar, y en segundo, si fueras un poco más razonable...

Wendy coge un plato de la isleta y Oliver se interpone en su camino, quitándoselo de las manos.

—¿Qué pasa aquí? —Mira a Brian y se pone tan serio que incluso yo me envaró—. ¿Qué has hecho ahora?

—Solo intento explicarle que esta tarde tengo una reunión en el pueblo para terminar de cerrar el trato, y ella en vez de estar agradecida de que haya logrado traer a los clientes aquí para no tener que estar más tiempo en la otra isla, monta en cólera y se comporta como una...

—¿Cómo una qué? —pregunta ella enfadada.

—Como una cualquiera, Wendy. ¿Este es el matrimonio que piensas darme?

—No, yo no pienso darte ningún matrimonio porque, de hecho, llevo toda la semana pensándolo Brian, y en realidad no quiero casarme contigo.

Se hace un silencio sepulcral que dura, al menos, un minuto, pero parece una hora.

—¿Cómo has dicho? —pregunta él, y lo hace con tanta calma que me cabrea todavía más.

—Que después de estos días he comprendido ciertas cosas sobre nosotros que indican que no estamos hechos para casarnos. Que nos llevamos medio bien porque no nos vemos, Brian, pero esa no es la relación que yo quiero para toda la vida. Yo quiero a alguien que me haga sentir querida, que me desee, que sienta que no puede vivir sin mí y... y que me ame y yo lo sienta.

—El matrimonio es algo mucho más serio que eso, Wendy. Si lo que querías era un revolcón de una noche haberte buscado a otro. A mí las cualesquiera no me gustan.

Wendy no contesta, pero las lágrimas acuden a sus ojos y antes de que yo pueda darme cuenta Brian ha recibido un puñetazo en pleno ojo y el caos se ha desatado en la cocina. En un primer momento pienso que han sido Oliver o Ronald, que es lo más lógico, pero no, el del puñetazo ha sido Francisco Acosta, el mismo que ahora está

sobre Brian, inmovilizándolo en el suelo.

—Escúchame bien, cara fregona, que yo el inglés no lo hablaré muy bien, pero el Señor sabe que a base de escuchar guiris he aprendido a entenderlo, ¡y tú no le hablas así a una mujer porque a mí no me sale de los huevos! ¿Qué te crees? ¿Qué eres mejor? Los hijos de puta como tú tenían que estar todos en una isla dejaditos de la mano de Dios.

—¡Suéltame salvaje!

—¡No, si yo no te agarro! —Se quita de encima y lo mira con sorna—. Anda, levántate del suelo, rata.

Brian se levanta con la cara roja como un tomate.

—¿Sabes qué, Wendy? —dice tocándose el ojo y negando la atención de Ronald que, pese a todo, intenta ver su herida—. Quédate con tu familia, porque la verdad es que este matrimonio tampoco me convencía demasiado a mí. Ya sabía yo que eras una salvaje, no hay más que ver las pintas de tu hermano para ver que no tendrás tatuajes, pero eres como él.

Ah no, por ahí sí que no. Me adelanto y antes de que nadie me coja le suelto un guantazo que resuena en la cocina entera.

—Para hablar de Oliver te lavas la boca o te suelto otro del estilo. Te va a faltar cielo para dar vueltas.

Qué ganas le tenía y que a gusto me he quedado, aunque me pique la mano cosa mala. Brian no dice una sola palabra, sale en dirección al salón y escuchamos el sonido que sus pasos dejan en los escalones. Supongo que va a hacer su maleta, o recogerla porque no ha tenido ni tiempo de hacer lo primero. Miro a mi hermano, que el pobre es muy gallito, pero vamos, perro ladrador... Y en este momento está mirando a todo el mundo un poco apurado y respirando con dificultad.

—Que... Que me ha cabreado, el guiri. Y ya está.

Se seca las palmas de las manos en los pantalones y yo miro a Oliver, que alza una ceja mirándonos.

—Creo que debería contrataros como guardaespaldas —dice al fin.

Ronald suelta una carcajada y palmea el brazo de Fran.

—Muchas gracias por hacer lo que todos deseábamos. —Pasa un brazo por mis hombros y besa mi cabeza—. Tan chiquitita y tan valiente, ¿eh?

Yo sonrío, porque Ronald es un encanto y porque me gusta mucho estar con él, aunque sea médico. Miro a Wen, que se abraza a su madre y está en *shock* todavía.

—¿Estás bien?

Ella me mira y parece reaccionar de pronto a todo lo ocurrido. Pensaba que se hundiría, pero no, sonrío y me abraza con fuerza.

—Gracias.—Solloza sin dejar de reír—. De no ser por ti, nunca habría dado el

paso.

—No digas eso, tú eres muy valiente.

—No, tu historia me hizo ver lo equivocada que yo estaba con todo esto. Has cambiado a esta familia para bien, Dani. Te quiero.

Sonrí y la abrazo con fuerza, susurrándole que yo también la quiero, porque es verdad, qué coño. Llevo más de dos meses tratando con esta mujer, la he visto ilusionarse, mostrarse enamorada, tener paciencia y de últimas, ser tonta y ciega como yo. Somos como una canción de Shakira, mal que nos pese. Nuestras historias son muy parecidas en muchos sentidos y sí, yo también la quiero, porque ha demostrado ser una gran amiga con todo lo de Jake.

—Seguiré estando aquí para ti —digo. Me separo y la miro a los ojos—. Y mira la parte buena, ahora puedes venirte a celebrar mi cumpleaños.

—Eh, que también es el mío —dice Martín sonriendo—. Menuda jugera nos vamos a correr.

Wendy ríe y Elizabeth se acerca y se une a nuestro abrazo.

—Siento que tengas que tirar todo el dinero, papá.

—¿Quién ha dicho nada de tirar? —pregunta él—. No, de eso nada. Los invitados no llegaban hasta mañana así que todavía podemos avisarles para que cancelen el vuelo. Me encargaré de pagar la diferencia del porcentaje que no les reembolsen.

—Pero la fiesta...

—La fiesta se hará. Solo que ahora será para celebrar que has abierto los ojos, y el cumpleaños de Daniela y Martín. —Yo abro los ojos de par en par y Ronald nos sonríe—. ¿Qué decís, chicos? ¿Queréis celebrarlo aquí con nosotros? Podéis traer a quien queráis, por supuesto.

—Pero yo...

—A mí me parece una idea maravillosa —dice Oliver interrumpiéndome—. La casa está decorada, las flores llegarán de todas formas y los invitados serán los íntimos nuestros de aquí de la isla y tus amigas, que llegarán mañana. —Sonríe y me mira con intensidad antes de seguir—. Si lo que quieres es ir a alguna discoteca por la música o el dj solo dame el nombre y estará aquí para ti, nena. O tú, Martín.

Hablo antes de que mi hermano lo haga, porque es capaz de desplegar una lista de deseos aquí, que lo conozco.

—Pero es que me sabe muy mal no pagar algo...

—¿Más? —pregunta Liz—. Gracias a ti nos hemos librado de Brian. Eso es pago más que suficiente. Somos nosotros los que te debemos tanto que una fiesta no basta.

Miro a mis hermanos, porque en el fondo necesito la opinión de estos capullos para decidir o aceptar algo así.

—Ya sabes que yo encantado —dice Martín—. Total, salir de fiesta por Ibiza con

mis hermanos es un poco corta rollos.

—¿Karaoke habrá? —pregunta Samuel.

La madre que lo parió. A él lo que le importa es el karaoke. Tócatelos.

—Y unas cajas llenas de arena, por lo menos, para hacer espetitos.

Ese es Fran, que se ve que el ayuntamiento de mi pueblo le paga por promocionar los espetos.

—Por supuesto —contesta Oliver a los dos.

—Hay servicio de catering, Fran —digo yo en tono cansino.

—Pero todavía no tendrán la comida hecha. Gastar dinero por gastar no, ¿eh? Yo no pido una barca, pero vamos... Unos espetitos en el jardín con el mar de fondo y un tintito o una cervecita en la mano... eso es como el paraíso.

—Que sí, que vale. ¿No te han dado ya permiso? Pues ya está.

—En realidad... —Marisa mira a Ronald y a Liz—. Podríamos hacer algo que combinara las comidas que más gustan en casa, con las del sur, y así todo sería más personal. A mí no me importa encargarme y seguro que Francisco, como cocinero, está dispuesto a ayudarme.

—Pues claro que sí, Marisita. Tú pide por esa boquita y yo te remuevo la isla entera para darte lo que te haga falta.

Me río, pero porque me desespera la forma en que mi hermano siempre acaba saliéndose con la suya. Al final y después de mucho discutir, volvemos a la mesa y nos tomamos el café y el postre decidiendo los menús variados, mezcla de la comida californiana y el sur de España. Ahí es nada. Me retrepo en el banco en el que estoy sentada y busco el contacto de Oliver, que besa mi cabeza y pasa el brazo por mis hombros para acomodarme más. Quiero estar con él a solas, pero tampoco me atrevo a decirle nada, porque entiendo que quiera estar con su familia después de lo de Wendy, así que, entre el madrugón y las emociones, me acurruco más y me quedo dormida mientras todos siguen charlando.

Poco después alguien del servicio se acerca a la mesa, lo oigo vagamente porque sigo en duermevela, y en vez de despertarme me pego más a Oliver, que me abraza, esta vez por la cintura, para que no acabe desnucándome contra sus rodillas.

—¡Me cago en la mar! —exclama Samuel tras soltar una carcajada—. ¡Antonia! ¡Qué alegría verte!

—Ya será menos cuando os atrevéis a hacer una espetada sin mí, mamonazos. ¡Y no me llames Antonia, Samuel, joder!

¿¿Tina?? Me incorporo de un salto y abro los ojos sin poder creerme que esté aquí. Sonrío y me levanto para abrazarla.

—¿Cómo es que has llegado antes? ¿Y cómo sabías dónde estábamos?

—Resulta que anoche me llamó Blanca contándome lo de tu renuncia. Al parecer

eres el cotilleo de la empresa. Que ya te vale, putón, tener que enterarnos por los cotilleos teniendo un móvil tan lindo y caro.

—He estado liada.

—Antonia, a mis brazos.

Mi hermano Samuel sigue a lo suyo y abre los brazos con una gran sonrisa. Tina pasa de largo, como siempre, por joder y dar por culo, y se va a abrazar al resto de mis hermanos con ganas. Luego yo tiro de su mano y la acerco a la mesa.

—Chicos, ella es Tina, una de las chicas que debería haber llegado mañana.

—Sí, pero es que tengo una migraña horrible y no puedo ir a trabajar...

—¿Ah sí? —pregunta Ronald—. ¿Te duele mucho?

—Shhhh calla, que es médico —susurro.

—Oh.

—Él es Ronald Lendbeck y su familia. Su esposa Elizabeth, su hija Wendy, su hijo Oliver, y Marisa, la mujer que los ha acompañado toda la vida, como quien dice.

—Encantadísima con todos. Siento mucho molestarles, pero es que me moría de ganas por verla. —Tira de mi brazo con fuerza para dejar constancia.

—No te preocupes, has hecho bien viniendo —dice Oliver—. ¿Quieres café?

—Yo de ti quiero lo que sea, guapo.

—Ya está la Antonia en plan putón discotequero. —Samuel chasquea la lengua poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, tienes el culo más redondo, ¿no? ¿Te has comprado un puf?

Tina lo mira mal, él estalla en carcajadas y yo pienso que será un fin de semana muy largo con ellos en este plan, porque siempre, siempre, siempre desde que se conocen hace años, se han tratado así.

—No te voy a contestar delante de estas personas que no tienen que saber lo imbécil cantamañanas que eres así, de primeras.

Mi hermano, lejos de ofenderse, le tira un beso.

—Me fijé en ti por tus tetas, pero me enamoró tu verborrea.

—Siéntate —digo yo para suavizar el ambiente—. Tengo mucho de lo que ponerte al día.

Ella lo hace al lado de Oliver, y yo me cuelo entre ambos, dejando a uno a cada lado. Que yo a Tina la quiero mucho, pero como algo le guste, va detrás sin miramientos hasta que lo consigue.

—Y tanto que tienes que contarme, joder, me parece muy fuerte que me tenga que enterar de cosas como lo del trabajo por los cotilleos, Dan, eso no ha estado bonito. —Hace un puchero y yo la abrazo.

—No la llames Dan. Se llama Daniela —reprocha Samuel, por tocar los huevos,

más que nada.

—Veo que sigues sin resolver tu amor hacia mí y camuflándolo con rencor fingido. Tan psicólogo como eres, y hay que ver lo que te está costando entender que yo de ti no quiero ni agua. Que, si el mundo se acabara mañana y me dieran a elegir entre perpetuar la raza con una cabra o contigo, me pondría a cuatro patas para la cabra, Acosta.

Se podría pensar que mi hermano se callará después de semejante perorata, el resto de la mesa lo hace, pero él solo sonríe, pasea su mirada por su cuerpo y hasta yo soy consciente de lo tensa que Tina se pone. Luego se encoge de hombros y bebe de su taza de café con media sonrisa provocadora. Ay, es que mi Samu es muy cabrón cuando quiere.

Ignoro la escena y me dedico a contar, por millonésima vez, mi historia con Jake y así de paso mis hermanos se ponen al día también con todos los detalles. Para cuando acabo, Oliver es algo así como un héroe por haberlo despedido, yo una tonta inocente, pero al menos he abierto los ojos, y ellos unos entendidos todos en el amor. Por eso están todos solteros, se ve.

19. De oca a oca, ¿y a mí cuándo me toca?

Oliver

Conocer a Tina me ha gustado, la verdad, igual que conocer a los hermanos de Daniela. Esos cinco hacen un tándem con el que puedes llegar a reírte mucho, mucho.

En este momento son las once y media de la noche, acabamos de cenar y tomar una copa todos juntos y mis padres están retirándose para ir a descansar. Yo estoy pletórico con la patada que Wen le ha dado a Brian, joder, ha sido buenísimo, y para rematar Fran defendiéndola, y Daniela defendiéndome a mí.

Eso me ha hecho sentir raro... para bien quiero decir. Es la segunda vez desde que nos conocemos que me defiende de las acusaciones ajenas y tengo la certeza de que lo hará mil millones de veces más, llegando incluso a las manos como ha hecho con Brian. Estoy orgulloso de su coraje, de despertar en ella el suficiente sentimiento como para que saque las garras por mí.

Después de la euforia llegó la calma para todo el mundo. Volvimos a la mesa, acabamos el postre y ella se durmió en mis brazos como si fuese la cosa más natural del mundo. Como si también sintiera que era el lugar al que pertenecía. Mi padre me miró con una pequeña sonrisa que yo correspondí. ¿Qué más podía hacer? Estaba a punto de incinerarme yo solito, porque esta mujer ha arrasado conmigo y yo ni siquiera sé qué es lo que siente. Bueno, sí, sé que de momento quiere acostarse conmigo, pero yo necesito más, joder, no quiero ser un follamigo y quedarme ahí hasta que llegue el que considere bueno para ella.

Lo peor de estas cosas es que la mente es muy puta, y durante todo el día como se han ido turnando a Daniela entre Wendy, sus hermanos y Tina, yo he tenido mucho tiempo para estar solo y pensar qué pasará si ella encuentra a ese hombre. Se enamorará, se casará y tendrá hijos. ¿Y qué seré yo? ¿Tito Oliver? No jodas, no puedo pasar por eso. ¿Pero entonces qué hago? La ansiedad empieza a pesarme, no porque sea pronto, que lo es, pero es que el domingo nos separaremos y yo sé que tengo que estar callado, que lo más que puedo hacer es escucharla por teléfono y a miles de kilómetros de distancia. Si ella sale con alguien y me lo cuenta, puedo disuadirla – llámame cabrón si quieres – pero si no me lo cuenta... Bueno, entonces estoy perdido.

Así se me va el día. Pensando en eso, poniéndome el parche antes de tiempo, porque todavía ni nos hemos acostado... Sin contar con que tengo que luchar bastante para controlar la rabia que me da no haber podido estar con ella ni diez jodidos minutos desde esta mañana. He probado sus labios, he tanteado su cuerpo y quiero más: necesito más. Así que a esta hora deseo con todas mis fuerzas que mi hermana, sus hermanos y Tina decidan irse a tomar por culo y me la dejen un ratito para mí, pero no tiene pinta de que vaya a ser un deseo que se me cumpla porque Wendy, libre ahora de nervios, ha decidido tumbarse en el sofá y relajarse con una copa mientras el resto la acompañamos para asegurarnos de que su humor es estable.

Parece llevarlo mucho mejor que Daniela, y eso que cuando conocí a esta ya hacía dos meses que lo había dejado con Jake. Wen está tranquila, sosegada y con una calma que no le he visto en mucho tiempo. Es maravilloso verla así, y esa es la única

razón por la que no le pido a Daniela que nos vayamos a dar un paseo. Quien dice paseo dice follar, aunque sea en el almacén de la cocina entre botes de conservas. De todas formas, el madrugón ha hecho mella en ella y para la medianoche está durmiendo plácidamente en el sofá. Es su hermano Diego quien la coge en brazos y la lleva a su habitación, privándome también de ese placer, así que suspiro, me voy a la cama y me consuelo yo solo —también puede llamarse masturbación— pensando en ella y en lo mucho que deseo cruzar el pasillo y demostrarle cuánto quiero tenerla entre mis brazos. No lo hago, claro, porque a pesar de habernos liado no sé si estamos en el punto en que puedo llegar a hurtadillas, desnudarla y dar cuenta de su cuerpo. Además del detalle de que su hermano duerme con ella. Aun así, lo imagino, y con esa fantasía acabo pringando el bóxer entero.

Me duermo y consigo descansar, pero me levanto ya de malas. Joder, si ayer me la robaron, hoy que llegan sus otras dos amigas será el colmo. Ya puedo despedirme de estar un rato a solas con ella hasta el domingo cuando nos despedamos. Mierda, no, tengo que conseguir un rato, aunque sea unos minutos... Dios, esto me jode tanto que prefiero no pensarlo. ¿Me buscará ella para que la lleve al escondite...? Estoy hecho un puto niño con tanta duda y tanta tontería, y lo odio, la verdad.

Además, es obvio que no me buscará para ir allí. Eso solo ha servido mientras estaba agobiada con el trabajo. Ahora es feliz, tiene a la gente que quiere rodeándola y no necesita esconderse, mucho menos conmigo que, como quien dice, soy el nuevo y el último mono. Lo entiendo y lo acepto, porque al menos me servirá de entrenamiento para cuando vuelva a Los Ángeles y no pueda verla.

Cuando entro en la cocina todo es un caos. Fran se ha apoderado del espacio junto a Marisa y acaban de mandar al resto del servicio fuera a hacer compras y diversas tareas. El hermano de Daniela se ata un delantal y empieza a sacar ingredientes de la nevera sin que ninguno se percate de mi presencia.

—Y una cosa, Marisita —dice él— ¿La gente aquí hace lo que tú digas?

—Claro.

—¿Todo lo que tú digas?

—Siempre que esté dentro de lo posible, sí.

—Hay que ver, ¿eh? Lo que es ser rico. Bueno, tú no, pero ya me entiendes... la familia esta.

Coge un bol y parte unos cuantos huevos: se pone a batirlos con una habilidad que me deja sorprendido, porque verlo hacer espetos y cocteles es una cosa, y esa soltura que parece tener en todo lo relacionado con la cocina, otra.

—O sea —sigue diciendo después de un momento—. Si dijeras, por ejemplo: «Pues ahora tú, Fulanito, me vas a cortar las uñas de los pies».

—Hombre, a mí no. Podría contratar a algún esteticista que se lo hiciera a alguno de los señores.

—Claro, claro, entiendo... Qué curioso esto del dinero, ¿verdad? Unos tantos y

otros tan poco.

—Los señores Lendbeck han trabajado muy duro para levantar su imperio, pero sí es cierto que son y se sienten afortunados.

—No es para menos. Yo también me siento afortunado, Marisita, porque mira, llevo el restaurante del camping, que muy lujoso no es, pero cuando la gente me pregunta si tengo piscina yo los saco a la playa y fíjate tú, si tengo piscina o no. —Marisa ríe y yo sonrío en silencio—. Yo es que soy de los que piensan que, si tienes menos, pero eres feliz, ya está bien.

—Se te ve muy sencillo, eso sí.

—No es sencillo, Marisita, es que si rico no me voy a hacer, porque seamos sinceros, eso no va a pasar, pues por lo menos me contento y procuro ser feliz con lo que tengo. A mí no me hace falta un caserío para estar contento. Y consté que esta casa es muy bonita y tiene muchas lámparas grandes y eso. —Me río, porque lo de las lámparas es una cosa que no sé a qué viene. Son cosas que impresionan solo a Fran—. Yo mientras tenga algo que llevarme a la boca, pague las facturas y no me falte salud, me doy por contento.

—Es que la salud es lo más importante.

—Desde luego que sí. —Se quedan un momento en silencio, pero la incontinencia verbal es un problema que, en un momento u otro, ataca a todos los Acosta—. Ya verás mi piojo cuando vea que le estoy haciendo su tarta favorita. Se va a quedar muerta. A Martín no le hace mucha gracia esta tarta, pero que se aguante, que ahora toca animar a la niña.

—Eres muy buen hermano, Francisco.

—Se hace lo que se puede, pobrecita mi piojo, también, lo que le ha hecho el poco hombre ese... Si es que no tiene ojo para los muchachos. —Suspira con dramatismo y cambia el tema de forma radical—. ¿Cuál es el pastel favorito de la señorita Wendy? Si quieres, me das los ingredientes y lo hago.

—¿De verdad no quieres descansar como tus otros hermanos?

—No, no, que va. Yo es que si me estoy quieto mucho rato me sale como urticaria y me pica todo. Mira, yo termino de montar el merengue, hago la tarta y la meto al horno, y mientras que esa termina me pongo con la de la señorita Wendy.

—Eres un Sol.

—Tú sí que eres un sol. —Le da un sonoro beso en la mejilla—. ¡Guapa!

Marisa ríe de buena gana y yo me marcho de aquí moviendo la cabeza porque hay que joderse con la facilidad que tienen los hermanos para hacer amistades.

Daniela está con Tina y Wendy conversando con tranquilidad, mis padres han salido a dar un paseo, Samuel está hablando sobre fútbol con algunos de los trabajadores mientras los ayuda a estirar las mesas para mañana, y el resto de hermanos no sé dónde andan. Mis opciones son pocas así que bajo las escaleras y me

encierro en el sótano.

Ayer cuando Dani se fue y mientras tatuaba en el estudio, empecé a inspirarme en algo que me hacía pensar en ella y quiero acabarlo. Es la primera vez en mucho tiempo que compongo, y con suerte podré dársela mañana y de paso enseñarle el sótano y lo que tengo aquí organizado.

Me coloco los auriculares, aunque el sótano está insonorizado y empiezo a tocar el piano. Primero tiento las teclas, con inseguridad, y poco a poco me abro paso a través de la inspiración. La melodía suena en mi cabeza, no es lo más difícil, pero quiero ponerle letra. Y la que surge en este momento es perfecta. Acaricio las teclas arrancándoles algo que espero que ella interprete como la muestra del deseo que estoy reteniendo. Noto el apabullante y espectacular sentimiento de inmersión y el mundo deja de existir para dar paso a mi piano y la creatividad. Como suele pasar, olvido el hambre, el sueño y cualquier sentimiento o necesidad básica. Cuando acabo está atardeciendo y tengo la espalda tensa de estar tanto tiempo sentado en la misma postura. Me sorprende, porque he entrado aquí a eso de las diez de la mañana, joder. Me saco el móvil del bolsillo y me encuentro con quince whatsapps de Daniela entre los que figuran: «¿Estás en el sótano?» y más tarde: «Estoy en las escaleras, ¿puedo bajar?», «O no, mejor no te molesto, lo siento». Hay muchos del estilo, queriendo verme y sintiéndolo después porque no quiere molestar. El último es de hace dos minutos y solo consta de una carita triste y un «Miss you. A ver si en inglés se te queda».

Sonrío, me quito los auriculares y abro la puerta para buscarla con tanta violencia que por poco me la llevo por delante. Ella da un respingo y se pone de pie.

—Hola...

Mi sonrisa se amplía de forma inevitable. Tiro de sus manos hacia mi cuerpo y pego su nariz a la mía.

—¿Qué haces aquí, nena?

—Pues es que esta tarde llegaron mis amigas. Eso ya lo sabías, claro, pero el caso es que les conté de nuevo todo lo de Jake y luego les hablé de ti y quería presentarte, pero no aparecías. En realidad, no apareces desde esta mañana. Te he escrito un montón de veces y... —Suspira y se encoge de hombros, separando nuestros rostros y mojándose los labios con la lengua—. Como no me hacías caso, pues dije a las chicas que se entretuvieran tomando unas copas en el pueblo y que luego me uniría con ellas, porque pensé que igual querías venir... que si no quieres no pasa nada tampoco, vaya. —Se mira las converse y se mete las manos en los bolsillos del pantalón tirando de ellos hacia abajo, como hace cuando está nerviosa, según he podido observar.

Verla tan inquieta me pone a mil. Joder, quiero comérmela a besos, de verdad. La sonrisa de imbécil que se me instala en la cara debe ser pista suficiente de que me gusta que me eche de menos, pero claro, ella sigue sin mirarme, avergonzada de que la haya pillado aquí.

—Me encantaría que me invitaras a tomar algo, nena.

Daniela alza sus preciosos ojos color miel y sonrío.

—Hecho. —Me doy cuenta de que ya no me recrimina el «nena», ni los apelativos cariñosos, y tampoco seré yo quien le recuerde que al principio no le gustaba, no sea que volvamos a las antiguas costumbres—. No has comido nada en todo el día, Oliver. ¿Qué has estado haciendo?

—Cierto —digo quejándome cuando me doy cuenta del hambre que tengo. Paso una mano por su cadera y me muerdo el labio inferior, más interesado en ella que en otra cosa—, y tengo un hambre atroz...

La acerco a mi cuerpo y sonrío ante su cara de sorpresa. Ya es una cuestión de orgullo que no escape de aquí sin que dé cuenta de ella, si no hasta el final, sí todo lo que nos permitan antes de interrumpirnos. Porque en esta casa siempre llega alguien para interrumpir.

—Oli...

—Venga chica hipster, dame esa boca.

Daniela alza sus brazos con diligencia y los enreda tras mi nuca, tirando de mí hacia la pared. Seguimos en las escaleras así que me limito a apoyarla y acoplarme a su altura. Sus labios hormiguean en los míos, no acaba de besarme, pero tampoco se separa.

—Mmmmm, ¿quieres besarme? —pregunta juguetona.

—Sí, joder, lo deseo tanto que me pican los labios.

Ella sonrío, me empuja con cuidado y me gira, dándome a entender que quiere que me siente en los escalones. Lo hago, se sube a horcajadas sobre mí, se muerde el labio inferior con una sonrisa, baja la cabeza y me besa. Me besa sin medias tintas y es un beso tan bueno que, de no haber tenido los ojos cerrados, se me habrían quedado en blanco.

—¿Así?

—Más —digo jadeando.

Ella sonrío y arrastra su labio inferior por los míos haciéndome gemir. Me estoy muriendo por más. Coloco las manos sobre su trasero para acercarla a mí, para incrustarla en mis caderas como ya hice en mi habitación la última vez. Se ve que lo nuestro es el riesgo, porque tenemos el sótano a pocos pasos y ninguno parece pensar en levantarse.

Su lengua encuentra la mía y la enrosca en un baile erótico, sus brazos me rodean, su pecho se aplasta contra mi torso y mi erección llega al límite de su dureza. No, en serio, creo que estallará con el mínimo roce. Sus labios son dulces, suaves y tienen algo... salvaje. Dios, tienen algo tan salvaje y delirante que me eriza el vello y me hace ansiar más. Ella gime, acaricia mis mejillas y yo la alzo y la giro para sentarla a ella en el escalón. Me arrodillo en el de abajo de cara a ella, me agarro a sus muslos y abro

sus piernas para empujar en su centro.

—Oliver... —Ahoga un gemido, y yo la imito.

—Lo sé... joder, te deseo tanto. Nena...

—Muévete —exhala en un jadeo y yo echo las caderas hacia atrás. Me separo de sus labios y la miro a los ojos mientras empujo entre sus piernas y presiono mi erección contra ella con fuerza—. Dios...

Dejo su boca para ir a su cuello, recorriendo con la punta de mi lengua desde su lóbulo derecho hasta la clavícula. Daniela mueve sus caderas uniendo nuestros centros una y otra vez, separados solo por la tela de nuestra ropa. Paso al lado izquierdo de su cuello, chupo con suavidad la zona que hay bajo su lóbulo, meto mis dedos por dentro de la camiseta y abarco uno de sus pechos sintiendo sus pezones duros pulsar contra la tela del sujetador, los pellizco con suavidad y la noto tensarse. Me separo de ella y miro cómo sus dientes pinzan su labio inferior, gime mi nombre y se contorsiona... ¿en un orgasmo? Oh Dios, oh mierda. ¿Se está corriendo?

Sí, a juzgar por sus sacudidas y la forma en que se agarra a mis brazos se está corriendo, y yo no estoy listo para una visión como esa. Sus ojos se abren, vidriosos y calenturientos, y yo... yo no aguanto más. La miro a los ojos, presiono mi erección contra su pantalón y busco la fricción necesaria para alcanzar mi propio placer. El orgasmo que resulta de eso es algo que nunca he sentido. Me mojo entero, pero no es eso lo que me importa, sino su mirada. Ella me mira como si yo fuese... como si pudiera pasar horas mirándome. Como si estuviera tan fascinada como yo.

¿Qué cojones nos está pasando?

¿Puede ser la atracción tan fuerte que se confunda con amor? ¿Es esto lujuria en un nivel que no he experimentado antes? ¿Parece más especial porque el simple hecho de su existencia me inspira? No tengo respuesta para ninguna de estas preguntas, pero sé una cosa: esto me da miedo, mucho miedo, sobre todo porque no puedo catalogar lo que siento.

—Mmmmm. —Daniela interrumpe mis cavilaciones con una sonrisa perezosa.

—Ha sido... genial —murmuro, sonriendo y besándola, ordenando al caótico y enrevesado concierto de emociones de mi mente que se calle.

—Somos como los conejitos de Duracell, Oli.

La tontería nos da para reír un ratito, pero no nos levantamos. Me acomodo más entre sus piernas y apoyo mi frente en la suya.

—Me encantan tus labios.

—No más de lo que me gustan a mí los tuyos. Y ni hablemos de tu movimiento de pelvis...

Me río entre dientes y beso su frente antes de retirarme y mirar el cerco en mi pantalón.

—Debería cambiarme.

—Deberías, sí, no queremos que te resfríes, porque te has puesto chorreando.

Me río y palmeo su pierna antes de tirar de su mano para ayudarla a levantarse.

—¿Tendría que hacer que me los quitaras tú? —Señalo de nuevo mi pantalón—. Después de todo, es culpa tuya.

—¿Quieres que vea al pequeño Oliver en estado de reposo? ¿Seguro?

Entrecierro los ojos y la beso antes de comenzar a subir los escalones con ella detrás de mí.

—Apuesto a que serías capaz de quitarle el reposo y la tranquilidad antes de terminar de bajármelo.

—Me encanta que me tengas en tan buena estima.

—No es para menos, nena, mira lo que has hecho... —Nos señalo a ambos y reímos—. ¿Puedes esperar que coma algo súper rápido y me duche? He sudado bastante... —digo sonriendo—. Quiero oler medio bien.

—Tranquilo. ¿Te preparo algo?

—Apuesto a que Marisa tiene algo listo.

—Voy a preguntarle.

—Vale, ahora nos vemos.

Dejo un suave beso en sus labios y pellizco su culo al tiempo que me muerdo el labio inferior y la dejo marchar. Va ya camino de la cocina cuando se gira.

—Oliver.

—¿Sí?

—No te pongas los pantalones estrechos negros, ni los vaqueros esos apretados.

—¿Por qué?

—Porque mis amigas son unas salidas y te mirarán el culo. Bueno, Tina lo hará, y no quiero.

Se vuelve a girar y me deja mirando a la nada y pensando que es probable que ni siquiera sea consciente de lo que ha dicho y exigido. Subo los escalones de dos en dos, me ducho y pienso en ponerme algo estrecho para ver cómo reacciona, pero al final cojo un pantalón de vestir negro, una camisa, negra también y con el cuello abierto, y para no ir tan estirado elijo la chaqueta de cuero, por si refresca.

Bajo las escaleras y la busco en la cocina, pero Marisa me informa de que ha subido a arreglarse. Ceno con tranquilidad mientras la espero, pensando que tengo tiempo, pero la verdad es que a los diez minutos entra por la puerta con una sonrisa radiante y un vestido blanco corto, que no es tan provocativo como insinuante; con un calado tan cerrado que es imposible ver nada de lo que hay debajo, que seguramente será su piel y la ropa interior... Además, se ha puesto un colgante con una piedra turquesa y unos flecos de metal que le llegan casi al ombligo, puede que más abajo. Lleva el pelo suelto, con sus preciosas ondas cayendo sobre sus hombros

casi en su totalidad, y unas sandalias de tacón alto que van gritando que la desnude y le haga el amor solo con eso y el colgante puesto.

Pues menos mal que no me he puesto los pantalones estrechos, porque ciertas partes de mí anatomía lo habrían pasado bastante mal.

—Estás deslumbrante —digo levantándome y besando su mejilla.

—Gracias, tú también estás muy guapo. Muy formalito, pero muy tú. —Toca la chaqueta de cuero y sonrío—. Me encanta. —Se pone de puntillas y besa mi barbilla, poniéndome el corazón en la boca.

—Despídete de Marisa. —Y sí, por más que lo intento, mi voz sale ronca.

—Hasta mañana, Marisa, porque creo que volveremos tarde.

—Hasta mañana preciosa, divertíos. Cuida de ella, muchacho.

—Siempre. —Sonrío y tiro de Daniela para llevarla al coche—. Cuéntame qué has hecho en todo el día.

—Mejor hablamos de ti y de por qué pareces tan ligado a la música. Te he preguntado varias veces al respecto y al final nunca hablamos de ello, o no lo recuerdo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, anoche tu padre dijo que no sabría lo que era un hombre ruidoso hasta que me tocara estar contigo y un piano, una guitarra o...

—Toco el piano y compongo de vez en cuando.

Llego al coche, abro la puerta del copiloto y me giro para ver a una Daniela que me mira con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Tocas el piano? ¿Compones?

—Lo hacía.

—¿Cómo que lo hacías? ¿Eres músico y lo dices así, tan normal?

—¿Cómo se supone que tengo que decirlo...?

Sé lo que piensa, y sé que tiene parte de razón, pero no quiero ceder y dársela. He pospuesto hablar de esta parte de mí, sí, pero tengo mis razones para hacerlo y no pienso claudicar con facilidad.

—¿Oliver! —Toma aire, sube al coche con brusquedad y cruza los brazos. Yo hago lo propio y me pongo detrás del volante, sin arrancar—. Pensé que éramos amigos.

—Lo somos.

—Los amigos no se mienten.

—Yo no te he mentado. Es verdad que no te he contado esta parte de mí, pero teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace cuatro días, no sé si puedes echármelo en cara.

—¿Cuatro días no son suficientes para contarme que eres músico, pero sí para correrte conmigo en las escaleras de tu sótano?

Bien, el planteamiento ha sido malo y me merezco esa respuesta. Con todo, me sorprende lo tentado que estoy de sonreír. No lo hago, claro, porque tengo en estima a mis partes íntimas y algo me dice que Daniela no se anda con chiquitas cuando se enfada. Cojo su mano, solo por el placer de enredar sus dedos en los míos, y hablo intentando sonar despreocupado.

—Hace tiempo componía música, hice un par de bandas sonoras que tuvieron éxito en Hollywood y puse música a la letra de algún que otro cantante, pero de eso hace mucho, Daniela.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque las musas me abandonaron, nena, o puede que fuese yo el que las dejara ir... Hacía seis años que no escribía ni componía nada. De hecho, he pasado todo este tiempo intentando evitar el piano.

—¿Tocas el piano nada más?

—No, toco varios instrumentos, pero el piano es el que más me llena, y con el que componía. Hasta ahora no he vuelto a tocarlo... Y aún intento acostumbrarme, así que supongo que por eso no te he dicho nada.

—¿Qué pasó para que dejaras de tocar?

Ahí está: la pregunta que más temo... No voy a contestarle la verdad, claro, no es necesario que vea hasta qué punto guardo mierda dentro de mí, pero tampoco pienso mentirle. Al final, opto por una verdad a medias.

—Me desencanté de la música. —Sonrío un poco—. Dejé de necesitarla, y ya no me llenaba. No hasta ahora, al menos.

—¿Has vuelto a componer?

—Hace un par de meses que toco por afición, nada profesional ni importante. Es lo que he hecho todo el día en el sótano. No atendí al móvil porque tenía los auriculares y me olvidé de todo.

Ella me mira sorprendida, pero en calma, sin rastro aparente de enfado, lo que me deja bastante aliviado. Pasamos unos segundos en silencio hasta que habla de nuevo.

—¿Me dejarás verte tocar?

Sonrío y enmarco su rostro entre mis manos, instándola a mirarme.

—Tocaré para ti, chica hipster.

Daniela se muerde una sonrisa y besa mis labios, en una muestra de cariño que yo convierto en algo más cuando saco la lengua y la paseo por sus labios.

—Oli... Tenemos que ir a tomar algo. —Gime cuando acaricio uno de sus pechos sobre la tela del vestido.

—Te deseo... Joder, te deseo tanto que pienso que voy a volverme loco si no nos

tenemos pronto.

—Esta noche. —Jadea en mi boca cuando otra de mis manos acaricia sus muslos y sube hasta rozar sus braguitas—. Esta noche...

Intensifico nuestro beso, deseando pedirle que pasemos de todo y nos encerremos en este mismo instante en la habitación, pero sé que si lo hago sus hermanos y sus amigas acabarán por buscarnos o darle la lata a ella después, así que con todo el esfuerzo del mundo me separo de su cuerpo y me estiro en mi sillón antes de arrancar el coche.

—Espero que cumplas tu palabra, porque soy capaz de entrar en tu habitación y raptarte de mala manera si no vienes a mí.

—¿Es una promesa? —ronronea acariciando mi antebrazo con sus uñas.

Inspiro, porque es increíble hasta qué punto ese nimio gesto me pone como una moto, y tuerzo una sonrisa mirándola de reojo.

—Puedes apostar tu precioso culo a que sí.

20. Y cuando pensaba que ya lo sabía todo...

El camino hacia el club en el que hemos quedado con los chicos lo hacemos hablando, básicamente, de mi conversación de esta tarde con Tina. Le cuento que me ha dicho que igual puede encontrarme algo gracias a unos contactos del cole. No es que me muera de ganas de aprender un nuevo oficio o hacer algo que no me llenará, pero es lo que hay... Tengo que pagar el alquiler porque es eso, o volver a mi pueblo.

—¿De verdad no tienes nada ahorrado? —pregunta él.

—Apenas para un mes o así. Tampoco cobraba una barbaridad de *wedding planner* y como iba por eventos pues... En fin, eso ya es lo de menos. Esperemos que pueda enchufarme en alguna parte.

—Si andas mal de dinero en algún momento, deberías saber que cuentas con mi apoyo.

—Gracias, pero no.

Reconozco que se nota mucho la forma en que me envaro. Oliver guarda silencio un momento, y es la primera vez desde que lo conozco que el ambiente se enrarece entre nosotros.

—¿Te he ofendido? —pregunta al final con suavidad.

Resoplo y me rasco el brazo con fuerza. ¿Por qué tengo la necesidad de hacer esto siempre que me pongo nerviosa? Es una manía estúpida.

—No Oliver, pero no voy a aceptar dinero tuyo. No te cuento esto para que me ofrezcas lo que tienes, no es así. Yo no quiero nada material de ti y puedo sacarme las castañas del fuego solita.

—Lo sé, nena.

—No quiero que pienses que voy a pedirte algo porque nos hemos liado o...

—Joder no —replica interrumpiéndome—. Jamás pensaría algo así.

Guardamos silencio de nuevo. Parecerá una tontería, pero no me gusta sentir que me tiene la suficiente lástima como para ofrecerme su dinero. ¡O peor! Que me ve como a la mujercita débil e insegura a la que hay que rescatar. Puede que esté jodida, pero saldré de esta por mi propio pie, como hago siempre. Yo ni necesito, ni quiero un caballero andante. Alargo la mano mientras pienso en todo esto y enciendo la radio. Suena «Thunderstruck» de Ac/Dc y sin poder remediarlo me entra la risa tonta.

—¿Qué? —pregunta él.

—Nada... Me gusta esta canción, la pongo mucho cuando me estreso y necesito canalizar mi tensión. —Río de nuevo—. Me encanta. Debí suponer que iba a sonar en el momento apropiado. Entre nosotros todo parece ir sobre ruedas siempre.

Sueno escéptica, lo sé, pero él se limita a encogerse de hombros y sonreír.

—Tienes buen gusto.

Mueve la rueda del volumen y eleva la música hasta el punto en que, de haber

querido hablar, habríamos tenido que hacerlo a gritos. Lo miro de reajo y veo una pequeña sonrisa bailando en su boca. ¿Cómo es posible que sepa tan bien lo que necesito para relajarme? No parece pensar que me he molestado por una tontería. El solo me deja a mi aire y guarda silencio, porque sabe que lo necesito. Cuando llegamos al pub la tensión se ha esfumado por completo.

Salimos del coche mientras él me pregunta qué puede hacer para que olvide lo que ha dicho y yo le contesto que puede buscar la manera de presentarme a Adam Levine.

—Ni de coña —dice riendo de buena gana—. Te lo he dicho muchas veces, aunque lo conociera no te lo presentaría. En serio, si alguna vez hay una remota posibilidad de que coincidamos los tres en algún sitio, procuraré distraerte y sacarte de allí lo más rápido posible. No quiero ser testigo de un asalto sexual.

Yo me río y pongo los ojos en blanco.

—En pocas horas tendré veintiséis añazos. Merezco hacer algo grande en la vida, como follarme a Levine. Claro que tú te das un aire... —Paso el dedo índice por su chaqueta de cuero, sonriendo con malicia.

—Cásate conmigo, entonces, y tendrás a tu Adam Levine particular.

Lo dice riendo, pero yo me quedo a cuadros. Lo miro frunciendo un poco el ceño y tuerzo el gesto.

—¿Tú eres de bodas?

—Bueno... No soy de las bodas del tipo que Wen estaba preparando. ¿Y tú?

—Odio las bodas —contesto con sinceridad—. Odiaba prepararlas y odio las bodas en sí. Me parecen un circo a tres pistas. Yo no me voy a casar nunca. Y cuando digo nunca, es nunca.

—¿Ni con Adam Levine?

—Mmmmmm, bueno, con él me lo pensaría. —Me río y él rodea mi cintura, esperando que continúe—. En realidad, si alguna vez estuviera tan enamorada como para estar segura de querer pasar mi vida con otro sí me casaría, pero no sé si se va a dar el caso.

—¿Y Jake?

—Jake era sexo. Del bueno, pero sexo. Ahora lo sé, y aunque aún escuece un poco, tengo claro que no era amor, o no el que yo esperé sentir siempre. Me refiero a ese tipo de amor que creo que debe sentir alguien cuando da el «Sí, quiero». —Suspiro y pagamos nuestras entradas para acceder al pub—. Y con todo, si alguna vez me diera por ahí, preferiría que fuera de la manera más sencilla posible: los dos solos recitando unos votos sinceros y nada pomposos. Luego subiríamos a la habitación de hotel que tuviéramos reservada y empezaríamos a recalentarnos ya en el ascensor. Mi convite perfecto consistiría en lamer chocolate blanco del cuerpo de mi marido, mientras en la radio suena alguna canción que recordemos siempre y... —Me muerdo el labio y me ruborizo un poco—. ¿Demasiada información?

—En absoluto —comenta él con voz ronca mientras la música llega a nosotros. Me retiene un momento y me pega más a su cuerpo—. Ibas por el chocolate blanco...

—¿Tú cómo te casarías? —pregunto en tono bajo. Tanto que creo que lee la pregunta en mis labios—. Confiesa.

Oliver me mira con intensidad. Tiene unos ojos tan penetrantes que creo que podría pasar una eternidad enganchada a su mirada.

—Pues...

—¡Eh chicos! ¡Estamos aquí!

Miro a Tina maldiciendo el momento en que se le ocurre venir a la puerta y encontrarnos.

—Ay por Dios, ya está llamando la atención la loca.

—No le hagas caso. —Oliver sonrío y me pega más a su cuerpo susurrando en mi oído—. Y no me dejes por ella ni por nadie a partir de las once y media.

—¿Por qué?

—Porque quiero ser el primero en felicitarte.

Asiento con una sonrisa justo antes de que Tina nos alcance. Salimos con ella de nuevo para que se fume un cigarro porque está de los nervios gracias a mi hermano Samuel, y cuando acaba, volvemos a entrar mientras sigue jurando por Dios y la Virgen que no lo soporta. Oliver me retiene un momento y susurra en mi oído.

—Está coladita por tu hermano, ¿verdad?

—Enamoradita hasta las entrañas, y la pobre ni siquiera se da cuenta. Qué mala es la ceguera.

Oliver ríe y tira de mi mano hasta la mesa de la terraza interior en la que están Blanca, Ana, Wendy y mis hermanos.

—¡Hombre! Hasta que apareces —dice Samuel—. ¿Dónde te metiste, Oliver?

—Lo siento, me lie con unas cosas y se me fue el santo al cielo.

—Mira —digo interrumpiéndolos y señalando a mis chicas—. Ellas son Blanca y Ana, las amigas que te faltan por conocer.

Oliver se acerca a ellas para besar sus mejillas, a la costumbre española y Blanca es la primera en hablar.

—Oliver Lendbeck, es todo un placer conocerte. —Sonríe con tanto encanto que me hace elevar las cejas. Nos ha jodido la tempa, a las horas que se va a poner simpática y cercana—. He venido varias veces a Ibiza y he podido oír a algunos amigos hablar de tu estudio y tus tatuajes.

—El placer es mío —dice él con una sonrisa sincera—. Daniela cuenta maravillas de vosotras.

Frunzo el ceño. ¿Blanca ha oído hablar de Oliver? ¿Y por qué no me lo ha dicho? A ver, está claro que yo no he sido un libro abierto en cuanto a la amistad que hemos desarrollado, pero joder, me parece raro que conozca su nombre. Tengo entendido que es un buen tatuador y que tiene gente famosa entre sus clientes, pero... no sé, me pilla un poco desprevenida que su nombre pulule entre los amigos estirados de Blanca.

—¿Sí? —pregunta Ana sacándome de mis pensamientos—. Me alegro, porque últimamente cuenta lo que quiere y a quien quiere.

Me mira y sé que ahí, hay impreso algún tipo de reproche, pero ¿cuál? Si yo ya he contado todo lo de Jake esta tarde, joder.

—Por cierto —interrumpe Blanca de nuevo—. La banda sonora de «Amenazas enlazadas» me pareció una obra de arte.

—¿Amenazas enlazadas? —Frunzo el ceño y miro a Oliver.

—¿Conoces la película?

—Claro, tuvo bastantes premios.

—La banda sonora es mía —dice, como si fuera lo más normal del mundo. Y claro, me cabreo.

—Vamos no me jodas. ¿En serio?

Él sonríe y se encoge de hombros un poco, quitándole importancia.

—No pensé que tendría tanto éxito.

Ahora va a resultar que Tina y yo somos las únicas incultas aquí y no sabemos ni de refilón la mitad de lo que ha hecho Oliver. O sea, recuerdo la banda sonora, pero no me quedo con los nombres de los músicos, joder. De hecho, nunca he pensado en la gente que hace la música de las películas. Me jode sobremanera que Ana y Blanca parezcan tan puestas en todo esto.

—¿Cómo sabéis tanto de él? —pregunto, y sí, sueno molesta.

—Yo lo busqué hace mucho en las redes sociales, cuando Beni me recomendó tatuarme con él, porque quería hacerme algo pequeño en el tobillo. —Blanca hace un gesto con la mano, como si eso no fuera importante, y se dirige a Oliver—. El caso es que busqué en las redes sociales y al ver tu nombre escrito fue como un flash. Te rastree en google y me apareció lo de la banda sonora y el resto.

Esa es Blanca, reconociendo que rastrea gente en google sin ningún tipo de pudor. Que yo también lo hago, pero joder, no lo voy contando gratis. Miro a Oliver para ver cómo se toma todo esto, pero él se limita a sonreír sin despegar los labios y darle las gracias por los halagos.

—¿Quieres un gin tonic? —me pregunta.

—Sí, por favor —contesto confusa por toda la situación.

Oliver llama al camarero, pide una copa de mi marca favorita —ni idea de cómo la

conoce— y se incorpora de nuevo a la conversación.

—¿Qué pasa, nena? —pregunta en voz baja pasando el brazo por el respaldo de mi silla.

—¿Y en qué redes lo haces? Lo de publicar, digo.

—Twitter e Instagram.

El camarero llega, nos sirve a Oliver y a mí porque el resto está bebiendo otra cosa, y además parecen muy ocupados en la labor de disimular que no cotillean en nuestra conversación.

—¿Cuántos seguidores tienes?

Oliver alza las cejas.

—¿Por qué es importante eso ahora?

—Contéstame. —Él saca su móvil de último modelo, poniéndolo entre los dos para que yo lo vea—. Me juego el culo a que tú no tienes compromiso de permanencia.

Él ríe entre dientes y pellizca con suavidad mi costado.

—No, no lo tengo. Y si quisieras mañana mismo cancelarías el tuyo.

Gruño a modo de respuesta y cojo el móvil cuando me lo da para que entre en sus cuentas de Twitter e Instagram. Agárrate a la silla, que vienen curvas: doscientos cuarenta mil seguidores en twitter y más de trescientos mil en Instagram. Jesús bendito.

—¿Cuántos tiene? —pregunta Tina, que de discreción no entiende—. Bueno, pues no me contestes, ya lo miro yo.

Y al minuto siguiente todos están con el teléfono en la mano consultando los seguidores de Oliver Lendbeck.

—Yo creo que nos gana a todos —dice Fran—. Yo tengo trescientos catorce, y porque pongo recetas del restaurante. —Mira Wendy y pone el teléfono ante sus narices—. Mira, ¿ves?

Ella ríe y se pone a ver las fotos de recetas de mi hermano. Surrealista todo, lo sé.

—Tina tú tienes más de mil, pero porque pones fotos de tus escotes, putón.

—Samuel no empieces —le advierte mi amiga.

—Yo también te sigo.

Ella pone los ojos en blanco y resopla para no sonreír. Si la conoceré yo... Luego me mira y ríe de buena gana.

—Tú no llegas ni a cien y él va para los trescientos mil.

Esa es Tina. Dispuesta a sacar algo que pueda hundirme en la miseria hasta de un tema como este.

—¿Y no te funden la batería con tantos «Me gusta»? —pregunta Ana.

—Tengo las notificaciones desactivadas —contesta Oliver mirándome—. ¿Estás bien?

—Me siento súper inculta porque trescientas mil personas te conocen y siguen en las redes.

—Tengo más fans de trescientos mil, aunque no lo sepan. Son fans de mi música cuando componía y mis tatuajes y dibujos. Lo que no entiendo es dónde está el problema.

—Es que yo no sabía ni quién eras —mascullo.

—Mucha gente conoce mis trabajos, no mi cara ni mi nombre, Daniela, y hace años que no compongo.

—Ya, si ya lo sé... ¿Pero no estás enfadado porque no sepa nada de ti?

—Sabes muchas cosas de mí. —Se acerca a mi oído y habla solo para mí—. Sabes que me encantan los boca bits, y eso no lo sabe casi nadie. —Sonrío y él acaricia mi oído con su nariz—. Sabes que mi gel de baño es marca «Adidas», y que tengo unas zapatillas pintadas por Etienne. Sabes que he viajado por buena parte del mundo, pero tengo una casa en Los Ángeles y vivo a caballo entre aquello y esto. Sabes que a veces he tatuado a gente que no me hace gracia, aunque sean famosos. Sabes que me gusta conducir. Sabes que me gustan las motos grandes porque te he enseñado las fotos de la que tengo en casa. Sabes un montón de cosas, nena, cosas que no sabe nadie más. Ellos tienen conocimientos del compositor: tú los tienes todos.

Cierro los ojos y sonrío cuando besa mi oído y se incorpora de nuevo para beber de su copa. Coge su móvil de mis manos y se lo da a Ana, que está justo enfrente.

—¿Qué haces? —pregunto.

—¿Te importa hacernos una foto, Ana?

—Por supuesto. Anda petarda, ríete y deja de poner morros.

Pongo los ojos en blanco y sonrío. El flash salta y los labios de Oliver se estrellan en mi mejilla en el momento en que suena el clic. Así es como conseguimos nuestra primera foto: conmigo sonriendo y él besándome y dejando intuir una sonrisa también. Antes de que pueda darme cuenta de lo que hace, él pregunta mi nombre en Instagram y no puedo decir nada, porque Blanca se encarga.

—Daniela.A.11

Oliver me busca y me sigue antes de subir la foto y etiquetarme añadiendo el título: «En busca de inspiración».

—¿Y eso?

Él sonrío y se encoge de hombros.

—Por poner algo. Por cierto, he quedado aquí con un amigo, así que podríamos

esperar un poco para cambiar de sitio.

—Tranquilo —dice Diego—. Si estamos la mar de entretenidos aquí. Primero Tina y Samu y ahora vosotros. Faltan las palomitas.

—Ay, sí —dice Wen—. Sois tan monos.

Arrugo el gesto porque no sé hasta qué punto me gusta que mis hermanos ya estén al tanto de lo que ocurre entre Oliver y yo, porque es obvio que lo saben. Todos nos miran con una estúpida sonrisa en la cara y quiero gritarles que dejen esa mierda, porque Oli y yo solo somos follamigos. Nada más.

—¿Quién es tu amigo? —pregunto, para dejar de pensar en eso, porque no quiero acabar agobiada.

—Kayden está en la isla, te he hablado de él otras veces.

Sí, es el chico que tatúa en su estudio de Los Ángeles y en Ibiza cuando viaja o lo solicita algún cliente importante. También se encarga de los piercings, que es una tarea que Oli prefiere no realizar.

Nos ponemos a charlar cada uno de lo nuestro y me río mirando a mis hermanos interactuar con mis amigas y Wendy. Los mamones saben cómo hacerse con toda la atención y se lo pasan en grande haciendo el payaso para las chicas. Todos lo pasan bien... menos Tina y Samuel, que están matándose vivos. Fran y Wendy tontean, me doy cuenta en algún momento de la noche y no digo nada, pero vamos, eso es tontear. Quiero pensar que Wen necesita restablecer un poco su orgullo y mi hermano es un tipo inteligente, así que paso del tema y decido no preocuparme. Además, estoy muy entretenida cotilleando el móvil de Oliver, porque me lo ha prestado para que mire sus fotos de las redes. Que sí, que puedo verlas en mi móvil, pero me gusta más este, qué se le va a hacer.

—Me apuesto lo que quieras a que ese es tu amigo, Oliver —ronronea Ana.

—¿Que? —pregunto.

Ella se limita a señalar con disimulo en dirección a la puerta. Nos giramos y ahí está. Yo miro a Oliver, que me guiña el ojo y entierra su cara en mi pelo.

—No seas descarada.

Cabrón. ¡¿Cómo no voy a ser descarada?! El tipo viste un pantalón vaquero roto, negro y entalladísimo, una camiseta negra también y unos tirantes de rayas marineras. Está rapado y conforme se acerca me fijo en dos cosas que llaman poderosamente la atención de todo el mundo: sus ojos, entre azules y grises capaces de atravesar el alma de cualquiera, y el tatuaje de su sien. Eso ha tenido que doler un cojón y medio.

—Ey. —Sonríe cuando llega a nuestra mesa mientras Oliver se levanta y lo abraza con cariño, cosa que me gusta. Es raro que un hombre demuestre cariño sin aspavientos a un amigo. Esa actitud de machito no me gusta nada, por eso me alegra que Oli no tenga problemas en abrazar así a su amigo—. Ya estoy aquí.

—¿Qué tal la tarde? —Kayden se encoge de hombros y sonríe un poco por toda

respuesta—. Chicos, os presento a uno de mis mejores amigos, Kayden. —Lo señala y luego nombra a todos los que ya estamos aquí mientras este asiente—. Ella es Daniela. —Me señala de una forma tan especial que tengo que levantarme.

—La famosa Daniela... —Sonríe y me besa las mejillas mientras se agarra a mi cintura—. He oído maravillas de ti, primero de Wen y luego de Oli. Tienes a la familia en el bolsillo, chica.

Me río de una forma un poco estúpida. No, en serio, parezco mongola porque Kayden es muy, muy mono. Tiene los brazos tatuados, y sé que el pecho también porque de su cuello asoman algunas líneas que me hacen preguntarme qué habrá debajo... Me reprendo en silencio por mirarlo con descaro y procuro no hacerlo de nuevo. Fracaso. Muchas veces. Intento no embobarme, pero es simpático y morboso de alguna forma que no puedo descifrar... Al final decido que, si a Oliver le parece mal que mire embobada a su amigo, la culpa es suya por haberlo invitado.

Nos sentamos y cuando todos tenemos nuestras copas me río entre dientes, pensando que la noche se presenta joven y muy, muy prometedor...

21. Una de las mejores noches de mi vida

Llevamos ya como una hora en el pub y aunque en principio pensamos cambiar e ir a alguna discoteca donde poder bailar, estoy disfrutando bastante del ambiente que hemos creado aquí.

Fran le habla a Wendy de historias de amoríos que salieron mal y ella sonríe y jura que se siente bien, que no está deprimida y que, al contrario, se encuentra tranquila y casi podría decir que feliz. Yo creo que todo eso no es más que la adrenalina por haber dado plantón a Brian y en algún momento tendrá un bajonazo, pero tampoco pienso decirle nada. La ruptura y sus fases llegarán y no tiene sentido advertirla y hacerla sufrir antes de tiempo.

A mi lado, Oliver también parece feliz, y no me extraña, porque escuchar a su hermana decir esas cosas después de todo lo que ha pasado con Brian es para estar contento. Eufórico si me apuras. Es hombre después de todo y es posible que flipe cuando Wen se venga abajo y llore cantando coplas o... Bueno, a ver, igual Wendy coplas no canta. Montará el drama a lo estadounidense, que no sé si consiste en ir a un bar de carretera y subir a un toro mecánico o... Me estoy liando, lo sé, y como me has entendido, voy a pasar al siguiente punto.

El resto de mis hermanos van a lo suyo. Diego se limita a beber y charlar con Lorenzo del camping y yo no entiendo bien qué hacen aquí. Lo agradezco, desde luego, pero sé que los dos disfrutan mucho del trabajo en casa, así que, ¿por qué no están allí? Supongo que porque quieren que comprenda que me apoyan y están a mi lado, pero me sabe mal haberlos obligado de alguna manera a viajar por mí...

Martín, por otro lado, parece impaciente por empezar la fiesta de verdad. Sé, porque lo sé, que en cuanto nos descuidemos se irá por su cuenta. Está deseando vivir la noche ibicenca y no vamos a impedirselo. Yo, de hecho, agradezco que se vaya y no vuelva hasta bien tarde, porque así no podrá vigilar mis entradas y salidas del dormitorio que compartimos. Aunque me fijo en que habla con Kayden de la discoteca a la que iremos después así que igual mis esperanzas caen en saco roto.

Tina y Samuel no lo llevan tan bien, la verdad. Él parece encontrar especial placer en cabrearla y ella, que de por sí se calienta sola más que un jarrillo de lata, no necesita mucho para montar en cólera, insultarlo y dedicarle bestialidades, todas muy ingeniosas, eso sí.

En algún momento de la noche una chica rubia y con unas tetas del tamaño de su cabeza –cada una– se acerca a la mesa y saluda a Oliver asegurando ser una gran fan de sus tatuajes. Mira, ahora hasta una choni lo reconoce... Bueno, vale, igual no es tan choni, pero joder, no se irrumpe en una mesa solo para decir tonterías del tipo: «Eres todo un artista». ¡Eso ya lo sabemos!

En fin... mejor ignorarlos mientras dure esta charla-adoración.

Me fijo otra vez en la mesa al completo porque sí, me gusta lo hay aquí –quitando a la tetona a la que nadie ha invitado–. Me gusta lo que se ha creado en solo una semana. ¿Quién iba a decírmelo a mí el día que Jake me obligó a encargarme de la

boda de Wen? En el fondo, le estoy agradecida.

Es verdad que él y yo lo hemos hecho todo mal, no lo niego. Nos hemos querido mal... De hecho, es probable que ni siquiera nos hayamos querido. La verdad es que resulta imposible del todo amar cuando la otra persona te arrastra una y otra vez a esa zona de incertidumbre donde todo lo que predomina es el miedo, el deseo y el instinto más básico.

Acordarme de él es recordar todas las razones por las que he hecho un millón de cosas mal en los últimos años, pero también de los buenos ratos, porque han existido. Pocos y cortos, pero ahí han estado. Además, ¿de qué me sirve arrepentirme de mi relación con Jake? Yo nunca podría arrepentirme de eso, porque mi historia con él me ha traído a esta mesa, a esta gente, y a Oliver...

Oliver, que es la antítesis de Jake. Su cuerpo tatuado es la primera muestra, pero al final, la más insignificante, porque no son más que las historias de una vida grabadas a tinta en su piel para no olvidarlas nunca. Oliver es el hombre que ha reconocido sin pudor ante mí que me espío mientras confesaba mi historia en una fiesta privada. El que, sin apenas conocerme, se quedó a mi lado sujetándome el pelo, ingeniándose con una camiseta para retirarlo de mi cara y humedeciendo mis ojos y mi boca para que dejara de sentir arcadas. El que me baña, pero sin mirarme más que lo justo. El que me escucha porque de verdad le importa lo que yo tenga que decir y no por pasar el rato. Cuando yo hablo él me mira solo a mí, como si nada más importara. El que me hace las maletas sin preguntar más de la cuenta...

Compararlo con Jake me parece incluso absurdo. ¿Cuándo me ha abrazado Jake solo porque sí? ¿Cuándo me ha pedido consejo sobre la cosa más nimia? ¿Cuándo ha desayunado conmigo mirándome a mí, hablándome a mí, en vez de al periódico o las noticias? ¿Cuándo hemos reído a carcajadas hasta pensar que de verdad nos quedaríamos sin aire?

No, nunca hemos hecho nada de lo que yo hago con Oliver, es impensable, pero es que, siendo sinceros, las relaciones no son ni parecidas. Jake ha sido mi novio y Oliver va camino de ser... ¿mi mejor amigo? Dios, es una excusa patética, pero tampoco sé catalogarlo como otra cosa. Follamigo, sí, pero suena mal cuando pienso en lo que tenemos. No somos simples conocidos follando, sé que lo conozco desde hace una semana, pero también sé que él formará parte de mi vida siempre. De alguna forma lo sé, así de simple y extraño.

Además, yo tengo una gran teoría: El amor romántico no existe. Es algo inventado, algo que salió de la boca de algún charlatán que decidió que podía coger a una amiga y hacerla su compañera de por vida, sin entender que las relaciones cambian. He tenido dos años para hacerme daño a conciencia, para abrirme las heridas una y otra vez, para caer en el mismo error tantas veces que llegué a pensar que nunca saldría de aquel círculo vicioso. ¿Cómo voy a querer yo eso otra vez?

¿Quiero el sexo? Sí, claro, pero no ese sexo. No quiero ese desgarramiento constante. No quiero... No quiero sentir que la amargura se me escapa en gemidos, porque el amor no debería ser así. El amor no debería doler constantemente, incluso cuando se

suponía que estábamos bien, porque a mí me dolía a todas horas. Cuando Jake entraba en mi cuerpo sufría tanto como disfrutaba. No hablo de un dolor físico, hablo de un volcán en el estómago a punto de estallar para mal. Nada de mariposas, porque las entrañas se van en algo tan básico como pensar que tienes que reclamar a esa persona una y otra vez, porque sabes que el sexo es todo lo que tienes y cuando ese momento acabe, él ya no será tuyo...

He querido a Jake. No sé si lo he amado, pero a mi manera masoquista, insalubre y extrema lo he querido, y no estuvo a mi lado, aunque sé que a su estilo también me quiso. Me desgarré y lloré tanto casi a diario durante dos años que hubo momentos en que pensé que no tenía sentido sufrir tanto por algo que no tenía arreglo. Lo sabía, y aunque lo sabía seguía empujando hacia el fondo, porque esa parte estúpida y romántica de mí me hacía creer que, en algún momento, él cogería mi cara entre sus manos y me juraría amor de verdad, del que no duele ni hace llorar a todas horas.

Porque no siempre he sido así.

Porque hubo un momento en que yo quise amar de verdad y bien.

Porque yo no quiero un amor de película, quiero uno que me haga sentir plena, y solo he obtenido lo contrario.

Y es aquí y ahora, donde mi parte romántica y estúpida, esa que ya he mencionado antes, llámese Ramona, decide increpar mis pensamientos.

«¿Y qué ocurre con los matrimonios que se pasan años amándose? Como tus padres, como Ronald y Liz y como un largo etcétera que decide unirse en matrimonio y vivir cada día al lado del otro. Y tienen crisis, pero las superan, porque se quieren y eso está por encima. ¿Qué pasa con el amor que no duele? O sí, duele, pero solo en ciertos momentos y no a diario. Ese amor que te hace reír. Ese tipo de amor que no se basa solo en el sexo, porque existen cosas igual de placenteras que no requieren ataduras, aunque las cuerdas no quedan eliminadas de los juegos. ¿Acaso no resulta fácil y natural vivir al lado de tu mejor amigo y, además, amarlo?»

Vale, bien. Por eso mismo tengo que matar a esa hija de puta, que mete estas cosas en mi cabeza.

Al final va a tener razón mi hermano Samuel y yo soy una loca del coño que ni como, ni dejo comer, porque pese a todo lo que acabo de pensar, tengo unas ganas locas de arrastrar por los pelos a la tetona por todo el pub que no te quiero ni contar. Y es que la perra, de seguir así, terminará sacándose los pezones y dándoselos a chupar en ofrenda a Oliver. Joder, qué manera de lucirse.

Quince minutos después aquí seguimos: el resto de la mesa ha vuelto a sus menesteres de tontear, ponerse de los nervios, organizar la fiesta o hablar de cualquier cosa, y la rubia sigue donde mismo, al ladito de Oliver, hablándole de tatuarse no sé qué mierdas de un corazón en el culo. Yo de verdad llego a pensar que va a coger una silla de un momento a otro de otra mesa y arrimarse aquí en plan: «Ay, con lo a gustito que estamos...». Y no, ¿eh? Eso no.

Miro a Tina buscando apoyo emocional, porque es la única que me entiende. Bueno, y Blanca, pero ella ya se ha imaginado cualquier cosa porque me mira negando con la cabeza, como advirtiéndome de que no haga nada. ¿Ves? Por eso busco a Tina, porque si yo un día me levanto con ganas de secuestrar un tiburón del acuario de Barcelona, Blanca me dirá que estoy loca y Tina me dirá que le tire, que ya después ella me saca de la cárcel como sea. Ana sería el punto medio, pero como está más lejos lo tengo fácil para ignorar sus consejos, la verdad.

Así que miro a Tina y señalo con los ojos a la rubia mientras ella resopla y Samuel no nos quita el ojo de encima. Mi amiga saca el móvil y a los diez segundos recibo un whatsapp.

Tina: ¿Te molesta la puta?

Esa es mi Tina, al grano.

Yo: ¿Tú qué crees? ¿Es que no se va a ir nunca, joder?

Tina: Se iría si te subieras en las rodillas de tu hombre y lo reclamaras metiéndole la lengua hasta la campanilla.

La miro alzando las cejas, como diciéndole: «¿Y otra cosa que no requiera una denuncia por acoso más tarde?» Y sí, ella lo entiende porque vuelve a teclear.

Tina: ¿Me subo yo? Jajaja.

Yo: Vaya ayuda de mierda, putón.

Tina: Te lo digo de verdad, que a mí no me importa rescatar a Oliver. Yo me levanto y lo morreo como Dios manda en dos segundos. La rubia se iría, piénsalo... —Sonríe con maldad y sigue escribiendo—. Además, ella tiene pinta de guarra, ¿pero que más te da? Si vosotros no sois nada serio... Tampoco te debería importar que yo me lie con él, joder, me apetece mucho contar sus tatuajes con la lengua.

Se acabó, hasta aquí hemos llegado. Esa guarra que dice ser mi amiga sabe todas mis reflexiones, porque se las he contado esta misma tarde y, aun así, me viene con esta mierda. Racional o no, bebo de mi copa y miro a Samuel con una sonrisa candorosa.

—Samu, ¿te he contado la última borrachera de Tina? —Mi hermano niega con la cabeza—. Pues prepárate para escuchar una historia de zapatos de tacón, limusinas, salidas a lo París Hilton de la misma y...

—Daniela, para —dice Tina muy seria.

—No, no pares. —Se interesa Samuel—. ¿Salidas de limusinas a lo Paris? ¿Sin bragas, Tina?

—Vete a la mierda, guapo.

—Tú sí que eres guapa —replica mi hermano con una sonrisa diabólica. Acto seguido ladea la cabeza y, pasando el brazo por el respaldo de su silla, baja su tono lo suficiente para ponerla nerviosa, pero es lo bastante alto para que todos le oigamos—. Y no miento. Tienes el dulce rostro de un ángel inocente, la boca de un camionero y

el cuerpo de una prostituta cara.

A Tina la mandíbula le llega al suelo, pero tenías que haber visto la cara que se le ha quedado al resto de la mesa. Con decirte que la rubia alza una ceja y mira a mi hermano con una sonrisita seductora. Y es que el cabrón consigue decir esas cosas a Tina que, más que ofenderla, la ponen a mil contra su voluntad. Si la conoceré yo...

—Voy a fumar —dice mi amiga mientras suelta la servilleta en la mesa de malas maneras.

—Te acompaño.

No lo pienso, si no puedo echar a la furcia, por lo menos me uniré a Tina, aunque sea para poner verde a mi hermano. Oliver me mira y me sujeta la mano.

—¿Todo bien?

«No»

—Claro.

—¿Vas a fumar?

—Sí.

—Te acompaño.

—No, quédate con tu nueva amiga. —Y sí, suena a estar molesta de narices, así que sonrío con inocencia fingida y alzo la mano con su móvil—. ¿Lo puedo llevar fuera? Es como mi nuevo juguete favorito.

—Solo si me prometes devolvérmelo lleno de fotos tuyas.

—Hecho.

Salgo con un nudo agarrado a mi garganta, porque la rubia ha visto el cielo abierto y se ha sentado en mi sitio.

Pues lo mismo no ha sido muy buena idea levantarme, no.

En la puerta insto a Tina a irnos hacia los jardines del pub, porque sé que va a despotricar a gusto contra mi hermano y prefiero que sea a solas. El portero y la gente de la cola no tienen por qué saber lo que mi amiga piensa de Samuel.

—Hostia puta, es que tengo ganas de matarlo, te lo juro.

—No, si ya...

—¿No, si ya...? Daniela, que me ha llamado puta.

—No, no, te ha dicho que tienes cuerpo de prostituta cara y, conociendo a Samuel, eso es un halago de los importantes.

—Vamos no me jodas —sisea entre dientes.

—Eh. —Nos giramos y vemos a Blanca, que viene junto a Ana—. ¿Qué pasa?

—Nada —decimos las dos al mismo tiempo.

—Ah no. —Ana se cruza de brazos—. Conmigo los «nada» os los podéis ahorrar

que soy la reina, ¿eh? ¿Se puede saber por qué estáis siendo más niñas de lo que ya es costumbre en vosotras?

—Samuel me ha llamado puta.

—No te ha llamado puta, Tina —repite Blanca—. Te ha dedicado un cumplido. Raro y bestia, pero cumplido.

—Y tú —dice Ana mirándome—. Deja de enfurruñarte y mirar al plato como una niña pequeña enfadada. Si te molesta la rubia, quítasela de encima. No tiene más.

—A mí ya ves... Me da lo mismo —contesto muy digna aceptando el cigarro de Tina para dar un par de caladas.

—En serio —dice Blanca ignorando mi chulería—. Tina, no dejes que Samuel te gane la batalla, si tardamos mucho aquí fuera verá que su comentario te ha afectado y no queremos que se regodee en eso, ¿verdad?

—Verdad —admite mi amiga.

—Y tú. —Me mira centrándose en mí—. Vamos, anda, a ver cómo coño lo hacemos para echar a la rubia.

—Vale, pero antes esperad: vamos a hacernos una foto con el teléfono de Oliver Lendbeck, que esto no se puede hacer todos los días.

Todas sonríen y yo activo la cámara delantera del teléfono mientras nos metemos en plano. Sonreímos y nos hacemos un selfie en toda regla. Después pedimos al portero que nos haga otra de cuerpo entero. Nos ponemos de lado y todo va bien hasta que, a Tina, que es la última, le da por empujar con las caderas hacia delante, como si hiciéramos el trenecito. Sí, el sexual, y al portero, que es un cachondo, le da por hacer la foto. Voy a borrarla, pero la verdad es que cuando la vemos nos reímos mucho, porque las caras de sorpresa y diversión son dignas de recordar, así que la dejo para pasármela más tarde por whatsapp a mi propio teléfono.

Entramos en el pub y veo a la rubia charlar aún con Oli mientras en su mesa, la de al lado, las chicas con las que ha ido siguen a lo suyo. Ana, Tina y Blanca ocupan sus lugares y yo me quedo al lado de mi silla mientras la rubia... se queda sentada. ¡La madre que la parió! ¿Cómo se puede tener tanto morro? ¿Ahora qué? Joder, qué vergüenza, no quiero esperar de pie como una fracasada que ella termine de hablar para coger mi silla, pero cuando miro a Tina, esta se ha enfrascado en una discusión verbal con Samuel que no quiero cortar porque sé que eso es como hacer las paces para ellos. Ana se ha metido en una conversación con mi hermano Diego y Blanca charla con Wendy y Fran. Vaya mojón de noche.

Todavía estoy intentando decidir qué hacer para echarla, cuando las manos de Oliver se cogen a mis caderas y me sienta sobre su regazo antes de darme tiempo a pestañear.

—Ya estás aquí, nena. ¿Todo bien?

Y justo aquí es donde yo sonrío como una idiota y asiento mientras él acaricia mis muslos desnudos. Miro a la rubia con la confianza que da estar sentada en el regazo

de Oliver Lendbeck y hablo.

—¿Tus amigas no te esperan para tomar algo?

—Sí... claro —Carraspea y se levanta—. Un placer, Oliver, pasaré por tu estudio.

—Cuando quieras, Estefanía. Nos vemos. —En cuanto se va, por fin, intento levantarme, pero él me lo impide—. ¿Por qué estás molesta?

—Porque esa guarra me ha quitado mi sitio.

—¿No te gusta estar sentada aquí?

—No creo que sea muy efectivo durante mucho tiempo.

Él sonrío y asiente, soltándome después de pellizcar mi muslo.

—¿Hiciste fotos para mí?

—Claro, mira.

Y por fin todo vuelve a la normalidad, otra vez. Nos reímos con las fotos que he hecho con las chicas y nos hacemos algunas más nosotros solos y con el resto. El tiempo se pasa entre conversación cada vez más distendida y risas varias. A la hora de cambiar de sitio ya todos tenemos confianza, nos hemos integrado bastante y no somos más que un grupo de amigos disfrutando de una noche que, pese a todo, está siendo fantástica.

Nos dirigimos a una discoteca tipo *chill out* que Oliver y Kay conocen y recomiendan con fervor. Lo que significa que es cara y aquí la que está en paro soy yo. Lo bueno de ir con un tatuador famoso y medio asentado en la isla es que tiene enchufe en todas partes y no nos cobran la entrada. Pasamos al reservado a las once y veinte, y a las y treinta justo, Oliver se pega a mí por detrás, me ofrece una copa y susurra en mi oído.

—Tenemos un trato, nada de despegarte de mí hasta que pasen las doce, ¿recuerdas?

Sonrío y asiento con efusividad.

—Imposible olvidarlo. ¿Bailamos? ¿O eres de sentarte y no mover los pies?

—Era músico, cariño, bailar está entre mis gustos predilectos.

Me río y dejo que me lleve a la pista de la mano mientras pienso que Jake nunca bailó conmigo. Sí, ya, no tengo que compararlos, pero lo hago. Se siente.

Llegamos al centro y durante dos canciones todo va normal. Decir que Oliver se mueve bien es poco: es un hombre guapo y sexi; con su sonrisa picarona, su camisa arremangada hasta los codos y sus tatuajes a la vista, que además baila como Dios y lo sabe, por lo que disfruta mucho más. A la tercera, los acordes de «Moves like Jagger» de Maroon five suenan y yo le dedico una sonrisa pícaro.

—¡Ay... mi Adam! —Bato las pestañas con coquetería mientras empiezo a moverme al ritmo de la canción.

Oliver pone los ojos en blanco, me hace dar una vuelta y luego se pega a mi

espalda, rozando sus caderas con la parte baja de estas y moviéndonos al ritmo que él impone.

—¿Te gusta esta canción?

—Es de mis favoritas —reconozco.

—Desde hoy, también es de las mías.

—Podrías componer una canción como esta, seguro.

—No me has oído tocar, ni me has visto componer.

Me giró de manera que quedamos pegados y de cara.

—Da igual, lo sé.

—No sería mi canción más bonita.

—¿Ah no? ¿Y cuál es tu canción más bonita?

Él sonríe y no contesta. Ya voy conociéndolo y sé que a veces las respuestas no llegan, y tampoco es que me importe. No tiene que compartirlo todo conmigo y así se hace más interesante llegar a conocerlo.

Después suena Justin Timberlake con su «Señorita» y pienso que la letra es bonita, porque ofrecerle una corona a una chica que tiene el corazón roto es algo precioso y yo quiero una, aunque sea del Burger King, coño.

«Oliver lo haría, te daría la corona y la canción».

Obvio a Ramona y bebo de la copa que tengo en la mano para refrescarme un poco. Miro al reservado, donde Fran y Wendy siguen hablando. Por Dios, ¿de qué tienen que charlar tanto?

Martín, Lorenzo y Diego están con Kayden en la pista también. Cada uno baila a su manera y la verdad es que es un mix extraño. ¡Si mi hermano mayor no baila ni así lo maten! Se ve que ha entendido que es eso o aburrirse de mala manera. Ana aparece de alguna parte y se une a ellos para acabar de formar un grupo de lo más pintoresco.

Tina está en la barra, hablando, o más bien tonteando, con un pedazo de hombre que está como un queso, lo sé por su expresión. No me sorprende ver a Samuel a pocos metros vigilando cada paso suyo, y tengo claro como el agua que en cuanto ella vaya al baño o se descuide lo más mínimo, mi hermano aprovechará para espantar al chico. Y lo sé, porque no es la primera vez que lo hace, pero yo no digo ni pío, que ya se sabe... En boca cerrada, no entran moscas. Busco a Blanca con la mirada, aunque la verdad es que no me preocupa nada dónde pueda estar porque ella siempre ha sido de llegar a la discoteca y dispersarse para terminar la noche con un hombre que no entraría en mi cama ni drogándolo, pero que suspira por los ojos azules, el pelo rubio y las infinitas piernas de mi amiga. Sí, la cabrona sabe bien cómo disfrutar de los mejores especímenes y lo peor es que luego los desecha y no le importa en absoluto nada más que su propio placer. Es decir, ella se los tira e inmediatamente después desaparece de la escena sin dejar rastro. Ay, cuántos hombres vagarán por el mundo buscando a Blanca para postrarse a sus pies después de una noche de pasión...

No es que mi amiga sea un putón o mala persona, ojo. Es solo que ella no está hecha para las relaciones serias y lo reconoce. No le gustan los hombres, ni compartir su espacio, ni tener que intimar con nadie que no seamos nosotras. Le gusta follar como a todo el mundo y por eso los caza en las discotecas, donde son ligues de una noche y punto. Ella sí que será feliz el resto de su vida, porque no la he visto sufrir por un hombre nunca. No te engañes, no intentes convencerte de que tiene una historia oculta de un amor imposible o alguien que le hizo mucho daño, porque no es así. Blanca entiende la vida de otra manera y aunque al principio ni siquiera yo la comprendía, ahora sé que es su forma de ser feliz, y la respeto como no imaginas. A veces hasta la envidio, pero bueno, no voy a desvariar tanto.

La canción de Justin acaba y una de reggaetón comienza a sonar. Era mucho pedir tener buena música toda la noche, según se ve. Ana aparece de la nada con un tío que no conozco, me guiña un ojo y no necesito más para saber que piensa largarse con él. Dos minutos después no hay rastro de ella. Mis hermanos, en su mayoría, han desaparecido también, incluso Kayden, y yo me encuentro mirando a Oliver, que se mueve al ritmo del puto reggaetón. ¡Debería estar prohibido que hasta esa mierda la baile mejor que yo!

Con todo, no puedo evitar imaginarlo bailando así, pero en una habitación en la que estemos a solas y que me sonría justo como lo hace en este momento, como un hombre que sabe que tiene a la chica en el bolsillo con esos movimientos. Un hombre que sabe, de sobra, lo que me está haciendo sentir y, lejos de arrepentirse, se siente orgulloso y además muestra una sonrisa indolente que no hace más que ponerme aún más nerviosa.

Por Dios, que acabe ya la noche...

Busco a Tina con la mirada, pero está entretenida con su desconocido particular, y, de todas formas, ¿para qué la quiero? No es como si estuviera deseando que se fueran todos y tener excusa para irme a casa... ¿no?

Un brazo tira de mí, rodea mi cintura y me abraza sacándome de la pista. Sonrío y dejo que Oliver me lleve cual péndulo hasta el reservado porque así puedo olerlo a conciencia. Parece una locura, pero no puedo creer que me resulte inadmisibile saber que en poco más de veinticuatro horas ya no tendré su olor a mi lado todo el día; por eso necesito impregnarme de él todo lo posible.

—Bailas increíblemente bien —digo en su oído.

—Me inspiras, nena.

Me ruborizo como una niñata y me río de una forma muy pava, lo reconozco. Él me abraza y roza su nariz con mi cuello. ¿Por qué con un gesto tan tonto como ese puede hacer que mi estómago se agite? Odio los momentos en que Oliver consigue que me olvide de mis propósitos y me limite a ser y sentir, sin más.

22. Cumpleaños casi feliz

Oliver

La noche está dando bastante de sí. Primero la llegada de Kayden revolucionó al grupo, pero no pasó mucho hasta que mi amigo se integrara con todos. Más tarde, cuando las chicas salieron fuera a fumar deseé que Daniela se hubiese quedado, porque la rubia seguía hablando sin parar, y ni porque centré toda mi atención en mi amigo se fue. Insistente era, eso había que reconocérselo.

—¿Qué te parece el grupo? —pregunté a Kay por hablar de algo.

—Hablan mucho. —Me reí entre dientes porque tenía razón—. Aun así, está bien, parecen buenas personas. Tu Daniela es preciosa. —Sonrió con chulería y frunció el ceño—. Tranquilo, fiero... Ya sabes que no soy un peligro.

Claro que lo sé, su homosexualidad no es ningún secreto para mí, pero eso las chicas, y en especial Daniela, no lo saben.

—Estoy deseando que esta noche acabe y tenerla a solas para mí —confesé.

—Ya queda menos. De momento podrías hacer algo para librarte de tu nueva lapa. —Señaló con disimulo a la rubia, que seguía mirándose las uñas—. Daniela no parece muy contenta con su presencia.

—¿Oliver? ¿Te importa si nos hacemos una foto?

Hablando del rey de Roma... Me iba a dar la noche, ya lo veía venir.

—Por supuesto.

Volví a mi sitio y dejé que sacara algunos *selfies* con su móvil.

—¿Te importa si la subo a internet?

—Adelante.

Y allí estábamos, ella preguntándome cosas sin parar y yo intentando responder sin parecer lerdo porque en realidad todo lo que pensaba era en Daniela. ¿Estaba molesta de verdad? Sí, o sea, joder, me he acostado con muchas mujeres y sé que esa es la actitud de una mujer celosa. El problema es que Daniela no hizo nada. Volvió, y a pesar de que estaba de pie y la rubia no hizo amago de levantarse, ella se quedó ahí en medio, sin saber bien qué hacer y visiblemente incómoda. ¿Por qué no exigía mi atención?

Supongo que porque Daniela es distinta.

Distinta a todo lo que yo he conocido antes. Una mujer que no estaba dispuesta a armar un escándalo, aunque era evidente que no se sintió cómoda ni contenta con la situación. No quise sonreír, porque está costándome la vida que ella se abra a mí y si la cagaba podía ser que reculase todavía más y perdiéramos incluso la amistad que estamos forjando.

La senté en mi regazo y procuré que con mi acción entendiera que ella es la única, y que no tengo ojos para nadie más.

El resto del tiempo en el pub fue tranquilo. Hicimos un millón de fotos con mi móvil, porque quiero llevarme todos los recuerdos posibles el domingo, cuando parta rumbo a Los Ángeles.

La entrada en la discoteca fue el pistoletazo de salida para que todo el mundo se dispersara. No me quejo, conste, Daniela me ha devorado con la mirada y sé que, aunque parte de su cerebro aún grite que no, su cuerpo ya me busca.

Lo vuelvo a sentir ahora, cuando la dejo en el sofá y la beso, y me alegro cuando parece apenada por no seguir entre mis brazos.

El sexo no será un problema, lo sé, pero de alguna absurda manera no me conformo solo con su cuerpo. Estoy haciendo las cosas a lo loco, me estoy saltando el consejo que mi padre me dio de conseguir primero su amistad y darle tiempo, pero es que el tiempo es un lujo que no puedo permitirme sabiendo que nos espera una temporada separados.

Resoplo, porque esos pensamientos no me van a llevar a ningún sitio, así que decido vivir las cosas paso a paso. Por el momento, Kayden viene a informarme de que el paquete que le encargué está en el estudio, y que pasaremos a recogerlo en un ratito. Bien, así también viene Daniela y puedo enseñárselo. La idea de hacerle el amor en la sala que uso para tatuar se me antoja tan tentadora que no la descarto, porque igual allí podemos librarnos de sus hermanos y sus amigas... Dios, eso sí que resulta tentador. La imagino en el diván que poseo, desnuda y deseándome, y tengo que cortar la fantasía por miedo a empalmarme aquí. Vaya noche de erecciones gratuitas llevo...

Centro mi atención en Daniela, que me explica en este momento las jugadas que realiza Samuel siempre con Tina, y veo de primera mano cómo en un descuido de ella, él no necesita más que un par de frases para que el chico se invente una excusa y se vaya. Tina es muy guapa, así que no me extraña que otro hombre se acerque, pero después de que ella vaya al baño y Samuel lo intercepte para mantener una pequeña conversación, se va sin siquiera despedirse. A su vuelta, ella se encuentra con que solo está el hermano de Daniela, frunce el ceño, pero él le dice algo que no debe gustarle, porque bufa y le hace un corte de mangas.

—¿Y desde cuándo es así? —pregunto a Dani riendo.

—Desde que se conocen, hace casi tres años.

Joder, pues como a todos los Acosta les cueste lo mismo dar el paso en el plano romántico, voy listo...

Claro que a Fran no parece costarle mucho llegar a Wendy. ¿Es eso una buena idea? Porque es un tonto tan claro como el agua, el que tienen, y ella lejos de estar incómoda parece feliz. No quiero meterme, es mayor y con lo de Brian ha demostrado que tiene dos dedos de frente y sabe ponerse en su sitio, así que bueno... ya trataré con ese tema llegado el momento, si es necesario.

Y Blanca... Bueno, ella está entre dos hombres, de manera literal. Dos hombres altos, con pinta de suecos o algo muy del norte porque son grandes, rubios y se

mueven con ganas, pero sin gracia. De todas formas, es lo de menos. Miro a Daniela y la señalo.

—¿Con cuál crees que se quedará?

—Si se dejan, con los dos.

—Oh.

Vale, bien, Blanca es de esas. No seré yo quien opine si es un estilo de vida bueno o malo, así que me encojo de hombros como si me diera lo mismo, porque es así, y sigo charlando con ella de otras cosas.

El resto de hermanos han desaparecido del todo, pero eso no me parece mal, al contrario. Por mí pueden aparecer ya mañana... No es que me caigan mal, pero a su manera, rara y porculera, son muy sobreprotectores con Daniela.

Pasado un rato miro mi reloj y me doy cuenta de que es la una menos cuarto. ¿Por qué ella no me ha dicho nada? La miro, y me devuelve una sonrisa que me demuestra que está esperando su felicitación y quizá por eso, no se ha despegado de mí. —Y puede que yo haya hecho como que no me daba cuenta de la hora solo para conseguir ese propósito—. Sonrío y la acerco a mi cuerpo, abrazándola y besando su frente, sus mejillas y su oído.

—Feliz cumpleaños, chica hipster. Espero que este nuevo año para ti signifique encontrar la felicidad que mereces. Ojalá para mí sea el primero de muchos a tu lado.

Ella me abraza sonriendo y llenándome la cara de besos antes de llegar a mis labios y rozarlos con suavidad.

—Seguro que sí. Ya pensé que no me felicitarías.

Hace un puchero que me apetece morder y sonrío pensando que, de hecho, puedo hacerlo. Me adueño de su boca, mordisqueo su labio inferior y me cojo a sus caderas dispuesto a alargar esto. El pensamiento de que mi mundo empieza en su cuerpo es cada vez más recurrente y, por lo tanto, más peligroso.

—No digas eso —murmuro en sus labios después de separarme—. ¿Quieres bailar?

—No, en realidad... quiero irme a casa.

—¿Y eso?

—Bueno, mañana el día es largo y no me apetece tanto jaleo.

Bien, por una parte, estoy contento porque yo tampoco quiero amanecer en la discoteca rodeado de gente. Prefiero con mucho estar en casa, pero por otra, ella parece seria y no sé si es por mí, o por algo que implica a las chicas, así que el camino de vuelta es silencioso, demasiado silencioso y tenso porque no quiero decir nada hasta estar en casa. Eso sí, no se dormirá sin contarme lo que sea que le está pasando por la mente.

Llegamos y justo como imaginaba, intenta subir los escalones para irse a dormir. El cambio es tan radical en comparación con lo que teníamos pensado, que por un

momento pienso si no habré imaginado todo lo que ha pasado entre nosotros hasta ahora. Cojo su mano y la miro a los ojos.

—Estoy muy cansada, Oli, quiero dormir —dice antes de que pueda preguntarle.

—No me mientas, dime qué ocurre.

Ella baja la mirada un segundo, como si no estuviera segura de qué hacer y necesitara pensarlo sin mirarme a los ojos, pero al final abre el bolso de mano que lleva, saca su móvil y después de deslizar la pantalla y entrar en whatsapp me muestra un mensaje que me pone rígido ya de primeras, porque es del capullo de Gilford y, además, lo ha mandado a las doce en punto.

Jake: Feliz cumpleaños, cariño. Espero que estés pasándolo bien, y lo digo de verdad. He pensado durante estos días si debería llamarte o mandarte un mensaje diciéndote lo que pensaba y sentía, pero la verdad es que al final siempre me echaba atrás porque mi humor ha sido tan cambiante que no merecía la pena someterte a eso. No otra vez. Sé que ya no estamos juntos, y por primera vez sé que es de verdad, porque sí, Daniela, tenías razón cuando decías que yo me había acostumbrado a tenerte como algo seguro y no te valoraba. Sé que he sido un cabrón, que te he maltratado y que no te merezco, pero es que eras tan mía... Te quiero. Estoy seguro de eso, pero también estoy seguro de que no puedo cambiar, te destrozo porque me odio por necesitarte y... en fin. Esto no tiene mucho sentido. Solo quiero que sepas que te quiero, es probable que seas la única mujer a la que quiera toda la vida. Sé feliz Daniela. Un beso. P.D. Si se produce el milagro de que quieras ser más como yo... búscame.

Miro a Daniela, que se pinza el labio inferior y mira al suelo de nuevo. ¿Está llorando? Pongo un dedo bajo su barbilla y la hago mirarme. No, no está llorando, al menos no todavía, porque sus ojos sí están cargados de lágrimas retenidas.

—Quiero irme a dormir —susurra con voz temblorosa—. Lo siento... y gracias por una noche maravillosa.

Besa mi mejilla en un gesto torpe y apresurado y se va ante mis ojos. ¿Qué puedo hacer? No puedo culparla de llorar por un cabrón que sabe muy bien qué teclas tocar para hundirla de nuevo. La miro subir las escaleras y cuando se pierde de mi vista me voy al salón. Necesito una copa, y es probable que la cosa no quede solo en una, porque el miedo me atenaza la garganta, el estómago y si te digo la verdad, estoy muy paralizado ahora mismo.

¿Qué pasará si ella vuelve con él? Yo me iré a Los Ángeles en algo más de veinticuatro horas y ella volverá a Madrid, donde él podrá buscarla y... No, no quiero ni pensar lo que él puede prometerle. Y mucho menos quiero pensar que ella le perdone por alguna absurda razón. Daniela es más inteligente que todo eso y parece estar sanando de verdad de esa relación enfermiza, pero nunca se sabe...

Miro la hora en mi reloj de pulsera y deshecho el plan de beber hasta hartarme. Salgo de casa para ir al estudio a por el paquete que había pensado recoger con ella. ¿Cómo se ha torcido tanto la noche en tan poco tiempo? Exhalo aire con fuerza y

decido ocuparme de cada cosa a su tiempo. Recojo el paquete, vuelvo a casa y entro en el salón.

Me bebo dos copas más de whisky solo, sin hielo siquiera, y decido irme a la habitación, porque emborracharme no hará que las cosas sean mejores. He pasado por cosas mucho peores y no he sucumbido al alcohol ni cualquier otro sedante, así que no voy a empezar esta noche.

Me meto en el dormitorio y voy directo a la ducha. Necesito limpiarme porque he sudado en la discoteca y... y porque no conseguiré dormir si su olor permanece pegado a mi ropa. Esa es la verdad. Su perfume me impregna entero y, a veces, me parece oler a ella incluso cuando no está.

Salgo y miro el paquete de nuevo, al final no resisto más y lo abro para ver el interior. Sonrío sin poder evitarlo, porque sabía que Etienne no me defraudaría.

Me tumbo en la cama con el torso desnudo y un pantalón de pijama a rayas blancas y azules, de los de toda la vida. Por primera vez en mucho tiempo, echo de menos mi piano, o mi guitarra, o incluso la batería, y pienso en bajar al sótano y seguir con la composición nueva, pero no quiero pasarme el día de mañana durmiéndome por los rincones. No solo por la fiesta, sino porque serán mis últimas horas con Daniela y quiero aprovecharlas. Me cuesta bastante conciliar el sueño, y pasan ya de las cuatro cuando la puerta de mi dormitorio se abre mientras estoy en duermevela.

—¿Oliver?

Su voz hace que me siente de un salto en la cama.

—¿Daniela? —Enciendo la lámpara de la mesita de noche, no da mucha luz porque es un flexo de esos para leer, pero sí la suficiente para verla—. ¿Qué ocurre, nena?

Ella se queda en la entrada, retorciéndose las manos y mordiéndose el labio.

—Es que no podía dormir, Martín no está en la habitación y pensé que... bueno, que a lo mejor tú también estabas despierto y no te importaba dormir conmigo. Pero si no quieres no pasa nada.

¿Cómo no iba a querer? Vale que no pasará nada de lo que yo imaginé que pasaría esta noche, pero tenerla en mi cama conmigo es como un sueño, teniendo en cuenta el estado de ánimo con el que me acosté hace un rato.

—Ven aquí...

Daniela camina y cuando está al borde de la cama me fijo en su melena suelta y en su pijama, consistente en un pantalón cortito de rayas y una camiseta de tirantas de la pantera rosa que le marca el pecho más que ninguna que yo haya visto antes. Claro, que eso es porque no lleva sujetador, y me doy cuenta cuando se pasa los brazos por los pechos cruzándolos e intuyo sus pezones marcando la tela.

—Hace frío en el pasillo —dice, como si me hubiese leído el pensamiento, aunque es probable que lo diga por sacar algún tema.

—Entra en la cama, nena, deja que te abrace para que se te quite.

Por un momento pienso que dudará más, por eso me descontrola que se meta casi de un salto y se abrace a mi cuerpo. Tumbado boca arriba como estoy solo tengo que acogerla y rezar para que su pierna, esa que ha enredado entre las mías, no suba y se tope con la erección que tengo desde que la he visto. Su pubis se aprieta con mi cadera y sus pechos descansan sobre mi torso, y joder... yo estoy loco por ella, no necesito más excusas para reaccionar de mala manera.

Paso un brazo por su espalda una y otra vez mientras ella acomoda su cara en el hueco de mi hombro. Beso su frente y su pelo y la abrazo con fuerza sin hablar. Al final, es ella quien lo hace.

—Te necesitaba. Necesitaba que me abrazaras tú. Sé que a lo mejor piensas que soy tonta por haber llorado por él, pero quiero que sepas que, esta vez, lloré porque he comprendido que no podemos estar juntos de verdad, y más que eso, porque sé que no quiero estar con él.

—¿Y eso es para llorar?

—Eso igual no, pero el hecho de sentirme sola, como si hubiera perdido una parte de mi vida en los últimos años, sí. —Su voz suena tomada de nuevo—. Cuando conseguí calmarme solo podía pensar en que me hacías falta. No quiero molestarte, pero te vas a ir en pocas horas y pensé que debería aprovechar cada minuto a tu lado, porque, a partir del lunes ni siquiera sé qué haré con mi vida.

—No necesitas tantos motivos para venir. A mí me basta con que me digas que te gusta estar conmigo, porque yo adoro tenerte así.

Su respuesta es un sollozo y yo cierro los ojos, porque me parte el alma verla así, pero no sé qué decir para animarla. No sé contra qué estoy luchando, así que no puedo hacer más de lo que ya hago.

Ella llora un ratito, mojando mi cuello y matándome por dentro, y cuando por fin se duerme vuelvo a encender el flexo de la mesita, solo para contemplarla. Es así como me quedo dormido. Cuando amanece un par de horas después, estamos en la posición de la cucharita.

Oh mierda. O sea, bien, pero mierda... A ver, yo no tengo un arma pequeña, así de claro. De hecho, es más bien grande, vamos, que goza de buena fama —o mala, según se mire— por algo, y ese algo está a punto de reventar encajado en el culo de Daniela, que duerme sin percatarse de nada.

Intento separarme de su cuerpo, pero mi brazo está enroscado en su cintura y el suyo está encima así que, en cuanto empiezo a moverme, su mano tira de mí y me pega todavía más a su cuerpo. No sé si está lista para afrontar mi estado, pero tampoco lucho en exceso para separarme de ella.

Daniela suelta un ruidito que está a medias entre un jadeo y un gemido. Acto seguido mueve su trasero contra mi erección y yo quiero morirme. Joder, podría correrme si hiciera ese movimiento un par de veces más. Cuando su cuerpo somnoliento busca el mío al máximo gimo. ¿Qué? ¿Tú no lo habrías hecho? Estoy

perdiendo la cordura por esta mujer y está buscando mis caricias. En sueños, sí, pero lo está haciendo, y cuando sus dedos enlazan los míos y baja nuestras manos por su estómago, llegando a la cinturilla de su pantalón, cierro los ojos y, con todo el dolor de mi corazón, hago lo correcto, porque ya he sido un imbécil aprovechado en el pasado y no haré eso con ella.

—Dani, cariño...

Daniela para el movimiento de su mano, y por ende de la mía. Sus dedos se vuelven rígidos y se sienta tan rápido en la cama que por poco si me da un par de codazos.

—Oh Dios, dime que no he intentado obligarte a tocarme en sueños.

Tiene los ojos hinchados por el llanto y el sueño, y el pelo hecho un auténtico lío, pero yo la veo más bonita que nunca.

—Tranquila.

—Pero Oliver, es que...

Se queda en silencio mientras sus ojos bajan a mi torso. No me extraña, es la primera vez que me ve sin camiseta y si mis brazos están tatuados, mi pecho no se libra. Tengo un tatuaje enorme arriba de las abdominales, dos en un pectoral y uno en el otro, y... Bueno, dos en un costado, uno enorme en el otro y un largo etcétera. No voy a ponerme a contarlos ahora todos, pero vaya, son muchos. Ella me mira a los ojos un milisegundo antes de arrodillarse frente a mí y acaricia con dedos temblorosos mi estómago, rodeando el contorno de las alas de águila que tengo tatuadas justo ahí.

—¿Cuántos tienes en total?

—Muchos. ¿Te molestan?

Ella niega con la cabeza, susurra un «me gustan», se pasa la lengua por los labios resecaos y yo siento que me muero, lo juro. Pongo una mano en su mejilla y sus ojos bajan y se centran en el gran, gran bulto de mi pantalón.

—Joder...

Me río, nervioso, y me encojo de hombros.

—Soy hombre, nena. Despertamos así. Es... es normal —digo carraspeando. Me levanto al ver sus ojeras. No es el momento de decirle cuánto la deseo, así que inspiro hondo y sonrío como puedo—. Voy a darme una ducha y arreglarme.

Beso su mejilla y me voy al baño, sintiendo que sus ojos se clavan en mi espalda, también tatuada, y mi polla llega a la ducha mucho antes que yo. Con eso lo digo todo.

23. Verdades y admisiones

Después de que Oliver se meta en el baño, recapitulo acerca de todo lo ocurrido desde anoche.

Primero, recibí un whatsapp de Blanca y Ana, que me informaron de que se pasarían la noche por ahí con sus respectivos ligues, y fue esta última la que agregó un «Disfruta de tu Oliver» que me hizo bufar. Eso iba a estar complicado, primero porque Oliver no es mío, y segundo porque Jake eligió justo ese momento para mandarme otro mensaje, mucho más largo y sentido que, para mi sorpresa, no me hizo sentir tanto como pudiera pensar.

Sí, me dio pena por él, por mí: por nosotros, porque no nos merecemos haber sufrido tanto tiempo. Lo quise, pero no lo amé, y ahora lo sé, porque la palabra «amar» es algo que abarca demasiado, y está claro que yo no se la puedo adjudicar a Jake.

Sin embargo, la pena por lo que ya no tenía me embargó. No solo por Jake, sino por mi trabajo, por mi vida en general, porque a partir del lunes no tengo ni idea de qué haré. ¿Volver al pueblo? ¿Quedarme en Madrid y confiar en que Tina pueda enchufarme en unos días? ¿Buscar por otro lado? Todo era y es un cacao y no puedo evitar sentir que en cualquier momento me explotará la cabeza por la presión.

Aparte de todo, está el hecho de saber que Oliver se alejará de mí en veinticuatro horas. Y anoche, cuando me paré a pensar en ello, no conseguí evitar que las lágrimas volvieran. No quería ni pensar en los ratos que me quedaban por pasar a solas, comiéndome la cabeza y sin que él estuviera a mi lado riéndose de mí o poniendo el punto sereno y dulce a mis idas de olla.

Algo en mi interior me decía que debía dejar de llorar. Oliver se va a marchar, sí, pero de momento seguía en Ibiza, justo en el dormitorio de enfrente, así que me armé de valor y fui a buscarlo rezando para que estuviera despierto. Él me acogió en su cama y en sus brazos con tanta naturalidad que la confusión, el miedo y la pena me llevaron a llorar de nuevo. Al final me dormí de puro agotamiento.

El despertar hoy ha sido otra historia, porque cuando he sentido un cuerpo pegado a mi espalda lo he deseado con una fuerza abrumadora. Me ha extrañado que no fuera él quien buscara sexo de buena mañana, porque Jake suele hacerlo siempre: para él todo se basa en sexo, sexo y más sexo. No me ha llevado mucho decidir que lo mejor era restregarme contra él, y me he animado aún más cuando he notado su erección. Él, sin embargo, ha intentado alejarse de mí. He cogido sus dedos y los he llevado a la cinturilla de mi pantalón, y ha sido entonces cuando ha hablado, y para mi espanto, me he dado cuenta de que no era Jake, sino Oliver intentando resistirse a mí. Darme cuenta de que he intentado presionarlo para que me toque es el colmo de la humillación y el poco respeto hacia mí misma. Me he sentido tan mal que, por un momento, ni siquiera he sabido qué hacer. Sin contar con que Oliver pensará que soy una loca o...

La vergüenza ha estado a punto de engullirme, porque no sé cómo explicarle que no he querido abusar de él. Joder, tal como se ha dado la cosa, bien podría pensar que

he querido aprovecharme o... Ay, joder.

«Ayer mismo habíais quedado en follar toda la noche, así que déjate de inseguridades porque no se siente acosado ni mucho menos».

No he hecho caso a los intentos de animarme por parte de Ramona, porque fuera cual fuera el plan de ayer, no tengo derecho a obligarlo a tocarme, y él se ha tensado y resistido, así que está más que claro lo que piensa hoy.

Aun con todo eso, no he podido resistirme a arrodillarme frente a él y clavar mi vista en su torso. Su perfecto, perfecto, perfecto torso.

Oliver no tiene las abdominales marcadas en exceso, pero su cuerpo es pura fibra. Y hay tatuajes, muchos tatuajes que me recuerdan que es un buen chico en el cuerpo de un macarra. No un santo, claro, no lo creo, pero sí un hombre que vale la pena, y mucho.

¿Cómo puede querer alguien como él nada conmigo? Y, sin embargo, he sido testigo de su erección. Se me ha escapado un «joder» que no he podido contener, porque sí, es mucho más grande que la de Jake, y eso que ya lo intuí en nuestro encuentro de las escaleras del sótano. Él se ha excusado en que es un hombre y su reacción es normal en todos al despertar, y yo le he creído, por eso de no tener autoestima y tal en este momento de mi vida.

Y ahora estoy aquí, mirando la puerta por la que ha desaparecido. Al final resuelvo que lo mejor es no pensar más en ello y me levanto corriendo porque quiero hacer pis y pienso que es imposible que le haya dado tiempo a desnudarse. Solo le robaré el baño un minuto, pero cuando entro me doy cuenta de que he cometido un error.

La puerta está entreabierta, así que no tengo más que empujar un poco para ver su cuerpo completo y desnudo de espaldas a mí, bajo el grifo de la ducha.

Decir que los tatuajes de su espalda son tan perfectos como él, es decir poco. Decir que los de sus pantorrillas también me gustan sobra, igual que referirse al de su muslo está de más. Es como un cuadro perfecto y abstracto, y siento la necesidad de ir hacia él e inspeccionarlo a fondo.

No lo hago, claro, estoy demasiado petrificada porque Oliver está gimiendo y su mano se mueve dando fuertes tirones. No me hace falta verlo de frente para saber lo que está haciendo, y podría irme, de hecho, debería irme, pero la imagen es tan erótica que me quedo aquí, mirando cómo se masturba.

No dura mucho, en unos minutos jadea, apoya el brazo en los azulejos y su frente sobre este y su perfecto culo se aprieta mientras se deja ir. Lo que me deja a cuadros no es el temblor de su cuerpo, que también, sino sus palabras.

—Daniela, nena...

Mi corazón se agita de mala manera y el estómago se me sube a la garganta. Me agarro al marco de la puerta pensando que me ha pillado, y me lleva un par de segundos darme cuenta de que no. No sabe que estoy aquí. Oliver respira con trabajo,

acariciándose aún y disfrutando de los últimos estertores de su orgasmo.

Su respiración agitada rivaliza con la mía, y después de tragar saliva me alejo del baño y me siento en la cama para recapitular sobre esto porque, joder, vaya manera de empezar mis veintiséis años.

Intento moverme, pero de primeras no me sale, la verdad. Es ya pasado un tiempo cuando consigo levantarme, más que nada porque oigo el agua de la ducha cortarse y por el momento no estoy lista para enfrentarme a Oliver y lo extraño de toda esta situación de buena mañana.

Me voy a mi dormitorio, me ducho y me pongo un peto vaquero corto con el biquini debajo, porque el día pinta caluroso y la fiesta es en la piscina. Cojo las vans azules y estoy peinándome una trenza sobre el hombro cuando la puerta del cuarto se abre y Oliver entra.

Lo miro a través del espejo del tocador y sonrío un poco, intentando que no se me note que estoy por completo fuera de juego.

—¿Puedo pasar?

—Claro, es tu casa.

Él sonrío y entra, vestido con un bañador liso y negro que le queda por los muslos y una camiseta roja, lisa también. Además, lleva un paquetito en las manos. Está guapo, pero ¿cuándo no lo está? Joder, este hombre es un artista del tatuaje, y un compositor de éxito, aunque insista en que ya no compone así... Es un hombre de éxito en los campos que ha tocado y estoy segura de que no le faltan mujeres, para muestra la rubia pechugona de anoche. ¿Cómo puede tocarse pensando en mí? Tiene que ser un error, tiene que serlo.

—Te he traído un regalo.

—¿A mí?

—Es tu cumple, ¿no? —pregunta sonriendo mientras mueve el paquete—. ¿Quieres abrirlo?

Asiento, porque hablar no puedo. Estoy asimilando todo lo ocurrido, pensando que quizá no debería acercarme tanto a él, no debería darle alas para pensar que... No, por Dios, yo estoy saliendo de una ruptura y Oliver ha sido algo así como mi ángel salvador. ¿Cómo voy a cargarme esta amistad con sexo? Y por otro lado está el hecho de saber que mañana me marchó y no hay nada que hacer al respecto. Todo esto son razonamientos milimetrados y completamente racionales que se van al garete en cuanto lo veo y mi cuerpo me recuerda que está desesperado por sus caricias. Intento controlarme, porque el torrente de emociones es importante y la *drama queen* que habita en mí quiere salir pegándose manotazos en el pecho y haciendo ostentación de la pena que empieza a embargarme.

Cojo el paquete, lo abro con cuidado sin que él me quite el ojo de encima y me encuentro con la caja de unas vans. Sonrío y lo miro, luego abro la tapa a toda prisa para ver de qué modelo se trata.

Y justo cuando las veo la sorpresa, la emoción y el llanto deciden que ya han aguantado bastante y salen de mi cuerpo sin ningún tipo de control.

Las vans son blancas, o lo fueron al menos, porque están pintadas a mano en celeste, tienen palmeras, soles y un mar por el lateral. Y detrás figuran las iniciales O&D, lo que me hace llorar aún más. La firma de Etienne Delavois está en la lengüeta ocupando el mínimo espacio.

Me ha regalado unas zapatillas pintadas a mano, como las tuyas, pero con nuestras iniciales. ¿Cómo se supone que voy a mantenerme alejada de él después de esto? No, mentira: ¿Cómo me voy a alejar de él después de todo lo que ha hecho por mí? ¿Y cómo voy a despedirlo mañana sin sentir que la única persona capaz de mantenerme a salvo de Jake y de mí misma se va?

—¿No te gustan? —pregunta él con suavidad. Asiento, hipando, y dejo que me abrace—. Shhhh, tranquila nena, joder, no quería que te pusieras así. De haberlo sabido me ahorro el regalo.

«No es solo por el regalo» me susurra Ramona con toda la razón del mundo.

No hablo, claro, no voy a decirle eso y, además, las palabras no me salen, así que me limito a abrazarlo con fuerza hasta que me doy cuenta de que esto podría hacerme daño, mucho daño. A los dos en realidad, porque él vive en LA y yo en Madrid, y porque yo ya soy un desecho de emociones teniéndolo cerca, así que tengo que hacerme la pregunta obligatoria: ¿Puedo mantener sexo con él y luego dejarlo marchar a Los Ángeles sin engancharme?

¿Y si él solo quiere jugar conmigo? No sería tan raro, los hombres que disfrutan haciendo daño no lo manifiestan de primeras, si lo sabré yo... El pensamiento parece estúpido, pero es inevitable que me haga todo tipo de preguntas, para bien, porque no puedo creerme que alguien así me desee, y para mal, porque tengo la certeza de que, si recuperarme de Jake me ha costado, sobrevivir a Oliver sería imposible.

Y aunque mi mente y mi cuerpo libran una guerra constante, es mi boca la que, al final, toma la iniciativa sin pensar en uno ni otro.

—No me sueltes. No me dejes sola. No te alejes.

Oliver me levanta del sillón enroscándome en su cuerpo y se sienta para ponerme sobre su regazo.

—Me pasaré el día entero pegado a ti si así dejas de llorar. Vamos, chica hipster, me estás matando.

Cierro los ojos y procuro calmarme, porque no puedo decirle que no me refiero solo a hoy. Me hago un ovillo en su cuerpo y me recreo en su olor, queriendo retenerlo, guardarlo para siempre. Durante un momento, pienso que ojalá tuviera un frasco en el que guardar su esencia. Tiene algo tan característico y único... Ese algo a lo que solo huele él, porque es capaz de calmarme y adormilarme sin palabras, solo con su aroma y las caricias de sus manos en mi cuerpo. ¿Cómo voy a alejarme de él?

Las opciones son pocas. Alejarme y evitarlo durante todo el día, haciendo que

nuestra amistad se resienta cuando de todas formas nos vamos a separar mañana, o seguir como hasta el momento y disfrutar de estos abrazos y el contacto físico por el mismo motivo: va a irse y no sé si volveré a verlo.

He jugado muchas veces a seguir mis instintos y casi todas me he equivocado, pero pienso de verdad que merece la pena destrozarme después de disfrutar ahora de todo lo que Oliver quiere ofrecirme. Dicho así, parezco una arrastrada, y quizá lo soy. Al principio de esta historia te advertí que no esperaras encontrar a una pobre mujer que actúa con coherencia, ahora agrego que no esperes que me comporte como una mujer inteligente siempre.

—Que mal me han sentado los veintiséis años, ¿no? —murmuro, intentando aligerar el ambiente.

Oliver sonrío sin despegar los labios y me estrecha más contra su cuerpo.

—¿Vas a volver con él?

La pregunta me pilla de sorpresa. ¿Piensa que estoy así por Jake? Eso sí que no lo esperaba. Claro que él lo último que sabe es que anoche me dormí llorando y que en este momento estoy aquí, haciendo otra vez lo mismo, así que sí, es comprensible que piense que mi estado de ánimo se debe por completo a Jake y a lo que su whatsapp me ha provocado.

—No. Lo nuestro ha terminado, Oliver. Jake ya es parte de mi pasado. Lo es desde que nos acostamos juntos la última vez, hace ya dos meses.

—Pero...

—Hemos acercado posturas varias veces, sí, pero no hemos estado juntos en ese aspecto y no lo estaremos. No quiero volver a eso. Necesito recuperarme y decidir qué hacer con mi vida. No es como si no me gustara mi actitud de niña, o el tren de pensamientos que suelo llevar, que no cambiará, pero eso de vivir en Madrid con cualquier trabajo solo por el placer de tener dinero para ropa y salidas se terminó.

—¿En serio?

—Sí, ahora quiero pensar en serio en lo que quiero hacer con mi vida. Es hora de volver a pensar en lo que siempre quise ser de mayor, y hacer que suceda.

Él sonrío y yo lo miro, con los ojos doloridos por tantísimas lágrimas y la nariz hinchada. Tengo que estar guapa, guapísima, como para hacerme una foto. Seguro que con esa también se pajea –modo ironía activado–.

—Esa es una gran idea.

—¿Lo crees?

—Lo creo. ¿Qué tal si me cuentas qué quieres ser de mayor?

Niego con la cabeza riendo entre dientes. No, ni loca... No voy a contarle algo que no he contado a nadie, más que a mi familia. Primero necesito gestionarlo, pensar en ello y estudiar si es posible, porque voy a necesitar un trabajo y apoyo familiar, aunque espero contar con ambas cosas.

—Mamá —digo, poniendo carita de buena.

Oliver sonrío y pellizca mi cadera, he dicho eso para desviar el tema, pero veo la pregunta en sus ojos antes de que la formule.

—¿Quieres hijos en un futuro?

—Me gustan los niños.

La mano que está en mi espalda se para, y luego sigue su recorrido lento hacia mi nuca.

—¿Sí? ¿Cuántos tendrías?

—Tres.

—¿Tres? ¿No eras tú la que no quería saber nada de bodas?

—Y no quiero. Hasta donde yo sé, en el paritorio no te piden el certificado de matrimonio.

Oliver ríe y chasquea la lengua.

—No creo. Pero bueno, ya me entiendes: pensaba que tampoco querías hijos.

—Sí, los quiero, aunque no ahora. De hecho, ni siquiera sé si encontraré un opositor a padre decente alguna vez. —No quiero pensar que él sería el papá perfecto—. ¿Tu cuántos quieres?

—Siempre había pensado en tres. Ahora no sé... Todo vendrá cuando toque, imagino.

Sonrío y asiento con la cabeza, como si entendiera sus razonamientos porque son los mismos que los míos. Ya ves, como si ahora solo por eso él fuera a decirme que podemos empezar a practicar ya, pasarnos un par de años haciéndolo a fondo y luego buscar al primer churumbel. De verdad que se me va mucho la olla.

Nos quedamos así un rato más, hasta que alguien del servicio nos avisa de que toda la familia está en la cocina desayunando, así que bajamos y, aunque todos deben notar que me ocurre algo por el rojo de mis ojos, nadie dice una palabra. ¡Ni siquiera Fran! Y eso sí que es un milagro.

Elizabeth coge dos magdalenas y clava en cada una de ellas una vela, me sientan junto a Martín y nos cantan el cumpleaños feliz primero en español, lo que me emociona, claro, pero luego Ronald quiere que lo cantemos en inglés, y ver a mis hermanos cantar el «Happy birthday» tal que así: «japi verdei tu yu» a grito pelado tiene tela marinera. Al final tengo que reírme, claro, es que es imposible no hacerlo.

Mientras tanto, Oliver a mi lado me llena el plato de fruta, Marisa me pone el café justo como me gusta y Diego me promete que hoy no me harán bromas pesadas ninguno de ellos, lo que ya es un gran regalo.

—Por cierto, ¿cómo acabó la cosa anoche? —pregunto.

—Pues de eso mismo hablábamos ahora —dice Wendy.

—Blanca terminó con uno de los suecos, Ana con un rubio de traje y Tina en el

hotel, sola.

Sí, ese es Samuel, que está súper orgulloso de haberle jodido todos los planes a mi amiga. Madre mía, no quiero ni imaginarme cómo estará la leona.

—¿Y vosotros? —pregunto a Fran y Wendy.

—Nos quedamos un rato más en la discoteca —contesta ella—. Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos solos, así que cambiamos de sitio para tomar otra copa y ya llegamos a casa como a las cinco y algo.

—Eso sí —dice Fran mirando a Ronald—. Yo la dejé en la puerta de su dormitorio como un caballero y me fui a mi cuarto. Conmigo no se perdía vuestra niña.

Ronald y Elizabeth ríen de buena gana, y yo no sé qué pensar, porque el tonto entre ellos es evidente, pero, ¿es que no ven que mañana ellos también se separarán? Bueno pues no, parece que no, porque son dos lapas.

Y ya, ya sé que Oliver y yo también, pero es distinto, joder, para mí lo es...

La puerta de la cocina se abre a las once y media y Tina entra con mala cara y casi sin hablar.

—Felicidades cariño —me dice abrazándome.

—Gracias. ¿Por qué tienes tan mala cara? ¿Resaca?

—Pues sí. Anoche la cosa fue de beber.

—¿Te tomaste el ibuprofeno? —pregunta Samuel.

—Eso a ti no te incumbe —contesta ella en tono cortante.

Tina siempre es cortante con Samuel, pero imprime en las frases un punto chulesco y gracioso que ahora ha omitido hasta el punto de hacer que mi hermano frunza el ceño y cierre la boca. Mejor, sí, porque no es que parezca cabreada, que va, yo con eso puedo. El problema es que parece... triste.

Y si Tina se pone triste, yo ya lo tengo todo visto en esta vida. Nos podemos agarrar de la mano e irnos al psicólogo. A uno que no sea mi hermano Samuel, claro, que no está la cosa para contarle nuestros desequilibrios a la familia y acabar confirmando sus sospechas. Blanca llega poco después con la cara lavada, preciosa y radiante. Cuando le preguntamos los detalles de su noche no dice ni media palabra, claro, ella es una *Superwoman* a lo discretito. Ana es la última en aparecer, y lo hace con cara de satisfacción también.

Eso sí que es aprovechar el tiempo para bien, no como yo, que solo he conseguido quedarme en paro, sin novio, y convencer a la novia de anular la boda, dejar al novio y flirtear con mi hermano.

¡Ahí es nada! Hay que ver lo que me cunden los días...

24. De perdidos al río

Oliver

Daniela no está contenta. No es feliz.

Eso es todo lo que me importa hoy. Ella no para de emocionarse, y lo mismo se me acerca a tanto que pienso que terminará echándose encima de mí, que se aleja y le cuesta recibir mis caricias. Está volviéndome loco con tanto cambio de humor, pero me imagino que está sufriendo una mezcla de emociones por todo lo ocurrido esta semana. Han sido demasiados cambios en su vida y ahora lo tiene todo en el aire, es comprensible que a unas horas de acabar con la realidad paralela que estamos viviendo, sus sentimientos estén desbordados por la incertidumbre. Y me convengo de esa teoría cada tres minutos, porque no quiero ni pensar que sea por mí o algo que yo haya hecho.

Cuando estamos todos, salimos al jardín y nos preparamos para el resto de amigos, que no tardan en llegar, aunque ellos vienen todos por la parte de Wendy, menos Kayden, que es mi mejor amigo. El resto de mis trabajadores no iba a venir a la boda, así que tampoco están en esta fiesta, y en el estudio de Los Ángeles sí tengo gente muy importante que al saber de la anulación han decidido quedarse allí y seguir con sus trabajos. Ya los veremos mañana cuando volvamos.

El tema central durante gran parte de la mañana con todos es la «No boda», y aunque me hubiese gustado tener más tiempo libre, la verdad es que hasta la hora de almorzar no puedo estar tanto como hubiese querido con Daniela. Aun así, ella parece contenta con las chicas y sus hermanos.

La comida está muy buena, Fran y Marisa han trabajado un montón y la mezcla entre lo californiano y el sur de España se saborea en cada plato. La verdad es que después de un montón de años comiendo todo tipo de basuras y exquisiteces a partes iguales me ha sorprendido la forma de cocinar de Fran, no solo estos platos, sino todo en general. Le da un toque a la comida tradicional increíble y, de hecho, en cuanto tengo oportunidad aprovecho para felicitarlo.

—Tienes mejor mano que muchos de los chefs de renombre, y lo sé porque he probado la comida de varios.

Él ríe de buena gana y bebe de su botellín de cerveza.

—Tengo buena mano, pero poco dinero, ni estudios. Además, eso es lo de menos, en mi restaurante se come mejor que en la zarzuela.

Me río entre dientes antes de contestar.

—No lo dudo. ¿Me invitarás a tu restaurante?

—Hombre por favor, eso ni se pregunta. Yo te invito a venir cuando tú quieras. Pero la comida la pagas, porque se nota que manejas dinero.

Es inevitable que se me escape una carcajada, y después de hablar con él un poco más, lo dejo con su tarea, que viene siendo la comida o Wendy, y de ahí no lo sacas.

Samuel no está de humor, eso ha quedado patente ya desde esta mañana y por primera vez, no está atosigando a Tina que, por otro lado, parece dicharachera y la de siempre solo cuando está con las chicas, porque el resto del tiempo se vuelve callada y yo me atrevería a decir que hasta taciturna. Tendré que preguntarle a Dani por eso, porque es probable que ya se lo haya contado.

Blanca charla con todos, pero como siempre, manteniendo la compostura, no porque sea una estirada, sino porque su forma de ser es así. Ana permanece en el centro, como es habitual, entre la locura de Daniela y Tina y la sobriedad de Blanca. Bromea con el resto de hermanos Acosta con la misma facilidad que charla con mis padres.

Me jode mucho la satisfacción general que reina en el ambiente. Martín, Blanca, Kayden y Ana irradian el aroma del buen sexo. Han follado y se nota, no me preguntes por qué, pero se nota. Están pletóricos, claro, yo también estaría así de haber echado por lo menos un polvo. Pero no, lo mío ha sido auto placer rápido y sin gracia en la ducha mientras Daniela estaba fuera. Por Dios, a veces pienso que me estoy volviendo un imbécil y un calzonazos, pero luego recuerdo las lágrimas de ella y todo se me pasa, porque sé que me incineraré vivo antes de dar cualquier paso que la incomode o la haga apartarse de mí.

—¿Qué tal fue la noche? —pregunta Kayden a mi lado, sobresaltándome.

—Bien, tranquila —contesto.

—¿Nada?

—Dormimos juntos.

—¿Solo dormir?

—Sí.

—Joder, yo para eso prefiero que no se me acerquen. Tengo las manos muy largas.

Me río y lo miro con su botellín de cerveza y los pies cruzados en la hamaca continua a la mía, mientras ambos observamos a las chicas.

—¿Y tú?

—Yo no me dediqué a dormir. De hecho, eso es lo que apenas he hecho —dice sonriendo a su botellín—. Ha sido una noche muy larga.

—No te veo quejarte.

—Ni me verás, joder. Y, de hecho, he quedado en un rato. Te lo digo para que no te pongas tonto cuando empiece a despedirme.

—Ah vale, gracias por la información.

—Te la doy porque no quiero que nadie empiece con eso de: «Tómate una más».

—Tranquilo fiero —contesto riéndome—. No seré yo quien te retrase cinco minutos, no sea que te veas obligado a pasar tiempo con tu mejor amigo. Menuda

desgracia, ¿eh?

—A ti ya te disfruto mucho tiempo. —Chasquea la lengua, pero noto la diversión en su voz—. Mañana volveré a Los Ángeles contigo, Kellie necesita ayuda en el estudio. ¿Has hablado con ella?

—Sí, no se ha tomado muy bien tener que quedarse allí, ahora que la boda se ha anulado.

—Podría haber venido.

—Es incapaz de dejar de lado el trabajo sin un motivo realmente importante, ya la conoces.

Kayden asiente sin más y mira al horizonte mientras ambos guardamos silencio unos momentos.

—¿Y? ¿Harás algo con Daniela antes de irte mañana a Los Ángeles?

—¿Qué quieres que haga? Anoche se durmió llorando y hoy está como triste, no sé.

—No deja de mirarte y controlar tu localización.

—Lo sé, yo no dejo de controlar la suya.

—¿Y porque no estás allí?

—Porque he decidido darle este ratito con las chicas, teniendo en cuenta que cuando vuelva a buscarla no voy a despegarme más de ella.

—Nunca pensé que te vería así con una mujer.

—Yo tampoco —contesto riéndome—, pero la verdad es que me gusta sentirme así.

Kayden no contesta de inmediato. Parece meditar de nuevo sobre algo, y tengo una ligera idea de qué es. Cuando por fin habla es inevitable que me tense.

—Me gusta ver un atisbo del viejo Oliver en ti —susurra—. Me gusta ver que, de alguna manera, hay un poco de brillo en tus ojos otra vez.

—Kayden...

—Solo digo que, si ella ha conseguido en unos días que vuelvas a vibrar, y si de milagro logra que sientas deseos de disfrutar de la vida otra vez, la quiero. No la conozco bien, no he hablado con ella mucho, pero la quiero, y la admito en nuestra vida.

Me quedo en silencio. Eso es mucho decir y los dos lo sabemos, no voy a cargar a Daniela con una responsabilidad tan grande. Yo estoy cambiando, puedo notarlo por fin, pero no todo es cosa suya. Es cierto que descubrirla en las videollamadas con mi hermana me dio algo distinto en lo que pensar, pero me gusta creer que yo he hecho algo por fin para salir de la mierda en la que he estado sumido los últimos años.

Bebemos un poco más y a eso de las cuatro decido que ya está bien: me toca estar con ella el resto del día. Daniela está tumbada en una hamaca y voy hacia ella, la

incorporo un poco sin hablar, me siento abriendo las piernas detrás de su cuerpo y la hago apoyarse en mi torso. Y no, no me empalmo, pero porque me he mentalizado de que no voy a cagarla otra vez con algo así y al mínimo indicio me levantaré y alejaré esa parte de mi anatomía de ella.

El resto del grupo empieza a quitarse del medio alegando excusas de todo tipo para dejarnos solos. Daniela ríe y gira la cara, apoyando la mejilla en mi pecho para mirarme.

—Son un poco descarados, ¿no?

—Un poquito.

—¿Te quedas conmigo ya todo el día? Me has tenido un pelín abandonada.

—De eso nada, te he tenido bien vigilada todo el tiempo —digo sonriendo y besando su frente—. ¿Lo pasas bien?

—Aja.

—¿Aja? ¿Solo aja? —Ella se encoge de hombros.

—Está siendo una gran fiesta, pero a mí me vale con que estés tú.

Sonrío, pero no contesto. ¿Qué le digo a eso? «¿Entonces bésame y deja que te demuestre que yo siento lo mismo?» «¿Salgamos de aquí y hagamos el amor como salvajes hasta que llegue la hora de separarnos?». Desde luego, puedo decirle eso si lo que quiero es que corra despavorida, pero en su lugar, la abrazo con más fuerza.

—Oye, ¿qué ha pasado con Samu y Tina?

—Ay, es verdad que no te lo he contado. Resulta que ella se dio cuenta de que Samuel había espantado a todos sus posibles ligues y cuando fue a reclamarle, él le dijo que, si no tuviera tan mal ojo la dejaría en paz, pero es que solo se fijaba en capullos.

—¿Eso le dijo? A mí eso me suena a excusa, aunque se hubiese pegado al más bueno y guapo de la discoteca lo habría echado a patadas de su lado.

—Exacto, eso pienso yo, pero ella se enfadó tanto que decidió irse. Llamó a un taxi para volver al hotel y cuando llegó se lo encontró en la puerta de su habitación. Tuvieron una discusión algo fuerte en la que él le gritó irresponsable, niñaata y loca de remate y ella le dejó claro que era un cerdo y que lo odiaba. Entró en su habitación sola y bebió hasta caer borracha perdida en la alfombra, con lo que hoy está resacosa y además asqueada de sí misma, porque con ese comportamiento le ha vuelto a dar la razón a Samuel.

—Hombre, beber a solas no soluciona mucho, no.

—Ella es así. —Se encoge de hombros sin darle mayor importancia—. Tina puede controlarse un poco, y lo hará con los años, pero ella necesita hacerlo todo a lo grande.

—¿Cómo tú?

—Pues sabes que sí... algo así. Samuel no va a poder cambiarla, más le vale aceptarlo.

—Yo creo que Samuel no quiere cambiarla. Él no es como Jake.

—No por Dios, eso no —dice suspirando—, pero en cierto modo él quiere que ella se controle.

—Yo pienso que más bien, lo que quiere es que se des controle, pero con él, y como no sabe cómo hacerlo pues recurre a eso, que desde luego no funciona, pero bueno, al menos no tiene que irse a dormir sabiendo que ella está en brazos de otro. Esa parte la entiendo, la verdad.

—Pues esa actitud de «Ni contigo ni sin ti, tienen mis males remedios» ya sé yo cómo termina. O le echa huevos, o al final se va a perder la oportunidad de estar con ella.

—¿Crees que no lo ha intentado?

—Tina dice que no. La única vez que reconoció estar colada por él estábamos las dos solas y borrachas en mi piso y la pobre lloró una barbaridad jurando que nunca querría a nadie como ella, y que Samuel no le demuestra nunca ni un poquito de cariño.

—¿Y no hiciste nada con esa información?

—No puedo ir y contárselo tal cual a Samuel, porque entonces, ¿qué sentido tendría? Hacerlo porque yo se lo diga no es bueno. Él tiene que hacerlo porque averigüe y sienta la necesidad de ser cariñoso y dulce con ella una vez, por variar.

—¿Y por qué no es ella cariñosa con él? Igual así se da cuenta.

—Tiene miedo de que se ría de ella. Que no lo haría, y se lo he dicho, pero no me cree y claro... no puedo obligarla por la misma razón. Esto es algo que tiene que salir de ellos. Forzar las relaciones no es algo para lo que yo haya nacido. Seré muchas cosas, pero después de todo lo ocurrido con Jake ya no me meto en las vidas sentimentales de los demás, porque sé, por experiencia, que lo que hay en la superficie es muy poco material para juzgar una relación. Solo ellos saben lo que de verdad ocurre y solo ellos pueden solucionarlo.

—Eso es algo muy inteligente, chica hipster.

—Tengo mis momentos —contesta riendo—. No ibas a ser tú el único genio, ¿no?

Me río entre dientes y asiento, dándole la razón. Nos quedamos abrazados en un cómodo silencio un buen ratito. Daniela se gira y se sienta a horcajadas en la hamaca, pasando las piernas por encima de mis muslos, que están en la misma postura. Quedamos cara a cara y sus dedos recorren las líneas de un tatuaje de mi torso.

—¿Nos volveremos a ver, Oli?

La miro sorprendido, porque no esperaba esa pregunta y menos de una forma tan abrupta.

—Por supuesto que sí. ¿Lo dudas?

—Bueno, tú vives en Los Ángeles y yo ni siquiera sé dónde viviré ahora, así que...

—Nos volveremos a ver, y te llamaré cada día desde mañana mismo.

—¿Aunque estés muy ocupado tatuando, dibujando o componiendo?

—Te llamaré, aunque acabe de madrugada, o tenga que llamarte cuando aquí en España sea de madrugada.

—Eso no está bonito, necesito mis horas de sueño para estar bella.

—Tú estás bella siempre, y yo necesitaré oírte a diario.

—¿Por qué? Volverás a tu vida, esa a la que no pertenezco.

—Mi vida era una mierda hasta hace tres meses.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Cómo le explico que antes de ver su cara por primera vez era un hombre falto de luz? ¿Cómo le hago entender que no tenía ganas de vivir y todo parecía carecer de sentido? Sonreía por inercia, comía por inercia, dormía por inercia... vivía por inercia. Esa es una parte de mí que, a pesar de todo, no puedo desvelarle a ella aún. Necesito más tiempo: engancharla a mí, por mal que suene, para que sienta que quiere estar conmigo de verdad. Si le cuento o le hago ver mi mierda personal, con todas las dudas e inseguridades que tengo encima, puede ser que dé por finalizado lo nuestro. Lo sé, y no estoy dispuesto a perderla, no todavía... Pero sí que he decidido que debo contarle parte de lo que me ha hecho despertar de alguna absurda manera y de paso, desviarla del problema central.

—Porque vi a una mujer hablando con mi hermana por videollamada, me enganché a ella y la creatividad volvió a mí como hacía años que no llegaba.

Ella abre los ojos, sorprendida, y me mira a los ojos con evidente incredulidad.

—¿Te refieres a...?

—Me refiero a ti, Daniela. Tú me has conocido ahora, pero yo te vi en marzo a través del portátil de Wendy, y desde entonces, estuve presente en casi todas las videollamadas mirándote, sin que tú me vieras.

—¿Por qué? —pregunta intrigada.

—Porque desde que vi tu cara las canciones fluyen solas, la música me llama más que nunca y si en un pasado fui bueno componiendo, nada se asemeja a lo que sentí en ese momento. A veces la creatividad me llega tan rápido y con tanta intensidad que no logro controlarlo y necesito pasar un par de días sin dormir para poder retenerlo todo, y pensé que jamás me sentiría así de nuevo. No dejo de dibujar más que para sentarme en el piano. Eres mi musa, nena, y nada que yo haya escrito o dibujado antes se compara a lo que sale de mí cuando pienso en ti.

Y si con esto no le queda claro el asunto, yo ya no sé qué coño hacer.

25. La hora de la verdad

Ahí está otra vez. Oliver vuelve a dejar claras sus intenciones y, después de mucho reflexionar, yo no quiero pararme a pensar más en las consecuencias. Quiero estar con él, lo conozco desde hace solo unos días, pero tengo la necesidad de estar con él en este momento y no me importa nada de lo que venga después, aunque eso implique acabar aún más destrozada a nivel emocional. Siempre he sido una kamikaze en cuestión de sentimientos y amores, y no voy a cambiar en este momento de mi vida, por mucho que deba.

—Oliver, yo...

—Tranquila. No te agobies pensando que te voy a exigir ni pedir nada —dice, apresurándose y cortándose.

—No es agobio, es que... ¿Estás diciendo que te gusto?

Él alza las cejas y carraspea un poco, haciéndome temblar, la verdad.

—Lo curioso es que no te quedara claro cuando me corrí en los pantalones con un par de magreos... —dice sonriendo con incredulidad—. Estoy loco por ti, Daniela. No te diré que esté locamente enamorado, pero a este ritmo tampoco creas que tardaré tanto. —Abro los ojos aún más, y eso que pensé que ya no era posible, pero él me ignora y sigue a lo suyo—. Me fuiste gustando cada vez más, tanto, que antes de conocerte en persona lo pasé, mal porque no quería ni imaginar que en la vida real no fueras como yo creía. O sea... que me decepcionaras.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que te estuve vigilando toda la mañana y, cuando te agobiaste y te fuiste a la parte trasera de la casa, no me resistí más y decidí averiguar si de verdad eras tal como imaginé dos meses. Y me terminaste de conquistar.

Abro la boca, pero la cierro de nuevo. Me siento escéptica porque a ver, que un tío como Oliver te diga eso te pone tontorrón, por no decir verraca.

—No te creo, yo soy poca cosa para ti —digo en un arranque de melodrama y victimismo que ahora, pensándolo en frío, da mucho asco.

—Tú eres todo, Daniela. Aquella misma noche el amanecer me pilló dibujando encima de mi cama como un poseso.

Me muerdo el labio y miro en derredor para darme cuenta de que muchos nos miran con disimulo.

—Vamos a otra parte, por favor.

Oliver asiente, nos levantamos y camino con él hacia el interior de la casa. Pensé que iríamos al salón, o a su dormitorio, pero él sujeta mi mano y abre la puerta que da al sótano. Bajamos en silencio, claro que tampoco sé qué puedo decir y, además, estoy nerviosa porque nunca he estado aquí.

O sea, en las escaleras esperándolo sí, como para olvidar esa escena... pero no dentro. Dios santo, ¿está esto pasando?

Activo el «*pause*» de mis pensamientos cuando la puerta se abre. La verdad es que me esperaba un sótano oscuro, lleno de tientos y con un piano en medio, no sé por qué, pero esto desde luego no es un lugar lleno de trastos, o sí, según como se vea. La decoración de la sala está dividida por rincones, y aunque todos tienen algo en común, también están bien diferenciados.

—Dios...

—Imagino que eso significa que te gusta —dice él sonriendo un poco.

—Imposible que me disguste. Es... por Dios, ¿eso es una *chaise longue* Eames? ¿Tú sabes la de veces que yo he visto ese sillón en google y he soñado con tenerlo?

Oliver ríe y se pasa las manos por el pelo, desordenándolo más.

—Son buenos para descansar. En los Ángeles tengo otro.

El rincón en el que está la *chaise longue* es precioso, tiene una pequeña librería repleta de música. Hablo de discos modernos y vinilos antiquísimos que ni siquiera me atrevo a tocar. En ese mismo rincón y sobre un mueble, con pinta de estar hecho a mano, descansa una preciosa gramola.

—¿Funciona?

—Sí, es una reliquia familiar.

Sonrío, deseando que la haga sonar y él parece entenderlo porque se acerca y pone música melódica de fondo, mientras yo sigo revisando el espacio.

El segundo rincón está decorado por un montón de dibujos colgados de la pared. Hay desde lienzos hasta hojas de libretas; dibujos hechos a mano, con acuarelas, acrílicos o con lápiz. Es un artista increíble y me acerco para disfrutar de todos más a fondo. Estudio en silencio sus creaciones durante tanto tiempo que al final, es él quien se pega a mi espalda y apoya la barbilla en mi pelo.

—¿Te gustan?

—Me fascinan —susurro—. Eres increíble.

Oliver no contesta, pero deja un beso en mi coronilla que me estremece.

Tras unos minutos miro hacia otra parte de la estancia. En el suelo hay un bombo, dos altavoces, un pequeño sofá de dos plazas con patas y antiguo, y a la derecha, entre los dos rincones ya mencionados, una chimenea de leña con rejilla y dos tambores africanos, uno a cada lado. Justo arriba, en el techo, hay un espejo un poco inclinado mirando hacia... Oh, vale.

Bien, a ver cómo explico yo esto. El espejo cuelga del techo, está inclinado y sí, eso ya lo he dicho, pero es que quiero que lo imagines bien. ¿Ya? Bien, vale, pues está inclinado de forma que se refleja la cama redonda de sabanas de seda negra que hay justo en el centro de la sala, sobre una alfombra que costará más que mi apartamento entero, seguro. ¿Cómo es que no la he visto? Es cara, no hay dudas joder, eso se ve a leguas, pero, además, tiene pinta de cómoda y posee un puntito de perversión que hace que no pueda mirar a Oliver a la cara, porque no quiero que mi diarrea verbal se

active y estoy lo bastante nerviosa como para que eso ocurra sin dificultad. Es en vano, claro, porque acabo preguntando lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿A cuántas te has follado aquí de cara al espejo?

Él está detrás de mí de nuevo, puedo olerlo y estoy segura de que si me deajo caer hacia atrás chocaré con su cuerpo porque está cerca, muy cerca, aunque no me toca.

—Nadie ha entrado aquí, ni siquiera mi familia.

—¿Entonces?

—A veces me tumbo y miro al espejo, a mi reflejo, intentando averiguar qué es lo que ven los demás en mí, o buscándome a mí mismo.... —Guarda silencio un momento—. Y también está ahí porque me gusta, sin más.

Trago saliva y asiento mirando al tercer rincón. No quiero quedarme en el asunto de la cama todo el tiempo y que piense que me molesto, porque tampoco tengo derecho a eso. Es decir, puede follarse a todas las que quiera y en cualquier parte de este sitio, ¿no?

No. Ni hablar joder, no va a tirarse a ninguna y eso tendremos que hablarlo si es que hay algo que hablar acerca de un «nosotros», porque es tan loco que ni siquiera puedo pensarlo de momento.

Me centro en el tercer rincón, donde el espacio lo ocupa un enorme y precioso piano negro. En esa misma pared hay un lienzo que es suyo, lo sé sin acercarme a ver la firma.

Entre ese rincón y el cuarto y último, hay una mesa de dibujo amplia y llena de bocetos. Al lado de esta hay un frigorífico que, para no desentonar, tiene un vinilo de cuerpo completo de una guitarra a lo largo de toda la puerta. A la derecha hay una puerta que, supongo, da a un baño.

Suspiro y me meto las manos en los bolsillos del peto. Bien, todo visto: hora de hablar. Me giro y me encuentro con la mirada de Oliver, y no sabría decir bien cómo es, porque hay una mezcla de duda, esperanza y algo más que no puedo, o no quiero ver.

—Es impresionante. En serio... si yo pudiera viviría aquí.

Oliver sonrío y pasea un poco por el lugar. Encaja tan bien aquí que me sorprende que salga al mundo exterior.

—Gracias. La verdad es que el tema de la cama y la nevera fue más que nada para no tener que salir cuando la inspiración me aborda, o quiero estar solo, sin más. La sala entera está insonorizada con la mejor técnica. Puedo tocar el piano por horas y detrás de la puerta no se oye nada.

—Lo sé, he estado detrás de la puerta —replico sonriendo.

—Cierto. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, por favor.

Él abre la nevera y saca dos botellines. Puedo ver que también tiene batidos y algo de comida antes de que la cierre. Me da el mío y señalo la chimenea por hablar de algo.

—¿La enciendes?

—Cuando he venido en invierno, sí. En los Ángeles no tengo sótano, pero en el salón hay una chimenea frente al sofá de esquinera enorme y reclinable. Suelo dormir allí en invierno.

—¿Cómo es tu casa de allí?

—Es bonita, grande y espaciosa. Tiene jardín y eso... —Me coge de la mano y me lleva a la cama. Me tumba con suavidad mientras yo me pongo de los nervios y se estira a mi lado. Así, ambos nos quedamos mirando al techo. Yo además procuro no mirar al espejo del fondo, que nos devuelve el reflejo—. Esta cerca del mar y de mi estudio. Te encantaría mi estudio.

—¿Cómo es?

—Es muy grande, decorado con un estilo muy roquero, pero al mismo tiempo vintage. Tengo una *Jukebox* que funciona a la perfección, restaurada y reproduciendo música a diario. Hay una sala común donde mis chicos tatúan a los clientes que se hacen cosas pequeñas en sitios no demasiado íntimos —dice sonriendo—. Para tatuajes grandes o que necesiten de privacidad usamos las cabinas y solo algunos hacemos esos trabajos.

—Seguro que Kay está entre esos.

—Es un artista genial, pero se dedica sobre todo a perforaciones.

—Me daría mucha grima verle hacer los piercings.

—Yo no tengo ninguno porque no son mi fuerte, pero Kay ha hecho algunos geniales. A una chica le hizo un corsé en la espalda: ocho aros pequeños a lo largo de su columna, de dos en dos, simulando un corsé de verdad. Cuando acabó, a pesar de la hinchazón, pidió que le pasara un lazo por ellos y lo atara. Impactaba muchísimo verlo.

—Dios, me duele solo de pensarlo.

Oliver ríe y se gira, quedando de lado y mirándome.

—No me gustaría verlo en ti. Me gusta tu piel sin piercings.

—No sabes si tengo alguno escondido. —Elevo las cejas, haciéndome la interesante.

—No, pero espero descubrirlo muy pronto.

Bufo, para ocultar un poco mi zozobra y me pinzo el labio intentando no sonreír.

—¿Cuántos trabajadores tienes?

—Va por épocas, pero fijos somos cuatro. Son los mejores artistas y amigos del mundo.

—Se nota que los quieres mucho.

—Son mi segunda familia. —Me mira con una pequeña sonrisa—. Me encantaría que los conocieras. Iban a venir para la boda, pero al haberse anulado han cancelado el viaje todos menos Kayden, que ya estaba aquí.

—Me gustaría conocerlos.

Sonreímos y me giro para mirarlo de frente. Nos quedamos en silencio unos minutos, mirándonos sin más, y aunque en otra época eso me habría bastado para ponerme nerviosa, en este instante me hace sentir bien, casi tranquila. Además, tengo la continua sensación de que debo memorizar los rasgos de Oliver a fondo, para recordarlo sin problemas cuando nos separemos.

—¿Me abrazas? —pregunto al final.

—Eso no tienes ni que preguntarlo.

Vuelve a tumbarse boca arriba y me arrastra hacia su cuerpo, encajando mi cabeza bajo su barbilla. Su mano izquierda reposa en mi cadera y la derecha juega con mi columna vertebral, mientras yo me concentro en el latido de su corazón. Es algo tan natural... Cuando entrelazamos nuestras piernas, como viene siendo costumbre todos estos días, pienso que parece que hayamos hecho esto de tumbarnos y hablar de cualquier cosa durante años. Suspiro, sin querer pensar más de la cuenta en esas cosas.

—Cuéntame más de la casa, de Los Ángeles, de tu vida; de lo que sea.

Oliver obedece y comienza a hablar de tatuajes, anécdotas y piercings extraños. Más tarde, pasa a contarme todo lo que quiere hacer conmigo cuando vaya a LA: paseos por la playa, surf, viajes por carretera en su moto y comidas en sus restaurantes favoritos, entre otras cosas. Cierro los ojos y me permito fantasear con todo eso.

—He olvidado hablarte de mi despacho en el estudio —dice sacándome de mis pensamientos—. Un error imperdonable.

—¿Sí?

—Claro que sí. Pretendo hacerte el amor sobre la camilla, así que no sé cómo he podido olvidarlo.

Me tenso de inmediato, intentando captar el tono de su voz, porque por un segundo me pregunto si no estará bromeando, pero empiezo a conocer a Oliver y sé que no. Si lo ha dicho, es porque lo piensa. Quiero que me cuente más de esa camilla y de todo lo que tenga pensado para nosotros e incluya sexo, pero no puedo obviar el pinchazo que siento en el pecho y la tensión que sigue creciendo dentro de mí, así que opto por ser sincera.

—Estoy confundida —reconozco, sin mirarlo aún—. No sé qué pensar de todo esto. No esperaba que te gustara tanto.

—Es más que simplemente «gustar». —Me mueve con suavidad poniéndome

boca arriba para poder mirarme a los ojos—. Es el sentimiento de plenitud cada vez que te miro. Es... es raro, e inmenso, para bien. Gustar ni siquiera empieza a definirlo. Es un tipo de amor que no esperaba sentir.

—¿Tú me...?

—Sí, pero no te lo diré hasta que no estés lista para oírlo porque, de hecho, hasta ahora mismo ni siquiera yo había estado listo para reconocerlo en voz alta. —Resopla y se frota la cara—. Joder, es raro, ya lo sé, y muy rápido, pero llevo sintiendo esto desde que te vi la primera vez en ese portátil, y el sentimiento cada vez va a más.

—Siento algo por ti —digo después de un momento en silencio, y lo digo con sinceridad—. De eso estoy segura porque eres lo primero en lo que pienso al levantarme y al irme a dormir, pero te conozco desde hace una semana, Oliver, y acabo de salir de una relación tortuosa, y...

—Shhh, necesitas tiempo, lo sé.

—¿Lo entiendes?

—Sí. Desde luego que sí. No esperaba que cometieras la insensatez de declararme algún tipo de sentimiento profundo, pero yo tenía que decirte lo que siento porque lo mío no es desde hace una semana.

—Lo sé. Dios, ahora mismo tengo tanto miedo de volver a enamorarme y fracasar que...

—No fracasarás. Sé que sonará mal porque está claro que quiero que lo olvides a él y te quedes conmigo, pero yo haría que no te arrepintieras de la decisión de estar juntos nunca, Dani, porque unidos somos increíbles y lo sabes.

—No sé si...

—Lo sé —dice cortándome—. No sabes si saldrá bien, no confías del todo en mí porque hace poco que nos conocemos. Tienes miedo y además estás en un punto en el que ni siquiera sabes qué coño vas a hacer con tu vida. —Las lágrimas se me saltan y asiento—. Bien, vale, yo estaré esperando, nena, tendremos sexo sin compromiso si quieres. Seré tu mejor amigo hasta que te des cuenta de que tú perteneces a mis brazos y yo a los tuyos. Llevo años esperando tener un motivo para vivir de nuevo, ¿por qué iba a tener prisa ahora?

Lo miro en silencio porque, ¿qué se le dice a eso? Cierro los ojos y dejo que las lágrimas me caigan. Él las besa y me abraza con fuerza.

—No quiero perderte —susurro—. Y la distancia...

—No nos perderemos ninguno. Te prometo que nos veremos tan pronto como yo pueda y que te llamaré cada día; que haremos un millón de videollamadas y que me sentirás cerca.

—No podré abrazarte.

—No, pero te hablaré por teléfono hasta que te duermas. Y te mandaré fotos del estudio, o te haré un tour por videollamada.

Me río un poco y me siento en la cama, limpiándome las mejillas.

—No, no quiero verlo por fotos.

—¿Por qué?

—Porque así tengo excusa para ir a verte cuando sea una mujer con el suficiente dinero para comprar un billete de ida y vuelta.

Él ríe y asiente, aunque se pasa la lengua por los labios con nerviosismo.

—Yo podría pagártelo.

—Sí, podrías, pero no lo harás porque, de momento, solo somos amigos con derecho a sexo.

—¿Y? los amigos se invitan unos a otros.

—A cafés y copas, no a billetes de avión.

—Soy un amigo generoso.

—Oli...

—Está bien. —dice, chasqueando la lengua contra el paladar—. Entonces viajaré yo y tendrás que enseñarme tu apartamento en Madrid.

¿Cuándo? Quiero preguntarle, pero me callo porque no quiero sonar ansiosa y soy yo la que necesita tiempo para pensar en todo esto, no porque dude de mis sentimientos, sino porque en una semana todo ha cambiado demasiado y muy deprisa. Tengo mucho que procesar y sé que no veré las cosas en perspectiva hasta que estemos separados, aunque solo el hecho de pensarlo me queme como las llamas del infierno. Además de todo eso, necesito dejar claras ciertas cosas, si de verdad vamos a dar el paso.

—Oli, respecto a lo de salir con otras personas. Bueno, ya sé que no estamos juntos como tal, pero...

—Te equivocas, yo sí estoy contigo, eres tú quien aún no está conmigo y, por lo tanto, no me debes fidelidad. Yo a ti sí.

Chasqueo la lengua y lo miro, incrédula.

—¿Cómo es posible que seas tan mono?

—No lo soy. Te estoy diciendo que te seré fiel porque, además, no deseo estar con otra, y te estoy diciendo que tú sí puedes salir con otros, pero eso no significa que no me duela, tampoco voy a mentir.

—Oliver, mírame. —Él lo hace y yo hablo, permitiéndome una pequeña sonrisa—. Yo no quiero salir con nadie, precisamente por eso me vas a dar este tiempo. Necesito aclararme y tomar distancia de todo, pero cuando quiera estar con alguien, no te quepa duda de que serás tú.

—¿Eso quiere decir que estaremos juntos? ¿Qué somos algo así como novios en espera?

—Eso quiere decir que no vayas de listillo.

Él se ríe y se encoge de hombros.

—Tenía que intentarlo. De todas formas, no te preocupes. Dedico mi vida básicamente a componer y tatuar.

—¿Tienes mucho trabajo pendiente ahora?

—Sí, la verdad es que sí. Después de dos semanas de no hacer casi nada me espera mucho trabajo y...

No puede seguir hablando porque mi móvil empieza a sonar con insistencia. Lo abro y me encuentro con un montón de whatsapp de las chicas, que me exigen aparecer porque tengo que abrir mis regalos. Al parecer Martín tampoco aguanta ya más y quiere abrir los suyos.

—Me juego el cuello a que toda la prisa es porque la mayoría quieren irse a quemar Ibiza.

—¿Y tú? —pregunta él— ¿Qué te apetece?

Podría mentir y decirle cualquier cosa, porque de sobra sé lo que vamos a hacer en cuanto nos quedemos solos de nuevo, pero teniendo en cuenta que él se ha esforzado por dejar claros sus sentimientos y solo se ha encontrado con un montón de confusión por mi parte, creo que puede estar bien que, al menos, sea franca con respecto a lo único que tengo claro.

—Me apetece tener sexo contigo. —Lo miro, y me regodeo en la oscuridad que acude a sus ojos de inmediato—. Quiero que nos encerremos aquí y sigamos hablando de cualquier cosa y follándonos hasta que ninguno de los dos tenga fuerzas para levantarse siquiera de la cama, tan agotados que no podamos ni pensar, porque no quiero darle vueltas al hecho de que, en unas horas, ya no estaré a tu lado.

Oliver se apodera de mi boca con tanta urgencia que gimo de sorpresa. Sus manos acarician mis mejillas y su cuerpo se pega al mío, haciéndome notar su tensión. Estiro mis brazos para rodearlo por la espalda y sentir su lengua tentar mis labios entreabriéndolos; le doy paso y suspiro de satisfacción cuando muerde mi labio inferior. Oliver Lendbeck sabe cómo besar a una mujer, de eso no me cabe la menor duda a estas alturas. Se pega más a mí, tanto que noto su erección presionar en mi cuerpo y gimo sin reservas.

—Me parece un plan perfecto —dice, jadeando sobre mi boca y respirando con trabajo—. Vamos a abrir tus regalos para que puedan irse y dejarnos tranquilos.

Nos separamos, no sin esfuerzo, y subimos los escalones con un plan, muchas ganas de cumplirlo y por mi parte, además, un nudo en el estómago y otro en la garganta, porque sé que, por más que finja estar bien, mañana será un día calamitoso para mí.

26. Regalos

Salimos al jardín y todos nos jalean y regañan por habernos perdido del mapa un rato. De hecho, Martín se ha cansado de esperar y ha abierto sus regalos, incluso los del resto de hermanos que incluían mi parte. En su mayoría ha sido ropa, zapatillas y juegos de la play, que es lo que más agradece.

—¿Cuál es la prisa? —pregunta Oliver, con su calma habitual—. Estábamos haciendo algo importante.

—¿Algo importante? —Mi hermano Lorenzo eleva las cejas y lo mira con malicia—. ¿No me habrás preñado a la niña?

—¡Lorenzo! —exclamo, avergonzada.

—No, si a mí me da lo mismo —dice riendo—. Yo no soy de esos hermanos que forman el pollo por todo. A mí me caes bien, aunque estés pintorreado entero.

Miro a Oliver y le susurro que pintorreado es el sinónimo de tatuado, porque el pobre habla español, pero el mongólico de mis hermanos le cuesta un poco entenderlo a veces. Bueno, vale, no es mongólico, pero sí lo hacen para joder, estoy casi segura.

—A mí también me caes bien, pero si la preñas yo sí me voy a enfadar.

Ese es Samuel, mucho más serio que el resto, y mucho más protector también, a pesar de no ser el mayor. De hecho, Diego está en silencio y se limita a mirarnos. Conociéndolo como lo conozco sé que está sacando sus conclusiones y en algún momento me sentará para darme la charla, pero la verdad es que espero que ese momento se dé en un futuro muy, muy lejano.

—¿Podemos dejar de hablar de preñados inexistentes, por favor? —pregunto, interviniendo de nuevo—. Solo estábamos hablando.

—Podemos, podemos. —Martín se muestra de acuerdo conmigo—. Me da grima pensar en mi hermana melliza asentando la cabeza.

—Claro, porque eso te deja como el culo a ti, ¿no?

—En realidad, no. —contesta, sonriendo con arrogancia—. No pienso caer bajo el yugo de una mujer ni aunque de pronto os enamoréis todos y me quede yo solito y soltero. De hecho, mejor, así puedo reírme de todos sin que me la devolváis.

Bufo y ni siquiera le contesto, porque eso puede llevarnos a una discusión en bucle y no merece la pena. Él se da cuenta y vuelve a mirar la caratula de su juego.

—Pues una lástima lo de hablar y nada más —dice Tina mirando a Oli de arriba abajo—. Si algún día quieres hacer algo más, llámame a mí, que yo soy de utilizar la lengua, pero para otras cosas.

—Relaja Antonia, que sus padres están aquí, joder —replica Samuel frunciéndole el ceño.

—Que no me llames Antonia, imbécil.

—Te llamas Antonia.

—Me llamo Tina.

Samuel suelta una risita y se encoge de hombros.

—Pues muy bien, lo que tú digas.

—¡Mira piojo! —exclama Fran, por eso de ignorar a esos dos.

Me enseña la mesa en la que reposan dos pasteles, hechos por él. En uno ha dibujado con sirope una corona y el nombre de Wendy, no sé por qué y me parece que es algo entre ellos porque la sonrisa de esta es de antología. Por Dios, ¿cuántas cosas más me estoy perdiendo de esto? En algún momento tendré que hablar con Fran, porque estoy segura de que no han ido más allá del coqueteo, o eso espero. La verdad es que adoro a Wen, pero no quiero que mi hermano acabe sufriendo por ser el clavo que saca otro clavo.

Miro mi pastel, donde ha dibujado con el mismo sirope el nombre de Martín y el mío. Debajo ha puesto «Te queremos piojo», y mi mellizo se queja, porque a él nadie le ha puesto que lo quiere. Yo pongo los ojos en blanco, en plan hermana dura, pero en realidad el detalle me ha gustado bastante, la verdad.

—¡A ver! ¡Paso!

Ronald saca dos velas de su bolsillo, un dos y un seis, y las coloca en la tarta con cuidado. Volvemos a cantar una ronda de cumpleaños feliz en inglés –los guiris bien y Fran en su modalidad– y en español.

Busco la mano de Oliver, y cuando me agacho para soplar se la aprieto, intentando que comprenda que mi deseo está relacionado con él. No sé bien qué desear, así que me limito a pedir en silencio que él esté en mi vida siempre.

—El que quiera repetir puede, ¿eh? —dice Marisa mientras se dispone a cortar los pasteles—. Fran ha hecho una tarta más que está en la cocina.

—No la he sacado porque no está decorada. Esto es como en los bares: se pone para que se vea la bonita. La presentación y eso, ya sabéis.

Todos nos reímos y atacamos el pastel, que está tremendo, ¿pero de qué me extraño? Fran es un cocinero fantástico, todos lo somos de hecho. No al nivel suyo, claro, pero nos defendemos bastante bien gracias a que mi madre se negó a criar inútiles, según sus propias palabras. Entre tantos chicos o se ponía seria o se la comía la mierda, así que mis hermanos saben limpiar el polvo mejor que yo, entre otras cosas. Yo no cocino mucho porque suelo conformarme con cualquier cosa, pero cuando me pongo puedo hacerlo bastante bien.

La hora de los regalos llega en cuanto el último plato de pastel es recogido y Martín vuelve a quejarse, porque él los ha abierto antes de tiempo y dice que es más bonito como lo haré yo.

—Si es que no te aclaras. Joder, qué hostia a mano abierta tienes —le dice Diego, y mi melli se calla, porque sabe hasta dónde puede tocar los huevos a nuestro

hermano mayor y ya va rozando el límite.

El resto empieza a pasarme paquetes y yo voy abriendo rápido, porque me urge acabar con esto e irme a follar como si no hubiera un mañana. Así, dicho con finura.

Ronald y Elizabeth me sorprenden al entregarme un paquetito, y aunque es cierto que nos conocemos de habernos visto para los preparativos, también es verdad que hasta esta semana no supieron ni que era mi cumpleaños. Me regalan un collar y unos pendientes de plata preciosos.

Wendy también se ha acordado de comprar algo, pero eso no me sorprende porque ya la considero una amiga y sé lo detallista que es. Me ha regalado un bikini blanco, un pareo y una toalla que me encantan y que enseñó al resto encantadísima de la vida.

—Es precioso —dice Fran, alabando el buen gusto de Wendy—. Daniela aprecia mucho tu regalo.

Pongo los ojos en blanco y voy a decir algo, como por ejemplo que no debería hablar en mi nombre, aunque tenga razón, pero Oliver habla justo detrás de mí.

—Sí, yo también lo aprecio. La playa entera lo apreciará. —Mira a su hermana y eleva una ceja—. ¿No había uno más pequeño?

Wendy sonríe como si fuera un angelito, y yo me río, porque a Oliver no le pega tener salidas celosas, la verdad. Claro que cuando lo miro no parece que haya hablado en broma, ni mucho menos. Me limito a acariciar su mejilla y dejarlo estar, porque si ni siquiera nosotros nos aclaramos con nuestra situación, aunque él diga que sí, lo último que necesito es dar que hablar a la familia al completo.

Abro el siguiente paquete, de Blanca, que me ha comprado un vestido de firma negro, corto y con semitransparencias con el que estaré espectacular. Sí, «Baja Modesto, que sube Daniela», pero es la verdad.

Ana me entrega una caja que rasco con premura y en cuanto veo el nombre que hay por fuera grito de alegría.

—¿Me has comprado unos Jimmy? Dime que sí, por favor, dime que no es una broma cruel.

—Averígualo tú misma —contesta ella con una sonrisa.

Abro la tapa a toda prisa, pensando que vale que los tacones no son mi cosa favorita del mundo, pero si se trata de unos Jimmy Choo la cosa cambia mucho. Cuando consigo dejar de dar saltitos como una idiota, los saco para que todo el mundo los aprecie: son unas sandalias de tacón alto, verdes, con lentejuelas y un montón de tiras sujetando los tobillos y dedos.

—Son preciosos —asegura Tina mientras los coge y los observa atrayendo la atención de la mayoría.

—No son preciosos —masculla Oliver en mi oído, y su tono hace que me estremezca—. Son zapatos del tipo que se pone una mujer sin nada. Y cuando digo

nada, me refiero a nada. —Sus manos se aprietan en mis caderas y pega su cuerpo al mío para susurrar aún más bajo—. Si acaso unas medias de liga. Son el tipo de zapatos con el que te recibe una mujer desnuda, pidiéndote sin palabras que te la folles hasta dejarla sin sentido. ¿Te los pondrás para mí, Daniela?

Trago saliva, me relamo y giro la cara lo justo para hablar.

—Si eres un niño bueno...

El brillo de sus ojos me deja tan cautiva que me cuesta un rato volver al mundo real, donde seguimos rodeados de gente.

—Ay Dios —susurra Blanca mirando los zapatos—. Creo que he tenido un orgasmo al verlos.

—No me extraña —dice Tina—. Casi me corro yo del gusto visual.

Oliver se ríe en mi oído y a mí se me eriza la piel de la nuca. Carraspeo y miro a Tina, igual que el resto del grupo. Tengo que centrarme en los regalos y abrirlos rápido. Muy rápido. Ella sonrío con aire inocente y, yo ya he aprendido, que cuando Tina sonrío así, algo está a punto de pasar. Me entrega primero lo que parece un cuadro envuelto, lo abro y me quedo mirándolo un rato con una sonrisa tonta.

—En realidad este regalo es comunitario —aclarar mi amiga.

El cuadro en sí es una foto ampliada de Blanca, Ana, Tina y yo en el sofá del reservado de una discoteca de Madrid. Todas teníamos una copa en la mano, taconazos y una sonrisa arrebatadora. Debajo de cada una han firmado con sus nombres y al final se puede leer: «Los hombres van y vienen. Las amigas y los diamantes son para siempre».

—La frase se empeñó en ponerla Tina —aclarar Blanca—. Yo no quería poner lo de los diamantes.

—¡Eh! Ya hemos discutido eso —replica Tina—. Los pedruscos te gusten o no te gusten son para toda la vida. Yo quería añadir los tacones, los vestidos y los...

—No sigas por ahí, Tina —dice Ana, frenándola.

Ella ríe y se encoge de hombros con indiferencia.

—Bueno venga, eso era de todas y ahora, mi regalo.

Suelto el cuadro con cuidado y acepto su regalo. Lo desenvuelvo y me encuentro con una caja negra que precisa de una clave para abrirse, lo que ya me tensa un poco.

—Tina...

—La clave es 0000, podrás cambiarla luego.

Creo que la mesa entera espera con expectación el momento en que la abra y cuando lo hago no me sorprende. Es Tina, y eso lo explica todo.

—La madre que te parió, joder —digo con incredulidad, aunque al final me río a carcajadas.

—Queremos verlo —dice Blanca—. Con todo el bombo que le ha dado a su

regalo queremos ver todo lo que hay dentro.

Me encojo de hombros, porque no pienso avergonzarme lo más mínimo y saco primero una cestita con un set de lubricantes que van desde el efecto frío hasta el calor, pasando por diferenciar los anales de los vaginales. Siento las manos de Oliver en mis caderas de nuevo y cuando estrecho el espacio entre nosotros sé que está empalmado e intentando ocultarlo; cuando saco un plug anal y lo escucho jadear con voz estrangulada lo confirmo y sonrío con regocijo, porque soy una cabrona.

—¿Y eso para qué es? —pregunta Fran, frunciendo el ceño.

Wendy suelta una carcajada y palmea su brazo con cariño, luego se acerca a su oído y le susurra la función del juguete. Francisco abre tanto los ojos que por un momento pienso que se le van a salir de las cuencas.

—Saca el resto. —Tina sonrío y me anima dando palmaditas, entusiasmada con sus regalos.

Miro la caja y ahí sí que me ruborizo, joder, y mira que ya me había hecho a la idea de pasar vergüenza, pero es que el asunto tiene lo suyo... Saco una cajita con un vibrador que tiene más botones que mi mando a distancia. De hecho, tiene un mando a distancia. Jesús bendito, yo no sabía que estas cosas podían ser tan avanzadas.

Oliver resopla, yo me río abochornada y me niego en rotundo a llevar mis ojos hacia Ronald, Elizabeth o Diego, que es el único hermano que me puede hacer sentir avergonzada. Además, la cosa no acaba ahí: saco un corsé rojo de encaje y transparencias y unos zapatos de tacón a juego.

—Joder, acaba de una vez —resopla Oliver en mi oído.

Me río, pero me he puesto bastante nerviosa y acalorada, la verdad.

—¿Cuánto te has gastado en todo este despliegue de perversión, joder? —pregunta Samuel, visiblemente tenso.

—¿Y a ti que te importa? Como si me dejo el sueldo.

Mi hermano no contesta, se limita a beber de su cerveza y juro que la agarra tan fuerte que creo que la hará estallar. Lo más triste es que yo sé que está así porque es probable que imagine que, si Tina me regala todo esto, es porque ella misma tiene un arsenal de cosas parecidas. Si es que los hombres son muy previsibles, aunque mi amiga no comprenda de qué va ahora el enfado. Seguro que cree que está así porque ha regalado esas cosas a su hermanita pequeña. Ay, con lo lista que es para algunas cosas...

Cuando dejo la caja, por fin, muchos respiran de alivio, aunque puedo ver que Elizabeth sonrío y no parece demasiado cohibida. A Ronald es que sigo sin mirarlo, igual que a mi hermano mayor, así que no sabría decir.

El siguiente que me entrega un regalo sorprendiéndome es Kayden. Lo miro con la boca abierta mientras él sonrío con sinceridad.

—Ya sé que nos conocimos anoche, pero cuando Oliver me habló de ti y tu

cumpleaños pensé que sería imperdonable no traer algo.

Abro el paquetito y sonrío encantada al descubrir una pulsera con abalorios muy de mi estilo. Se lo agradezco y me la pongo de inmediato.

Miro a mis hermanos y elevo las cejas, sonriendo como una niña pequeña.

—¿Tenéis algo para mí?

—No lo sé —contesta Diego—. ¿Tenemos algo para ella, chicos?

—Mmmmm algo hay, sí —dice Martín—. A ver, espera, porque antes se me bajó del regazo y creo que está por aquí...

Se mete debajo de la mesa mientras yo frunzo el ceño.

—Espero por vuestro bien que no me hayáis comprado un chucho. O, mejor dicho, lo espero por el bien del chucho.

Nos reímos todos, aunque yo los creo capaces de todo. Al final, Martín saca un sobre de debajo de la mesa.

—A ver, aquí pone que esto es de parte de Francisco y Araceli.

—¿De Papá y mamá? —pregunto, sorprendida.

—Sí señora —contesta Lorenzo—. Nos encargaron que te lo diéramos el mismo día del cumple y lo hemos tenido guardado hasta entonces.

Lo abro con manos temblorosas, porque el simple hecho de pensar en ellos me pone un nudo en el estómago. Saco una documentación que, a priori, me hace fruncir el ceño porque no la entiendo, la leo con rapidez y, tras descubrir lo que es, miro atónita a mis hermanos.

—¿Me han pagado la matrícula de la escuela de fotografía?

No he acabado de preguntarlo cuando las lágrimas se me escapan a borbotones. Mis hermanos sonrían y vienen al rescate de inmediato, rodeándome y abrazándome.

—En realidad, te han pagado el curso entero... —Diego me mira con la profundidad que él arrastra a todas partes—. La matrícula aún no está activada. Puede servir para este año o para el que viene. Ya sabemos que siempre has querido estudiar fotografía, pero bueno... —Mira al resto y mi hermano Fran, mucho más práctico y, aun así, algo emocionado, sigue por él.

—Tú sabes que papá no podía permitirse pagarte una escuela privada y las opciones aparte de esas son pocas, pero ellos han estado ahorrando desde que te fuiste porque pensaban que, aunque estuvieras en Madrid, si no conseguías estudiar algo que te gustara nunca te sentirías realizada.

—Yo jamás les pediría que...

—No, claro que no —dice Samuel—. Pero ya sabes cómo son. Papá no se dio cuenta de cuanto lo habías deseado hasta que ya no estabas, y entonces comenzó a ahorrar, aunque tampoco quería dártelo de golpe y que creyeras que era un soborno para hacerte volver. —Intenta parecer indiferente, pero al final carraspea y se encoge

de hombros—. Tienen el dinero para pagarte los dos años de estudios. Sin material, claro, pero eso es algo que nosotros podemos arreglar.

—Sí —dice Lorenzo—. Ellos pagarán lo que cuesta estudiar en la escuela dos años, y tú trabajarás en el camping, si es que quieres, para pagarte los libros, cámaras y todo lo que vayas a necesitar.

—Quiero que sepas que no te estamos obligando a volver —aclara Diego a toda prisa, y esta vez todos parecen nerviosos—. Solo queremos que sepas que ese dinero está guardado para ti, y que se arrepienten de no haberse dado cuenta antes de hasta qué punto deseabas ser fotógrafa. Además, no es un dinero que les sobre, ya sabes...

Comienzo a llorar y Martín chasquea la lengua, interrumpiendo a nuestro hermano mayor.

—No te sientas culpable, ellos están felices de poder hacerlo ahora y si no quieres estudiarlo este año, o prefieres buscar una escuela en Madrid... Bueno, también puedes hacerlo. El dinero es tuyo, ellos te prematricularon en esta porque dijiste que querías estudiar allí.

No hablo, pero lloro un poco más en silencio. Mi amor por la fotografía viene desde hace años, pero, aunque mis padres tienen un camping y puede parecer que eso los hace vivir desahogados, no es así. No son pobres, claro, pero tampoco tienen dinero de sobra en casa. Esos estudios son privados y aunque sé que, de haberlo pedido en serio, se habrían apretado el cinturón, me supo tan mal dejarlo caer y verlos fruncir el ceño que jamás volví a sacar el tema. Ahora me siento culpable porque no quiero que piensen que me marché a Madrid por no poder hacer aquello. No fue así. Yo era una niña inmadura y la verdad es que entiendo que mis padres pensarán de primeras que solo intentaba llamar la atención.

—¿De verdad tengo trabajo en el camping? —pregunto entre susurros trémulos.

—¡Toma! Pues claro —responde Fran—. Necesito gente en el restaurante para el verano. —Suspira y me mira con seriedad—. Nosotros siempre te hemos necesitado cerca. Tú querías salir y ver mundo, y eso está muy bien, pero piojo, ¿no crees que es hora de volver a casa?

Paseo mi mirada de su cara a la del resto de mis hermanos, y veo en todos ellos la esperanza de que diga que sí, y teniendo en cuenta que he perdido mi trabajo en Madrid y que, de hecho, ya no me importa nada más que estar cerca de mi gente y asentar cabeza, me limpio la cara y asiento.

—Creo que ya he tenido suficientes aventuras en Madrid. Me dará pena irme, pero he pensado mucho en volver, aunque no sabía qué pensaríais, así que ahora que me lo ofrecéis quiero hacerlo. Quiero volver a casa.

Para mi absoluta perplejidad Fran, Lorenzo y Samuel se emocionan y no disimulan, Diego sonrío con satisfacción y Martín resopla, pero lo conozco bien y sé que es porque intenta mantener a raya su propia reacción. Samuel carraspea y baja la mirada. Es entonces cuando todos vemos la gota, una sola, caer y estrellarse contra el suelo como si de una gota de lluvia se tratara. Miro a Tina para ver si piensa meterse

con él y cortarla de raíz, pero ella lo observa con tanto amor que me abruma. Joder, si mi hermano alzara la cara y la viera en este momento, sabría lo que esa mujer siente por él. No lo hace, claro, los que están dentro de estas cosas rara vez son conscientes de hasta dónde se les nota lo que sienten uno por el otro. Cuando vuelve a levantar la cabeza ya está más calmado y sonrío, uniéndose al abrazo que todos me dan en este momento.

—Entonces ya podemos darte nuestro regalo. ¿Lista? —pregunta sonriendo.

—Y tanto.

—Pero espera —dice Fran—. Tienes que prometer que tu regalo lo estrenaremos nosotros.

—¿Me habéis comprado un coche? Vale, os daré una vuelta primero a vosotros.

—No te pases —contesta Samuel riendo.

—Un coche no es, pero nos ha costado como la entrada de uno —dice Fran.

—Pero no le digas eso, joder —replica ofendido Lorenzo.

—¿Qué? Así lo valora más.

Se pelean un poco más entre todos y al final, Fran pone una enorme caja encima de la mesa.

—¿Cuándo habéis metido todo eso debajo de la mesa sin que me diera cuenta?

—Ay criatura, si es que tú, estando tu amiguito delante, no ves nada —dice Martín, con toda la razón, las cosas como son.

Me río y paso de contestar. Abro la caja y me quedo a cuadros cuando veo el contenido. Alzo los ojos y miro a mis hermanos, perpleja.

—¿Es una Nikon D810?

—¡Digo! —exclama Fran, que parece más entusiasmado que yo—. Completita con todos los extras. Nos fuimos al Fnac y el niño de allí, que, por cierto, tenía una cara de pajillero que no veas, nos dijo que esa era la mejor para empezar en esto de forma profesional. Al final con la tontería, hasta la mochila, un objetivo y un paraguas raro nos ha encasquetado. Parecía tonto...

Todos ríen y a él se le ve encantado, como siempre. Martín, a mi lado, besa mi hombro y sonrío.

—Pensamos que lo justo era que todos colaborásemos, así que papá y mamá pagan los estudios y nosotros tu primer equipo.

—Pero es muchísimo dinero —digo con la boca pequeña.

—Quinientos eurazos cada uno.

—¡Fran joder que no hables de dinero! —exclama Samuel, enfadado.

—¿Pero por qué no? yo estas cosas de no hablar de dinero no las entiendo. ¿Qué pasa? Así lo valora más.

Todos resoplan y yo me río, pero llorando, a lo *drama queen*. Aunque esta vez con motivos, porque joder, estos hermanos míos son unos mequetrefes, pero son mis mequetrefes y yo los adoro.

27. Decisiones, metas y...

Después de los regalos toca estrenar la cámara, por supuesto. La primera foto es familiar, de todos los Acosta y nos la hace Oliver. La segunda es una de grupo tomada en el jardín con el temporizador, lo que nos lleva un tiempo porque, además de averiguar cómo va la cámara, hay que hacer la puñetera foto sin que nadie cierre los ojos, mire para otro lado o parezca que está drogado y en pleno viaje *happy flower*.

Cuando acabamos, Ronald y Elizabeth se van por su cuenta a cenar para despedirse de la isla hasta la próxima visita. Fran y Wen nos sorprenden anunciando que ellos también saldrán solos y el resto de hermanos se van juntos a cenar y tomar algo después de quedar conmigo mañana a las diez, intuyendo que no pienso aparecer más hasta esa hora.

—Esta noche si aparece un tío bueno, te vas, ¿eh? —Escucho que Tina le dice a Samuel.

—Tranquila Antonia, para cuando aparezca un tío bueno que quiera algo contigo yo ya me habré ido con alguna preciosidad.

Y eso desencadena toda una discusión que acaba con Tina llamándolo cosas tan bonitas como «Picha corta» o «Loquero impotente» y con él respondiéndole con palabras dulces como «Loca del coño» o «Putoncillo». Sí, así lo dice: «Putoncillo». Cuando por fin salen de la casa ya no se hablan.

—¿Crees que algún día dejarán de insultarse? —me pregunta Oliver.

—Lo dudo, creo que eso los pone cachondos.

Él se ríe y coge parte de mis regalos mientras me guía a través del jardín.

—¿Los llevamos a tu habitación?

—Sí, quiero hacer la maleta antes de que cenemos algo y bajemos al sótano porque intuyo que luego ya no subiré, ¿no? —Me mira con tanta intensidad que lo tomo como un «Sí»—. ¿Me coges la caja de Tina, por favor? —pregunto con un poquito de maldad.

Oliver obedece y la coge con una pequeña sonrisa, veo que la destapa y mira una vez más el interior. Resopla y echa a andar mientras yo suelto risitas bastante estúpidas detrás de él, la verdad. Lo llevamos todo a la habitación y dejo que me ayude a sacar ropa del armario en silencio mientras yo la doblo y la meto en las maletas.

El ambiente pasa de estar cargado de tensión sexual, a ser triste y melancólico en cuestión de minutos. Ninguno dice nada en lo que dura el proceso, pero porque para ambos está siendo difícil, o al menos espero que para él también lo esté siendo, la verdad.

—Dejaré la cámara fuera, quiero llevarla conmigo en la mochila —murmuro.

—Sí, es probable que te hagan desmontarla en el aeropuerto.

—¿Tú crees?

Se encoge de hombros y contesta mientras me pasa las zapatillas.

—El portátil y demás siempre me lo hacen desmontar, así que imagino que sí.

Asiento y miro para otro lado, recordando que en pocas horas estaremos separados. Es una idiotez, y no tiene sentido que me ponga depresiva ya, pero tampoco puedo evitarlo. Suspiro con pesadez y cierro la maleta.

—Podemos comer algo ligero en la cocina o pedir comida, no quiero molestar a Marisa —digo al final.

—Claro. ¿Lo tienes todo, entonces?

—Sí. No creo que me digan nada por el peso y siempre puedo repartirlo con las maletas de Tina y Blanca.

—¿Cómo vas a hacerlo cuando llegues a Madrid? Con respecto a la mudanza y eso.

Está apoyado en el armario, con los brazos cruzados, y no puedo evitar desviar mi mirada hacia ellos. Me prometo a mí misma no irme sin memorizar sus tatuajes a la perfección.

—Pues me imagino que avisaré al casero, y a ver qué me dice. No tiene mucho sentido quedarme más tiempo que el necesario para enviar mis cosas a casa.

—Ya me irás contando...

—Aja.

Mierda, esto está empezando a superarme. Oliver parece serio y pensativo, y yo quiero animarlo, pero ¿cómo lo hago si yo misma estoy deseando cancelar mi vuelo y quedarme aquí con él? Lo que es una estupidez, teniendo en cuenta que también volará a Los Ángeles mañana.

—Si quieres podemos salir a comprar algunas chuches para después —murmura después de una pausa, obviando las miradas que ambos nos dedicamos.

—Con lo que haya por la cocina estará bien —respondo escueta.

Joder, pues sí que lo estamos arreglando. Oliver se acerca y me abraza con ganas, apoyando la barbilla en mi pelo mientras yo cierro los ojos y pongo la mejilla cerca de su corazón.

—Todo estará bien —murmura, mientras sus manos acarician mi espalda de arriba abajo.

—No quiero que te alejes. Sé que debes hacerlo, pero es que no quiero...

Noto cómo se tensa y cierro los ojos, arrepentida de presionarle o hacerle ver cuánto me jode todo esto, a pesar de ser la que intenta ir con calma.

—Ven conmigo a Los Ángeles, Daniela —suelta de sopetón. Me separo de él tan rápido que tropiezo con el borde de la cama y me caigo, sentándome de culo en ella. Él se pasa las manos por el pelo con nerviosismo y sigue hablando—. Vente conmigo. Yo... yo puedo dártelo todo nena. Yo quiero dártelo todo, y estaríamos juntos.

Mi respiración se vuelve errática, y aunque intento no llorar, es imposible.

Cuando Oliver hace amago de acercarse niego un poco con la cabeza.

—Sabes que no puedo. No ahora que por fin tengo un futuro aquí. Yo no... no puedo dejarlo todo de lado ahora que puedo hacerlo.

—Yo te ayudaría a pagar los estudios que quisieras, yo... —Se arrodilla frente a mí y me mira con fijeza. Al final cierra los ojos y apoya su frente en mi pecho—. Soy un imbécil y estoy quedando como un prepotente asqueroso que no valora lo que tu familia ha hecho por ti, ¿verdad?

—No eres imbécil —susurro besando su pelo—. Eres un cielo, pero tengo que hacer esto bien, Oliver. Paso a paso... Necesito hacer las cosas bien por una vez.

—Lo sé, lo sé, y tienes razón, pero Daniela, serán dos años de estudios.

—Sí. Eso lo cambia todo, ¿no? —digo sonriendo con debilidad.

—No. —Oliver alza la mirada con determinación—. Si tengo que coger un avión desde Los Ángeles cada vez que tenga dos días seguidos libres para verte lo haré, no me importa.

—Serán dos años.

—Me da igual. Me has devuelto a la vida, Daniela. ¿De verdad te crees que te voy a dejar ir? No, joder.

—Si esto hubiese sucedido hace unas horas cuando no tenía nada, seguro que hubiese tenido un arrebato y habría aceptado irme contigo, aunque pensara que la cosa podría salir mal, pero ahora tengo algo muy importante en lo que trabajar y quiero hacerlo. Necesito hacerlo.

Oliver asiente, comprendiéndolo, y sé que en el fondo el pedirme que me vaya con él no ha sido más que un impulso. No dudo que le gustaría, claro, pero en realidad y pensándolo bien, él también sabe que lo mejor es ir paso a paso.

—Quiero que me hables de tu familia, que lo hagas bien, sin contar anécdotas superficiales para salir del paso. Y quiero que me cuentes todo lo que eres, lo que sientes, lo que piensas y lo que quieres de la vida. Lo quiero todo, Dani.

—No soy especial, no soy...

—Eres mucho más que especial. Déjame conocerte como nadie más lo ha hecho. Deja que sea yo quien rompa la barrera que alzas tras las bromas y el sarcasmo. Déjame llegar a ti de todas las formas posibles.

Cierro los ojos y me echo a llorar, abrazándome a él y asintiendo mientras pienso, una vez más, que no entiendo nada de lo que está sucediendo dentro de mí. Lo único que sé es que no quiero pasar el poco tiempo que nos queda juntos así. Al menos tenemos que intentar pasarlo bien. Podemos tenernos en el presente, y el futuro, ya se verá...

—Vamos abajo —susurra él, levantándose y tirando de mí.

Bajamos, y aunque por el camino vamos callados y algo taciturnos, en cuanto entramos en el sótano decido que eso se tiene que acabar. Empujo a Oliver con

suavidad para que se siente en la cama y me pongo de pie, frente a él. Suelto una tira del peto vaquero bajo su atenta mirada y cuando veo sus ojos brillar de interés y deseo sonrío, animándome con la otra. Agradezco tener solo el biquini debajo, porque estoy segura de que no podré alargar esto mucho tiempo. Oliver parece pensar lo mismo que yo, a juzgar por la tensión de su cuerpo. Bajo el peto y me quedo con las braguitas y la parte superior del biquini, negro y minúsculo. Llevo las manos a mi nuca y estoy por soltar las cuerdas cuando él se levanta y se planta ante mí en apenas dos zancadas.

—No. Quiero desnudarte yo. He soñado mucho con desnudarte a placer desde que te vi la primera vez.

Su voz ronca despierta en mí algo cálido y excitante. Sonrío y apoyo mi frente en su pecho mientras suelta las cuerdas de mi parte superior. Me separa de su cuerpo y deja la prenda caer, acariciando con los nudillos mis hombros y clavícula. En el momento en que mis pechos están al descubierto siento sus dedos bajar y acariciarlos con delicadeza. Tanta, que podría haber confundido la caricia con una ráfaga de aire. Estamos en el sótano y es mayo, pero siento escalofríos que no se van hasta que, irónicamente, desata las cuerdas de mis caderas y la parte inferior del biquini cae al suelo. Quedo desnuda y expuesta, preguntándome de pronto si seré lo bastante excitante para él. Oliver se separa de mí y me mira de arriba abajo con tal intensidad que el sentimiento de incertidumbre se intensifica.

—Joder, eres preciosa.

Mi respiración trastabilla, y sé que él lo ha notado, pero no lo usa para reírse de mí o hacerme sentir tonta. Se acerca y me besa mientras sus manos rodean mi cintura y me pega a su cuerpo. Su bañador vuelve a estar hinchado, agarro la camiseta y tiro de ella hacia arriba para desnudarlo. Oliver no se hace de rogar, y aunque me gustaría decir que me tomo el mismo tiempo que él, la verdad es que suelto su bañador y tironeo de él con bastante impaciencia. Ahí sí que su mirada se torna divertida, pero no me extraña, porque parezco un perrillo intentando desenterrar a toda prisa un hueso del jardín trasero.

Bien, Oliver es alto, muy alto de hecho, y al parecer la largura es algo que va a proporción con todo su cuerpo, ya me entiendes. Lo miro y veo su ceja alzada en busca de aprobación, pero con ese toque arrogante que me pone tanto. Sonrío y me muerdo el labio.

—¿Necesitas que alimente tu ego?

—Nunca está de más —murmura sonriendo.

Me limito a reír, aunque lo miro apreciando sus atributos y debe bastar, porque acorta de nuevo la distancia entre nosotros. Me alza y me envuelve en un abrazo perfecto mientras me lleva a la cama.

—Oli...

—Lo sé.

Entierra su lengua, sus labios y sus dientes en mi cuello haciéndome suspirar y

agarrarme a sus hombros.

—Te necesito... por favor, rápido.

—No será rápido —dice con la voz entrecortada—. No creas que yo no me muero por hacerlo, pero no he esperado tanto tiempo para que salga de cualquier forma. Quiero sentirte antes con mi lengua, con mis manos... Dios, deja que te sienta.

Lo beso y asiento por respuesta, porque sé que habla por él la necesidad del momento. La forma en que Oliver empieza a recorrer mi cuerpo no se parece a lo que yo he tenido estos últimos años. No hay contención, no hay rabia ni rencor como la había con Jake la mayoría de las veces, porque siempre estábamos discutiendo o a punto de discutir cuando lo hacíamos.

Dudo mucho que Oliver me folle alguna vez de forma brusca o buscando solo su placer para castigarme por algo que le ha parecido mal, como ha hecho Jake incontables veces. Pero, ¿acaso no me ha quedado claro ya que son la noche y el día?

Oliver besa mi cuello, mordisquea mis hombros y baja por mi piel vistiéndola con su saliva. Oliver consigue que mi respiración se vuelva errática, que me cueste concentrarme en coger oxígeno para seguir consciente. Oliver quiere entregarse y darme todo su mundo, y pide sin palabras, pero con gestos, que yo haga lo mismo. Oliver no exige, ni obliga; él pide, y pone ante mí las razones obvias por las que yo debo entregarme. ¿Y quién soy yo para negarme, si de verdad siento que me deshago?

Su lengua encuentra mi pezón derecho y su mano el izquierdo. Chupa uno y pellizca el otro haciendo que me arquee y aprovechando para clavarme su erección en el muslo, arrancándome un gemido que lo motiva aún más.

—Joder, cariño... Daniela, mi vida... más.

Cierro los ojos y trago saliva, él baja por mi estómago dejando un reguero de besos hasta mis caderas. Las mordisquea y lo siguiente que noto son sus dedos en mi ingle. Abro los ojos y sonrío alzando el trasero y ofreciéndome. Me muerdo el labio y tiemblo cuando deja un sonoro beso sobre mi pubis, luego baja y su lengua recorre mi abertura por completo sin rodeos, sorprendiéndome, porque pensé que iría más lento, pero Oliver es así: el rey de las sorpresas. No iba a ser menos en el sexo, ¿no? Se separa de mí lo justo para mirarme y relamerse. Joder, podría correrme solo con esa visión, y de hecho estoy a punto. Él vuelve a enterrarse en mí haciéndome arquear la espalda mientras me agarro a su pelo. No voy a disfrazarlo: la verdad es que necesito tres lametones para llegar al orgasmo en su boca agarrando las sabanas en un puño, su pelo en otro y gimiendo su nombre con desesperación.

Oliver no me da tregua, su lengua vuelve a mí con tanta fuerza que intento cerrar las piernas y apartar su cabeza con la mano, sensible como estoy aún por el roce de su barba.

—Espera... —jadeo.

—No nena, más, necesito más de ti, por favor... dame más.

¿Y cómo voy a negarme? Abro las piernas y dejo que me envuelvan las sensaciones de tener su lengua en mi clítoris hinchado e hipersensible. Me incorporo para verlo bien y conecto su mirada con la mía. Veo en sus ojos un deseo tan grande que me abruma. Le hacen falta muy pocos minutos para tenerme al borde otra vez, mete dos dedos en mi interior, los curva y me deja al borde del precipicio, deseando más, mucho más, pero se separa de mí y sonríe un poco.

—Aún no —susurra con voz ronca.

—Entonces me toca, me muero por devolverte el favor —exhalo.

Él traga saliva, pero no deja su sonrisa torcida de lado. Se tumba a mi lado, coge mi mano, la lleva a su erección y me hace acariciarlo un poco mientras ambos gemimos: él por el placer recibido y yo por el deseo contenido.

—No vas a chupármela ahora, porque me correría antes de ver tus labios sobre mí.

Sonrío y lo masturbo a su ritmo un poco más antes de que me tumbe sujetando mis manos sobre mi cabeza, enlazando nuestros dedos y besando mis labios. Probarme en su boca es raro y excitante, quiero más porque me parece erótico, pero sobre todo quiero tenerlo dentro.

—Condón... —susurro.

Él asiente y salta de la cama entrando en el baño. Sale dos segundos después con una caja que deja en la cama, coge uno y se lo pone con avidez antes de acomodarse entre mis piernas. Apoya su frente en la mía y me besa con suavidad.

—Llévame a tu interior nena, hazlo tú.

Bajo la mano libre y lo apoyo en mi entrada alzando las caderas e instándolo a empujar. Cuando está del todo dentro de mí ambos gemimos y él vuelve a enlazar nuestras manos por encima de mi cabeza. Y es aquí, mirándolo a los ojos y sintiéndome llena de él cuando me doy cuenta de que esto acaba de empezar. Nos separan miles de kilómetros, pero voy a tenerlo más veces, como sea, a fuerza de hacer lo necesario, porque necesito tener esta sensación muchas, muchas veces más. Oliver se mece tan lento, y al mismo tiempo con tanta profundidad que pienso que no es normal. ¿Cómo lo hace? Es un tipo de pasión distinta a lo que yo he experimentado antes... El tipo de pasión que no duele, que te mece y te lleva al placer más elevado, de forma que casi no te des cuenta; de manera lenta y suave, sin dramas, sin exigencias, solo dando a la otra persona todo lo que tienes en el momento, porque disfrutas solo con verla alcanzar el clímax que le provoca tu propio placer.

Eso es la pasión, y descubro lo que es la primera vez que hago el amor con Oliver Lendbeck.

Lo miro a los ojos cuando su gesto se crispa y torna en algo aún más profundo.

—Tócate princesa, vamos, córrete y llévame contigo —gime liberando mi mano.

La bajo y abro los dedos índice y corazón en forma de V para frotar nuestros sexos cada vez que él salga y vuelva a entrar en mí.

—¿Así? —Aprieto los músculos de mi vagina, haciendo que él cierre los ojos y gruña.

—Haz eso otra vez y no saldré de ti en la vida, joder.

Lo hago, por supuesto, acelero el roce de mis dedos en nuestra unión y cuando siento que el orgasmo me sobrecoge y eleva vuelvo a hacerlo, aprieto los músculos y me esfuerzo por mirarlo a los ojos. El clímax arrasa mi cuerpo y sé el momento exacto en que arrastro a Oliver conmigo. Su cuerpo se tensa y su pulso late dentro de mí mientras exhala mi nombre. Creo que es el orgasmo más placentero de toda mi vida. No, no lo creo: lo sé. Nos mecemos un poco más y dejo que me bese cada vez más con más suavidad, mientras ambos nos calmamos y recuperamos al ritmo de nuestras respiraciones.

—El.mejor.sexo.de.mi.vida —dice Oliver antes de dejarse caer a mi lado y resoplar mirando al techo.

Me río, me subo a horcajadas sobre y él y alzo una ceja pasando mis manos por su torso.

—Y no hemos hecho más que empezar, cariño.

28. Grabado a tinta en mi piel

Caigo exhausta sobre el cuerpo de Oliver después de gritar mi cuarto orgasmo. Es la segunda vez que tenemos sexo y juro por Dios que este hombre sabe lo que hace. Es sexi, dulce, suave cuando toca y pasional cuando la ocasión lo requiere. Y, además, tengo la constante sensación de que ya conoce mi cuerpo igual de bien que yo. ¿Cómo si no se explica que pueda hacerme reaccionar tan rápido?

Cierro los ojos mientras él se levanta para tirar el preservativo. Lo siento volver y sonrío cuando limpia mi entrepierna con mimo. Se tumba a mi lado y, en vez de arrastrarme hacia su cuerpo, mete un brazo bajo mi cuello, a modo de almohada, y pega nuestras cabezas mientras miramos al espejo del techo. Me resulta curioso vernos reflejados, desnudos y cuando acabamos de hacer el amor. Curioso, pero bonito, ya sabes, como cuando ves un perro con un ojo de cada color. Cosas mías.

—Un día te llevaré a Las vegas —suelta a Oliver a bocajarro.

Me río y alzo las cejas mirándolo.

—¿Soy tan buena en la cama que quieres ponerme un anillo en el dedo y esta es tu manera de decirlo?

Oliver ríe entre dientes y se encoge de hombros con ese gesto tan suyo. Su pelo cae sobre su frente, y creo que nunca lo he visto tan guapo como ahora.

—¿Tan malo sería?

—¿Casarme contigo en Las vegas? No. Lo malo sería enfrentarnos a las familias luego. Además, hablas de casarte conmigo como si fuera la cosa más simple del mundo.

—Es simple, no es más que un papel, chica hipster. De todas formas, de querer hacerlo, lo haría de una manera que te gustara.

—Un papel que te ata a alguien de por vida, y no me gusta de ninguna manera. Odio las bodas. Y pensé que tú también.

—No he dicho eso, eres tú la alérgica al matrimonio.

—Exacto.

—Pero yo podría convencerte.

Me río de buena gana y giro sobre mi costado, deseando que mi teta izquierda no caiga con demasiada pesadez sobre el colchón, que ya sabemos que en las películas todo queda en su sitio, pero la vida real es otra cosa, y no me gustaría que Oliver se concentre en mí por estar viendo mi pezón izquierdo hacer dibujos en el colchón mientras el derecho mira al frente.

—¿Quieres apostar? —pregunto con chulería.

—¿Qué apostaríamos?

—No lo sé, algo se nos ocurrirá.

Oliver medita un momento acerca de todo el tema, y una sonrisa malévola se abre

paso en su cara.

—Si consigo que te cases conmigo un día, adoptarás mi apellido.

—Estás como una cabra —digo riéndome a carcajadas.

—Mi apellido, guion y el tuyo. Daniela Lendbeck-Acosta.

—Suenan raro, es machista y, además, ni siquiera somos novios.

—Lo somos. Somos novios en espera.

—No, estamos dándonos un tiempo.

—No, eso es lo que hacen las parejas que tienen problemas y nosotros no los tenemos.

—Me has entendido muy bien.

—Tu destino está conmigo, Daniela. Puede que tardes un día en darte cuenta, o un mes, o un año. Da igual, lo importante es que serás tan mía como yo tuyo. Conseguiré que estés conmigo, conseguiré arrastrarte a Las Vegas y ponerte un anillo en el dedo. Conseguiré que te llames Daniela Lendbeck-Acosta. Lo tendré todo.

—Por Dios, solo esa declaración sirve para hacerme correr.

Oliver entrelaza sus dedos bajo la cabeza y sonrío, mirándome con altanería.

—De acuerdo. Corre.

—Eh...

—Lo digo muy en serio, Daniela Acosta. Si no corres ahora mismo, ya sabes a qué te enfrentas. Quiero el lote completo y pienso conseguirlo. Voy a darte cinco segundos, para que veas que soy buena persona.

—¿Quieres que me vaya?

—No, nada más lejos de la realidad. Quiero que te quedes, y que aceptes que voy a intentar dártelo todo y recibir lo mismo a cambio: Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno...

Cuando la cuenta atrás acaba, río y me hace rodar en la cama hasta quedar entre mis piernas. Yo estoy patidifusa, pero él parece feliz de la vida. ¿Qué ha sido de eso de ir paso a paso? ¡Joder tiene que estar de broma! Tiene que estarlo, pero por si acaso, me aseguro dejando las cosas claras.

—Que sepas que no me he ido porque sé que no me convencerás de hacer nada de eso.

—Vale, ahora lo sé. ¿Algo más?

—No me gusta que se rían de mí.

—No me río de ti.

—No puedes saber si quieres casarte conmigo. ¡Nos conocemos desde hace una semana!

—Yo te vi hace algo más, pero bueno, si ese es el problema no te preocupes,

porque no he dicho que vaya a ser ahora. Solo hablo del futuro que me gusta imaginar.

—¿Te gusta imaginarnos casados? —pregunto horrorizada.

—No. Me gusta imaginarnos juntos —susurra—. Te quiero en mi vida, Dani, y lo digo en serio. Lo del matrimonio no era más que una exageración para intentar explicarte que no soy como Jake. De verdad quiero ver adónde nos lleva esto.

Me trago el nudo de emociones y asiento, entendiendo lo que quiere decirme. Me encantaría prometerle que estaremos juntos, que superaremos las trabas a las que nos enfrentamos, pero lo cierto es que ni siquiera estoy segura de poder aguantar un mes sin verlo y comiéndome la cabeza, pensando en la vida que él ya tiene en Los Ángeles, lejos de mí.

No voy a irme, eso lo tengo claro, pero porque joder, yo quiero estar aquí con él. Lo que no quiero es jurarle amor eterno, o un matrimonio. No, todo eso me da urticaria porque con Jake ha sido tan difícil pensarlo o soñarlo que me he acostumbrado a que sea así. A no desear nada de eso.

—Ven...

Oliver se levanta, se pone el bañador y me tira su camiseta y mis braguitas. Me las pongo y lo sigo hasta el piano. Me siento a su lado, nerviosa, porque lo noto tenso. Él coloca las manos sobre las teclas y carraspea.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí... Sí, es solo que hace mucho que no toco para nadie —susurra—. Esta canción empezó a sonar hace semanas y... bueno, es tuya. —Me mira y vislumbro la enormidad de lo que dice en sus preciosos ojos—. Esto es lo que pasa cuando pienso en ti.

Pulsa las primeras teclas, con el ceño fruncido y una postura envarada, pero, aun así, arranca al piano una melodía que me eriza el vello. Cierro los ojos y me apoyo en su hombro para ayudarlo a pasar el trance. Oliver me ha dicho varias veces que lleva años sin componer, y hasta me ha confesado que yo soy su nueva musa, pero todavía no sé bien qué pensar al respecto. Solo sé que esta canción consigue hinchar mi corazón y al mismo tiempo, deseo llorar de amargura, por el hombre que toca a mi lado, porque no quiero perderlo y cuando pienso en nuestra despedida siento un dolor que no necesito en este momento. ¡Yo necesito sanarme! Hace pocos meses que lo mío con Jake ha finalizado y en realidad, no ha sido algo drástico hasta esta misma semana. ¿Cómo puedo en solo unos días tener la certeza de que, si lo permito, Oliver podría hacerme mucho más daño que Jake? No a conciencia, lo sé, pero este hombre se mete bajo mi piel, es como un tatuaje de los que él mismo diseña. Sabe grabarse a fuego en mí y consigue que anhelar el mínimo contacto suyo sea algo fácil y parezca... correcto. Lo nuestro parece correcto porque él fabrica un mundo paralelo para nosotros.

Su voz rasga el silencio que hemos mantenido hasta el momento y me obligo a permanecer con los ojos cerrados mientras lo oigo cantar por primera vez. Es dulce,

es tan dulce que las lágrimas que he intentado contener ruedan por mis mejillas, convirtiendo en algo físico la maraña de sentimientos que albergan en mi interior. La letra habla de unos ojos castaños, casi dorados, una cita en una playa bajo las estrellas y el inevitable destino que unirá para siempre a los dos protagonistas. Sonrío y me dejo llevar por él hasta que las últimas notas se apagan y me mira en silencio.

No sé qué decir, ni cómo demostrarle lo mucho que aprecio haberlo oído tocar y cantar. No lo sé, hasta que él besa mis labios llevándome a su cuerpo y poso la mano sobre su pecho tatuado. Una idea empieza a formarse en mi mente, es una locura, lo sé, pero aun así... ¿La vida no está hecha a base de locuras? Yo he cometido muchas, y la mayoría han salido mal. Sin embargo, estoy segura de esta, en este momento lo estoy, y soy de la opinión de que arrepentirse no sirve de nada. Las decisiones se toman siempre por una razón de ser. Que luego resulten o no ser las correctas es lo de menos.

—Tatúame, Oliver —lanzo a bocajarro.

Él me mira con la boca abierta, literalmente, durante lo que parece una eternidad. Cuando por fin la cierra carraspea y frunce el ceño. No esperaba que mi reacción a la canción fuera esta, lo entiendo, pero ¿cuándo he hecho yo lo que se espera de mí?

—¿Perdón?

—Quiero que me tatúes una nota musical que siempre me recuerde a ti —susurro.

No me doy cuenta hasta decirlo, de lo correcto que suena todo esto para mí. Quiero marcarme por él y demostrarle así que voy en serio cuando hablo de no olvidarlo y que, aunque sea una chifladura, siento por él muchísimas cosas que me sobrepasan y no sé explicar muy bien, pero están ahí, esperando que yo las descubra y las vaya tomando de la mejor manera posible.

—Nena... No te gustan los médicos, ni las agujas, ¿y quieres que te tatúe? —Asiento— ¿Por qué?

—Porque quiero que grabes en mi piel tus dos pasiones: la música y los tatuajes. Quiero llevarte conmigo de alguna forma, y esta es la única que se me ocurre ahora mismo.

Oliver me alza en vilo, me lleva a la cama y me tumba, abrazándome y besándome de esa forma que me eriza el vello, porque no me besa como lo hacía Jake. No, ni mucho menos. Oliver es mucho más atento y dulce, incluso cuando se torna pasional. Es delicado por naturaleza, porque le fluye ser así y eso se nota incluso en sus labios. Nos besamos largo y tendido antes de que su voz suene de nuevo en la habitación, mucho más ronca de lo normal debido al deseo que parece dominarlo otra vez.

—Vamos a mi estudio. Te tatuaré con una nota... —Sonrío y él apoya su frente en la mía—. ¿Alguna especial?

—Me gusta la clave de sol.

—Vale, bien. Deja que piense algo mientras llegamos.

Se levanta, se viste con la camiseta que le devuelvo y no deja de mirarme mientras yo me pongo el peto vaquero. Creo que espera que grite que todo es una broma y me ría de él... Y no habría sido algo tan raro si yo aún fuese como la antigua Daniela, por mucho que me avergüence reconocerlo.

Salimos de la casa y me lleva al paseo marítimo, al estudio de tatuajes que posee aquí. Cuando veo la fachada sonrío, porque esperaba algo más pequeño primero, pero, además, porque es muy bonita. No sé, cuando piensas en un estudio siempre imaginas algo sórdido, con tías en pelotas, luces de neón y motoristas barbudos y gordos apostados en la puerta. Yo al menos los imaginaba así, pero el de Oliver no se parece en nada a eso. Está decorado en tonos beige y al fondo hay una pared en burdeos, pero el resto están cubiertas con lienzos, dibujos y fotos de tatuajes. Muchos son verdaderas obras de arte y me encuentro a mí misma pensando que es como estar en una galería de arte. ¿Qué es, si no, un tatuaje? Para gente como Oliver, y para muchísimas personas, no es más que la forma de imprimir arte en la piel.

Imagino que el estudio de Los Ángeles es muy parecido, porque la descripción que me dio se parece. Tiene sillones con pinta de cómodos a lo largo de la sala general, una zona de recepción y varias salas privadas de las que solo se ven las puertas. Sonrío al ver que en cada una hay un vinilo con una silueta y no me sorprende cruzar con él una que tiene a un chico de perfil apoyado en una moto, con los pies cruzados, cazadora de cuero y unos brazos llenos de tatuajes.

—Tienes que tener un ego inmenso para dibujarte a ti mismo en la puerta de tu despacho —comento sonriendo.

Él se limita a alzar una ceja y mirar el dibujo en sí.

—¿No te gusta?

—Me encanta, es original y eres tú. Eso es suficiente para que me guste.

Oliver tira de mi cuerpo y me besa como respuesta antes de mostrarme una sala con una encimera que posee un grifo, y un montón de tarros de tinta de colores y negras, además de varios cajones de los que él empieza a sacar agujas, cables, y todo lo que completará el material para mi tatuaje. Tiene una camilla y una silla, además de un flexo con lupa enorme. En una esquina descansa un pequeño escritorio al que se dirige después de preparar lo básico.

Se sienta en la banqueta y comienza a hacer trazos que me dejan anonadada porque joder, dibuja muy bien. Ya lo sabía, pero verlo trabajar en directo es hipnotizador. Tarda unos tres minutos en hacer una clave de sol al revés, es decir, boca abajo; la otra mitad la ha cubierto con un par de líneas formando un corazón y en el centro se adivinan las teclas de un piano. Lo que más me sorprende es que, en pequeño, al lado, ha dibujado unas líneas simulando el diafragma de una cámara. Es minúsculo, pero el gesto se me atraganta, porque acaba de unir todas nuestras pasiones en un mismo tatuaje.

—Es precioso —digo con una sonrisa.

—La clave de sol es bonita por sí sola, pero quiero que lleves el piano para

recordarme... Y el diafragma de una cámara para no olvidar quien eres. —Se encoge de hombros, como si no hubiese dicho y hecho gran cosa—. ¿Te gusta de verdad?

—Me encanta.

—¿Dónde te lo quieres hacer?

—En la pelvis, pero bien abajo, quiero que sea algo mío. —Él asiente, impasible y yo encojo un poco el gesto—. Me va a doler, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sí? ¿Solo sí? Joder, anímame o algo.

Oliver ríe entre dientes y me mira con cariño antes de pasar el dibujo a un transfer.

—Has escogido un lugar que duele, nena. ¿Cómo dijiste tú misma? La pelvis hacia el chichi. —Sonríe y yo acabo riéndome también, pero de mala gana—. Lo soportarás bien.

—No te enfades si lloro.

Oliver ríe otra vez, se ve que mi sufrimiento le hace gracia, al capullo.

Bueno, vale, quizá estoy un poco de los nervios.

—Vamos a montar el equipo y, para demostrarte que se puede aguantar, antes me lo haré yo.

Ahí sí que me pilla por sorpresa. Me paro y lo miro mientras él me sonríe con dulzura.

—¿Quieres tatuarte lo mismo?

—Sí. Quiero marcarme el mismo día que tú, la misma noche que tú. Desde hoy nuestras vidas han cambiado lo queramos o no, nena, no solo por mí, sino porque tú por fin vas a estudiar lo que quieres. Esta noche empieza una nueva etapa, y quiero recordarla siempre.

Asiento, nerviosa y emocionada, y lo observo disponerlo todo. Cuando presiona con el pie el pedal que va conectado a la aguja y esta comienza a zumbiar me encojo sin poder remediarlo.

—También podemos ir al paseo marítimo y hacernos uno de esos que duran un mes o así.

Oliver ríe y niega con la cabeza, poniendo de nuevo la aguja en la encimera, pegando a la misma un trozo de film sobre el que pone un pegote de vaselina. Se coloca unos guantes negros y pienso que está muy sexi, y si estando tan asustada como estoy se me pasa eso por la cabeza, imagina cómo será la imagen.

—Lo haremos así. ¿Quieres ser la primera? —Niego con vehemencia con la cabeza—. ¿Y no me dejarás colgado cuando yo ya lo tenga?

—Eh...

—Tú la primera —dice resuelto, cambiando de idea.

No es para menos, porque se ha notado mucho que igual soy una cobarde y salgo corriendo a última hora.

—No, me da miedo.

—Lo sé, pero tienes que superarlo. Te juro que no es para tanto.

—Has dicho que me dolerá.

—Sí, también duele la depilación y bien que te la haces. En todas partes, además.

—Me mira de forma sugerente y resoplo.

Como se me han acabado los argumentos y esto lo he pedido yo, decido que ya está bien de hacer el tonto. Me tumbo en la camilla después de quitarme el peto y las braguitas.

—Si me duele mucho, pararás.

—De acuerdo.

Cuando se acerca haciendo rodar su silla de trabajo me tenso tanto que tiene que esperar unos segundos que deje de ponerme como un palo de tesa. Cierro los ojos con fuerza y me sobresalto cuando algo roza mi piel. Sin embargo, cuando noto sus labios me relajo y entrecierro los ojos mirándolo. Acaba de besar mi pelvis, y después mi pubis, y masajea la zona como si pretendiera adormecerla a base de caricias. ¿Cómo se puede ser tan perfecto...? Cojo aire, y cuando me mira asiento para que empiece de una vez.

No voy a mentir. Oliver debe estar agradeciendo con mucho que hayamos venido de noche, cuando no hay nadie más, porque protesto, grito un poco y monto un espectáculo que dura casi media hora. Podría haber sido menos, pero Oliver tiene que parar cada diez segundos y, además, el hombre es de hacer las cosas bien. Ya ves, a mí me valía con tres líneas mal puestas, pero no, él tiene que ensañarse y ponerse perfeccionista. Para cuando acaba yo creo que ya no me quedan insultos, y él se ha ganado entrar en el cielo por la puerta grande cuando le llegue la hora.

—Me ha dolido muchísimo —digo haciendo pucheros.

Le he cogido el gusto a quejarme y aquí sigo, mientras él me cubre la zona con papel film después de aplicarme un poco de crema. Besa mi estómago y se levanta de la silla para hacer lo mismo con mis labios.

—Lo siento mucho, cariño, pero no podía parar ya que estaba en ello. ¿No te gusta el resultado?

Miro abajo, a mi pelvis, y he de reconocer que sí, me gusta mucho. De hecho, no descarto hacerme alguno más, aunque no lo convierta en un estilo de vida como ha hecho Oliver. Él seguirá haciéndose tatuajes a lo largo de su vida, seguro. Es algo que tengo asumido y, de hecho, me gusta pensar en ello. Dios, me gusta tanto... Su cuerpo es como una obra de arte que no me canso de mirar nunca.

—Ahora voy a ponerme el transfer y te explicaré cómo debes coger la aguja para

tatuarme.

Eso sí que me deja muerta. Primero lo miro con fijeza, esperando su risotada y que me diga que es una broma, pero cuando eso no llega, niego con la cabeza.

—Tú estás mal de la cabeza hombre. ¿Cómo voy a tatuarte?

—Claro que sí, es como dibujar con lápices, pero con esto —dice señalando la máquina.

—Que no joder, no voy a tatuarte porque me temblará el pulso y...

—Nena, quiero que me tatúes tú a mí. Quiero que esto sea una especie de ritual para nosotros. ¿No me darás el gusto? Yo te lo he hecho.

—¡Tú eres tatuador! —exclamo, bastante exaltada.

—No me importa una mierda si sale tembloroso, o disparejo, o incluso si tenemos que pasar dos horas aquí para que salga bien. Lo único que me importa es que los dos salgamos de aquí con la piel marcada por la mano del otro.

Me quedo mirándolo con la boca abierta, primero porque es un gesto precioso. Loco, pero precioso, y segundo porque, en el fondo, me parece una muy buena idea.

Para cuando me decido Oliver, se ha pegado el transfer en su pelvis también, pero al lado contrario.

—¿Por qué te no lo haces a la derecha como yo?

—Quiero que se rocen cuando nos hagamos el amor.

Me ruborizo, porque soy muy bocazas, y él me dedica media sonrisa que moja las bragas, otra vez.

Oliver Lendbeck acabará conmigo.

29. Todo lo bueno acaba

Por si te queda alguna duda, sí, lo he tatuado, y no, no parece eso una carretera de montaña. De hecho, me sale bastante bien y estoy más que orgullosa de mi trabajo. Oliver no se ha quejado, claro, él ni siquiera ha cambiado el gesto de la cara y casi parecía aburrido mientras yo pinchaba su piel. Me miraba con intensidad de vez en cuando y sonreía, pero eso era todo. Por supuesto, eso hace que me dé más vergüenza todavía recordar el circo a tres pistas que he montado yo.

Cuando acabamos y nos miramos son más de las cuatro de la madrugada. Tenemos la pelvis dolorida, varios orgasmos a cuestas y una conversación pendiente, a juzgar por la cara de Oliver. Me lo confirma cuando, al volver a casa, me guía hacia el sótano, se desnuda, y hace lo propio conmigo. Después me lleva a la cama y nos tumbamos con cuidado.

—Ahora tienes que contarme todo de tu vida —susurra.

Suspiro, porque no puedo negarle eso, pero la verdad es que no me apetece en absoluto tener que hablar de mis cosas personales. No porque sea él, no, es que yo no soy de hablar de cosas como mi familia con nadie. En el fondo hablo mucho, muchísimo, pero siempre cosas superficiales. Es raro que cuente algo sobre la vida que he tenido, o sobre lo que siento. Soy una tarada superficial, sí, se me puede catalogar así, pero Oliver no va a darse por vencido y por primera vez yo no tengo tantas ganas de luchar, así que dejo que lance su primera pregunta.

—Dispara.

—¿Desde cuándo quieres ser fotógrafa?

— Esa es fácil: desde siempre. Bueno, sobra decir que siempre he sido muy chicozo, así que de pequeña quería ser fotógrafa o jugadora de fútbol.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿De qué equipo eres?

—Yo soy de Beckham, de Xabi Alonso, de Piqué, de Casillas y...

—Vale, vale —ríe.

—¿Conoces a alguno?

—A los españoles no. A David lo tatué una vez.

—¡No me jodas!

—Sí, te jodo, pero estamos hablando de ti y otra vez estás desviándote.

Frunzo el ceño y lo miro mal.

—Es mucho más interesante hablar de Beckham y de si está tan bueno como parece.

—Daniela...

—Vale, vale. Total, lo del fútbol fue algo que, como habrás podido comprobar, no se dio. Primero porque en la selección de hombres que es donde yo quería jugar, no quieren a chicas y segundo porque soy una paquetona, así de claro. —Él ríe de buena gana—. Pero le pongo mucha pasión, joder, eso debería contar.

—Ya bueno, con eso no se gana un mundial.

—Cierto —contesto sonriendo.

Después se lo cuento todo: que desde siempre he querido ser fotógrafa, que mi familia es trabajadora y de clase media, así que teniendo tantos hijos no podían permitirse esos estudios privados en aquel momento, y que acabé los estudios obligatorios antes de irme a Madrid con la excusa de vivir mi vida, como ya he contado otras veces. No quiero pararme mucho a recordar el dolor de mis padres cuando anuncié que me iba. Yo sabía que estaba siendo injusta, y sabía que tenían sus razones para no pagarme esos estudios, porque además yo había pecado de inestable en lo que a gustos se refería, así que muy pensaron que no podían gastar un dineral en algo que quizá me aburriera antes del primer año. Tuve el mínimo de cordura para no volver a mencionar el tema nunca más, pero se ve que es cierto eso que dicen de que nadie te conoce mejor que tus padres, porque años después, aquí está mi regalo.

Es cierto que Samu y Lorenzo tienen sus carreras, pero se las han pagado ellos trabajando no solo en el camping, sino en empleos temporales del pueblo y la ciudad. Con todo, mi hermano Samuel sigue pagando cada mes la hipoteca que tiene por la compra de una casa fuera del camping que comparte con Fran. Esos dos siempre se han llevado bien, así que a nadie le extrañó que Fran se ofreciera a pagar la mitad de la hipoteca mientras viva allí y Samuel aceptó encantado, cosa que no habría hecho con ningún otro, porque nos queremos mucho, pero ya ha quedado claro que a ratitos cortos. En grandes dosis acabamos como el rosario de la aurora.

—Se nota que estás orgullosa de ellos —dice Oliver interrumpiéndome—. Aunque no lo demuestres mucho en su presencia.

—Ni lo demostraré. ¿Para que no me dejen vivir? Hazme caso, mis hermanos no son esos hermanos de libros y películas que miman y consienten todo el tiempo a la niña de la casa. Y sí, decir eso después de que se hayan gastado ese dineral en mí queda feo, pero es la verdad. Nuestra relación es mucho más de insultarnos, chincharnos y demostrarnos el amor así. Somos unos superficiales, qué se le va a hacer.

—No es cierto, no es eso lo que yo veo en días como hoy.

Lo miré y alzo las cejas, intrigada.

—¿Y qué ves?

—Veo a unos hermanos que se matan trabajando para pagarte una cámara como esa porque están orgullosos de ti y confían en que lo aproveches bien. Se necesita mucha confianza en alguien para gastarse ese dinero cuando no es que le sobre a ninguno de ellos.

—Seguro que a ti sí. Apuesto a que llevas eso un día cualquiera en la cartera.

Él me aparta un mechón de pelo de la cara y sonrío.

—No seas borde porque no te va a servir de nada. Te he calado. Eres sensible, dulce y cariñosa, pero te empeñas en parecer una niña superficial porque así nadie se molesta en conocerte, y si no te conocen, no sufres.

Abro la boca para rebatir su teoría, pero la verdad es que el mamonazo ha dado en el clavo. ¿Qué le digo ahora? Se me ocurren un montón de cosas, pero todas llevan implícito un toque de sarcasmo, ironía o directamente bordería. Al final me encojo de hombros y me río entre dientes.

—Si tú lo dices... pero te voy a dar un consejo que deberías seguir: No te enganches mucho a mí. No soy buena para ti, ni para nadie, Oliver. Soy bastante imprevisible, me atosigan los compromisos y, además, no quiero las cosas normales que quiere cualquier mujer.

—¿El consejo es no engancharme a ti?

—Sí.

—Vas a tener que darme otro, porque ya soy un yonqui en todo lo que se refiere a ti.

Intento quejarme, pero él me tumba boca arriba, se cuela entre mis piernas con cuidado de no dejarse caer y acaricia los mechones de pelo de alrededor de mi frente. Me mira como Frank de la jungla mira a los bichos esos de la tele, como diciendo: «Los dos sabemos que terminaré grabándote y haciéndote todas las perrerías que quiera antes de aburrirme y dejarte ir». Y conste que a mí Frank me gusta porque es un pasota y un borde por naturaleza y claro, me veo identificada. ¡Viva la gente borde! Así lo digo: viva Chicote, viva el chef Ramsay, y si me apuras, viva Piqué cuando se pone en plan impertinente por twitter. La de orgasmos verbales y visuales que me han dado a mí lindezas como esas y otras menos finas que no voy a repetir, porque igual esto lo ve gente sensible y no tengo por qué obligarlas a leer mis burradas.

El caso es que Oliver me mira así, y yo no sé qué hacer ni decir, claro, porque cuando hace eso me desarma, y, dicho sea de paso, es algo que me da muchísima rabia.

—¿Qué? —pregunto, en plan chula.

—Que me encantas así, borde y a la defensiva. Solo me has contado un poco de tu familia y ya estás deseando que cambie de tema y podamos hablar de cosas superficiales.

—De eso nada. —Me defiendo—. Yo quiero hablar de porno, por ejemplo, que no me parece nada superficial y menos cuando las cosas que imagino son contigo todas.

—No vas a liarne.

—¿Seguro? Dame un poquito de crédito, rey.

Oliver ríe entre dientes y pese a mis protestas, excusándose en el tatuaje, se deja caer y roza nuestros cuerpos. La pelvis me arde un poco, pero no es algo difícil de soportar.

—Son mis últimas horas contigo, baja la barrera y deja que disfrutemos cariño. Venga... es por los dos.

Y aunque me cuesta una barbaridad y me resisto varios minutos, al final me dejo ir y me abrazo a su cuerpo hablándole de mi infancia, mis venturas y desventuras y todas las cagadas que he cometido a lo largo de mi vida, que han sido muchas. Aspiro su aroma y me recreo en él, en vez de intentar evitarlo solo porque voy a echarlo de menos.

Hacemos el amor dos veces más, una apoyados en el piano, que recordaré de por vida, y otra en el baño mientras nos duchamos. Tenemos que ser creativos para no rozar mucho nuestros tatuajes. Nos tumbamos en la cama y no sé en qué momento nos dormimos, pero sé que cuando me despierto son las nueve y media de la mañana y me cabreo muchísimo porque, joder, no hemos aprovechado bien nuestras últimas horas. ¿O sí? Porque Oliver me abraza y me echa el aliento en el cuello y yo me siento... plena.

Sí, es una tontería, pero me siento plena y lo peor de todo es saber que me queda media hora de sentirme así, porque en cuanto nos separemos de alguna forma voy a partirme en dos, estoy segura.

Aun así, me enfrento al hecho de que no podemos escondernos en el sótano de por vida. Me giro para despertarlo con suavidad y es entonces cuando mis ojos se van a la parte superior de sus costillas. Anoche pasé mucho tiempo mirando sus tatuajes: los de los brazos, el pecho, la espalda y las piernas. ¿Cómo no vi ese nombre? Está tatuado sobre su corazón, en una caligrafía cursiva y preciosa: Valery. Paso los dedos por él, preguntándome quién será, y por qué Oliver la tiene tatuada en un lugar tan especial.

Lo despierto con suavidad y lo beso en los labios hasta que gime mi nombre. Sonrío, pero cuando por fin abre los ojos no muestran alegría, y lo entiendo a la perfección. Me hubiese gustado ser optimista, pero una parte de mí no deja de pensar y mirar de soslayo su tatuaje, y no pienso irme sin saber más acerca de eso, así que lo acaricio y él se percata enseguida de lo que hago.

—¿Quién es? —susurro.

—Ella... —Su mirada se torna tan oscura que mi corazón se aprieta en un puño —. Ella fue alguien muy importante en mi vida.

—¿Fue? ¿Pasado?

Oliver aprieta la mano que tiene sobre el tatuaje y asiente con solemnidad.

—Fue, en pasado.

—Oliver...

—Ella ya no existe, Daniela. No pasemos nuestros últimos minutos juntos así,

na. Centrémonos en nosotros, solo en nosotros.

Asiento, y aunque intento evitarlo, una semilla de incertidumbre se planta en mi interior.

«*La primera de muchas*» me susurra Ramona.

Siento escalofríos porque tiene razón... Esta no es más que la primera duda que ha brotado en mi cabeza, y al enfrentarnos a la distancia, vendrán muchas más. Lo sé, yo tengo una personalidad que me hace ver cosas donde no las hay, y mi relación con Jake no ha ayudado en nada. No tengo seguridad en mí misma, ni la autoestima necesaria para hacer frente a esto... Lo sé, y, aun así, decido luchar y seguir adelante. Solo espero no destrozarme, o peor, no destrozar a Oliver por el camino.

Beso sus labios y subimos a la planta superior, donde nuestras familias nos miran con interés, pero sin hacer preguntas, sabiendo que esto no está siendo fácil para ninguno de los dos. Nos duchamos por separado y bajamos las maletas. Cuando todos nos reunimos, mi estómago se aprieta en un puño, y cuando empiezan a sacar cosas de la casa sé que no podemos retrasarlo más.

Me despido primero de Ronald, Liz y Wendy, y prometo llamarlos a menudo.

—Ya te lo he dicho muchas veces, pero te considero mi amiga —asegura Wen—, y no voy a permitir que te alejes de mí.

Después de abrazarla y contener las lágrimas veo cómo sale de la casa con Fran, seguramente para despedirse a solas de él, porque está claro que también deben hablar del tonto que se han traído este fin de semana.

Tina, Ana, Blanca y el resto de mis hermanos también salen después de despedirse de todos, y así es como me quedo con los padres de Oliver, que vuelven a abrazarme y prometerme que en Los Ángeles siempre tendré un hogar.

—Eres parte de esta familia —dice Ronald—. Llámanos para ver cómo avanzan tus estudios y tu vida.

—Lo haré —consigo decir, pese a la emoción.

Ellos se van dejándome con Oliver, que divide su mirada entre mi maleta y la puerta.

—¿De verdad no quieres que te lleve? Tengo el coche en la puerta y...

—Prefiero que nos vayamos en taxi —aclaró—. Es lo mejor para todos, Oli. Alargarlo no tiene sentido.

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón vaquero gris y roto que se ha puesto, junto a las converse negras y una camiseta, negra también, con un dibujo de Los Beatles impreso. No puedo evitar pensar en lo guapo que está, incluso con ese halo de seriedad que lo envuelve ahora mismo.

—Volveré a España. Iré a verte tan pronto como pueda a donde sea que estés. Madrid o tu pueblo, o... —Asiento y él se mesa el pelo—. Hablaremos a diario.

—Claro.

—Y te mandaré un millón de whatsapp con imágenes chorras.

—¿Y con las canciones que vayas componiendo? No vas a quedarte solo en una, ¿no? Quiero oírte cantar más.

—Compondré, y te cantaré cada vez que quieras.

—¡Dani vamos! El taxi ha llegado.

Miro a la puerta, y luego a Oliver.

—Es Lorenzo. Tengo que...

—Ven aquí.

Me abraza y hasta ahí llega mi autocontrol. Sollozo y agarro su camiseta apretando bien los puños. Dios, va a ser horrible estar lejos de él. ¿Cómo me enfrento ahora a todo si él no está para empujarme y animarme? ¡Y no! No me vale saber que la tecnología une mundos ni mierdas de esas. Quiero al Oliver de carne y hueso, al que huele a gel de baño Adidas y me cuida cuando se me va la cabeza con el alcohol; al que se ríe con mis burradas y soporta mis salidas de tono; al cariñoso, hasta cuando yo estoy arisca. Quiero a ese Oliver a mi lado y no lo estará por más que intente convencerme de que al menos existe internet.

Al final se aparta él de mí, demostrando una vez más que es la parte cuerda de los dos, pero cuando lo miro a la cara y veo sus ojos emocionados me derrumbo aún más. Él niega con la cabeza y se traga el nudo con una sonrisa sincera, aunque triste.

—Nos veremos pronto, tan pronto que no tendrás tiempo de echarme de menos.

—Imposible. Ya te echo de menos.

Oliver ríe con sarcasmo, como si se sintiera igual, y carraspea para controlarse. Me besa en los labios y me empuja con suavidad hacia la puerta.

—Te escribiré pronto. Muy, muy pronto.

Asiento, cojo la mochila de la cámara, porque las maletas ya están en el taxi, y salgo sin mirar atrás, porque si lo hago acabaré de derrumbarme y ya es bastante difícil mantener la compostura como para verlo ahí, solo y mirándome mientras me alejo de él.

¿Volveremos a vernos? Bueno, él dice que sí, pero ahora que ha llegado la hora de la verdad me doy cuenta de que el tiempo que yo he pedido no ha sido por mí, sino por Oliver. Él tiene que serenarse después de esta semana conmigo y pensar si de verdad siente por mí todo lo que dice y cree. Yo he jurado que no lo quiero, porque nadie se enamora en unos días, pero, ¿qué es el amor si no esta desazón por no poder estar a su lado? ¿O la felicidad tan absurda que siento cuando él está cerca de mí?

El amor no siempre tiene que ser doloroso como el de Jake, ni tan intenso que queme. No, a veces fluye sin más y se desliza por los cuerpos y almas de dos personas que saben que están hechas para permanecer juntas, aunque un océano entero los

separe. Ahora bien... he descubierto eso en mi último minuto en la isla: ¿Pensará Oliver lo mismo? Son cosas que tendré que averiguar con el tiempo.

Sonrío con amargura. A buenas horas he decidido convertirme en una persona madura. Me dejo envolver por los brazos de Diego que, como siempre, mantiene silencio y me deja ser yo sin más apoyo que el físico. Llora, y me cuido mucho de no mirar a nadie, porque no quiero ver pena, incertidumbre o incompreensión en los rostros de mi familia y amigas. ¿Cómo les explico que mis ganas de reír van camino de California?

Cierro los ojos de camino al aeropuerto y pienso que solo debo dejar pasar los días, porque si algo tienen estas situaciones, es que al final, para bien o para mal, acaban resolviéndose.

30. Dulces momentos, amarga realidad

Cuando llegamos al aeropuerto no hablamos mucho, más que nada porque Tina lleva la resaca padre. Al parecer anoche cogió una cogorza de antología mientras Blanca se tiraba a los mismos guiris de la noche anterior, de los que no ha guardado ni el teléfono. Ella es así de práctica.

La que sí está guardándose el teléfono y toda la saliva posible del francés que se ha ligado este fin de semana es Ana, que se lo ha traído al aeropuerto. Es alto, guapo, con el pelo larguito y ha nacido para llevar traje porque está como para comérselo. Mi amiga lo piensa también, porque si sigue morreándolo a este ritmo lo va a fundir. Y yo aquí, con mis vans pintadas a mano puestas y los nudillos blancos de tanto apretar la maleta para no echarme a correr en dirección contraria al aeropuerto, volver a la casa y preguntarle a Oliver si de verdad me quiere llevar a Los Ángeles. De inmediato me viene a la mente la imagen de mi familia y su sacrificio por mí y vuelvo a anclarme a la realidad, porque es lo que quiero, y por una vez en la vida tengo que hacer algo por mí y mi futuro.

Me despido de Ana, porque tenemos distintas horas de embarque, ya que ella va a Granada y yo a Madrid, y tengo que pasar por la zona de seguridad ya. Ella se queda con su francés y mis hermanos tomándose un café. Mis mequetrefes me abrazan y es el mayor el que saca el tema.

—¿Cómo lo vas a hacer para bajar?

—Pues no lo sé. De momento tengo que solucionar lo del finiquito de la empresa, y hablar con el casero. A partir de ahí os iré informando. De todas formas, el curso empieza en septiembre.

—Sí, pero ya sabes que en el restaurante me haces falta en temporada alta, piojo —dice Fran.

—Lo sé, no te preocupes. Como mucho a primeros de junio estoy allí.

—Vale. Dame otro abrazo, anda.

Obedezco, y cuando acaba de besuquearme me lanza contra otro hermano, y así voy, de mano en mano, como la falsa moneda, hasta llegar a Samuel, que me achucha aún más fuerte que el resto.

—Nada de volver a meterte de putón del jefe, ¿eh? Que no te líe.

—No creo que quiera liarme.

—Daniela no seas inocente. Si te quiere, va a intentar por lo menos meterse entre tus piernas otra vez. Y un buen polvo siempre es bienvenido, pero en tu caso creo que es mejor que cierres las piernas.

—Lo haré. Jake es cosa del pasado y hablo en serio.

—Bien... —Me besa la mejilla y mira a Tina—. ¿Me das un beso de guarrilla?

—Anda y que te follen.

—Gracias por tus buenos deseos.

Tina resopla, tira de su maleta y le hace un corte de mangas antes de besar al resto de mis hermanos e irse a la zona de seguridad. Blanca la sigue poniendo los ojos en blanco y yo me río y me quedo un poco más con ellos, hasta que ya se hace imposible alargarlo más y atravieso también los controles.

El vuelo es silencioso, porque Tina con resaca no es la mejor compañía y Blanca se pasa todo el tiempo mirando su agenda para ponerse al día el lunes a primerísima hora. Yo estoy demasiado deprimida para hablar, la verdad, y llegar a Madrid y darme cuenta de que este tampoco es ya mi hogar me amarga todavía más. No porque vaya a echar de menos la ciudad, que también, sino porque siento que acabo una etapa tras otra y no tengo tiempo de asimilar nada.

—¿Quieres que me quede contigo? —pregunta Tina a mi lado.

Asiento, porque la muy bestia en el fondo sabe lo que necesito y que no quiero quedarme sola. Es probable que lllore hasta altas horas de la madrugada y ella me escuchará, a pesar de su resaca, porque es mi mejor amiga, y las amigas están para disfrutar juntas de las buenas, como los fines de semana en Ibiza, y para joderse en las malas como en este momento.

—Ve tomando ibuprofeno en cantidades ingentes, porque te va a doler la cabeza —le aviso—. Tengo muchas ganas de llorar. Pero muchas, muchas.

—¿Y ginebra tienes?

—Joder Antonia, tienes un problema con el alcohol.

—No, si yo lo decía por ti. Yo no quiero ni agua.

¿Emborracharme para pasar el trago? No, eso no va a funcionar. Lo de cantar coplas borracha se ha terminado.

Bueno, a ver, tanto como terminarse no, pero ya no será parte de mi vida con la misma frecuencia que la regla. Ahora cantaré coplas sobria, que viene a ser todavía peor. Ay, pobre vecina, qué alegría se va a llevar cuando me vaya a la misma mierda, que es una recomendación que me ha hecho a menudo.

Llegamos a casa para la hora de comer porque tenemos que pasar por narices por el piso de Tina para coger una muda limpia y dejar sus maletas. Preparo un par de sándwiches para comer, pero la verdad es que yo ni hambre tengo. Tina se da una ducha, al salir come y cuando ya estamos en el sofá viendo una película de esas malas me mira y suspira.

—Venga Mari, arráncate por bulerías, que sé que tienes ganas.

Y sí, me arranco y lloro como una descosida mientras ella me abraza y se caga en Jake, al tiempo que alaba a Oliver y me jura que volveré a verlo porque no está en el fin del mundo.

—¿Pero está en Los Ángeles! ¿Tú sabes lo lejos que está eso? Joder, si yo ya para irme con mis hermanos voy a tener que pedir un puto adelanto del sueldo de

camarera.

—Vamos a ver Daniela, te estás emperrando en tonterías. ¿Acaso no tiene dinero él? ¿Y no viene a menudo a Ibiza? Solo tiene que cambiar un poco el itinerario para pasar por donde tú estés. Irá a verte, te lo ha prometido.

—Eso son cosas que se dicen en el momento, Antonia, que pareces tonta. Es mentira.

—¿Y por qué va a ser mentira?

—Porque sí. ¿O ya no te acuerdas de todas las promesas de Jake?

—Jake no es Oliver.

—No, Oliver es mucho mejor, y yo... me he tatuado por él. Ay Dios, me he tatuado por él, no lo voy a volver a ver y me voy a tener que tragar esto cada día de mi jodida vida, porque, si hacérmelo me ha dolido, no me quiero ni imaginar lo que dolerá quitárselo.

—No, y que es con láser, que eso te cuesta un ojo de la cara.

—¿Pero tú te escuchas cuando hablas? ¿Qué manera de animar es esa?

—Es que te estás ofuscando de la forma más tonta. El hombre está loco por ti.

—Me conoce desde hace una semana.

—Pero te lleva viendo dos meses. Por Dios, eres su musa. O sea... vamos a Ibiza y Ana se lía con un francés que está de muerte, Blanca se hace un sándwich con dos guiris y tú con el tatuador-buenorro-compositor, Oliver Lendbeck. ¿Y yo? ¿Yo qué? ¡Soy yo quien debería estar llorando, joder!

—Tú no has tenido a nadie porque no has querido, porque bien que Samu...

—De ese ni me hables.

—Pues quítate del medio porque tengo que llamarlo y avisarle de que estoy en casa, sana y salva.

Ella resopla, se repantiga en el sofá y se pone a cambiarme los canales de la tele con fingida indiferencia que de fingida tiene mucho y de indiferencia nada. Yo enciendo el móvil y llamo a mi hermano.

—Hola bicho.

—Ay, vuestros apelativos cariñosos son de lo mejor que hay en el mundo... —Lo oigo reír entre dientes—. Ya estoy en casa.

—¿Todo bien?

—Sí, Tina se vino conmigo para animarme.

Silencio al otro lado. No, si ya sabía yo que...

—Escucha Dani, diga lo que diga esa loca, olvídalo: no es buena idea.

—¿A qué te refieres?

—A que coger una borrachera de las de antología no es buena idea. Ni pasar de todo e irse a la playa. Ni cualquier cosa que a esa loca se le pase por la cabeza para animarte.

—Estamos en el piso viendo una película de antena 3.

—Oh... pues no parece un plan muy de Tina.

—A lo mejor no sabes tanto como te crees, listo.

—Dani...

—¡No! Es que estoy harta de que todos decidáis lo que somos y lo que no. ¿Se supone que debía estar camino de la playa más cercana para qué? Para hacer la niñata, ¿no? No lo soy, joder. No lo somos.

Y sí, arranco a llorar ante la cara de estupefacción de Tina y el silencio de Samuel. Tras unos segundos mi hermano vuelve a hablar.

—Sé que no lo eres —dice con suavidad—. No debí insinuar nada de eso. He sido un capullo.

—Pues sí.

—Es que tengo miedo de que hagas algo de lo que te arrepientas más tarde.

—Me he tatuado Samu, y él tiene el mismo tatuaje, en el mismo sitio, pero cambiado de lado. ¿Te parece poco?

—No, eso desde luego ha sido algo de lo que podrías arrepentirte.

—Lo sé.

—Escucha... ese tío no parecía un completo capullo. Estaba tatuado de arriba abajo, sí, y sus pintas no eran las más decentes, pero me juego el culo a que Jake iba de punta en blanco y mira cómo te dejó. Lo que quiero decir es que no siempre tiene que ser todo malo.

Me limpio los ojos, para nada, porque las lágrimas se empeñan en seguir cayendo.

—Ya bueno... no sé qué decirte. No digo que sea malo, es un sol, pero no es mi sol y cuando se dé cuenta de que yo no soy más que...

—Para ahí. Tú eres increíble, Daniela, él ha sabido verlo y si conforme llegue a Los Ángeles se le olvida pues que se lo follen, y punto.

Me río, pese a mi mal humor y asiento, aunque ya ves la tontería, si él no puede verme.

—Te llamo mañana para contarte qué me dijeron el casero y en la empresa, ¿vale?

—Vale. Si no lo cojo no te preocupes que te devolveré la llamada. Tengo el día completo.

—Vale, un beso.

—Otro para ti, y otro para Tina.

—Mi hermano dice que un beso —le digo a Tina.

—Otro para él, pero de piraña.

Me río y escucho la risita de Samuel.

—La has oído, ¿no?

—Sí hija, como para no —dice suspirando—. En fin... ya está ganando puntos para que cuando volvamos a vernos se lo pase igual que en Ibiza. Si es que no aprende...

Me río y me despido de él, cuelgo y me pongo a mirar los whatsapps que no he abierto desde que llegamos aquí: Ana ya ha llegado, Blanca me aconseja ponerme la falda plisada gris y la camisa blanca para mañana. Ay, *Miss* perfección... Y, en tercer lugar, hay un mensaje de Oliver, uno que no sé si leer porque a lo mejor quiere decirme por escrito todo lo que no me ha dicho en persona, y yo no estoy como para que me dejen con frases del tipo: «Fue bonito mientras duró» por móvil, ¿eh?

Aun así, me armo de valor y lo abro.

Oliver: Una hora y dieciocho minutos sin ti y me quiero morir. Volver a Los Ángeles va a ser un infierno si has conseguido que ya te eche tanto de menos. En cuanto consiga organizarme en el trabajo un poco y pueda arreglarlo, me tienes ahí.

Justo debajo hay una foto suya sin camiseta y enfocada hasta las caderas. Dan ganas de asomarse y mirar abajo. Tiene un inicio de sonrisa y una mirada que me vuelve loca. Está guapo, y sexi a rabiar.

Oliver: No te diría yo que no a una foto en cuanto llegues a casa con los zapatos verdes, ¿eh? Por sugerir algo. O con el corsé, y si te pones creativa y me la mandas con los dos...

Releo el mensaje y lo primero que pienso, en realidad, es que no estoy yo para fotos sexis, la verdad. Más que nada porque tengo los ojos inflados, pero él está pidiendo una de los zapatos, ¿no?

Me levanto y me pongo a rebuscar en la maleta ante la mirada de Tina de «Ya se le ha ido la pinza». Pero no, no se me ha ido. Estoy buscando los Jimmy y cuando por fin doy con ellos me los pongo, me quito el pantalón y me siento en el sofá flexionando las piernas sobre la mesita y haciéndolas parecer más largas de lo que son, la verdad. Tina alza las cejas, pero por el momento no le digo nada. Hago la foto, la adjunto y escribo.

Yo: Más de medio día sin ti. Ya no me quedan lágrimas y la pelvis me pica... Te echo de menos, te necesito y no hago más que pensar si tú estarás igual. Eres el culpable de que Madrid haya dejado de parecerme la mejor ciudad del mundo. Ahora, ningún sitio es el mejor del mundo, excepto ese en el que estés tú. P.d. Estás monísimo en la foto, pero eso ya lo sabías. Ahí va la mía.

Sonrío cuando la envío y veo a Oliver de inmediato en línea. Estoy muy tentada de acariciar la pantalla, pero Tina se habría reído mucho, que la conozco.

Oliver: Por partes, no te puedes poner esos zapatos nada más que conmigo, ¿eh? Son para que yo los disfrute más que tú y, mira, igual ni llegamos a salir cuando te los pongas... No es por dar ideas, pero si no te los quieres quitar cuando yo esté cerca, no me voy a quejar lo más mínimo. Y esa foto de tus preciosas piernas, bien, pase, pero ¡¿y el resto?! Me tienes haciendo pucheros, yo te he enseñado mucho más...

—¿Qué dice para que pongas esa sonrisita? —pregunta Tina.

—¿Eh? Nada, solo busca que le haga una foto donde se vea algo más, pero con esta cara tú me dirás.

—Esa cara es por él, igual si la ve se da por aludido y te jura amor eterno o...

—Déjate de rollos, Tina. No voy a hacer eso. Y fuera de mi sofá.

—Tú flipas.

—Fuera joder, me voy a tumbar y me la hago de cuello para abajo.

—Pero ponte unas bragas decentes por lo menos hija de mi vida, que eres el antimorbo en persona.

La miro entrecerrando los ojos. ¿Debería? ¿Quiero conquistar a Oliver a base de calentarlo para que tenga que venir, aunque sea para echarme un polvo? Hombre, es triste, pero es una idea, ¿no? Suspiro y pienso que ya me ha visto desnuda, así que... De todas formas, aunque él ya haya visto y probado el pastel completo, puedo adornarlo y hacerlo parecer apetecible de nuevo, ¿no?

Estoy loca, lo sé, es definitivo.

—Saca el corsé que me has regalado.

—Ay, me encantan estas cosas.

Me lo pongo delante de Tina, ella ata las cuerdas delanteras, asfixiándome, y cuando estoy lista se aparta para ver mi selfie. Me tumbo en el sofá y alzo el móvil para hacer la foto de forma que salga mi cuerpo extendido y mi pierna derecha flexionada. El corsé tiene tanta curva y encaje en la parte inferior que se ve un piquito del tatuaje. La mando y adjunto el texto.

Yo: Seguro que con esto haces menos pucheros. Es el noventa y cinco por ciento de mí y ni siquiera tu foto supera esto, que lo sepas. Por los zapatos no te preocupes porque si es lo que quieres, me los dejaré puestos todo el tiempo, pero cuando salgamos si vamos a caminar mucho yo me pongo las vans. Tú también puedes andar sin camiseta delante de mí, no me importa...

Oliver: ¿Solo sin camiseta? Pensaba quitarme más cosas, pero como tú mandes, chica hipster.

Sonrío y se lo enseño a Tina, que se encoge de hombros y va a la nevera a por un batido de chocolate, en vista de que la borrachera no es una opción. Podría habérmelo tomado a mal, pero ya estoy acostumbrada a sus cambios de humor. Sonrío y contesto a Oliver.

Yo: Sin nada, mejor. Te echo de menos.

Oliver: No más que yo a ti, nena. Me hace falta todo de ti, pero, sobre todo, necesito morder y besar tu risa. Eso me hace sentir tan jodidamente vivo...

Le vuelvo a enseñar el mensaje a Tina, que resopla y me tira un cojín mientras yo vuelvo al llanto porque, joder, yo soy muy sentida y lloro por todo, pero es que Oliver es muy, muy mono.

—Si es que debería darte vergüenza compararlo con Jake, coño, es para darte una patada en la boca. ¿Quieres leer lo último que me mandó a mí tu hermano? Atenta. —Coge su móvil, pasa el dedo por la pantalla un par de veces y lee—: «El día que dejes de comportarte como una desesperada, a lo mejor encuentras en los bares algo que merezca la pena». Eso es una mierda de mensaje, y una mierda de actitud. Eso sí es para llorar, y no que un tío como Oliver te diga esas cosas. ¡Despierta joder! Que te están comiendo unas dudas que te inventas tú sola.

La voz se le quiebra y da un trago a su batido de chocolate para ocultar el temblor de su labio inferior.

—Tina...

—No quiero hablar.

Asiento, porque sé que cuando se pone así no habla ni aunque la amenaces, y contesto a Oliver.

Yo: Llámame cuando llegues a Los Ángeles, sea la hora que sea, por favor.

Dejo el móvil a un lado y le propongo a Tina ver alguna peli chorra por internet, en vez de esta mierda de melodrama por la tele. Ella sonrío, algo más animada, y acepta el plan. Bueno, algo es algo.

Desde luego, vaya dos patas para un banco...

31. Bienvenidos los cambios si son para bien

Estoy durmiendo, con Tina roncando a mi lado porque la cabrona ronca, diga lo que diga, cuando mi teléfono empieza a vibrar. No me cuesta salir del duermevela en el que estoy sumida porque no he conseguido conciliar bien el sueño, pese a todo lo que he llorado hoy. Lo cojo y salgo corriendo del dormitorio.

—¿Sí?

—Mi vida...

—¡Oli! Pensé que no me llamarías.

Sueno lastimera, niñata y patética, lo reconozco, pero él no dice nada y tampoco parece reírse de mí.

—Acabo de llegar a casa y he estado pensando si llamarte o no porque allí será de madrugada.

—Las dos y pico.

—No quería despertarte, pero necesitaba oírte. Aquí aún ni siquiera es de noche y yo... —Guarda silencio lo que me parece una eternidad—. Dios, nena, te necesito tanto. —Me quedo en silencio. ¿Qué puedo decir? Viceversa es igual y él lo sabe. Oliver suspira y sigue hablando—. ¿Cómo estás?

—Mal, te echo de menos y además mañana tendré que ver a Jake.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que...?

—No.

—No sabes qué iba a preguntarte.

—Sea lo que sea, y en referencia a Jake, no hay posibilidad de nada, ni laboral ni personal.

Oliver ríe entre dientes y a mí me suena a gloria. Me cruzo de piernas en el sofá sin encender las luces, amparándome en la oscuridad.

—Está bien, me alegro. Joder, estoy destrozado del vuelo.

—¿Jet lag? Pobre...

—Me haces falta.

—Tú a mí más, ni siquiera duermo bien.

—Tienes que dormir, no queremos que mañana vayas con tu traje serio y formal y ojeras, ¿verdad?

Me río y me retrepo en el sofá, es tan fácil hablar con él de cualquier cosa...

—Verdad, pero solo dos noches durmiendo a tu lado han bastado para que te eche de menos. Tú no roncas y Tina sí.

—¿Ronca mucho? —pregunta riendo de buena gana.

—No es una exageración, pero sí. Y a veces chasquea la lengua, creo que eso es

porque sueña con Samu. —Reímos—. El caso es que no eres tú.

—Ay, cielo... ¿Si te canto te dormirás?

—Seguro que ayuda.

—Te llamo por Skype.

Acepto, me tumbo en el sofá porque no es plan de subirme a mi cama con Tina y el móvil, que es muy mona pero no deja de estar a una altura considerable y temo que mi querida amiga me dé un empujón al oír a Oliver.

Cuando me llama acepto de inmediato y su cara aparece en mi pantalla. Parece cansado, pero sonrío, y yo siento un pinchazo de nostalgia que procuro ocultar, porque no podemos derivar siempre en lo mismo. Está con su ordenador, o eso creo, porque está sentado en una cama, apoyado contra el cabecero mientras una guitarra descansa en su regazo.

—Ey nena... —Solo su saludo consigue elevarme—. No dejo de pensar en esta canción y en nosotros, escucha.

Y así, sin más, los acordes de lo que después me entero que es la canción «Hey there Delilah» de Plain White T's cobran vida. Oliver acaricia las cuerdas y se concentra en la música que da pie a su voz dulce y suave. No quiero, de verdad no quiero, pero no puedo evitar que las lágrimas pujen por salir de mis ojos, y las oculto, porque no puedo venirme abajo cada vez que sienta el fantasma de las dudas corroerme. Cierro los ojos y me concentro en él, solo en él, y en sentirme a su lado. Quiero estar en esa cama, que me cante y después me haga el amor, pero como no es un deseo que vaya a cumplirse de inmediato, me conformo con imaginarlo y permitirme sonreír pensando que un día ese sueño se cumplirá.

La canción acaba y Oliver sigue tocando la guitarra, deja de cantar, pero los acordes continúan saliendo hasta que me entrego a los brazos de Morfeo. Cuando me despierto veo que la llamada ha durado casi diez minutos más, y tengo un whatsapp de poco tiempo después de que cortara.

Oliver: Descansa chica hipster, estoy contigo, y te llevo conmigo.

Suspiro, lo releo unas cien veces y me meto en la ducha con una sonrisa, pese a que Tina esté de un humor insoportable esta mañana.

Finiquitar el tema de mi desempleo es más o menos fácil porque en los días que yo no he estado y Jake sí, se ha encargado de dejarlo todo atado y bien atado para que solo tenga que firmar un par de cosas, recoger el finiquito y salir para siempre de Perfect Wedding.

Podría haber ido a trabajar los quince días que dicta la ley y, de hecho, es lo que yo pretendía, pero la secretaria de Jake me informa de que no es necesario y esos días se descontarán de mis vacaciones pendientes. Que Jake tenga tantas ganas de deshacerse de mí me gusta, porque no tengo el mínimo interés en volver a verlo.

Al final, no son ni las doce cuando ya voy de vuelta a casa. Le pongo un whatsapp a Oliver para avisarle de que todo está arreglado, aunque él estará

durmiendo, y después de desayunar una cantidad ingente de cereales rellenos de chocolate blanco del Mercadona, me armo de valor y llamo a mi casero para contarle lo que ocurre. Este me recomienda terminar el mes si no quiero perder la fianza, el capullo, así que al final accedo porque total, apenas son dos semanas y el tiempo me irá bien para ir mandando cosas a casa con calma.

Llamo a mis hermanos, que me informan de que están preparando la tercera habitación de la casa de Samuel para mí. Flipo un poco, la verdad, porque pensé que estaría en un bungalow del camping, o en casa de mis padres. Al final, haciendo conjeturas llego a la conclusión de que es probable que piensen que así me controlan mejor. ¿Y cómo puedo culparlos? No he sido un ejemplo de lógica y buenas decisiones en los últimos tiempos...

Cuelgo la llamada después de concretar los detalles de mi vuelta y no he acabado de poner el móvil en la mesa cuando suena de nuevo, con una llamada entrante de Tina, esta vez. Descuelgo y cierro los ojos ante su griterío.

—¡No te vas a creer lo que me ha pasado! Joder, es que estas cosas solo me pasan a mí. ¡Me cago en mi puta suerte!

—¿Qué pasa?

—¿Adivina quién sigue a Oliver en Instagram?

—¿Quién? —pregunto frunciendo el ceño.

—El hijo del cabrón del director del colegio. ¿Y adivina qué foto subió Oliver ayer antes de irse a Los Ángeles?

—Pues no lo sé.

—Una en la que estáis los dos abrazados y yo haciendo el tonto por detrás. El título de la foto es, y cito textualmente: «Amor y payasos gratis, ¿quién necesita más?».

Me echo a reír y deseo no estar hablando para poder mirar mi Instagram y ver esa foto.

—Ay joder...

—¡No te rías! No tiene ni puta gracia. Ya no hablo del título, que tampoco, hablo de que estoy en el paro porque claro, se supone que yo estaba muriéndome del dolor de migrañas.

—No jodas.

—¡No! ¡A ti no! Soy yo la que se jode. Voy a matar a tu novio.

—Relájate un poquito. Primero porque no es mi novio y segundo porque... bueno, él no sabía que tú habías inventado semejante excusa para largarte a Ibiza. ¿No le dijiste a tu jefe que fue algo de fin de semana?

—Le dije que lo que yo haga en fin de semana no es cosa suya, pero claro, después de que el viernes faltara con aquella excusa, y lo sumara a todas las faltas que

ya tenía en el expediente, tú me dirás... Total, que voy a tu casa porque creo que necesito un trago.

—Son las doce y media de un lunes.

—Sí, y acabo de quedarme en paro. Merezco un puto trago.

Corta la llamada y yo resoplo, joder, porque esto es lo que me faltaba para rematar la racha. Eso sí, entro a Instagram y cuando veo la foto que Oliver ha subido me río, porque Tina está haciendo el tonto de una forma muy descarada: saca la lengua, se pone bizca e intenta meterse entre nosotros, que sonreímos a la cámara ajenos a ella. La foto ha alcanzado miles de «Me gusta» y muchos felicitan a Oli por tener una novia tan guapa. Y esa soy yo, ¿no? Por más que diga que no soy su novia, todo esto hace deducir que sí. En la distancia eterna, pero bueno, lo soy, aunque de viva voz no vaya a reconocerlo.

Empiezo a pensar en lo de Tina y en el marrón que se le presenta ahora, porque paga un pastón por su piso y, si no tiene trabajo, la vida se le complica mucho, mucho. Es entonces cuando se me ocurre la idea del siglo. En cuanto llega y abro la puerta lo suelto a bocajarro y sin pensar.

—Vente al camping conmigo.

Ella me mira con la boca abierta, luego la cierra, se pasa los labios por su sensual boca y exhala una carcajada incrédula.

—¿Por qué cojones has empezado a beber sin mí? Muy mal.

Entra en casa y tira el bolso sobre el sofá.

—Hablo en serio Tina, vente conmigo. Escucha, sé que no es lo tuyo, pero podrías trabajar de camarera conmigo. Estoy segura de que a Fran no le importaría contratarte porque, de todas formas, en temporada alta necesita más gente.

—Soy profesora, no camarera.

—Escucha, escúchame. —Capto su atención un momento y expongo mi idea de manera sencilla, porque yo lo veo muy fácil—. Prueba al menos el verano. Tendrías un trabajo que no es de lo tuyo, vale, pero, ¿tú sabes la de guiris a los que servirías? Te hablo de guiris buenorros, nena, y de un verano increíble de sexo y amor en el sur de este, nuestro país. —La idea empieza a calarle, porque me mira recelosa y pensándolo—. Vivirías conmigo en el cuarto que tienen Fran y Samuel preparado para mí, a ellos no les importará mientras paguemos nuestra parte de los gastos que, siendo dos, serán mínimos. Joder, Tina, es una oportunidad para ganar dinero y no gastar demasiado. ¡Es perfecto!

—¿Y Samuel querrá tenerme en su casa?

—¿Estás de coña? ¡Pues claro que sí! A él mientras paguemos se la suda. Además, así podrás hacerle la vida un poquito imposible.

—Y él a mí.

—Sí, pero ya sabes manejarlo, ¿o es que tienes miedo?

—¿Miedo yo? No seas ridícula.

—Antonia, escucha. No tienes dinero, tienes que dejar tu piso porque es carísimo y los gastos van a comerte y estás en paro. Tus opciones son muy pocas, y, además, así yo no tendría que echarte tanto de menos. Di que sí, por favor, por favor, por favor.

Pongo cara de gatito de Shreck, pero ella se lo piensa un rato. Tanto que incluso le da tiempo a beberse un chupito de batido de chocolate, porque me niego a permitir que tome alcohol a estas horas. Al final sonrío y asiente.

—Vale. Me voy contigo —Yo doy un grito de alegría y ella alza una mano en señal de «Stop»—. Pero con dos condiciones.

—Dime.

—La primera es que en principio solo voy para el verano, aunque deje mi piso aquí y todo. Terminado ese tiempo ya veré qué hago con mi vida.

—Hecho. ¿La segunda?

—Que sea sorpresa. No le digas a Samuel que voy. —Intento protestar y ella me corta—. Fran podrá saberlo para que esté de acuerdo con que viva en la que también es su casa, pero quiero que para Samuel sea sorpresa. Me lo voy a cargar del disgusto.

Asiento, pero yo no creo ni por asomo que Samu se lleve un disgusto. De hecho, quizá es el empujón que mi hermano necesita para decidir jugársela con ella y lanzarse de una vez.

Le pregunto a Tina por los motivos reales de su despido y, después de mucho insistir, me cuenta que ya tenía varios avisos con respecto a su actitud en el trabajo, y pillarla en una mentira que a priori no parece tan importante ha sido la gota que ha colmado el vaso. Lo siento por ella, pero poco, porque estoy feliz de tenerla a mi lado. Adaptarme así al nuevo cambio radical de vida será mucho más fácil.

El resto de la semana lo paso empaquetando cosas y llamando a varias empresas de mudanza para ver cuál nos sale más a cuenta, porque tenemos que bajar lo de Tina también y claro, todo nos sale en un pastón indecente.

El sábado mi humor es de perros... Oliver y yo hemos hablado a diario por mensajes y teléfono, pero mi estado anímico va hundiéndose poco a poco. Por lo general me llama por las noches, antes de que yo me duerma, charlamos largo y tendido y al final me canta alguna canción. Me he hecho adicta a su voz, y él parece encantado de complacerme.

Me habla de cómo va su trabajo, me cuenta curiosidades y me hace reír a menudo. La verdad es que en algún momento las conversaciones han tornado a picantonas, pero por uno u otro, ninguno da el paso de lanzarse a esto del sexo cibernético. Creo que los dos estamos cortados o pensamos que al otro podría molestarle la sugerencia; yo por lo menos creo eso, la verdad, y recordarlo empujando dentro de mí no ayuda nada a mitigar mis ganas de consolarme con él, aunque sea en

la distancia.

Hay algo, sin embargo, que está empezando a carcomerme.... Algo o alguien, más bien. El nombre de Valery aparece en mi mente de vez en cuando, como si de un *flash* se tratara. Es un fogonazo, y aunque intento borrar el pensamiento de inmediato, no puedo evitar que la ansiedad me atrape unos segundos. La única vez que intenté sacarle el tema por teléfono a Oliver lo zanjó con un: «Olvídalo nena, solo estás tú». Y quiero olvidarlo, de verdad, porque estas paranoias no me llevan a nada bueno, pero he tenido dos años de relación viciosa con Jake para volverme un poco loca y desconfiar de todo, aun cuando no quiero. Con todo, logro controlarme mucho mejor de lo que cabría esperar de mí y no vuelvo a sacar el tema.

Una semana después, el uno de junio, aterrizamos en el sur. Salir por la puerta del aeropuerto después de recoger el equipaje, abrazarme a mis hermanos y ver la cara de pasmado que se le queda a Samuel con la presencia de Tina no tiene precio, y menos cuando para rematar, yo suelto que ella viene para quedarse. Ahí la verdad es que a Samu no le da un soponcio porque, siendo psicólogo, habrá recurrido a algún truquito de estos de relajación, porque los ojos se le van a salir de las órbitas mientras mi amiga sonrío pletórica tras sus enormes gafas de sol.

32. Adaptación y descubrimientos

El camino a casa es silencioso, la verdad. Samuel se ha quedado cortado con la presencia de Tina, ella lo ha disfrutado una barbaridad y además está el hecho de que Fran y yo vayamos soltando risitas, dejando en evidencia que él sí lo sabía y cabreando más a nuestro hermano.

Paramos en la gasolinera para repostar y cuando Tina va al baño, Samuel aprovecha y estalla. Se veía venir.

—¿Por qué cojones os habéis callado que ella venía?

—Cálmate —digo, muy firme—. Y además te aconsejo relajarte porque no está pasándolo bien.

—Es Tina —contesta bufando.

—Está jodida, Samu. Será muchas cosas, pero la han echado del curro y no está bien.

—La han echado por su culpa, por irresponsable y niñaata, joder, que ya tiene una edad.

—Por lo que sea, ¿vale? Ella admite su culpa, pero tampoco voy a machacarla de más, Samuel.

—Así despierta.

—Pero chiquillo no te pongas así —interviene Fran con su relajación natural—. Estás siendo muy duro con la muchacha, hombre, que todo el mundo tiene derecho a equivocarse, digo yo.

Samuel se queda mirándonos muy serio un momento, seguramente pensando en la vil traición que ha sufrido a nuestras manos, porque en mi casa todos somos muy dramáticos. Al final resopla y se masajea la sien.

—No voy a permitirle hacer la vaga en casa. Si vamos a vivir los cuatro juntos, todos tendremos la misma responsabilidad y pobres de vosotros dos como la defendáis.

—Bueno, la defenderé cuando tenga razón, porque tú algunas veces no la tienes, te pongas como te pongas —digo.

—Joder, ya estoy arrepentido de esto y ni siquiera hemos llegado.

—Cálmate hombre —dice Fran—. Ya verás tú como Tina se comporta, que yo la veo con ganas de aprender. De hecho, ya he hablado yo con ella y a mí me ha prometido trabajar duro en el restaurante.

—¿Y la crees? —pregunta Samu con un tono escéptico que no me gusta nada.

—Sí, la creo porque me lo ha prometido y Tina será muchas cosas, pero la conocemos desde hace ya años y nunca ha faltado una promesa.

—Porque no las ha hecho.

—Exacto —contesta Fran, ya exasperado—. Por eso lo valoro más.

Sonríó triunfal y miro a mi hermano Samuel con los brazos en jarra.

—En eso tienes que reconocer que Fran tiene razón.

—Está bien, es verdad, pero en cuanto llegemos haremos un plan de trabajo que nos implique a los cuatro en las tareas de la casa. Si no lo cumplís, os vais a una tienda de campaña del camping, porque los bungalós están cogidos para la temporada alta y a papá y a mamá no vais a molestarlos en su casa.

Fran y yo asentimos sonriendo y, cuando Tina llega, se encuentra con los ánimos mucho más calmados, y con un Samu que, si bien no sonríe, por lo menos habla.

A ver, yo entiendo que para mi hermano todo esto es una putada, más que nada porque le he metido en su casa a su mayor tentación. Pero es que esos dos están hechos el uno para el otro y no les da la gana verlo. Eso tampoco es justo.

Además, cuando llegamos a casa mi hermano se tensa tanto que pienso por un momento que al mínimo toque va a partirse en dos, y me lleva un tiempo comprender que está predispuesto al rechazo hacia la casa por parte de Tina. Teniendo en cuenta la hipoteca que tiene y que es su visión de futuro lo entiendo, porque Fran sabe que no acabará aquí, de momento vive con él, pero en algún momento se irá a otra parte. Para Samu, sin embargo, es distinto; para él es el hogar que ha elegido y el que pagará de por vida, así que entiendo que tenga miedo a que Tina, con su particular forma de decir las cosas, lo desprecie.

También es verdad que yo dudo mucho que mi amiga haga un comentario fuera de lugar teniendo en cuenta que, joder, es muy fresca, pero no una inconsciente total.

Paseamos y miramos el gran salón con sofá de esquinera y la tele de plasma, además del sillón lateral; la cocina, reformada entera y con un aire entre moderno y clásico que a mí me parece increíble, y el baño de la planta baja con plato de ducha, inodoro y lavabo. En la planta superior está el dormitorio principal, o sea, el de Samuel, con su baño adjunto y vestidor; el segundo lo ocupa Fran, y también es bastante amplio. Hay un baño independiente para toda la planta, y el tercer dormitorio, que es el que ocuparemos, tiene una cama de matrimonio pequeña, un armario de tres puertas y un escritorio.

—Como no sabía que veníais las dos pensé que con esto estaba bien, pero puedo cambiar la cama por dos pequeñas o...

—A mí no me importa —dice Tina interrumpiendo a Samu—. No será la primera vez que durmamos juntas, así que por mí no te molestes.

Es lo primero que dice de la casa y yo, que la conozco bien, sé que le ha encantado, porque, además, aunque es cierto que le falta un toque femenino, es muy de su propio estilo. Ay, si es que son perfectos el uno para el otro, y no sabes la rabia que me da que no lo vean.

—¿A ti no te importa? —pregunta Samuel mirándome—. Porque no es molestia, puedo hablar con papá y mamá, traerme dos camas pequeñas del camping y...

—No te molestes, nosotras con la cama de matrimonio nos apañamos muy bien y con dos camitas pequeñas tendría que sacar el escritorio.

—Sí, eso sí.

—Prefiero el escritorio para el ordenador.

—Pues sí —dice Tina—, porque yo también soy de usar mucho el portátil.

—No se hable más. —Fran da una palmada, porque le encanta dar palmadas—. Soltad las maletas y bajad al jardín, que voy a preparar algo fresquito mientras hablamos de los horarios de trabajo y demás.

—¿Cuándo empezamos? —pregunto.

—Esta tarde, pero ahora os cuento.

Cuando los dos salen del dormitorio Tina me mira y sonrío de oreja a oreja sentándose en la cama y mirando por la ventana.

—Me gusta esta casa, es súper espaciosa.

—Lo es. Estaremos bien aquí.

Ella asiente, observa un poco más el dormitorio y bajamos sin dejar de prestar atención a cada mueble y detalle de la vivienda. Salimos al jardín trasero y nos sentamos en una de las sillas que hay alrededor de una mesa de plástico, bajo un techado de cañizo y plantas que dan frescor al lugar, y observamos la piscina prefabricada.

—¡Guau! —Tina sonrío y la señala con la cabeza—. Piscina privada, cómo mola.

—¿Te gusta? —pregunta Samuel con una pequeña sonrisa.

Y no, no puede ser antipático porque eso se le ha salido del alma y él, por lo general, habla después de pensar bien lo que tiene que decir cuando se trata de Tina.

—¡Como para no! La casa entera mola, pero lo de la pisci es una gozada. ¿Podemos usarla con libertad o tenemos horarios?

—Nada de horarios, aquí los cuatro pagamos y los cuatro tenemos el mismo derecho.

—Y las mismas obligaciones, supongo —contesta ella.

—Exacto. De hecho, estábamos echándole un vistazo a la pizarra de tareas.

Nos servimos un poco de la limonada natural que Fran ha preparado y al cabo de media hora hemos entendido que las tareas rotan semanalmente y están bastante bien equilibradas y repartidas. Esta semana a mí me toca sacar la basura y los platos sucios, y a Tina la lavandería general de la casa.

—Podríamos lavar cada uno lo nuestro —explica Samuel—. Pero nos dimos cuenta de que era una tontería porque teníamos que esperar mucho para tener una carga oscura o blanca. Es más fácil si la juntamos.

—Sin problemas —contesta Tina con una gran sonrisa, y es una sonrisa sincera,

lo que descoloca a Samuel, que el pobre va de sorpresa en sorpresa.

Ay, no quiero ni pensarlo vaya que se tuerza la cosa, pero es como si Antonia hubiera decidido no esforzarse tanto por ser una repelente, y yo me alegro como no imaginas, porque tiene una muralla levantada que yo de verdad creo que es casi imposible derribar. Sin embargo, aquí está, aceptando de buena gana el hecho de tener que lavar los calzoncillos de Samuel y Fran. Bueno, sin contar con que sabe que tanto uno como otro lavarán y verán su ropa interior cuando les toque, y aun así nada. Ni palabrotas, ni salidas de tono, ni quejas. De hecho, parece... relajada. Tengo que fijarme más en qué es lo que condiciona este cambio de actitud.

Los turnos en el restaurante no están mal. Una semana de mañana, una de tarde y un día libre por cada siete trabajados; comprensible teniendo en cuenta que entramos en temporada alta. Además, el sueldo es bueno y por horas así que estamos conformes. Encima de todo Fran nos pone juntas en los turnos y eso sí que me sorprende porque pensaba que nos separaría por eso de que no nos entretengamos, pero al final nos deja claro que ese también será su turno y prefiere tenernos vigiladas de primera mano.

¿Y quién puede culparlo? Yo he renunciado a un trabajo en el que estaba liada con mi jefe, y a Tina la han echado por inventarse enfermedades y ser una inmadura así, en general. Es que, visto desde su perspectiva, lo que no entiendo es por qué nos da trabajo.

Ah, claro, sí, porque es mi hermano, el camping es de mis padres, y la familia tira. Y porque Fran es buena persona, en serio, es como un peluche dispuesto a ayudar siempre, aunque una se equivoque un millón de veces, y el Señor sabe que Tina y yo nos hemos equivocado muchas, muchas veces.

—Y si tengo dudas o me aturullo...

—¿Aturullarte tú, Antonia? —pregunta Samuel, con una sonrisita irónica.

Tuerzo un poco el gesto, pensando que mucho ha durado la tregua, pero para mi sorpresa, Tina se ruboriza. ¡Se ruboriza! ¿Qué cojones le pasa? Cuando habla, además, no hay rastro de su bordería habitual cada vez que contesta a Samuel.

—No he trabajado como camarera nunca y bueno... puedo aturullarme porque no tengo ni idea —dice mirando a Fran—. ¿Qué hago en ese caso?

—No ponerte nerviosa. Mira, si te lías pues le pides ayuda a algún compañero o vienes y me lo dices. Yo estaré en la barra o en la cocina y te ayudaré.

Mi amiga asiente, pero la veo tan insegura que empiezo a sentirme mal. Joder, yo he pasado los días pensando en mi pena por no poder estar cerca de Oliver y no se me ha ocurrido pensar que ella estará muy perdida con todos estos cambios. Perdida e insegura, y te prometo que ver a Tina así impresiona y asusta mucho. Tanto, que Samuel acaba por servirle de nuevo limonada y sonreírle de verdad y con amabilidad.

—Mira, yo estaré esta tarde allí desde que entréis hasta que salgáis. Entiendo cómo va el tema de las mesas y demás, y si veo que os olvidáis de algún cliente o

cualquier cosa os avisaré. ¿De acuerdo?

—Eso sería genial. —Sonrío agradecida—. Además, Antonia, nosotras con nuestra labia no vamos a tener problemas. Vamos a enamorar a los guiris.

Ella ríe y bebe de su vaso asintiendo y cogiendo aire después, supongo que intentando convencerse y calmarse a sí misma.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo —digo—. Y ahora vamos a dejar la limonada y tomarnos una cerveza como Dios manda antes de ir a ver al resto de la familia, que con este calor es lo que pega.

—No —contesta muy seria.

Yo frunzo el ceño y miro a Fran y Samuel, que también se quedan algo cortados con su rotundidad.

—¿No quieres una caña? —pregunta Fran.

—No quiero beber alcohol. Yo... he bebido mucho alcohol de un tiempo a esta parte —Me mira y veo la culpabilidad en sus ojos—. Mucho. Casi a diario y no... No creo que deba beber más por ahora. Ni nunca, en realidad.

—Tina, tú no eres una alcohólica —dice Samuel con suavidad.

Ella carraspea y se emociona de repente. Se encoge de hombros mirando a su limonada, concentrándose en el vaso y pensando sus siguientes palabras.

—Quizá no, pero deseo el alcohol cada vez que me agobio, y desde hace un tiempo me agobio mucho. Voy camino de serlo, no soy tonta. No quiero beber más. No puedo beber más. —Mira a Fran y veo la inquietud en sus ojos—. Te juro que no daré ni un problema por esto. Sé que ahora fliparás porque voy a estar rodeada de alcohol, pero te prometo que voy a cumplir.

—Tina... —Quiero pararla, pero ella niega con la cabeza y me mira con sus impresionantes y dulces ojos.

—A veces bebía antes de trabajar, Dani. No estoy bien, no lo he estado en mucho tiempo y no soy una enferma, igual todavía no, pero soy lo bastante inteligente como para saber que estoy muy cerca de serlo y... —Traga saliva y se mira las manos—. Bueno, he creído necesario informaros de mi propósito de no tomar ni una sola gota más.

Su declaración es como un jarro de agua fría para todos. Conozco a Tina, y sé que cuando dice que a veces bebía antes de trabajar, lo que quiere decir es que muchas veces lo ha hecho, y eso sí que es algo que no he visto venir. Su despido cada vez tiene más lógica, y si antes me sentí mal, en este momento creo que soy la amiga más pésima y asquerosa del mundo por no haberme dado cuenta. Joder, no es justo que ella sola haya tenido que despertar, darse cuenta de su exceso y cortarlo de raíz.

La mano de Samuel pasa por encima de la mesa y se posa sobre la de ella. Agarra sus dedos y los despega uno a uno del vaso.

—Voy a ayudarte —susurra mirándola con ternura—. Soy psicólogo, puedo hacerlo Tina. Déjame hacerlo.

—No quiero que te rías de mí, o me llames borracha y pienses que soy una alcohólica solo porque necesito beber tan a menudo. Aunque sea verdad.

—Yo jamás me reiría de ti por eso. Te ayudaré, y pronto te reirás de todo esto.

La mano de Fran también se suma a las suyas.

—Ya somos tres.

—Cuatro —digo, uniendo mi mano a las de ellos—. No estás sola, cielo.

Tina sonrío y aprieta nuestras manos antes de disculparse e ir al baño. Sé de sobra que intenta recuperar el control sobre sí misma y sus emociones, porque una cosa no quita la otra y mi amiga todavía tiene la dureza de carácter que le impide venirse abajo frente a los demás. Miro a mis hermanos y espero, a ver quién es el primero en hablar.

—No es alcohólica —dice Samuel, como si estuviera desafiándonos.

—Si admite haber bebido en horas de trabajo antes... —intento explicar.

—No es una jodida alcohólica —repite él—. Trabajo con ellos, sé el patrón que siguen y no lo es. Está asustada y al borde, y sí, puede que esté cerca pero no lo es, y no lo será. Yo me encargo de eso.

—Samu, no la agobies —dice Fran.

—¿Qué quieres decir?

—Que te conozco, joder, y tú eres capaz de sugerirle reuniones de alcohólicos anónimos o algo de eso.

—No, eso no —digo, nerviosa—. Puede que tenga un problema, pero podemos intentar ayudarla sin hacer que se sienta una enferma.

—No iba a sugerirle algo así, eso solo serviría para ponerla nerviosa. Además, joder, os digo que no es alcohólica, o al menos no está en una fase profunda. Si no quiere beber más me parece bien, no creáis, porque ha reaccionado a tiempo y me alegre, pero no lo es.

Fran asiente de inmediato, se rasca la barba y bebe de su vaso.

—Desde luego hay que tener mucha valentía para decir algo así y querer trabajar en un restaurante. —Me mira ceñudo—. Lo mismo no es tan buena idea.

—No me jodas, Fran.

—No, no, o sea, te pido tu opinión, porque yo creo que puede con ello, pero a saber.

—Podrá, eso no es de discusión.

—Opino igual —dice Samu—. Solo tendréis que estar más pendientes de ella.

—Ea, pues sanseacabó el tema ya, que estará al llegar. —Fran mira su reloj—.

Mejor te metes dentro y te pones algo cómodo y zapatillas de deporte, es un consejo. Ya os daré las camisetas de uniforme esta semana. Y dile a Tina que haga lo mismo antes de irnos y así os explico con calma el funcionamiento de todo. Tú ya has trabajado antes de camarera, pero no va mal que te refresque las normas y forma de trabajar que tenemos ahora.

Estoy de acuerdo, así que entro y pego con los nudillos en la puerta del baño. Tina sale un momento después y aunque tiene los ojos rojos no le digo nada, porque sé que sería peor.

—Fran dice que deberíamos ponernos ropa cómoda y las deportivas para nuestro primer día. Iremos ahora al camping a ver al resto de mi familia, y después al restaurante.

—Ah perfecto. ¿Vaqueros y camiseta?

—Sí, aunque espero que el uniforme incluya pantalón corto o *short*, porque en la playa...

—¿Y no dará mala imagen?

—Es el restaurante de un camping —contesto riéndome—. Mi hermano ha mantenido en firme eso de chiringuito de los de toda la vida. Nada pijo y, sin embargo, la gente se da tortas por coger sitio. Hasta van desde el pueblo para comer.

—Genial. Vamos a arreglarnos entonces.

—Vale. —Me quedo un momento parada y cuando la veo empezar a moverse la detengo—. Tina.

—¿Sí?

Miro sus ojos azules, los hoyuelos que se le marcan en las mejillas a la mínima expresión, y hago una mueca para no echarme a llorar como una niña pequeña.

—Nada, que te quiero, y que me alegro mucho de que estés aquí.

Ella se queda un poco parada, se emociona y carraspea antes de reír, intentando disimular, así que me preparo para alguna de sus burradas.

—Eso está bien, porque es probable que seas una de las personas que más quiero en el mundo, así que... —Hace otra mueca y se abalanza sobre mí, abrazándome con fuerza—. Gracias por no dejarme nunca.

—Pero, ¿qué dices? Ni siquiera me di cuenta de que...

—Da igual, da igual, nunca me dejas, Dani. Te quiero.

Bufo, la aprieto más contra mi cuerpo, intentando decir algo coherente y al final agradezco los gritos de Fran dándonos prisa, porque ya está todo dicho. Yo no voy a dejarla caer más, y ella no irá a ninguna parte, al menos hasta que se sienta recuperada del todo.

Nos vestimos y me pongo las vans pintadas a mano, regalo de Oliver. Vuelvo a acordarme de él y miro el móvil, aunque sé que aún no estará despierto. Joder, qué

largos son los días desde que no está...

Llegamos al camping, recibimos achuchones y besos de mis padres y el resto de mis hermanos y nos escapamos antes de que empiecen a regañar a Tina por conseguir que la echen, porque le tienen cariño y la tratan como a una más, lo que significa que pueden reñirle como si fuera una niña, igual que a mí. Tampoco quiero que me recuerden lo estúpida que he sido con Jake, así que vamos al restaurante y nos empapamos lo máximo posible del método de trabajo. A las dos de la tarde ya lo tenemos todo controlado. Bueno, más o menos; quiero decir que ya no nos parece una locura todo esto, pero entonces empieza a llegar gente, y más gente, y más gente, y claro... nos agobiamos un pelín.

Además de todo, el resto de mis hermanos se presentan así, porque sí, a dar por culo vamos, porque tú me dirás qué pueden querer esos.

—¿Qué vais a querer? —pregunto de mala gana.

—Uy. —Martín chasquea la lengua—. No reina, ¿eh? Un respeto que somos clientes.

—Habéis venido a reiros, ¿a que sí?

—Pues sí —admite Lorenzo mientras Diego y Martín disfrutan de lo lindo.

—Pues a la mierda que os podéis ir, majos.

—No te enfades —dice Martín, que saca el móvil de su bolsillo y me apunta con él—. Sonríe.

—Ni de coña.

—Venga mujer. ¿Quieres que Oliver te vea de malas?

—¿Y tú por qué vas a mandarle nada?

—¿Por qué no?

Entrecierro los ojos justo cuando Tina aparece a mi lado, y voy a decir algo sarcástico y que planche a mi mellizo, pero entonces llega Samuel y se sienta también junto al resto.

—¿Te quedas a comer con nosotros? —le pregunta Diego.

—Sí, van a servirnos estas dos preciosidades y no quiero perdérmelo. ¿Se puede pedir más para empezar el mes de junio?

Sonríe y miro a Tina, que se limita a hacer una mueca con la boca, porque preferiría con mucho estar sentada con ellos que servir. Lo sé porque yo estoy pensando en eso, pero bueno, es lo que hay. Nos vamos a pasar el verano trabajando mientras otros disfrutan. Eso por joder la marrana.

Mis hermanos no solo no se van, sino que al rato aparecen mis padres para tomar algo también. Para cuando dan las doce de la noche hemos trabajado hasta reventar, no te exagero. Estoy muerta, los pies me arden y la cabeza va a estallarme. Tina no está mucho mejor que yo, porque además los guiris no han parado de intentar

invitarla a copas y aunque ella las ha rechazado todas, incluidos los chupitos, supongo que a nivel psicológico está agotada.

Diego y Lorenzo se van, porque quieren descansar y al final se ha hecho tarde. Mis padres no tardan mucho más y después de que los despedamos, Samuel propone que nos marchemos a casa. Avisamos a Fran, que nos dice que él se queda un rato más, porque mi hermano la casa no la pisa más que para dormir, y no porque sea un adicto al trabajo, sino porque es feliz en él. En serio, él disfruta lo que no te imaginas sirviendo copas en la barra, cocinando dentro o charlando con los clientes acerca de lo buenísimos que están sus platos, así que no nos extraña que aún no tenga ganas de volver.

—Creo que me duelen todos los jodidos huesos del cuerpo —mascullo.

—Y los músculos —añade Tina.

—Ahora deberíais daros un baño cada una para destensar y a la cama. Mañana podréis levantaros tarde porque hasta las cuatro no entráis —dice Samu.

Ninguna contesta, pero a las dos nos parece una idea maravillosa. Cuando llegamos dejo que Tina se duche primero porque yo sé que en cuanto lo haga caeré redonda en la cama y quiero hablar con Oliver antes, teniendo en cuenta que me ha llamado un par de veces. Marco su número y me lo coge al segundo tono.

—¿Cómo está mi chica? Además de preciosa, según he visto en una foto que me ha llegado.

Sonrío y me siento en la cama sin querer tumbarme porque podría dormirme, en serio, a pesar del pestazo a comida de mi ropa.

—Estoy muerta. —Bostezo y él ríe entre dientes—. Esto es agotador.

—¿Más que organizar bodas?

—De otra forma, pero sí. Los pies también duelen aquí y eso que me pasé el día con las vans que me regalaste. Y joder, tengo la espalda hecha un asco.

—Pobre... me encantaría darte un masaje.

—Mmmm y a mí me encantaría que me lo dieras. ¿Qué tal va tu día?

—He tenido un rato para componer y después he venido al estudio, y aquí sigo.

—Es tarde. —Bostezo de nuevo—. ¿Por qué no vas a casa?

—Aquí no es tan tarde. Además, me gusta estar aquí y pensar en ti mientras dibujo.

—¿Te gusta más pintar o componer?

—Me gustas más tú.

Pongo los ojos en blanco, aunque él no puede verme, y cuando lo recuerdo le pido que hablemos en videollamada, así que colgamos y volvemos a conectar por Skype. Sonrío en cuanto lo veo y él hace lo mismo.

—Estás guapo —digo sonriendo—. Estás muy guapo.

—Tú también estás preciosa, pero se te ve cansada.

—Estoy esperando que Tina salga de la ducha para entrar yo y dormir.

—Ojalá pudiera estar en la ducha contigo —susurra con una pequeña sonrisa—.

Todavía recuerdo la última...

Me muerdo el labio y pienso en nuestras horas juntos. Me da la sensación de que ha pasado un siglo desde que no lo veo.

—Te echo de menos —murmuro.

Oliver se pone serio y se rasca la barba con brío.

—No más que yo a ti, pero ya queda menos para vernos.

—¿Cuánto?

—Menos nena, confía en mí. Iré en cuanto pueda.

—De acuerdo... —Tina entra en el dormitorio y yo cojo el pijama y salgo de él—.

Oye, voy a darme la ducha y...

—Tranquila, amor, dátela con calma y descansa, ¿de acuerdo? Estaré pensando en ti.

—Oli... ¿Me cantas para dormir?

—Claro. —Vuelvo a ver su sonrisa—. Llámame cuando estés lista.

Así lo hago, me doy la ducha, me pongo el pijama y me meto en la cama con los auriculares, aunque Tina ya incluso ronca. Lo vuelvo a llamar y él lo coge de inmediato.

—Ya estoy —susurro.

—Cierra los ojos, he acabado tu canción.

—¿Sí?

—Sí, y la he acabado lo más rápido que he podido solo para cantártela cada vez que la necesites; para llevarte a un mundo paralelo en el que solo estemos tú y yo. Uno en el que no exista la distancia entre nosotros, nena... Deja que te lleve hasta allí.

No contesto, el nudo de la garganta no me deja, y deseo más que nunca tenerlo aquí, sobre todo cuando escucho su preciosa voz prometiéndome soles, lunas, estrellas, mares y tierras. Todo un mundo de fantasía solo para nosotros.

Cierro los ojos imaginando que el cuerpo que descansa a mi lado es el de un hombre lleno de tatuajes y despeinado; uno que viste pantalones apretados y rotos, chaquetas de cuero y zapatillas de palmeras pintadas a mano; uno que parece un macarra, pero compone dulces nanas para que su chica pueda dormir cada noche con el sonido de su voz de fondo...

33. ¿Amigos?

Samuel

Me siento en el sofá mientras escucho el agua de la ducha correr y miro sin ver la televisión. ¿Cómo voy a concentrarme en nada si todavía pienso en la completa locura que ha sido el día de hoy?

Primero he tenido que lidiar con la náuseas que me invadieron cuando vi a Tina en el aeropuerto, no porque ella me diera asco, no, pero si estaba aquí significaba que iba a ver mi casa, mi entorno, mi vida... ¡Y no la quería aquí! Una cosa era tenerla en visitas esporádicas y cortas cuando bajaba con Daniela; ella no conocía ni siquiera mi casa, se limitaba a tratar con mi familia y ocupar una habitación de la casa de mis padres, y así yo podía mantener cierta distancia a pesar de tenerla rondando por el camping. ¿Pero cómo iba a hacer eso con ella metida en mi casa? ¡En mi casa! Esta mañana tuve ganas de matar a Daniela, te lo juro. ¡No tenía ningún derecho a meterme al enemigo en mi territorio sin consultarme antes!

¿Qué pasaba ahora con mi intimidad? ¿Con mi barrera? ¿Con mi derecho a mantenerme alejado de ella? Maldita hermana pequeña... Juro que hoy he sentido ganas de estrangularla, sin contar con que Fran lo sabía todo y guardó silencio también. Al final y a petición de ellos intenté controlarme y pensar que todo iría medio bien. Tina podía opinar lo que le diera la gana de mi casa, de mis cosas y de mi vida, pero respetaría las normas impuestas por nosotros, eso lo tenía clarísimo. Y si no lo hacía, en mi casa no se quedaba. Cuando mis hermanos aceptaron la condición me sentí un poco más tranquilo, pero eso me duró hasta que aparqué en mi calle.

Y es que encima estaba preciosa, la condenada. Dios, cómo la detestaba. ¡Y cómo la quería! Sentía tanto, bueno y malo, que a ratos me parecía que sería un milagro coexistir con ella sin que nos matáramos vivos.

Le enseñé la casa de forma brusca, lo reconozco, podía ponerme muy digno, pero tenía miedo de que me criticara por algo y decidí adoptar una actitud seria e imponente, claro que eso a Antonia no la ha detenido jamás. Al final y para hacer este día más raro ella sonrió y hasta alabó la casa, y en especial la piscina. El mundo se había vuelto loco, ya está, eso es lo que pensé.

Nos sentamos en la terraza y cuando explicamos cómo iría el tema de las tareas domésticas, y los turnos del bar, decidimos brindar con cervezas.

Y ahí, justo ahí, todo se vino abajo y fui consciente sin barreras, falsas capas, ni engaños de lo que Tina guarda en su interior desde hace tiempo. Fui testigo de su miedo, su inseguridad y su vulnerabilidad. Y cuando me pidió que no me riera de ella supe cómo se debía sentir alguien al tragarse una bola de fuego, porque me sentí justo así. Le prometí ayudarla y me enfadé con el mundo, con Daniela por no haberse dado cuenta, con Fran por dudar de su capacidad para el trabajo, aunque fuera un segundo, y conmigo mismo por no haber estado pendiente de las señales. ¡Soy psicólogo, joder! ¿Cómo no me he fijado en lo mucho que bebía? Bueno, no, rectifico, sí me he fijado, incluso me he reído de ella por eso, pero asumí que era algo de fines de

semana y fiestas. ¿Cómo iba a saber que estaba refugiándose en el alcohol? Es tan impensable en ella... ¡Ella! Que es la mujer más fría y fuerte que me he echado a la cara en toda mi vida. Ella que es capaz de detectar la inseguridad de cualquier persona y reducirla a cenizas con una mirada. ¡Ella, que consigue que yo tiemble por dentro solo con mirarla! Las mujeres como ella no sufren esas cosas. ¡O no deberían por lo menos!

Ahora, sentado en el sofá frente a la tele, asumo lo equivocado que he estado siempre dando por hecho que Tina es un muro contra el que yo puedo arrojar tantas piedras como quiera, solo porque ella hace lo mismo conmigo. Y lo peor de todo, sin duda, es este cabreo que todavía siento y me carcome. Estoy enfadado con ella, por dejarse vencer, conmigo por no haberme dado cuenta y con mis hermanos por haber asumido este problema con más entereza que yo, que ni siquiera puedo pensar en dormir esta noche.

El agua de la ducha se corta y poco después vuelve a oírse, así que imagino que Tina ya está en la cama y Daniela ha ocupado su lugar.

Me levanto antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, subo las escaleras y entro en el dormitorio de Tina para decirle las cosas claras. Voy a decirle, por ejemplo, que no se le ocurra jamás entregarse a los brazos de una puta botella teniéndome a mí como sustituto. ¡Voy a exigirle contar conmigo! Porque no me ha rechazado esta tarde cuando le he prometido que todo iría bien, pero tampoco ha dicho nada. Voy a decirle que es una cabezona de mierda. Voy a clavarme de rodillas y suplicarle que me quiera en su vida. Voy a... a nada, porque Tina está dormida plácidamente y yo no puedo hacer otra cosa más que quedarme aquí, apoyado en el quicio de la puerta, mirándola descansar, y preguntándome qué puede hacer un simple mortal como yo para ganarse a una fantasía hecha persona como ella.

Al final, cuando el agua deja de caer en el baño me encamino por el pasillo y me encierro en mi habitación dispuesto a pasar la noche organizando pensamientos, sentimientos y decisiones.

No duermo más de tres horas, pero me encuentro como si me hubiese tomado medio litro de café con red bull como acompañamiento cuando amanece. Bajo a la cocina y estoy preparándome un par de tostadas cuando Tina entra. Me sorprende que se haya levantado tan temprano porque anoche estaba agotada, pero mejor, porque quiero hablar con ella a solas y sé que Fran ya no está. Mi hermana no es problema, porque no resucitará en un buen rato.

—Vístete con algo cómodo, vamos a salir a correr.

Genial, como ves, a la hora de hablar con ella, mi cerebro y mi boca rara vez se ponen de acuerdo para decir lo que pienso.

Tina frunce los labios y esos hoyuelos que tantas fantasías me han proporcionado se acentúan más.

—Claro hombre. ¿Cómo negarme a tanta amabilidad?

Inspiro con lentitud, porque tiene razón, pero no quita que me sienta molesto y

resentido. Joder, no me entiendo ni yo.

—Por favor, Tina, vamos a correr.

Ella inclina la cabeza, sonrío ladina y se pasa la lengua por el labio inferior, poniéndomela dura en el acto.

—Ya sabía yo que en algún momento ibas a suplicarme una corrida.

Chasqueo la lengua y me recuerdo a mí mismo que es lógico que se esconda detrás de sus puyas y su mala hostia en lo referente a mí. Ahora puedo empezar a ver lógico su comportamiento: quizá está tan asustada como yo. Quizá ella tiene el mismo pánico que yo al pensar que puedo descubrir cuan frágil es en realidad. Una humana que falla tanto como el resto de nosotros, simples mortales.

¿No es curioso el orgullo? No ha permitido que me acerque un centímetro a su parte emocional en estos años, y ahora, de golpe, va a tener que soportar que me cuele y derribe sus murallas a patadas, porque la sutileza cuando se trata de mi Antonia se me escapa de mala manera, lo reconozco.

—Ya quisieras tú tener una corrida mía en esa boquita. —Sonrío ante su chasqueo —. Vístete Antonia, o te juro por lo más sagrado que te visto yo.

Espero alguna puya, una frase cortante, o que se niegue sin más y me mande a la mierda, pero para mi sorpresa se levanta y sale de la cocina. Aparece diez minutos después con unas mallas negras de deporte y una camiseta de tirantas tan ajustada a sus pechos que agradezco en silencio que mi pantalón de correr sea lo bastante amplio para disimular mi erección. Dios mío, estar a su lado es vivir en un empalme constante. Al final, moriré por falta de riego sanguíneo en el resto de mi cuerpo. Se me concentra todo en el mismo sitio cuando ella ronda cerca.

—¿Desayunar puedo? ¿O tampoco?

Pongo un poco de fruta frente a ella por respuesta, porque sé que no le gustan mucho las tostadas por la mañana y me siento a su lado esperando que acabe. Cuando por fin lo hace salimos a correr.

No hablamos, no nos miramos, nos limitamos a retornos, como siempre, pero a través del deporte. Cada vez que ella aprieta el ritmo yo lo hago también para alcanzarla e ir unos pasos por delante, y viceversa igual. Llegamos a la playa, bajamos por el paseo marítimo y corremos por las dunas de arena hasta que, a la altura del faro, Tina para de golpe y me mira, hiperventilando, sudada y con la cara roja como un tomate.

Está preciosa.

—¿Qué quieres de mí? ¿Reventarme por ser una jodida alcohólica?

Suelto el aire a trompicones, y no por el esfuerzo físico, sino porque me siento como si me hubiese dado un puñetazo en la boca del estómago. Doy un paso hacia ella, que de inmediato da otro hacia atrás. Joder, joder, joder. ¿Por qué tengo que hacerlo todo tan mal con ella? ¿Por qué no puedo dejarme llevar y demostrarle que jamás me reiría de ella por algo así? ¿Qué nunca querría reventarla, como ella piensa?

¿Por qué no puedo dejarle ver que de verdad quiero ayudarla?

Al final, me olvido de las palabras, porque parecen no servir nunca cuando se trata de Tina. Sigo acercándome, a pesar de lo visible que es su tensión y desconfianza, y la estrecho contra mi cuerpo sudado, rodeándola y empapándome de su esencia mientras beso su cabeza y cierro los ojos, apoyando mi barbilla en su coronilla y procurando respirar medio en condiciones.

—Lucharemos juntos, nena. Tú y yo, contra el mundo y tus demonios.

Ella solloza y se agarra a mi cintura apoyando la mejilla en mi pecho y dejándose ir, mostrándome todo lo que siente por primera vez desde que nos conocemos.

Tina

Quiero morirme, no sé si de vergüenza, de odio hacia mí misma, de humillación o de pena, pero quiero morirme.

Días, meses, años evitando que Samuel vea lo que siento por él. Intentando parecer fría, despiadada y una zorra frígida para que no me dañe aún más con su trato. ¿Y para qué? Para acabar en esta maldita playa agarrándolo como si fuese mi salvavidas. ¿Como si ningún lugar en el mundo fuera más seguro que sus brazos! ¿Para eso tanto esfuerzo durante todo este tiempo? ¿Para acabar así? ¿Hay algo peor?

El verano no está siendo el mejor de mi vida, desde luego. Quiero creer que todo es culpa del despido, y a ratos hasta me envalentono y pienso que podría reclamar a la escuela que me hayan echado de forma injusta. Pero cuando medito sobre ello me viene a la mente el recuerdo del director sacando del cajón de mi escritorio una botella pequeña de agua, que en realidad estaba rellena de ginebra y tónica.

Dios, ¿en qué momento de mi vida he caído tan bajo como para refugiarme en el alcohol? Intento hacer memoria, pero la verdad es que no podría decir el día que empezó todo. Fue algo progresivo que inicié casi de broma y ahora estoy pagando caro. Una parte de mí me dice que, al menos, no he tenido un accidente, o nada que de verdad tenga que lamentar. He perdido mi trabajo, sí, pero hay cosas mucho peores en la vida.

Cosas como que el hombre del que llevo enamorada lo que a ratos me parece un siglo me abraza y me diga que está dispuesto a luchar contra mis demonios junto a mí. Eso es malo, malísimo, porque yo no puedo dejar caer mi barrera ante Samuel con tanta facilidad. ¡No debo! Pero estoy tan cansada de pelear sola... Tengo a Dani, claro, pero no soy tonta y ella está sumida en sus propios problemas e inseguridades con Oli. ¿Cómo voy a tirar de ella contándole a diario que me siento como si me estuviera apagando poco a poco? Esta mañana sin ir más lejos, no he apretado el ritmo para competir contra Samuel, lo he hecho porque pensar en el hecho de no beber nunca más me ha puesto frenética hasta el punto de temblar por culpa de la ansiedad. Creo que ha sido la primera vez que de verdad he sido consciente de que tengo un problema. No es algo que me he inventado para llamar la atención. Me siento mal, y mi cuerpo está reaccionando a la idea y las horas de abstinencia.

—No voy a poder con esto —susurro al final, rindiéndome en el pecho de

Samuel. Y cuando empiezo a pensar que no me ha oído por el viento y el rugido de las olas, me contesta.

—Tú puedes con todo Tina, con todo.

—No. —respondo, sollozando con angustia—. Me siento como si me faltara el aire.

Él me separa de su cuerpo y quiero gritarle que no, que vuelva a meterme entre sus brazos, pero está mirándome con tanta seriedad que me corto. Intento adoptar una actitud fría y volver a ser la Tina de siempre, pero la careta se me cae por momentos y ya no estoy segura de si merece la pena luchar tanto por mantenerla. Tal vez es hora de partir las gomillas que la sujetan y lanzarlas bien lejos.

—Irá a mejor. —Samuel acaricia mi mejilla, e intento quejarme, pero me corta—. Día a día, Tina, hora a hora, minuto a minuto, así es como lo haremos: juntos.

—¡Tú no sabes lo que estoy sufriendo!

—No, pero sé lo que sufro yo al verte así. ¡Despierta joder! ¿Te crees que no me duele todo esto? ¿Tan insensible piensas que soy? —Tiemblo, esta vez por los nervios, y él me sacude un poco—. Somos amigos, Tina. Cuenta conmigo y déjame ser tu amigo, por favor.

Cojo aire por la nariz llenando mis pulmones de la brisa marina y miro a los ojos del hombre que amaré hasta el último de mis días. Amigos. ¡Yo no quiero ser su amiga! Yo quiero que me mire como Oliver mira a Daniela. Que me ame tanto que no conciba la vida sin mí, igual que yo no la concibo sin él. ¡Yo quiero ser su todo! Es imposible, lo sé, y aun así lo deseo.

—Supongo que es hora de olvidar todos mis vicios.

Samuel sonrío lleno de esperanza, sin saber que uno de esos vicios es él.

—Vamos a casa, quiero darme un baño antes de irme a la consulta, y tú vendrás conmigo.

—Pero...

—Terapia, Tina: es el primer paso.

Trago saliva y pienso en negarme, pero la verdad es que no tiene sentido, pues la terapia me vendrá bien y es hora de empezar a luchar por lo que quiero, y no quedarme solo en pensamientos. Ha llegado el momento de actuar y, por una vez, voy a hacer algo más que quejarme, o tragarme todo lo que siento.

Volvemos a casa, nos duchamos y vamos a su consulta. Él pide a su secretaria que haga esperar a los primeros clientes de la lista un poco y me mete en el despacho. Es bonito, funcional y elegante. Tiene pocos muebles, pero muy bien distribuidos.

—Antes de nada, debes saber que lo que cuentes aquí será confidencial y nadie sabrá nada. Al menos por mi parte.

Asiento, cojo aire y empiezo a contestar a sus preguntas con aparente calma, pero

hecha un manojo de nervios porque sé que esto nos llevará al punto en que se dará cuenta de que no soy tan dura, ni tan fría, ni tan hija de puta como me he esforzado por hacerle creer. Va a conocer a la Tina que solo Daniela y mi familia conoce, y todavía no he decidido si eso me alegra o me da un miedo de mil demonios. Más tarde pienso que es probable que sea una mezcla de las dos cosas.

Los días pasan, Samuel me escucha con atención dentro del despacho, donde se convierte en el psicólogo serio y atento que me psicoanaliza sin una pizca de sarcasmo. Fuera de aquí, sin embargo, nuestra relación sufre algunos altibajos, aunque dudo que él se dé cuenta. Somos amigos, y eso está bien, pero el sarcasmo, las puyas, los juegos de palabras retorcidas... todo eso se ha acabado, y no estoy segura de si eso me gusta o no.

A ver, la parte en la que ya no nos insultamos y me sonrío en vez de gruñirme por todo está bien, muy bien. Pero la parte en que nuestra relación se ha vuelto formal y lineal empieza a aburrirme bastante. Intento no darle vueltas y pensar que eso me ocurre porque estoy enamorada de él y nunca tendré suficiente, ya sea por las buenas o por las malas, así que debo conformarme con lo que tenemos.

Sin embargo, por las noches, cuando Daniela se escabulle para hablar por videollamada con Oliver me siento sola, muy sola, y de vez en cuando incluso fantaseo con la idea de desnudarme y entrar en el dormitorio de Samuel.

¿Qué haría él? ¿Se resistiría en pro de nuestra amistad, o me follaría como el empotrador que intuyo que es? Llegados a este punto siempre resoplo e intento reconducir mis pensamientos, porque está claro que nada de eso sucederá, así que no tiene sentido que me obsesione y acabe sufriendo de más.

Además, aunque no lo diga, una parte de mí quiere de Samuel mucho más que un polvo por atracción física. En el fondo, sé que obtendría eso si me lo propusiera, pero al acabar me sentiría más vacía que al principio. Suma eso a mi pequeño problema de abstinencia, y entenderás que llegue a la determinación de seguir siendo «Santa Tina» y rezando para no tener un estallido de esos míos que acaban por mandarlo todo a la mierda.

34. Calor y amor

El mes de junio pasa como un proceso de adaptación no solo para mí, sino para Tina. El trabajo es duro, pero ya estamos mucho más sueltas y acostumbradas a lidiar con los clientes que, por otro lado, van en aumento. Seguimos pasando gran parte del día en el restaurante, y ahora que julio ha llegado, además, tenemos el truco cogido a la casa y las tareas, con lo que las desavenencias del principio se han solventado sin mayor problema.

Aunque, a decir verdad, el inicio fue bastante bueno. Vamos, que Tina y Samuel no se mataron, y lejos de eso, empezaron a mantener una relación cordial. Ciertamente, que mi hermano bajó mucho el ritmo de puyas debido a que mi amiga estaba pasando un mal momento con eso de la abstinencia, porque, aunque ella jure que lo lleva bien, la verdad es que está más delgada, a veces le cuesta dormir y en el restaurante varias veces he notado el deseo en sus ojos por una cerveza bien fría. No es que su mono sea visible, no, para nada, pero yo que la conozco sé que echa mucho de menos tomarse una copa. Ahora cuando nos sentamos en la terraza del restaurante después del turno, o en casa, bebemos té. Ella por lo suyo y yo porque tampoco me irá mal dejar el alcohol un poco de lado.

Estamos ya al final de la primera semana de julio, mi historia acabada con Jake en marzo parece tan lejana que me sorprende que solo hayan pasado unos meses. De hecho, también me sorprende pensar que conocí a Oliver a principios de mayo: hace dos meses. No voy a mentir, llevo mal la distancia, y cada vez peor porque en principio íbamos a vernos en junio, pero lo cierto es que a él le salió un montón de trabajo y seguía sin poner fecha a su viaje. Además, he sabido por su Instagram que ha salido un par de veces de fiesta, y no es que no me fie de él, pero mis fantasmas crecen y odio la sensación de ansiedad que cada vez más, me atora la garganta. Encima de todo está el hecho de que empieza a mosquearme eso de que no me diga un día o un mes concreto para venir, joder, no puede ser tan difícil. Él solo me dice que está organizando detalles y ultimando cosas para poder venir conmigo un par de semanas por lo menos, pero yo ya no sé qué pensar, la verdad.

—¿Te das cuenta de que es el primer sábado que libramos desde que empezamos en el chiringuito? —pregunta Tina, sacándome de mis pensamientos.

Estamos en biquini en el jardín de casa, mojadas después de habernos metido en la piscina y con dos vasos bien llenos de té helado.

—Pues sí, es verdad.

—Hace dos meses yo te convencería para salir por ahí. Joder, esto está plagado de turistas.

—¿Pero...? —pregunto, sabiendo que su razonamiento no ha acabado.

—Pero no me apetece nada irme de fiesta sin poder beber, ni follar, porque no tengo yo el cuerpo para desconocidos.

—¿Y para conocidos sí? —pregunto, sonriendo a mi vaso.

Ella se encoge de hombros en vez de mandarme a la mierda, que es lo que habría hecho tiempo atrás. Samuel y ella han hecho tantos avances que mi amiga ha empezado a hablar de su enamoramiento por él mucho más a menudo, sin sentirse mal, y, sobre todo, sin tener la necesidad de insultarlo cada poco tiempo. De hecho, ahora muchas veces tengo que aguantar sus halagos en referencia a lo buen psicólogo que es, y lo buen cocinero, y lo bien que friega —sí, a ella eso le impresiona—. En fin, muchas cosas que me hacen saber que está bajando las murallas para dejarlo entrar, y a él se le nota feliz como hace mucho que no lo veía. Llega a casa lo más pronto posible y se suma a nosotras para cenar y charlar si estamos aquí, o se ducha y vuela al camping, donde procura sentarse en una de las mesas que atiende Tina, y esta, por supuesto, lo atiende con una gran sonrisa.

—Hablando del rey de Roma... —dice ella sonriendo al escuchar el coche de mi hermano aparcar en la entrada.

A los cinco minutos un Samuel vestido con pantalón chino y camisa blanca arremangada entra con una gran sonrisa en el jardín.

—¿Cómo andáis, chicas?

—Disfrutando de nuestro sábado de descanso —digo.

—¿Tenéis ya planes para esta noche?

—No —contestamos al unísono.

Samuel se apoya en el marco de la puerta y cruza los tobillos de manera sexi. Conste que pensar esto de mi hermano es un poco «arg», pero tengo que contarlo para que entiendas por qué está Tina necesitada de un babero tamaño industrial.

—Yo pensaba ir a ver una peli de verano que exponen en una de las calas. ¿Quieres venirte, Tina?

—¿Quién va?

—Nosotros dos nada más.

Tengo muchas, muchas ganas de decir algo como: «Vale, me doy por enterada», pero me callo, claro, porque esto es una cita en toda regla y con lo que le ha costado al pobre pedírsela, no voy a llegar yo a joder.

—Mmmm vale. ¿A qué hora es?

—Si quieres salimos ya, podríamos cenar en la marisquería del puerto y luego ya vamos con tranquilidad a ver la peli.

—Me gusta el marisco. —dice mi amiga, mientras se levanta sonriendo—. Me ducho y nos vamos.

—Perfecto.

Cuando Tina entra en casa, silbo, porque está claro que no va a irse de rositas tampoco, el señorito.

Samuel carraspea y se mete las manos en los bolsillos.

—Si quieres, puedes venir...

—No quiero ir —contesto sonriendo—. Me ha quedado claro que esto es una cita. —Él mira al suelo y yo pongo los ojos en blanco—. Por Dios, Samuel, que no somos niños.

—¿Crees que ella también lo tendrá claro?

—Pues sí, es bastante probable, y ha aceptado, así que nada de rallarse, porque es una buena noticia.

—Es que yo... —Mira al interior de la casa, asegurándose de que Tina no está cerca, luego se sienta a mi lado y carraspea antes de hablar—. Yo la quiero.

Alzo las cejas y sonrío. Ay, qué mono. ¿De verdad se cree que me he caído de un níspero y no lo sabía?

—Aja.

—La quiero muchísimo, desde que la conocí, casi, pero ella ni me miraba y ahora es simpática y bueno, joder, es como si le cayera bien.

—Siempre le has caído bien.

Samuel suelta un risa seca e irónica y se retrepa en la silla, bebiendo del té que Tina ha dejado en la mesa.

—No creas. Nos hemos hecho mucho daño.

—Pues sí, pero era algo que iba en ambas direcciones, no eres tú el único responsable.

—Puede, pero me siento mal de todas formas, sobre todo después de saber lo que ella está pasando y...

—No podías saberlo, ni siquiera yo sabía que estaba refugiándose en el alcohol. —Nos quedamos en silencio, porque este tema nos duele a todos, hasta que vuelvo a hablar—. ¿Supone un problema para ti? El hecho de que no pueda beber nunca más, digo.

Es duro para todos, como he dicho, sobre todo porque después de las sesiones con Samuel, al parecer, Tina ha confesado varias situaciones y pensamientos que hacen ver que sí, tiene un problema por mucho que al principio no hubiésemos querido aceptarlo ninguno de nosotros. No queríamos pensar que es una alcohólica, porque parece sana, y fuerte, y... y no podíamos aceptarlo. Sin embargo, ella no necesita que intentemos tapar el problema, sino que lo asumamos y la apoyemos, y es lo que intentamos hacer ahora.

—No, en absoluto —contesta mi hermano—. De todas formas, tampoco he sido nunca muy de alcohol. Me gusta tomar una copa y eso, sí, y las cervezas, pero no me importa beber té, tampoco. Aunque ella está habituada a ver y manejar el alcohol en el restaurante.

—Eso es verdad. Es una luchadora.

—Lo es. —Inspira por la nariz y expira para relajarse—. Ayer me dijo que hay días en los que desea tanto una copa, que daría todo el dinero que tiene. En momentos así, cuando la veo débil y necesitada, me mata no poder ayudarla más, y más rápido, pero bueno... Ella está luchando, y a mí no me importa Dani, porque la quiero y voy a estar con ella todo el tiempo, ayudándola para que cada vez recuerde menos que necesita o quiere beber.

—Eso es muy bonito.

—Es la verdad. Ya he perdido demasiado tiempo. Cuando pienso en la forma en que podría haberla perdido de haber seguido igual... —Chasquea la lengua y se sienta derecho, solo para apoyar los codos en la mesa—. La imagino en Madrid sola y con este problema, y me recrimino haber sido tan gilipollas. No por ser borde con ella, que también, pero más bien por el hecho de no haberme abierto antes, y de no haberle mostrado lo que siento y quiero.

—¿Y ahora quieres hacerlo?

—Sí, he esperado algo más de un mes para que os asentarais, pero ya no puedo más. Esta noche voy a decirle lo que siento y me vendría bien que rezaras por mí, porque si me manda a la mierda no sé qué voy a hacer, y eso que he ensayado una cara de indiferencia...

Me río y lo abrazo besando su mejilla. Es un gran hombre, y estoy feliz de que por fin vayan a dar el paso.

—Todo irá bien. Mañana serás un hombre con una novia maravillosa, y ella será mi cuñada, y todos seremos felices, porque lo merecemos.

Samuel resopla, pero no puede esconder la sonrisita ilusionada que le sale desde lo más hondo. Aunque acto seguido se pone serio.

—Tú no lo serás del todo. No tienes a Oliver.

—Lo sé. —Joder, claro que lo sé—. Pero ya queda menos para verlo, digo yo.

Él sonríe un poco y no hablamos más del tema, porque yo he pedido de buenas maneras y por favor que obvien el hecho de que Oliver no me da fechas para venir, porque me pone de los nervios pensar en la posibilidad de que al final no lo haga.

Tina sale con un pantalón largo de tela, lo que me sorprende, porque es bastante recatado, aunque de pitillo. Se ha calzado los Louboutin negros con plataforma y una blusa de cuello de barca y se ha recogido el pelo en una cola de caballo que le da un aire casual y elegante increíble. Joder, pues sí que tiene ganas de impresionar, sí. Yo me disculpo y me quito del medio para no ser testigo del tartamudeo de mi hermano, aunque estoy muy tentada de quedarme, espiar y hacérselo pasar mal a ambos. No lo hago, porque estoy en pro de madurar y se tiene que notar en algo, digo yo.

Fran me avisa de que volverá tarde a casa, así que me quedo sola... otra vez. No voy a mentir, es un absoluto asco, pero tengo que pensar que tarde o temprano todo mejorará; que Oliver volverá a mí y podremos vernos. Es verdad que no me da fecha, pero hablamos a diario y él tampoco me da motivos para pensar que no me quiere,

aunque yo lo eche tanto de menos. Eso no es culpa suya, ni mía, solo un hecho, porque sé de sobra que perderlo, aun cuando apenas lo he tenido, sería lo más grande que tendría que superar hasta el momento.

Por la noche también hablamos largo y tendido y, de hecho, acabamos desnudos y disfrutando uno del otro, calentándonos hasta alcanzar el clímax, ahora que por fin nos hemos lanzado a eso del sexo cibernético y telefónico. A ver qué remedio... Al final, como siempre, acabo durmiéndome con la nana que ha compuesto para mí.

Por la mañana lo primero de lo que me percató es del increíble espacio que tengo en la cama. Me restriego los ojos y me estiro, disfrutando de la sensación, hasta que soy consciente de que si tengo sitio es porque estoy sola. Me siento y miro el reloj: son las diez y hasta las cuatro no entramos a trabajar, así que... ¿Dónde está Tina?

Ay, joder... Sonrío y salgo del dormitorio a toda prisa. Bajo los escalones y me encuentro con Tina sentada en la encimera, y Samuel entre sus piernas, abrazándola mientras ambos sonríen, besuqueándose y susurrándose un montón de cosas que no oigo, pero serán empalagosas o guarras a más no poder, seguro.

—Ejem...

Samu se sobresalta un poco y ambos me miran, pero ninguno parece culpable por haber sido pillado, la verdad.

—¿Qué haces aquí? Pensé que no estarías... —dice él.

—Pues ya ves que estoy —contesto frunciendo el ceño—. ¿Os importa separaros?

Mi hermano resopla, sin estar de acuerdo, pero como ya todos sabemos que al final tendrá que largarse, besa a Tina una vez más y sale de la cocina ignorándome, mientras yo procuro ignorar también el hecho de que va muy empalmado y lleva un puto pantalón de pijama, joder, que eso se nota. Otro trauma para la lista.

—Vaya cara de mal follada tienes, mona —dice Tina riendo y bajándose de la encimera.

—Imposible, no estoy follada ni bien ni mal, pero tú parece ser que sí.

—Mmmmm sí, y bastante bien, además. Dios, Daniela, ¿por qué no me obligaste a salir con tu hermano antes?

—Te diré esto una sola vez: no quiero detalles de lo bestia que puede llegar a ser en la cama.

—¿Bestia? ¿Pero qué dices? Creo que es la primera vez que me corro solo por el hecho de que un hombre me trate como si estuviera hecha de cristales de Swarovski.

—No me extraña, la verdad, siempre ha sido un chico muy dulce.

Tina sonrío de una forma un poco pava, aunque después su cara torna en una mucho más seria.

—Lo sé... antes pensaba que era un cabrón. Hubo un tiempo en que de verdad

pensé que disfrutaba viéndome sufrir.

Chasqueo la lengua y la abrazo, porque sé que es cierto que lo pensaba, pero odio que se haya sentido tan mal.

—No digas eso Antonia.

—No, es verdad. Ahora me doy cuenta de que solo intentaba hacerme reaccionar, pero en aquellos momentos cada vez que me quitaba una copa de la mano, o me espantaba a un ligue, que por lo general era un mal tío, porque ya sabemos que tengo un radar para eso... lo odiaba y me preguntaba por qué no me quería y, sobre todo, por qué no dejaba que otros me quisieran.

—¿Se lo has dicho? ¿Lo habéis hablado?

—Anoche se lo pregunté, y su respuesta fue clara: No me dejaba porque ellos no sabrían quererme como yo merezco. No sabrían adorarme como él lo haría y eso lo mataba por dentro... —Se emociona un poco y carraspea—. Total, al final resulta que es un cabrón romántico.

—Está loco por ti desde hace tanto que ya ni lo recuerdo.

—Ahora lo sé, pero hasta ayer solo había visto la parte borde y al psicólogo cabrón. Fue hace un mes y pico, cuando conté lo mío, que me di cuenta de que tenía un problema, y él era de los pocos dispuesto a ayudarme sin hacer preguntas. No me malinterpretes, sé que tú también, pero para mí, tenerlo a él al lado entendiéndome desde un punto de vista amistoso y psicológico ha sido determinante. Anoche pidió una botella de vino para cenar. —Cuando abro los ojos de par en par ella sonrío—. Y yo me sentí contenta, porque es de los pocos que no se sienten incómodos ante el hecho de beber delante de mí. No me trata como a una enferma, aunque sepa que lucho contra ello, y eso me gusta, y me hace sentir que está conmigo por algo más que por pena.

—Él no te tiene pena. Ninguno te la tenemos.

—Ya, pero a él le amo. ¿Entiendes la diferencia?

Sí, claro que la entiendo, porque pienso en cómo sería la situación si yo estuviera así con Oliver y comprendo que, por muy amigas que seamos nosotras, la opinión del hombre que amas siempre crea un estado de nervios y dudas que puede llegar a amargarte la vida mucho, así que para ella esto ha sido una prueba de que Samuel está con ella por cómo es, y que la quiere desde hace mucho, aun sabiendo los errores que ha cometido.

—No te imaginas lo que me alegro por vosotros —digo sonriendo.

Ella me abraza y luego coge el bote de nata, algunas frutas y se pierde del mapa dejándome con el marrón de tener que imaginar a mi hermano en situaciones nada inocentes. Joder, se podía haber esperado a que yo saliera de la cocina, ¿no? Que hartita estoy de ver el amor aflorar a mi alrededor cuando yo estoy tan triste, hostia ya.

Me visto y me largo dejándoles una nota, total, tampoco es como si les importara lo más mínimo que esté en casa, a juzgar por los gemidos de ambos. Nada, yo me voy

al camping y me espero allí a que empiece mi turno para trabajar.

No te vas a creer lo que me pasa nada más llegar, no te lo vas a creer porque es muy fuerte, joder. ¡Mi hermano Fran está liándose con una rubia que a mí me suena un montón!

¿Y cómo no me va a sonar? Si es, a todos los efectos, mi cuñada. Sí, cuñada, porque Oliver me ha hecho aceptar que somos novios... El caso es que ahí está Wendy Lendbeck: en el sur de España, en el camping de mi familia y en el restaurante de Fran, con su lengua metida hasta la campanilla.

Mira, hasta me pellizco para ver si todo esto es una ensoñación o qué, pero cuando se separan y Wendy me ve entre beso y beso, da un grito de alegría y viene corriendo hacia mí para abrazarme. Yo sigo petrificada, así que no sé si le devuelvo el gesto o no.

—¿Cómo estás, preciosa?

—Bien... Jesús, Wen, ¿qué haces aquí?

Ella ríe y mira a Fran, que justo llega adonde estamos y la abraza por la cintura besando su cabeza.

—Mi rubia ha venido a darme la sorpresa del siglo.

—¿Tu rubia?

—Esta misma.

—Joder. ¿Cuánto me he perdido de esto? ¿Cuándo...?

Wendy ríe y palmea el pecho de Fran mientras se deja abrazar por él.

—En Ibiza. Llevo todo este tiempo hablando con Fran, quería venir aquí con él unos días y como a Oli no para de salirle trabajo he decidido venirme yo solita.

—Ah.

—No te enfades con él, está como loco por venir.

Me encojo de hombros. ¿Qué voy a hacer? Sé que no tengo derecho a estar enfadada, pero lo estoy, y mucho.

—Tranquila. Me alegra mucho que estés aquí... —Los miro con fijeza y sonrío—. Joder, ¿estáis juntos?

—Sí señora, y le he prometido a esta preciosidad que solo me hace falta un mes para convencerla de que tiene que quedarse aquí conmigo.

—Bueno —dice Wen, riendo—, eso es mucho hablar, pero de momento estaré aquí un mes, sí.

—Se quedará en casa. —Fran me mira a los ojos con semblante serio—. Conmigo.

Veo el nerviosismo de Wen y no necesito más para confirmar que aún no han follado. Y eso, que a ti te parecerá tierno, a mí me parece un infierno, porque a poco

que se hayan recalentado algo por teléfono, entre estos, y Samu y Tina, van a volverme loca. De hecho, yo casi estoy por mirar el tema de dormir con mis padres, y si no lo hago es porque bastante me han aguantado ya a lo largo de su vida, los pobres.

Me pongo a trabajar después de charlar un poco más con ellos. Ya no quiero siquiera descansar, joder, todo lo que quiero es cabrearme con Oliver por no estar aquí conmigo, y con todos estos cabrones por ser tan felices cuando yo estoy tan triste. Y me da lo mismo que sea lógico o no. Los sentimientos no se miden y yo tengo derecho a deprimirme y morderme el labio para no echarme a llorar, si quiero. Punto pelota.

35. La primera cita

Samuel

Aquí estamos: ella preciosa y mirando su plato de marisco con una sonrisa graciosa, y yo nervioso y pensando que, en vez de la marisquería, debería haberla llevado a un sitio en el que no fuera tan complicado comer, joder, que hasta nos han dado baberos para la langosta. Que no es que no sepa usar estos utensilios, pero el marisco como mejor se pela es con las manos y eso lo sabe todo el mundo, igual que todo el mundo sabe que habría estado muy feo hacerlo.

—No puedo creerme que hayas tenido la poca vergüenza de pedir una botella de vino —dice ella, mirando mi copa.

Sé que en realidad no se siente ofendida, sino todo lo contrario. Desde que dio a conocer su problema todos en la familia, incluidos mis padres, procuran no beber una gota de alcohol frente a ella, y sé de sobra que esa actitud la hace sentir incómoda, así que en cuanto el camarero nos ha tomado nota de las bebidas he pedido vino y he decidido normalizar la situación. Yo no suelo beber mucho alcohol, pero una copa de vez en cuando sí tomo, y ella tiene que aprender a ver esto como algo que estará a su alrededor, pero no podrá tomar más.

—No tienes que mirarla, ni saborearlo. —Doy un sorbo y me retrepo en la silla—. Y no te preocupes, que si al final de la noche decido besarte procuraré comer algo antes para que no lo notes en mi lengua.

Ella se sonroja. ¡Se sonroja! Si me pinchan no sangro, te lo digo de verdad. Intento no reírme, porque visto lo visto igual se lo toma a mal y no quiero eso, pero, por otro lado, procuro dominar mis propios nervios porque quiero dejarle bien claro que esto es una cita, y aunque mi hermana me haya dicho que ya lo sabe, yo no acabo de fiarme.

—¿Estás confesando que tienes pensamientos impuros conmigo, Samuel?

—Si todavía no lo tienes claro, es que estoy haciendo esto muy mal.

Ella sonrío y hace girar su copa de agua. Sé que intenta decirme algo y no encuentra la forma, pero es Tina, la conozco, y al final habla.

—Hasta que llegué aquí, había momentos en que no sabía si me odiabas porque llevaba a tu hermana por el mal camino, o había algo más. Toda esa insistencia en joderme las citas, las noches de fiesta y...

—No soportaba ver cómo te jodías la vida con tanto desfase. —Hago una pausa y me mojo los labios con la lengua—. Pero aparte, no quería ni pensar en el hecho de que otro te tuviera estando en la misma ciudad que yo. Es una tontería, pero cuando estábamos juntos en Madrid o Ibiza no quería verte con otro. Sabía que era algo que ocurría, claro, pero mientras no lo viera todo estaría bien... Mientras no te viera besar a otro, yo podía pensar que estabas esperando por mí.

Tina no se burla de mi confesión, al contrario. Sonríe y estira la mano sobre el mantel para coger la mía y entrelazar nuestros dedos.

—Ojalá te hubiese esperado, porque he sido muy tonta. Muchas veces.

—Bueno, creo que los dos hemos llenado el cupo de estupidez varias veces desde que nos conocemos, así que estamos en paz. —Sonreímos—. No puedo creerme que ahora estemos así.

—Ya... es raro.

—¿Raro para mal? —Tanteo.

—No. —Sonríe y suspira bebiendo de nuevo de su agua—. Que va, raro en el sentido de que nos conocemos desde hace mucho, y, sin embargo, ahora nos miramos con otros ojos.

—Yo siempre te he mirado con los mismos ojos, Antonia, solo que ahora permito que tú te des cuenta.

Ella bufa un poco, pero se muerde el labio y baja la mirada para concentrarse en su comida. Hablamos mucho más y no todo es de gran importancia. De hecho, la mayor parte del tiempo comentamos cómo van los trabajos, las aventuras y desventuras de Martín con las clientas del camping, o la relación de Oliver y Daniela, por la que estoy preocupado, pues mi hermana no parece feliz, la verdad.

De hecho, llevo días pensando hablar con ella, pero todos sabemos que se cerrará en banda y será inútil, así que, aunque suene mal, he decidido dejar pasar el tiempo. Sin embargo, espero de corazón que Oliver no esté riéndose de ella, porque no me gustaría tener que ir con mis hermanos a Los Ángeles para partírle las piernas. Mi piojo es alocada, impulsiva y a ratos insoportable, pero es nuestro piojo, y no la daña ni el aire. No sin que nos alcemos en busca de venganza, desde luego.

Después de la cena vamos a la playa en la camioneta de Fran, y aparco frente a la gran pantalla que han puesto para el cine de verano. Al principio pienso en elegir un lugar discreto, por si suenan campanas y puedo besarla, o robarle, aunque sea, un par de caricias, pero luego pienso que igual no quiere ir tan rápido, ¿no? Que nos conozcamos desde hace años no es indicativo de que ahora quiera hacerlo todo en la primera cita. Dios, odio esta sensación de ineptitud que me produce no saber qué viene a continuación. Por suerte, Tina está dispuesta a colaborar y en cuanto aparco el coche, se acerca y ella misma se pasa mi brazo por los hombros.

—Creo que siempre he querido hacer esto.

—¿Ver una peli en una playa?

—Y dejarme magrear por el chico más guapo del pueblo.

Me río entre dientes y aprieto su hombro.

—Sería un honor magrear a conciencia a la chica más guapa del pueblo —susurro. Tina gira la cara y me mira con sus impresionantes ojos azules—. Joder, es una injusticia que me robes el aliento cada vez que me miras.

—No te preocupes, viceversa ocurre igual.

—Voy a besarte, Antonia.

—Llevo años esperando, Acosta, ya tardabas.

Sonríó justo antes de estampar mis labios en los suyos. Nada de tantear, nada de ir poco a poco. Quiero su boca de una vez, con la misma ansiedad con la que he estado esperando este momento, y cuando ella me responde sin pensarlo me siento victorioso, porque hasta en eso necesitamos imprimir la misma fuerza. Nuestro primero beso no será dulce, pero lo recordaremos toda nuestra vida. Paso la mano por debajo de su coleta y me aferro a su nuca, pegándola más a mí y sintiendo cómo su gemido reverbera directamente en mi...

—Dios —dice ella interrumpiendo mi pensamiento—. Y la peli ni siquiera ha empezado.

Beso su nariz y me río entre dientes antes de volver a sus labios, esta vez sí, recreándome en su textura y hablando sin despegarme de ella más que lo justo, para que el movimiento sirva como caricia en su boca.

—La verdad es que ni siquiera sé cuál ponen.

—Tampoco es que importe —jadea ella sacando la lengua y pasándola por mi labio inferior—. Esta noche serás mío, Samuel, no se te ocurra ponerte remilgado ahora.

Me río, porque Antonia es única, y niego con la cabeza dándole a entender que eso no pasará. Seré suyo, con todo el placer de mi alma, y la haré mía con el mismo.

—¿Nos vamos? —pregunto después de unos minutos más de ardientes besos.

—Cuando acabe la peli.

—Pero...

—Así será mejor, tendremos la ansiedad y la anticipación.

—Yo ya siento mucha ansiedad, y mucha anticipación. Sobre todo, por descubrir ciertas partes de tu cuerpo.

Tina se ríe de buena gana y pone una mano en mi muslo, haciendo que aguante la respiración.

—No eres el único.

Sube la mano poco a poco en un recorrido lento y tortuoso, hasta que la punta de sus dedos roza la tela de mi pantalón, a la altura de mi entrepierna, arrancándome un gemido, porque vale que tengo también el bóxer, pero lo he sentido como si me tocara de lleno.

—Te juro que no puedo esperar.

—Puedes... Será sublime, ya verás.

Sé que en eso tiene razón, pero después de tanto tiempo esperando no sé hasta dónde llegará mi autocontrol. Aparte de todo, la duda de si esto es algo temporal para Tina me asalta, y aunque sé que es una incertidumbre un poco tonta quiero y necesito oír de su boca que esto no es algo temporal, que vamos en serio.

—Tina, después de esta noche se acabó el ir de flor en flor. —La miro con sinceridad y soy consciente de cómo su sonrisa se detiene—. No voy a soportar imaginarte o verte con otros. Quiero que estemos juntos, que esto sea serio y que dejemos de perder el tiempo de una vez. —Aguanto la respiración, y luego me lanzo de cabeza—. ¿Qué me dices? ¿Quieres ser mi novia?

Joder, me ha quedado como una declaración de niñato de instituto, más aún con el entorno del autocine, pero de alguna manera tenía que preguntarlo. Ahora solo falta que ella reaccione, porque parece haberse quedado muda.

Tina

Miro a Samuel y pienso una vez más en todo lo sufrido hasta el momento: mi problema con el alcohol, los años de desfase, el amor que le he profesado en secreto durante años... Y ahora, sin saber muy bien cómo, en unas horas me ha pedido una cita, me ha besado, por fin —y de qué manera— y me está pidiendo que sea su novia de una forma tan dulce que por un instante no parece mi Samuel de siempre. Quizá porque mi Samuel de siempre es una mezcla del hombre que teme que dañe sus sentimientos y el que tengo en este momento frente a mí. No me extraña nada que se muestre cauto, porque he sido una hija de puta con él muchas, muchas veces. Sí, sé que al revés también, pero yo no puedo arrepentirme por lo que ha hecho él, sino por lo que he hecho yo, que ha sido mucho.

—¿No vas a contestar? Mira que estoy a punto de tener una crisis de ansiedad bastante seria.

Me río y lo beso de nuevo, con ganas, con hambre, con glotonería, como me gusta besarlo. Él acaricia mi espalda y yo me subo a horcajadas en su regazo, sin importarme que puedan vernos.

—Sí, Samuel. —Sonrío despegándome lo justo para hablar—. Sí, quiero ser tu novia, al menos durante el verano. Luego...

—Luego también —contesta él muy serio. Cuando intento acercarme agarra mis muñecas y me mira con intensidad—. Esto no es un rollo de verano, Antonia. Esto es serio y para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo.

—A tu lado, una vida entera parece poco tiempo.

Bufo, pongo los ojos en blanco, y después me echo a llorar como la persona adulta que, al parecer, no soy.

—Joder...

Él me baja con suavidad de su regazo, devolviéndome al asiento y acariciando mis mejillas para eliminar mis lágrimas.

—No puedes decirme que vas a quedarte solo el verano, o jugar con algo así, Tina. No se trata de jodernos más, no en este sentido al menos.

—Es que quiero quedarme, pero si sale mal...

—Si sale mal ya buscaremos a quién echarle la culpa, pero creo que ya es hora de que dejes de huir. Tu sitio está aquí, conmigo, creando un nuevo futuro.

—Yo no quiero ser camarera.

—No tienes que serlo siempre. Encontrarás trabajo de lo tuyo, aunque no sea a la primera, ni a la segunda, pero tienes que ser paciente y hacerme la promesa de quedarte aquí e intentarlo. Solo te pido que lo intentes.

No necesito pensarlo mucho. Asiento, porque no puedo hablar por el momento, dado que las palabras me saldrían a borbotones y arrancaría a llorar de verdad, sin amagos como hasta el momento. Samuel sonrío, comprendiéndolo, vuelve a subirme a su regazo con suavidad y enmarca mi rostro entre sus manos. Antes de que pueda decir nada, hablo.

—Sí, a todo.

Sonreímos, porque los dos sabemos que esto es un gran paso para ambos, y volvemos a besarnos con glotonería, tocándonos, apretándonos, queriéndonos con la ropa puesta. El tiempo se extingue y perdemos el oremus de mala manera porque cuando nos damos cuenta, la película ha acabado y unos adolescentes se ríen de nosotros desde un coche no muy lejano al nuestro.

—Hemos vuelto a la adolescencia por la puerta grande —gime Samuel un poco abochornado.

Me río y palmeo su pecho, apretándome un poco contra su erección antes de dejarme caer a su lado.

—Vamos a casa de una jodida vez, no puedo aguantar más.

—Amén a eso.

Desde ahí, el camino a casa, y a su cuarto, se convierte en una carrera de fondo. Sin embargo, cuando por fin llegamos a los pies de la cama, Samuel parece sufrir un cambio radical y frena el ritmo en seco, besando las comisuras de mi boca, mi cuello, mis hombros y hasta mis muñecas antes de desnudarme con lentitud. Cuando el sujetador y las bragas caen al suelo no habla, pero tampoco hace falta. Podría haber piropeado mi desnudez un millón de veces, pero ninguna palabra lograría que me sienta tan poderosamente bella como ahora, mientras él me mira.

Me tumba en la cama como quien trata con una flor con espinas; con cuidado y algo de miedo. Se dedica a recorrer cada tramo de mi piel con boca, manos y cuerpo, pero sin desnudarse, lo que añade un tono de erotismo a la escena que acaba por volverme casi loca.

—Quiero verte... —susurro junto a él cuando estoy a punto de tener un orgasmo.

—En cuanto te corras. Quiero tener todos los sentidos puestos en ti la primera vez que te lleve al orgasmo. Luego nos ocuparemos de mí.

Su generosidad, incluso en un acto tan sexual me desborda, así que no necesita más que tumbarse a mi lado y dedicar un par de caricias a mi clítoris para que alcance

el clímax cerrando los ojos y arqueándome para él. Samuel me besa, susurrando palabras relajantes que me llevan de vuelta a él, y cuando los escalofríos dejan de recorrerme y puedo abrir los ojos, su mirada basta para llenar un hueco que hasta el momento ha permanecido vacío.

—Ojalá existiera una palabra para describir este momento —susurra antes de besarme.

—Yo tengo dos. —Lo miro a los ojos y acaricio su mejilla—. Te quiero.

Samuel cierra los ojos y apoya su frente en la mía, respirando con agitación, como si necesitara algún tipo de apoyo, y entiendo lo que mis palabras le han causado. El sentimiento de poder esta vez se mezcla con uno de absoluta incredulidad. Este hombre tan perfecto es mío, y no hay nada mejor en el mundo que tener, por fin, esa certeza.

—Te quiero, Tina, te quiero más que a mi vida.

Después de eso no hay tiempo para más palabras. Lo desvisto con reverencia, beso cada tramo de su piel y lo guio hacia mi interior casi de inmediato, pues no puedo soportar no tenerlo dentro ni un minuto más. Samuel encaja en mi cuerpo de una forma tan perfecta que quiero reír, o llorar, o gritar por haber sido tan tonta y no haberme permitido tenerlo antes. Porque si él hubiese estado en mi vida antes, no habría cometido tantísimos errores. Claro que, al menos, ahora está aquí, conmigo y para mí, y cuando el orgasmo nos arrastra de nuevo al compás de una música que solo escuchamos nosotros, siento que puedo con todo, y que no hay nada que no pueda vencer si él está a mi lado.

Su susurro en mi oído antes de salir de mi cuerpo me lo confirma.

—Tú y yo, nena, contra el mundo y tus demonios.

No habrá nunca frase en el mundo que me guste más que esa. Sonrío y me acurruco junto a su cuerpo, dispuesta a empezar a vivir mi vida, convenciéndome de que merezco un regalo como este, y segura como nunca antes de que lo aprovecharé al máximo.

36. Mi amiga, la inseguridad, vuelve a casa

Cuando Tina llega a trabajar lo hace con una gran sonrisa, claro, yo la entiendo. La señora se ha pasado la noche y la mañana disfrutando de los placeres carnales, no como yo, que me la he pasado enfurruñándome cada vez más. Nos ponemos a trabajar y gracias a Dios los clientes no nos dan tregua, porque no me veo muy capaz de hablar acerca de nada. Estoy cansada, mucho, y a nivel psicológico tampoco es que esté para tirar cohetes.

La noche no es mucho mejor, no te creas, porque acabo de trabajar a las doce, me voy a casa y me encuentro con que, Fran con Wendy, y Samu con Tina, se han encerrado en sus respectivas habitaciones y aquí que me tienes: sola y aguantando gemidos ajenos, porque por más que se controlen, los oigo a la perfección.

Para colmo llamo a Oliver, pero él no me lo coge y pasados unos minutos me manda un mensaje diciéndome que está ocupado. Le pido que me llame a la hora que sea, y lo hace, a las tres y pico de la madrugada, pero yo estoy tan cansada que una vez que me duermo no me entero de nada hasta que el despertador suena a las nueve y media.

Joder, a más duermo, peor me siento. En realidad, hasta esta tarde no tengo que trabajar, pero quiero aprovechar y salir para hacer fotos con la cámara. Debería haberme despertado al amanecer, pero con el cansancio que arrastro me ha sido imposible. Más cuenta me trae esperar a la semana que viene, que estaré de turno de mañana y ya que entro a las ocho me levanto antes para ir a la playa a fotografiar la salida del sol. Cojo los arreos y salgo del dormitorio. En casa no se oye un alma, claro, los cabrones estarán rendidos. Bueno, Samuel estará en la consulta, pero Tina estará seca, seguro.

Me voy al pueblo y me pongo a hacer fotos. Tan absorta estoy en mis pensamientos que hasta las dos y algo que noto el hambre no paro, así que me marchó al camping y como algo en casa de mis padres antes de ponerme a trabajar. Y así se me va otro día. En realidad, así se me van muchos días. Es triste, pero cierto.

Está siendo un lunes de órdago.

Para colmo esta noche se plantan unos alemanes en grupo que nos hacen quedarnos trabajando hasta las dos y pico. Fran me ofrece irme, pero no me parece bien que tenga que pagar más a los otros camareros, porque eso es aparte, y total, no tengo nada mejor que hacer así que me quedo con él y al final llegamos a casa ya de madrugada, lo que se traduce en otro día en blanco con Oliver, porque me ducho y de verdad pienso llamarlo, pero estoy tan cansada que no me siento con capacidad para hablar. Además, joder, él también podía haberme llamado y lo más que tengo es un mensaje preguntándome qué tal, sin más, ya ves, como si con eso me bastara... Desde que en una conversación yo admití por fin que somos novios, no hago más que comerme la cabeza con la posibilidad de que Oliver me engañe, como hizo Jake. En mis momentos de lucidez me sorprende que todavía mi cuerpo y mi mente reaccionen para mal ante el daño que mi ex me hizo, pero supongo que es algo que se irá con el tiempo... Lo hablé con Oli, y me aseguró que no tenía de qué preocuparme.

Intento aferrarme a eso, pero cada vez me resulta más complicado. Noto cómo me voy convirtiendo en una persona obsesiva y lo confirmo esta misma noche, cuando siento la necesidad de investigar a fondo su Instagram y su Twitter. Estoy rendida, apenas puedo tener los ojos abiertos, debería dormir, pero mírame, aquí estoy, espiando las redes sociales de mi novio. No debería hacerlo y lo sé, de verdad, pero no puedo evitarlo. De pronto, Ramona, mi conciencia, no hace más que gritarme que Oliver me engaña, un nudo de angustia se aposenta en mi pecho y ya no es que busque algo raro, es que estoy convencida de que voy a dar con ese algo.

Empiezo a ver fotos incluso de la página web del estudio, y es pasada media hora cuando encuentro una imagen que me eriza al completo. En principio no parece gran cosa: hay un señor tumbado en la camilla boca abajo y Oliver está sentado en su taburete de tatuar, inclinado hacia su espalda. El problema es que, del otro lado del señor, hay una mujer también inclinada y tatuando, al parecer, otra parte. Primero pienso que un tatuaje a dos bandas debe doler un cojón, pero es algo fugaz, porque de inmediato me centro en ella. Lleva recogida una coleta y tiene el pelo negro, largo, abundante y ondulado. Su piel es blanca y su brazo está tatuado por completo, el otro se ve menos, pero parece que también. Tiene el perfil de una mujer dulce y de alguna forma, sé que no lo es. Es como si sus facciones no pegaran con sus expresiones. No estoy loca, de verdad, puedo notarlo. Lo que hago a continuación es algo que ya sé de antemano que me traerá problemas, pero aun así busco en el pie de la foto su nombre y leo que se llama Kellie, así que cierro el navegador, abro Instagram, voy a la cuenta de Oliver y de ahí a sus «Seguidos». Busco a Kellie y doy pronto con ella, porque tiene una foto de perfil en la que sale justo de lado, alzando el brazo, como sacando músculo. Tiene la cuenta abierta al público y agradezco al cielo el detalle, al tiempo que el nudo de tensión y angustia se me aprieta. Voy a encontrar algo que no me va a gustar, lo sé, lo sé, lo sé, pero no voy a parar.

Kellie es... es una puta preciosidad. Está muy tatuada, mucho, como Oliver. Tiene los ojos de un color azul claro, o gris, según la foto, que atrapa incluso en la distancia, y estoy segura de que sabe bien cómo taladrar a la gente con una mirada. Su piel, en efecto, es pálida y parece suave. Es delgada, con buen pecho y una sonrisa brillante, además de un estilo que va mucho con el de Oliver. Me fijo en una foto en la que ella, Kay y Oli sonríen a cámara abrazados por la cintura. Mi chico tiene los pies cruzados y parece relajado y contento. Están en un bar porque puedo ver la barra detrás. La foto data de hace una semana y de inmediato me pongo alerta. ¿Por qué no me ha contado Oliver nada de ella? Solo me dijo que se llevaba bien con sus compañeros, que los quería mucho, pero yo di por hecho que todos eran hombres, joder. ¡O mujeres feas y machorras! Kellie no tiene nada de machorra, y Oliver no me ha dicho una sola palabra de ella, lo que es malo, muy malo. Trago saliva intentando que mi boca no se seque y como una kamikaze miro el resto de fotos, sabiendo que voy a hacerme aún más daño, odiando ese hecho, y deseándolo al mismo tiempo. Masoquismo, lo llaman algunos.

Tiene instantáneas en el estudio, con otros trabajadores, de fiesta, ella sola en distintos lugares, y una que me pone el vello de punta, porque está tomada en un sofá que yo conozco muy bien. Tan bien como que es el de la casa de Oliver. Trago saliva

y leo el título, pero solo dice «tarde de pelis y palomitas». Para ti igual es una tontería, pero para mí es una bofetada en la cara y busco a la desesperada etiquetas para saber quiénes han estado, pero la zorra no nombra a nadie. Empiezo a pensar en ellos dos tumbados en el sofá, viendo películas mientras yo me mato a servir mesas en el camping y el rencor me corroe.

Estoy mucho, mucho, mucho tiempo viendo fotos. Tanto que ya casi al amanecer he llorado largo y tendido debido a mi propia paranoia. Estoy tentada de mandar un whatsapp a Oliver con una foto de Kellie y esperar una reacción, pero antes de comportarme como una loca quiero calmarme y esperar a preguntar a Wendy. Ya que está aquí, le pediré que me hable de Kellie, y de paso de Valery, joder, tengo derecho a saber de las ex novias de Oliver, y si él no quiere hablar, tendré que enterarme por otro lado.

La noche, en resumen, es un infierno. Apenas duermo un par de horas y cuando me despierto no lo hago mucho mejor, la verdad. Y encima no me toca descansar hasta el domingo, con lo que me quedan muchos días de trabajo por delante. Entro en la cocina y me encuentro con Wendy, son las doce y pico porque cuando por fin me dormí era ya de día. Tengo ojeras, la nariz hinchada y los labios secos; no es mi mejor imagen, y lo sé, pero no me importa.

—¿No hay nadie?

Wendy me mira y sé que se ha quedado un poco cortada, pero decide tratarme con normalidad fingida.

—No, Tina ha salido a hacer la compra, que decía que le tocaba, tu hermano Samu está en la consulta y Fran en el restaurante.

—No descansa ni porque estés aquí, joder —refunfuño mientras me sirvo un vaso de agua.

—El camping es su vida —dice ella sonriendo con cautela—. Creo que es la vida de todos tus hermanos, menos de Samu.

—¿Y no te jode?

—No, porque esta tarde la ha cogido libre para que estemos solos. No creo que esté obsesionado, tampoco.

—No, eso no. —Suspiro y me siento dando vueltas al vaso—. Lo siento, no estoy siendo un ejemplo de simpatía desde que llegaste, ¿no?

—No mucho, pero te entiendo. Estás cansada y triste porque Oli no está aquí, ¿no? —Me encojo de hombros por respuesta—. Él quiere venir lo más pronto posible, Dani, tienes que creerme.

Miro a la mesa y pienso que es el momento... Tengo que preguntarle por Kellie, porque si deajo que esto se me enquistase vamos a tener un gran problema.

—Te creo, pero eso no hace que sea más fácil. Llevo sin verlo ya dos meses. Joder, hemos estado juntos una semana y como pareja, solo una noche. Es raro, y frustrante y... triste. Es bastante triste en realidad.

—Me imagino que sí, pero si vieras cómo está él te darías cuenta de que no lo está llevando mejor que tú. No deja de trabajar y adelantar todo lo posible para poder venir cuanto antes.

—Ya... Pues le queda tiempo para ir de bares.

—¿Cómo?

Ahora, ahora voy a preguntarle por Kellie, la compañera buenorra. Tengo que hacerlo para dejar de preocuparme, así que me lanzo de una vez.

—¿Quién es Valery?

«*Sí señora, con dos ovarios. ¿No ibas a preguntar por Kellie? Estás loca, joder, muy loca*».

Ignoro a Ramona, y me concentro en la cara de *shock* de Wendy.

—¿Perdón?

—¿Quién es Valery? Tu hermano tiene tatuado su nombre en la zona del corazón y quiero saber quién es. Supongo que una ex novia, claro, pero necesito saber más.

—¿Le has preguntado? —pregunta con suavidad, como si temiera enfadarme más, quizá porque estoy alterada y se nota.

—¡Claro que le he preguntado! Y, o me evade, o me dice que lo olvide, y que no merece la pena hablar de eso.

—No me corresponde a mí hablar de eso, entonces, nena.

—¡No puedo estar así! Me he pasado la noche viendo fotos de tu hermano con una tatuadora buenorra que, al parecer, trabaja en su estudio. Y debe ser muy amiguita suya porque también van a bares, y ven películas en su casa, y...

—¿Has visto fotos de Kellie? ¿Por qué?

—¡Porque necesito saber qué hace tu hermano en Los Ángeles que no me cuenta! Y está claro que mucho.

—¿Te ha mentado él?

—No, él me hablaba de ir a tomar algo con los compañeros de trabajo, pero no mencionaba a ninguna compañera buenorra, desde luego.

—Kellie es una buena amiga desde hace mucho para él —susurra—. Es buena persona, Daniela.

—Ya. —Me río, sarcástica—. Parece una devora hombres. ¿Ha tenido algo con Oliver? —Wendy no va a responder, y lo sé, pero también sé que si soy rápida podré fijarme en el impacto de mi pregunta en su semblante antes de que pueda ocultarlo—. ¿Han estado liados?

Ahí está: la bajada de párpados y el pequeño gesto de incomodidad que me dice que sí, han tenido algo. La he pillado y ella se da cuenta, porque chasquea la lengua y se gira hacia el fregadero, mirando por la ventana de la cocina.

—Kellie es muy importante en la vida de Oliver, y también en la mía, Daniela. En el pasado tuvieron algo, pero eso está acabado —Vuelve a mirarme—. Mi hermano es un buen hombre, te quiere y está sufriendo esta distancia, así que no deberías desconfiar de él de esta forma.

Aprieto la mandíbula, porque tengo muchas ganas de gritarle que en realidad ocultarme que trabaja con una ex y sigue quedando con ella para salir de fiesta y ver películas es mentirme a lo bestia. Debo callarme, hablar con Oliver y descubrir el resto de su boca. Pero por alguna razón, no puedo detenerme. No hasta saberlo todo.

—Valery —vuelvo a decir—. ¿Es otra ex?

—Valery fue alguien muy importante en su vida también, sí.

—¿Más importante que Kellie?

Wendy me mira y, por primera vez, la veo enfadarse de verdad.

—Deja de preguntarme por las mujeres de la vida de Oliver, Daniela, no me corresponde a mí contarte todo esto.

—¡Tu hermano se niega a contarme nada! Se cierra en banda y evade cada jodida pregunta.

—Quizá necesita que estéis cara a cara para explicarte las cosas, o igual solo quiere evitarte justo esto. Oliver no tiene necesidad de ponerte los cuernos, por Dios, es un hombre serio y comprometido. Su apariencia puede decir una cosa, pero es otra muy distinta.

—No digo yo que no, pero estás desviándote del tema. ¡Háblame de ellas, Wendy! ¡Por favor!

—¡Ya no son nada! —exclama, exasperada—. ¡Ellas ya no están de esa forma en su vida! Eres tú quien está ahora, y quien ha conseguido que vuelva a sonreír y ser feliz. ¿No te basta?

—Si siente la necesidad de evadir estos temas, es que es más complicado de lo que parece. Siento que no lo tengo al completo, y yo lo quiero todo —digo llorando.

Decirlo en voz alta me hace darme cuenta de cuál es el verdadero problema. He temido incluso pensarlo, pero esta es la verdad... Yo no tengo a Oliver al cien por cien, lo noto, y estoy segura de que, si se lo digo, me dirá que no es cierto, y quedará como la mujer inmadura e insegura que no hace más que inventar excusas para hacer tonterías.

—¿Qué está pasando aquí?

Me giro y me encuentro a Fran mirándonos muy serio. Me limpio las mejillas con rapidez y miro a la mesa.

—Nada —susurro.

—Para no ser nada se puede cortar la tensión con un cuchillo. —Lo miro y veo cómo interroga a Wendy con la mirada—. ¿Qué pasa, rubia?

—Nada Fran, déjalo. —Me mira seria y se moja los labios—. Daniela tiene mucho que hablar con Oliver, solo eso.

—¿Piojo?

—Tiene razón. —Tomo aire y miro a Wendy—. Lo siento —murmuro—. Voy a vestirme y salir a dar una vuelta.

Me voy de la cocina mientras ambos me llaman, pero no miro atrás, y sé que mi hermano no va a dejar a Wendy sola, porque está claro que yo he hecho que se sienta incómoda. Esa mujer es mi amiga, la considero así, y le he hecho pasar un mal rato por culpa de mis celos e inseguridades. Y lo siento, de verdad, pero cuando recuerdo la forma en que se ha negado a hablar de las ex novias de Oliver ardo de nuevo, así que decido que lo mejor que puedo hacer es salir de casa y relajarme antes de entrar a trabajar.

Me pongo un pantalón vaquero corto y una blusa roja y negra de cuadros anudada en la cintura, dejando parte de mi vientre al descubierto, y bajo las escaleras para encontrarme a Wendy en brazos de Fran. Se besan y abrazan, pero sé que mi hermano intenta consolarla porque no parecen muy felices, así que decido que no voy a interrumpirlos. Salgo de casa y me voy derecha al camping. Por el camino conecto los auriculares al móvil y me pongo la lista de reproducción que oigo desde hace días. Irónico es que la primera canción que suena sea «Just give me a reason» de Pink y Nate Ruess.

¿Por qué me siento como si me estuviera inventando algo que ha quedado ya demostrado? ¡Kellie es una ex novia y Valery otra! Y si la primera es preciosa y me hace sentir inferior, no quiero ni imaginarme a la segunda, porque sé que esa sí que puede hundirme. Ella ha ocupó el corazón de Oliver de forma tan intensa que él sintió la necesidad de grabársela en la piel con tinta. ¿Cómo no va a preocuparme y asustarme pensar que yo jamás estaré a su altura?

Entro en casa de mis padres agradeciendo haber llegado y descansar un poco la mente, y agradezco aún más que no estén por aquí porque no necesito que vean el careto que el maquillaje no ha conseguido camuflar. La casa es bastante grande, claro, teniendo en cuenta que ha albergado a seis niños tiene que serlo. Está construida justo a la entrada del camping y de hecho desde la recepción se puede acceder al salón principal. Tiene una cocina enorme, un salón grande con tres sofás de tres plazas y un baño en la parte inferior. Arriba están las habitaciones y dos baños más. Es una casa cómoda, práctica y hogareña en la que siempre he encontrado consuelo, y pienso mientras subo las escaleras que igual no es tan mala idea volver a dormir aquí. Total, en casa de Samuel ya solo me esperan gemidos y empalagos por doquier. No es una imagen que me vuelva loca en este momento.

Llego a la habitación que he compartido con Martín siempre y sonrío, porque la diferencia de los lados opuestos de la misma siempre me hace recordar los días en que mi hermano se enfurrñaba por tener que compartir espacio con la única chica, mientras el resto campaba a sus anchas entre calcetines sucios y revistas de coches por todas partes. A él le tocaba limitarse a su lado del dormitorio y pobre de él como se le

ocurriera tocar algo mío o cruzar el límite marcado con cinta aislante que dividía nuestros territorios a la perfección... Me siento en mi antigua cama y miro los posters que adornan las paredes: en mi lado de actores guapos y roqueros; en el lado de Martín de chicas semidesnudas y jugadores de baloncesto.

Mi hermano no está, pero aparece a los pocos minutos con un cigarro colgando de sus labios, sin camiseta y con el pelo rizado revuelto cayéndole por los ojos. No me extraña que las mujeres pierdan la cabeza por él, porque el mamón es muy guapo.

—Mamá se va a cabrear si te ve fumar en el cuarto —digo a modo de saludo.

Él inclina la cabeza a un lado para estudiarme mejor, se tumba en la cama con un brazo detrás de su nuca y expulsa el humo antes de hablar.

—Estás hecha un asco.

—Me siento hecha un asco —reconozco.

Martín palmea el lateral de su cama, y voy a tumbarme a su lado sin pensarlo. Me pasa el cigarro y doy una calada mirando al techo.

—¿Problemas en el paraíso?

Sonrío con sarcasmo y se lo cuento todo, sin dejarme un solo detalle y empezando por el distanciamiento que parecemos sufrir Oli y yo. Por mi parte, desde luego, lo noto menos receptivo, como distraído... Si le pregunto me asegura que todo está bien, que estamos genial, y que me echa de menos, pero en realidad yo sé que algo empieza a torcerse. Mi intento de averiguar más de su vida pasada no ha ayudado en nada, la verdad, y ahora tengo un novio distante, una cuñada que se siente presionada y seguramente dolida, y un hermano que estará cabreado cuando sepa que he atosigado a su novia con mis paranoias, y que para más inri es mi jefe... Mi tarde va a ser un completo infierno, lo veo venir.

—Sí que te ha cundido la mañana, entonces —dice Martín riéndose.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? Si es que eres un mequetrefe. —Hago amago de levantarme de la cama—. Mejor le cuento mis cosas a Lorenzo o Diego.

—Has venido a buscarme porque sabes que ellos lo primero que te dirán es que maduras.

—Y ya sabemos que la madurez no es lo tuyo, con lo que recomendármela...

Martín ríe entre dientes, sin quitarme la razón.

—Habla con Oliver, piojo. Habla con él en serio, no dejes que esto se te enquisten o vas a acabar mal. Otra vez.

—Sería más fácil si pudiéramos hablar en persona.

—Entonces espera a que venga de una puta vez y háblalo con él, pero conociéndote, de aquí a que eso ocurra ya la habrás cagado un millón de veces.

Voy a recriminarle ser tan imbécil, pero a más que me moleste que me lo diga así, tiene razón. No puedo dejar pasar más el tema, necesito que me hable de las mujeres

de su vida sin reservas y de una vez por todas. Y de esta noche no pasa.

Espero que Oliver esté listo para contestar más de una pregunta.

37. Pedir perdón es de valientes

Sigo hablando con Martín un rato, al principio sobre Oliver y mi relación con él, pero poco a poco y de forma gradual pasamos a hablar de mi trabajo en el camping y lo mucho que me estoy esforzando. A su manera, mi hermano reconoce estar sorprendido de que aguante tantas horas el trabajo de camarera, y aunque no lo digo en voz alta, siento un ramalazo de orgullo, porque por fin empiezo a sentirme parte de la familia otra vez. No me han hecho el vacío, ni mucho menos, pero yo sola me he hecho a la idea de que me verán con malos ojos por volver y querer ocupar un puesto que he rechazado tantas veces en el pasado. No quiero herir a mis padres, ni a mis hermanos, y tener la certeza de que valoran mi esfuerzo es un motivo para sonreír en este día de mierda.

Al final y como era de esperar acabamos inmersos en nuestro juego favorito, que consiste en encadenar palabras por la última sílaba. Parece tonto, pero si te digo que en realidad solo podemos encadenar insultos la cosa mejora, ¿a que sí?

—Cerdaca —dice Martín.

—Ya has dicho cerda antes, así que cerdaca no vale.

—Sí que vale.

—No vale.

—Sí vale.

—Bueno, pues cabronazo.

—Ya me has llamado cabrón antes, eso no vale.

—¡Pero si es lo mismo!

—No vale.

—Gilipollas.

—Eso no empieza por Ca.

—Caraculo.

—Lorzas.

—¿Tengo lorzas? —pregunto ofendida—. ¿Dónde?

—En el cerebro. —Miramos a la puerta, donde Fran se apoya con los brazos cruzados—. Tenéis lorzas en el cerebro los dos.

Tuerzo el gesto, porque está de malas, se nota, y Martín también se da cuenta porque se levanta de la cama y empieza a largarse sin ni siquiera inventar una excusa.

—Traidor de mierda... —murmuro por lo bajo.

—Esta no es mi guerra, hermanita —responde él sin molestarse en susurrar, para que Fran no le oiga.

Cuando sale vuelvo a tumbarme y miro al techo, que es mucho más fácil que

enfrentarme a la cara de mi hermano mayor.

—¿Me la voy a cargar?

—Mejor. Vas a trabajar hasta que se me pase el cabreo.

—Eso suena a esclavitud.

—Eso suena a: mueve el culo y vamos al restaurante o me siento en la cama y tenemos ya la charla. ¿Qué prefieres?

—¿Qué pasa aquí? —miramos a mi padre, que acaba de entrar en la habitación también.

Joder, ya recuerdo por qué no quería vivir en esta casa. Cada habitación es como el camarote de los hermanos Marx. Miro a mi padre y me siento pequeña, porque él es muy grande, pero también porque siempre tiene esa postura que impone al más pintado. Diego Acosta es un hombre de carácter fuerte, amable y sensato, pero no soporta que nos peleemos entre nosotros. Es lo único que lo pone serio. Aparte de todo, yo suelo ser su niña consentida, lo que trae a mis hermanos por la calle de la amargura, porque reconozco que más de una vez me he librado de una charla a base de poner ojitos y hacer pucheros. Tentada estoy de usar la táctica ahora porque mi padre mira a mi hermano Fran tal como lo hacía años atrás, cuando le repetía una y mil veces que yo ya tenía padre, y no necesitaba otro. Ay, los buenos y viejos tiempos... La Daniela de ahora, por desgracia, está en proceso de maduración, así que me aclaro la garganta y sonrío.

—Nada papá. Es solo que no me apetece ir al restaurante aún.

—No es tu hora de entrar, ¿no?

—No, pero prometí a Fran echar un par de horas extras.

Él me mira, midiendo mis palabras y pasando por ellas el detector de mentiras. Sé el momento exacto en que descubre que no es verdad, y también veo con claridad que va a dejarlo pasar. Al parecer, todos hemos empezado a hacer ejercicios de contención en esta familia, lo que es una buena noticia, porque solíamos armar un drama importante por cualquier cosa y somos muchos, así que mejor aprender a mantenernos en calma, aunque sea a base de dejar correr ciertas cosas.

—¿Comes allí, entonces? —Asiento y él se acerca para besar mi frente. Se gira y antes de salir sonrío a Fran—. Esta noche hay cena familiar, trae a Wendy para que podamos conocerla más a fondo. También se lo he dicho a Samuel para que avise a Tina.

—¿Esta noche? —Frunzo el ceño—. Es martes.

—¿Hay alguna norma que prohíba a las familias cenar los martes?

Como ves, mi sarcasmo es algo genético. Niego con la cabeza y él sale sin más. Yo también echo a andar, porque como bien ha dicho Fran, prefiero trabajar a tener una charla.

Con todo, mi hermano cumple con la promesa que le ha hecho a Wendy, así que

en cuanto llega la hora de comer se va para pasar la tarde con ella. Me siento aliviada, pero triste, porque sé que he jodido en parte el ánimo de los dos para el resto del día. No me iré a dormir sin hablar con ella, y espero que pueda entenderme, tal como yo entiendo su postura, ahora que pienso en todo el tema en frío.

Tina se pasa toda la tarde preguntándome qué coño me pasa, y aunque al principio no quiero romper su burbuja de felicidad con mis mierdas, acabo soltándolo todo y esperando su consejo.

—Se te ha ido la olla, pero tampoco es para fustigarse, Dani. Yo lo habría hecho igual.

—¿Sí?

—Sí, pero ya sabes que somos parecidas... Aun así, creo que te has pasado con Wen.

—Sí, lo sé. Me sabe fatal haberla presionado tanto.

—Bueno, en el momento era tu única salida, así que es normal. Además, joder, tampoco ha sido para tanto. ¿Habéis discutido? Bueno, pues lo arregláis y ya está. ¡Anda que no hemos discutido nosotras veces!

—Pero es distinto, Wendy es más dulce.

—Ser más dulce no es sinónimo de ser más débil —dice ella.

—Desde que has dejado la botella te has vuelto muy sabia, Antonia.

Mi amiga suelta una carcajada y me da un empujón cariñoso en el brazo.

—Eres una cerdaca por recordármelo.

—Es la segunda vez que me llaman cerdaca hoy. ¿Es por mi nariz? Joder, con la de insultos que hay...

Reímos y bromeamos un rato de su alcoholismo, de mi arranque de inseguridad y celos compulsivos... Cosas sanas de las jóvenes de hoy en día, ya sabes.

Quitando el hecho de sentirme mal por varios motivos, es liberador trabajar tanto esta tarde. Las mesas se llenan sin parar, ya sea para comer o beber mirando al mar. El aroma del salitre me ayuda a calmar mis nervios, como ocurre siempre, y me encuentro pensando lo mucho que me gustaría ir a la playa de buena mañana. Hacer fotos, nadar... empezar un día como si fuese un lienzo en blanco y rellenarlo a base de acciones que me hagan sentir bien. Necesito crear un día en positivo, y lo haré mañana. Tengo que obligarme a llenar mi mente y mi cuerpo de acciones y pensamientos buenos para no venirme abajo. Sé que no estoy ni siquiera cerca de superar mi crisis de celos e inseguridad, pero tampoco puedo dejarme arrastrar y ver adónde me lleva esto, porque la verdad es que ese método no funcionó muy bien con Jake. Cuando además salgo de trabajar me prometo conectar con Oli por Skype en cuanto acabe la cena familiar. Tengo que preguntarle por todo lo que me preocupa. Incluso debería contarle lo ocurrido entre Wendy y yo, no para hacerlo responsable, pero sí para que vea hasta qué punto me afecta no saber la historia completa de las

mujeres de su vida.

Voy de camino a la casa cuando Fran me intercepta y manda a Tina, que viene a mi lado, a seguir sola mientras él habla un momento conmigo. Ya debí imaginarme que no sería tan fácil librarme del sermón, pero me pongo nerviosa, como siempre, porque si todos mis hermanos me causan impresión, aunque no quiera reconocerlo, Fran es... distinto. Quiero gustar a Fran, quiero que Fran me quiera siempre y no se enfade conmigo. Tiene ese genio tan alegre, amable y dicharachero, que no soporto que esté de malas justo conmigo, la verdad.

Caminamos por el sendero que lleva a la piscina y sé que busca privacidad, porque a estas horas ya está cerrada. Abre la valla, entra y se sienta en el borde después de descalzarse, metiendo los pies en el agua. El día aún clarea y en el horizonte se ve el mar y la puesta de sol. Me siento a su lado después de quitarme las zapatillas y me maravillo un momento con el paisaje frente a nosotros, pensando en la suerte que tengo de estar en un lugar tan hermoso como este.

—¿Cómo está Wendy? —pregunto con suavidad, dado que él no parece dar el primer paso.

—Está bien, piojo, dentro de lo que cabe. Se siente mal por no poder ayudarte, pero no puede faltar el respeto a su hermano de esa forma.

—Lo entiendo.

—¿Lo haces? ¿Te das cuenta de lo que le has pedido? —Remueve el agua con los pies—. Te quiero, pero tienes que aprender de una vez por todas a pensar antes de actuar, sobre todo cuando tus actos afectan a gente que solo quiere que estés bien.

Se me saltan las lágrimas, porque sí, porque ver a Fran ten serio siempre hace que me sienta como una niña pequeña pillada en falta.

—Oliver no me habla de ellas...

—Habéis estado juntos una semana, Daniela, y lleváis dos meses hablando por teléfono y videollamadas, que está muy bien, porque yo lo hago con mi rubia, pero no es lo mismo. Tenéis que hablar de esto cara a cara.

—Necesito que me cuente sus historias para dejar de pensar en ellas.

—No, lo que necesitas es dejar de pensar en lo que tú necesitas. —Me mira muy serio—. ¿Qué quieres? ¿Avasallar a Oliver y presionarlo hasta que se sienta obligado? ¿Acaso te ha presionado él para que hables tú de tu pasado?

—Bueno, él lo sabe todo de mí.

—Porque tú se lo contaste, porque tú eres de hablar, hablar, hablar, y hablar. ¡Y no pasa nada! Porque yo también soy así, pero tenemos que entender que hay gente más sosa y calladita, que van a otro ritmo chiquilla, y no los podemos obligar a ser como nosotros.

Frunzo el ceño, porque sé que tiene razón, pero eso no significa que me guste lo que me está diciendo. Además, a mí también me costó lo mío abrirme a Oli, pero

después de que insistiera lo hice. Es lo mismo, ¿no?

—Solo quiero ser importante para él. Quiero serlo todo... Y estar por encima de la mujer que consiguió que se tatuara el corazón.

—Cristo, Daniela. —Se ríe—. Es que lo dices de una manera que parece que el muchacho se arrancó el corazón, se lo tatuó y se lo volvió a tragar para recolocárselo. —Me río sin poder remediarlo, y él sonríe pasando un brazo por mis hombros—. Ella sería importante, igual que Jake fue importante en tu vida, pero ya ninguno de los dos existe. Ahora tú eres su chica, piojo. Él te quiere a ti.

Me dejo caer contra su hombro, pensando en la razón que esconden esas palabras. Cierro los ojos, dispuesta a convencerme de eso, y aunque en apariencia lo consigo, el dolor sordo sigue ahí, en el fondo, punzando y dejándome claro que no va a desaparecer de un momento a otro. Mi relación con Jake ha sido tóxica, dramática y obsesiva, pero nunca, jamás, se me pasó por la cabeza tatuarme por él. Y si siendo tan intenso había descartado esa opción... ¿Por qué Oliver había tenido la necesidad de hacerlo? Eso es lo que me carcome: el motivo por el que decidió estamparla para siempre en su piel. Yo pensé que el tatuaje que compartimos era único, que él nunca se había tatuado por una mujer, y darme cuenta de que no es así me quema. No digo que sea un sentimiento sano, o justo, pero no puedo mandar en lo que siento y me brota de dentro.

Cuando acabo de reconciliarme con Fran me tira al agua así, sin avisar ni nada. Conforme salgo y lo veo reír a carcajadas me cuido mucho de no mandarlo a la mierda, porque no quiero provocar su seriedad de nuevo. Eso sí, me juro a mí misma pillarlo desprevenido en algún momento y devolvérsela.

Volvemos a casa, donde ya están todos, y cuando me ven chorreando ni siquiera preguntan el motivo, lo que me demuestra una vez más que mi familia ya está acostumbrada a estas cosas. Es probable que piensen que me he puesto farruca y Fran me ha remojado para quitarme la tontería, y como no tengo más ganas de gresca ni siquiera me esfuerzo en ofenderme por las sonrisitas que mis hermanos lucen en este momento. Subo a cambiarme, abro mi armario y solo encuentro un pantalón de chándal de hace años y una camiseta de propaganda. No es el mejor vestuario, pero estaré seca, que es lo importante.

La cena va bien, mis padres atiborran a Wendy a preguntas, y como la pobre está muy cortada e intenta responder a todo sin parecer maleducada, nosotros cabemos a más canalones por cabeza. ¿Qué? Somos unos agonías de mierda con la comida, no podemos remediarlo. El día que algún virus ataca a algunos hermanos con diarreas y los obliga a llevar dieta blanda nos desnudamos y bailamos de puro gozo alrededor de una hoguera.

«Deberías dejar de divagar sobre cosas como esta, de verdad te lo digo».

Ay, esta Ramona...

La vuelta a casa la hacemos en silencio. En realidad, he pensado largo y tendido si no debería quedarme en el camping, pero he quedado en hablar con Oliver y prefiero

hacerlo en una habitación privada. Ahora que Tina duerme con Samu tengo el escritorio para mí así que vuelvo con mis hermanos, Wendy y mi amiga en el coche. Cuando llegamos aparto a la hermana de Oliver y le hago un gesto con la cabeza, señalando el jardín. Ella me sigue y salimos. Nos sentamos en el césped mientras yo saco un cigarro y ella se abraza las rodillas. Odio verla tan nerviosa por mi culpa.

—Lo siento —digo sin más—. Siento ser tan imbécil.

—No nena. —Suspira y se encoge de hombros—. Siento haberme alterado tanto. Entiendo que si te has pasado la noche viendo fotos de Kellie te pusieras nerviosa.

—Me volví un poco loca, más bien —digo sonriendo un poco.

Ella niega con la cabeza y se acerca, abrazándome por la cintura. Es tan mona que me odio todavía más por haberle hecho daño.

—No, no estás loca, solo desquiciada porque necesitas respuestas, y te entiendo.

—Sé que suena irracional, que es una locura y que parece que busco una excusa para pelear, pero solo necesito que él me lo cuente todo y luego me prometa que ninguna era como yo, aunque sea mentira. —Me emociono y carraspeo mirando al césped—. Aunque yo nunca sea tan especial como ellas.

—Daniela, mírame. —Lo hago, y me encuentro con su semblante serio—. Valery y Kellie fueron muy importantes en la vida de Oliver, y las quiso con locura, me consta. —Mi gesto de dolor la hace sonreír con culpabilidad—. Pero ellas ya no están en su vida de esa forma, ahora todo lo que él quiere eres tú. Si pudieras ver cómo está...

—¿De verdad?

—Se pasa los días con la mirada perdida, nena. Habla de ti a todas horas, a todo el mundo. De hecho, la propia Kellie lo ha amenazado con cortarle los huevos si tiene que volver a escuchar más de una hora de halagos hacia ti. —Eso me hace sonreír un poco.

—Parece buena tía, y es guapa. Muy guapa.

Wendy me mira con comprensión, pero sonrío y se encoge de hombros.

—Es buena chica, Dani. Si solo pudieras conocerla... Algún día te darás cuenta de que tengo razón.

Sonrío y no digo más, porque no estoy segura de que algún día vaya a querer conocer más a Kellie. De hecho, si por mí fuera, Oliver se vendría a vivir aquí conmigo y se olvidaría de todo lo que lo ata a Los Ángeles y a Ibiza. Bueno, a la isla no, que así tenemos casa para veranear... Suena de un egoísta que apesta, lo sé, pero es lo que pienso de verdad.

Hablo con Wen de lo que le ha parecido la cena familiar, me cuenta que está muy ilusionada con Fran, aunque no hace falta que lo jure, porque sus ojos brillan con fuerza. También está su forma de sonreír... y los gemidos que intenta callarse en vano cuando se encierra con mi hermano en la habitación. Me alegro por ella, de verdad, y

después de un ratito me despido para entrar en casa. Estoy reventada de trabajar, y el estrés, sumado a las pocas horas de sueño, me tienen agotada. Y aún me falta enfrentarme a la conversación con Oliver...

Esta noche no vamos a calentarnos, porque tenemos que hablar de esto, pero no puedo evitar pensar en los dos meses de charlas eternas por teléfono y Skype. Muchas veces nos hemos dormido con los portátiles a nuestro lado, en la cama, y al despertar me he dado cuenta de que la conexión se había cortado al suspenderse el ordenador. Suena absurdo, pero en esas ocasiones, me siento más cerca de él, como si hubiese dormido conmigo.

No soy tonta, sé que me he enamorado como una loca de él. ¿Ves? Lo admito, y no pasa nada... Claro que a él no le he dicho ni media palabra porque, aunque Oliver no hace más que dejar claro que quiere estar conmigo, no ha hablado de enamoramiento como tal, y yo ya hice el ridículo a lo grande con Jake. No pienso repetir la experiencia, así que me mantengo calladita y a la espera de que él saque el tema.

Abro la puerta del dormitorio y me congelo en el acto. Mi corazón late al ritmo de una tamborada y me obligo a inspirar para no marearme. Oliver está sentado en la cama, tiene el pelo desordenado, como siempre, viste vaqueros rotos y una sudadera sin mangas verde de Nirvana que me encanta y, de hecho, le he pedido muchas veces como regalo para cuando nos viéramos. Todavía me hace sonreír recordar que me dijo que lo haría si me la ponía sin nada debajo... En su regazo descansa una guitarra y una sonrisa perezosa se abre paso en su cara mientras la suelta y se levanta con tranquilidad.

—Ey, chica hipster.

Tres palabras, solo tres palabras. Eso es todo lo que necesita para conseguir que me lance a sus brazos.

Jodido Oliver Lendbeck.

38. Enamorada de un artista

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Oliver me limpia las mejillas con los pulgares y me besa una vez más.

—Mi preciosa chica hipster... —murmura en mi boca.

Me derrito y me aprieto su cuerpo, sintiendo plenitud por primera vez en dos meses. Pensaba que lo echaba de menos, pero ni siquiera yo imaginaba cuánto hasta que lo he tenido frente a mí. Tengo la sensación de que mi cuerpo ha sido una botella de cristal llenándose de agua gota a gota, cada minuto, cada día que hemos estado separados, y para cuando por fin nos hemos reencontrado, la botella ha caído al suelo y ha reventado liberando el agua y dejándome respirar de nuevo con normalidad.

Quiero decirle tanto... Y solo alcanzo a abrazarlo, llorar y dejarme besar y consolar por él, que lejos de asustarse de mis lágrimas sonrío y las limpia con mimo.

—¿Lágrimas buenas? —pregunta en tono suave mientras besa mis mejillas en un gesto que me derrite todavía más.

Asiento de inmediato y lo beso intentando no temblar, ni moquear, ni hacer ninguna de estas cosas que suelen salirme con facilidad para acabar cargándome los momentos bonitos.

—Lágrimas buenas... —repito, temblando un poco.

—Ni siquiera esas me gustan. —Apoya su frente en la mía y me rodea por la cintura, entrelazando sus dedos en la parte baja de mi espalda—. Te eché de menos, nena.

Me río y acaricio su nuca, bajo mis manos y las poso en sus bíceps, tocándolo como si no acabara de creer que esté aquí conmigo. Me distraigo jugando con los hilos sueltos que caen de sus hombros gracias a que seguramente ha cortado él mismo las mangas de la sudadera.

—Y yo a ti. Está siendo muy duro.

El labio me tiembla, y quiero contarle que no estoy bien, que mientras una parte de mí se siente pletórica de tenerlo aquí, otra empieza a sufrir por adelantado pensando en cuanto tiempo se quedará, en la sensación de ir contrarreloj y, sobre todo, en la despedida. ¿Cuántas podré soportar antes de agotarme y abandonar? No quiero dejarlo por nada del mundo, pero, ¿hasta cuándo se puede soportar una situación como esta?

Deshecho cada pensamiento negativo, gracias, en parte, a los besos que Oliver ha empezado a darme justo debajo de mi oreja y las manos que han pasado de posarse en mi espalda, a meterse bajo mi camiseta y acariciarme con dedos trémulos. Un escalofrío recorre mi espina dorsal poniéndome el vello de punta cuando las palmas de sus manos pasan por mis costados y abarcan mis pechos, sus pulgares rozan mis pezones y suspiro echando la cabeza hacia atrás mientras su barba raspa mi garganta y sus dientes muerden con suavidad mi barbilla.

—Te necesito.

Su voz ronca y suave es solo una de las miles de cosas que hacen que Oliver consiga calentarme con un mínimo esfuerzo.

—Oliver... —Sueno quejumbrosa, necesitada, y él lo comprende.

Se deshace de mi camiseta con movimientos rápidos, pero firmes. Mi sujetador vuela, mi pantalón y mi braguita bajan al mismo tiempo. Cuando quiero darme cuenta estoy desnuda y me peleo con los botones de su bragueta mientras él se saca la sudadera.

—¿No podías ponerte un pantalón con cremallera y facilitarme el trabajo? —pregunto protestando.

Oliver ríe entre dientes, me ayuda y cuando por fin está desnudo pasa una mano por debajo de mi trasero y otra por mi muslo, levantándose y ayudándome a enroscarme en su cintura con facilidad.

Nos besamos así, mientras yo me enredo en su cuerpo y él me toca por todas partes unos minutos, hasta que me tumba en la cama con cuidado y se deja caer entre mis piernas. Sentir su erección frotándose contra mí desata mi desesperación por tenerlo. De pronto, cualquier preliminar, por corto que sea, me parece eterno y solo quiero tenerlo dentro de mí. Oliver sigue besando mis hombros, lamiendo mis pezones y moviéndose sobre mí con deliciosa y tortuosa lentitud.

—Oli...—gimo—. Ya, por favor, ya.

—¿Nada de sexo oral, caricias o susurros guarros antes? —bromea, aunque noto que está tan ansioso como yo.

Se separa de mi cuerpo y baja de la cama para coger sus vaqueros. Verlo rebuscar a toda prisa en los bolsillos un condón habría sido gracioso, de no ser por la necesidad que vibra en la habitación.

—Tomo la píldora —suelto de pronto. Él se para y me mira con intensidad—. No hemos hablado de esto, pero tomo la píldora desde hace mucho, y estoy limpia.

—Estoy limpio —susurra al tiempo que suelta el vaquero y vuelve a la cama. Gatea por mi cuerpo, abre mis piernas y besa mi pecho derecho antes de lamer mis labios—. Lo prometo.

—Te creo.

—¿Eso significa que confías en mí?

Asiento, me muerdo el labio y cuando su erección se apoya en mi entrada lo miro a los ojos, y por alguna razón, sé que debo decirlo justo en este momento

—Eso significa que te quiero.

Oliver abre los ojos con sorpresa, gime y se deja ir entrando en mi cuerpo y besándome como no me han besado nunca. No sé si han sido mis palabras, la situación, o el ambiente que hemos creado, pero todo se siente distinto; más intenso,

más abrasador y más bonito de lo que nunca he podido imaginar.

—Nena... Te quiero, joder, te quiero tanto.

Sonrío, sintiéndome en una nube, y lo empujo para que gire en la cama y me deje tomar el control. Él se deja hacer sin quejarse y cuando lo tengo debajo de mí me siento llena, no solo a nivel físico. Este hombre me quiere, a mí, es como un regalo del cielo, uno que no estoy segura de merecer. Paseo mi mirada por su cuerpo tatuado y sonrío cuando llego al de su pelvis, ese que nos hicimos en Ibiza. Oliver parece comprender lo que siento, porque tira con suavidad de mi cuerpo y me tumba sobre su torso.

—Así... —dice sin más.

Comprendo lo que quiere decir: así se rozan cuando me muevo, y saberlo incrementa el placer de ambos, alimentando nuestra necesidad y deseo. Tiro de sus manos, las elevo sobre su cabeza y entrelazo nuestros dedos mientras me muevo y lo miro a los ojos los momentos en que no nos besamos.

Oliver alza la cara intentando llegar a mi cuello, mi clavícula o mis pechos, y yo me enderezo de vez en cuando para darle acceso y que torture mis pezones con sus dientes, pero no duramos mucho. La necesidad es demasiada, el tiempo que no nos hemos tenido de forma física nos gana la partida y buscamos la liberación que tanto ansiamos. Me incorporo para quedar a horcajadas sobre él y muevo mis caderas en círculos mientras aprieto mis músculos internos. Oliver gime y se incorpora sentándose en la cama y abrazándome. Se agarra a mis caderas sin dejar de apretarme y me marca el ritmo mientras los gemidos se elevan cada vez más. Cuando da un toque a la parte baja de mi espalda presionando para que me roce más con su pubis, no puedo aguantar más y me dejo ir sacudiéndome y apretándolo, y sé el momento exacto en que lo arrastro conmigo, porque se queda rígido y clava sus dedos en mi piel para que no me mueva. Jadeamos, nos olvidamos de respirar y cerramos los ojos con fuerza agarrándonos a la piel sudorosa del otro, como si ambos temiésemos perdernos o hacernos desaparecer.

—¿Recuerdas la primera vez que lo hicimos? —pregunta Oliver—. Dije que había sido el mejor sexo de mi vida. —Asiento, aún medio ida—. Olvídalo, esto lo supera.

Me río y lo beso antes de separarme de su cuerpo y desparramarme en la cama. Él se tumba a mi lado, agarra mi mano para entrelazar nuestros dedos y nos quedamos mirando al techo unos minutos, no sé cuántos, pero después de un tiempo así Oli acaricia mi mejilla con su mano libre, haciendo que lo mire.

—¿Me quieres de verdad? —pregunta en susurros, como si temiera que lo haya dicho en un momento de exaltación.

—Te quiero de verdad. —Sonrío—. Pensaba esperar que tú lo dijeras primero, pero no soy buena reteniendo pensamientos o sentimientos, ya lo sabes.

—Me gusta tu verborrea siempre, nena, pero si además te lleva a declararte así, la adoro. —sonreímos—. Te quiero.

Me acurruco contra su pecho y dejo que acaricie mi cuerpo un ratito más. Sus toques empiezan siendo suaves, y lejos de aburrirse va delineando cada vena de mis brazos, mis pechos o mis muslos, al principio con la punta de sus dedos y más tarde con su nariz.

Empieza como un gesto romántico, pero pasado un ratito puedo ver que está listo de nuevo, y cuando quiero darme cuenta estamos haciendo el amor otra vez.

Es cuando acabamos por segunda vez que nos movemos en silencio hacia el baño para darnos una ducha conjunta. La verdad es que esta noche no he oído los gemidos de las otras habitaciones y me alegro, claro que eso es porque he estado entretenida gimiendo por mi cuenta, y pienso que, con toda probabilidad, mis hermanos, Tina y Wendy saben de la visita de Oliver. Los cabrones han disimulado bastante bien.

En la ducha nos tocamos y tonteamos, pero no volvemos a repetir, porque somos personas normales y no personajes de libros que se pueden follar cada diez minutos sin sufrir un calambre, o despellejarse la... pues eso.

Volvemos al dormitorio y nos tumbamos en la cama, todavía desnudos. Me abrazo a Oliver, pero él me suelta con suavidad. Lo miro con el ceño fruncido, pero sonrío, se mueve hasta sentarse contra el cabecero y coge la guitarra, que sigue a un lado en la cama.

—¿Vas a cantarme?

—Sí, ¿no quieres?

—Siempre quiero.

—Ven aquí. —Sonrío y obedezco, mientras me abrazo a su cintura y enredo mi cuerpo en el suyo de forma que no le moleste demasiado para tocar—. ¿Aporrearán la puerta tus hermanos?

—Que se jodan, me deben el aguantarse una noche con gemidos, guitarra, o lo que sea que queramos hacer.

Oliver ríe entre dientes y comienza a tocar unos acordes que de primeras no me suenan, pero cuando empieza a cantar sé de inmediato qué canción es y lloro de anticipación como una tonta. Él para el tiempo justo para besar mi frente y seguir cantando «You got me» de Davin Degraw.

Pienso que, o ha hablado con Wendy, o intuye que no estoy bien, y por alguna razón, sé con certeza que se trata de lo segundo, porque Oliver parece tener un lector de mentes y sentimientos en lo que a mí se refiere, y todavía no he decidido si eso es algo bueno o malo. Dejo correr un par de lágrimas y él las obvia, comprendiendo que necesito soltarlas. Después de que acabe la canción, nos dormimos abrazados y sin hablar.

Oliver se quedará en el camping solo hasta el domingo, porque el lunes tiene que hacer un tatuaje muy importante en Ibiza. Quería lograr dos semanas de vacaciones, pero ha sido imposible. De hecho, para poder venir ha adelantado trabajo en Los

Ángeles para tener libres estos días y, aunque una parte de mí no deja de hacerse preguntas con respecto a la conversación que tenemos pendiente, decido que lo mejor es disfrutar primero de estas horas juntos, quizá porque en el fondo sé que tras esa charla todo cambiará, y no estoy segura de si será para bien o para mal.

Al día siguiente de nuestro encuentro permito que mis hermanos se metan con nosotros con una sonrisa, propia del buen sexo y la felicidad de tenerlo aquí, y además se lo presento a mis padres, que le hacen un tercer grado del que escapa bien gracias a que Wendy da la cara por él, y ella ya ha pasado la prueba. Mi casa es como un Factor X o alguna mierda de esas, y si el jurado, o sea, mis padres y hermanos, deciden que no pasas el casting, pues no lo pasas y sanseacabó.

Después de desayunar con ellos nos escapamos los dos solos, le enseño el camping y vamos en coche hasta la academia en la que estudiaré fotografía en septiembre. Me encanta llevarlo a los lugares que yo habito o recorro normalmente, porque así cuando se vaya tendré un recuerdo suyo en cada escenario, y aunque parezca tonto, a mí eso me reconforta. Por la tarde tengo que trabajar, pero hablo con dos compañeros y los convengo para que cada uno me haga un día, así que sábado y domingo los tengo libres, aunque la semana que viene tendré que hacer dos turnos de doce horas. El resto de la semana sí que tengo que trabajar, pero al menos me alegro al ver que Oliver lo pasa bastante bien con mis hermanos y Wendy campando por aquí, tomando cervezas en el restaurante como buen guiri o dibujando en una mesa mientras yo trabajo.

Me encanta esto último... Verlo tan concentrado en su bloc para mí es una gozada: su ceño se frunce, sus labios se entreabren y sus dedos vuelvan sobre el papel.

De hecho, los días pasan, y estamos ya a miércoles cuando, en un descanso, cojo mi libreta de comandos y escribo en una hoja por detrás: «¿Querrás pintarme desnuda alguna vez? Me parece tan sexi imaginarlo...». Lleno una jarra de cerveza y se la llevo, la dejo en la mesa junto con la nota y me giro sin decir una palabra. Desde detrás de la barra puedo ver cómo desdobra el papel, la lee y se muerde el labio inferior con una sonrisa antes de alzar la mirada y buscarme. No necesito esforzarme para leer de sus labios la palabra: «Hecho», y como una idiota, me pongo de los nervios pensando en esa posibilidad.

Por la noche cuando salgo de trabajar y a pesar del cansancio pido a mi hermano Fran su coche prestado, pues es una camioneta típica americana y la voy a necesitar. Cojo un par de cojines, mantas y un termo de café y nos vamos a una playa muy privada que de noche está desierta. Estiro la manta sobre la parte de atrás de la camioneta y pido a Oliver que me haga el amor bajo las estrellas y con el rugido de las olas como hilo musical: perfecto ni siquiera empieza a definir las horas que pasamos aquí perdidos. Cuando acabamos Oliver coge una de las mantas y la tumba sobre la arena, con la otra hace una pared sujeta a dos cañas que encuentra donde está el coche, y de ese modo logra que no nos dé mucho el viento. El calor de julio ayuda y nos dormimos con una inmensa sonrisa en los labios. Cuando despertamos el dolor de espalda es importante, pero ver amanecer con él es otro de mis deseos cumplidos.

El resto de días los dedicamos a hacer cosas normales de pareja mientras yo evado por todos los medios a Ramona, mi conciencia, que no hace más que gritarme que debo hablar con él. Tengo que contarle que hay algo que me carcome. Necesito que entienda... pero tengo tanto miedo de que no lo haga que me callo, porque prefiero con mucho la burbuja que hemos creado para estos días y me amparo en que antes de que se vaya hablaremos, seguro, solo necesito encontrar el momento adecuado.

El problema es que los días pasan, el sábado llega y aquí estamos, con una sensación agridulce, porque son nuestras últimas horas juntos y si la primera despedida fue dura, no puedo siquiera imaginar cómo será esta. Aun así, intento mantener el ánimo alto, así que cuando llegamos a casa del camping entro en el dormitorio, cojo ropa y me voy a darme una ducha que no dura más de cinco minutos. Vuelvo pensando que la noche será tranquila y placentera, y me encuentro a Oliver extendiendo un edredón que no conozco sobre la cama.

—¿Y esto?

Él sonríe, se acerca a mí y alza mi camiseta. Bueno, alza su camiseta en realidad, porque estoy empeñada en dormir con su ropa, convencida de que así su olor me hará tener sueños bonitos. Si me oyera Tina me condenaría de por vida por moñas.

—Querías que te pintara, ¿no?

—Pero...

No me deja hablar, me tumba sobre la cama después de desnudarme por completo y siento tanta curiosidad que decido guardar silencio. Él hace lo propio, se quita toda la ropa y coge una bolsa de papel del escritorio para empezar a sacar botecitos de pintura.

—Las compré esta tarde, igual que el edredón. —Frunzo el ceño y Oliver ríe entre dientes—. Esto va a ser divertido.

El rojo es el primer color que abre, y cuando se arrodilla en la cama y mete dos dedos en el bote, entiendo de sopetón de qué va la cosa.

—¿Vas a pintarme a mí? O sea, ¿realmente a mí? ¿Sobre mí?

Oliver eleva una ceja y me dedica una sonrisa presumida.

—Tú lo pediste...

—¿Me refería a pintarme desnuda sobre un papel, lienzo o...!

—Yo leí que querías que te pintara, y quiero hacerlo al pie de la letra. —Traza mi pezón derecho con la pintura cremosa, arrancándome un jadeo por el tacto tan raro y suave—. Justo así: haré arte contigo, nena, y después te haré el amor, y más tarde te follaré, y cuando hayamos acabado volveremos a empezar. Una y otra, y otra, y otra vez, hasta que no podamos más de agotamiento, o perdamos el sentido.

Gimo, en parte porque sus dedos siguen obrando magia en mi cuerpo, y en parte por sus palabras. Todas las mujeres del universo deberían liarse alguna vez con un

artista. Ese es mi consejo de hoy.

—¿Y tenías que comprar un edredón? Valía con un plástico.

—El edredón es porque me lo voy a llevar a casa para mi cama. Me taparé cada noche mirándolo como si fuera el mejor de los lienzos, porque lo es, y recordando el arte que creamos a base de sexo.

Agradezco mucho que no me toque en este momento, porque podría llegar al orgasmo de forma instantánea.

Oliver cumple con su promesa, abre cada bote de pintura, traza dibujos en mi cuerpo, me acaricia, me excita y me calma a base de orgasmos. Me deja pintarlo también a él y lo hago: relleno de color los tatuajes que están en blanco y negro, sonrío y me siento poderosa excitándolo a base de acariciar y embadurnar con pintura cada parte de él, y me hago dueña de su cuerpo usándolo a placer para que los dos alcancemos el éxtasis más absoluto.

El amanecer nos pilla llenos de pintura, satisfechos como nunca y tan cansados que nos cuesta la vida darnos una ducha, quitar el edredón para que la pintura se seque y dormirnos.

Todo es perfecto, absolutamente perfecto.

Antes del amanecer, me remuevo y beso a Oliver en duermevela. Entreabro los ojos y siento que mi estómago se encoge un poco, porque acabo de poner mis labios en el nombre de Valery. Y así, sin más, recuerdo que Oliver se irá hoy, y que tenemos una conversación pendiente.

Supongo que después de todo, la perfección no existe.

39. Desatando la tormenta

Sigo abrazada al cuerpo de Oliver, aunque estoy pensando en levantarme de un momento a otro. Tenemos que hablar, yo necesito conocerlo todo sobre él, igual que él conoce cada parte de mi cuerpo y, sobre todo, de mi mente. Me doy cuenta de que ya desde el principio él ha conseguido que yo me abra en canal, que le cuente mis sueños, esperanzas y miedos mientras una parte de él se mantenía cerrada para mí. He intentado negarme a mí misma la evidencia de que Oliver no está dándome todo, por más que diga que sí, pero ya no puedo más.

Sé muy bien que, si cuento mis dudas a Tina, me dirá que estoy loca, que tengo al hombre perfecto y voy a terminar jodiéndolo todo por mi insistencia y mis ansias de saber acerca de su pasado, cuando en realidad, lo único que debería importarme es el presente y el futuro. Lo sé, me dirá eso, y no es lo que quiero oír, porque no tiene razón. ¡No la tiene!

El pasado, pasado está. Vale, esa mierda está muy bien pero aquí hay una realidad, y es que Oliver se niega a hablar de Valery, igual que de Kellie. ¡Por Dios! Ni siquiera sabe que yo estoy enterada de que su ex trabaja con él. ¿Eso no es omitir información a lo grande? Y cuando algo se esconde, es por miedo, o por desconfianza. Como comprenderás, en cualquiera de los dos casos yo acabo jodida, porque no quiero que Oliver proyecte de ninguna manera eso en mí.

«¿Te imaginas que aún no las ha olvidado? A lo mejor solo eres un intento más de seguir adelante».

Cojo aire y lo suelto a trompicones. Puta Ramona, cómo la odio.

—No tengo ni idea de qué estás pensando, pero relájate, chica hipster —murmura Oliver—. Estás tan tensa que temo que te partas solo con respirar.

Alzo mi mirada para ver sus ojos soñolientos, su barba, y la media sonrisa que se borra de su cara en cuanto se da cuenta de que no estoy para bromas.

—Tenemos que hablar.

—Mmmm, ¿no podemos esperar a que amanezca?

Cierra los ojos y apoya la cabeza en la almohada, sin decir nada más. Yo por mi parte me levanto y comienzo a vestirme.

—No, no puede esperar, Oliver.

—Debe ser serio para que pases de ponerte mi ropa —murmura entreabriendo los ojos.

Lo miro, y soy consciente de su tensión repentina. Algo va mal y él por fin parece percatarse, y me odio por hacerle esto, y por hacérmelo yo misma, también. Estoy tentada de dejarlo correr de nuevo, porque algo dentro de mí me grita que en cuanto mantengamos esta conversación muchas cosas cambiarán. Y sé, porque lo sé, que lo harán a peor. Y, de todas formas, ¿qué más da? ¡No son más que ex novias! Su vida soy yo, ¿no?

«Por eso, si su vida ahora eres tú, ¿qué tiene de malo contarte más acerca de su pasado? Equilibra la balanza».

Ramona es una puta, pero una puta sabia, las cosas como son.

—Solo quiero que hablemos, Oli. Hoy vuelves a marcharte y...

—Volveré.

Soy consciente de que ha pronunciado esa palabra más como una amenaza que como una promesa, y comprendo que quizá está imaginando que yo quiero cortar. Claro que eso carece de lógica después de los días que hemos pasado.

Pienso en Jake, y en todas las veces que dejé estar un tema solo porque él me pedía que me midiera con mis palabras y actos. O lo que es lo mismo: que reprimiera mis sentimientos. No quiero una relación así con Oliver, me niego y quiero pensar que cuando le haga ver mis dudas él las resolverá de buena gana, pero si no es así... Si no es así, tendremos que tomar decisiones, porque por primera vez en la vida estoy dispuesta a llegar hasta el final con mi forma de pensar, y con lo que creo correcto. No puedo volver a ser la Daniela inconsciente que se reprime por un hombre. No quiero ser esa mujer. Yo quiero y necesito un hombre que me dé el cien por cien, igual que yo lo estoy dando, y eso incluye hablar con pelos y señales de sus ex novias, así que en cuanto estamos en el jardín, cada uno con nuestro café, hablo sin más, acabando con la relajación de estos días y poniendo mis nervios en tensión.

—He espiado tu Instagram. —suelto así, a bocajarro—. Y el de Kellie.

Oliver me mira sin variar su expresión, aunque yo agradezco las horas de Skype, porque gracias a eso me he esforzado en aprenderme cada gesto suyo, ya sea facial o corporal. Sé bien cómo responde su cuerpo ante ciertas cosas, y en este momento soy consciente de cómo se ha tensado, aunque intente disimularlo.

—¿Por alguna razón en especial?

—Oh sí, claro. La razón, básicamente, es que necesito saber por qué mi novio trabaja con su ex, se va de copas con su ex, ve películas en casa con su ex, y me lo oculta.

—No te lo he ocultado.

—¿Ah no?

—No.

—¿Entonces? —Él se encoge de hombros y a mí las cejas me llegan al nacimiento del pelo—. ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Supongo que no, pero antes quiero saber de qué se me acusa.

Suspiro y entrecierro los ojos, porque sí, es cierto que estoy portándome de una forma un poco irracional lanzando toda la información que tengo en modo acusatorio. Frunzo los labios y niego con la cabeza.

—Lo siento, no estoy planteando esto de la mejor manera. —Medito un momento

y sigo—. Es solo que siento que no te conozco del todo... Que no te tengo del todo.

—Te quiero, Daniela, y soy tuyo. Es la única verdad que importa en todo esto.

Sonríó con tristeza, porque está claro que él no quiere hablar de esto y, de hecho, es la primera vez que lo veo tan tenso y negado a hablar de algo. Por lo general es Oliver quien me convence de que nos contemos hasta lo que comemos a diario, así que verlo tan poco receptivo me eriza, porque significa que el asunto es importante, y una cosa es intuirlo, y otra la certeza que estoy sintiendo.

—Yo necesito saber... ¿Fue ella la relación que tuviste de casi cuatro años? — Cuando me mira impertérrito ignoro el miedo que se empeña en cerrarme la garganta y sigo—. Te lo conté todo, me abrí en canal para ti, Oli.

Sus ojos se suavizan y aunque su postura no se relaja, puedo ver que mantiene una lucha contra sí mismo. Al final asiente con brusquedad y mira a su café.

—Tienes razón nena, y no creas que no sé que soy un cabrón por permitir que te entregues al cien por cien mientras yo... Bueno, mientras yo guardo cosas.

—¿Es porque aún la quieres? —pregunto.

Creo que lo pregunto, al menos, porque la voz apenas me sale del cuerpo y tengo tanto miedo de su respuesta que conforme lo suelto me arrepiento.

—La quiero, pero no como piensas. —Me mira con intensidad, coge mi mano por encima de la mesa y besa mis nudillos—. Vamos a la playa, te necesito a solas para mí.

—Es de noche.

—Por eso. —Sonríe un poco—. Vamos a donde podamos estar solos.

Asiento sin más. No sé qué hora es, pero el amanecer está cerca. Salimos de casa en el coche de Fran y rezo para que no lo necesite. Caminamos hasta la playa en la que ya estuvimos de picnic y buscamos las rocas del rompeolas para refugiarnos de los posibles mirones, aunque dudo que venga nadie. Adoro esta calita por lo privada que es. Al frente el mar, detrás, dunas de arena interminables y un bosque rodeándolo todo: un pequeño paraíso. Miro al cielo, donde unas nubes negras me hacen fruncir el ceño. Es pleno verano, y parece que va a llover de un momento a otro. Se ve que es la mañana en que el mundo se va a volver del revés. Miro a Oliver, que se ha puesto a trazar dibujos en la arena, y estoy tentada de sonreír, porque adoro su necesidad de pintar cada vez que piensa en algo. El problema es que esta vez es probable que esté pensando por dónde empezar a contarme cosas que no van a gustarme.

—Kellie y yo nos conocimos en el colegio. —Frunce los labios, como si solo decir eso le costara trabajo—. Ella tenía el pelo negro como la noche, y los ojos más azules que había visto nunca. Sus facciones eran casi frágiles, pero... —Sonríe y me mira—. Cuando la conocías te dabas cuenta de que Kellie era cualquier cosa, menos frágil.

—¿Qué edad teníais?

—Éramos unos críos —dice sin más—. Yo era un año mayor y me hice amigo de su hermano, Josh. Crecimos siendo buenos amigos, vivíamos en el mismo barrio y nos juntábamos a diario. Cuando tenía diecinueve años Josh y yo tuvimos un accidente de tráfico. —Oliver suspira con cansancio—. Yo salí ileso, pero él murió.

Gimo de sorpresa, pero él ni siquiera me mira, es como un robot contando algo que no va con él.

—Oliver...

Él niega con la cabeza y mira a la arena. Coge aire con expresión seria y de pronto, siento la necesidad de callarlo. No quiero que sufra así, no quiero ver esa oscuridad en sus ojos, y no quiero que me culpe de hacerlo revivir todo eso.

—Kellie no supo cómo enfrentarse a aquello, y sus padres quedaron tan devastados que se olvidaron de que tenían otra hija, así que me ocupé de ella. —Hace una mueca torcida de disgusto—. Me ocupé tan bien que un año después me acosté con ella.

—¿Tenías veinte años cuando salisteis juntos? Pero...

Quiero preguntarle por el tiempo, porque si él solo ha tenido una relación de casi cuatro años, y es la que me está contando, me sobran diez años en los que, en teoría, no ha estado con nadie. Quiero hablar, decir algo, lo que sea, pero el rostro de Oliver se torna tan oscuro que no me salen las palabras más allá de lo que ya he preguntado, y ni siquiera sé si me va a contestar.

—Escúchame nena. —Me mira y veo tanto tormento en sus ojos que me quedo petrificada—. Escúchame, porque no puedo volver a contar todo esto.

—Oli...

—La quise, la quiero. —El corazón se me para, pero él se arrodilla frente a mí y enmarca mi rostro entre sus manos—. La quiero, pero no como un hombre debe querer a una mujer. Nosotros fuimos dos críos perdidos buscando consuelo por la muerte de Josh.

—¿Te cuesta hablarme de esto por él? ¿Por Josh? —Él niega con la cabeza—. ¿Entonces por qué?

Oliver apoya su frente en la mía, su respiración se ha agitado y yo no comprendo nada, pero tengo miedo, porque sé que esto es algo grande, algo que no voy a saber enfrentar.

—Te necesito —masculla—. Soy un egoísta de mierda, pero te necesito ahora. Justo ahora.

—¿Quieres decir...?

—Deja que te haga el amor. —Me mira a los ojos, dejándome ver un dolor tan profundo que no puedo contestar—. Deja que me entierre en ti, y después te juro que te lo cuento todo, pero deja que te haga el amor una vez más.

¿Por qué eso suena a despedida? La angustia se apodera de mí, y como si de un

acuerdo se tratara, la lluvia se desata sobre nosotros. ¡Es julio por el amor de Dios! ¿Cómo puede llover? Parece magia, y de no haber estado tan enganchada a los ojos de Oliver lo habría pensado. De hecho, con toda probabilidad habría armado una teoría alucinante y loca sobre eso.

—Sí —gimo, llevada por este éxtasis confuso y caótico—. Sí...

Me tumbo guiada por sus caricias, apenas consciente de que mi pelo se enreda entre los granos de arena mientras él me hace arquear el cuello. La lluvia cae en mi cara, obligándome a cerrar los ojos y sentir cada gota estrellarse contra mi piel, mientras él me despoja de parte de la ropa. Mis pechos quedan al descubierto poco rato, pues sus manos primero y sus labios después se ocupan de ellos. Estoy excitada, pero de una forma dolorosa. Quiero que entre en mí, pero temo el momento en que todo acabe, como si nuestra relación finalizase con esta lluvia inesperada e indeseada para muchos. Quiero llorar por Oliver, por el hombre que en este momento intenta saciar su dolor a base del placer más primitivo, y por mí, porque ahora sé que encontraré respuestas, pero corroboro que nada volverá a ser lo mismo.

Alcanzo el clímax junto a él, que conoce mi cuerpo y me da justo lo que necesito para arrastrarme al placer más absoluto y oscuro. He practicado mucho sexo vicioso e intenso con Jake, pero nada, nada, nada se puede comparar con esto. Por un momento creo que de verdad estoy sintiendo todo el dolor y el peso de Oliver, y deseo tanto poder aligerarlo...

Él está encima de mi cuerpo, respirando con trabajo y sujetando mi cuerpo como si temiera perderme, quizá porque así es, y yo me limito a acariciar su nuca intentando tranquilizarnos a ambos.

—Lo siento —susurra en mi oído—. Lo siento tanto...

—No, no, no —gimo cuando se separa de mí—. No Oli... —Lloro, no sé por qué, o sí, porque él sufre, y yo en cierto modo he causado ese sufrimiento—. No hace falta que me cuentes nada.

Él niega con la cabeza y me recompone la ropa con manos temblorosas, retirando el pelo enmarañado y empapado de mi cara.

—Te quiero, Daniela. Es que te quiero tanto... Y no puedo perderte, ¿entiendes? No puedo, pero no sé cómo evitarlo.

—No vas a perderme. Yo siempre voy a estar contigo.

Oliver ríe con amargura y niega con la cabeza, como si estuviera convencido de que eso no será así.

Quiero parar esto, quiero volver atrás y frenar lo que sea que haya puesto en marcha con mis preguntas. ¡No quiero saber nada! Voy a decirle que no necesito que me cuente nada, pero entonces habla, y no consigo frenarlo.

—Kellie se quedó embarazada. —Su voz se torna ronca y el labio le tiembla—. Nuestra primera vez, ella se quedó embarazada.

—Oli...

—No estábamos enamorados, pero nos queríamos mucho, e íbamos a tener un bebé, así que le pedí que se casara conmigo.

La garganta se me cierra justo ahora, que me vendría genial gritar. Quiero aullar, quiero irme de aquí, y quiero dejar de llorar, porque puedo ver que Oliver se está rompiendo al verme así, pero no puedo dejar de hacer nada de eso, y él parece entenderlo, porque pese a mi estado, sigue hablando, a pesar de que niego con la cabeza reiteradas veces para que se calle.

—Nos casamos en una pequeña capilla con muy pocos invitados, y con ella luciendo una barriga de siete meses.

—¡No! —imploro y me aparto de él, rodeándome a mí misma por la cintura—. No, tú no puedes estar casado.

—Tuvimos una hija, Daniela. Nació en otoño y sus ojos azules llenaron mi vida.

—Me engañaste —susurro, intentando parar mis lágrimas.

Oliver intenta volver a sujetarme, pero me suelto de un tirón y me alejo de él, mirando al mar embravecido. ¿Por qué está así el puto mar? ¿Por qué la naturaleza se ha puesto de acuerdo con mi estado de ánimo haciéndolo todo aún más deprimente y desesperado?

—Nena...

—¿Una mujer? ¿Una hija? ¡Me engañaste! Te aprovechaste de la pobre idiota que había caído rendida ante ti. ¿Fue divertido arrancarme de los brazos de Jake para hacerme caer en los tuyos?

—No es así, contigo nunca fue así.

Su tono es fatigoso, el brillo de sus ojos, que tanto me ha gustado siempre, ahora parece haber muerto. Yo tiemblo, lo sé porque siento mis manos repiquetean contra mi cintura de una forma descontrolada, mientras me abrazo aún más fuerte.

—Yo confié en ti... Te lo di todo, Oliver. Me convenciste de empezar esta relación a distancia y yo cedí, aun cuando tenía dudas. ¡Y tú te has reído de mí todo el tiempo!

—¡Jamás me he reído de ti!

—¡Estás casado, Oliver! ¡Tienes una jodida mujer y una jodida hija!

—¡Tenía una hija! ¡Tenía una hija Daniela, pero ella ya no está!

—¡Me has engañado! —grito de nuevo.

Oliver coge mis hombros y me zarandea mientras yo lloro más fuerte, entrando en un bucle de ardor y desgarró que no he sentido nunca.

—¡No, no, no! ¡No te engañé!

—¡¿En qué mundo ocultarme que tienes una mujer y una hija no es engañarme?! —grito, fuera de sí.

—¡Murió! ¡Valery murió, Daniela! ¡Ella está muerta!

Valery.

Ahí está su nombre.

Oliver parece desgarrado, abatido, rabioso y desesperado. La verdad me remueve con tanta fuerza que quiero abrazarlo, pero es el momento en que él acaba de romperse. Me suelta y se aleja de mí trastabillando hacia atrás y apoyándose en las piedras para dejarse caer en la arena, deshecho.

La lluvia se intensifica y el agua cae en torrencial. Estamos empapados, pero la certeza de que la tormenta no ha hecho más que empezar para nosotros me ancla a la arena.

40. Batallas libradas

Nuestras respiraciones siguen agitadas, Oliver mira al suelo con las rodillas encogidas y los codos apoyados en estas. La lluvia ha hecho que la arena se asiente y oscurezca, y me parece curioso fijarme en algo tan tonto como eso.

El corazón ha dejado de galoparme para latir a un ritmo demasiado lento y mis articulaciones, para más señas las de las rodillas, se niegan a obedecerme y caminar hacia él. Tengo que obligarme, tengo que hablar con él, pero la certeza de que Oliver está muy lejos está matándome, y no sé si quiero enfrentarme a lo que viene ahora.

No sé si quiero, pero sí sé que debo. Por él, por mí y por el «nosotros» que estamos forjando. Cojo aire, lo suelto, vuelvo a cogerlo y doy un paso tímido hacia él, cerciorándome de que las piernas no se me quedan atrás, o simplemente se niegan a hacerme caso y caigo de boca. Se mueven, por suerte, y camino con lentitud hacia donde está. Me arrodillo frente a su silueta temblorosa, apoyo mis manos en sus antebrazos, sobre sus rodillas, y me inclino para besar su pelo.

—Háblame... —Cierro los ojos y apoyo mi frente en su cabeza—. Por favor, Oliver. Te lo suplico, no me dejes fuera.

Él se remueve, alza la cara y me mira con tanto dolor que quiero llorar aún más, pero intento contenerme. Tira de mis brazos y abre las piernas, metiéndome entre ellas y llevándome a su pecho. Me hago un ovillo y lo abrazo con tanta fuerza que pienso que le dejaré moratones, pero tengo miedo... ¡Tengo tanto miedo! ¿Y si lo pierdo? ¿Y si lo he presionado más de la cuenta? ¿Y si...?

—Te quiero, Daniela —susurra en mi oído con voz trémula—. Te quiero, te quiero, joder, te quiero tanto que pienso a diario que eres un milagro; mi pequeño milagro, y no te merezco, porque te voy a hacer daño, y me odio por eso, pero no sé cómo evitarlo.

«Tiene razón, te está haciendo daño, pero no puedes parar. Eres tan masoquista desde siempre...»

Ignoro a Ramona a base de apretar los dientes, porque, aunque es cierto lo que dice, él está sufriendo también. ¡Eso tiene que contar de algo! ¿Cómo voy a compararlo con Jake ni con nadie? El hombre que tiembla bajo la lluvia y, a pesar de todo, me sigue abrazando y protegiendo con su cuerpo no se parece a nadie que haya conocido antes. Y no, no son palabras de una mujer enamorada, son palabras de una mujer que tiene ojos en la cara.

Quiero hablar, pero prefiero guardar silencio unos segundos para aclarar mis ideas.

La lluvia empieza a amainar, y tal como ha llegado, se va. El cielo sigue negro, pero las nubes se mueven, y tengo la absurda idea de que se llevarán nuestros problemas con ellas. Deshecho de inmediato el pensamiento, no soy tan tonta como para creer que eso de verdad pasará. Nuestros problemas acaban de empezar, porque tenemos mucho que hablar, pero yo estoy aquí, dispuesta para la batalla, con ganas de quedarme y luchar, y me basta con que él sienta lo mismo.

—Háblame de Valery —susurro, en voz tan baja que no estoy segura de que él me haya oído, pero lo confirmo cuando sus brazos se tensan—. Por favor...

—Vamos a otro sitio. Vamos donde estemos nosotros solos sin nadie que nos moleste.

La playa está desierta, pero puedo entender su ansiedad y sus ganas de apartarse del mundo. No tengo que pensar mucho en el sitio perfecto. Me salgo de su regazo, pese a la sensación de soledad que me embarga en cuanto lo hago, y tiro de sus manos para levantarlo. No me pasa desapercibido el hecho de que Oliver no me mira a los ojos, pero no me importa, porque supongo que está intentando ordenar sus pensamientos mientras decide cómo seguir contándomelo todo.

Respecto a mí, siento un dolor grande, inmenso, pero también cierto alivio al saber que, al menos, los secretos se van a acabar, o eso espero. En comparación, podría decirse que siento lo mismo que el familiar más directo de un enfermo terminal. Suena feo, suena muy feo, pero cuando esa persona por fin se va y deja de sufrir, el pariente siente que una carga invisible se aligera, y creo que es algo que todo el mundo padece alguna vez.

Y en cuanto a Valery... No sé bien qué pensar aún. Él ha tenido una hija y ha estado casado con la que aún es su trabajadora, y es obvio que se llevan muy bien, lo que me lleva a preguntarme por el tipo de relación que tienen. La confusión lo llena todo, porque no sé qué le ocurrió a Valery, ni por qué él dijo que su relación más larga había durado casi cuatro años, cuando desde que estuvo con Kellie a los veinte, hasta hoy, que tiene treinta y cuatro, hay una diferencia de catorce años. Pero el sentimiento que predomina es el dolor por él, porque nadie debería sobrevivir a sus hijos.

Subimos al coche y conduzco hacia el camping de nuevo, pero en vez de aparcar en la entrada sigo hasta el fondo, hacia la parte más alejada de la playa y, por lo tanto, la que menos gente quiere reservar. Es julio, así que desierta no está, pero sé de alguien que usa un bungalow pequeño que hoy me pertenece. Bajo del coche y Oliver me sigue sin hablar. Echo de menos su tono bromista y alegre, y me parece mentira pensar que solo hace unas horas que estábamos haciéndonos el amor y pringándonos de pintura, creando esa colcha... Inspiro, porque esos pensamientos no van a llevarme a nada en este instante, así que los aparto y toco con los nudillos en la puerta de madera.

Lorenzo sale después de un minuto con los ojos hinchados, descalzo y sin camiseta. Suspiro y me muerdo el labio con fuerza, mucha fuerza, para no correr a sus brazos y llorar como si volviera a ser una niña. Diego y Lorenzo son los más callados, los más sensatos, aunque no tanto como la gente normal, pero de entre el rebaño que conforman mis hermanos, son los más maduros y centrados, con lo que la tentación de refugiarme en él es monumental y, sin embargo, resisto como una jabata.

Además, nos mira con evidente sorpresa, y no me extraña, porque nuestro aspecto no debe ser el mejor.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos el bungalow —digo sin más.

Él se frota la cara con brío, se gira murmurando algo que no entiendo, pero entramos en el salón, y poco después lo vemos salir del único dormitorio que hay con una camiseta y sin peinar aún.

—Ya me explicarás qué ha hecho.

Mira mal a Oliver y sale cerrando la puerta con suavidad. Si llega a ser Fran la arranca del portazo, pero ya hemos quedado en que Lorenzo es más modoso.

—Pensaba que tus hermanos dormían en la casa principal —murmura Oliver—. Supongo que ya tengo otro enemigo.

—Yo no me preocuparía por Lorenzo, es bastante blando. —Hago el esfuerzo de sonreír, pero solo logro esbozar una mueca—. Este bungalow va rotando entre los que siguen en la casa grande. A veces necesitan estar solos o... bueno, tener un sitio para llevar chicas. Es el picadero de los hermanos Acosta. —Hago un ruidito, medio gruñido, medio risa seca, intentando imprimir sarcasmo a mi tono—. Todo romanticismo, como ves.

Oliver no contesta, lo que me da una idea de lo jodida que es nuestra situación. Me siento en el sofá y miro al suelo de madera, las paredes de madera y las contraventanas de madera. Los bungalós contruidos con madera es lo que tienen, que hay mucha madera.

«Ni porque te veas en estas, eres capaz de centrarte. Lo tuyo es de psicólogo»

Ramona, tan sabia y cabrona como siempre.

—Tenía ocho años —murmura Oliver, en un tono que roza el silencio, en realidad.

Se ha sentado en el sofá y mira hacia la ventana, aunque yo sé que en realidad no está recreándose en la vista de los árboles exteriores.

—¿Valery? —pregunto, sentándome a su lado—. ¿Estaba enferma, o...?

Oliver niega con la cabeza, me mira un momento, pero de inmediato centra su vista en el suelo. Cojo la cajetilla de tabaco que mi hermano ha dejado sobre la mesita que hay delante, saco un cigarro y lo enciendo. Doy una calada honda y dejo que el humo llene mi pecho, buscando algún tipo de consuelo, o que al menos me permita aflojar el nudo que apenas me deja respirar. Doy un par de caladas rápidas más y se lo paso a Oliver, que lo coge sin dudar. Pongo una mano en su rodilla con suavidad y casi me sobresalto cuando la suya la cubre, apretándola y entrelazando nuestros dedos, como si necesitara este contacto.

—Era una niña sana, fuerte, y llena de vida... —Da una calada al cigarro y expira el humo con la parsimonia con que suele hacerlo siempre, pero yo sé que siente cualquier cosa menos tranquilidad—. Era rubia, como Wendy, supongo que lo sacó a ella o de parte de mi familia, porque Kellie y yo somos muy morenos. Tenía los ojos azules de su madre, y mi sonrisa. —Esboza una pequeña sonrisa con una tristeza que me devasta, y me pinzo el labio solo para privarme de preguntar nada—. Era perfecta.

—Lo siento —susurro.

—Kellie y yo fuimos pareja hasta que Valery tuvo tres años. Nos queríamos mucho. —Vuelve a apretar mi mano y me mira por primera vez—. Nos queríamos mucho, pero no estábamos enamorados.

—Pero...

—Éramos buenos amigos, los mejores, buscamos consuelo en el otro por la muerte de Josh y aquello nos llevó a tener una hija. Decidimos que lo mejor para Valery era tener a su familia unida. Yo no pensaba en una relación seria y ella tampoco, así que no había necesidad de divorciarse.

—¿Seguisteis juntos... sin estar juntos? —Él asiente—. Es raro.

—Sí, pero yo era feliz. Tenía a Valery, no buscaba una relación con nadie, y era discreto en mis escauceos amorosos, igual que ella, para que la niña no sufriera. En aquel momento parecía lo correcto.

Pienso en esa situación unos minutos en silencio. ¿Puede una pareja romperse y seguir viviendo bajo el mismo techo con facilidad? No una en la que exista amor romántico por una de las dos partes, desde luego, pero si dice que solo eran amigos... Me imagino a la hija que ambos han tenido y, aunque suene feo, por un segundo, siento envidia de la familia que formaron, de todo lo que compartieron. De inmediato pienso en todo lo que han perdido, y el remordimiento, además de la compasión, llenan cada parte de mí.

—¿Cómo...? —pregunto al final.

—Kellie fue a llevar a Valery a clases de música. —Me mira y veo cómo brillan sus ojos—. Era extraordinaria en todo lo que estuviera relacionado con la música. Tocaba el piano, como yo, y la batería, la guitarra y además tenía una voz preciosa. Era un portento.

—Seguro que sí —susurro sonriendo un poco, intentando que no sufra de más, aunque parece imposible.

—A veces nos sentábamos en el piano de casa y Kellie tenía que enfadarse para que se fuera a dormir, o se hacía un ovillo, se pegaba a mi pecho y se quedaba allí dormida, oyéndome tocar. —Su voz se quiebra y carraspea, apagando el cigarrillo y encendiendo otro de inmediato—. Aquel día iban a clase de música, y Valery estaba enfadada porque tenía que haberla llevado yo y no pude por trabajo. Además de todo, Kellie le había reñido para que dejara de correr. Iba corriendo a todas partes y había que estar siempre pendiente de que no se escapara.

—Era inquieta, como cualquier niño a su edad.

—Sí, supongo que sí. —Se encoge de hombros—. La verdad es que fuimos padres muy jóvenes, y a veces nos desbordaba. Valery era una niña preciosa pero muy, muy intensa. A ratos se nos hacía difícil seguirle el ritmo. —Se muerde el moflete por dentro y da una calada—. Estaban en la calle de la academia de música, Kellie se paró a mirar un escaparate y Valery vio a una amiguita de clase al otro lado

de la calle. —Siento la opresión en el pecho antes de que él hable de nuevo—. Cruzó corriendo, sin mirar semáforos y sin que Kellie pudiera darse cuenta a tiempo. No vio el coche que justo pasaba por allí en aquel momento...

Ahogo un gemido de impotencia y cierro los ojos al imaginar el horror de la situación, lo devastada que debió quedar Kellie después de que atropellaran a su hija, porque está claro que la atropellaron, y no quiero preguntarlo porque de alguna forma sé que cuando él me lo confirme, me dolerá aún más. Además, está el hecho de que Oliver no la hubiese llevado ese día a música, como era costumbre, y Kellie estuviera enfadada y le hubiese reñido. Son tonterías, y ninguno tuvo la culpa, pero conozco demasiado bien a mi chico, y sé que eso se ha enquistado en su corazón como un rayo constante tronando y devastándolo todo durante, más tiempo del que nadie pueda pensar. De hecho, es probable que muera con ese sentimiento de culpabilidad. Esa certeza me hace daño, punzándome más hondo de lo que hubiese querido.

—¿Fue instantáneo? —pregunto, y no sé de donde saco el valor.

—Estuvo en coma dos días —musita antes de coger aire a trompicones—. Kellie y yo estábamos con ella en el hospital, y de nada sirvió que le rogáramos que se quedara con nosotros. —Su voz se quiebra otra vez, pero carraspea de nuevo y vuelve a controlarla, levantando mi admiración por aguantar sin romper a llorar como un chiquillo—. Después todo se difuminó. Vinieron días de llantos y abrazos; de gritos desgarrados y culpabilidad; de odio hacia nosotros, y hacia el otro, porque nuestra niña no estaba y no sabíamos manejar nuestro dolor. Porque estábamos rotos y no sabíamos cómo restaurarnos. —Sacude los hombros, como si la vida le pesara e intentara quitársela de encima—. ¿Cómo aprendes a vivir sin corazón? ¡Era nuestra niña! Cuando la tuve en mis brazos por primera vez, gimoteando y temblando, lo último que imaginé era que iba a tener que enterrarla. ¡Debería ser al revés! Nadie debería sobrevivir a sus hijos. Nadie.

Ahora sí soy testigo de las lágrimas que aparecen en sus ojos, pero ni siquiera puedo acercarme porque se levanta y se acerca a la ventana, mirando al exterior y dándome la espalda.

—Oliver...

—Déjame que hable Daniela, solo déjame hablar, porque si me frenas ahora, no sé si podré acabar, o empezar de nuevo otro día.

Está llorando, no puedo verlo, pero lo noto en su voz, y quiero levantarme, abrazar su espalda y jurarle que no hace falta que reviva todo aquello, pero lo cierto es que sí hace falta. Si queremos avanzar como pareja, necesitamos exorcizar nuestros problemas y fantasmas de una vez por todas. Me odio por necesitar esto, pero no puedo hacer otra cosa. La Daniela conformista y reprimida está muerta. Esta mujer es más difícil, pero es la que quiero ser.

—Las noches eran tan largas y oscuras que rezaba para que llegara el amanecer, pero cuando se imponía con su colorido y un nuevo día abriéndose paso, me recordaba que mi hija no estaba para disfrutarlo, y yo sí. No lo merecía, no quería merecerme vivir, así que dejé de tocar el piano y cualquier otro instrumento. Dejé de

componer, y me negué a disfrutar de nada, exceptuando mi trabajo, porque era lo único que me evadía. A Valery no le llamaba la atención la pintura, ni los dibujos, a pesar de ser una niña, así que cuando pintaba podía olvidarme de ella, por mal que eso suene. Dibujar y tatuar me ha mantenido a flote estos seis años.

Pienso en el hombre que ha perdido a su hija, y en la madre que ha luchado contra el dolor de verla perder la vida de un golpe, aunque estuviera dos días más en coma. Pienso en ellos, mucho, pero, sobre todo, pienso en la niña que ya no está. Valery tendría ahora catorce años. Sería una adolescente normal, con amigas normales y problemas normales de la edad. Debería haber vivido una vida plena, intensa como la de cualquier otra chica de su edad. Debería estar soñando con cantantes y actores guapos, o con chicos de clase que empezarían a despertar en ella algo más que cariño. Debería estar tocando el piano junto a su padre.

Eso no va a pasar, y lamento en lo más hondo la vida que se ha perdido, y el modo en que su marcha ha cambiado no solo a sus padres, sino a todo el que la quiso.

Me levanto y camino hacia Oliver, aunque temo mucho su reacción, pero no puedo permanecer impasible ante su imagen devastada. Lo abrazo por la cintura y apoyo la frente entre sus escapulas. Oliver envuelve mis manos con tanta fuerza que un par de lágrimas ruedan por mis mejillas, porque me necesita, y ahora puedo sentirlo.

—Al principio no quería vivir, deseaba morir con todas mis fuerzas y si no hubiese sido un cobarde, me habría quitado del medio. —Me tenso y aprieta mis dedos—. Era una solución fácil y rápida, pero no tenía ningún derecho a obligar a mi familia y a Kellie a superar mi muerte también, así que me limité a deslizarme por los días sin más. Al final, aprendí a vivir con ello, recuperé la calma poco a poco, con mucha ayuda, y conseguí superar mi duelo, pero la alegría de vivir se me resistía. No era infeliz, tenía buenos amigos y una gran familia, sonreía de nuevo, pero no había motivos para reír a carcajadas. Y entonces, tu cara apareció en una pantalla de ordenador, y todo empezó a cambiar...

Se gira con lentitud entre mis brazos, y aunque ver sus ojos rojos y oscuros por el dolor me atormenta, intento sobreponerme. Me pongo de puntillas y enlazo mis manos detrás de su cuello, acercándolo a mí. Lo beso intentando hacerle ver que sigo aquí, que no voy a irme de su lado, y que voy a luchar por lo nuestro. Oliver me corresponde con tanta ansiedad que presiento que la conversación no acaba aquí, y cuando el beso acaba él me abraza tan fuerte que se me hace difícil respirar, pero no me quejo. Apoya su mejilla en mi cabeza mientras yo inspiro y me impregno de su esencia, aun estando empapado de lluvia y lleno de arena, como yo.

—Te falta por saber algo... —Niego con la cabeza, no quiero saber nada más, porque va a dolerme. No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Oliver intenta separarme de su cuerpo, me resisto y al final tiene que cogermelo por los hombros para obligarme un poco. Cuando me mira a los ojos me echo a llorar, porque siento el punto álgido de todo esto por adelantado, y puedo ver la tormenta que eso desata en él —. Kellie... Ella... Seguimos casados, Daniela, y aún vivimos juntos.

Ahí está: el golpe de gracia que me hace hundirme en la más absoluta miseria. Cierro los ojos y bajo los hombros, en señal de derrota, sintiendo que esta guerra ya la he perdido.

41. Mi precioso milagro

Oliver

He pasado meses pensando cómo le contaría a Daniela lo que ocurre con mi vida, así que creí que había imaginado todas las formas posibles, y todas las reacciones posibles, pero me equivoqué. Está claro que, en lo referente a nosotros, yo nunca sé con seguridad si la tecla que toco es correcta, porque sigo esperando que ella corra de mí, y la ansiedad de no saber cuándo se desencadenará esa situación empieza a asfixiarme.

Hablar de Valery ha sido difícil, siempre lo es, aunque hace mucho que puedo pronunciar su nombre cuando la recuerdo con mi familia o con Kellie sin sentir que se me va el alma, pero claro, nos dedicamos a hablar de buenos recuerdos, y esto no es lo mismo.

Me he abierto para ella y, aun así, siento que le debo mucho, porque no tenía derecho a ocultarle mi historia con Kellie, y porque parte de mi conciencia sigue gritándome que debería haberle dicho toda la verdad la primera vez que me preguntó por Valery en Ibiza, pero mi deseo de tenerla era tal que decidí posponerlo y hacer que se enamorara de mí, pensando que así sería más difícil para ella dejarme. Debí aceptar que yo tengo una carga muy pesada, y que no tenía derecho a decidir por ella si quería compartirla conmigo o no.

Después de contarle lo de Valery, vi el deseo de superarlo en sus ojos, un brillo de esperanza al que deseé encadenarme. Quería prometerle que todo estaba bien, que ahora que sabía la verdad podríamos seguir juntos, pero la verdad es que al final, lo de Valery no era más que el precedente para lo que venía después. ¿Cómo iba a aceptar el hecho de que Kellie viviera conmigo? ¿Que siguiéramos casados? Es un engaño para ella, lo sé, igual que sé que Jake la hizo mierda mintiéndole y minando su autoestima, pero me convencí tan a fondo de que yo no era como él, que permití que pensara que mi vida es corriente, cuando no es así.

Pienso en Kellie, en sus consejos todo este tiempo, igual que en los de Kayden y mi familia, pero me compré una buena venda y los mejores tapones imaginarios para no ver ni oír nada más que lo que yo quería. No sé qué pretendía, pero desde luego, jamás quise ver los ojos que más adoro del mundo heridos hasta el punto de quedarse vacíos.

Lo suelto, por fin. Lo suelto sin más, y soy consciente del momento en que Daniela se rinde, porque no me entiende, porque es demasiada información, o porque sencillamente, no quiere una carga como esta. Ella aún no se ha dado cuenta, pero yo sé que me odia por hacerle esto.

—Tú... ¿Casado aún?

Camina hacia atrás, y parece tan desvalida que quiero arrodillarme y suplicarle que me perdone, no por seguir casado, pues para eso tengo mis razones, pero sí por ocultárselo. Me paso la mano por el pelo y siento la arena pegada al cuero cabelludo, lo que me lleva a recordar la forma en que le he hecho el amor en la playa... No, eso

no ha sido hacerle el amor; ha sido hundirme en ella en un intento de retenerla, y solo es una cosa más de la que arrepentirme.

La lista crece y crece...

—¿Cómo has podido? —No grita, supongo que está tan cansada de toda esta mierda que ni siquiera le sale preguntar con rabia. Ya solo queda el agotamiento emocional—. Yo te quería. —Sus ojos se cargan de lágrimas y cuando intento acercarme mueve la cabeza, negando con vehemencia—. No, no te quiero cerca ahora mismo. Solo quiero que me expliques... ¿Por qué? ¿Por qué? No soy una mala persona. —Las lágrimas empiezan a caer, y siento que el corazón me revienta—. Yo era un deshecho emocional cuando me encontraste, pero podía haber superado lo de Jake por mi cuenta. ¿Tenías que recomponerme solo para dejarme ahora peor que nunca? ¿Para humillarme?

—No es así nena —digo con voz ronca—. No es así... Kellie y yo no estamos enamorados. Nuestro matrimonio no significa nada.

—¡Estáis casados! ¡Lleváis catorce jodidos años casados, Oliver! ¡Eso tiene que significar algo!

Sí, claro que significa algo, pero ¿cómo le explico que Kellie y yo hemos permanecido juntos solo porque no soportamos la idea de asumir que nuestra vida ya es otra?

Recuerdo primero cómo se sintió la Kellie de diecinueve años cuando su hermano Josh, la única persona de su familia que la quería y trataba bien, murió en aquel accidente. Aquella noche yo iba con él y no salí más que con un par de rasguños. Superar la muerte de Josh fue duro, pero me prometí a mí mismo que a su hermana no le faltaría de nada, porque yo iba a cuidarla tal como hacía él. Empecé a recogerla en clase para acompañarla a casa, quedábamos por las tardes y oíamos música, o ella escuchaba como yo tocaba el piano una y otra vez, mientras recordábamos a Josh, y tocaba las canciones que a él le gustaban porque, aunque no fueran nuestras favoritas nos ayudaban a mantener su recuerdo vivo. Una noche bebimos más de la cuenta, nos acostamos y Kellie se quedó embarazada. En realidad, creo que aquello del sexo no fue más que otra salida que quisimos dar a nuestro dolor. Cualquier cosa que nos ayudara a superarlo servía, solo que aquello nos llevó a una responsabilidad para la que, en principio, no parecíamos preparados. Nos casamos y actuamos como una pareja, o lo intentamos. Ella se especializó en arte, igual que yo, y aunque la idea era que ambos abriéramos juntos el primer estudio de tatuajes, Kell me convenció para que lo hiciera yo solo y la contratara algunas horas, para así poder ocuparse de Valery más tiempo. Todo iba bien, nuestra relación era buena porque nos queríamos mucho y nos llevábamos bien como amigos, pero el sexo empezó a decaer casi desde el primer momento. No había pasión, y por más que lo intentábamos, ninguno de los dos ardía cuando el otro se acercaba. Aun así, lo intentamos una y otra vez, porque teníamos una niña y debíamos darle el tipo de familia que siempre habíamos soñado para cuando tuviéramos hijos. La situación no era la mejor, pero nos llevábamos bien, nos queríamos, y no vimos necesidad de divorciarnos cuando Valery parecía ser tan feliz.

¿Para qué perturbarla? Yo no quería una relación seria con nadie, y ella tampoco, así que decidimos que seríamos dos amigos con una hija en común. Para nosotros todo era cuestión de mentalidad, y cuando se lo explicamos a mi familia y nuestros amigos lo comprendieron. Sus padres ni siquiera supieron nunca que, en realidad, no éramos pareja, pues seguían pasando bastante de Kellie, la verdad. Ni siquiera cuando estuvo embarazada o nació la niña mostraron gran interés, así que, en algún momento, nosotros empezamos a pasar también de ellos y a excepción de las felicitaciones de navidad y llamadas por cumpleaños, no hablábamos más.

Nuestro arreglo funcionó, teníamos una niña sana y feliz que creció con su padre y su madre unidos para ella, y el ambiente en casa era relajado y cariñoso. Yo tenía mi música y mis tatuajes; Kellie tenía el estudio, que disfrutaba mucho, y vivía su maternidad de una forma tan plena que me sorprendía, porque su aspecto, con todos sus tatuajes y su expresión corporal, era el de una chica dura, pero no, nada que ver. En realidad, era una madre sensible y dulce, cariñosa como pocas y siempre pendiente de las necesidades de Valery. Ella era una de esas mujeres que disfrutaban al cien por cien de la maternidad, y adoraba estar en casa con la niña. La vida nos iba bien, tranquila y feliz, hasta el día en que Valery se fue.

Yo tenía que haberla acompañado a clase de música ese día, y aunque la culpa me corroyó de inmediato, no fue nada en comparación con lo que le hizo a Kellie. Presenciar el accidente y verla morir después la devastó de tal forma que pensé que no sería capaz de salir adelante. Yo no tenía ganas de vivir, pero ella se estaba dejando morir de forma lenta y agónica. Dejó de comer, dejó de atender las llamadas de todo el mundo y se pasaba los días encerrada en el dormitorio de Valery, llorando y abrazando sus juguetes, su ropa o tirada en su cama sin más.

La llevé a cada jodido psicólogo de la ciudad en busca de ayuda, pero todos le recetaban un montón de pastillas y recomendaban unas sesiones que no daban resultado. Al final, acarree con el dolor de perder a mi hija, y sufrí como un condenado viendo a mi mejor amiga marcharse del mundo con lentitud. A veces le exigí que reaccionara, porque me sacaba de quicio verla rendirse, no soportaba que me abandonara, y llegué a prohibirle a gritos morir y dejarme. Lo peor, sin duda, era su reacción: no gritaba, no se molestaba en discutir, porque ni siquiera mi dolor conseguía despertarle un mínimo interés por la vida. Ella quería morir, y lo estaba consiguiendo. Pasé meses y meses escondiendo pastillas, alcohol y hasta los cuchillos cuando me iba, pero ella jamás me lo echó en cara, ni siquiera sacó el tema. Todo le daba igual, y yo no sabía qué hacer para que reaccionara.

Por fortuna los años fueron pasando, la terapia hizo por fin efecto después de muchos llantos y enfrentar mucha mierda. Se apuntó a un gimnasio y se hizo adicta al deporte, que resultó ser lo que más le ayudó. En la actualidad Kellie vuelve a ser una persona estable y la depresión es cosa del pasado. Su carácter nunca volverá a ser el dulce y casi inocente de antes de la muerte de Valery. Esa chica sí murió, dejando paso a una mujer resuelta, arisca con los hombres que se le acercan y muy centrada en ella y su estabilidad emocional, lo que me parece perfecto, la verdad. Procura no tratar con niños, pero espero que eso sea algo que supere con los años.

Cuando empezamos a ver la luz seguimos viviendo juntos porque... Bueno, porque yo todavía no encuentro el valor de proponerle que nos separemos, la verdad, y porque tener su compañía siempre me ha gustado. Sigue siendo como vivir con mi mejor amiga y en los días malos, en que el recuerdo de Valery me puede y necesito llorarla a pesar de que hayan pasado ya seis años, ella está ahí, entendiéndolo y tendiéndome sus brazos, igual que viceversa.

La verdad es que solo hace un par de años que Kellie parece manejarse bien, y tengo miedo de irme de casa y que vuelva atrás. No, miedo ni siquiera comienza a definir lo que siento al pensar en eso. Yo no puedo dejarla sola, porque ella no tiene familia, ni amigos más allá de Kayden y el resto de nuestros compañeros del estudio. Sí, sé que seguiríamos estando unidos, pero... ¿Cómo voy a dormir tranquilo sin saber si está bien o necesita algo? ¿Y si vuelve a tener una crisis de ansiedad? ¿O si vuelve a sacar los juguetes de Valery y entra en bucle otra vez? A veces cuando vuelvo de Ibiza ella me recibe ansiosa, no como una mujer recibe al hombre del que está enamorada, no. Hay gente que cuando pierde a personas importantes de su vida se encierran en sí mismos y solo quieren estar solos, y Kellie fue así un tiempo, dejando fuera a todo el mundo, menos a mí. Ahora, en cambio, no soporta la soledad, y eso también me implica a mí. Sea cual sea su estado emocional, está directamente ligada a mí, y por más que ella diga de vez en cuando que debería irme a vivir por mi cuenta, yo siento que es mi responsabilidad quedarme a su lado. ¿Cómo voy a dejarla? Perdió a Josh, más tarde a Valery... No puedo dejar que me pierda. Sí, sé que seríamos amigos, que podríamos seguir viéndonos, pero no sería lo mismo.

Y después está mi propio miedo, porque de alguna forma poner las cartas sobre la mesa y separarme de Kellie sería aceptar de forma definitiva que mi hija no volverá. Lo sé, es una gilipollez, pero salir de esa casa y empezar una vida en otra es como olvidar a Valery, como si traicionara su memoria... Y desde que conocí a Daniela me lo he planteado mucho, muchas veces. Cada jodido día me digo a mí mismo que tengo que superarlo, y que tengo que hablar con Kellie, pero soy incapaz, porque, aunque ella me diga que todo está bien, se sentiría sola, y aunque yo me convenza de que todo está bien, me sentiría perdido sin estar rodeado de las cosas que me han acompañado tantos años; de los recuerdos de mi niña en las fotos del salón, en su dormitorio... Siento que, si me voy, abandono a mi familia, y aunque es ilógico, y lo sé, no puedo superarlo.

Decido que Daniela tiene que saberlo, así que abro la boca y le suelto todo lo que acabo de pensar, palabra por palabra, dejando que vea mis miedos, mi temor por Kellie y mi sufrimiento. Sé que todo esto no es más que un jodido chantaje emocional, me suena a eso, pero no puedo evitarlo. Ella tiene un corazón capaz de amar y perdonar tanto... Lo sé, y me aprovecho porque imaginarme sin ella hace que mi vida carezca de sentido, otra vez. Porque desde que sus hoyuelos y esos malditos ojos, más dorados que marrones, aparecieron en la pantalla del ordenador de Wendy, estuve condenado a quererla. Y me da igual que suene cursi, demasiado intenso o desesperado. Me da igual todo, menos ella.

He querido mucho a lo largo de mi vida: a mi familia, a Kellie como a mi mejor

amiga y madre de mi hija, y a mi niña por encima de todo, pero ella ya no está, y una capa de dolor cubre ese amor. He querido mucho, a mucha gente, pero el amor que siento por Daniela es distinto. Ella se cuela en mi vida con su parloteo nervioso, sus gestos, sus momentos de *drama queen* y sus risas... Daniela me ha dado risas, y no me alcanzará la vida para agradecerle eso.

Ella ríe cuando habla, cuando me besa, incluso cuando me hace el amor. Ríe, y la parte más negra de mi corazón brilla un poquito, y yo siento que hay esperanza, y que al final, quizá, tenga derecho a ser feliz de nuevo.

Cuando acabo de hablar estoy agotado a nivel físico y emocional: me duele la cabeza, los ojos y tengo el cuerpo entumecido por el agua, a pesar del calor que ya llena la mañana. Ella llora en silencio y, aunque al principio se limpia las mejillas a toda prisa, en algún momento decide dejar correr sus lágrimas en libertad. Tengo tantas ganas de borrarlas, y al mismo tiempo me odio tanto por ser quien las provoca...

—No sé qué decir —susurra al final, entre jadeos—. No sé... Yo solo sé que te quiero, y que tú vives con otra, pero no puedo odiarte después de esto. Y no puedo odiarla a ella. —El labio le tiembla y suelta un quejido que me parte en dos—. ¿Y entonces? ¿Con quién me enfado? ¿Tengo que aguantarme y ya está?

—No, no tienes que aguantarte y ya está. —Las palabras que pienso decir a continuación serán de las más difíciles de mi vida, pero es lo correcto—. Si quieres que esto acabe, no te lo reprocharé jamás. Tú te mereces un hombre que sea capaz de abandonar hasta el mundo por ti, uno que no cargue con tanta mierda y pueda hacerte feliz.

—Tú me hacías feliz... —Llora más, y sus hombros se sacuden cuando intenta coger aire a trompicones—. Te quiero tanto...

Me acerco y la estrecho entre mis brazos, aun sabiendo que debo darle espacio, pero no puedo soportar que lllore y no tocarla, aunque no sea lo apropiado, y aunque esto no solucione nada. Beso su pelo mojado y froto su espalda mientras ella llora desconsolada sobre mi pecho y yo lucho por no imitarla. Nadie nunca podrá imaginar lo mucho que me arrepiento de haberla arrastrado a esto, y si pudiera dar marcha atrás, si pudiera volver al momento en que vi sus ojos por primera vez, sabiendo que todo esto acabaría así, daría media vuelta y no preguntaría siquiera su nombre. Me haría a la idea de que no había visto nada y seguiría con mi vida, o mi no-vida, según se mire... Pero ella no habría pasado por esto.

—Necesito pensar, Oliver. Yo... yo tengo que pensar si puedo asumir todo esto.

Asiento con suavidad y me alejo de su cuerpo, carraspeando y atreviéndome a mirarla.

—Tomate el tiempo que necesites.

—Te quiero —solloza—. De verdad te quiero.

—Lo sé. —Me contengo para no abrazarla de nuevo—. Yo también te quiero,

nena.

Daniela sale del bungalow y siento que mi corazón se va detrás de ella. Ya no hay nada más que decir.

El resto del día lo vivo como si estuviera en una nube. Mi cabeza está embotada y solo puedo pensar en volver a casa y dar a Daniela el espacio que necesita. Hoy mismo aterrizaré en Ibiza y mañana tengo un tatuaje, pero por la noche partiré hacia Los Ángeles y solo espero que la distancia haga que ella me eche de menos tanto que decida seguir conmigo. Soy un egoísta, un mierda, un impresentable mucho peor que Jake, pero no puedo cambiar los deseos que brotan desde lo más hondo de mi ser. Solo... salen, demostrándome la clase de calaña que soy.

Es Fran quien me lleva al aeropuerto, acompañado de mi hermana, y por el abrazo que me da cuando entramos entiendo que ella le ha contado la historia por encima. No me importa, ya no hay nada que callar ni ocultar y agradezco que por fin se sepa todo sobre mí.

—Dale tiempo —dice él cuando cojo mi macuto—. Ella te quiere.

—Lo sé, pero a veces, con el amor no basta. —Me encojo de hombros y abrazo a mi hermana—. Te veo en menos de un mes.

Ella sonrío y yo paso la zona de seguridad y miro atrás, donde ellos me despiden con gestos de las manos. Por un estúpido segundo pienso que quizá ella venga a despedirse, porque no la he visto más en todo el día, pero tampoco puedo llamarla o presionar. Sabe la hora a la que sale mi vuelo, y estará al corriente del momento en que hemos salido del camping, así que todo está hecho.

Me siento frente a la puerta de embarque y no he hecho más que coger el móvil cuando este comienza a sonar. Ver su nombre en la pantalla me pone tan nervioso que tengo que ordenarme contestar.

—Nena... —susurro.

—No puedo vivir sin ti —dice mientras llora con amargura—. Si eso significa que tengo que aceptar todo esto, que así sea, Oliver. —Hipa, tose y sé que intenta controlar su tono de voz, aunque no lo logra del todo—. Solo dime que me quieres, solo dime que de verdad no la amas.

Agacho la cabeza y permito que un par de lágrimas se escapen de mis ojos antes de limpiármelas con premura. Daniela Acosta es un puto milagro en mi vida... Mi pequeño e inmerecido milagro.

42. Un viaje inesperado

Estoy sentada en el bungalow de nuevo, con el teléfono pegado a la oreja y escuchando a Oliver soltar el aire después de que le haya dicho que estoy dispuesta a luchar por él. Yo lloro, pero no es para extrañarse, porque es lo único que he hecho todo el día.

Pienso una vez más en Oliver, en Kellie y en Valery. Darle más vueltas no tiene sentido, lo sé, claro que lo sé, pero no puedo evitar reflexionar acerca de todo esto y por el momento, mi única conclusión es que no puedo vivir sin él, lo que igual me deja como una arrastrada, pero por otro lado está el hecho de tener la certeza de que él no me engañaría. Sí, está casado, y vive con su mujer, y han tenido una hija que ha muerto. ¡Sí! Sé muy bien que es raro, difícil y puede oler mal para mucha gente, pero no para mí. He vivido dos años con Jake, lo sé casi todo acerca de relaciones tóxicas, o eso pienso, y Oliver no tiene nada que ver con él. ¡No está humillándome! Solo está dándome la oportunidad de ser feliz. Puedo salir jodida, y mucho, pero si lo dejo ya... ¿Estaré mejor? No, y, además, siempre me quedará la duda de lo que podría haber pasado entre nosotros, así que decido volverme una kamikaze y afrontar esto tal como la vida me lo ha puesto en el camino. Paso a paso iré viendo a qué nos conduce esta situación.

Por el momento yo tengo que estar dos años en el camping para estudiar, ese es mi objetivo y no pienso perderlo de vista. Saber que Oliver está en Los Angeles viviendo con Kellie hace que mi corazón se apriete en un puño constante, pero me obligaré a superarlo y podré vivir con ello. Tiene que ser así. Punto.

—Nena... —Su voz suena entrecortada—. Te quiero tanto, joder, claro que no estoy enamorado de ella. Te lo juro, te lo prometo por Valery.

Cierro los ojos y odio la tranquilidad que me produce que me lo prometa por su hija muerta. Es algo que dice mucho de mi seguridad en mí misma, pero yo he dicho que lo superaré, no que vaya a ser hoy mismo. Poco a poco.

—Vale... ¿Y ahora? —Reúno todo el autocontrol que me queda para no llorar más—. ¿No más secretos? ¿Ni ocultamientos?

—No más secretos —dice de inmediato—. Estamos juntos en esto, y vamos a superarlo todo. Estaremos juntos, Daniela. No sé dónde, ni cuándo, pero vamos a superar lo que venga.

Me retrepo en el sofá, cierro los ojos y me permito creer en todas las promesas que me hace a continuación. Hablamos un poco más, pero él tiene que coger el vuelo así que colgamos y yo me voy a casa, donde me niego a hablar con nadie. Todavía no estoy lista para enfrentarme a Tina o a mis hermanos. Me tumbo en mi cama boca abajo y pienso en lo lejano que parece el tiempo que hemos pasado juntos. Hemos hecho el amor incontables veces, la última en esta misma cama hace solo unas horas. Y, sin embargo, lo siento como si hubiese pasado una eternidad.

Wendy entra en el dormitorio, la miro y niego con la cabeza, diciéndole sin palabras que no quiero hablar. Ella cierra la puerta y se tumba junto a mí en la cama, me abraza y permanece a mi lado en silencio, solo eso. Arranco a llorar como una

niña pequeña y permito que me sostenga mientras ahogo en lágrimas mi incertidumbre y el miedo por lo difícil que se ha vuelto todo. Ella sigue sin hablar, haciéndome ver que entiende a la perfección cómo me siento, y cuando soy capaz de mirarla a los ojos, bastante tiempo después, descubro que también ha llorado.

—Sé que ahora es difícil, pero no tienes ni idea de lo que has hecho con él... Tú nos has devuelto al Oliver de siempre, al que sonríe y le brillan los ojos. Tú has conseguido que él vuelva a tener ilusión y ganas de vivir. Todo saldrá bien, porque no estás sola, Daniela. Haremos lo imposible para ayudaros con vuestra relación.

Guardo silencio, no sé qué significa eso, ni a quiénes se refiere con ese «haremos», pero sé que pase lo que pase, tengo una gran familia respaldándome y dispuesta a cuidarme. Y eso incluye a Wendy Lendbeck.

Octubre llega con un bajón considerable en las reservas del camping, con lo que el trabajo se aligera bastante y puedo empezar a descansar más y librar un par de días a la semana, en vez de solo uno. Lo agradezco, sobre todo porque desde que empecé en la academia de fotografía apenas tengo tiempo para respirar. No me quejo, conste, me encanta estar metida de lleno en mis estudios de una vez, y he dejado de tener turnos rotativos en el restaurante para trabajar siempre de tarde, pero eso también me gusta, porque mi familia me mira con evidente orgullo. Y es que la Daniela del pasado a estas alturas estaría despotricando contra todo y todos por no tener tiempo para hacer el vago y, sin embargo, aquí estoy, encantada de la vida con esto de ser multitareas. Qué orgullosa estoy de mí misma... Sí, está feo que lo diga, pero es la verdad.

¡Viva mi yo actual!

Y se ve que no soy la única que piensa en estas cosas, porque hoy cuando llego a casa me encuentro con Wendy y Fran esperándome en el salón para hablar conmigo.

—Siéntate piojo: tenemos una noticia buena y una mala que darte.

Frunzo el ceño y me siento, preocupada.

—¿Qué ocurre?

—La noticia mala es que mi rubia ha decidido abandonarme. —Miro a Wendy con los ojos de par en par, pero ella se limita a reír de buena gana—. No tiene gracia, joder.

—¿Qué...? —pregunto.

—Le he explicado a tu hermano que en principio vine para un mes, y han pasado dos y pico. Tengo que volver a Los Ángeles y solucionar algunas cosas antes de regresar aquí.

Miro a Fran, que frunce el ceño de forma permanente y no sé si reír o llorar, porque me alegra que mi hermano esté tan enamorado. Desde que Wen ha aparecido no hace más que sonreír y dar palmaditas en la espalda a todo el mundo... Bueno, no tanto como eso, pero está encantado de la vida, y feliz, y un Fran feliz anima mucho el

cotarro, la verdad. A ver, que Fran anima de cualquier manera, pero de buenas mucho más. Entiendo que Wen tenga que volver a Los Ángeles, pero eso significa que mi hermano empezará a sufrir morriña, se pondrá nervioso y se dedicará a trabajar un montón de horas, y cuando Fran se pone así, piensa que el resto debe seguirle el rollo y hacer lo mismo. No es que vaya a hacerle caso si se pone más mandón de la cuenta, claro, pero el simple hecho de saber que se avecinan muchas peleas ya me estresa.

—¿Cuál es la buena? —pregunto intrigada.

Rezo en silencio para que me diga que se va con ella, aunque sé que es imposible, porque a Fran antes lo matas que separarlo mucho tiempo de su restaurante.

—La buena es que me sobra un billete de avión. —Wendy sonrío y me señala con el otro billete, y yo siento mi corazón brincar de alegría. ¡Fran se va con ella! Eso son como vacaciones en el restaurante—. ¿Qué me dices? ¿Nos vamos a Los Ángeles juntas?

Voy a saltar del salón para gritarle a Fran que me alegro muchísimo de que decida tomarse un merecido descanso, pero proceso bien las palabras de mi cuñada y me quedo a cuadros. ¿Yo? ¿A Los Angeles yo? La miro boquiabierta y sin poder decir nada. Al final, como siempre, es Fran quien decide aclararlo todo para que no queden dudas.

—Mírala, ya se ha quedado empanada. ¡Piojo! ¡Que te hemos pagado un viaje a Los Ángeles para que vayas a ver a Olivito!

Hace ya tiempo que ha dejado de molestarme el nombre con el que se empeña en llamar a mi novio. De hecho, aunque no lo reconozca jamás, me hace gracia ver la cara de Oli cuando en las videollamadas aparece Fran y le envía besos y abrazaos mientras lo llama «Olivito». Pero volviendo al salón, los miro de hito en hito y arqueo las cejas, flipando bastante.

—¿Yo? Pero las clases, y el trabajo...

—Bah, por una semana no vas a perderte mucho. Además, estás empezando como quien dice —aclara Fran—. Seguro que a tu vuelta en nada te pones al día. ¿No te hace ilusión ir por fin allí?

Me río incrédula. ¿Ilusión? ¡Joder! ¡Es un sueño! He visto a Oliver dos semanas no consecutivas en este tiempo, él se las ha ingeniado para cogerse una semana al mes y bajar al camping. Aparte de eso, pasa uno o dos días en Ibiza tatuando porque concentra todo el trabajo para poder estar más tiempo conmigo. Es un agobio para él, lo sé, pero estoy feliz de tenerlo cada tres semanas conmigo. Aun así, la distancia no está siendo nada fácil.

La parte buena es que el tema de Valery ha dejado de ser tabú, y ahora Oliver me habla de ella, me cuenta lo que le gustaba, lo que no, los recuerdos que tienen juntos... En su última visita incluso trajo un par de videos en el móvil para que la viera en movimiento. Se me encogió el alma al contemplarla, tan preciosa e inocente, y pensar que ya no estaba en el mundo. Oliver a mi lado permaneció callado y en apariencia tranquilo, pero sabía que por dentro no estaba al cien por cien.

También me habla de Kellie, aunque yo sigo bastante celosa de que ella esté compartiendo casa y matrimonio con mi chico. Aun así, tengo que admitir que ya tengo ganas de conocerla, porque Oliver me ha contado tantas cosas buenas que siento, como mínimo, curiosidad. Le he preguntado en un par de ocasiones qué piensa ella de mí, y me asegura que está encantada con nuestra relación. Decido creerlo e intentar no comerme demasiado la cabeza.

Aparte de todo, Oliver no ha dejado de decirme las ganas que tiene de que pueda ir a Los Ángeles para conocer por fin su estudio principal y llevarme a un montón de sitios que me enseña por fotos o incluso por google maps. Habla con tanto cariño de su ciudad que no puedo por menos que pensar lo que pasará cuando acabe mis estudios. Ninguno de los dos dice nada acerca de nuestro futuro, más allá del hecho de saber que queremos estar juntos, pero cada día tengo más claro que se espera de mí que me marche con él a LA, y aunque no me importaría demasiado, porque lo quiero, me gustaría ir paso a paso y asegurarme de que lo nuestro va en serio. Dos años serán suficientes para saberlo, claro, o eso espero, pero prefiero no pensar de más en eso y ver qué pasa con nuestro día a día.

—Esta niña no riega bien, te lo digo yo, rubia —murmura Fran—. Mírala, no dice nada. ¡Piojo!

Me río a carcajadas y me abalanzo sobre ellos para achucharlos y besarlos. Wendy me devuelve el abrazo y me entrega el billete.

—Nos vamos mañana, así que espero que puedas hacer las maletas hoy para una semana entera. Vendrás de vuelta el sábado que viene.

—¿Y tú? —pregunto.

Ella sonríe y mira de reojo a Fran.

—Yo necesito más tiempo.

Mi hermano gruñe, y yo procuro no reírme. Sé que Wendy está planeando arreglarlo todo en Los Ángeles, porque ha decidido instalarse por el momento en España, en el camping para más señas, pero mi hermano no sabe nada de esto. A él solo le ha dicho que tiene que pensar en hacer algunos arreglos antes de pasar más tiempo con él. Gracias a sus conocimientos de economía ha dado algunos consejos a Diego que han resultado bastante bien en el camping, y mi propio padre le ha pedido que le eche una mano con unas inversiones que piensa hacer. Así que, a su vuelta, Wendy entrará en nómina como una más en el camping de los Acosta, y parece tan feliz que me alegré por ella de corazón cuando me lo contó. No veo la hora de ver la cara que pone Fran cuando también lo sepa, pero de momento, mi cuñada está empeñada en que es mejor solucionar sus cosas con tranquilidad, porque ya conoce a Fran y sabe que no dejará de agobiarla hasta que vuelva si se entera de que lo hará de forma permanente. Con esto de darle largas y no aclarar si piensa vivir aquí en algún momento, lo mantiene a raya. Suena feo, pero yo la entiendo, porque mi hermano puede ser muy cansino cuando quiere.

—¿Lo sabe Oliver? —pregunto cuando me meto en el cuarto a toda prisa con ella

pisándome los talones.

—No, pensé que te gustaría darle la sorpresa.

Me río con nerviosismo y asiento, mientras echo ropa al tun tun en la maleta.

—¿Qué pasa aquí?

Tina entra en el dormitorio y eleva las cejas. Está guapísima, el sur también le ha sentado de maravilla a ella y ni siquiera piensa en moverse de aquí. Samuel y ella se compaginan genial, y además en estos dos meses han empezado a acostumbrarse a eso de ser una pareja y las puyas entre ellos han vuelto a ser normales, claro que ahora no están cargadas de dolor y rabia, sino de jugueteo, y eso lo hace aún más entretenido.

Le cuento que me voy a Los Ángeles y me dice una burrada muy grande que no repetiré, para luego empezar a meter todas mis bragas de encaje en la maleta.

—¿Te has depilado el chichi? Ay, qué tontería, si tienes el láser.

—Tina joder —farfullo avergonzada.

Wendy sigue aquí y una cosa es que sepa que follo con su hermano, y otra que hablemos de ello. Ni yo menciono las dotes amorosas de Oli, ni ella las de mi hermano, a Dios gracias.

—¿Qué? Tienes que ponerte algo que haga que Oliver se muera de un infarto cuando te quite la ropa y te folle contra el mostrador de su estudio, por ejemplo.

—Suficiente, joder —replica la propia Wendy esta vez, cerrando los ojos y moviendo la cabeza—. No quiero imaginar eso.

—Sois un par de mojigatas.

—¿Qué estás haciendo ya, Antonia?

Samuel asoma por la puerta del dormitorio y mi amiga sonrío como una pava, porque en presencia de mi hermano regresa a la adolescencia más a menudo de lo que reconoce.

—Ay mi amor. —Bate las pestañas con fingida inocencia—. Tu hermanita pequeña se va a Los Ángeles y le doy clases de putiferio. Ya sabes que me encanta colaborar y ayudar a los más necesitados. ¿Qué bragas te pondrían más cachondo? —Alza una roja y otra negra—. ¿Cuál me arrancarías antes?

—Joder, Tina. —Entra en la habitación, coge mis bragas y las suelta en mi cama como si quemaran—. No quiero ni ver eso. Por lo que a mí respecta mi hermanita sigue siendo virgen. —La carcajada es general, claro, es que mi hermano cuenta unos chistes que te partes—. Vamos al cuarto. Si de verdad te gusta ayudar a los necesitados, tienes mucho que hacer allí.

—¡No! —me quejo—. ¡Queda terminantemente prohibido decir frases guarras en mi puto dormitorio! Fuera de aquí los dos, ahora mismo.

Ellos ríen de buena gana y salen, dejándome de nuevo a solas con Wendy. Nos dura poco la tranquilidad, porque Fran entra para sentarse en la cama y quejarse, otra

vez, del abandono de su chica.

—Como a un perrillo callejero me dejas, así, por la cara.

—Podrías venirte, te ofrecí pagarte un billete.

—Yo no me monto en un avión más de dos horas, que me agobio.

Nosotras ponemos los ojos en blanco y seguimos a lo nuestro porque sabemos que lo que en realidad ocurre es que es incapaz de separarse de su restaurante más de dos días.

Cuando anochece hablo con Oliver por Skype y me cuesta la vida disimular mi ilusión. Cuando, además, me pregunta por qué estoy tan contenta, me invento que Fran me ha dado dos tardes libres y parece convencido. Como siempre que lo veo en pantalla, siento una punzada de nostalgia por tenerlo tan lejos, pero esta vez la suplo de inmediato con la emoción de saber que estaré en sus brazos, y él en los míos, en apenas unas horas.

Dormir se hace imposible y cuando me levanto lo hago con la imperiosa necesidad de preguntarle a Wendy quién ha pagado mi vuelo. Ella me aclara que ha sido Fran y que, como ya me conoce, van a descontármelo del sueldo poco a poco, con lo que él solo me da una semana de vacaciones. Respiro, mucho más tranquila, porque no quiero que me regalen nada material, o nada que no me haya ganado antes.

El vuelo es largo, interminable, eterno, y cuando por fin llegamos a Los Ángeles estoy cansada porque he dormido a saltos, pero ansiosa por descubrir la ciudad y, sobre todo, por ver la cara de mi chico cuando le dé la sorpresa.

Wendy me acompaña al estudio y lo agradezco, porque en cuanto entramos me encuentro con unos preciosos ojos azules que me miran con la intensidad suficiente como para asustarme un poco, la verdad.

—Daniela, ella es Kellie.

La susodicha sale de la zona de recepción y viene hacia mí caminando con lentitud. Soy consciente de sus brazos tatuados, su camiseta de mangas cortas ceñida con una calavera mexicana impresa en el pecho, que le queda como un guante; su pantalón vaquero, pitillo y roto que es muy sexi y con pinta de cómodo, y me odio por desear tener uno igual. En realidad, me odio por sentirme tan pequeña con esta estúpida maya negra, las vans y un jersey fino blanco que me está bastante holgado, sin más. Ella es una bomba sexual, y yo soy una mierdecilla, y...

—No te imaginas las ganas que tenía de conocerte.

Kellie sonrío y me abraza, haciéndome fruncir el ceño. ¿No se supone que esta tía iba a comerme de un bocado? Tiene pinta de eso. Además, en teoría yo estoy liada con su marido. No sé por qué siempre he pensado que no le caería bien, y da igual que Oliver me haya jurado hasta el cansancio que estaba deseando conocerme, porque yo pensaba que era lo que ella decía para no quedar mal y, en realidad, era una mujer enamorada de su marido deseando ponerme las manos encima. Y me las ha puesto, pero no como yo esperaba. En cuanto consigo devolverle el abrazo todo parece

mucho más... sencillo. Kellie se despega de mí y se limpia los ojos acuosos.

—Lo siento, lo siento... Me juré que el día que te conociera no lloraría ni me comportaría como una jodida actriz de telenovela, pero ya ves. —Inspira hondo y abraza a Wendy en un movimiento rápido—. ¿Qué tal el vuelo? —me pregunta.

—Eh... bien.

Joder, qué dominio del lenguaje tengo... Vale que hablamos en inglés, y vale que yo no lo hago a la perfección, pero vaya, me defiendo bastante mejor que esto. Me hubiese recriminado por hacer el ridículo, pero Kellie me sonrío de una forma tan sincera que me siento como una zorra por pensar mal de ella, a pesar de todo.

—Tenemos mucho que hablar. —Coge mis manos y sonrío—. Sé que todo esto debe ser muy difícil para ti y no te imaginas cómo valoro la forma en que estás afrontándolo. —Mueve la cabeza de un lado a otro, como intentando aclararse—. Hablaremos largo y tendido, pero ahora, creo que lo que más quieres es ver a Oli, ¿no? —Asiento, sin poder hablar aún—. He organizado su agenda personalmente y le he dicho que tiene que hacer un tatuaje a una clienta mía, así que está esperándote en su cabina.

Trago saliva mientras Wendy aprieta mi cintura con cariño para infundirme valor, adivinando lo frágil que me siento en este momento por estar aquí, frente a Kellie. Esta parece darse cuenta también y toma distancia con una pequeña sonrisa antes de permitir que Wen me guíe hasta una puerta blanca. Me guiña el ojo y se aleja. Yo miro atrás para verla a ella y a Kellie disimular y hacer como que no están al loro de mis movimientos. Cuadro los hombros, abro y entro lo justo para cerrar la puerta. Que la hermana y la esposa de mi novio vean cómo me derrito contra su cuerpo no entra en mis planes.

Oliver está vestido con un vaquero negro ceñido y roto, unas Martens gastadas, una camiseta blanca lisa, una camisa de cuadros abierta encima y un delantal de cintura negro con calaveras blancas estampadas. Está sentado en su taburete y se apoya sobre la mesa de dibujo haciendo trazos. Alza la mirada con una sonrisa profesional y se queda congelado cuando me ve.

Me apoyo en la puerta y sonrío, algo temblorosa.

—Tenías razón, es un estudio precioso...

43. Reencuentro

La sorpresa sigue brillando en los ojos de Oliver y me pongo nerviosa al darme cuenta de que no habla, ni se mueve. ¿Por qué no se mueve? El pensamiento irracional de que no me quiere aquí y estoy irrumpiendo en su terreno me asalta con tanta fuerza que frunzo el ceño un segundo justo antes de que Oliver se levante y me arrase, casi al pie de la letra.

—Nena. —Me alza en sus brazos, estrechándome con fuerza y metiendo la cara en el hueco de mi cuello—. Joder cariño, es la mejor sorpresa de mi vida.

—¿Sí? —consigo preguntar.

—¿En serio tienes que preguntarlo? —Ríe de buena gana y me baja, besando mis labios—. Te aseguro —dice antes de volver a besarme—, que me encanta. —Otro beso—. Que hayas venido. —Más besos—. Estás preciosa, chica hipster.

Apoya su frente en la mía y sonrío mientras cierro los ojos y me concentro en su aliento entrecortado golpeando con suavidad en mi cara. Echo de menos muchas cosas de Oliver cuando estamos separados, pero sin ninguna duda su olor es lo que más extraño. No es su perfume, ni su desodorante; es ese algo que huele a Oliver Lendbeck sin más, y nadie más en el mundo olerá así nunca, jamás. Aspiro su aroma y esta vez soy yo quien apoya la mejilla en su pecho y la frente en el hueco de su cuello.

—Te eché de menos.

—No más que yo a ti. ¿Cuándo has llegado?

—¡Ahora! —exclamo sonriendo—. Venimos del aeropuerto.

Oliver sujeta mi cara entre sus manos, separándome de su cuerpo, y me mira a conciencia hasta que frunce los labios.

—Tienes cara de estar agotada, cariño. Deja que hable con Kayden y Kell y nos vamos a casa para que descanses.

—Estoy bien, Oli.

—No lo estás, es evidente que necesitas ir a casa y hacer el amor —ronronea en mi boca—. Y después dormir un poco.

—¿Vas a llevarme a tu casa para hacerme el amor? —pregunto enarcando una ceja—. ¿Qué ha sido de la fantasía recurrente de hacérmelo aquí?

Oliver me mira un instante, creo que menos de un segundo antes de asolar mi boca y pegarme a la puerta, dejándome sin aliento.

—Eres un puto regalo del cielo —jadea quitándome el jersey a toda prisa.

—Vale, veo que te lo has tomado en serio. —Río a trompicones mientras le quito la camisa a toda prisa.

—Por suerte para nosotros, estas salas están insonorizadas.

—Chico listo. —gimo cuando deja caer mi sujetador y succiona mi pezón sin preámbulos—. Dios, Oli...

—Lo sé, lo sé.

Claro que lo sabe, el hombre es un experto en darme placer y mi cuerpo ya no tiene secretos para él. Otra cosa de la relación a distancia, además, es que hemos pasado muchas horas contándonos dónde nos gusta que nos acaricien más, o dónde queremos que nos chupen, lamien, muerdan... Así que ambos tenemos una idea muy exacta de lo que le gusta al otro, ya sea por confianzas o experiencia de otras veces.

Mis manos tiran de su delantal para soltarlo, y acto seguido del botón de sus vaqueros. Nos desnudamos tan rápido que en realidad es un poco cómico, porque en el intento de quitarme las mayas a toda prisa, Oliver ha olvidado mis zapatillas, con lo que al final, todo se hace una maraña a mis pies y necesita dar varios tirones antes de dejarme por fin libre y expuesta.

—Mi preciosa chica hipster...

Me alza en volandas, enroscándome en su cintura mientras me lleva a la camilla que tiene para tatuar en el centro de la habitación.

—La puerta —consigo decir mientras su lengua se enreda de nuevo en mis pechos—. Cierra bien la puerta.

Oliver chasquea la lengua, pero hace caso. No me apetece nada que nos pillen en esta situación, la verdad, así que una vez que ha cerrado con llaves me siento bastante más tranquila. Me levanto de la camilla y veo su cara de protesta, pero no tiene tiempo de hablar, porque me arrodillo ante él y entiende lo que pretendo.

—Nena... —gime cuando lo tomo en mi boca, acariciando mi mejilla con dulzura, mientras me deja darle placer a conciencia.

No soy una mojigata, he practicado sexo oral antes, pero tener a Oliver desesperado por mis caricias supera cada ración de sexo enrevesado con cualquier otro. Con él todo es tan sencillo que adquiere una intensidad nueva. Una dimensión que estoy segura de que solo alcanzamos porque nos queremos de esta forma tan desmedida y completa.

—Para, para. —Sale de mi boca y sonrío, con la respiración agitada—. No quiero acabar así... Túmbate en la camilla.

Obedezco, porque sé que es mi turno, y Oliver no defrauda. Chupa, lame y mordisquea no solo mi entrepierna, sino mi estómago, pechos, cuello y hasta muslos. En pocos minutos estoy jadeando y suplicando más y él decide que no puede aguantar mucho más tiempo, así que se cuela entre mis piernas y me penetra con suavidad y hasta el fondo. La sensación de hacerlo sin condón todavía me abrumba. Tenerlo tan caliente, piel con piel, sintiendo cómo se derrama en mi interior, es uno de los placeres más intensos del mundo.

Nos movemos al compás de suaves mecidas que no contrastan con el sitio en el que estamos, que incita más a un polvo rápido y duro. No es nada de eso, por el

contrario, nos miramos a los ojos, nos decimos un montón de cosas empalagosas y nos corremos casi al mismo tiempo mientras absorbo de su boca un «Te quiero» que decido guardar en el cajón de cosas preciosas de mi mente, junto a todo lo que Oliver ya me ha dado desde que nos conocemos

Nos vestimos con tranquilidad, entre besos y sonrisas, y cuando está atándose el mandil de nuevo lo señalo y me río.

—Me gusta cómo te queda. Podrías cocinar para mí solo con eso.

—Mientras no sea algo frito o que salpique... —Reímos y besa de nuevo mi boca—. ¿Has visto el resto del estudio?

—No, solo la recepción. Kellie me derivó aquí de inmediato. —El cuerpo de Oliver se queda quieto, y sus ojos buscan los míos con interés. Decido sonreír y ponérselo fácil—. Parece simpática.

Él asiente y se relaja un poco, con una pequeña sonrisa.

—Es muy simpática. Deja que te enseñe el resto del sitio antes de irnos.

Salimos agarrados de la mano y me enseña el estudio. Aunque lo he visto un montón de veces en las videollamadas y en fotos, me parece que es todavía más bonito en la realidad. Amplio, vintage, con un toque macarra. Tan parecido a Oliver... Saludo a Kayden, que sale de su cabina para darme un rápido abrazo antes de volver, pues tiene un cliente dentro. También conozco al resto de compañeros, y cuando acabamos volvemos a la recepción, donde Kellie y Wendy ríen de buena gana de algo.

—¿Qué es tan gracioso, chicas? —Oliver abraza y besa con ganas a su hermana—. Bienvenida de nuevo, Sweetie.

—Le estaba contando a Wen cómo fue la visita de Justin.

—¿Justin? —pregunto, boquiabierta.

—El cantante —sigue Kellie.

—¡Justin Timberlake! —exclamo, entusiasmada.

—No nena—dice Oli riendo entre dientes—. Justin Bieber.

—Puaj. —Los tres se ríen—. Es un niñoato.

—Puede, pero le gustan los tatuajes, y le gusto yo como tatuador, así que...

—¿No deberías negarte por principios o algo así? Como músico debería joderte su carrera, aunque ahora sus canciones no sean una bazofia total. De hecho, alguna hasta me gusta.

Oliver ríe entre dientes, y Kellie y Wendy lo hacen de buena gana. Se ve que me encuentran graciosa.

—Ajá... —contesta él—. Los principios están muy bien, pero no pagan los vicios. —Me mira de arriba abajo y se muerde el labio inferior con una sonrisa provocadora—. Y tengo muchos.

Me ruborizo en el acto, porque menuda perla acaba de soltar delante de su hermana y su mujer, la verdad. Y sí, soy consciente de lo raro que es llamar a Kellie «su mujer», pero es que legalmente lo es. Puede que se note un poco lo que eso me pica aún, pero bueno...

—¿No habéis tenido bastante con el ratito que os habéis encerrado? —pregunta Kellie con una pequeña sonrisa sabedora—. Agradezco mucho que insonorizaras este sitio, Oli, de verdad. —Me ruborizo más y ella sonrío con comprensión—. Lo siento, lo siento, ya paramos.

—Se agradece —murmuro.

Hay que joderse. ¡Con lo que yo he sido! Que a mí no me avergonzaba nada ni nadie, y si no que le pregunten a Tina... Claro que no es lo mismo estar en un ambiente cómodo para mí, que aquí, donde me siento un poco intrusa y extraña. Es un sentimiento estúpido, lo sé, pero ahí está, y no puedo negarlo. No le digo nada a Oliver porque no merece la pena. Él no tiene la culpa de que yo no consiga hacerme con esta situación y, además, supongo que estoy sobrepasada por las horas de vuelo y el hecho de estar por fin aquí, viendo su vida de primera mano.

—Voy a llevarla a casa para que descanse —dice Oli—. ¿Te ocupas de mis citas, Kell?

—Tranquilo, me dejé hueco en la agenda por si necesitabas más horas. —Le guiña un ojo y Oliver sonrío.

Hablan un poco más acerca del trabajo, mi chico pregunta a su hermana si necesita que la lleve a alguna parte y cuando esta niega salimos del local. En cuanto veo su coche descapotable sonrío como una idiota, porque he soñado mucho con este momento. Parecerá una tontería, pero imaginarme con Oliver subida en su Porsche 356 speedster está entre los puestos más altos de mi lista de «Cosas por hacer».

—Quiero que me folles aquí. —Oliver frena con brusquedad justo cuando estamos saliendo del aparcamiento y me mira con la boca abierta—. Mmmm, igual debería haber hecho la petición de una forma un poco más suave.

—Cristo Daniela. —Ríe a carcajadas y tira de mi nuca para besarme—. Puedes hacer cuantas peticiones quieras, pero procura que no me cojan conduciendo a mucha velocidad. —Me besa de nuevo y ríe entre dientes mientras mueve la cabeza—. Me hacías falta, chica hipster.

—Y tú a mí, guapo. —Le tiro un beso—. Ale, ale, llévame donde pueda darme una ducha y tumbarme un poco, que más tarde quiero ir a ver a tus padres.

—¿Sabían que venías?

—No tengo ni idea.

Le cuento la sorpresa que me dieron Fran y Wendy anoche al detalle.

—Recuérdame que les haga un gran regalo en una de estas —murmura sonriendo—. Luchan mucho por nosotros.

Le doy una sonrisa por respuesta, que se amplía cuando su mano se posa en mi muslo y se queda ahí casi todo el trayecto hasta su casa. Saco el móvil de mi bolso; siento la necesidad de hacer una foto, porque quiero recordar siempre lo bien que quedan sus tatuajes sobre mí, aunque lleve pantalón largo. Lo miro de reojo, sonriendo mientras conduce, y siento mi pecho inflarse.

Detalles tontos que despiertan sentimientos inmensos.

Cuando llegamos y aparca frente a una casa típica americana, con su gran césped en la entrada y todo me quedo un poco cortada, la verdad, porque no sé qué esperaba, pero esto es como... Es como esas casas familiares que se ven en tantas películas. Es muy difícil ignorar la voz de Ramona, que me recuerda que esta casa se ve familiar porque es la de una familia: la que Kellie, Oliver y Valery formaron en su día. Y aunque la niña ya no está, la esencia de lo que han sido permanece aquí.

Intento obviar el dolor que se quiere adueñar de mí, porque sé que es muy egoísta y malvado de mi parte estar celosa de lo que han tenido, más aún cuando han sufrido tanto al final, pero cuando entramos en casa y veo el salón, el sentimiento crece, amenazando con atravesarse en mi garganta de una forma peligrosa. No son los muebles en sí, aunque el sofá es enorme y con pinta de mullido, el suelo de madera y los muebles modulares oscuros ligan a la perfección con el resto de la habitación. No es eso, sino las fotos de Valery, Oliver y Kellie en las estanterías. Me acerco y cojo una en la que se ve a Oli y a su niña sentados al piano: ella apoya la cabecita en el brazo de su padre y él sonríe mirando a las teclas, seguramente feliz solo por tenerla allí, a su lado. La foto por sí sola hace que el corazón me duela, pero voy aún más allá, y pienso en la persona que la tomó... Porque detrás de las fotos, hay una cámara, y detrás de esa cámara, una persona. Imagino a Kellie riendo, haciendo la instantánea a las dos personas que amaba, y lo siento por ella, por Oliver, por Valery y por todo lo que han perdido. Pero también lo siento por mí, porque estoy recibiendo rayos de dolor de ambos, pagando por la situación sin tener culpa. Todo esto, sin contar con el sentimiento de invasión que vuelve a crecer dentro de mí, como un monstruo pretendiendo arrasarlo con todo.

Intento serenarme, porque Oliver permanece en silencio a mi lado, consciente de que estoy tensa, y alerta a cualquier movimiento. Lo sigo y veo la cocina, con una isla y una mesa de comedor preciosas, y con cristaleras que dan a un jardín... un jardín con una cama elástica, que perteneció a Valery.

Un fantasma en cada rincón de la casa.

Subir las escaleras y ver las habitaciones no mejora mi sentimiento: hay dos dormitorios principales, uno de Kellie y otro de Oliver, pero no tengo que esforzarme en averiguar cuál es el que compartieron como matrimonio tiempo atrás, pues se nota gracias al dosel que cubre la cama. La habitación que ahora pertenece a Oliver está decorada en tonos tierra, muy de su estilo, y tiene en la pared del fondo un cuadro enorme en el que se ven las teclas de un piano llenas de salpicones de pintura. Sonríe por primera vez desde que entré en esta casa, porque es muy él.

Después me toca ver un cuarto bastante grande, en el que tienen una mesa de

dibujo, un escritorio y el piano que yo he visto en incontables ocasiones por Skype. Esta habitación, parte del salón y su cama, son las únicas cosas que me suenan de esta casa.

Salgo de aquí después de inspeccionarlo todo y abro una puerta que sé, me traerá un tráiler de sentimientos. Empujo con suavidad y ahí está: el dormitorio de Valery. Me hubiese encantado decir que lo han pintado, o retocado, o algo... pero no. Está intacto, ordenado y limpio a la perfección. Es tan acogedor que esperas que en cualquier momento la niña rubia de impresionantes ojos azules que se ve en las fotos entre corriendo y se abalance sobre su cama rosa llena de peluches. En la pared figura su nombre con grandes letras de madera pintadas en blanco, y a un lado, sobre la moqueta, descansa una casa de muñecas, un carrito infantil y unos patines. Las lágrimas se me saltan, pero procuro no dejar caer ni una y tragármelas todas, porque no quiero que Oliver sepa lo que me está provocando la visita a su casa.

—Es muy bonito —susurro cuando pienso que mi voz podría estar bajo control.

Él no contesta, así que lo miro, y puedo ver que está observando algo en mí... No sé si es consciente de la magnitud de lo que siento, pero sé que se ha dado cuenta de que algo no va bien. Sonrío y lo beso en los labios, intentando deshacerme de todas las malas sensaciones que se han ido enganchando a mi espalda.

—¿Puedo usar el baño de tu dormitorio? Necesito una ducha.

Oliver asiente y me acompaña. No dice nada, pero lo veo quitarse la ropa en cuanto entramos en el dormitorio. Me lleva hasta el baño y me desviste con calma, sin hablar todavía; me mete en la ducha y me hace el amor con tan dolorosa lentitud, que cuando acabamos no puedo pensar en nada más que en él.

Me tumbo en la cama y me permito dormir un poco. Solo necesito que el jet lag se aligere para volver a estar bien. No he venido hasta aquí para sentirme pequeña e insignificante, joder. Sé de sobra lo que provocaría este pensamiento en Oliver si se lo confesara, así que hacerlo es imposible. Me tragaré cada sentimiento malo que me llegue por culpa de esta casa y aprenderé a vivir con el fantasma de Valery entre nosotros.

Me convengo de ello, y de que estaré bien, pero una parte de mí, cada vez más grande, exige algo que no me atrevo siquiera a pensar.

«Oliver es un buen hombre, pero mira esto: Valery está por todas partes, demostrándote que él no está dispuesto a cambiar esta parte de su vida por nada, ni por nadie, porque no quiere seguir adelante. Lo que piensas no es cruel; él tiene derecho a recordar a su hija, pero esto va más allá. Sigue viviendo con su mujer, sigue sin pensar en divorciarse de ella... Él no quiere olvidar la vida que tuvo junto a ellas, porque sigue siendo su familia. Tú mereces más, Daniela. Tú mereces que un hombre quiera llenar una casa nueva con vuestros recuerdos, con una familia que te pertenezca también a ti. Contigo».

Ignoro a Ramona, porque soy experta en hacerlo, pero por más rápido que quiero actuar y bloquearla, no puedo evitar el ramalazo de dolor que me recorre conforme

esas palabras calan en mi mente.

Desde luego, este viaje no empieza como yo imaginé.

44. Un fantasma en nuestra vida

Por la noche la casa se llena con la visita de los padres de Oliver, Kayden, Cobra, que es otro compañero fijo del estudio, Wendy y Kellie, pero esta última está en su casa así que no cuenta, claro. Cenamos pizza porque pensamos que así nadie cocina y nos reímos hablando de temas triviales o escuchando a Wendy contar anécdotas del camping. Me alegro de que parezca tan feliz y enamorada de Fran, y pienso en lo lejos que queda ya su relación con Brian. Esta Wendy es alegre, simpática y dicharachera, como la antigua, pero, además, tiene un brillo en los ojos que no estaba ahí cuando Brian era su novio. No es por darle méritos a mi hermano, pero es que es así.

Intento disfrutar de la velada, pero las fotos de Oliver, Kellie y Valery me acechan desde las paredes y repisas. He descubierto una sobre un modular bajo en la que se les ve a los tres abrazados y riendo de buena gana. Eran la familia perfecta: guapos, simpáticos, ricos y unidos... Cuando veo estas fotos me cuesta encontrar a mi Oliver en ellas, pero es él, y no sé cómo casarlo todo.

Los días que siguen son frenéticos. En los ratos libres que Oliver tiene me lleva a pasear en moto, ver museos, monumentos y bares típicos de Los Ángeles, o al menos sus favoritos, y el resto del tiempo lo paso en el estudio con él, o en casa de Ronald y Elizabeth, porque me niego a quedarme sola en la casa de Kellie y Oliver a pesar de que ellos insistan.

Noto cómo la púa que corre por mis venas cada vez actúa más rápido y me da menos descanso, pero me empeño en ignorarla y hacer ver que todo está bien. La ignoro cada vez que veo a Kellie reír con Oliver en la cocina por las noches, y me siento como si fuese un holograma, presente porque se me ve, pero por lo demás, invisible. La ignoro cuando descubro que Kellie no solo es guapa y simpática, sino buena persona y servicial conmigo y, aun así, el rencor me nace. La ignoro cuando, con el paso de los días, soy consciente de la forma en que Oliver se siente en esta casa: feliz, relajado y a gusto, y sé, porque lo sé, que no querrá irse a vivir a otra parte. La ignoro incluso cuando me pregunto si es que está esperando que yo acabe mis estudios, deje mi casa, mi tierra, mi familia y mis amigos y me meta aquí con ellos... El mero pensamiento me indigna, pero luego siento que no tengo derecho, porque Valery ha muerto, y yo debo pagar por ello. La ignoro en todas esas ocasiones, y muchas más, de verdad, intento hacer oídos sordos y no permitir que el miedo, la ansiedad y el rencor me puedan, pero me está costando mucho, y el pensamiento de que soy una mala persona por sentirme así lo cubre todo con un mano de fuego que empieza a hacer quemaduras de, por lo menos, segundo grado a nivel emocional.

Para cuando llegamos al sábado estoy tan tensa que ni siquiera puedo disfrutar bien del sexo matutino con Oliver, que tonto no es y se da cuenta. Consigue que llegue al orgasmo, porque yo no soy partidaria de fingir y él conoce demasiado bien mi cuerpo, pero cuando acabamos, se pone el bóxer dándome a entender que vamos a hablar, o discutir más bien. Es curioso cómo con el tiempo llegas a conocer los gestos de tu pareja tan bien que las palabras a priori no son necesarias.

—¿Qué pasa, nena?

Ahí está, la pregunta a la que no quiero responder. La pregunta que he ignorado toda la semana alegando dolores de cabeza, jet lag, cansancio o encogiéndome de hombros, sin más. Estoy portándome como una cabrona, o esa sensación tengo, pero Ramona no para de darme razones por las que mi comportamiento tiene un mínimo de lógica, y tan puta como es, y tanto como la odio, no puedo dejar de ver que tiene razón en algunas cosas. Como mínimo en eso de que yo no soy cien por cien feliz, y aunque sé que es algo que tenemos que solucionar, no encuentro la manera de enfrentarme a ello. Pero, ¿acaso quiero irme de Los Ángeles con todo lo que siento enquistado dentro de mí?

Me levanto y me pongo las bragas y mi propio jersey, lo que da a Oliver una pista de que la cosa no va por buen camino. Ni yo misma entiendo por qué siento la necesidad de cambiar esta pequeña rutina que hemos adquirido en la que yo me pongo su camiseta después de hacer el amor. De hecho, mientras estamos juntos me encanta ponerme su ropa, sin más, por eso él sabe de sobra que dejar de hacerlo significa algo importante, y no quiero ni pensar lo que provocó la última discusión que tuvimos y empezó igual que esta, pero en el camping. Oliver debe intuir que con el bóxer no vale, porque se mete en el baño y cuando sale tiene también puesto el vaquero. Se apoya en el quicio de la puerta mirándome y decido preguntar las cosas sin medias tintas, a mi estilo.

—¿Cuáles son tus planes conmigo, Oli?

Él frunce el ceño, cruza los tobillos y los brazos y me contesta con lentitud y cautela.

—Mis planes contigo consisten en estar contigo, Daniela.

—¿Siempre?

—Siempre —contesta con rotundidad. Me retuerzo el borde de mi jersey y él se acerca chasqueando la lengua, sentándose en la cama y arrastrándome a su regazo—. Dime qué está mal, porque se suponía que tu primera semana en Los Ángeles iba a ser perfecta. Hablamos de ello durante meses, y pareces distraída y triste tantas veces al cabo del día que me estoy volviendo loco. ¿Tienes dudas de mi amor?

—No —susurro—. Sé que me quieres...

—¿Pero...?

—Pero no sé si me quieres como merezco, o como creo que debería merecer —digo bufando para aclararme las ideas—. Es un poco lioso. Igual es que estoy loca y ya está.

—No estás loca —dice muy serio—. Pero no te entiendo. Te quiero como no he querido a ninguna mujer antes, y dices que no es bastante.

—Siempre me dices que yo te lo he devuelto todo, siempre me dices que desde que me viste la música volvió.

—Porque es así. Cuando te vi por primera vez yo sentí ganas de tocar el piano otra vez, y quise componer para ti, para mí: para nosotros. Quise hacer algo que no

hubiese hecho antes. Quise hacer mi canción más bonita.

Me levanto de su regazo y voy hasta la estantería, en la que hay una foto de Valery sentada en el piano. La cojo y se la muestro.

—Tu canción más bonita siempre será para ella.

—¿Todo esto es por Valery? —Se levanta, pero no se acerca a mí. Sus hombros están cuadrados y su mirada es desafiante, como siempre que yo pronuncio su nombre—. ¿Esto es por ella?

—No. Sí. —Me encojo de hombros—. Esto es por ti, Oliver. ¿Cuándo vas a superarlo?

—Era mi hija, Daniela. No se supera. Convivo con ello, nada más.

Intento sonreír, aunque sea un poco, pero es imposible, porque esa declaración me hace pedazos. ¿No se da cuenta de lo triste que suena? Me apoyo en la estantería después de dejar en ella la fotografía y me rasco el brazo, reincidiendo en esta estúpida manía, como cada vez que me pongo nerviosa.

—Dijiste que recuperaste la alegría de vivir conmigo, pero creo que, en el fondo, te niegas a seguir viviendo de verdad. —Él achica los ojos y yo me relamo los labios, nerviosa—. Valery está en todas partes, y eso está bien, Oli, no te estoy hablando de guardarlo todo y hacer como si no existiera, pero no sé hasta qué punto es sano seguir viviendo en la misma casa donde vivíais cuando Kellie y tú ya no sois pareja. Es como vivir una ilusión, solo porque no quieres aceptar que tu hija no está, y no volverá.

—No quiero hablar de esto.

Sale de la habitación dejándome a cuadros, porque esas reacciones son muy propias de mí, pero no de él. ¿Dónde está el hombre maduro y racional...? Al parecer cuando se trata de Valery, se esfuma. Y lo peor es que esto en realidad no va tanto de su hija, como de la forma en que sigue viviendo seis años después.

Lo sigo, claro, porque una vez que hemos empezado esta discusión tenemos que acabarla. Las cosas no se pueden barrer bajo la alfombra para siempre y, además, joder, llevamos meses así y es hora de recibir las respuestas que espero. No sé si tengo razón, no sé si es lógico lo que pienso, pero sé que tenemos un problema y la manera de solucionarlo no es evadirlo.

Oliver está en la cocina, pero apenas puedo alcanzarlo porque coge una cerveza del frigorífico y sale al jardín trasero. Aprieto la mandíbula, porque no me gusta una mierda su actitud, y lo sigo prometiéndome que intentaré actuar de manera calmada, visto que él ha decidido comportarse como un niño cerrado en banda.

—Si de verdad crees que por decir que no quieres hablar de algo, vamos a dejarlo como si nada, es que no me conoces.

—Te conozco muy bien. —Mira a su botellín, y luego al fondo del jardín, a la cama elástica—. Te quiero, Daniela, te quiero más que a mi vida, pero no voy a permitirte decirme ciertas cosas.

—¿Ciertas cosas? Solo te he preguntado si crees que es normal que sigas viviendo aquí, cuando está claro que evitas esta casa tanto como es posible. Te pasas el día en el estudio, o con Kayden por ahí, y vienes aquí a dormir y poco más, igual que Kellie, joder, que no estoy ciega. ¿Crees que es normal?

Bien, vale, igual mi determinación para hacer esto de forma tranquila y pacífica se ha ido a la mierda, pero es que aquí la histérica soy yo, y no vale tornar los papeles sin avisar. Punto.

—¿Dónde estabas cuando te expliqué que Kellie...?

—¿Kellie tuvo depresión unos años! —digo interrumpiéndolo—. Era su hija, así que es lógico, pero no parece una mujer traumatizada. De hecho, si tuviera que decir algo, diría que...

—¿Que no quiero hablar de esto! Ya te conté todo lo que tenías que saber y te dije que no volvería a repetir la historia. ¿Qué más quieres? ¿Te lo doy todo y no te basta!

Me sorprende mucho su estallido de ira, pero quiero entender su estado de nervios. Aun así, no voy a permitirle hablarme en ese tono. No puedo consentirlo.

—No me lo das todo, Oliver. —digo suspirando, cansada de todo esto—. Llevo una semana dándome de bruces con el fantasma de Valery en cada rincón de esta casa; de tu vida. El único sitio donde pareces libre es el estudio, y creo que esta situación es insana para ti, e injusta para mí.

—¿Injusta para ti?

—¿Qué pasa con nuestro futuro? Dices que quieres estar conmigo siempre, pero ni siquiera sugieres que algún día te divorciarás de Kellie. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Ser siempre la chica a distancia?

Oliver se levanta, da un sorbo con nerviosismo a la cerveza y me apunta con el botellín, dándomela antes de sacar el tabaco y encenderse un cigarro.

—Cuando acabes tus estudios estaremos juntos. Me lo dijiste.

Hago una mueca con los labios, porque ahora viene una parte difícil, pero necesaria.

—¿Y el plan es que yo venga aquí? —No elevo la voz, porque no es necesario, dada la dureza de mis palabras—. ¿Y qué haremos? Dime, en dos años, ¿te divorciarás? ¿O pretendes que vivamos los cuatro aquí? —Cuando intenta interrumpirme sigo hablando, sin dejarlo—. Los cuatro, sí: tú, Kellie, Valery y yo.

Oliver da una calada a su cigarro, expulsa el aire con lentitud y niega con la cabeza, mirando al suelo.

—Eso ha sido cruel.

—Sí, pero es la verdad. No puedo sentir que me interpongo en una familia ajena, Oliver. Yo quiero mi propia familia, mi propia casa, mi propia vida contigo... No quiero ser la intrusa que pretende quedarse con el padre de Valery y el marido de Kellie.

Lo intento, de verdad, intento no llorar, pero es inevitable que la voz se me quiebre al acabar de hablar. Cojo aire y lo miro para saber cuál es su reacción, y puedo ver sus ojos cristalinos fijos en mí. Está sintiendo dolor, puedo verlo; incluso angustia, pero no habla de inmediato. Ya lo conozco y sé que está buscando las palabras adecuadas antes de decirlas, porque él sí tiene filtro, no como yo.

—Te quiero. —Carraspea y mira al fondo de nuevo—. Solo he pensado en que te quiero, y en que quiero estar contigo.

—Dime cómo imaginas nuestro futuro. —Me acerco a él, aunque temo que me rechace. No lo ha hecho nunca, pero está tan tenso que no sé qué pensar. Agarro su brazo desnudo y me limpio las mejillas antes de seguir hablando—. Oliver, dime qué tienes pensado para nosotros. ¿Vivir juntos? ¿Una casa? ¿Tú y yo? ¿Tú, Kellie y yo? ¿Más hijos?

Su brazo se tensa tanto que pienso que el más leve movimiento lo romperá en mil pedazos.

—Quiero más hijos contigo —dice con suavidad—, pero no estoy listo, y no sé si lo estaré alguna vez, por más que lo desee.

Eso duele, duele mucho, pero decido no ahondar en el tema, al menos por el momento.

—¿Y de todo lo demás? ¿No dices nada?

Oliver me mira y veo el combate de sentimientos en sus ojos. Lucha contra tantas cosas, que me sorprende que no se derrumbe cada jodido día, y lo siento por él, por nosotros, pero no puedo seguir obviando todo esto.

—No me hagas esto... —susurra con voz agónica.

—Que no te haga, ¿qué? —Mi voz sigue temblando, y mis lágrimas caen sin control—. ¿Que no te pida una garantía de algo? Oliver tengo que hacerlo, es el primer paso para respetarme a mí misma, y a nuestra relación.

—Nena yo... Yo no puedo dejar a Kellie. Es injusto para ti, ya lo sé, pero tú no la viste cuando murió Valery. Ella estaba tan mal que...

—Pero ya no está mal, Oliver —digo intentando no sonar exasperada—. No es una mujer con depresión, y creo que hasta ella intenta hacértelo ver, pero te niegas. Te has acostumbrado a protegerla y cuidarla y no quieres ver que no te necesita.

—¿Y eso lo sabes después de una semana conociéndola? —pregunta alejándose de mí, visiblemente nervioso y lastimado—. No puedes hablar de lo que ella necesita. ¿No puedes porque no estabas aquí cuando todo pasó! Tú no tuviste que recoger los pedazos de toda la mierda que trajo la muerte de Valery. ¿Y te crees con el derecho de decirme cómo tengo que llevarlo?

—No, no estaba —admito, con el corazón roto por verlo alejarse de mí, no solo a nivel físico—, pero estoy ahora, y te digo lo que veo.

—¿Y que ves? —pregunta de mal humor.

—Veo que eres tú quien se niega a seguir adelante. —Tengo muchas ganas de agachar la cabeza, pero me las arreglo para mantenerla en alto—. Creo que te has acostumbrado a todo esto y te da miedo enfrentarte a la vida real: esa en la que Valery ya no existe, y Kellie no es más que una amiga.

—Es la madre de mi hija.

—¡Era! ¡Era Oliver! ¡Valery no está! Entiendo tu dolor, pero han pasado seis años. ¡Ella no va a volver! No vas a traerla de vuelta por mantener su cuarto intacto o la casa llena de fotos tuyas. ¡No va a volver solo porque te dediques a ver videos suyos a diario! Lo único que consigues es quedarte encerrado y no salir adelante.

—¡Pensé que lo entendías! —Su rabia sale, por fin, a borbotones—. ¡Pensé que comprendías mi dolor! ¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Cómo puedes decirme que viva olvidándome de mi hija?

—¡No te pido que la olvides! Lo único que quiero es que sigas viviendo de verdad y dejes de refugiarte en el santuario que has hecho de esta casa, con Kellie, y con todo lo referente a Valery. —Lloro y me acerco, pero cuando se aleja un par de pasos me paro en seco—. Oliver, no puedo más. Necesito más que esto... Yo lo quiero todo.

Él guarda silencio y me mira como si yo fuese un ogro recién descubierto. Pienso con tristeza que es probable que piense que lo he engañado y libro una batalla para separarlo de su hija muerta. Lo siento como ni siquiera él imagina, pero no puedo luchar más contra esto. No sin dejar clara mi postura, al menos.

—Entonces supongo que tienes que buscar a alguien que te lo dé todo, porque me he vaciado para ti, y no te basta.

—Me quieres, pero no me lo das todo, y lo sabes.

Él se encoge de hombros y carraspea, aunque veo como un par de lágrimas caen por su cara antes de que se las limpie con avidez.

—Es lo que hay, Daniela. Esta es mi vida. Entiéndelo nena, no puede ser de otra forma.

Abro la boca, sin poder creermelo que de verdad me esté diciendo eso. ¿Qué significa...?

—¿Me estás diciendo que no vas a hacer nada por superar esto? ¿Qué tengo que adaptarme a esta situación para siempre? —consigo preguntar, presa de la incredulidad.

Oliver me mira a los ojos por primera vez desde hace minutos. La mirada que tanto odio se muestra atormentada ahora. Sufre como un condenado, lo sé, lo noto, pero también hay una determinación en sus ojos que me asusta.

—No puedo olvidar a Valery y pensé que tú, de entre toda la gente, lo entenderías. Pensé que me querías lo suficiente para comprender la carga que arrastro.

Exhalo el aliento que he retenido y niego con la cabeza, incrédula, porque a fin de

cuentas con sus palabras me demuestra que no está listo ni dispuesto a superar esto de verdad.

—¿Es todo lo que me ofreces? Porque no basta.

—Tiene que bastar —susurra, cargado de temor e ira.

—No, no basta. —Lloro ya sin tapujos—. Lo quiero todo o nada, Oliver.

—¿Me estás dejando? —Se acerca a mí en pocos pasos y me coge por los hombros, acercándose a su rostro. Veo las lágrimas surcar su cara y lloro más, pero no cedo—. ¿Me abandonas después de hacer que te quiera como nunca he querido ni querré a otra?

—¿A veces el amor no basta! —exclamo sollozando—. Dime que podemos intentarlo de otra forma, y todo seguirá adelante. ¡Pero dímelo! Dame algo, Oliver, hazme una sola promesa de futuro.

Él me suelta y se pasa las manos reiteradas veces por el pelo, respirando con dificultad y limpiándose la cara, en vano. Al final me da la espalda, y aunque no habla en un tono muy alto, no tengo problemas para escucharlo.

—No puedo Daniela. No puedo, y me pregunto si de verdad me quieres, porque no entiendo nada de esto.

Aprieto los dientes, porque no tiene ningún derecho a decirme eso. ¡No cuando he dado tanto por él! Ya sufrí la humillación y el chantaje emocional de Jake en el pasado, y aunque sé que Oliver no es igual, habla por él su dolor, y no puedo permitirlo. La Daniela del pasado podía vivir con un hombre que no la valoraba lo suficiente, pero esa Daniela ha muerto. Oliver no tiene derecho a hacerme daño bajo ninguna circunstancia, así que reuniendo valor a causa de la ira hablo de nuevo, zanjando el tema.

—Me enseñaste a valorarme a mí misma, me enseñaste a ser fuerte, Oliver. ¿Sabes lo que me pregunto yo? —Cuando me mira, hablo con toda la determinación posible—. Me pregunto cómo siendo tan cobarde, conseguiste que yo fuera valiente.

Entro en la casa, porque no tengo nada más que decir, y me hundo en la más absoluta miseria cuando me doy cuenta de que él ni siquiera se ha movido del sitio. No he llegado al dormitorio cuando Kellie me intercepta.

—Lo he escuchado todo —confiesa de buenas a primeras—. Al menos todo lo que habéis discutido en el patio.

—Pues lo siento, porque no ha debido ser un espectáculo agradable y no quería propasarme en tu casa.

—Daniela. —Se acerca y me coge del brazo, haciendo que me dé cuenta de que tiembla bastante—. Tienes que escucharme.

—No —respondo llorando y bastante exasperada—. ¡No! Ya he escuchado bastante, Kellie. Entiendo vuestro dolor, de verdad, ¡pero estoy harta de sentirme mal por querer que mi novio me haga una promesa de futuro que no incluya a su esposa y

su hija muerta! ¡Y siento ser tan clara y cruel, pero es así como me siento!

Kellie se echa a llorar, pero no permito que eso me ablande. Saco la maleta y empiezo a meter mi ropa, dominada por los nervios. La cosa empeora cuando escucho un portazo y sé, porque lo sé, que Oliver se ha largado de la casa.

—Tienes que escucharme. Solo escúchame un minuto y luego dejaré que te vayas, si es lo que quieres.

Me limpio la cara y alzo la barbilla.

—Tienes un minuto.

Ella asiente y se toca el pelo en un gesto que me recuerda a Oliver. A veces se parecen tanto en ciertas cosas que da la impresión de que son hermanos, en vez de un matrimonio.

—Cuando Valery murió yo caí en una depresión muy grande, tanto como para no querer vivir. No intenté suicidarme, pero pensaba en ello cada día y Oliver lo sabía.

—Lo sé, y lo siento, pero...

—Me has dado un minuto —dice interrumpiéndome. Asiento y espero que siga—. Oliver no pudo llorar la muerte de Valery como merecía, ¿entiendes? Estaba demasiado ocupado intentando que yo no me quitara la vida, que sus padres dejaran de llorar la muerte de su única nieta o que el negocio no se viniera abajo. No tuvo tiempo para pasar su duelo, y eso acabó afectándole más de lo que pensamos. —Coge aire y sigue, aunque se nota que está muy nerviosa, porque habla a trompicones—. Él no está bien, necesita despedirse de Valery. Joder, ni siquiera ha ido nunca al cementerio donde está enterrada... Necesita separarse de mí también, no como amigo, pero sí romper con este matrimonio, aunque eso es culpa mía, porque en mi egoísmo pensé que cuando llegara el momento de separar nuestros caminos sería él, como siempre, quien daría el paso. Debí cortar esto en el momento en que supe de ti. No. —Niega con la cabeza y sorbe por la nariz cuando intento hablar—. Debí cortarlo cuando vi que no era feliz a mi lado, pero aun así permanecía aquí. Lo único que te pido es que lo entiendas, Daniela. Él hará lo correcto.

—¿Eso crees? ¿Crees que si me quedo aquí y cedo de nuevo hará lo correcto? —Saco fuerzas de donde no las tengo para sonreír—. No, Kellie. Él ya ha decidido que quiere seguir a tu lado, en esta casa, y vivir del recuerdo de Valery siempre, y yo me merezco más. Te agradezco muchísimo lo que me has contado, pero no es a mí a quien debes explicárselo, sino a él. Hablad las cosas, solucionad lo que sea que pase por vuestras cabezas y corazones. Por vosotros mismos, más que por nadie. —Cojo aire, porque lo último que me queda por decir es difícil, pero necesario, bajo mi punto de vista—. Y dejad a Valery descansar en paz... Recordarla es una cosa, y empeñarse en mantenerla viva cuando no lo está, otra. —Kellie llora, pero no parece ofendida—. Me gustaría estar sola para terminar de hacer la maleta.

Ella me abraza con fuerza y solloza en mi oído.

—Hablaré con él, te lo juro. Al final se arreglará Daniela. Os lo merecéis, y siento

mucho ser el motivo de...

—No. —Niego con la cabeza y le sonrío con sinceridad, aunque siga presa del dolor—. No Kellie, tú no has sido motivo de nada. Oliver ha tomado una decisión como adulto, y no está coaccionado ni sometido por ti, así que lo que pase entre nosotros, solo es culpa nuestra. —Beso su mejilla y aprieto su mano—. Me ha gustado conocerte, de verdad.

Ella asiente y mira un momento cómo sigo haciendo las maletas, pero al ver que no pienso cambiar de opinión sale de la habitación y me deja a solas. Media hora después estoy en un taxi camino de ninguna parte, porque mi vuelo no sale hasta dentro de unas horas, y preguntándome muy en serio si se puede morir de desamor.

45. Tres desconocidas, una caravana fea y una promesa extraña

Estoy en un restaurante de comida rápida de Long Beach. Al final le pedí al taxista que me dejara aquí porque necesito comer algo antes de irme al aeropuerto, aunque no me entre nada. Tengo la maleta a mi lado y estoy en el mostrador explicándole al puto camarero de las narices que debe haber un error con mi tarjeta y que pruebe de nuevo. Él lo intenta, pero al parecer vuelve a ser denegada, y yo he gastado todo mi efectivo en el taxi.

Parecerá una tontería, pero esto para mí es como si Dios bajase a la tierra en persona y me dijera que, por haber sido una niña mala, no va a permitir que algo me salga bien nunca más. ¡El problema es que no sé qué cojones he hecho yo a Dios, el karma o como quieras llamarlo!

«Tuviste que violar a un montón de gente en tu anterior vida, porque esta de momento es patética».

¡Punto para Ramona! La cabrona siempre sabe qué decir.

Arranco a llorar, y no es una cosa disimulada, no: lloro como lloran las actrices de telenovela cuando se enteran de que a Merceditas de la Caridad le han robado el bebé y van a meterla en un manicomio. Con lamentos, mocos e hipidos que hacen que todo el mundo a mi alrededor me mire como pensando: «Alguien debería enseñarle a llorar a lo bonito». Porque claro, esto es Los Ángeles, y aquí todo el mundo llora a lo bonito, por si el botox da reacción o... ¿Ves lo que te digo? ¡No estoy centrada! Y el cajero debe pensarlo también, porque se queda con la mano que contiene mi tarjeta estirada y cara de no saber qué hacer. Lógico por otra parte.

—¡¿Es que nada, nada, nada va a salir bien este jodido día?! ¡Estas tenían que ser las mejores vacaciones de mi puta vida! —Miro a una adolescente que hay a mi lado —. ¡Sí! Digo muchas palabrotas, pero cuando seas mayor entenderás que, a veces, en la vida, ni todas las palabras malsonantes del mundo hacen que te duela menos el corazón. ¡Joder!

Ella me mira con los ojos como platos, claro, que haya soltado mi diatriba en español no la ayuda a comprender la gravedad de mi crisis nerviosa.

—Alguien necesita una tilita. —Me giro hacia la voz que ha dicho eso en un español perfecto y veo a una chica sonreírme con amabilidad.

—Necesito un puto tráiler de tila.

Ella ríe y me fijo en su indumentaria. Calza unas vans con flores hawaianas y tablas de surf estampadas que me recuerdan a Oliver y mis propias zapatillas, y quiero llorar, pero me aguanto. Viste unos vaqueros rotos y deshilachados, una camiseta ceñida en la que se puede leer en español: «No te engañes, nos gustan grandes» que tiene estampada debajo una banana que, en otro momento, me habría hecho reír bastante, y una chaqueta roja con capucha. Quiero en el acto toda su ropa, pese a que está más llenita que yo. Tiene el pelo rizado, ojos castaños y una sonrisa sincera. No me parece que me tenga mucha lástima o me vea patética, así que no me tomo su risa a mal.

—¿Por qué no dejas que te invite a comer?

—Tengo dinero. —Alzo la barbilla, muy digna yo—. Puedo pagar mi puta comida, si es que este mequetrefe hace funcionar mi tarjeta.

—Insultar a ese pobre chico no te ayudará a pasar por lo que sea que estés pasando. —Se saca un billete del bolsillo y se lo entrega al susodicho, que la mira con toda la gratitud del mundo—. Vamos anda, quitémonos de aquí antes de que alguien entienda lo que dices y acabemos apaleadas. —Ella se ríe entre dientes, pero yo no le veo la gracia, la verdad.

Me empaqueta mi bandeja de comida y me coge del brazo así, por la cara, mientras me arrastra hasta una mesa en la que hay dos chicas más.

La primera tiene un vestido monísimo, negro, con vuelo y de gatitos estampados. Gatitos, sí, joder, eso solo le queda bien a gente así de cuki, yo soy demasiado bestia para llevar algo así. Tiene el pelo oscuro recogido en una trenza lateral, grandes y bonitos ojos castaños y una sonrisa curiosa en la cara. Sobre su regazo descansa una rebeca rosa pálido y gracias a que bajo la vista puedo ver sus bailarinas, rosas también.

La tercera es el punto contrario a estas dos: es rubia de pelo liso, lleva una blusa azul eléctrico con semitransparencias en los hombros y un pañuelo estampado en el cuello, además de un pantalón negro ceñido y unos botines con un tacón de cincuenta metros, más o menos. Bueno, puede que no tantos, pero es que siempre he envidiado a las mujeres capaces de llevar taconazo con estilo y sin poner cara de querer amputarse los pies, que es lo que suele pasarme a mí.

—¿A quién has recogido ya, Cherry? —pregunta esta última.

—Oye, que no soy un puto gato callejero —rebato ofendida, pero solo consigo que ría. Miro a la que me ha acompañado y frunzo el ceño—. ¿Qué clase de nombre es Cherry?

—Uno que me gusta —contesta riendo, y luego señala a las chicas—. Ellas es Red —dice, mientras la de los gatitos sonrío y asiente—. Y ella es Erika. —La rubia sonrío con tanta amabilidad que olvido su frase anterior—. Es mi hermana.

—¿Tu hermana? —Las miro a las dos a conciencia y bufo—. Pues será de distinto padre o madre, porque vaya...

La tal Cherry pone los ojos en blanco y se ríe antes de hablar, ignorándome. Lo de ignorarme es algo que la gente parece hacer sin demasiada dificultad.

—Chicas, ella es... —Me mira y elevo las cejas, sin saber qué quiere ahora, hasta que entiendo que espera que le diga mi nombre.

—Ah sí, Daniela. Daniela Acosta.

Las tres me saludan y me hacen sitio para que me siente. Lo hago, junto a Cherry, y me doy cuenta de que ellas han terminado de comer, así que no entiendo bien qué hacen aquí. Solo sé que me instan a acabarme la hamburguesa y dado que una de ellas la ha pagado me parece feo dejarla intacta así que como, y no solo eso; cuando quiero

darme cuenta estoy llorando otra vez y contándoles mi vida así, de gratis. Estoy loca, es un hecho, hay que estar muy loca y muy sola para tener la necesidad de contarle a tres desconocidas que tengo ganas de morirme porque el corazón no deja de sangrarme. Y no, no es una exageración.

Pensar en Oliver hace que sienta que de verdad podría caer enferma. A nivel físico ya no me encuentro bien, y emocionalmente es un hecho que me he convertido en un adefesio. ¿Cómo voy a superar esto? Pienso una y otra vez en nuestra discusión mientras hablo con las chicas, y recuerdo cada frase, para transcribirla tal cual, y cuando por fin acabo pienso que es curioso que todavía me queden lágrimas y ganas de seguir montando el espectáculo en sitios públicos con gente que no me conoce de nada.

—Menuda situación —dice Red—. Mira, no sé qué decirte. Imagino que en el fondo él también necesita tiempo para asumir todo esto, y ahora que te has ido, igual recapacita.

—No es solo recapacitar —interviene Erika—. Era su hija. —Hace una mueca y me mira, esta vez sí, con lástima—. No se olvida algo así. La felicidad no puede ser completa después de algo así.

—Bueno. —Cherry sonrío y palmea mi brazo—. La felicidad en realidad es relativa. —Me sonrío con simpatía—. No hagas caso a Erika, ella desconfía de todo lo que tenga huevos.

Las tres se echan a reír, pero yo no entiendo la broma hasta que me cuentan que Red y Cherry son escritoras de España y llevan una semana en Estados Unidos, conociendo Los Ángeles y celebrando que Erika se ha librado del impresentable con el que estaba. Van de fiesta en fiesta, intentando encontrarse de bruces con algún famoso, pero de momento no han tenido éxito. Hoy además van a un concierto de un grupo nuevo que está pegando fuerte aquí. Me parece algo súper guay que hagan este viaje, y pienso si no debería yo planear uno con Blanca, Ana y Tina, aunque seguro que solo me acompañaría esta última, que es la que iría conmigo al fin del mundo, si se lo pidiera.

—¿Por qué no dejas que te llevemos al aeropuerto? —pregunta Cherry—. No nos importa, y no pareces tener muchas opciones.

Podría negarme, porque sé que hay un buen trecho, pero la verdad es que no tengo dinero para otro taxi, como bien me ha hecho ver ella, y andar no parece ser la mejor opción así que me encojo de hombros y acepto, siguiéndolas al exterior.

Cuando llegamos al aparcamiento me quedo con la boca abierta. Frente a mí se estaciona la caravana más estrambótica que he visto nunca, jamás. En serio, es tan rara, colorida e inquietante que por un momento me pienso el subir junto a ellas, porque al fin y al cabo no las conozco de nada y nadie en su sano juicio querría pasearse con esto por LA. El frontal está pintado como si fuese el porche de una casa, pero de una cursi y rara. ¿He dicho que es rara? ¡Pues lo es! Tiene pintadas enredaderas, dos ventanas, una puerta, el fondo es rosa, y la silueta de un gato negro y gordísimo recostado justo en el centro me provoca risa y repelús a partes iguales.

—Es alquilada —aclara Red—. Alguien prometió que alquilaría algo súper cuki, y nos hemos encontrado con esto.

—El dueño me prometió que era como el mundo de Alicia en el país de las maravillas. —Cherry ríe a carcajadas—. La cagué un poco, pero nos ha dado muchas risas.

—Ay sí —dijo Erika—. Entra, te podemos ofrecer cerveza, y vino.

—También tenemos vino y cerveza —añade Red.

Me río, y mira que es difícil hacerme reír a mí con el panorama que tengo, pero ellas lo han conseguido. Las sigo al interior y me quedo conmocionada ante la imagen de sofás tapizados con satén rosa y cubiertos con manteles de ganchillo; un ciervo disecado en la pared con una pámela rosa fucsia colgando de un cuerno; cortinas de encaje y al fondo, una habitación con una cama que debe medir dos metros, porque está encajonada, ocupándolo todo.

—¿Hay algo aquí que no sea rosa, encaje, ganchillo o...?

—No —contesta Erika, y las tres se echan a reír—. Es original, y el rosa siempre mola.

—En el fondo, fondo, fondo —añade Red—, es cuki.

—Es lo puto mejor —dice Cherry riéndose.

—Eh, Dani. —Erika llama mi atención—. ¿Por qué no te vienes esta noche a tirarle las bragas a los cantantes del concierto? Seguro que te mejoraría el ánimo.

—¿A ti te ayuda? —pregunto, dado que, al parecer, ha sufrido una ruptura hace poco.

—Bastante, no hay nada como una gran fiesta y buenas amigas para pasar el trance.

Sonrío y tomo asiento en la parte de delante como puedo, al lado de Cherry, que es quien conduce.

—Os lo agradezco chicas, pero tengo un avión que coger. De hecho, tengo bastantes ganas de llegar a casa.

Las tres asienten con seriedad, supongo que entiendo que, en realidad, a mí no me apetece nada estar de fiesta por ahí. Eso sí, admito que en otros tiempos me habría encantado hacer rodaje con ellas.

El viaje es divertido, y eso que yo no soy la mejor compañía, pero soy testigo de cómo conectan las tres. Cherry y Red me hablan de los libros que ya han publicado, y los que están escribiendo: cantantes de rock, surfistas, policías... Un montón de personajes que me hacen perder el hilo y de los que hablan como si fueran reales. Erika, por otro lado, me cuenta la experiencia que sufrió con su ex, y aunque te parezca mentira, oír que no soy la única desgraciada con problemas de desamor me anima. Claro que el ex de ella es un completo cerdo, y de Oli no puedo decir eso... Me ha hecho daño, sí, mucho, pero es que él mismo se está haciendo un daño

inconmensurable. El pensamiento me lleva a hundirme otra vez, pero las chicas cambian de tema e intentan animarme.

Escucho música de Maroon 5, indie español y reggaetón dependiendo de quién gane la batalla en el momento, porque cada una tiene un gusto muy distinto para la música y están más tiempo armando jaleo por ganar que escuchando lo que suena.

—¿Entonces tu chico te ha compuesto una canción? —pregunta Cherry cuando les muestro una foto de Oliver—. ¿Y es buena? Porque si es buena, y estando él como está, no me extraña nada que te hayas caído con todo el equipo.

—Es muy buena —admito—. Me la suele cantar por las noches cuando estamos separados, para ayudarme a dormir. —Me muerdo el labio para no echarme a llorar—. Solía. Solía. Supongo que debo empezar a hablar en pasado.

Ellas guardan silencio un momento, y después es Red quien habla.

—Igual tiene arreglo, nena. Igual, a pesar de todo, encontráis el equilibrio que los dos necesitáis.

Me encojo de hombros y miro al frente, a la carretera. ¿Cómo les explico que me siento como si no tuviera derecho a pedir un amor completo? Entiendo que Valery lo ha sido todo, pero ella no está, y yo quiero un hombre que sueñe con dármelo todo. Que tengamos una casa que decorar y en la que crear un montón de recuerdos buenos. Que hablemos de futuro, de hijos para ser más exactos... Oliver dice que no sabe si quiere tener más, que le gustaría luchar para superar eso, pero yo ya no estoy tan segura de que en realidad quiera tenerlos. ¡Son tantas las cosas que tenemos en contra! Y a favor... ¿Qué? ¿El amor? Un amor muy grande, sí, pero que empequeñece cuando lo comparas con todo lo demás.

Porque decir que con amar basta es muy bonito, pero muy poco realista. No basta solo con eso. Hay que tener disposición para cultivar ese amor y hacerlo crecer día a día, paso a paso, y convertirlo cada amanecer en algo aún más inmenso de lo que ya es. Hay que avanzar, transformarse y adaptarse, y son cosas que nosotros no hemos conseguido. Tan triste como me parece, no puedo mentirme más y fingir que todo estará bien, porque ya hice eso en el pasado con Jake y solo me llevó a alargar la agonía durante dos años.

Cuando llegamos al aeropuerto me doy cuenta de que llevo un rato abstraída, así que hago un esfuerzo por incorporarme a la conversación que mantienen las chicas.

—Os lo digo en serio, he visto las fotos —dice Cherry—. Se nota que tiene un buen rabo.

—Ya te digo —ríe Red—. Ese te destroza como te pille. Te deja andando raro una semana.

—¡Que me pille a mí! ¡Que me pille a mí joder! ¡Quiero andar raro! ¡Exijo andar raro! — exclama Erika con vehemencia.

Las tres ríen a carcajadas y empiezan a discutir para ver quién se queda con el rabo del susodicho, que no sé quién es, pero prefiero no preguntar, por si acaso.

Cuando bajamos de la caravana en el parking del aeropuerto me fijo en cómo la mira la gente, y no me extraña.

Miro a las chicas, para ver si se percatan, pero ellas ríen y juran que les da igual, porque total, llevan toda la semana haciendo el ridículo así que ya están acostumbradas. Cuando llegamos a la puerta insisten en tomar un café conmigo y me llenan de teorías, cábalas y consejos acerca de cómo recuperar a Oliver, y si al final decido que no quiero volver, cómo superar nuestra ruptura. Agradezco mucho las intenciones de las tres y prometo estar en contacto con ellas por Facebook e Instagram.

Me levanto cuando me tomo el café y empiezo a despedirme de las chicas. Red y Erika me abrazan y salen de la cafetería dejándome a solas con Cherry, que camina conmigo un trecho, hasta la zona de seguridad.

—Espero que tengas un buen vuelo —dice cuando nos paramos.

—Gracias. Espero que el concierto vaya bien. Y que consigáis secuestrar a los cantantes y llevarlos de fiesta en fiesta hasta que no podáis más.

—Es un sueño muy realista —dice riendo de buena gana y metiéndose las manos en la chaqueta, mientras yo me aferro al asa de mi maleta—. Respecto a Oliver, dale tiempo, y date tiempo tú para procesar todo esto.

Asiento, agradecida por el consejo y la abrazo antes de separarme de ella y hacer un amago de sonrisa.

—Me ha encantado conoceros, aunque sea en estas circunstancias.

—A nosotras también.

—Bueno... tengo que irme. —Sonrío y empiezo a caminar.

Estoy ya uniéndome a la cola cuando ella se acerca al cinto de seguridad.

—Oye Dani, no llores demasiado. Todo se arreglará, te lo prometo.

La miro frunciendo el ceño, porque está seria y tiene una mirada profunda que me desconcierta.

—No puedes prometérmelo, porque no lo sabes.

—Sí, lo sé —dice sonriendo.

—¿Cómo? ¿Eres adivina?

—No. —Se encoge de hombros con naturalidad—. Supongo que es como si yo escribiera tu historia. —Sonríe y se aleja un paso—. Que te vaya bien, nena.

Se gira y empieza a caminar mientras yo sonrío con extrañeza y miro su espalda pensando que ojalá pudiera ella de verdad escribir nuestra historia, porque entonces podría darme el final feliz que, una vez más, se me escapa de las manos.

El vuelo es largo, tedioso y triste, pero eso no es nada raro. Me recoge Diego que, haciendo gala de su naturaleza se limita a abrazarme cuando ve mi cara y llevarme a casa sin hacer preguntas. Lo agradezco, porque no tengo ganas de enfrentarme a él, ni

a nadie, por lo menos hasta haber conseguido dormir un mínimo de ocho horas en mi cama.

Por desgracia, no toda mi familia es como Diego, así que en cuanto entro en casa tengo que esquivar las preguntas de Fran y Samuel, que me miran ceñudos y con evidente preocupación. Consigo llegar a mi dormitorio y jurarles que solo necesito descansar, pero no he acabado de tumbarme cuando Tina entra y me mira muy seria.

—¿Tengo que matarlo?

Y eso es todo lo que necesito para abrazarla llorando, desconsolada. Joder, cómo quiero a mi Antonia.

46. Vengo a decirte...

Oliver

Han pasado cuatro días desde que Daniela se fue. Cuatro días en los que me he dedicado a revolcarme en mi propia mierda y empezar a pasar por un montón de fases que van desde la autocompasión hasta la ira. ¿Qué pasa con todas nuestras futuras promesas? ¿Qué pasa con todos los amaneceres que nos faltan por ver? ¿No sucederán? ¿Y ya está? ¿Cómo puede romper con algo tan grande sin pararse a mirar atrás? No lo entiendo, estoy saturado, dolido y dispuesto a culpar a cualquiera de mi situación. A cualquiera, menos a mí mismo.

Alejo de mí a Kellie por primera vez en seis años y no le permito decirme una sola palabra de Daniela, ni de nada en realidad, porque me encierro en el cuarto y ni siquiera dejo a Kayden entrar. Miro al techo y pienso mucho en nuestra discusión. Lo pienso, lo recuerdo y lo revivo una y otra vez, demostrándome a mí mismo que siempre es posible sufrir más.

Curiosamente una de las cosas que más me duele, es recordar su mirada herida cuando le dije que me gustaría tener más hijos, pero no estaba seguro de poder hacerlo. Ella me miró como si le hubiese negado la luna, y yo me he prometido tantas veces bajarla para ella cada noche, que me sentí más miserable que nunca.

Ahora es de madrugada y acabo de levantarme empapado en sudor después de sufrir una pesadilla que no es la recurrente, que suele tratar de Valery. En este sueño yo paseaba por una calle solo, con las manos en los bolsillos y mirando al suelo. Tropezaba con un niño pequeño y me paraba para sujetarlo y asegurarme de que estaba bien, y entonces su madre embarazada se acercaba y me agradecía la preocupación con una sonrisa. Yo alzaba la vista y allí estaba ella: con su barriga, cogiendo a un niño rubio en brazos y mirándome como si fuera un completo desconocido. Intentaba hablarle, decirle algo, lo que fuera, pero se giraba después de darme las gracias por sujetar a su pequeño y se iba hacia Jake, que la esperaba con una sonrisa y un beso que estampaba en sus labios en cuanto la tenía a su alcance.

No es que me duela el corazón, es que siento que han plantado en él el mayor atentado de la historia. Lo han estallado, bombardeado, reventado, convirtiéndolo en polvo mientras imagino a la mujer que quiero; no, que amo; no, que adoro y venero, irse con el que yo ya considero mi peor enemigo.

Me levanto temblando, pensando que no quiero que Daniela esté con otro, no quiero que le sonría a otro con el corazón en esos preciosos ojos, y antes prefiero clavarme una daga en el cuello que verla tener hijos con otro. Ella tiene que parir a nuestros hijos. Tiene que formar una familia conmigo.

Salgo del dormitorio tiritando y entro en el de Valery. Me siento en su cama sin saber bien qué hago aquí. Cojo una de sus muñecas y recoloco su vestido mientras siento las lágrimas pujar por salir de mis ojos. Intento tragármelas, como hago siempre, pero no puedo evitar que un par se caigan. El sonido de la puerta al abrirse me distrae y alzo la mirada para ver a Kellie entrar.

—La echo de menos... —confieso antes siquiera de darle tiempo a sentarse a mi lado—. La echo tanto de menos que siento que me muero cada día un poquito, y solo Daniela conseguía que quisiera resucitar a diario.

Kellie se sienta de inmediato en la cama y lleva mi cara a su cuello, abrazándome como si fuera un niño y dejándome llorar, sin pensar que ella puede sentirse mal, sin hacerme el duro solo para que ella no sufra, y sin anteponer sus necesidades a las mías. Llora como llora un niño indefenso, porque es como me siento tantas veces que me parece un milagro haber soportado tanto sin romperme.

—Yo también la extraño —susurra ella en mi pelo, y siento sus lágrimas caer en mi cabeza—, pero no está Oli. Ella ya no está y nosotros sí. No podemos seguir haciendo esto.

Sollozo y me tumbo arrastrándola conmigo y abrazándola con fuerza. Y aquí, en la cama de nuestra hija, dejo ir todo lo que siento: el miedo, la rabia, la desazón y la ira que soporto desde que nos dejó.

Cuando amanece tenemos ojeras, la cara hinchada por el llanto y no hemos dormido más de dos horas, pero tomamos café sin disimular ni fingir que todo esto es normal, como solíamos hacer antes.

—No sé qué hacer.

Kellie me mira como si entendiera de qué hablo, cuando lo cierto es que ni yo mismo sé si lo he dicho por el tema de Valery o por Daniela.

—Tienes que dejar ir a Valery. Ya es hora, cielo.

Asiento, sabiendo lo que me está sugiriendo.

—¿Me acompañas? No quiero ir solo.

Ella sonrío y asiente con los ojos llenos de lágrimas. Me termino el café, me visto y conduzco hasta el cementerio para ver la tumba de mi hija por primera vez. Nunca he reunido las fuerzas necesarias para venir y enfrentarme a una piedra con el nombre de mi Valery inscrito, porque la idea de ver también la fecha de su muerte grabada me hacía pensar que al verlo, todo sería definitivo. Sería como decirle «Adiós» en vez de «Hasta luego», y no he estado listo hasta este momento.

En cuanto piso el césped siento la mano de Kellie enlazándose en la mía y caminamos con lentitud hacia el lugar en el que los restos de nuestra niña reposan.

—Estaré aquí, justo aquí —susurra ella soltándome y dando unos pasos hacia atrás, para dejarme a solas con Valery.

El simple hecho de estar aquí sirve para que me eche a llorar de nuevo, porque hoy por fin la dejo descansar en paz, pero nunca la olvidaré. Ella puede ser parte de mí mientras sigo adelante, y eso no significa que la quiera menos, solo que necesito seguir viviendo. Por fin lo he entendido.

—Vengo a decirte que no sabía vivir sin ti. —Quito los restos de hierba seca que hay sobre la lápida con manos temblorosas—. He intentado luchar contra cada

sentimiento positivo desde que te fuiste, de verdad que sí, princesa, pero mi corazón late de nuevo y no he podido remediarlo, te lo juro. —Se me escapa un sollozo, pero me obligo a seguir—. Me sentía mal por ser feliz, por sonreír y por tener ganas de vivir. Y todo es por ella. Ella, que no me deja caer; ella, que me hace ilusionarme cada día, aunque no quiera; ella, que me eleva y me obliga a ser feliz; ella, que me llena la vida de risas... —Me paso la punta de la lengua por las comisuras de mis labios para recoger las lágrimas que se cuelan en mi boca—. Tú ya no estás, Valery, y yo la necesito... Te quiero, pero es hora de dejarte ir. Esta vez de verdad.

Siento las manos de Kellie en mis hombros, y por la forma en que me agarra sé que también llora. Nos quedamos aquí un rato, en silencio y comprendiendo que es hora de dar un paso más, y cuando nos levantamos y volvemos a casa siento, por primera vez, una calma que no había sentido hasta ahora. Como si mis hombros fuesen más ligeros y el peso de mi corazón se hubiese aligerado un poco.

Entramos en casa, miro las fotos de la repisa y luego a Kellie, que ha sacado un DVD del modular de la tele.

—Hagámoslo bien. ¿Una última vez, juntos?

Asiento con la cabeza y me siento a su lado en el sofá. Damos al *play* y vemos a Valery en pantalla. Es un video de tantos que tenemos. Kellie y yo lo hemos visto innumerables veces mientras ella lloraba y yo intentaba aguantar el dolor que me provocaba todo aquello. Esta vez es al revés, y ella me sujeta a mí mientras miramos a nuestra hija tocar las teclas del piano y reír.

—*¿Es esta tu canción más bonita, papá? —pregunta Valery en el video, mientras yo quito sus manos del teclado y comienzo a tocar de nuevo.*

—*No lo sé. ¿Es esta?*

—*No, esta es triste.*

—*¿Te suena triste, princesa? —Se oye a Kellie desde detrás de la cámara—. Es la canción que hizo papá para ti.*

—*Es bonita, papi. —Valery esboza una sonrisa angelical—. Bonita, y triste. No es tu canción más bonita.*

—*¿Ah no? ¿Y cuál es, entonces?*

—*No lo sé. ¡A lo mejor aún no la has inventado!*

—*La inventaré entonces para ti, y así tendrás una canción favorita.*

—*A mí me gusta esta —contesta riendo—. Esta, y la de las princesas de algodón de azúcar. ¿Me la cantas?*

—*¿Esa canción te parece más bonita que esta? —Me veo reír y mirar a cámara—. Esta niña tiene el peor gusto musical del mundo, como su madre.*

En el video, Kellie ríe de buena gana mientras Valery apoya la cabeza en mi brazo e insiste en que toque esa canción infantil y algo ridícula que compuse para ella. Es el último video casero que tenemos, y fue tomado dos días antes de su muerte.

—Igual es hora de escribir tu canción más bonita —susurra Kellie a mi lado.

Apago el televisor, la miro y beso su frente.

—Quiero el divorcio, Kellie, y que vendamos la casa.

Ella asiente llorando, pero puedo ver que sonrío con sinceridad y tengo la certeza de que por fin estamos haciendo lo correcto.

Pasa un mes y medio antes de que obtengamos el divorcio y vendamos la casa a una familia con tres hijos, dos perros y un hámster. Firmamos la venta un día antes de navidad. Kellie llora, yo lloro, y sé que mis padres y mi hermana también lloran, pero todos sabemos que es lo correcto y, cuando por fin entregamos las llaves, siento que parto otra de las cuerdas que me ató alrededor del cuello hace seis años.

En todo este tiempo solo he visto a Daniela dos veces porque Wendy la convenció para hacer videollamada. Me escondí y la observé como hice antes de conocerla, solo que ahora tenemos una historia. Ella estaba preciosa, como siempre, pero visiblemente cansada, y aunque juró las dos veces que estaba bien yo supe que no, y lo supe porque yo me sentía igual. En esos momentos le prometía en silencio pasarme la vida recompensándola por cada lágrima vertida por mi culpa.

Aparte de todo, he trabajado mucho, y no solo en el estudio. He alquilado una casa en Venice y me he acostumbrado poco a poco a la sensación de estar solo y rodeado de muebles bonitos, pero que no me recuerdan a nada especial. Es raro, liberador, y espero que Daniela quiera elegir conmigo una casa que nos enamore a los dos para empezar a llenarla de recuerdos cuanto antes. Sí que he dejado alguna foto de Valery a la vista, pero me he dado cuenta de que ya no me mata mirarlas. Por el contrario, puedo pasar al lado de ellas y no sentir que son un recordatorio de que no puedo disfrutar de la vida, sino todo lo contrario. Verla en esas imágenes me recuerda que la vida es tan fugaz e inestable, que merece la pena disfrutar de cada pequeño detalle antes de que todo acabe.

Me he centrado mucho en mi piano, y he sacado buen provecho de él intentando crear algo bueno. Bueno de verdad. Creí que sería difícil, pero la verdad es que una vez me senté, no necesité más que unas horas desconectado del mundo para dar vida a una melodía que me provoca una sonrisa cada vez que la toco. Cuando se la mostré a Kellie, Kayden, Wendy y mis padres todos lloraron, pero sin dejar de sonreír.

Al parecer, por fin he compuesto mi canción más bonita, así que bautizarla con el nombre de «Daniela» es algo que encaja al cien por cien.

El día de navidad aterrizo en el sur de España con mucha ansiedad, una sonrisa inestable y nerviosa en la cara y un anillo en el bolsillo. Puede que Daniela Acosta odie las bodas, pero va a casarse conmigo, aunque tenga que arrastrarme durante años detrás de ella. Y si no lo consigo, al menos escuchará todas las promesas que traigo en la maleta solo para ella.

47. Prefiero los principios

Estoy en la playa haciendo fotos a un surfista que, a mi parecer, está un poco zumbado, porque hay que tener ganas de meterse en el agua en diciembre y con el mar revuelto, pero ya he comprendido que en este mundo hay gente de todo tipo. A mí no me metes en el agua con un trozo de madera en verano a jugarme la vida, cuanto menos en invierno. El chico es bastante bueno, yo no entiendo de surf, pero él parece bailar sobre las olas y está regalándome unas fotos fantásticas, así que por mí puede seguir tanto tiempo como quiera. Total, en el camping, y en concreto en casa, el ambiente es tan animado que me da bastante asco andar por allí. Quizá tengan motivos para estar contentos porque es el día de navidad, pero mi estado de ánimo rivaliza tanto con el de todos ellos que me siento patética quedándome allí, llorando lágrimas de sangre mientras todos beben vino y brindan por la mejor navidad en mucho tiempo.

Bueno, no, todos no están contentos. Fran está bien jodido porque Wendy aún no ha vuelto a España, y no saber cuándo lo hará por fin lo está matando. El problema es que yo con depresión soy de llorar y arrastrarme por los rincones, y él es de encabronarse con todos y trabajar más de lo que ya es normal, así que nos tiene un poquito puteados, la verdad. Tanto como para que Tina le haya regalado una muñeca hinchable esta misma mañana y le haya aconsejado delante de todo el mundo, incluidos mis padres, que se desahogue y deje de ser un desquiciado, porque si no ella misma va a matarlo. Todo el mundo se ha partido de risa, hasta yo, la verdad, porque mi Antonia sigue siendo una bestia, pero sincera como pocas.

En este momento él está en la cocina del restaurante, refugiado en sus platos, y yo en la playa, haciendo lo mismo con la cámara. Vaya dos patas para un banco.

El frío cala mis huesos y el surfista acaba de salir del mar, así que ya no tengo mucho que hacer aquí. Giro sobre mis talones y empiezo a subir los escalones de piedra para salir de esta cala. Al llegar arriba el viento mueve mi pelo tapándome la cara y, por lo tanto, la vista. Muevo la cabeza y me lo retiro con las manos, pero es inútil, porque se niega a permanecer en su sitio. Una gran idea eso de bajar a la playa con el pelo suelto y levante. Si es que soy una *crack*. Cuando consigo retirarlo lo justo para que no se me meta en los ojos, enfoco la vista y me quedo atónita al ver al chico que, vestido con pantalones estrechos y rotos, sudadera morada y chaqueta de cuero negra se acerca a paso lento hacia donde estoy.

—Oliver... —El sonido sale de mi garganta amortiguado, en una exhalación.

—Hola, chica hipster —susurra, o me suena a susurro, porque el viento sigue soplando, su pelo está revuelto y sus ojos me miran con tanto amor que mis oídos se taponan y el mundo se me hace muy ruidoso.

No soy capaz de reaccionar hasta que no lo tengo frente a mí. Y, aun así, de no haber sido porque estamos en un acantilado, habría caminado hacia atrás como quien retrocede ante la vista del mismísimo señor de las tinieblas. Con todo, lo intento, pero no tengo mucho espacio.

—¿Qué...?

—Estás preciosa. —Me interrumpe, y parece nervioso—. Te eché de menos.

—No se ha notado. —Intento no sonar demasiado amarga, pero saber que ni siquiera ha sentido la necesidad de mandarme un mensaje después de que me fuera, cuando yo he estado salvando los días a duras penas, duele demasiado—. ¿Has venido con Wendy?

Oliver niega con la cabeza y da un paso más, aprovechando que ya estoy pegada a la baranda de madera que me separa de morir escoñada en la playa, huyendo de mi ex novio de una forma bastante tonta.

—¿Tan mal hice las cosas para que pienses que estoy aquí por Wendy?

—No hiciste nada mal. Simplemente, no podías darme lo que necesitaba.

—Te odie un poco por abandonarme.

—No te abandoné —digo alzando la barbilla—. Acabé algo que no me llevaba a ningún lado y aposté por la parte de mí que pensaba que merecía más. No debería extrañarte, fuiste tú quien más me ayudó a valorarme, aunque luego fueras también quien... —chasqueo la lengua y me callo, porque seguir con esto no tiene sentido—. ¿Qué haces aquí?

—Hiciste muy bien en dejarme. —La sorpresa se debe reflejar en mi cara porque él hace una mueca de disgusto—. No me entiendas mal. Me mataste con tu marcha, Daniela, pero me obligaste a ponerme al día con mi vida, y me faltarán días para agradecértelo.

Guardo silencio un momento, procesando sus palabras. ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué al final se ha dado cuenta de que Kellie es su mujer y debe tratarla como tal? ¿O quizá...?

Dejo de pensar cuando sonrío y termina de cubrir la distancia entre nosotros. Oliver posa las manos en mis caderas y elevo las cejas en señal de escepticismo y chulería, porque por dentro puedo estar temblando, pero no voy a permitir que haga lo que le dé la gana sin poner, mínimo, caras raras.

—Estás preciosa, nena, pero pareces cansada.

—Dormir está sobrevalorado. ¿Te importaría quitar tus manazas de mi cuerpo?

Él ríe entre dientes y niega con la cabeza, estrechándome en un abrazo que me parte el alma, porque no quiero aspirar su olor ahora que por fin he empezado a olvidar lo que es capaz de hacer conmigo. Y no quiero sentir lo bien que encaja mi cuerpo en el suyo, ni quiero recordar la forma en que Oliver me abrazaba siempre, apoyando la mejilla en mi pelo y besando lo que le quedaba al alcance. No quiero revivir nada de eso, y está siendo muy difícil.

—¿Cómo le digo a mis manos que dejen de tocarme si llevan casi dos meses doliéndome por la falta de contacto contigo? Estar sin ti ha sido un infierno.

—Oliver... —Cierro los ojos cuando su aliento roza mi oído.

—No he venido antes porque necesitábamos tiempo, Daniela. Tú para darte cuenta de que tienes orgullo y autoestima, y aprender por fin a valorarte, y yo para solucionar todo lo que estaba mal en mi vida.

Apoyo las manos en sus hombros y lo empujo con suavidad, separándolo de mi cuerpo, porque quiero mirarlo a los ojos cuando hablemos de esto.

—¿Qué has hecho?

—He vendido mi casa. —Entreabro los labios por la sorpresa y él asiente—. Ayer entregamos las llaves a una familia que espero que la disfrute a fondo.

—¿Dónde vives ahora?

—He alquilado una casa en Venice, porque suponía que, si conseguía reconquistarte, querrías elegir conmigo la definitiva para cuando vivamos en Los Ángeles.

—Yo no voy a vivir en Los Ángeles —digo a la defensiva—. No puedes dar por hecho que voy a volver contigo sin poner ninguna pega. Y menos que lo dejaré todo para correr detrás de ti.

Oliver sonrío, y yo me enervo más. No recordaba lo que me saca de quicio que me sonrío o trate con condescendencia.

—En realidad hablo de cuando acabes los estudios. Sé que sigues en la academia así que he quedado con Kellie en que, hasta que acabes tus estudios, yo viviré aquí el máximo tiempo posible, y viajaré a Los Ángeles e Ibiza cuando tenga una cita muy importante o algún cliente exija que lo tatúe yo.

Si pensaba que no podía abrir más los ojos, me equivocaba. A este paso se me van a salir de las cuencas.

—¿Qué...? —pregunto con voz estrangulada.

—He pensado que el sur de España es un buen sitio para montar un tercer estudio, y voy a necesitar poner todo mi empeño y esfuerzo en echarlo a andar. No puedo estar en todas partes, claro, pero me aseguraré de que mis trabajadores tengan mi marca personal así que creo que puede funcionar. Y ya de paso tenemos excusa para venir a ver a la familia cada poco tiempo cuando vivamos en Los Ángeles.

Cojo aire a trompicones y boqueo un poco antes de conseguir articular una frase con un mínimo de sentido.

—¿Pero no vives en Venice ahora? ¿Y...?

—Estoy haciendo todo esto del revés —dice chasqueando la lengua—. Empiezo y te hago un gran resumen: He vendido mi casa, vivo de alquiler porque sé que voy a estar aquí todo el tiempo posible hasta que quieras volver conmigo a Los Ángeles, donde viviremos y tendremos un montón de hijos. Grosso modo, es eso. —Parece pensar en algo y asiente para sí mismo—. Ah sí, también te interesará saber que Kellie y yo nos hemos divorciado.

—¿Perdón?

Oliver resopla y se revuelve el pelo mientras se pasa la lengua por los labios. Enmarca mi rostro en sus manos, y esta vez sí puedo ver que, en realidad, está tan nervioso como yo.

—Necesito contártelo todo, pero es que tengo tantas ganas de besarte que no puedo ni pensar, joder.

—¿Te has divorciado de Kellie? —pregunto con voz trémula, y él asiente—. ¿Y has vendido la casa de verdad? —Vuelve a asentir—. Entonces supongo que puedes besarme, y luego explicármelo todo.

Oliver sonrío y estampa sus labios en los míos mientras sus pulgares acarician mis mejillas y mis manos van a sus muñecas al tiempo que me pego a su cuerpo. El viento vuelve a hacer de las suyas, enredando mi pelo a nuestro alrededor, pero esta vez lo tomo como una forma de envolvernos y aislarnos del mundo. No sé qué va a contarme Oliver, no sé qué va a pasar con nosotros, pero en este instante él está aquí y sus labios chupan y besan los míos buscando que le dé lo mismo, así que decido disfrutar del momento.

Cuando la falta de oxígeno nos obliga a parar lo miro a los ojos y abrazo su cintura besando su torso y echándome a llorar, porque yo si no lloro no me siento yo misma.

—Ha sido... —intento hablar, pero no dejo de sollozar.

—Lo sé, lo sé. —dice, interrumpiéndome—. Para mí también, nena.

No decimos más, dejo que me abrace por el costado y caminamos hacia el camping, pero en vez de llevarlo a la casa de mis padres, donde están todos reunidos, lo guio a la cabaña en la que me habló por primera vez de Valery. Solo espero que esta vez la sensación con la que salgamos de aquí sea distinta.

Entramos y nos sentamos en el sofá, donde Oliver me cuenta todo por lo que ha pasado después de mi marcha: la visita al cementerio, los trámites de divorcio, e incluso cómo es la familia que ha comprado su casa. Me cuenta también que ha compuesto una canción y que le encantaría tocármela, pero antes quiere asegurarse de que lo perdono y vuelvo con él.

Mientras habla gesticula muchísimo con las manos y se relame cada pocos segundos, además de pasarse las manos por el pelo. Yo por mi lado no dejo de rascarme el brazo y pienso que, vistos desde fuera, somos una estampa digna de echarse unas risas.

Me cuesta mucho creer que yo haya provocado un cambio tan drástico en la vida de una persona. ¿Soy merecedora de un amor tan grande como el que Oliver parece sentir por mí? No pienses que he pasado casi dos meses creyendo que volvería a mí. De hecho, estaba bastante segura de que Oliver y yo no volveríamos nunca y si te digo más, me había imaginado todos los escenarios en que iba a tener que verlo debido a la relación de Wendy con mi hermano, y en todas las ocasiones, yo acababa escondiéndome de él de mala manera.

Me gusta pensar que he aprendido la lección con Jake y abandonarlo fue un logro como persona, y un gran paso hacia la madurez y seguridad en mí misma, pero la verdad es que por dentro he estado hecha mierda y más de una vez me he preguntado si de verdad mereció la pena. Me respeté a mí misma, pero me sentí mucho peor que si me hubiese arrastrado y lo hubiese buscado, aceptando sus condiciones... Lo pensé cada día, varias veces, así que, como ves, no se me ocurrió nunca imaginar que al final, él daría los pasos necesarios para que pudiéramos estar juntos.

—¿Entonces...? —pregunto—. ¿Volvemos a estar juntos?

Oliver eleva las cejas, tira de mi mano y me echa sobre su pecho tumbándose conmigo encima.

—No lo sé. ¿Estamos juntos?

—Supongo que, si has hecho todo eso, y además has venido aquí el día de navidad, estaría muy feo resistirme y ponerme tontorróna. —Atrapo su labio inferior con los dientes y sonrío cuando jadea—. Además, estás muy guapo, joder, así es imposible que me resista a ti.

Él ríe, me alza en volandas y me lleva al dormitorio, donde damos cuenta uno del otro como si hiciese siglos que no nos tenemos desnudos, en vez de semanas. Tenerlo de nuevo invadiendo mi cuerpo es maravilloso, pero ver su mirada y sentir que por fin está libre de secretos y cargas para, mí me eleva hasta el punto de conseguir un orgasmo tan intenso y rápido que, de haber sido hombre, me habría hecho quedar muy mal.

Cuando acabamos nos quedamos tumbados en la cama, besándonos con languidez, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, y enredando nuestras piernas al ritmo de caricias lentas que, de seguir por este camino, nos llevarán a empezar de nuevo.

—Cierra los ojos —susurra él, besando mi nariz.

—¿Por qué?

—Tengo algo para ti, pero no quiero que lo veas aún.

—Me encantan los regalos.

—Lo sé, chica hipster.

Me río y obedezco, cerrando los ojos y preguntándome qué será lo que me ha comprado, porque tratándose de Oliver puede ser cualquier cosa. Ya ha demostrado en varias ocasiones que sabe cómo ser original.

Siento el colchón más ligero y sé que ha salido de la cama, igual que soy consciente de que vuelve a ella poco después.

Lo que no hubiese esperado jamás de los jamases, es sentir algo frío rozar el dedo anular de mi mano. Abro los ojos de golpe y me encuentro con Oliver sentado a horcajadas sobre mis caderas. Bajo la mirada y veo el pedrusco que hay en mi dedo. Bien, vale. ¿Y esto?

—¿Y esto? —pregunto, dando voz a mis pensamientos.

Oliver ríe con nerviosismo y me mira con una mezcla de dulzura y devoción que hace que se me forme un nudo de emoción en el estómago.

—Ya sé que odias las bodas, lo sé, pero me da igual, porque no soporto pensar que no vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, así que ahí voy: Cásate conmigo nena. Hoy, mañana, en un mes, cuando tú quieras, pero hagámoslo. —Coge aire y se tumba sobre mi cuerpo, estirando mis manos por encima de mi cabeza y enlazando nuestros dedos—. Sé que no crees en el matrimonio, pero una vez me dijiste que, si tuvieras que hacerlo, sería de la forma más sencilla posible, porque lo más importante sería lamer chocolate blanco del cuerpo de tu marido. —Sonríe con picardía y me besa antes de soltar mis manos, estirarse y coger del suelo un bote de crema de chocolate blanco—. Te prometo que, si aceptas, te devolveré el favor a base de bien.

Abro la boca, convencida de mandarlo al infierno por atreverse a ponerme en esta tesitura, pero es que el maldito sabe muy bien cómo hacer las cosas de forma que acabe riendo en vez de entrando en pánico. Suelto una carcajada y miro al techo mientras noto el anillo calentarse sobre mi piel. Me deshago de sus manos y lo miro con interés.

—Hum... Supongo que sería una lástima rechazar un pedrusco tan bonito.

—¿Eso significa que...? —pregunta él, necesitando una confirmación más directa.

—Eso significa que nos casaremos en Ibiza solos tú y yo, en cuanto puedas arreglarlo. Nada de ropa formal, nada de invitados y nada de convites. Firmaremos lo necesario en el sótano de la casa, echaremos al juez de turno o quien sea, y nos dedicaremos a gastar ese bote de chocolate.

No puedo decir más, porque Oliver arrasa mi boca y mi cuerpo mientras ambos reímos y volvemos a enredarnos en lo que de verdad se nos da bien.

¿Quién me iba a decir a mí, que al final iban a salirme tan bien las cosas?

«Yo desde luego estoy flipando un poco»

Me río entre dientes, porque entiendo a la pobre Ramona, claro que en silencio le grito un: «¡Chúpate esa, puta, que al final Oliver Lendbeck es todo para mí!» que me sabe a gloria.

—¿De qué te ríes? —pregunta Oli en mi oído con voz soñolienta.

—Pensaba en finales bonitos —digo sin más, sin querer confesar que sigo teniendo pensamientos y conversaciones internas dignas de una loca.

—Mmmm, siempre he preferido los principios.

—¿Ah sí? —pregunto.

—Claro nena. —Me mira con toda la intensidad del mundo y acaricia mi mejilla—. Tú serás mi principio cada mañana, y eso vale más que cualquier final de

pacotilla.

¿Y qué se le dice a eso? Porque yo solo puedo besarlo y procurar que, a base de caricias, entienda que siento exactamente lo mismo.

CONTENIDO EXTRA

Sé que muchas de las personas que han leído en primicia esta historia se encariñaron sobremanera con Fran y Wendy, y aunque al principio no pensaba hacer nada, puesto que la historia coral aquí es la de Samuel y Tina, los primeros se han impuesto, y dicen que ellos tienen derecho a contar, por lo menos, una parte importante de su historia. Así que aquí está, como contenido extra y para todos los que se han enamorado también un poquito de ellos.

Wendy

Estoy arrebujaada en el sofá, intentando prestar atención a una película mientras Fran se empeña en mostrarme, otra vez, la selección de casas que ha hecho por internet.

—Mira rubia, esta es la perfecta. Voy a concertar una cita y vamos a verla.

—Cariño, llegué hace solo unos días. ¿No prefieres que nos lo tomemos con calma?

Mi chico me mira con el ceño fruncido y yo intento no reírme, porque sé que le sienta fatal que me tome a la ligera temas que él considera vitales. Y a ver, el hecho de encontrar una casa en la que podamos vivir es importante, pero es que este hombre se toma estas cosas demasiado en serio.

Llegué por fin al camping el uno de enero, cuando la reconciliación de Oliver y Daniela ya era una realidad. De hecho, ahora andan en Ibiza, porque según ellos necesitan calma y volver al lugar en el que empezó todo. Yo creo que quieren perderse del mundo y disfrutar del inicio de su nueva vida solos, y los comprendo a la perfección porque conociendo como conozco a mi chico y a mis cuñados, de haberse quedado aquí habrían tenido que sucumbir a barbacoas y celebraciones varias, aunque sea invierno. Ya he aprendido que a los Acosta no los frena ni el frío, ni un huracán. Si deciden hacer una barbacoa, la hacen, llueva, nieve o se caiga el cielo a trozos.

—¿Me estás escuchando? ¡Wendy! —Me sobresalto y miro a Fran de nuevo, que abre los ojos con sentida indignación y niega con la cabeza—. Yo de verdad te lo digo, rubia, que desde hace un tiempo estáis todos de un empanado que asusta.

—¿Qué os pasa ahora? —pregunta Tina entrando en el salón antes de que pueda contestar a mi novio.

La miro y sonrío por inercia, porque está guapísima y es increíble el cambio que ha dado en los últimos meses, para bien, claro. No es que yo tenga nada en contra de la Tina del pasado, y tampoco es que haya cambiado su personalidad, porque es imposible, pero a pesar de su abstinencia, está relajada. Ya no vive a la defensiva y eso es algo que tiene efectos inmediatos en Samuel, que está mucho más feliz, lo que hace que sus hermanos, incluyendo a Fran, estén felices, y eso me lleva a mí a estar feliz. Como ves, todo son ventajas.

—Que no se centra en lo importante —dice Fran—. Estoy aquí mirando casas para los dos, y ella tan pancha, como si no fuera asunto suyo.

—No es eso. —Lo miro ceñuda e intento defenderme—. Lo único que te he dicho es que llevo aquí un par de días, y que te lo tomes con calma, pero ha sido darte la noticia de que ya no me voy a ir más y ponerte frenético con eso de buscar casa.

—Ahora también está feo que uno quiera tener su propia intimidad con su mujer. —Mira a Tina y me señala—. ¿A ti te parece normal su actitud? Se va a América un par de meses y vuelve otra vez en plan repipi.

—¡Eh! —exclamo quejándome—. No te pases, Francisco.

—Ay cariño, es que yo quiero que miremos casa ya. ¡Y Tina y Samuel tienen derecho a tener su intimidad también!

—Ahí le voy a dar la razón —dice ella—. A ver si os vais de una vez, que pueda yo follarme a mi hombre en todos los rincones de esta casa con tranquilidad.

Me río a carcajadas mientras el propio Samuel entra en la habitación, y sé que nos ha oído porque antes de besar a Tina ha puesto los ojos en blanco.

—Qué bestia eres, Antonia, de verdad.

—¿Tú no quieres, cariño? —Le bate las pestañas y él se muerde el labio de una forma tan sugerente que me siento incómoda. Tina, que no es tonta, capta el mensaje a la primera—. Pues ya sabes... Echa a tu hermano y a la yanqui.

—¿Sabéis? Podría ofenderme bastante por eso de que siempre me digáis yanqui como si fuera algo malo. ¡Soy californiana!

—Es con cariño —dice Tina haciendo un gesto con la mano, para quitarle importancia al comentario.

—Claro que sí, ya sabes que te queremos mucho, cuñadita —agrega Samuel.

Yo me río y no contesto, pero porque sé que tienen razón y que, en realidad, son adictos a eso de hacerse chincar unos a otros. A veces me cuesta un mundo adaptarme al ritmo rápido y descarado de esta familia, la verdad, pero me lo paso tan bien en el intento que no puedo quejarme.

—Por cierto —dice mi chico mirando su reloj—. Prometí a mamá y papá que hoy cenaríamos todos juntos, así que deberíamos ir saliendo ya.

Todos asentimos y nos levantamos de buena gana. Cenar en la casa grande, como la llaman todos, es un gustazo. La comida siempre está buenísima y, además, las veladas son la mar de entretenidas con todos los hermanos contando las novedades del día.

La verdad es que en casa nunca se ha montado tanto jaleo, pero es cierto que nosotros somos más de sentarnos a comer con tranquilidad y en calma, y esas dos pautas son del todo inexistentes en la familia Acosta. A veces pienso en lo que pasará cuando todos empecemos a tener hijos... La cocina de esa casa será el caos absoluto, ya puedo imaginarme a los niños corriendo, a mis suegros mimándolos a conciencia y a nosotros mismos intentando mantener el ritmo. Sonríe ante el pensamiento y justo en ese instante Fran me intercepta de camino a la salida.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta.

—Nada, solo pensaba en nosotros, y en el futuro.

Él me mira sonriendo, besa mi nariz, después mis labios y yo me derrito bastante, como casi siempre que Fran me toca.

—Será genial, rubita, y más cuando tengamos casa.

Pongo los ojos en blanco y ni siquiera contesto, porque a insistente no lo gana nadie.

Llegamos a la casa, saludamos a todos los que ya están aquí y nos sentamos a comer lasaña mientras comentamos nuestro día.

A la hora del café mi suegro sale un momento de la cocina y cuando vuelve, lo hace con una documentación que pone sobre la mesa.

—Tengo algo que contaros. —Sonríe con amabilidad y mira a sus hijos uno por uno, con tranquilidad y aplomo—. He cerrado al público la parte del camping que colinda con el bosque para siempre. Mañana mismo empiezan a vallar la zona y dejarán solo un portón grande que instalarán y del que solo tendremos llaves nosotros.

—¿Por qué? —pregunta Diego—. Vale que en invierno es la que menos se llena por estar más alejada de las actividades del camping y la playa, pero es tranquila y está en medio de una arboleda bastante bonita. A las familias les gusta.

—Exacto, es una parte muy familiar —interviene mi suegra—. Y por eso hemos decidido que debe ser de la familia. Vuestro padre y yo hemos dividido en seis partes esa parcela, de manera que cada uno tengáis la vuestra. Podéis construir a partir de un bungalow, hacer una casa de madera o tenerla ahí y no darle uso, pero es vuestra. Queremos que tengáis la posibilidad de vivir en el camping, teniendo vuestra propia intimidad.

Las reacciones en la familia van desde los gritos de alegría de Martín, que acaba de ver el cielo abierto y ahora no tendrá que poner excusas para usar los bungalós vacíos de picaderos, pasando por la sonrisa comedida y agradecida de Lorenzo, que es el más calladito, y llegando a la enorme, enorme, enorme sonrisa que brilla en el rostro de mi chico.

No le digo nada, pero sé muy bien lo que está pensando: ya no tenemos que buscar casa, porque este lugar es perfecto para vivir. Fran adora el camping, adora estar en el restaurante y poder vivir aquí mismo nos ahorrará muchísimo tiempo en venir del pueblo cada día, sin contar con que yo también trabajaré aquí junto a mi suegro, en la dirección y gestión del recinto, así que el regalo que nos han hecho es especial para todos, pero dudo que alguien lo agradezca más que nosotros en este momento, la verdad.

Aun así, me alegro por todos, pero no doy mi opinión ni le cuento a Fran nada de lo que pienso hasta que salimos bastante después de la casa. Tina y Samuel van ya camino del coche, pero Fran coge mi mano y me aparta.

—Nosotros vamos luego —le dice a su hermano, que asiente sonriendo, conoedor con toda seguridad de los planes de mi chico.

Nos despedimos de ellos, y le sonrío a Fran antes de empezar a caminar. No necesita decirme que vamos a la zona que acabamos de adquirir, porque lo sé de sobra.

Durante el trayecto no puedo evitar pensar en lo diferente que es nuestra vida ahora. He vivido años de profunda tristeza, primero por mi hermano, por la sobrina que perdí y por el dolor tan devastador en el que mi familia se sumió. Más tarde conocí a Brian y pensé que él sería mi salvación. Qué equivocada estuve al poner todas mis esperanzas en un hombre que jamás me demostró su amor de forma cálida o intensa. Me mandaba flores, claro, y nos acostábamos juntos, pero todo era tan frío e impersonal... Me convencía de que así debía ser, y pensaba que las historias pasionales y de amor infinito solo ocurrían en las novelas románticas. Ahora comprendo lo equivocada que estaba. Me gustaría decir que me arrepiento de haber estado con Brian, pero no es así, no puedo arrepentirme porque esa relación me llevó a Daniela, que hizo que la vida de mi familia se tambaleara para bien, sobre todo la de mi hermano. Ella nos devolvió al Oliver feliz y alegre que era antes de la muerte de Valery, y gracias a ella acabé conociendo al amor de mi vida. ¿Cómo no voy a quererla? La aparición de Daniela ha sido un milagro en nuestra vida, y de no haber sido por mi compromiso con Brian, jamás habríamos llegado a todo esto. No, es imposible que me arrepienta de haber estado con él, porque ese compromiso, a la larga, me ha dado las mejores cosas de mi vida.

—Estas muy callada —susurra Fran a mi lado.

Lo miro, y aprieto su mano solo porque a ratos necesito cerciorarme de que es real, de que por fin he encontrado todo lo que siempre busqué, aunque todo haya sido un poco loco entre nosotros.

Ya cuando nos conocimos en Ibiza conectamos tan bien que decidimos mantener el contacto. Allí no hicimos nada, ni siquiera nos besamos porque yo acababa de romper con Brian y habría sido una locura, pero en cuanto llegué a Los Ángeles empecé a hablar con él a diario, y te puedo decir que charlábamos durante más horas que cualquier matrimonio que se tenga físicamente. Siempre estábamos al teléfono, o por videollamadas, e incluso alguna vez Fran me llamó solo para que le dijera si le había quedado bonito o no algún plato nuevo que metía en la carta. Me hacía y me hace reír tanto que fue imposible no caer rendida a sus pies. Cada mañana amanecía con una sonrisa impaciente, esperando que mi teléfono se iluminara con su nombre, ya fuera con una llamada o un whatsapp, y cuando él me decía que no podía esperar para verme y que no hacía más que soñar conmigo, yo me elevaba. Nunca he tomado drogas, pero tengo la sospecha de que la sensación que produce la cocaína es algo muy parecido a lo que siento yo cuando estoy con Fran. Desde que decidí liarle la manta a la cabeza y sorprenderlo en el camping la primera vez, supe que mi vida había cambiado para siempre. Él me besó, y mi mundo entero tembló, por cursi que suene.

Han pasado meses desde ese primer beso, pero ni una sola vez he dudado de que mi vida está junto a él; que mi casa es su cuerpo, y nada más me importa.

—Aquí, rubita —murmura él cuando llegamos, abrazándome por detrás mientras me hace mirar un llano entre árboles inmensos—. Aquí construiremos nuestra casa, y aquí formaremos nuestra familia. —Besa mi cuello, y después mi oído—. Aquí me perderé en ti cada noche, y me encontraré en ti cada día.

Mis ojos se aguan, pero porque se me hace imposible no emocionarme cuando me habla así. Me giro entre sus brazos y lo miro a los ojos, viendo al momento que no soy la única emocionada.

—Cásate conmigo, Fran —susurro mucho antes de que mi propio cerebro asimile lo que mi boca ha expulsado por orden de mi corazón.

Mi chico me mira con los ojos como platos, boquea un poco y yo, de repente, me pongo tensa.

Ay, Dios. ¿Qué he hecho?

Fran

Miro con fijeza a Wendy, y vuelvo a maravillarme de que una mujer tan preciosa quiera estar conmigo. Que tengo mi punto, si lo sabré yo, que con este piquito he enamorado a las guiris a puñados, pero es que ella no es como las otras.

La primera vez que la vi pensé que, si los ángeles existieran de verdad, ella debía tener guardadas un par de alas en su armario. Te lo digo de verdad, desde la confianza: es la mujer más bonita que he visto en mi vida. Esto no son palabras de un hombre enamorado nada más, no. Esto son palabras de un hombre que tiene ojos operativos, y sabe lo que ve. Además, que yo no soy un facilón, a mí me puede venir una tía perfecta a conquistarme, pero si por dentro está defectuosa corro como de la peste. A ver si te crees que yo soy como mi Martín, que se folla a las piedras a poco que se pongan un biquini bonito.

A mí eso de follar por follar con cualquiera no me va, y menos con la de cosas raras que hay hoy en día, que con la suerte que tengo yo seguro que acabo con piojos en los huevos. Yo prefiero conocer a la persona con la que me voy a la cama, y por eso no hacía nunca caso ni de las guiris que intentaban camelarme, ni de las mujeres que se me ofrecían en las discotecas, porque soy del pensamiento de que lo que fácil viene, fácil se va.

Además, yo siempre he querido a una mujer a mi lado a la que pudiera ver con respeto y de igual a igual, a la que pudiera admirar sabiendo que ella me admira a mí también, y a la que pudiera querer sabiendo que mi cariño no cae en saco roto. Al principio con Wendy la conexión fue tan rápida e intensa que me asusté un poco y no quise avanzar nada en Ibiza, porque ella acababa de romper con el caraculo de Brian y yo no sabía si a lo largo de los días iba a arrepentirse, o si necesitaba un tiempo para superar esa ruptura. Decidimos que lo mejor era no ir a mayores y no nos dimos ni un triste beso. Y no te creas que no fue por falta de ganas, que desde ese día me obsesioné con ella tanto que hasta empecé a plantearme ponerle su nombre a mis

platos nuevos. No lo hice, porque seguro que los cabrones de mis hermanos se habrían reído de lo lindo, pero por dentro ella empezó a llenarlo todo.

Por eso, cuando hace unos días volvió y me dijo que por fin se quedaba para siempre, y que se apostaba todo lo que tenía por esta relación, me sentí el hombre más feliz del mundo. Ella es la mujer perfecta, puede estar con cualquiera, pero ha decidido darme ese honor a mí, así que empecé a buscar casa desde el mismo instante en que me dio la noticia. Solo quería ofrecerle un hogar para nosotros, para tener intimidad y empezar nuestra vida y nuestra familia como debe ser, y no a la sombra de la casa de mi hermano. Además, que Samuel y Tina también se merecen ya su espacio.

El regalo de mis padres viene como caído del cielo, porque ahora podremos hacer una casa a nuestro gusto, decorarla, llenarla de muebles y empezar a crear recuerdos que nos durarán toda la vida. Tenía la necesidad de verlo con Wendy esta misma noche, para que los dos soñemos juntos con nuestro futuro, pero admito que lo de pedirme matrimonio me ha pillado en calzoncillos.

—¿Cómo me vas a pedir matrimonio tú a mí? —digo por fin—. ¡Tendrá que ser al revés!

—¿Y eso por qué? —pregunta ella, pasando de estar tensa a ponerse a la defensiva—. No me irás a salir con que eso es cosa de hombres o alguna mierda de esas, ¿no? Mira que yo con machistas no quiero tener nada que ver.

Me río entre dientes, la beso con ganas, con muchas ganas, con tantas ganas que la llevo hasta un árbol, la apoyo y ahí me entretengo en mordisquear su boca, aunque ella no esté del todo relajada.

—Para, para —dice Wendy, aunque sin convicción—. Quiero que discutamos esto, porque me ha sentado muy mal que...

—¿Qué? —pregunto, alzándola en brazos y obligándola a rodear mis caderas con sus larguísimas piernas—. Solo he dicho que debería ser al revés, porque no tenías ningún derecho a robarme mi momento estelar.

—¿Tu momento estelar? ¡Pero si tú no ibas a pedírmelo! Solo estabas erre que erre con la casa y...

Vuelvo a besarla, porque me encanta aturdirla, porque me encanta su sabor y porque necesito que se calle un poco para poner en orden mis pensamientos. Aunque al final, decido que lo mejor es actuar antes de que se cabree más, así que la bajo al suelo, pero sin soltarla, y meto una mano en mi bolsillo. Un segundo después saco la caja con el anillo que compré ayer mismo. Pensaba llevarla hoy a la playa y declararme en plan bonito, pero este escenario es casi mejor. Abro la cajita frente a su cara y veo cómo sus ojazos se abren con sorpresa.

—¿Tienes tú un anillo, rubia? ¿Verdad que no? Pues el que tiene el anillo tiene el poder, que lo dice la peli esa tan famosa de los enanos. —Wendy se ríe, y llora, porque la pobre está aturrullada, o espero que sea por eso, porque si no mal vamos—. Rubita... Cásate tú conmigo. O si quieres te doy el anillo y me lo pides en condiciones, pero este pedrusco te va a quedar más bonito a ti que a mí.

Mi chica se ríe otra vez y da un salto enroscándose en mi cuerpo y besándome con ganas. Vuelvo a pegarla al árbol, y la beso con todo lo que tengo, perdiendo el oremus y centrándome en lo único importante, que es ella. Siempre ella. Fíjate si estoy concentrado en besarla que cuando me separo un poco para respirar, me percató de que se me ha caído el anillo en algún momento y no me he dado cuenta.

—Espera, espera rubia —digo mientras la bajo al suelo—. Ponte a buscar, que me ha costado un ojo de la cara.

A Wendy le entra la risa, pero le entra la risa de descojonarse viva mientras a mí empieza a dolerme la barriga, en serio, porque aquí hay muchas hojas y yo no soy rico, como ella. Ya estoy haciendo un cálculo mental de los platos de pescado frito que tengo que vender para comprar otro anillo cuando veo el pedrusco brillar entre unas hojas mojadas. Me agacho y lo recojo, lo limpio en el pantalón porque se ha llenado un poco de barro y lo coloco al principio del dedo de Wendy. La miro, pidiéndole permiso, y ella asiente, otra vez emocionada: la pobre va a terminar agotadita de tanto reír y llorar hoy. Se lo pongo con cuidado y sonrío, porque no puedo creerme lo afortunado que soy.

—Es precioso... —susurra ella.

—Me ha costado un pastón. —Wendy se ríe, porque a ella no le sienta mal que yo hable de dinero. Sabe que lo hago más por sinceridad que por restregarle nada, igual que sabe que me gastaría en ella todo lo que tengo, y lo que no.

Wendy me abraza, me besa el centro del pecho y apoya su frente en mi pecho.

—Te quiero, Fran. Te quiero más que a mi vida.

—Una suerte —murmuro en su pelo—. Porque justo una vida entera es lo que quiero contigo.

Nos besamos y pienso que, al final, es verdad eso que dicen y que siempre he pensado de que el dinero no da la felicidad. Porque soy el dueño de un restaurante que tiene vistas a un mar, que es la piscina privada más grande y bonita del mundo. Tengo un cielo limpio y lleno de estrellas justo sobre mí, y a la mejor mujer del mundo entre mis brazos.

Soy el cabrón con más suerte del universo.

Epílogo

Estoy despertando de un sueño profundo, cosa rara desde hace un tiempo, porque me cuesta mucho conciliar el sueño, pero anoche mi señor marido me dio un masaje en el baño que me supo a gloria, y después me hizo el amor. Dos veces. Y claro, tras más de un mes sin poder tocarnos caí como una bendita.

Y es que la vida es maravillosa... Aunque en este momento lo que quiero es seguir durmiendo, y creo que será imposible, porque los gritos empiezan a oírse en el pasillo.

Noto a Oliver pegarse a mi cuerpo, taparnos con el edredón que personalizamos a base de pintura y sexo hace ya como un siglo, y quejarse, aún adormilado.

—Ya vienen —murmura en mi oído.

No tengo tiempo de contestar porque la puerta se abre de golpe.

—Papiiiiiii ¡Adam me está quitando mi spidedman!

—Dale el spiderman, Adam —dice Oliver sin despegarse de mí, y seguro que sin abrir los ojos.

—¡No! E mío, e todo mío.

El colchón se hunde y unas manitas se abren paso a la fuerza entre Oli y yo. No quiero sonreír, porque sé que solo los aliento más, pero me hace gracia que sean tan pegajosos.

—Mami...

Este es el mayor, que ni siquiera había protestado aún. De hecho, ni me he dado cuenta de que está en el dormitorio también hasta que ha hablado. Se llama Oliver, como su padre, aunque no sé para qué se lo pusimos si ahora todos le decimos Junior.

—¿Mmmmm?

—No dejan de pelear por todo. Me cansan mucho.

Sonrío y abro los ojos para mirarlo. A veces todavía me cuesta creer que este niño tan rubio y de ojos claros sea hijo mío. Se parece muchísimo a Ronald, Liz y Wendy, sobre todo a su tía, porque ni su padre ni yo tenemos esos ojazos azules. Tiene cuatro años y maneja a su antojo a cada miembro de la familia, aprovechándose de lo mucho que babea por él.

—Tú, calla.

Esta voz también me suena. Otra mano se estampa en mi frente y río, aunque intento contenerme a tiempo porque no quiero que piense que ha hecho algo gracioso. Miro a mis hijos menores y me encuentro con dos pares de ojos entre marrones y verdosos, pelo negro azabache como el de Oli y su misma boca. Son una calcomanía de su padre en realidad, exceptuando algunos detalles heredados de mí. Siempre me estoy quejando de que ninguno de nuestros tres hijos se me parezca, pero Oliver ríe y

me asegura que en carácter, los gemelos de dos años y medio son como yo.

Uno se llama Adam, en honor a Levine, por supuesto. ¿Qué? No he conseguido conocerlo aún, pero sigo insistiendo a Oliver para que le ofrezca un par de tatuajes gratis, y cuando ese día llegue, le presentaré al niño al que puse su nombre para demostrar lo tarada que sigo estando.

El otro es Ethan, y lo eligió Oliver porque significa «Fuerza», y me gustó tanto que no lo dudé cuando me lo propuso.

Ambos son simpáticos, graciosos y tienen un sentido de la propiedad demasiado desarrollado. Creen que tanto Oliver, como sus hermanos y yo misma, les pertenecemos por completo. Mi marido asegura que eso es porque son igualitos que yo. Es muy gracioso cuando quiere...

—Quedo mi spidedman mami, podfi.

Ethan me hace pucheros y consigue derretirme un poco, pero cuando estoy a punto de hablar, Adam interviene y también hace muecas lastimosas.

—No mami, e mío.

—No es tuyo —murmura Oliver, subiéndoselos a los dos en el estómago para poder quedarse a mi lado mientras Junior se acurruca en mi otro costado—. Adam, dale el muñeco a tu hermano sin gritar ni protestar.

—No, e mío.

—Y de tu hermano.

—Mi hedmano e mío també.

¿No te digo yo lo del sentido de la propiedad híper desarrollado?

—Escucha, cielo. —digo intentando mantener un tono de paz—. Tienes que dárselo y compartir porque no quiero tener que enfadarme tan temprano.

—Mamiiiiiii.

—Uff, son muy pesados. —Se queja Junior a mi lado, bostezando—. Tengo sueño.

—Duerme cariño —susurro en su pelo dorado.

—¡Ya es de día! —grita Ethan dándole un manotazo.

—Shhhh —Oliver los mira seriamente, pero a ellos parece no importarles—. Tenéis que dejar de gritar y hacer ruido, lo digo en serio. No queremos despertar a la princesa, ¿verdad?

Un llanto agudo hace que todos miremos a la cuna que hay justo al lado de la cama.

—Creo que ya es tarde para esa advertencia.

Miro a mi marido, que sonrío con los ojos hinchados y se acopla a los niños en la cama mientras yo me levanto. Me asomo a la cuna y veo a Daniela, o «Princesa»

como la ha bautizado todo el mundo. Tiene solo veintiséis días y por lo general es una niña buena y tranquila que ha conseguido que todos los chicos de la casa pierdan el mundo de vista por ella, empezando por Oliver. La niña adorada... Ya empiezo a pensar en las formas de ponerle límites cuando crezca, porque sé que con Oliver hará lo que le dé la gana.

—¿Qué le pasa a mi niña? —murmuro cogiéndola en brazos, mientras ella llora aún más fuerte—. ¿Es el pañal, o hambre? —Compruebo lo primero y me doy cuenta de que necesita un cambio.

Salgo del dormitorio para ir a la habitación que tiene lista para cuando sea más mayor y en la que, de momento, solo la cambiamos de ropa. Camino por el enorme pasillo pensando en lo exagerada que me pareció esta casa cuando la compramos hace años. En este momento no es que nos falte espacio, pero todo está tan atestado de cosas que a ratos pienso que el suelo está fabricado de juguetes. Tendría que obligar a Oli a que obligue a los niños a recoger, porque a él le hacen caso, claro; papá es algo así como un superhéroe y nadie quiere estar a malas con él. Conmigo no les importa lo más mínimo estar a malas. Me declaran la guerra porque saben que les entro al trapo. Esos pequeños cabrones son muy listos y, aunque intento controlarme, a ratos se huelen que me voy quedando sin paciencia y se aprovechan.

Cambio a la niña y me siento en la butaca junto a la ventana para darle el pecho. Daniela se agarra sin problemas y vuelvo a maravillarme con su carita. Si el mayor de mis hijos se parece a mi familia política, y los gemelos a su padre, esta es clavada a mí: ojos grandes, mucho pelo moreno y mofletes pronunciados. Hasta parece que tendrá mis hoyuelos. Acaricio sus pies cubiertos por las botitas de lana, pues estamos en diciembre, y sonrío, enamorada por completo de ella.

Los gritos del pasillo me advierten de que al final, Oliver no ha conseguido volver a dormir a los niños. Son las siete y diez de la mañana y ya no recuerdo la última vez que dormí hasta el mediodía sin preocuparme por nada.

En unos días hará cinco años que nos casamos en Ibiza, pero a veces parece un siglo.

Nuestro matrimonio ha pasado por tantas cosas... Poco después de la boda fue el propio Oliver quien me habló de tener hijos, y aunque me asusté mucho porque no sabía si sabría ser una buena madre, valoré el hecho de que él quisiera crear una familia de verdad conmigo. Con todo tuve mis dudas, porque no sabía si estábamos listos y, además, yo seguía estudiando fotografía, pero cuando Junior nació y lo tuve en mis brazos me volví loca de amor por él, porque me costaba creer que hubiésemos hecho algo tan perfecto. Y aunque éramos felices, el primer año fue complicado. Nos agotábamos mucho con un bebé que no dejaba de llorar. Yo colapsaba cada pocos días y a Oliver le tocaba luchar contra su propio agobio y mi estado de ánimo, lo que nos acarreó más de una discusión gorda que acabó en lágrimas provocadas, mitad por el cansancio y las hormonas de mi parte, y mitad por los silencios frustrados de él. Además de que dejaba de buscarme tanto para tener sexo, pensando que estaba demasiado cansada, lo que fue aún peor porque yo di por hecho que ya no le gustaba

y un sinfín de cosas más que no eran ciertas. Por suerte ese periodo pasó. Al final, recapitamos y entendimos que hiciéramos lo que hiciéramos teníamos que estar unidos, porque no podíamos dejar que las noches eternas nos agotasen hasta el punto de terminar mal entre nosotros.

Superamos aquel bache, y lo hicimos tan bien que un año más tarde estaba embarazada de nuevo, de los gemelos esta vez. Imagínate nuestra cara cuando supimos que venían dos. Por un lado, estaba la emoción de saber que íbamos a sentir lo mismo que ya sentíamos con Junior, pero duplicado, y por otro estaba el miedo de volver a distanciarnos. Aquello sin embargo no ocurrió. Afrontamos la nueva paternidad de una forma mucho más madura y más unidos que nunca, y eso que la casa se convirtió en un caos absoluto. Es cierto eso que dicen de que, con el primero prácticas, y en el segundo aplicas algo de lo aprendido, pero realmente nunca terminas de evolucionar en esto de la paternidad.

Oliver se tatuó el nombre de cada uno de ellos al día siguiente de que nacieran. Lloré mucho cuando volvió a casa y vi el nombre de Junior justo debajo del de Valery, porque ella no ha sido olvidada en casa. Sus fotos siguen por las estanterías, pero ahora Oliver no sufre hablando de ella, y les cuenta a nuestros hijos cómo era el ángel que todos tienen custodiándolos. Los nombres de Adam y Ethan fueron grabados también en su torso, rodeando el de sus hermanos y haciendo que la zona empezara a verse completa.

Éramos muy felices, teníamos tres hijos maravillosos y la verdad es que no pensábamos en más, pero un virus reblandeció el efecto de la píldora lo suficiente para que uno de los potentes soldados de mi marido marcara gol.

La verdad es que cuando me enteré de que volvía a estar embarazada hasta lloré, y eso que tenemos la ayuda incondicional de mis suegros, pero no sabía si podría cuidar a cuatro hijos y, además, empezaba a verme como una coneja, cosa que me deprimía bastante hasta que Oliver me abrazaba y me prometía que nadie me veía así. Cuando además en la consulta nos dijeron que venía una niña me tensé y miré a mi marido, que se limitó a sonreír y emocionarse mucho, mucho, mucho. Una cosa era superar lo de Valery, y otra que al tener una niña en vez de otro niño le viniesen recuerdos duros o las comparase, pero eso nunca sucedió. Oliver adoró a Daniela ya desde que estaba en la barriga y jamás lo vi sufrir o compararla con Valery. Cuando nació se tatuó su nombre en el hueco que quedaba libre sobre su corazón.

Eso sí, en cuanto la niña nació se hizo la vasectomía: con cuatro hijos hemos cumplido con nuestra parte de la procreación más que de sobra.

Te preguntarás si alguna vez llegó a tatuarse mi nombre en referencia a mí, y no a nuestra hija. Pues... algo así. El día que se tatuó el nombre de nuestra niña, me fijé en que más abajo, en la pelvis y al lado del tatuaje que nos hicimos en Ibiza, en letra cursiva había un: «Chica hipster» en español que me llegó al alma.

A día de hoy todavía bromeo diciéndole que lo de no tener más hijos es porque él ya no tiene más espacio en el cuerpo para tatuajes, aunque lo cierto es que sí le quedan huecos, pero a estas alturas ya dice que no se hará nada más, que tiene de

sobra. Yo no lo creo, alguien como él utiliza su cuerpo para grabar y recordar cada historia importante, y sé que no parará de hacerlo hasta que ya le resulte difícil de verdad.

—¿Qué piensas tan concentrada?

Me sobresalto al oír su voz. Está apoyado en el quicio de la puerta con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros rotos y gastados. Luce esa sonrisa sexi y morbosa que aún me hace temblar, pero sus ojos, sin embargo, rebosan ternura. Se acerca y besa la cabecita de Daniela, que está decidiendo si come un poco más o no.

—Pensaba en los últimos años —contesto a su pregunta.

—¿Para bien?

Su pulgar acaricia la frente de la niña, provocándole una mueca que me hace sonreír. Su otra mano se apoya en mi rodilla, donde deja un beso distraído.

—Por supuesto, siempre es para bien... ¿Tienes idea de cuánto te quiero?

—Lo imagino, me has dado cuatro hijos después de jurar y perjurar que ni siquiera te casarías.

—Cierto —contesto riendo—. Bueno, la vida cambia, y las prioridades también. Ahora tú y nuestra familia sois todo lo que me importa.

Él sonríe, me besa y acaricia mis labios con los suyos en un gesto que me derrite un poco.

—Mmmm. ¿Estás haciéndome la pelota para tener mejores regalos de Navidad?

—Desde luego. —Sonrío con coquetería—. Y espero que ese regalo llegue en forma de portabebés *fashion* y a la última, porque en un mes y medio tengo la sesión con la protagonista de «Mares» y no pienso dejar a Daniela con nadie todavía.

—No sé si me parece buena idea que vuelvas al trabajo tan pronto.

—Puede parecerle lo que sea, pero es mi trabajo, tenía este compromiso y lo pienso cumplir. Además, Oliver, el estudio está a cinco minutos andando.

—Ya bueno... intentaré acompañarte de todas formas. Además, eso no es algo que tengamos que pensar hasta dentro de un mes y medio. Ahora mismo deberíamos ir mirando el tema de organizar el salón para la cena.

—De acuerdo, vamos.

—Pero déjamela, que quiero achucharla un poco.

Estira los brazos con gesto ansioso, me río y se la paso para aprovechar y vestirme antes de empezar el día. Justo antes de salir del dormitorio lo oigo cantar a Daniela la nana que ya me cantaba a mí cuando no podía dormir en el pasado, y mi sonrisa se intensifica, porque adoro verlo cantar a nuestros hijos.

Mi trabajo no solo va bien, sino que gracias a los contactos de Oliver he conseguido hacerme un hueco entre las firmas más prestigiosas y ahora me dedico a fotografiar a actrices o modelos consagradas.

Pero bueno, mi marido tiene razón y hoy no es día de pensar en eso. Es veinticuatro de diciembre y vamos a cenar en familia. Han venido todos y estoy feliz de la vida, la verdad. Mis padres fueron los primeros en llegar la semana pasada para estar más tiempo con los niños.

Tina y Samuel llegaron hace un par de días con mi sobrino Samu, de la misma edad que los gemelos. Siguen viviendo en la misma casa, ella sigue sin beber ni una gota de alcohol y además ha conseguido un puesto fijo en la escuela pública del pueblo. A mi hermano se le sigue cayendo la baba en abundancia con ella.

Fran y Wen también están en Los Ángeles. Ella volvió al camping la misma navidad que Oliver. Construyeron una casa de madera en tiempo record en la parte del camping en la que ya todos tenemos nuestras casitas, y se casaron casi de inmediato en una ceremonia preciosa y llena de gente porque, según Fran, alguien tenía que suplir el mal rato que yo había dado a mi familia casándome sin invitarlos. Antes de cumplir el primer aniversario de bodas ya tenían una hija, clavada a Wendy y, por lo tanto, a mi hijo mayor. La llamaron Candice, aunque mi hermano le dice Candy o Candela, según tenga el día. Un año más tarde repetían experiencia: otra niña, rubia también, a la que llamaron Elizabeth en honor a mi suegra. Todo el mundo le preguntaba a mi hermano cuándo iría a por el niño, y él contestaba que le gustaría tener otro bebé, pero que ojalá fuera otra niña y para variar naciera morena, como él. Y oye, catorce meses después llegó Lola, que lleva el nombre de mi madre, y no solo es una morenaza de risa fácil como su padre, sino que tiene su genio, lo que hace que, junto a sus hermanas, consigan poner a Wendy al borde de la taquicardia más de un día. Yo la entiendo a la perfección.

El resto de mis hermanos también están aquí, sin novias, ni amigas. Empiezo a pensar que se me quedan para vestir santos, por lo menos el mayor.

Kayden vendrá con su nuevo novio. Es guapo, sexi, latino... Parece perfecto, pero no es el suyo, y se nota. A ver si un día de estos da por fin con un buen chico y asienta cabeza.

Kellie por otro lado está invitada con su flamante prometido. Miro con detenimiento dónde ponerla, porque en su avanzado estado de embarazo no quiero encerrarla y que se sienta agobiada. ¿Quién iba a decirle que acabaría saliendo con uno de los abogados más prestigiosos de Los Ángeles? Ella, la chica dura y llena de tatuajes, ha caído rendida ante un tipo que no se quita el traje ni los días de barbacoa. Claro que cuando por fin nos lo presentó entendí el motivo, y es que está para hacerle de todo y repetir hasta el infinito, por mucho que a Oliver le moleste que babee sin disimular demasiado frente a él.

El día se nos va en prepararlo todo mientras los niños corren de un lado para el otro como locos y yo procuro descansar por orden de todo el mundo, y eso que esta cuarentena ha durado menos. De hecho, por eso mi marido aprovechó anoche para hacerme por fin el amor.

La cena transcurre como todas las de navidad desde que formamos una gran, gran familia. Alcohol, niños llorando y protestando, o jugando y armando ruido; mayores

contando anécdotas cada vez más delirantes y en el centro, Oliver y yo, disfrutando de sus risas y embebiéndonos de lo que hemos creado.

Miro a mi marido, que se ha negado a vestirse de traje alegando que en cinco años no se ha puesto una corbata y no piensa empezar hoy. Lleva una camiseta blanca, una camisa de cuadros azules encima y un pantalón vaquero con agujeros deshilachados. Está muy guapo, y tiene razón: yo también prefiero sus vaqueros y camisetas destartaladas.

Después de cenar nos sentamos bajo el árbol y abrimos los regalos. Primero lo hacen los niños, y aunque los más grandes se los entregamos esta noche, tenemos guardados algunos para el día de los reyes magos, porque estar en Estados Unidos no es sinónimo de perder nuestras costumbres.

Cuando Kellie entrega sus regalos a mis hijos y estos los abren la miro deseando tener el don de asesinar con los ojos, porque la muy... ha comprado una pequeña batería a cada uno, joder, como si no hicieran ya ruido sin ayuda. Aporrean el piano de su padre hasta que pienso que mis tímpanos van a reventar, así que... ¿Baterías? Es algo cruel, y me enfadaría si no fuera porque después de todo esta mujer se ha convertido en una de mis mejores amigas. La adoro, y sé que lo ha hecho solo para oírme refunfuñar, así que me muerdo la lengua y me prometo no darle el gusto. Puedo ver su cara de decepción y me siento triunfal. Ella tampoco escapa mal, porque el buenorro del traje acude de inmediato a consolarla a base de besos que deberían estar prohibidos en público.

El resto de la noche transcurre en armonía. O sea, toda la armonía que puede haber cuando nos juntamos todos. Cuando nuestros invitados se van y los niños caen rendidos Oliver me lleva al dormitorio, llena el jacuzzi del baño y me insta a meterme. Lo hago, apoyándome en su torso y deleitándome en las caricias que me regala, como si solo necesitara tocarme para ser feliz.

—Oli...

—¿Mmmm?

—Si tuvieras que cambiar algo de tu vida. ¿Qué sería?

Él parece pensarlo unos instantes y cuando contesta lo hace en un tono relajado y amable.

—Cambiaría la forma en que nos comportamos cuando Junior nació. Siento que debería haberte ayudado más, teniendo en cuenta que ya había sido padre antes. Al final me dejé llevar por la situación sin más.

—No es verdad, siempre estuviste ahí. Eres el mejor padre del mundo.

—Sí, pero no me sentía un buen marido. Intentaba acercarme a ti, pero solo conseguía alejarme más. Cuando te miraba dormir, agotada y algo triste, siempre pensaba que no era justo para ti.

—Siempre fui feliz, pero extrañaba lo que éramos antes del bebé, y estaba sobrepasada.

—Lo sé, por eso decidí que no iba a andarme con más miramientos. Te deseaba y no podía vivir pensando que estarías demasiado cansada para mí, porque no era cierto. Nunca estás demasiado cansada para mí. ¿Verdad, chica hipster?

Su erección aprieta el final de mi espalda, sonrío y me alzo un poco para poder sentirlo entre mis cachetes.

—Nunca jamás estaré demasiado cansada para ti. Y ahora... ¿Tienes algo que decirme?

El río entre dientes, me gira, se apoya en mi entrada y me desliza por completo hasta tenerme encajada en su cuerpo. Me mira a los ojos con una intensidad que me abruma y asiente.

—Sí, tengo algo que decir.

—Adelante —jadeo.

—Daniela Acosta... Eres mi canción más bonita.

Sonrío y me dejo llevar por nuestros cuerpos y el eco de la frase que, con solo cinco palabras, siempre consigue que me sienta como la mujer más querida del mundo.

FIN

Agradecimientos

Recuerdo cuando era una adolescente y escribía en el sofá de casa de mis padres hasta altas horas de la madrugada, pensando que jamás publicaría nada, pero soñando con poder hacerlo. Imaginaba lo que pondría en mi apartado de agradecimientos, fantaseaba con eso... No sé por qué, quizá porque llegar aquí significa que el trabajo está hecho, y es hora de poner el broche final.

Ahí voy:

A mi marido. Gracias por soportar lo indecible cada vez que me he frustrado. Por entender que me enamore de estos personajes que a ratos me traen por la calle de la amargura, y por compartir tu tiempo con ellos sin quejarte. Gracias por recoger la toalla por mí cada vez que la he tirado y pisoteado, y gracias por avisarme cuando alguno de mis musos sale en la tele para que no me lo pierda. Eso sí que es amor.

A mi hija, porque tienes un año, pero ya he perdido la cuenta de todo lo que me has enseñado, Minicherry. Tú eres lo mejor que he hecho en esta vida.

A mis padres, por demostrarme que el amor infinito existe. Me faltará vida para agradeceros todo lo que habéis hecho y seguís haciendo por mí.

A mi hermana, porque eres mi sangre, pero también mi mejor amiga. Y porque siendo la pequeña, haces que quiera imitarte.

A Red Lips, porque cada día doy gracias en silencio por ese mensaje privado que nos ha traído aquí. Esto no habría sido posible sin ti. Gracias por esta amistad, tan importante ya para mí. Gracias por estar cada día, cada madrugada y en cada lágrima que he derramado. No solo has hecho la portada. *Olida* es un poquito tuya también, ya lo sabes.

A Elena, porque la amistad no entiende de kilómetros, pero sí de amor del bueno, del que dura para siempre. Ya no soy capaz de imaginar mi día a día sin tus audios, cuki.

A Rocío, porque llevas mucho tiempo aguantando mis idas y venidas con estos y otros muchos personajes. Gracias por tu amistad, por leer y por opinar siempre con sinceridad.

A Nicole, porque me enseñaste a desentrañar mis pensamientos y convertirlos en letras. Eres parte de esta y muchas de mis historias.

A mis lectores beta, que han reído, llorado y se han enamorado de Oliver y Daniela tanto como yo. Gracias por todos los comentarios constructivos, por aguantarme hablar de personajes ficticios durante horas y por recorrer este camino conmigo. He sentido vuestro apoyo, cariño e ilusión en cada comentario que me habéis hecho.

A mis seguidores y lectores, por la ilusión que demuestran ante este y otros proyectos. Por animar mis días en las redes sociales y por los mensajes privados apoyándome o dándome las gracias por alegrar vuestros días. Soy yo la que os agradece todo lo que hacéis por mí.

Y a ti, que acabas de leer la historia de Oliver, Daniela y compañía, gracias por darles y darme la oportunidad de salir al mundo. Ojalá lo hayas disfrutado.

Sobre la autora

Soy Cherry, tengo casi treinta años y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que fue antes de sufrir la pubertad.

Hice un módulo en su día, pero no estoy licenciada en nada. Tampoco participo en ninguna revista. No conozco a nadie del mundillo y me ha costado sudor, sangre y lágrimas maquetar y revisar este libro porque soy un culo inquieto y no soporto tener que centrarme en hacer algo que me aburre. Y maquetar y revisar me aburre. Mucho. Dicho queda.

Vivo en el sur, rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo. Tengo un trabajo que me gusta y, entre hueco y hueco, saco el portátil y doy vida a mis niños. Mis sueños siempre han sido publicar un libro y que me toque el sueldo Nescafé. Ya me queda menos para lo segundo.

Me encanta leer, comer –sobre todo cosas que engordan–, la música, las zapatillas, los vikingos, la tecnología –friki en potencia–, comprarle ropa a Minicherry y los tatuajes. Soy adicta a Pinterest, entre otras cosas, y suelo pasar veinte horas al día en los mundos de yupi, imaginando la vida de personas que solo existen en mi cabeza.

Creo que no me dejo nada.

¡Ah sí!

Puedes seguirme en mis redes sociales, tengo un montón y a veces no me aclaro ni yo, pero me mola cantidubi subir fotos de los pies de Minicherry, tíos buenorros que me inspiran y esas cosas.

[Facebook: Cherry Chic](#)

[Instagram: Cherrychic_](#)

[Pinterest: Cherry Chic](#)

[Twitter: Cherrychic](#)

¡También tengo un blog! –tengo un montón de cosas, lo sé–. Te dejo la dirección, y tú si quieres te pasas, y si no, pues no.

<https://cherrychic.wordpress.com/>